

# CONFUSIÓN

CRÓNICAS DE LOS CAZALET

Elizabeth Jane Howard

Siruela Nuevos Tiempos



# **CONFUSIÓN**

**CRÓNICAS DE LOS CAZALET**


**ELIZABETH JANE HOWARD**



Elizabeth Jane Howard

**Confusión**  
Crónicas de los Cazalet

Traducción del inglés de  
Celia Montolio

 Siruela

Nuevos Tiempos

Título original: *Confusion*

Edición en formato digital: octubre de 2018

En cubierta: Advertisement for Belgian Railways Mary Evans / Retrograph  
Collection

© Elizabeth Jane Howard, 1993

© De la traducción, Celia Montolío, 2018

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17624-10-1

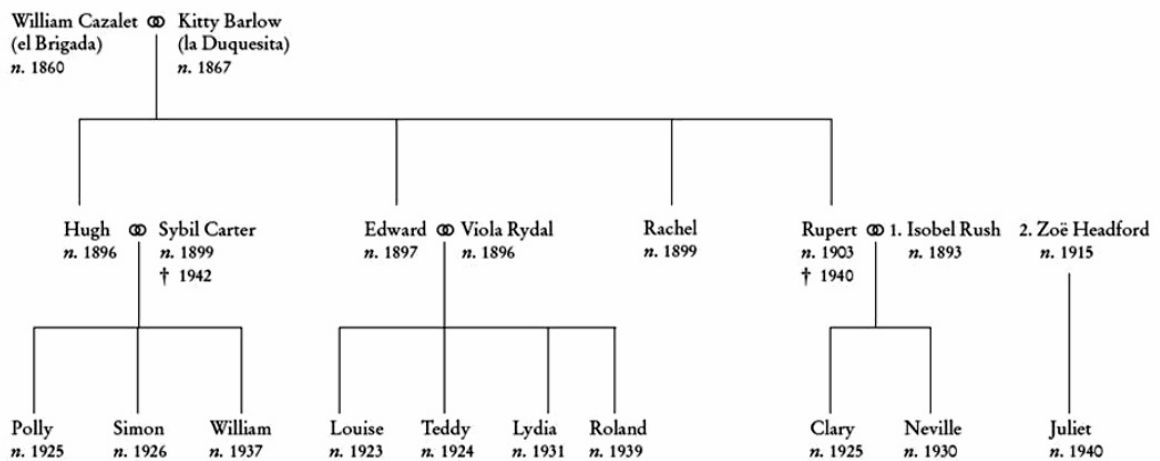
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# CONFUSIÓN

*A mis hermanos,  
Robin y Colin Howard*

# ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA CAZALET





# **LAS FAMILIAS CAZALET Y SU PERSONAL DOMÉSTICO**

**WILLIAM CAZALET** (el Brigada)  
**Kitty Barlow** (la Duquesita), su esposa  
Rachel, *su hija soltera*

**HUGH CAZALET**, primogénito  
**Sybil Carter**, su esposa  
*Hijos:*  
Polly  
Simon  
William (Wills)

**EDWARD CAZALET**, segundo hijo  
**Viola Rydal (Villy)**, su esposa  
*Hijos:*  
Louise  
Teddy  
Lydia  
Roland (Roly)

**RUPERT CAZALET**, tercer hijo  
**Zoë Headford** (segunda esposa)  
*Hija:* Juliet

*Hijos de Rupert e Isobel Rush (primera esposa,  
falleció en el parto de Neville):*

Clarissa (Clary)

Neville

**JESSICA CASTLE** (hermana de Villy)

**Raymond**, su esposo

*Hijos:*

Angela

Christopher Nora

Judy

*Personal doméstico:*

Sra. Cripps (cocinera)

Ellen (niñera)

Eileen (doncella)

Peggy y Bertha (criadas)

Dottie, Edie y Lizzie (ayudantas de cocina)

Tonbridge (chófer)

McAlpine (jardinero)

Wren (mozo de cuadra)

# PRÓLOGO

Las líneas que siguen van dirigidas a todos aquellos que no hayan leído *Los años ligeros* y *Tiempo de espera*, las dos primeras entregas de las crónicas de la familia Cazalet.

William y Kitty, el Brigada y la Duquesita para la familia, están pasando los años de guerra en Home Place, la casa de campo que tienen en Sussex. El Brigada está ya prácticamente ciego y apenas va a Londres a presidir el negocio maderero de la familia. Tienen tres hijos varones y una hija soltera, Rachel.

El matrimonio formado por el hijo mayor, Hugh, y Sybil tiene tres hijos: Polly, Simon y William (Wills). Polly estudia en casa y Simon en un internado, Wills tiene cuatro años. Sybil arrastra una grave enfermedad desde hace meses.

Edward está casado con Villy y tienen cuatro hijos. Louise está anteponiendo el amor (por Michael Hadleigh, un retratista de éxito que le saca muchos años y que en estos momentos está en la Marina de guerra) a su carrera de actriz. Teddy está a punto de alistarse en la Royal Air Force. Lydia estudia en casa y Roland (Roly) es un bebé.

Rupert, el tercer hijo, desapareció en Francia en 1940, en la batalla de Dunkerque. De su matrimonio con Isobel tiene dos hijos: Clary, que estudia en casa con su prima Polly (aunque las dos están deseando irse a Londres a iniciar una vida adulta), y Neville, que va a una escuela preparatoria. Isobel murió dando a luz a Neville, y pasado el tiempo Rupert se casó con Zoë, que es mucho más joven que él. Zoë dio a luz a una niña, Juliet, poco después de que desapareciera Rupert, que no ha llegado a conocerla.

Rachel vive para los demás, una entrega que a su gran amiga Margot Sidney (Sid), profesora de violín en Londres, se le hace muy dura.

Villy, la mujer de Edward, tiene una hermana, Jessica Castle. Está casada con Raymond y tienen cuatro hijos. Angela, la mayor, vive en Londres y es propensa a los amoríos desgraciados; Christopher, delicado de salud, lleva una vida solitaria en una caravana, con su perro, y trabaja en una granja; Nora es enfermera, y Judy está interna en un colegio. Los Castle han heredado una suma de dinero nada desdeñable y una casa en Surrey.

La señorita Milliment es la anciana institutriz de la familia: empezó con Villy y Jessica, y ahora da clases a Clary, Polly y Lydia.

De todos los amoríos de Edward, el más serio es el que tiene con Diana Mackintosh, quien recientemente se ha quedado viuda y en estos momentos está encinta. Tanto Edward como Hugh tienen casa en Londres, pero la de Hugh, en Ladbroke Grove, es la única que está habitada en la actualidad.

*Tiempo de espera* terminaba con la noticia de que Rupert seguía vivo y con el ataque de los japoneses a Pearl Harbor. *Confusión* empieza en marzo de 1942, justo después de la muerte de Sybil.

# **PRIMERA PARTE**

# POLLY

**Marzo de 1942**

La habitación llevaba cerrada una semana; alguien había bajado la persiana de calicó de la ventana que daba al sur, sobre el jardín de la entrada; una luz color pergamino bañaba el ambiente frío y cargado. Se acercó a la ventana y tiró del cordón; la persiana subió de golpe y la estancia se tiñó de un gris gélido, más claro que el del cielo nublado y tempestuoso. Se quedó allí unos instantes. Unas matas de narcisos crecían bajo la araucaria con espantosa alegría, destinadas a encharcarse y quebrarse con los rigores de marzo. Se acercó a la puerta y echó el pestillo. No se veía capaz de soportar ningún tipo de interrupción. Lo primero que pensaba hacer era coger una maleta del vestidor, y después vaciaría el armario y los cajones de la cómoda de palisandro que había al lado del tocador.

Cogió una maleta —la más grande que encontró— y la puso sobre la cama. Recordó la superstición que decía que no había que dejar nunca una maleta sobre la cama, pero esta, despojada de sus sábanas y cubierta solo por la colcha, ofrecía un aspecto tan liso y desolado que no parecía que pudiera tener importancia.

Pero, cuando abrió el armario y vio la larga fila de prendas apiñadas, de repente le horrorizó tocarlas, como si al hacerlo fuese a convertirse en cómplice de la inexorable partida, de la desaparición que había sobrevenido en solitario, para siempre y en contra de los deseos de todos, y de la que ya se había pasado una semana. En parte se debía a que no conseguía asimilar aquello de «para siempre» —no costaba nada pensar que alguien se había marchado; lo difícil era aceptar que no iba a regresar jamás—. Nadie volvería a ponerse aquella ropa, que, al no servirle ya para nada a su antigua

propietaria, solo podía valer para afligir a otras personas... o, mejor dicho, a una en concreto. Estaba haciendo todo aquello por su padre, para evitar que aquellas triviales pertenencias inútiles le trajesen recuerdos cuando volviera del viaje al que se lo había llevado el tío Edward. Al sacar varias perchas al azar, la asaltaron unas pequeñas vaharadas de madera de sándalo, también el tenue aroma con el que asociaba el pelo de su madre. Allí estaban el vestido verde, negro y blanco que había llevado cuando fueron a Londres hacía dos veranos, el abrigo y la falda de *tweed* color avena que siempre habían dado la impresión de quedarle o demasiado grandes o demasiado pequeños, el viejísimo vestido de seda verde que se ponía las noches que salía con papá, la chaqueta de terciopelo estampado con botones de marcasita que llamaba «mi chaqueta de los conciertos», el vestido de lino verde aceituna que llevaba a todas horas cuando estaba embarazada de Wills —santo cielo, como poco tenía ya cinco años—. Parecía que lo había conservado todo: ropa que ya no le cabía, trajes de noche que no se había puesto desde que estalló la guerra, un abrigo con cuello de ardilla que jamás le había visto... Sacó todo y lo echó sobre la cama. Al fondo del armario había un andrajoso quimono de seda verde colgado sobre un vestido de lamé dorado que, recordaba vagamente, había sido uno de los regalos de Navidad más inútiles que le había hecho su padre; hacía siglos de aquello, y lo había lucido con incomodidad aquella noche y no más. No podía decirse que hubiese ninguna prenda bonita, pensó con tristeza. Los trajes de noche estaban ajados de llevar tanto tiempo en la percha, y la ropa de calle, de tan usada, estaba raída, o brillante, o deforme; en cualquier caso, en mal estado. Eran, sin más, prendas para llevar al mercadillo, que según la tía Rach era lo mejor que podía hacerse con ellas, «aunque deberías quedarte con lo que quieras», había añadido. Pero no quería nada, e incluso, de haber querido algo, no se lo habría puesto en atención a su padre.

Una vez que hubo guardado toda la ropa, se dio cuenta de que todavía quedaban sombreros en la balda superior del armario, y, debajo de la ropa, había anaqueles con zapatos. Iba a tener que buscar otra maleta. Solo quedaba una, y tenía las iniciales de su madre: S. V. C. «Sybil Veronica», había dicho el sacerdote en el funeral. Qué raro era eso de tener un nombre que no se había utilizado más que en el bautizo y en el entierro. La espantosa imagen de su madre tendida en el féretro y cubierta de tierra volvió como tantas otras

veces en la última semana; no conseguía dejar de considerar a un cuerpo como una persona que necesitaba aire y luz. Durante las oraciones, cuando echaron la tierra y cuando su padre dejó caer una rosa roja sobre el ataúd, había permanecido muda e inmóvil, sabiendo que cuando terminase todo aquello la dejarían allí, fría y sola, para siempre. Pero no podía hablar con nadie de estas cosas. La habían tratado en todo momento como si fuera una chiquilla, contándole hasta el final todo tipo de mentiras para darle ánimos: desde que era posible que se recuperase hasta que no había sufrido, y, por último, que su muerte había sido una bendición (ni siquiera se habían dado cuenta de la incoherencia: ¿cómo que una bendición, si decían que no había sufrido?). Ya no era una niña, iba a cumplir diecisiete años. Así que al golpe definitivo —porque, claro, había querido creerse las mentiras— se añadía ahora el rencor, la rabia de constatar que no la consideraban capaz de enfrentarse a la realidad. Se había pasado la semana entera escurriéndose de los brazos de la gente, esquivando besos, ignorando cualquier gesto solícito o cariñoso. Lo único que la aliviaba era que el tío Edward se había llevado a su padre a pasar dos semanas con él, dejándola a sus anchas para odiar a todos los demás.

Cuando se habló por primera vez de recoger las cosas de su madre, había anunciado su intención de hacerlo ella, negándose en redondo a que la ayudasen («eso, al menos, sí que soy capaz de hacerlo»), y la tía Rach, que empezaba a parecerle un poco mejor que el resto de la familia, había dicho que por supuesto.

Esparcidos por el tocador vio los cepillos de lomo de plata y el peine de carey de su madre, una caja de cristal tallado con las horquillas que había dejado de utilizar cuando se cortó el pelo y un pequeño soporte del que colgaban tres o cuatro anillos, incluido el que le había regalado papá cuando se prometieron: una esmeralda tallada en cabujón, rodeada de pequeños diamantes y engarzada en platino. Se miró el anillo que le había dado su padre el otoño anterior (también tenía una esmeralda). Me quiere mucho, pensó; lo que pasa es que no se da cuenta de lo mayor que soy —a él no quería odiarlo—. Las cosas del tocador no podían acabar en un mercadillo; decidió guardarlas en una caja y quedárselas durante un tiempo. En cuanto a los tarros de crema facial, los polvos de talco y el colorete, mejor tirarlos. Los echó a la papelera.



En la cómoda había ropa interior y dos tipos de camisones: los que le había regalado papá y que nunca se ponía, y los que se había comprado ella y que sí se ponía. Los de papá eran de seda y de chifón con encaje y lazos, dos de ellos verdes y el tercero de un oscuro raso color café. Los que se había comprado ella eran de algodón o de franela con florecitas, un poco a lo Beatrix Potter. Volvió a la carga: sostenes, ligeros, camisolas, picardías, enaguas de rayón, todos de una especie de color melocotón sucio; medias de seda y de lana, camisetas interiores, montones de pañuelos metidos en un estuche que le había hecho Polly años atrás con un retal acolchado de seda tursor. Al fondo del cajón de la ropa interior había una bolsita, de esas que se usan para guardar el cepillo y el peine, con un tubo en el que ponía «Gel Volpar» y una cajita con una extraña gomita redonda. Volvió a meterlos y tiró todo a la papelera. También había una caja de cartón cuadrada y muy plana en cuyo interior, envuelta en un descolorido papel de seda, vio una guirnalda de hojas de plata y flores blancuzcas que se desmenuzaron nada más tocarlas. En la tapa de la caja, escrita con la letra de su madre, había una fecha: «12 de mayo de 1920». Dedujo que sería la diadema que llevaba cuando se casó, e intentó recordar aquella foto tan graciosa de la boda que tenía su abuela en el tocador y en la que se veía a su madre con un vestido extrañísimo, una especie de tubo sin cintura. Apartó la caja. ¿Cómo iba a tirar una cosa que había sido atesorada durante tanto tiempo?

En el cajón de abajo había cosas de bebé: el faldón de bautizo que Wills había sido el último en llevar (un delicado vestidito blanco de linón con tréboles bordados, obra de la tía Villy), un mordedor de marfil, minúsculos gorritos de encaje, un sonajero de plata y coral que parecía hecho en la India, varias prendas de punto rosa claro sin estrenar (supuso que tejidas para el bebé que murió) y un enorme chal de cachemir amarillento y raído. No sabía qué hacer; al final, decidió guardarlo todo hasta que se sintiera con fuerzas para pedirle consejo a alguna de las tías.

Entre unas cosas y otras, ya había pasado otra tarde más. Pronto sería la hora del té, y después se haría cargo de Wills (jugaría con él, lo bañaría y lo acostaría). Va a ser como Neville, se dijo, solo que peor, porque al tener cuatro años la recordará durante mucho tiempo, mientras que Neville ni siquiera llegó a conocer a su madre. Hasta ahora no había sido posible explicárselo a Wills. Lo habían intentado, por supuesto; al menos, ella sí. «Se

ha ido», repetía el niño sin pestañear. «¿Está muerta? ¿Está en el cielo?», preguntaba, pero aun así seguía buscándola por debajo de los sofás y de las camas y en los armarios y, a la menor oportunidad, se escabullía al dormitorio de la madre, ahora vacío. «Avión», le había dicho ayer a Polly después de repetir lo del cielo. Ellen había dicho que su madre se había ido al paraíso, pero el niño se había liado y había querido ir a esperar al autobús que venía de Hastings. No lloraba por su madre, pero estaba muy callado. Se sentaba en el suelo y se ponía a jugar sin ganas con sus coches, toqueteaba la comida pero no se la comía y si alguien le cogía en brazos le intentaba pegar. A Polly la toleraba, pero la única persona con la que parecía querer estar era Ellen. Supongo que al final se olvidará de mamá, se dijo. Apenas recordará su aspecto; sabrá que perdió a su madre pero no sabrá quién era. Le dio pena, una pena de distinto tipo, y decidió no pensar en ello. Después se dijo que evitar pensar en algo quizá fuera casi tan malo como evitar hablar de ello, y desde luego ella no quería ser como su horrible familia, que, por lo que veía, hacía lo imposible por seguir viviendo como si no hubiera pasado nada. No habían hablado de ello antes y tampoco lo hacían ahora; no parecía que creyesen en Dios porque ninguno iba a misa, pero todos (salvo Wills, que se quedó con Ellen en casa) habían ido al funeral. Habían estado en la iglesia, habían rezado y cantado himnos, y después habían desfilado hasta el lugar donde acababan de cavar el enorme agujero y se habían quedado a ver cómo dos hombres viejísimos bajaban el ataúd hasta el fondo. «“Yo soy la resurrección y la vida”, dijo el Señor; “el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”»<sup>1</sup>. Pero su madre no creía, y ellos, por lo que sabía, tampoco. Entonces ¿qué sentido tenía todo aquello? Al otro lado de la sepultura había visto a Clary mirando al suelo, los nudillos de una mano metidos en la boca. Clary tampoco podía hablar de ello, pero desde luego no hacía como si no hubiese pasado nada.

Recordó también aquella última tarde, tan terrible. Después de la visita del doctor Carr, que le puso una inyección a su madre, le habían dicho que pasase a verla («Está inconsciente; en estos momentos no siente nada», habían anunciado como si fuera una hazaña) y se había quedado escuchando la respiración superficial y estertórea, a la espera de que los ojos se le abrieran para que pudieran decirse algo o, al menos, para intercambiar en silencio algún tipo de despedida...

—Dale un beso, Poll —dijo su padre—, y luego, cariño, sal fuera, por favor.

Estaba sentado al otro lado de la cama sosteniendo la mano de su madre, que estaba apoyada, con la palma hacia arriba, sobre el muñón envuelto en seda negra. Polly se inclinó a besar la frente seca y tibia y salió de la habitación.

Al salir, Clary la cogió de la mano y se la llevó al cuarto que compartían, le echó los brazos al cuello y se puso a llorar desconsolada, pero Polly estaba tan furiosa que no podía llorar. «¡Al menos has podido despedirte de ella!», repetía Clary una y otra vez, intentando consolarla como fuera. Pero precisamente de eso se trataba, o también de eso: no había podido despedirse porque no le habían dejado entrar hasta que su madre ya no podía reconocerla, ni siquiera verla. Se soltó de Clary diciendo que iba a dar un paseo, que le apetecía estar sola, y esta se apresuró a decir que claro, que era normal. Se puso las botas de goma y el chubasquero y echó a andar bajo la llovizna del crepúsculo acerado; al llegar a la loma, subió los escalones y entró por la pequeña verja que daba a la arboleda de atrás.

Anduvo hasta que llegó al enorme árbol caído que Wills y Roly usaban para alguno de sus misteriosos juegos y se sentó en la parte del tronco más cercana a las raíces descuajadas. Había creído que allí lloraría, que daría rienda suelta a la pura pena, pero lo único que le salió fueron grandes suspiros ahogados de rabia e impotencia. Debería haber montado una escena, pero ¿cómo, en vista del sufrimiento de su padre? Debería haber insistido en verla aquella mañana, después de que se marchase el doctor Carr diciendo que volvería por la tarde, pero ¿cómo iba a saber ella lo que él iba a hacer a la vuelta? Ellos seguro que lo sabían, pero, como siempre, no se lo habían dicho. Debería haber comprendido que su madre iba a morir en cualquier momento cuando trajeron a Simon del colegio antes de tiempo. Había llegado esa misma mañana, y él sí que la había visto; después, su madre había pedido ver a Wills y le habían dicho que ya no podía ver a nadie más hasta la tarde. Pero el pobre Simon tampoco había sabido que la veía por última vez. No lo había comprendido; solo había pensado que estaba muy muy enferma y se había pasado toda la comida hablando de la madre de un amigo suyo que casi se muere de apendicitis y se había recuperado milagrosamente, y después de comer Teddy lo había llevado a dar un largo paseo en bici del que aún no

habían regresado. Si me hubiesen dejado hablar con ella, pensó, si le hubiese dicho algo, cualquier cosa, quizá me habría oído. Pero para eso habría querido estar a solas con ella. Le habría gustado decirle que cuidaría de papá y de Wills, y, sobre todo, preguntarle: «¿Estás bien? ¿Soportas morirte, sea eso lo que sea?». Quizá también habían engañado a su madre. Quizá, simplemente, no se despertaría, no se enteraría nunca del momento de su muerte. La mera idea, tan espantosa, la había hecho llorar. Estuvo llorando lo que le pareció un rato muy largo, y cuando volvió a casa ya se habían llevado a su madre.

Desde entonces, no había derramado ni una lágrima. Había superado aquella primera tarde tan terrible en la que, sentados delante de una cena que nadie había querido probar, su padre había intentado animar a Simon preguntándole por los deportes que practicaba en el colegio hasta que el tío Edward cogió las riendas y se puso a contar anécdotas de sus tiempos de colegial; una tarde en la que parecía que todos andaban a la búsqueda de tierra firme, de chistecitos sosos cuyo objetivo no era provocar risas sino ayudarlos a pasar los minutos con trazas de normalidad; y, aunque por debajo de todo esto había percibido fogonazos indirectos de afecto e interés, no había querido saber nada ni de lo uno ni de lo otro. El día después del funeral, el tío Edward se había llevado a su padre y a Simon a Londres; a Simon, para que cogiese el tren de vuelta al colegio. «¿De veras tengo que volver?», había preguntado, pero no lo repitió porque le dijeron que por supuesto que sí, que las vacaciones estaban al caer y no podía perderse los exámenes.

Después de cenar, Archie, que había venido para el funeral, sugirió que jugasen al memorama en el suelo de la salita («Tú también, Polly»), y, por supuesto, Clary se sumó. Como el fuego se había apagado, hacía un frío que pelaba, pero a Simon le daba lo mismo; dijo que se estaba como en el colegio, menos en la enfermería, pero allí solo ibas si te llenabas de granos o estabas al borde de la muerte. No obstante, Clary fue a por chaquetas, y a Archie tuvieron que darle un viejo abrigo del Brigada, la bufanda que había tejido la señorita Milliment y que no se había considerado digna de ser enviada a las fuerzas armadas, y los mitones que usaba la Duquesita para ensayar con el piano.

—Pues en la oficina donde trabajo hace tanto calor —dijo Archie— que me he convertido en un viejo friolero y blandengue. Ahora mismo, lo único

que quiero es un bastón. No puedo sentarme en cuclillas como vosotros.

De modo que se sentó en una silla con la pierna mala estirada, y Clary se encargó de dar la vuelta a las cartas que iba señalando.

Fue una especie de tregua: Archie estaba tan empeñado en ganar que los contagió, y Simon se ruborizó de satisfacción cuando al fin ganó una partida.

—¡Maldita sea! —dijo Archie—. ¡Qué mala pata! Un turno más y os habría desplumado.

—No es que seas muy buen perdedor... —había observado Clary con cariño (a ella tampoco se le daba bien perder).

—Pero soy un ganador estupendo. Lo llevo de maravilla, y, como suelo ganar, casi nadie ve mi lado malo.

—No se puede ganar siempre —comentó Simon.

Tenía gracia, se dijo Polly, que la actitud de Archie cuando jugaban los llevase a decirle a él las mismas cosas que les decían a ellos los adultos.

Más tarde, al salir del cuarto de baño, se encontró a Simon dando vueltas por el pasillo.

—Podrías haber entrado. Solo me estaba lavando los dientes.

—No es eso. Es que... ¿podrías venir un momento a mi cuarto?

Lo siguió por el pasillo hasta el dormitorio que compartía con Teddy.

—Pero no se lo vas a contar a nadie, ni a reírte ni nada de eso, ¿verdad que no?

Polly dijo que por supuesto que no.

Simon se quitó la chaqueta y empezó a aflojarse el nudo de la corbata.

—Tengo que darme algo para que no me duelan con el roce de la camisa.

—Se había desabrochado la camisa de franela gris y Polly vio que tenía tiritas sucias por todo el cuello—. Me las vas a tener que quitar para verlo.

—Te va a doler.

—Lo mejor es que lo hagas de un tirón —dijo él, bajando la cabeza.

Polly empezó con cautela, pero enseguida se dio cuenta de que no era el método más compasivo y para cuando hubo llegado a la séptima tirita ya estaba sujetándole la piel del cuello con dos dedos y tirando rápidamente con la otra mano. Debajo había un montón de granos purulentos. No sabía si eran espinillas grandes o diviesos pequeños.

—Creo que hay que reventarlos. Era lo que hacía mamá, y luego me

untaba un unguento maravilloso y a veces se me iban.

—Habría que hacer una cataplasma y tajarla con tiritas en condiciones.

—Lo sé. Mamá me dio una caja para que me la llevase al colegio, pero las he gastado todas. Y claro, yo no puedo reventármelos porque no me los veo. A papá no se lo quiero pedir. Pensé que a lo mejor a ti no te importaba.

—Pues claro que no. ¿Sabes qué te ponía?

—No, solo sé que era un unguento maravilloso —dijo con aire distraído—. ¿Vick, puede ser?

—Eso es para la tos. Escucha: voy a por algodón, tiritas como Dios manda y cualquier cosa que me parezca que pueda servir. No tardo nada.

En el armarito de las medicinas del cuarto de baño había un rollo de esparadrapo con venda amarilla, pero lo único que encontró para untar en los granos fue un frasco casi vacío de bálsamo de fraile. Iba a tener que apañarse con eso.

—Y encima me está saliendo otro orzuelo —dijo Simon cuando Polly volvió.

Se había puesto el pijama y estaba sentado en la cama.

—¿Qué te daba mamá para los orzuelos?

—Me los frotaba con el anillo de bodas y a veces se me iban.

—Deja que me encargue primero de los granos.

La tarea no podía ser más desagradable, y para colmo sabía que le estaba haciendo daño. Algunos granos ya estaban supurando, pero otros solo tenían unas cabezas amarillas duras y brillantes de las que acababa saliendo pus. Simon solo se estremeció una vez, y cuando Polly se disculpó se limitó a decir:

—Nada, tranquila. Tú saca todo lo que puedas.

—Y la enfermera, ¿no crees que te lo haría?

—¡Dios mío, no! Además, me odia, y casi siempre está de mal humor. En realidad, solo le caen bien el señor Allinson, el profesor de educación física, porque es un musculitos, y Willard, un chaval que es hijo de un lord.

—¡Pobre Simon! ¿En tu colegio no hay nada que no sea horrible?

—Lo detesto con toda mi alma.

—Solo te quedan dos semanas, y después a casa.

Se hizo un breve silencio.

—Pero ya nada volverá a ser igual, ¿verdad que no? —dijo Simon, y Polly vio que se le llenaban los ojos de lágrimas—. No pienses que es por el maldito colegio ni por esta guerra tan brutal —añadió, apretándose los nudillos contra los ojos—. Es el puñetero orzuelo, que hace que me lloren los ojos. Siempre me pasa.

Polly le pasó los brazos por los hombros rígidos y huesudos. La terrible soledad de su hermano le estaba perforando el corazón.

—La verdad es que, si estás acostumbrado a que alguien te escriba cada semana y de repente ves que ya no van a llegarte más cartas tuyas, es lógico que al principio se te haga un poco raro. Creo que le pasaría a cualquiera —dijo Simon con animosa sensatez, como si les quitara hierro a los problemas de otro. Y, de repente, estalló—: ¡Mamá no me lo contó! En Navidad parecía que estaba mucho mejor, y luego, durante todo este trimestre, ¡me estuvo escribiendo y no me dijo una sola palabra!

—A mí tampoco. No creo que hablase del tema con nadie.

—¡Yo no soy una persona cualquiera! —empezó a quejarse Simon, y se interrumpió—. Ni tú tampoco, Polly, por supuesto. —Le cogió una mano y le dio un apretoncito tembloroso—. Has estado genial con mis malditos granos.

—Métete en la cama; estás helado.

Simon rebuscó en el bolsillo del pantalón que había dejado tirado en el suelo, sacó un pañuelo incalificable y se sonó la nariz.

—¡Poll! Antes de que te vayas, quiero pedirte una cosa. No se me va de la cabeza, y no, no sé... —Se interrumpió y dijo, despacio—: ¿Qué le va a pasar ahora a mamá? O sea, ¿ha acabado y ya está? ¿O se ha ido a otro lugar? Puede que a ti te parezca una estupidez, pero todo esto de..., ya sabes, de la muerte y todo lo demás... no entiendo qué es.

—¡Ay, Simon, yo tampoco! Yo también he intentado pensar en ello.

—¿Tú crees —señaló la puerta con un gesto de la cabeza— que ellos lo saben? Me refiero a que de todos modos nunca nos cuentan nada, así que lo mismo es una de tantas cosas que consideran que no conviene mencionar.

—Eso mismo me he preguntado yo.

—En el colegio, cómo no, te dan la lata con el cielo porque fingen que son tremendamente devotos... ya sabes, rezan todos los santos días y hay oraciones especiales para los antiguos alumnos que han muerto en la guerra, y los domingos el director da una charla sobre el patriotismo y el deber de ser

buenos soldados cristianos y dice que hay que ser puros de corazón y dignos del colegio. Conque ya sé que cuando vuelva me hablará del cielo, pero todo lo que cuentan del cielo me parece tal memez que no sé por qué iba nadie a querer ir allí.

—¿Te refieres a todo eso de las arpas y los vestidos blancos?

—Y a lo de ser felices a todas horas —añadió Simon con tono rabioso—. Por lo que veo, a la gente se le acaba pasando la felicidad, y de todos modos los adultos están en contra de la felicidad, porque no paran de obligarte a hacer cosas que te amargan. Como enviarte a un internado para casi toda la vida cuando podrías estar tan contento en casa. Y encima quieren que finjas que te gusta. Eso es lo que más me deprime. Tienes que hacer siempre lo que ellos quieren y encima tienes que aparentar que te gusta.

—Podrías decírselo, supongo.

—¡En el colegio no se pueden decir ese tipo de cosas! —exclamó horrorizado—. ¡Te matarían!

—¡No creo que todos los profesores sean así!

—No me refiero a los profesores. Me refiero a los chicos. Todos quieren parecerse a los demás, ¿entiendes? En fin —concluyó—, solo quería preguntarte por... ya sabes, por la muerte y esas cosas.

Después, Polly le dio un abrazo rápido y se marchó.

Antes de ponerse a jugar con Wills, pensó en este momento, escribiría a Simon; se había dicho para sus adentros que se encargaría de que no le faltase su carta semanal. Bajó las persianas del dormitorio de sus padres, cogió la caja de las baratijas y la llevó al dormitorio que seguía compartiendo con Clary. Mientras recorría los pasillos rumbo a la galería que daba al *hall*, oía, más lejos o más cerca según el caso, a la Duquesita tocando a Schubert; el disco, a estas alturas rayadísimo, de *El pícnic de los ositos* (una canción que ni Wills ni Roly se cansaban de oír) en el gramófono del cuarto de juegos, la radio del Brigada (la ponía cuando no tenía con quién hablar) y el chirrido intermitente de la vieja máquina de coser con la que supuso que la tía Rach debía de estar remendando sábanas, una tarea interminable. Era viernes, el día que su padre —y también el tío Edward, ahora que se había incorporado de nuevo a la firma— solía venir a pasar el fin de semana. Sin embargo, este viernes no vendría ninguno de los dos porque el tío se había llevado a papá a Westmorland. Por lo demás, cada cual seguía con su vida como si nada



hubiera pasado, pensó con rencor mientras buscaba papel para la carta de Simon, que decidió escribir en la cama, donde al menos estaría un poco más protegida del frío que en el resto de la casa (entre las economías domésticas de la Duquesita estaba la de no encender el fuego del salón hasta después del té).

Pensó que lo mejor sería darle a Simon la mayor cantidad posible de noticias sobre cada miembro de la familia. «Aquí van las noticias de cada uno, por orden de edad», escribió. Por tanto, tendría que empezar por la tía abuela que aún vivía.

*Durante el desayuno, la pobre Bully ha seguido dale que te pego con el Kaiser: se cree que estamos en la otra guerra. Aparte de él (del Kaiser, quiero decir), habla mucho de gente a la que ni siquiera conocemos, con lo cual se hace difícil responder algo sensato. Y se le cae la comida —incluso la más valiosa, como los huevos duros— encima de los jerséis, así que la tía Rach se pasa la vida lavándoselos. Es curioso; estamos acostumbrados a ver así la ropa de la señorita Milliment, pero en el caso de Bully da verdadera lástima. La Duquesita le encarga tareas sencillas, pero casi nunca hace más de la mitad. [Iba a escribir «echa mucho de menos a la tía Flo», pero cambió de idea]. El Brigada ha empezado a ir a Londres, a la oficina, tres días a la semana. Intentó dejar de ir, pero se aburría como una ostra y, como a la tía Rach le costaba Dios y ayuda pensar en cosas para que pasara el rato, al final decidió llevarlo en tren y después a la oficina, y una vez a la semana lo deja allí mientras ella se va de compras y a hacer recados. Los demás días, el Brigada hace planes para la plantación de árboles que tiene pensada para el prado grande que hay de camino al lugar aquel donde Christopher y tú montasteis el campamento, y, si no, oye la radio o les pide a la señorita Milliment o a la tía Rach que le lean en voz alta. La Duquesita no le hace demasiado caso (aunque no creo que a él le importe). Ella sigue como siempre, enfrascada en su piano y en su jardín y organizando las comidas, aunque a estas alturas hay tan poca variedad en las cartillas de racionamiento que digo yo que la señora Cripps debe de saberse los menús de memoria. Pero me he fijado en que los ancianos no cambian de hábitos, por mucho que a ti o a mí nos puedan parecer un tostón. La tía Rach, además de todo lo que te he dicho, se porta de maravilla con Wills. La tía Villy está*

*dedicada en cuerpo y alma a la Cruz Roja y también trabaja como enfermera en el sanatorio; es decir, como una enfermera de verdad, no como Zoë, que lo único que hace es ir a hacerles compañía a los pobres pacientes. Zoë vuelve a estar delgada, y los ratos que tiene libres los dedica a arreglarse la ropa y a hacerle ropa nueva a Juliet. Clary y yo nos sentimos atascadísimas. No sabemos qué hacer con nuestras vidas. Clary dice que, si a Louise le dejaron irse de casa con diecisiete años, también a nosotras deberían dejarnos, pero ya le he dicho yo que lo único que harían sería enviarnos a la dichosa escuela de cocina a la que fue Louise, aunque Clary piensa que hasta eso nos ayudaría a ampliar nuestras miras, que, en su opinión, corren el riesgo de acabar siendo horrorosamente estrechas. Eso sí, las dos estamos de acuerdo en que a Louise se le han estrechado desde que vive en el mundo real. Solo piensa en el teatro, en actuar y en intentar que le salga trabajo en las obras radiofónicas de la BBC. Se porta como si no estuviésemos en guerra, o al menos como si no tuviera nada que ver con ella. Entre tú y yo, en la familia no la ven con buenos ojos y piensan que debería alistarse en la rama femenina de la Marina real. Ha empezado a racionarse el carbón, aunque a nosotros no nos puede afectar demasiado porque el único carbón que consumimos es el de la cocina. Simon, cuando vuelvas voy a llevarte al doctor Carr porque estoy segura de que puede ayudarte con lo de los granos. Ahora tengo que irme porque le prometí a Ellen que bañaría a Wills; doblarse sobre la bañera le sienta fatal a su espalda.*

*Con cariño de tu hermana, que te quiere,*

**POLLY**

Ya está, pensó. No es que fuera una carta muy interesante, pero mejor eso que nada. De repente pensó que no sabía gran cosa sobre Simon —siempre había estado interno y en vacaciones se iba por ahí con Christopher o con Teddy—. Ahora, como Christopher estaba trabajando en una granja de Kent y Teddy acababa de alistarse en la Real Fuerza Aérea la semana anterior, no iba a tener a nadie con quien distraerse en vacaciones. La soledad de Simon, que tan honda impresión le había causado la tarde después del funeral, volvió a impresionarla; le pareció terrible que las únicas cosas que sabía de su hermano fueran las que le hacían tan infeliz. En circunstancias normales le habría hablado a su padre de él, pero en estos momentos le resultaba difícil,

por no decir imposible. Era como si en las últimas semanas su padre se hubiese ido alejando cada vez más de todos, hasta el punto de que al morir su madre había parecido un náufrago, aislado en su dolor. Bueno, siempre podía contar con Clary; tenía un montón de ideas, y, aunque muchas de ellas no servían para nada, su abundancia, por sí sola, era de lo más estimulante.

Clary estaba en el cuarto de los niños dando de merendar a Juliet, una tarea larga e ingrata. La bandeja de la trona, el babero y las manitas regordetas y activas estaban cubiertas de migas de tostada y pegotes de melaza, y cada vez que Clary intentaba meterle un bocado Juliet apartaba la cabeza con desdén. «Quiero suelo», repetía sin parar. Quería irse con Wills y Roly, que estaban jugando a su juego favorito, el de los accidentes, con los coches de juguete.

—Bueno, pues toma un poquito de leche y ya está —dijo Clary ofreciéndole el tazón, pero la niña lo cogió, le dio la vuelta sobre la bandeja y se puso a dar manotazos al revoltijo—. Eso está muy feo, Jules. Poll, ¿me pasas un pañal o lo que sea? En serio, los bebés son el colmo. No me vale; tendré que ir a por un trapo húmedo o qué sé yo. Échale un vistazo mientras, ¿vale?

Polly se sentó al lado de Juliet, pero se quedó mirando a Wills. Al abrir la puerta se había fijado en que el niño había levantado los ojos de sus coches con una súbita mirada de esperanza que había mudado en una ausencia de expresión que era peor que cualquier muestra evidente de desconsuelo. Supongo que le pasa cada vez que se abre la puerta, pensó; ¿hasta cuándo le va a durar? Cuando Clary volvió, Polly fue a sentarse en el suelo al lado de Wills. El niño había dejado de interesarse por el juego; se había metido dos dedos en la boca, y con la mano derecha se estaba tirando del lóbulo de la oreja izquierda. No la miró.

Un rato antes, Polly había estado pensando que, en realidad, quizá fuera a Simon a quien la muerte de su madre había golpeado con más dureza, porque, por lo que se veía, la familia no sabía reconocer la particularidad de su dolor; en este momento, se preguntó si no sería más duro para Wills, que no era capaz de comunicar su desconsuelo... que ni siquiera entendía lo que le había pasado a su madre. Pero, por otro lado, tampoco yo lo entiendo... ni Simon... y en cuanto a ellos, solo fingen que lo entienden.

—Yo creo que las religiones se inventaron para que la gente se enfrentase

mejor a la muerte —observó Clary mientras se acostaban aquella noche.

El comentario —bastante sorprendente, a juicio de Polly— vino después de una larga conversación acerca de la tristeza de Simon y de cómo podían hacerle más agradables las vacaciones.

—¿De veras lo crees? —preguntó. Le asombró descubrirse ligeramente escandalizada.

—Sí. Sí, lo creo. Los pieles rojas y sus terrenos de caza en la otra vida... el paraíso, el cielo... las segundas oportunidades en la piel de otra persona... No conozco todas las cosas que se han inventado, pero te apuesto lo que quieras a que, de entrada, fue por eso por lo que empezaron las religiones. El hecho de que al final todo el mundo muera no basta para que una persona concreta se enfrente mejor a la muerte. No tuvieron más remedio que inventarse algún tipo de futuro.

—¿Así que tú crees que la gente simplemente se apaga... como las velas?

—Sinceramente, Poll, no lo sé. Pero el mero hecho de que la gente no hable del tema demuestra el miedo que le da. Y utilizan expresiones horribles, como «pasar a mejor vida». ¿A qué vida, si puede saberse? No lo saben. Si lo supieran, lo dirían.

—Entonces, ¿tú no crees... —vaciló ante la enormidad de la insinuación—, tú no crees que en realidad sí que lo saben pero que es demasiado horrible para contarlo?

—No, no lo creo. Ojo, que yo para estas cosas no me fiaría ni un pelo de nuestra familia, pero alguien habría escrito sobre el tema. Acuérdate de Shakespeare, de «ese país por descubrir, de cuyos confines ningún viajero retorna» y de cuando dice que «he ahí la razón por la que tan longeva llega a ser la desgracia»<sup>2</sup>. Él sabía más que nadie y, de haberlo sabido, lo habría dicho.

—Sí, ¿verdad?

—Hombre, puede que no fuera lo que él pensaba, sino ideas que le atribuía a Hamlet, pero fíjate en Próspero, por ejemplo. Si Shakespeare hubiera sabido algo, lo habría puesto en boca de Próspero.

—Aunque en el infierno sí creía —señaló Poll—. Y creer en lo uno y no en lo otro ya es pasarse de la raya.

Pero Clary dijo con tono de superioridad:

—Lo único que hacía era dar voz a la opinión en boga. Yo creo que el

infierno no era más que un instrumento político para conseguir que la gente hiciera lo que uno quería.

—Clary, había un montón de gente seria que creía en el infierno.

—Se puede ser serio y estar equivocado a la vez.

—Supongo que sí. —Pensó que hacía ya unos minutos que la conversación iba por mal camino.

—De todos modos —dijo Clary pasándose el peine, que estaba bastante mellado—, lo más probable es que Shakespeare creyera en el paraíso. ¿Qué me dices de «Buenas noches, mi dulce príncipe; que cante un coro de ángeles; que te conduzca, con sus alas, hasta tu reposo»<sup>3</sup>? ¡Maldita Jules, me ha pringado el pelo de melaza! A no ser que pienses que no era más que una manera ceremoniosa de despedirse de su mejor amigo, claro.

—No lo sé. Pero estoy de acuerdo contigo. Debo de ser la única.

Y ello me ha tenido... me ha tenido muy preocupada en los últimos tiempos. —Le temblaba la voz, y tragó saliva.

—Poll, me he fijado en algo muy importante que tiene que ver contigo, y quería decírtelo.

—A ver, ¿qué? —Se puso a la defensiva y de repente le entró un cansancio tremendo.

—Es sobre la tía Syb. Tu madre. Llevas toda la semana triste por ella... y por tu padre, y por Wills, y ahora por Simon. Sé que es porque eres buena y mucho menos egoísta que yo, pero es que en ningún momento has estado triste por ti. Sé que lo estás, pero no te lo permites porque crees que los sentimientos de los demás son más importantes que los tuyos. No lo son. Ya está; solo era eso.

Por un instante, la mirada de Polly se cruzó con los ojos grises que la observaban con firmeza en el espejo del tocador; después, Clary siguió tirándose del pelo con el peine. Justo cuando estaba abriendo la boca para decir que Clary no entendía lo que sentían Wills y Simon, que se equivocaba, una tibia oleada de dolor ahogó sus palabras. Se tapó la cara con las manos y se echó a llorar, y esta vez lloraba por su pérdida.

Clary permaneció quieta, en silencio, y después cogió una toalla de mano, se sentó en su cama frente a Polly y esperó hasta que más o menos hubo terminado de llorar.

—Esto es mejor que tres pañuelos juntos —dijo—. Qué curioso: los hombres, que casi no lloran, usan pañuelos enormes, mientras que nosotras, que lloramos mucho más, tenemos pañuelos minúsculos que solo sirven para sonarse una vez con delicadeza. ¿Te apetece que prepare un caldito de Bovril?

—Ahora; espera un poco. Llevo toda la tarde recogiendo sus cosas.

—Lo sé. Me lo ha dicho la tía Rach. No me ofrecí a ayudarte porque pensé que no querrías estar con nadie.

—Y no quería, pero tú no eres «nadie», Clary. Ni mucho menos.

Vio que su prima se ruborizaba ligeramente. Y, como sabía que Clary necesitaba que este tipo de cosas se las repitieran, añadió:

—De haber querido estar con alguien, habría sido contigo.

Cuando Clary volvió con las tazas humeantes, se pusieron a hablar de cuestiones prácticas como, por ejemplo, de cómo podían pasar las vacaciones en casa de Archie (ellas dos y Simon), teniendo en cuenta que solo disponía de dos dormitorios y una cama.

—Tampoco es que nos haya invitado —dijo Clary—, pero tenemos que estar preparadas para adelantarnos a cualquier objeción absurda por falta de espacio.

—Nosotras podríamos dormir en su sofá, si es que tiene; y Simon, en la bañera.

—O podríamos pedirle a Archie que invite a Simon a solas y, en otro momento, a nosotras. O podríais ir Simon y tú nada más —sugirió.

—Pero tú querrás venir, ¿no?

—Yo podría ir en otro momento —respondió Clary con tono despreocupado (quizá demasiado despreocupado, se dijo Polly)—. Será mejor que no se lo contemos a nadie; a ver si se van a querer apuntar Lydia o Neville.

—De eso, ni hablar. Y yo preferiría ir contigo.

—Le preguntaré a Archie, a ver qué le parece —propuso Clary.

El ambiente había vuelto a cambiar.

Después de aquello, Polly empezó a llorar muy a menudo, casi siempre cuando menos se lo esperaba, y, aunque era un incordio porque no quería que nadie la viese, le daba la impresión de que, en general, no se daban cuenta.

Clary y ella pillaron unos catarros tremendos, lo cual le vino bien, y mientras guardaban cama leyeron en voz alta *Historia de dos ciudades* porque estaban estudiando la Revolución francesa con la señorita Milliment. La tía Rach se encargó de que la ropa de su madre se donase a la Cruz Roja, y Tonbridge fue a entregarla con el coche. Cuando su padre llevaba ya una semana con el tío Edward, empezó a preocuparse por él, por si volvería a casa un poco menos triste (pero ¿cómo, si apenas habían pasado unos días?) y, sobre todo, por cómo debía tratarlo.

—No te preocupes —dijo Clary—. Seguirá muy triste, por supuesto, pero al final lo superará. Así son los hombres. Mira mi padre.

—¿Te refieres a que crees que volverá a casarse?

La sola idea la escandalizaba.

—No sé, pero puede que sí. Me imagino que lo de casarse de segundas se lleva en la sangre... ya sabes, como la gota o la miopía.

—A mí no me parece que tu padre y el mío sean para nada iguales.

—Completamente iguales, no; eso por supuesto. Pero, en algunos aspectos, vaya si lo son. Piensa en sus voces. Y en esa manía que tienen de cambiar continuamente de zapatos porque tienen los pies muy delicados. De todos modos, tardará mucho en hacerlo. Y, Poll, no he dicho nada malo de él. Simplemente, he tenido presente la naturaleza humana. No todos podemos ser como Sydney Carton.

—¡Menos mal! Si todos fuéramos como él, no quedaría nadie con vida.

—Ah, lo que quieres decir es que no quedaría nadie si todos sacrificásemos la vida por otra persona. Pero quedaría esa otra persona, so boba.

—Si todos lo hiciéramos, no...

Y se embarcaron en su juego de siempre, basado en la pregunta retórica que le hacía Ellen a Neville cada vez que se portaba mal en la mesa. «Si todo el mundo vomitase a la vez, sería muy interesante. Supongo que todos nos ahogaríamos», había dicho Neville después de pensárselo un rato, sumiendo ingeniosamente —como había observado Clary— la cuestión en el absurdo. Pero apenas acababan de empezar cuando ambas, por separado, se dieron cuenta de que el juego había perdido su encanto; no se les ocurrían más que soserías y ya no les entraba la risa floja.

—Nos hemos hechos mayores para este juego —se lamentó Clary—. De

aquí en adelante, lo único que nos queda es andarnos con ojo para que no se den cuenta Wills, Jules ni Roly.

—Tiene que haber más cosas —dijo Polly, preguntándose qué demonios podría ser.

—Pues claro: el final de la guerra, que papá va a volver a casa, que podremos hacer lo que se nos antoje porque seremos demasiado mayores para que nos mangoneen... y el pan blanco, los plátanos... y libros que no tengan pinta de viejos cuando los compras... Y tú tendrás tu propia casa, Poll... ¿Te imaginas?

—Sí, a veces —respondió Polly.

Pero otras veces se preguntaba si no se habría hecho mayor también para la casa, sin haber encontrado —hasta donde podía ver— ningún interés que la sustituyera.



# LA FAMILIA

**Primavera de 1942**

—¿Te vas a Londres, tía Rach?

—Sí. ¿Cómo diablos lo has adivinado?

—Te has puesto la ropa de cuando vas a Londres —respondió Lydia, y, después de un examen detallado, añadió—: La verdad es que me parece que estás más guapa cuando no te la pones. Espero que no te moleste que te lo diga.

—Para nada. Seguro que tienes razón. Hace siglos que no me compro nada nuevo.

—No, lo que quiero decir es que me parece que nunca te ha favorecido. Me da que eres de esas personas que deberían vestir de uniforme para tener siempre el mismo aspecto. Así sería más fácil fijarse solo en tus ojos, en si están contentos o no. —Estaba en el pasillo, plantada delante del cuarto de Rachel y viendo cómo preparaba el bolso de viaje—. La ropa te envejece —dijo al cabo de un rato—. Al revés que a mamá. A ella, la ropa la rejuvenece... bueno, sus mejores trajes, quiero decir.

—No des patadas al zócalo, tesoro. A ver si se le va a caer la pintura.

—Ya se le ha caído mucha. Esta casa cada vez está más ruinosa. Ojalá me fuese yo a Londres.

—¿Y qué harías cuando llegases?

—Me iría a casa de Archie, como esas dos, que tienen una suerte... Me llevaría al cine, y después me invitaría a una cena superemocionante y podría lucir las joyas que me regalaron en el bautizo y pediríamos bistec y tarta de chocolate y crema de licor de menta.

—¿Esa es tu comida favorita? —preguntó mientras sopesaba si debía meter un par de zapatillas de estar por casa.

—Lo sería si la comiese alguna vez. Archie dijo que en su barco ponían carne todos los días. Bastante malo es ser una civil para, encima, ser una civil niña... Seguro que en los restaurantes todo es distinto. Mira que es mala pata vivir en un lugar en el que no hay ninguno. Tú tampoco te maquillas, ¿no? Pues yo pienso maquillarme. Me pondré un pintalabios carmín, como las estrellas de cine, y un abrigo blanco de piel, menos en verano. Y leeré libros picantes.

—¿Libros qué?

—Ya sabes. Es una manera de referirse a cosas que no son muy decentes. Los leeré a pares en mi tiempo libre.

—Hablando de tiempo libre, ¿no deberías estar con la señorita Milliment?

—Estamos de vacaciones, tía Rach. ¿Es que no te habías dado cuenta? Ah, sí: también le pediré a Archie que me lleve a la Cámara de los Horrores de Madame Tussaud. Me imagino que habrás ido, ¿no?

—Supongo que sí, pero hace años.

—Bueno, y ¿qué tipo de horrores hay? Porque preferiría saberlo antes de ir. Neville quiere hacer creer que ha estado. Dice que el suelo está lleno de sangre, pero a mí la sangre no es que me interese demasiado. Y que se oyen gemidos como de tortura; pero no es un niño del que te puedas fiar ni un pelo, así que sigo en las mismas. Bueno, cuenta, ¿qué hay allí?

—Hace siglos que fui, cariño, no me acuerdo... Solo recuerdo una escena de la ejecución de la pobre María I de Escocia. Pero me imagino que en algún momento de las vacaciones mamá te llevará a Londres.

—Lo dudo. Solo me lleva a Tonbridge Wells... al dentista. ¿Sabes una cosa muy tonta del señor Alabone? Cuando pasas a la sala te lo encuentras siempre de pie junto al sillón, y da dos pasos al frente para estrecharte la mano. Bueno, el caso es que en la alfombra hay dos puntos donde está desgastada, justo donde pisa, y queda de lo más cutre; si cambiase la forma de andar, esto no pasaría. Lo lógico sería que alguien que es lo bastante inteligente para hacer agujeros en los dientes de la gente se hubiera dado cuenta de ello, ¿no crees? Al final se lo dije, porque para mí que, con la guerra, las posibilidades de que pueda comprar una alfombra nueva son bastante escasas. Pero se limitó a decir «Claro, claro», así que vi que no iba a

hacer ni caso.

—La gente rara vez sigue los consejos —dijo Rachel con aire distraído.

Estaba pensando en las veces que le había suplicado a Sid que no se alimentase solo de bocadillos, que alquilase una habitación para que así al menos el huésped contribuyese a los gastos de la casa y tal vez cocinase un poco. «Si es que me gusta tener la casa para mí sola. Así, mi amor, siempre que vengas podremos estar las dos a nuestras anchas», respondía Sid, y de ahí no pasaba. Aquel día, aquella noche, iba a ser una de esas ocasiones cada vez más infrecuentes. ¿Y si aprendo a cocinar?, pensó. Al fin y al cabo, Villy ha aprendido... pero, claro, a Villy se le da de miedo empezar cosas nuevas.

—¿Por qué te llevas tantos pañuelos? ¿Crees que vas a ponerte muy triste en Londres?

—No. Es que siempre que pasaba fuera el fin de semana la Duquesita me hacía llevarme seis, y doce si me iba una semana. Al final se ha convertido en una costumbre. Tenías que sacar uno limpio cada día, aunque no hubieras usado el del día anterior.

—O sea, que si te ibas para un mes tenías que llevarte cuarenta y ocho pañuelos. Y si te ibas para tres meses...

—No, mujer, claro que no; en esos casos, se lavaban. Anda, ve a ver si encuentras a Eileen.

—Vale, voy.

Una vez sola, Rachel echó un vistazo a su lista. En un lado estaban las cosas de las que tenía que encargarse antes de coger el tren. En el otro, las cosas que tenía que despachar en Londres al salir de la oficina, donde se pasaba el día metida en un cuartito negro llevando las cuentas y escuchando siempre la misma retahíla de desdichas de los empleados, que no habían tardado en encontrar en ella a la perfecta depositaria de todas sus cuitas. Menos mal que esta vez no la acompañaría el Brigada; había tenido un catarro que había degenerado en bronquitis, y el doctor Carr le había prohibido salir de casa hasta que se recuperase. La señorita Milliment sabría entretenerlo. Estaba enfrascado en la revisión de una antología de textos sobre árboles, y la institutriz estaba tan volcada en el proyecto que Rachel pensaba que, en fin, merecía figurar como coautora. Pero de la tía Dolly tendrían que ocuparse la Duquesita y Eileen; es decir, Eileen, ya que la tía se empeñaba en mantener una independencia completamente ficticia delante de

su hermana y no aceptaba que la ayudase. Sería Eileen la que tendría que pasar horas al pie del cañón, buscando la ropa que quisiera ponerse la tía Dolly. Rachel se dijo que convenía advertir a Eileen de que muchas de estas búsquedas serían inútiles, dado que a menudo pedía prendas que hacía muchos años que había dejado de tener.

—Lo mejor es decirle que se están lavando —le recomendó a Eileen—. La memoria de la pobre señora Barlow ya no es lo que era. Elige tú lo que te parezca más adecuado y ya está.

—Sí, señora.

—Ah, y sus medicinas. Le pirran, así que cuando se le olvida que ya se las ha tomado tiende a tomarse una segunda dosis. Lo mejor será que se las des con el desayuno y las guardes luego; déjalas en mi habitación, si quieres. También toma una píldora amarilla por la noche.

—¿Y qué me dice del baño, señora? ¿Querrá que se lo prepare yo?

—Creo que preferirá lavarse en su dormitorio.

Rachel no quiso hacer pública la profunda aversión que sentía la tía Dolly por el baño (decía que era peligroso y que su padre le había prohibido bañarse más de una vez a la semana).

—Se acuesta después de las noticias de las nueve, así que no hace falta que te quedes hasta tarde. Gracias, Eileen. Sé que puedo confiar en ti.

Otra cosa resuelta. Menudo lío para solo dos noches, se dijo; pero, en el momento en que me suba al tren, podré saborear por adelantado las dos maravillosas tardes que me esperan. Hacía ya varias semanas que la mala suerte las llevaba persiguiendo a Sid y a ella. Primero, claro, por la pobre Sybil, y después porque el Brigada había caído enfermo y encima la Duquesita había pillado un catarro tremendo, con lo cual no podía acercarse a él. Y después había venido Simon a pasar las vacaciones, y Polly la había tenido preocupada. Total, que había sido imposible ausentarse de casa durante más tiempo que el de la jornada de la oficina. Pero, por lo que fuera, Sid no parecía entender que tenía obligaciones con la familia, con la casa en general, que había que anteponer necesariamente al placer. A decir verdad, la última discusión que habían tenido por este motivo, en un salón de té cercano a la oficina de Rachel al que había ido Sid a comerse un triste sándwich, había sido bastante dolorosa; después (aunque, por supuesto, no se lo había dicho a Sid) había estado llorando. El único lugar que había encontrado para

hacerlo a gusto era el desagradable servicio de señoras de la oficina, en la sexta planta del edificio; el papel higiénico consistía en cachitos cuadrados del *Evening Standard* enganchados a la pared por un cordón, y la tubería que salía de la cisterna tenía una fuga. Sid suponía que quería volver a Home Place a cuidar de Wills, de la tía Dolly y del Brigada (cosa que, en cierto modo, era cierta, porque quería hacer lo que consideraba correcto) o, peor, acusaba a Rachel de no quererla... y a veces, como en el salón de té, de ambas cosas. Sabía que Sid se sentía sola, que echaba de menos las clases en el colegio de chicos (aunque había empezado a dar clases privadas a un par de alumnos para contribuir a sus precarias finanzas) y que la mayor parte del tiempo se aburría como una ostra en el puesto de ambulancias; pero, al fin y al cabo, en tiempos de guerra la vida no podía ser otra cosa que monótona y agotadora. Y esto era lo de menos. Cuando pensaba en Clary, pendiente en todo momento del regreso de su padre, del que nada se sabía desde que aquel hombrecillo francés, Pipette O'Neil, trajo las dos notas; o en Hugh, tan destrozado por la muerte de Sybil; o en Villy, obligada a lidiar con el hecho de que su hijo iba a ser piloto de combate y a ver cada vez menos a Edward; o en el pobrecito Wills, en Polly y en Simon, cada uno intentando asumir a su manera la muerte de su madre; cuando pensaba en todos ellos, incluso en cualquiera de ellos por separado, le parecía que el aburrimiento, la soledad o (demasiado a menudo) el agotamiento no tenían punto de comparación ni podían ser motivo de queja. No siempre piensa en los demás, reflexionó, volviendo a Sid —era una acusación muy seria—. Fue a buscar a la Duquesita y la encontró en el salón arreglando piezas de porcelana en la mesa de juego, que estaba cubierta con papel de periódico.

—Duquesita, me voy ya. ¿Necesitas algo de Londres?

—No, a no ser que encuentres una nueva ayudanta de cocina.

—¿Se nos va Edie?

—Me ha dicho la señora Cripps que Edie quiere alistarse en las fuerzas aéreas femeninas. Se ha enfadado tanto con Edie que esta se ha quedado como paralizada por el miedo, y, ¡zas!, ha roto otro plato de Copeland. Como dice la señora Cripps, Edie solo rompe lo mejorcito.

—¿Has hablado con Edie?

—Aún no. Pero de todos modos no me creo con derecho a pedirle que se quede. La verdad es que la admiro por querer servir a la patria. Vino a

trabajar aquí nada más acabar la escuela. Nunca ha salido del pueblo; es muy valiente. Pero, claro, la señora Cripps está fuera de sí. Mecachis, tendré que buscar una sustituta, aunque no sé cómo. ¿Sabes si sigue abierta la agencia de la señora Lines? Ya sabes, esa agencia tan buena... estaba en Kensington, ¿no? Puede que tengan a alguien. Al fin y al cabo, las ayudantas de cocina suelen ser demasiado jóvenes para que las movilicen. Venga, cielo, vete ya o perderás el tren. Podrías pasarte a ver si sigue abierta la agencia de la señora Lines y preguntar. Si tienes tiempo.

—Vale. Y no te olvides de recordarle a Tonbridge que recoja al afinador de pianos.

—Descuida.

Al menos no me ha pedido que le traiga algo de la tienda del Ejército y la Marina, pensó. La Duquesita era cliente de muy pocas tiendas y estaba convencida de que las demás no servían para nada. La ropa de casa la compraba en Robinson and Cleaver; su propia ropa, que compraba muy de tarde en tarde, en Debenham and Freebody; las telas, en Liberty, y prácticamente todo lo demás en la tienda del Ejército y la Marina, que, al estar en Victoria Street, quedaba a desmano de todo. Como llevaba sin ir a Londres desde que estalló la guerra, dependía de sus nueras y de Rachel para que le facilitasen todas las cosas que necesitaba, que no por ser modestas dejaban de ser difíciles de encontrar.

—¿Ha cogido usted la máscara de gas, señorita?

—Gracias, Tonbridge, sí. Va en la maleta.

Mientras se instalaba en la parte de atrás del coche y Tonbridge le arropaba el regazo con la vieja manta de piel forrada de fieltro, pensó que la guerra era una cosa francamente insólita; la yuxtaposición de la máscara de gas y la manta de piel se le antojó un espejo fiel de lo que era en aquellos momentos la vida en su mayor parte, o la vida de las personas inútiles que se quedan en casa como yo, pensó a renglón seguido. No hago nada que contribuya a que se acabe la guerra; no hago nada útil; tan solo cosas triviales que seguro que cualquiera haría mejor que yo. De nuevo cayó presa del desánimo que la había asaltado cuando por fin había comprendido que su querido Hotel de los Bebés tenía los días contados. El albergue había vuelto brevemente a Londres justo después de los acuerdos de Múnich, pero poco a poco, entre la escasez de fondos y la escasez de chicas deseosas de formarse

como enfermeras, se había ido al traste. La enfermera jefe se había jubilado para cuidar de su anciano padre y la sustituta no había estado a la altura, y para cuando empezaron los bombardeos aéreos sobre Londres el proyecto entero había llegado a su fin... justo a tiempo, ya que las instalaciones (que por fortuna ya estaban vacías) habían sufrido un impacto directo. Pero había sido la última vez, en realidad la única, que había tenido la sensación de que ejercía una profesión de algún tipo. Ahora, a sus cuarenta y tres años, era demasiado mayor para que la movilizaran, y no podía (o no quería) ofrecerse voluntaria para ninguna otra cosa que no fuera apoyar a sus padres o a cualquier miembro de la familia que pudiese necesitarla. Y de repente, el día menos pensado, sus queridos padres morirían y tendría carta blanca para irse a vivir con Sid. Entonces podría cuidar de ella, hacerla feliz, anteponerla a todo lo demás, compartirlo todo con ella. Cuando, como en estos momentos, estaba sola, le daba pena que no estuviera Sid para hablar con ella de este futuro, pero, cuando estaban juntas, el hecho de que los planes dependiesen de la muerte de sus padres hacía que en cierto modo fuese imposible mencionarlo, y menos aún hablar de él en profundidad.

En el tren, decidió que iba a regalarle un gramófono a Sid, que nunca se lo había podido permitir. De repente, se sintió mucho más feliz: se lo iban a pasar de miedo escogiendo discos entre las dos, y a Sid le serviría para aliviar su soledad. Compraría uno de los buenos, de aquellos que tenían un altavoz grande y agujas de espina, que decían que dañaban menos los discos que las de acero. En la hora del almuerzo iría a elegir uno a HMV, en Oxford Street, y lo mismo hasta podría llevárselo esa misma tarde a Sid en un taxi. Era una idea magnífica... casi una solución.

—En serio, cariño, en cuanto nazca el bebé no me va a quedar más remedio que irme a vivir a otro sitio. Aparte de que la casita es demasiado pequeña para los dos mayores, la verdad es que ni siquiera caben Jamie y un bebé. Y la pobre Isla no tiene sitio para que venga gente a pasar unos días.

No añadió que su cuñada la estaba volviendo loca, porque sabía que los roces entre las personas le hacían sentir incómodo.

Estaban almorzando en un pequeño restaurante chipriota pegado a Piccadilly Circus que Edward había descrito como práctico y tranquilo. Lo de «práctico» se le escapaba, pero tranquilo sí que era. Aparte de dos oficiales

americanos con aire tristón, no había nadie más. Comieron unas chuletas bastante correosas acompañadas de arroz y guisantes de lata. No era en absoluto el tipo de lugar al que solía llevarla, y Diana se preguntó, como ya lo había hecho nada más poner el pie en el local, si se sentiría violento invitando a almorzar a una mujer tan visiblemente embarazada. Había dicho que no podía beber vino, y ahora que ya habían terminado de comer el camarero se acordó de traerle una garrafa y le sirvió agua en el vaso. Estaba tibia y sabía a cloro. La silla en la que estaba sentada no podía ser más dura e incómoda. En la pared de enfrente —pintada de un amarillo bastante sucio—, había un póster de un cielo increíblemente azul, una montaña con ruinas en la cima y, en primer plano, un sacerdote ortodoxo con una sonrisa feroz. El camarero llegó con dos tacitas de café turco, volcando el florero con tres claveles de papel que adornaba la mesa. Lo enderezó con un gesto ceremonioso, y a continuación le puso a Diana un platito con dos delicias turcas a la vez que le miraba la tripa con una sonrisa benévola: «Para *madame*. Invita la casa».

—Lo siento, cariño —dijo Edward—. La comida no ha estado muy allá. Pero pensé que estaría bien ir a un sitio tranquilo en el que pudiéramos hablar. Este café está espantoso. Mejor no te lo bebas.

Pero si apenas hemos hablado, pensó ella.

—¿Qué me dices de Escocia? —continuó Edward.

—¡Cómo voy a vivir allí! No querrían que fuera.

—Creía que dijiste que sí.

—Eso fue solo inmediatamente después de que muriese Angus. Se sintieron obligados a invitarme. Si llego a aceptar, les da el telele.

Notó que la empezaba a invadir el pánico. ¡No pensaría dejarla plantada ahora! ¡No, claro que no!

—Pensaba que podría ser una solución provisional para los dos mayores —dijo Edward.

Para descartar cualquier otra cosa que pudiese haber pensado, Diana dijo:

—Bueno, en cierto modo, sí. Pero no los vería.

Hubo una pausa.

—Cariño, ¡me siento tan inútil! Es una situación terrible. Debería estar cuidándote... y no puedo.

Diana sintió un gran alivio.



—Sé que no puedes. Lo entiendo bien.

El rostro de Edward se iluminó.

—Lo sé. Eres una mujer maravillosa.

Empezó a explicarle, por enésima vez, que le era absolutamente imposible dejar a Villy, pero por suerte vino el camarero con la cuenta y se entretuvo pagando mientras ella se iba a buscar el aseo. Mientras se retocaba la cara (tenía que admitir que no estaba radiante; aquella mañana se había pasado con el maquillaje), sintió que la autocompasión la iba envolviendo cada vez más, como una niebla. No tenían adónde ir, ningún lugar donde pasar el rato tranquilos hasta que saliera su tren; la permanente que se había hecho esa misma mañana en Brook Street (esa fue la excusa que le había dado a Isla para escaparse a Londres) había quedado tiesa y artificial y no tenía trazas de ir a mejor; le dolía la espalda por culpa de aquella silla tan incómoda, y sus mejores zapatos le habían dejado los pies hinchados. Solo de pensar que cuando llegase el momento de dar a luz sería el taxista local el que la llevaría a la clínica, que lo más seguro era que ni siquiera pudiese avisar a Edward, y que después iría Isla a verla y diría una y mil veces que era clavadito a Angus, en realidad a todos los Mackintosh, se la llevaban los demonios.

Y, encima, aquella terrible incertidumbre: ¿qué iba a hacer después?, ¿dónde viviría?, ¿cómo encontraría casa? Estaba casi de ocho meses, ya era hora de que se pusiera manos a la obra. Demasiadas cosas a la vez. Era como si hubiese a su alrededor un cerco de reserva, soledad y mentiras... No, no podía consentirlo; lo último que debía hacer era rendirse, así que resolvió mostrarse confiada y optimista pero también una pizca desamparada en relación con las cuestiones prácticas. Se empolvó por última vez la nariz con gesto admonitorio y volvió a la mesa.

—Estaba pensando —dijo con voz alegre— que lo mejor sería que me buscase un piso en Londres. Incluso puede que una casita. No sé muy bien cómo hacerlo, pero estoy segura de que sería la mejor solución. ¿Tú dónde crees que debería mirar?

En el coche, hablaron animadamente del tema hasta que llegaron a Vigo Street. Una vez allí, Edward aparcó a la puerta de Harvey and Gore y la hizo entrar para comprarle un regalo.

—Amatistas —dijo—. Seguro que nos encuentra usted unas amatistas

preciosas, señor Green.

Y este, que lo único que le veía de malo al señor Cazalet era que no tenía título nobiliario, se frotó las manos y sacó un surtido de baqueteados estuches de cuero en cuyo interior de terciopelo aplastado había broches, colgantes, collares y pulseras de amatistas engastadas en oro, algunas con perlas o con diamantes, y un collar con turquesas minúsculas que a Edward le gustó de manera especial.

—Pruébatelo.

Diana no quería un collar —¿cuándo demonios se lo iba a poner?—, pero se desabrochó el abrigo y la blusa y se descubrió el cuello, que, por suerte, aunque también de manera humillante, resultó ser demasiado ancho para el collar. El señor Green dijo que se podía añadir una cadenita por detrás para agrandarlo, pero Edward dijo que no, que se probase otra cosa. Ella lo que quería era un anillo, pero barruntó que pedirlo sería una metedura de pata. De repente se acordó de aquella vez que, con el coche a punto de arrancar de Lansdowne Road, Edward le había plantado el joyero de Villy en el regazo y, como no estaba cerrado con llave, se habían caído todas las joyas. Sintió envidia y amargura. Por un instante le asaltó la descabellada idea de que lo mismo había por ahí una recua de mujeres con hijos de Edward..., de que lo mismo el empalagoso señor Green estaba harto de ver a Edward acompañado de unas y otras...

—Cariño, ¡mira! ¿Qué tal esto?

Era una gargantilla de piedras ovaladas engastadas en oro, pesada, sencilla, magnífica. Diana se sentó, se la pusieron, la admiraron, y Edward le preguntó si le gustaba. Dijo que sí.

—Si *madame* no está convencida...

El señor Green tenía una dilatada experiencia de mujeres a las que les compraban cosas que no les gustaban o que no querían, o a las que les compraban una cosa cuando habrían preferido mil veces otra distinta.

—Lo que pasa es que no sé cuándo me lo voy a poner.

Pero Edward se limitó a decir:

—Tonterías, cielo; seguro que te lo pones. —Y luego, cuando el señor Green fue a envolverse, se inclinó sobre ella y susurró—: Te lo puedes poner en la cama, conmigo.

Y le rozó la oreja con el bigote.

—Bueno, no se puede negar que es una alternativa de lo más elegante a los camisones funcionales que nos obligan a usar ahora —consiguió responder Diana.

—Cielo, ¡si tú no tienes camisones de esos!

—No, pero no tardaré. El Gobierno ha dicho que basta de fabricar lencería con bordados.

—Qué cabrones. Quizá deberíamos ir a comprarte algo de lencería antes de que se agote.

—Hacen falta cupones, cariño, y todo el mundo anda escaso.

Edward había terminado de extender el cheque, y el señor Green regresó con un paquete blanco cuidadosamente cerrado.

—Espero que la señora lo disfrute.

Una vez en la calle, Diana dijo:

—Cariño, ¡gracias! Es un regalo maravilloso.

—Me alegro de que te guste. Y ahora, sintiéndolo mucho, voy a tener que llevarte al tren.

Bajaron por Bond Street hasta Piccadilly, pasaron por delante de la iglesia bombardeada, doblaron por la estatua de Eros, que estaba cubierta por andamios, y entraron en la calle Haymarket. «¡Malta recibe la cruz de Jorge!», decían los paneles de anuncios de los quioscos. En las ventanas más bajas de los edificios de Trafalgar Square había sacos terreros. A la entrada de la estación de Charing Cross, un anciano se paseaba con paso cansino con un letrero atado a la espalda: «Se avecina el fin del mundo». El aire se enturbiaba a ratos con el vuelo de los estorninos. Quedaron en que Diana volvería a la semana siguiente; la invitaría a comer y la ayudaría a buscar un piso.

—Cariño, ojalá pudiera llevarte yo a casa. Pero los viernes Hugh cuenta conmigo para volver... Ya sabes cómo están las cosas.

—No pasa nada, cariño. Lo entiendo perfectamente.

Pero no quitaba para que la fastidiase.

—Eres la chica más comprensiva del mundo —dijo Edward mientras la dejaba en el tren y le daba el periódico que le había comprado—. Lo siento, no quedaba ningún *Country Life*.

—Da igual, me leeré todo lo que venga sobre la Cruz del Rey Jorge que

le han dado a Malta.

Edward se inclinó para besarla. Después, enderezándose, se hurgó en el bolsillo.

—Casi se me olvidaba.

Le dejó tres medias coronas en el regazo.

—¡Cariño! Y esto ¿para qué?

—Para el taxi; como no puedo llevarte a casa.

—Es demasiado. Como mucho serán cinco chelines.

—La tercera moneda es la medalla Edward al valor, por haber tenido estómago para esa bazofia que nos han puesto... y para todo. Me voy pitando a por Hugh, ya llego tarde.

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas.

—Vuela —dijo.

Después de que se fuera y cuando el tren hubo iniciado su lento traqueteo por encima del río, Diana se puso a mirar por la ventana (habían subido más pasajeros al vagón) y trató de aclarar los confusos sentimientos que albergaba por Edward. Rencor, incluso rabia, por tener que traer al mundo al bebé sin su apoyo manifiesto, por pasar tantas estrecheces, por el jaleo de tener que buscarse un lugar donde vivir y que instalarse sola con cuatro hijos a su cargo... Por más vueltas que le daba, no sabía qué iba a hacer para pagar las matrículas del colegio de los tres primeros, conque a saber qué iba a pasar con el cuarto. Los padres de Angus se habían ofrecido a darle una pequeña suma de dinero al mayor, pero también ellos estaban sin blanca. Simplemente compartían la convicción que había tenido Angus acerca de que Eton era el único colegio adecuado. Y, también, frustración: después de cuatro años de encuentros clandestinos (más de cuatro, para ser exactos), estaba tan lejos como el primer día de conseguir que abandonase a su mujer para casarse con ella. Aunque no siempre he querido eso, pensó. Se había enamorado como una loca de él en cuanto lo conoció; le había parecido el hombre más atractivo que había visto en su vida, y había tenido que reconocer que su marido (curiosamente, no lo había pensado antes) era un completo desastre en la cama. Angus había sido un romántico inflexible, se había prendado de ella porque le recordaba a una actriz que había visto, y adorado, en una obra de Barrie; pero, en cuanto al sexo, rara vez se lanzaba, y siempre como pidiendo disculpas, apresuradamente y a oscuras, como si exhibiese una

lamentable pero indiscutible debilidad en la que no quería involucrarla más de lo estrictamente necesario. También Edward parecía opinar que el sexo era cosa de hombres, pero, una vez pasado el grato delirio inicial, y aunque tenía que admitir que no atendía a lo que pudiera sentir ella con el detalle que la habría satisfecho, Edward disfrutaba tanto y tan abiertamente que Diana había recurrido a una suerte de tolerancia maternal. La desnudaba, la admiraba, jamás se olvidaba de decirle lo mucho que había disfrutado y lo maravillosa que era en todos los sentidos, de manera que a Diana no le había costado nada relajarse y concentrarse en él, y no en la lista de la compra. Y en otros aspectos también le había hecho pasar muy buenos ratos. Aparte de los restaurantes, de los bailes, de los regalos y de la sensación de que cada encuentro era como un cumpleaños de esos que siempre decía en broma que estaba celebrando, a Diana le atraía el deseo que sentía por ella, el hecho evidente de que, aunque no había mujer que no le encontrase atractivo, él la había elegido a ella. Y esto le daba una sensación de poder y una identidad. Por supuesto que había habido veces en que había dudado de su fidelidad, pero al llegar a este punto intervenían sus ambiciones a largo plazo, que poco a poco iban creciendo. La mejor táctica era hacer la vista gorda ante cualquier posible desliz, confirmado o no. Desde la muerte de Angus, sus razones para querer casarse con Edward se habían vuelto tan difusas y tan incómodamente complejas que, cuando le venía alguna a la cabeza, la arrumbaba con el resto en algún oscuro rincón bajo el paraguas protector de lo que se representaba a sí misma como su amor imperecedero por él. Pues claro que era su gran amor: había traído al mundo a uno, si no a dos, de sus hijos; durante cuatro años había estado pacientemente a su disposición; toda su vida había girado en torno a su presencia, sus ausencias, sus necesidades y sus limitaciones. No había mirado a ningún otro hombre, y, a sus cuarenta y dos años, era poco probable que fuese a hacerlo ahora. Lo suyo con Edward era devoción, una devoción profunda, irremediable. Cuando, como ahora, el germen demoniaco de una duda intentaba abrirse paso para decirle que había algo en aquella relación que no acababa de ir bien del todo, lo desterraba —si algo no iba bien, tenía el firme propósito de no descubrir qué era—. Lo amaba, y eso era lo único que estaba dispuesta a saber.

—Pero ¿se lo has dicho o no?

—No he podido, hermanito...; en serio, no he podido. Estaba completamente decidido a hacerlo, pero al final, por diversas razones (razones de peso, además), me ha sido imposible. —Y después, al ver la expresión incrédula y acusadora de su hermano, añadió—: Por el amor de Dios, va a dar a luz de un momento a otro...

—¡Eso no me lo habías dicho!

—Bueno, pues te lo digo ahora. No puedo darle un disgusto en estos momentos. Además —continuó tras una breve pausa—, ella ya sabe cómo están las cosas. Jamás le he mentado.

Se hizo un silencio. Hasta llegar a Lee Green había conseguido evitar el tema hablando febrilmente de un asunto de la empresa sobre el que no se ponían de acuerdo, pero a sabiendas de que antes o después Hugh se lo iba a preguntar, de la misma manera que sabía que de un momento a otro le haría la pregunta de rigor.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¡Dios santo! ¡Menudo desastre!

Y, al ver que su hermano, mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla con una mano y agarraba el volante con la otra, estaba temblando, hizo un esfuerzo y añadió:

—¡Pobrecito! ¡Tiene que ser una pesadilla!

Como no se le pasaba por la cabeza que se pudiera querer tener un hijo con alguien si no había amor, hizo otro esfuerzo más:

—Debes de estar muy enamorado de ella.

Y Edward respondió, agradecido:

—¡Y tanto! Desde hace mucho tiempo.

Después, durante el resto del trayecto a la casa en la que ya no estaba Sybil, Hugh no volvió a sacar el tema.

—¡Pero bueno, señorita Milliment! ¡Pobre! ¿Desde cuándo lleva esto así?

—Ah... desde un poco antes de Navidad, creo. Recuerdo que el acebo aún tenía montones de bayas y que las campanillas que hay a la entrada del establo no habían salido, conque debió de ser por esa época. La calcé con la maleta y durante un tiempo parece que la cosa funcionó, hasta que, por

desgracia, se ha venido abajo por la presión, como puedes ver.

En efecto, lo veía. Nada más entrar en la habitación que ocupaba la señorita Milliment en la casita de los establos, Villy había comprendido que no era solo la cama (cuyo desplome era el motivo de su visita) la que necesitaba cuidados, sino todos los enseres; en realidad, prácticamente todas las pertenencias de la señorita Milliment. La puerta del armario pendía como ebria de una bisagra y dejaba a la vista todo su vestuario, el mismo con el que había venido dos años antes y que no solo clamaba por un buen lavado, sino que, sospechaba, en muchos casos era irreparable. La habitación se había amueblado a toda prisa para su llegada bajo la supervisión de la Duquesita, cuyas ideas victorianas sobre los dormitorios de los niños o de los miembros del servicio se habían traducido en que solo estaba dotada de lo imprescindible (en este caso, muebles que en cualquier otra circunstancia se habrían tirado a la basura). Villy recordó que le había preguntado a la señorita Milliment si había una lámpara para la mesilla y una mesa a la que sentarse a escribir, y, al reconocer la señorita Milliment que ni lo uno ni lo otro, se había encargado de que le llevaran ambas cosas a la casita. Pero hasta ahora no había venido a verla con sus propios ojos. Estaba avergonzada.

—Viola, cariño, siento mucho darte tanto la lata.

—De lata, nada. La culpa es mía.

Se había arrodillado al lado de la cama y estaba haciendo palanca para sacar la pata rota de la tapa perforada de la maleta, con el molesto resultado de que el colchón se iba resbalando hacia el suelo.

—Ha tenido que ser incomodísimo; no sé cómo ha podido pegar ojo.

No había modo de aflojar la pata, y, culpándose a sí misma de toda la situación, exclamó:

—¡En serio, debería habérmelo dicho antes!

—Supongo que sí. En cualquier caso, no es culpa tuya, Viola. No te consiento que pienses eso.

Y por un instante fugaz Villy volvió a la sala donde daban las clases, a una de aquellas ocasiones en las que había dicho una cosa y pensado otra y que a la señorita Milliment nunca le habían pasado desapercibidas.

El resto del día lo dedicó a reorganizar el dormitorio de la anciana institutriz. Lo primero era abordar a la Duquesita. Perfectamente podría haber cogido muchos de los muebles almacenados de Pear Tree sin decirle nada a

su suegra, de no haber sido por otra circunstancia embarazosa que había terminado por salir a la luz: las criadas no habían estado limpiando la habitación de la señorita Milliment, sino que se habían limitado a dejarle sábanas limpias al pie de la estrecha escalerita una vez a la semana. Con el resto de la colada habían hecho la vista gorda, y Villy se encontró el pequeño y frío cuarto de baño lleno de pololos, chalecos y medias obstinadamente húmedos que la señorita Milliment había lavado en la bañera. Pero, entre su edad, su corpulencia, su miopía y su inexperiencia, pocas aptitudes tenía para las labores domésticas —la habitación estaba cochambrosa y olía a ropa vieja—.

—De la limpieza general ya me encargo yo, Duquesita, pero de veras pienso que alguna de las criadas debería hacerle la cama, limpiar el polvo y esas cosas.

La Duquesita se enfadó y llamó a Eileen con la campanilla.

—El personal de servicio siempre se ha portado mal con las institutrices —dijo.

—No creo que ni Dottie ni Bertha, con lo jóvenes que son, hayan tratado antes con ninguna institutriz.

—Ya, pero es una tradición. Algo les habrán contado la señora Cripps o Eileen. Pero tú no te molestes, cielo. Que se encarguen las criadas de hacer una limpieza a fondo.

—La verdad es que preferiría hacerlo yo.

Se abstuvo de decir que le espantaba que presenciasen la patética sordidez en la que vivía la señorita Milliment, pero la Duquesita lo entendió.

—Sí, puede que sea lo mejor. Ah, Eileen, ¿les dices a Dottie y a Bertha que vengan, por favor?

Aquel día, en la cocina, hubo un ambiente muy tenso durante la comida. Dottie y Bertha no hacían más que poner excusas desafiantes y victimistas: nadie les había dicho que limpiasen la casita, ¿qué iban a saber ellas? Tampoco a ella le había dicho nadie que cocinase para una institutriz, contraatacó la señora Cripps, pero se daba por descontado que había que dar de comer a cualquiera que viviese en la casa. Eileen repitió hasta la saciedad que aquel asunto no tenía nada que ver con ella y que no era partidaria de meterse donde no la llamaban, pero que no podía evitar compadecerse de la pobre anciana. Bertha se echó a llorar y dijo que pasara lo que pasara siempre



le caía a ella la culpa. Tonbridge les recordó que estaban en guerra, y que, por tanto, aunque lo de transportar muebles no era competencia suya, había echado una mano cuando se lo habían pedido, naturalmente. Edie no dijo ni mu. En los últimos tiempos, bastaba con que abriese la boca para que la señora Cripps le echase un rapapolvo o hiciera comentarios sarcásticos sobre la gente que dejaba a los demás en la estacada solo para divertirse un poco y lucirse con un uniforme. Dentro de cuatro semanas ya no estaré aquí, se decía para sus adentros, y no volverán a verme el pelo. Además del plato de la señora, había roto un cuenco de postre, dos tazas y una jarra que la señora usaba de florero, ya que cada vez que la señora Cripps la llamaba daba un respingo y se le caía lo que tuviese en las manos. Se tomaron el té y apenas intercambiaron más palabras.

Para la hora del almuerzo Villy ya había vaciado la habitación; las pertenencias de la señorita Milliment estaban amontonadas sobre un guardapolvo en el suelo de la alcoba contigua. Se agenció una barra de jabón, un cepillo de fregar y un cubo, y fue entonces cuando descubrió que el calentador eléctrico del cuarto de baño se había estropeado y comprendió que la pobre señorita Milliment debía de llevar a saber cuánto tiempo sin agua caliente. Volvió a la casa y telefoneó al albañil para que mandase a un electricista, cogió el hervidor eléctrico de Ellen del cuarto de los bebés y emprendió la ingrata tarea de barrer el suelo y fregarlo después. Le horrorizó comprobar el estado en el que se hallaba el guardarropa de la señorita Milliment, y decidió llevárselo a Hastings o a Tonbridge Wells para reponerlo. A estas alturas debía de haber acumulado ya un montón de cupones de ropa, y si se había agotado la de su talla podían comprar tela y hacerle algo. Sybil habría ayudado, pensó, consciente una vez más de lo mucho que la echaba de menos. Con Zoë no había conseguido entablar una relación estrecha, y aunque a la Duquesita y a Rachel, cómo no, les tenía cariño, con Sybil había podido cotillear, hablar de los hijos y de los tiempos mozos, de la época de recién casadas y a veces de recuerdos que se remontaban a los días en que aún no eran unas Cazalet. Al hermano de Sybil lo habían matado en la guerra; su madre había fallecido en la India cuando ella tenía tres años, así que Sybil se había criado casi por completo con una abnegada aya y con los criados de la casa de su padre hasta los diez años, cuando su padre se los llevó a ella y a Hubert de vuelta a Inglaterra y los dejó

a cargo de su hermana casada, que los despachó a sendos internados en los que echaban terriblemente de menos su hogar. Si las cosas eran un poco mejores en vacaciones era porque al menos estaban juntos, ya que nunca llegaron a llevarse bien con sus primos: «Teníamos nuestro idioma secreto, el urdu, y claro, como no lo entendían, nos odiaban, y mi tía nos culpaba a nosotros de que no nos llevásemos bien». Se acordó de la voz monocorde y tan inglesa de Sybil cuando le contó todo esto, y de que había añadido que hablaban mucho más en urdu que en inglés, que les parecía un idioma de adultos foráneo y aburrido. Pero, cuando Villy le preguntó si todavía lo hablaba, Sybil dijo que no... que no lo había vuelto a hablar desde que murió su hermano. Había muerto justo antes del armisticio; Sybil aún estaba en pleno duelo cuando conoció a Hugh.

Había intimado mucho con Sybil en sus últimas semanas de vida, desde aquella mañana en que fue a su cuarto a ver si quería desayunar en la cama y se la encontró llorando.

—¡Cierra la puerta! —había dicho entre sollozos—. No quiero que nadie me oiga.

Villy hizo lo que le pedía y se sentó en la cama, donde la estuvo abrazando hasta que se calmó.

—Pensaba que me estaba recuperando... pero no.

Se produjo un silencio, y después, clavando los ojos en Villy con una expresión que le impidió apartar la mirada, le preguntó:

—¿A que no? —Y, antes de que Villy pudiese hacer de tripas corazón para responder, añadió de repente—: No, no me lo digas. No quiero saberlo. Le prometí a Hugh que... Solo porque haya pasado un par de noches malas... Por el amor de Dios, Villy, no le cuentes que he estado tan abatida. No digas nada... a nadie.

Y Villy, que sabía que Hugh lo sabía pero había tenido que hacerle la misma promesa a él, no tuvo más remedio que acceder al laberinto conyugal. Había hablado con el doctor Carr para convencerlo de que intentase que hablasen entre ellos... que se enfrentasen a la realidad, recordaba haber dicho. El doctor había respondido al instante:

—Pero, señora Cazalet, ya se están enfrentando a la realidad. Lo que pasa es que cada uno piensa que lo hace por el bien del otro. No me entrometería por nada del mundo. Verá, los dos piensan que es lo último que pueden hacer

por el otro.

Villy se quedó sin palabras. El médico había añadido que veía que estaba cuidándola muy bien.

Lo había hecho lo mejor posible. Su trabajo con la Cruz Roja de antes de la guerra, cuando iba un día a la semana a los hospitales, le había enseñado muchas cosas útiles: a dar baños de esponja, a dar la vuelta al paciente en la cama, el uso adecuado de los orinales... Poco a poco, todas estas cosas se habían ido haciendo necesarias, y Sybil prefería que las hiciese ella antes que someterse a la amabilidad ansiosa e inexperta de cualquier otra persona.

Se había sentido útil; en fin, como también —aunque, por supuesto, en menor medida— se sentía útil ahora. Esto le hizo pensar en la señorita Milliment: ¿le habría contado a alguien más lo de la cama o lo de la falta de agua caliente? Sin venir a cuento, notó que sus pensamientos se dirigían hacia Edward: ¿cómo habría sido su vida si no se hubiera casado con un Cazalet? Él, sin duda, se habría casado con alguna mujer que le habría dado hijos y se habría encargado de contratar al personal doméstico, organizar las comidas y acompañarlo a las fiestas. Solo que ahora ya no había fiestas a las que ir, y, cuando veía a Edward, que ni siquiera era todos los fines de semana, casi nunca estaban solos. Tampoco podía decirse que tuviese un interés especial por estar a solas con él; una de las cosas que venía observando en el último año era que Edward parecía tener menos ganas de cama, lo cual no dejaba de ser un alivio. De vez en cuando lo hacían, claro, pero adivinaba que llegaría un momento en el que prácticamente dejarían de hacerlo. En los últimos tiempos apenas tenían nada que decirse cuando llegaba la hora de acostarse: conversaciones desgastadas sobre los niños... en varias ocasiones había intentado que le leyese la cartilla a Louise sobre lo irresponsable que era empeñarse en trabajar en el teatro (una profesión masificada como pocas) cuando lo que debería estar haciendo era contribuir al esfuerzo bélico. Edward ponía excusas, intentaba cambiar de tema, y en cierta ocasión en que Villy se enfadó se limitó a decir que de todos modos la movilizarían cuando cumpliera los veinte y que solo faltaba un año, de manera que ¿por qué no iba a disfrutar un poco mientras pudiera? A Villy le pareció que no se podía tener una actitud más frívola en relación con una hija.

Louise... Sí, se les estaba yendo de las manos. Insistía en vivir en Londres y, aunque no hacía más que decir que estaba a punto de salirle algo

en una obra, al final nunca cuajaba nada. Le habían dado un par de papelitos en obras radiofónicas, pero por lo demás se pasaba la vida hablando de las pruebas a las que se presentaba y de las personas que iba conociendo y que estaban pensando en darle un papel. Se paseaba por Londres con la melena suelta —¡y con pantalones!—, y casi siempre pintada como una puerta. A Villy se le había ocurrido la idea (el colmo de la sensatez, a su juicio) de que Louise se fuese a vivir con Jessica a la casa de los abuelos en St. John's Wood, pero ni a Louise ni (lo más sorprendente) a Jessica les había hecho ninguna gracia. Jessica había puesto todo tipo de excusas, la principal de las cuales fue que no quería asumir tamaña responsabilidad, y Louise había dicho que ni hablar, que no lo soportaría —tenía pensado compartir piso con su amiga Stella para así ser libre de hacer lo que le viniese en gana—. Y, antes de que Villy pudiese poner ninguna objeción, Edward había adelantado los treinta chelines del alquiler y Louise se había mudado. A saber lo que harán, pensó Villy... Seguro que andan por ahí trasnochando y que no se cocinan como Dios manda. Y luego estaba Michael Hadleigh. Su madre, *lady* Zinnia, la había telefoneado una vez para exigirle que no permitiera que su hijo le rompiera el corazón a Louise, como, añadió, le pasaba con todas las chicas. «¿Y yo qué demonios puedo hacer?», se había preguntado Villy. Tenía sentimientos encontrados con respecto a Michael: por un lado, Louise era demasiado joven para que la cortejasen en serio, pero, por otro, Michael estaba a años luz de aquellos horribles actores con los que su hija se había mezclado en Devon. Eso sí, era demasiado viejo para ella, y en cualquier caso ella era demasiado joven para estar con nadie —aún era pronto—. Antes que romperle el corazón hará que se le suban los humos, reflexionó Villy con amargura. En su fuero interno, y por desgracia, los temas del corazón eran espinosos para ella, y, como a la mayoría de los temas espinosos, les daba muchas vueltas. En Londres se había producido un incidente que la había trastornado tanto que incluso ahora que ya habían pasado varias semanas se sentía incapaz de pensar claramente en ello; cada vez que lo intentaba, era como si cayera presa de una especie de doble visión: por un lado, cómo podría haber sido algo que había imaginado maravilloso, y, por otro, lo que de hecho había pasado.

Tenía que ver con Lorenzo, por supuesto. Le había enviado —en un sobre— una de sus raras tarjetas postales, invitándola a un concierto que iba a

dirigir en una iglesia de Londres donde se estrenaba una pequeña pieza coral compuesta por él. Villy estaba entusiasmada con la idea. Para su sorpresa, Lorenzo le había pedido que le telefonease a casa para decirle si aceptaba; en circunstancias normales esto habría sido impensable, ya que la más inocente llamada para su marido bastaba para inflamar los celos (infundados, faltaría más) de la pobre Mercedes. Pero resultó que Mercedes estaba en el hospital, «así que puedo invitarte a cenar después del concierto», había dicho él. Esto suponía pasar la noche en Londres. Lo primero que pensó fue en quedarse con Jessica, a la que se imaginaba dando vueltas como un león enjaulado en la casa de sus padres en St. John's Wood, pero, después de llamar una vez y que no lo cogiera, se lo pensó mejor. Si pasaba allí la noche, Jessica podría decir que también quería ir al concierto y lo echaría todo a perder. Hugh la acogería, seguro. Iría por la mañana, haría algunas compras, quizá saldría a comer con Hermione y después se iría a casa de Hugh a darse un baño y cambiarse para el concierto. Quedó con Rachel y Zoë en que entre las dos se encargarían de cuidar de Sybil, le pidió una llave a Hugh y se dispuso a paladear los días de deliciosa espera que faltaban para la ocasión. Una tarde entera con Lorenzo, un concierto, una cena los dos a solas (hasta ahora solo habían conseguido tomar el té juntos aquella vez que tuvo la encantadora idea de acompañarla en el tren hasta la mitad del trayecto a Sussex); tiempo, al fin, para desmenuzar el espíritu romántico y desesperado de su relación, las previas y respectivas ataduras para toda la vida y la integridad de ambos. Estuvo dos tardes probándose modelitos para ver cuál, de todos los que tenía, era el más apropiado (así lo expresó para sus adentros), pero ninguno acababa de convencerla y planeó, estremeciéndose de la emoción, una visita a la tienda de Hermione. A fin de cuentas, no había estrenado nada desde antes de que naciera Roly. Llamó a Hermione, que le dijo que no podía haber llamado en mejor momento, que le acababa de llegar la colección de verano, añadiendo después que la invitaba a comer. Los días que pasó esperando a que llegase el jueves le hicieron darse cuenta de lo atrincherada que se encontraba en la rutina y el deber, de lo asediada que estaba por detalles nimios pero necesarios y de lo mucho que todo esto la cansaba. Aquellas tres mañanas se despertó llena de energía, briosa, ilusionada ante la perspectiva de un día más que la acercaba al encuentro con Lorenzo. Por supuesto, le dijo a Edward que iba a ir a Londres y le contó con pelos y señales lo que pensaba hacer, y él se mostró de lo más amable; le dijo que esperaba que se lo pasase

muy bien y le dio veinticinco libras para que se comprase «ese vestido que se te antojará pero que pensarás que no te puedes permitir». En realidad, a todo el mundo le pareció una idea estupenda.

—Se te ve radiante —observó Lydia mientras Villy le cortaba las puntas abiertas de la larga melena—. Yo pensaba que los adultos siempre os estabais divirtiendo, pero tú no, ¿verdad? No te diviertes ni pizca. Supongo que tu buen carácter es un inconveniente. ¡Mami! ¿Te acuerdas de aquel pintalabios viejísimo tan feo que solo te ponías para ir al teatro, un carmín superoscuro con una funda dorada, del que solo queda medio centímetro más o menos?

—¿Y tú cómo sabes tanto de mis pintalabios?

—Es que lo vi hace poco por casualidad. Un día. Resulta que estaba cerca de tu tocador y... bueno, que me preguntaba si me lo... si me lo prestarías. Tú ya no lo usas, y además Louise dijo que el color no le favorece a tu tono de piel.

—¿Para qué lo quieres?

Ni siquiera el comentario de Louise pudo empañar su buen humor.

—Para practicar. Me refiero a que algún día, en realidad dentro de poco, empezaré a usar este tipo de cosas, y si hay algo que no quiero es parecer una novata. Así que se me ha ocurrido que podría ir practicando por las noches, ya sabes, cuando nadie vaya a fijarse.

¿Por qué no?, se dijo Villy. Tampoco los niños se divertían demasiado (no tenían fiestas con prestidigitadores y buscapiés, ni excursiones a Londres).

—Pero solo por la noche y antes de bañarte.

—Te lo requeteprometo solemnemente.

Para eso tendría que bañarse más de la cuenta, pensó, pero valía la pena.

Por fin llegó la mañana del jueves.

—Te mereces distraerte un poco —había dicho Sybil cuando se pasó un momentito a despedirse—. Qué lástima que no vayas a cenar con Hugh, aunque por lo menos desayunarás con él. Así podrás decirme sinceramente si la señora Carruthers está cuidándolo como es debido.

—Tú no te preocupes por nada —había dicho Rachel—. Diviértete y ya está.

—¡Eso haré! —había exclamado.

Estaba eufórica. No parecía para nada la Villy de siempre.

Hacía un día precioso, con un sol resplandeciente, el cielo despejado y surcado por retozonas nubecitas blancas, y los jardines traseros llenos de relucientes *forsythias*. Cogió el mismo tren que la gente que iba a Londres a trabajar; casi todos iban leyendo el periódico de la mañana. «La princesa Isabel se alista en las fuerzas auxiliares», leyó por encima del hombro de un pasajero. Tengo que comprarme un perfume, pensó. El viejo frasco de L'Origan de Coty estaba ya marrón, y del perfume de antaño solo quedaba un vago aroma. Se había puesto un viejísimo vestido con un estampado blanco y negro que había comprado en la tienda de Hermione antes de la guerra; por algún motivo, siempre que iba a comprar a su tienda le parecía que tenía que llevar algo que le hubiese comprado a ella. No tenía medias decentes, pero había cogido un viejo par de seda beis por si acaso no conseguía unas nuevas. El beis pegaba con todo, se dijo, no muy convencida; en su juventud se habían llevado las medias de color claro, y le había costado cambiar. Su madre siempre había dicho que los tonos melocotón que tan en boga habían estado antes de la guerra eran de lo más vulgar. Lo suyo era que las jóvenes las llevasen beis claro, y las mayores, gris claro. Hermione gastaba medias color carne, pero es que era de esas mujeres que pueden ponerse medias de cualquier tipo, incluso negras, sin perder un ápice de glamur y distinción. Se acordó, no por primera vez, de aquella ocasión en que Diaghilev, dándole unos toquecitos en la rodilla con el bastón, le había dicho: *Pas mal, ma petite, pas mal*. Teniendo en cuenta que las rodillas le parecían la parte más fea de la anatomía femenina, había sido un elogio considerable. Lo malo era que lo que solía comentar la gente eran los tobillos, y los suyos, francamente, no valían gran cosa. Pero seguro que Lorenzo, que no apartaba su ardiente mirada de su rostro, ni reparaba en ellos. Su relación, se dijo con alegría (en aquel momento), estaba en un nivel más alto. Literalmente.

La sesión de compras con Hermione fue una auténtica gozada, tan solo ensombrecida por la limitada cantidad de cupones de ropa de que disponía, aunque Hermione dijo de pasada que quizá pudieran estirarlos un poco más de lo debido. «Naturalmente, esto solo lo hacemos con nuestras clientas favoritas, ¿verdad que sí, señorita MacDonald?», y la señorita MacDonald, que pocas veces debía de haber necesitado cupones de ropa dado que siempre, desde hacía ya años, llevaba el mismo traje a medida de chaqueta y

falda de raya diplomática, sonrió obedientemente y dijo:

—Por supuesto, *lady* Knebworth.

Se probó miles de cosas. Bueno, en realidad diez o doce, pero, como algunas prendas se las probó dos veces, esa impresión le dio. Era como si Hermione supiese hasta qué punto había deseado tener ropa nueva, y la animaba a probarse cosas incluso cuando sabía que no le iban a quedar bien. «¡Debo ser sensata!», dijo mil veces mientras acariciaba una blusa de chifón azul oscuro que iba atada al cuello con un enorme lazo colgante.

—A ver, cariño: si te llevaras el traje azul marino (y deberías, porque te queda divino), podrías llevarte también la blusa, que te serviría para todo el verano. Además, no sé dónde. —Y, dirigiéndose a su empleada, añadió—: Búsquemela, haga el favor, señorita MacDonald, tenemos una camisa de rayón ideal, un poco masculina, con gemelos, que podrías ponerte con el traje en otoño. Y, luego, cualquier cosita de cachemira...

Compró el traje. Y un vestido de crepé de una especie de color champiñón con un ribete de terciopelo naranja apagado, hombreras y manga de capa. Compró la blusa y también la camisa, y por último una chaqueta de verano o abrigo corto de un suave tono plateado que no era ni azul ni gris. Y para colmo Hermione le regaló dos pares de medias que parecían una tela de araña, de delicadas que eran; de nailon, dijo, y venían de América. «¡Mira que son generosos los americanos... Me regalan tantas que acaban por abrumarme!», había dicho. También le hizo el favor de enseñarle a ponérselas, lo cual le vino muy bien porque, como eran tan finas, temía que les fuera a salir una carrera solo con tocarlas.

—Le das la vuelta a la parte del pie, así, y sobre todo no dejes de sentarte para ponértelas. Son maravillosas: duran muchísimo más que las nuestras. Nunca he entendido qué puede tener de patriótico llevar las piernas al aire... sobre todo ahora que han impuesto esa normativa tan espantosa para el largo de las faldas.

La mañana le salió por cuarenta y cuatro libras —Hermione siempre cobraba la ropa en guineas—, pero Villy, lejos de sentirse derrochadora, estaba eufórica.

—La señorita MacDonald se encargará de envolvertelo todo mientras comemos.

Comieron en un pequeño restaurante del que Hermione dijo que era su



restaurante de confianza. Parecía que la conocían muy bien, y se dieron prisa por atenderlas.

—Ni te molestes en mirar el menú —dijo Hermione—. Nos pondrán cosas mucho más ricas si no elegimos nosotras.

Empezaron con una especie de paté («Seguro que está hecho de ratones de campo o de puercoespines, pero sabe que te mueres»), seguido de trucha a la parrilla y ensalada. Hermione pidió que le guardasen las raspas de las truchas para el gato de la tienda, un gato callejero al que había encontrado llorando —eso dijo— en Hyde Park.

—Plagado de lombrices y moscas, pero una monada. A la señorita MacDonald le daba una alergia horrorosa; qué le vamos a hacer.

Hermione tenía fama de tratar mejor a los animales que a sus empleados, pero tanto los unos como los otros sentían auténtica adoración por ella.

—¿Te va a llevar Edward a algún lugar bonito esta noche? —preguntó cuando les sirvieron el café.

—Está en Liverpool, creo, echando un vistazo a una remesa de maderas. He venido al concierto de un conocido —añadió con el tono más desenfadado que pudo pergeñar, pero notó que empezaba a ruborizarse.

Hermione la observó con sus imperturbables ojos grises.

—Qué bien.

Después de comer dijo que quería hacer unas compras en Bond Street y que más tarde se pasaría en un taxi a por la ropa. Compró maquillaje, una borla nueva de plumón de cisne envuelta en un pañuelo de raso y agua de colonia en barra para que Sybil se la pasase por la frente. No quedaban perfumes de ningún tipo; solo agua de lavanda, el único aroma que su madre había considerado adecuado para las niñas. Pero es que ahora me siento como una niña, se dijo. Era raro, y delicioso, comprobar que podía hacer una escapada a Londres sin una fatigosa lista de encargos para la familia: zapatos Start-Rite para Wills y Roly, camiseta interior de tirantes para la tía Dolly, enigmáticos artículos de mercería para la Duquesita (almohadillas axilares para los vestidos y otras atrocidades semejantes), sostenes para Clary y Polly... Por no hablar de la pesadilla de buscar cuchillas de afeitar para los hombres, que en los últimos tiempos siempre andaban escasos de ellas. En fin, las miles de cosas a las que habría dedicado el día entero y que la habrían dejado exhausta. Esta vez se libraba de pasar revista a la polvorienta casa de

Lansdowne Road; del incómodo almuerzo con Louise, en el que la conversación se habría reducido a preguntarle cosas que no querría contestar. Se libraba de ir a ver a Jessica a St. John's Wood, un encuentro que le habría llevado a criticar a su hermana (Jessica, al parecer, tenía una serie de trabajitos voluntarios que podía hacer o dejar de hacer a su antojo) y habría terminado en rencor y en envidia... Todo eso se lo ahorra. En cambio, compró regalos: para Lydia, un sombrero de paja color café con leche adornado con una guirnalda de clavelinas, ranúnculos y amapolas; pañuelos de Jacquar para Rachel y Zoë; agua de lavanda para la Duquesita; una caja de chokolatinas para la tía Dolly, y cochecitos Dinky para Wills y Roly.

Después de recoger la ropa de la tienda de Hermione, mientras pasaba a toda velocidad por Bayswater Road pensando que los jardines de Kensington habían ganado mucho ahora que habían quitado las verjas que bordeaban los senderos, cayó en que a las niñas no les había comprado nada; tendría que ir por la mañana.

El taxista la acompañó hasta la casa con las cajas y los paquetes.

—Parece que para algunos ya ha llegado la Navidad. En fin, a ver qué dice el maridito cuando vea todo esto, ¿eh? Bueno, para eso están las mujeres, ¿no? El hombre a ganar, y la mujer a gastar. Qué le vamos a hacer. Gracias, señora.

La casa de Hugh estaba ordenada y razonablemente limpia, pero tenía el aire abandonado de las casas apenas habitadas. El cuarto de los invitados estaba en el último piso, y justo debajo, en el descansillo, había un cuarto de baño. Una vez que se hubo bañado y se hubo puesto el traje azul marino y la blusa de chifón, pensó que le apetecía, que necesitaba, tomar un trago. A medida que se iba acercando la hora de irse al concierto, y por tanto de ver a Lorenzo y, más tarde, de estar con él, había empezado a ponerse nerviosa. A Hugh le parecería bien que se sirviera algo de beber; de hecho, le había dicho que sentía horrores no poder llegar a tiempo para tomar un trago con ella antes del concierto.

Las contraventanas del salón estaban cerradas y en el mueble bar había varias botellas que a ojos vistas llevaban tiempo sin abrirse; la mayoría de ellas estaban casi vacías, pero encontró una con un culito de ginebra y también una botella pegajosa de Angostura, así que se preparó un *pink gin* y volvió a subir con el vaso para coger agua del cuarto de baño. Vaso y

cigarrillo en ristre, acometió la tarea de darse el nuevo maquillaje. Se le fue la mano, se lo quitó todo con crema facial y empezó de nuevo. El segundo intento no dio mejores frutos, y cayó en que llevaba mucho tiempo sin mirarse bien la cara (y, para ella, mirar significaba criticar). Vio que los labios se le habían adelgazado mucho, seguramente de cuando tuvieron que sacarle casi todos los dientes; que los surcos que le bajaban desde ambos lados de la nariz no solo estaban más pronunciados sino que continuaban por debajo de la boca, dándole, en reposo, un aire insatisfecho. Sonrió, pero la sonrisa parecía, y era, artificial; no veía nada que la mereciera. Los ojos y los pómulos eran los mismos de siempre y, por supuesto, ahí seguía el pico de viuda, que, para su desesperación, le nacía un poco descentrado. Tenía el pelo más blanco, lo cual no dejaba de ser una mejora en relación con el color grisáceo de los últimos años, y conservaba, para su consuelo, la densidad de siempre y su rizo natural. El suyo era un rostro que mejoraba cuando estaba animado. No era, jamás lo había sido, una belleza clásica como la de Jessica. El punto final a tan poco halagüeñas ensoñaciones lo puso un súbito temor a no encontrar taxi en la parada de Ladbroke Grove y llegar tarde al concierto.

Pero lo encontró, y no llegó tarde.

Había bastante público; la iglesia estaba casi llena, y el coro (unos sesenta miembros, todos ya en sus puestos) estaba repartido en tres filas que rodeaban en semicírculo el espacio donde iba a colocarse la orquesta. Todos llevaban camisa blanca, ellas con falda larga negra, y ellos con pantalón negro. Parecían cansados; como la mayoría de los coros eran de aficionados, lo más probable era que sus miembros hubiesen trabajado toda la jornada antes de venir a cantar, y, en cualquier caso, la luz que les bañaba desde las altas arañas de latón no era nada favorecedora. Echó un vistazo al programa, un fino papel impreso con tinta morada. Purcell, Bantock, Clutterworth, *Las tentaciones de san Antonio*, leyó. Los músicos —no muchos; era una orquesta de cámara minúscula— estaban ocupando sus asientos, y entonces apareció él con frac negro y corbata blanca. Cuando se volvió hacia el público para agradecer la pequeña salva de aplausos, a Villy le pareció que la veía, pero no estaba segura.

—¡Claro que te vi! ¡Inmediatamente! —dijo él más tarde—. ¡Ángel mío!

Y le apretó tan fuerte la mano que los anillos le hicieron daño. Para entonces ya estaban en un taxi... por fin solos.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Villy, emocionada con la perspectiva de una cena a la luz de las velas en algún restaurante discreto.

—¡Ah...! Ya verás, ya verás —respondió él, y Villy sonrió benevolente... Estaba entusiasmado como un niño, o como ella.

Cuando el taxi se detuvo y Lorenzo se dispuso a pagar, vio, para su sorpresa, que estaban en Curzon Street, muy cerca de la tienda de Hermione, a la entrada de Shepherd Market. Qué raro sería, pensó, que la llevase al mismo restaurante en el que había almorzado.

—Dame esa preciosa mano.

La hizo pasar por el amplio arco a una callejuela estrecha y oscura como boca de lobo, y, después de entrar en un portal que debía de estar abierto porque no usó ninguna llave, subieron dos tramos de escaleras angostas y empinadas.

—Pero ¿se puede saber adónde me llevas? —había dicho Villy esforzándose por sonar simplemente curiosa y expectante, pero se oyó la voz y vio que no sonaba ni lo uno ni lo otro.

—Por fin podremos disfrutar de un ratito de intimidad, ángel mío —había respondido él mientras metía a tientas una llave en la puerta del descansillo al que habían llegado.

Encendió la luz y ante ellos apareció una habitación pequeña y desordenada, con las ventanas tapadas por cortinas de oscurecimiento y el suelo abarrotado por una mesa, dos sillas y un gran diván sin funda. Sobre la mesa, además de dos botellas de Chianti con velas, había platos y vasos; había también una estufa de gas con un contador al lado, y, encima, una repisa llena de postales polvorientas. En un rincón vio un diminuto fregadero con un calentador de agua eléctrico y un escurridor con varias piezas de loza sin lavar. Mientras trajinaba con las cerillas, afanándose por encender el fuego y las velas de la mesa, Lorenzo iba levantando nubecitas de polvo de la andrajosa alfombra.

Villy se quedó vacilando en la puerta, en el mismo lugar en el que Lorenzo le había soltado la mano; se sentía presa de la confusión, como si estuviese a punto de perder pie, pero también, lisa y llanamente, decepcionada. Se había imaginado la cita en el marco de un restaurante acogedor, con encanto, romántico, no en aquel cuartucho sórdido con aire viciado y algo nauseabundo, y sin embargo él parecía feliz y emocionado y

casi daba pena verlo tan volcado en hacer los honores de anfitrión: acababa de retirar una servilleta de papel de un plato para dejar a la vista un pastelito y un par de tomates, y desde la mesa se había abalanzado sobre el fregadero para coger del escurridor una botella de vino que estaba metida en un cubo y que, al verlo desenroscar el alambre del cuello, Villy comprendió que era en realidad champán. En este momento, a la vez que avanzaba hacia la mesa, sacó el pañuelo con el que se había enjugado la frente al término del concierto, envolvió con él la botella («Acerca un vaso, cielo, no vayamos a desperdiciarlo») y aflojó un poco el corcho hasta que salió con un suave pum. «¡Ajá!», exclamó, como asombrado por su éxito. Llenó ambos vasos hasta arriba y se arrodilló para ofrecerle uno. «¡Por fin!», dijo, contemplándola con un fervor que le resultó excitante a la vez que familiar.

—Siéntese aquí, mi querida señora. —La había vuelto a coger de la mano y la estaba llevando al diván—. Se está más cómodo que en esas sillas de cocina.

Lorenzo se sentó a su lado.

—A nuestra salud —dijo con voz ronca.

Bebieron. El champán, aunque no llegaba a estar caliente, distaba mucho de estar frío. La había colocado en la punta del diván, donde estaba la almohada; Villy se fijó en que tanto la sábana como la funda de la almohada tenían un colorcillo gris. Se le pasó por la cabeza que quizá no podía permitirse invitarla a cenar y que esta era la mejor alternativa que podía ofrecerle, y dijo que era un lujo poder celebrar con champán su estreno de aquella tarde. «Nuestro estreno», la corrigió él, sirviendo más champán. Como no entendió bien a qué se refería (¿pensaba dedicarle *Las tentaciones...*? ¡Qué emoción!), le devolvió la sonrisa y accedió a la sugerencia de que se quitase la chaqueta. Sí, empezaba a hacer demasiado calor. ¿Se estaba alojando aquí mientras su mujer estaba en el hospital? Y, por cierto, ¿qué tal estaba ella?

No, no se estaba alojando aquí; simplemente se lo había pedido prestado para esa tarde a un buen amigo que estaba de gira. A Mercy le estaban haciendo algo en los senos nasales, explicó; nada serio, pero llevaban una temporada dándole guerra.

—Pero ahora podemos olvidarnos de todas estas preocupaciones. Somos libres como el viento. ¡Ah, querida mía, si supieras cuánto he anhelado esta

noche! ¡Deja ahí el vaso y permíteme acariciarte!

Entonces le quitó el vaso, lo puso en el suelo y, cogiéndole la cabeza con ambas manos, procedió a cubrirle la cara de besos. Empezó de guisa romántica por la frente y de ahí bajó a los ojos, pero al llegar a la boca Villy empezó a ponerse nerviosa y a temer que Lorenzo pudiera entusiasmarse demasiado.

—Tenemos que ser... —consiguió decir.

Pero él la silenció con sus labios sorprendentemente carnosos y, empujándola, la dejó con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera del diván.

—Ya cenaremos después.

Por fin (y por supuesto), Villy comprendió en ese momento cuáles eran sus intenciones... la razón de que la hubiese llevado a aquel horrible cuchitril. Porque, de golpe, no solo la habitación le parecía horrible, sino también todo lo demás; siguió un forcejeo de lo más indecoroso, y después de quitárselo de encima se sentó muy tiesa y le recordó que ambos tenían responsabilidades con otras personas y que habían acordado que no podían hacer otra cosa más que cargar con esa cruz. Al principio Lorenzo simplemente había reaccionado como si Villy fuera tímida —incluso coqueta, había llegado a insinuar (esto último no la había halagado ni pizca)—; pero, cuando Villy dijo que ambos habían sabido siempre que su amor tendría que ser platónico, contestó que, en lo que a él se refería, solo lo era porque no se les había presentado ninguna opción mejor. Ni que fueran a fugarse juntos —él era el primero en comprender que eso no era factible—; entonces, ¿qué mal había en echar una canita al aire de la que nadie se iba a enterar?

—Te amo con locura —añadió.

—Yo amo a Edward —había respondido ella.

Estas dos verdades a medias no tranquilizaron a ninguno de los dos. Él empezaba a sentirse ofendido, y ella... a ella le parecía que todo se había hecho añicos, que la devoción pura, romántica, se había degradado a mera lujuria. Era vergonzoso; al verle ahora (un hombrecillo sudoroso y amohinado; ¿cómo podía haberle atribuido tanta nobleza, tanto atractivo?), se apoderó de ella una especie de confusa desesperación, porque comprendió que la mayor parte de la relación había tenido lugar en ausencia de Lorenzo. Aquel hombre no era, y jamás podría llegar a serlo, el hombre de sus sueños.

Su único afán en aquel momento era marcharse, salir de aquel lugar.

Lorenzo no se lo puso fácil. Ora le ofrecía comida y más bebida, ora le lanzaba acusaciones indirectas (no había visto nada en la conducta de Villy que hubiera podido hacerle pensar que no se sentía atraída por él), y, peor aún, volvía erre que erre a lo del revolcón intrascendente. Esto, además de herirla, la encorajinaba. La idea de que alguien pudiera verla como un capricho pasajero contradecía tan insultantemente la idea que tenía de sí misma que de repente le resultó muy fácil levantarse, anunciar que se marchaba y rechazar su ofrecimiento de acompañarla al taxi.

Tardó un buen rato en salir de Shepherd Market. Pese a la oscuridad reinante, era un hervidero de clubs subterráneos, fulanas apostadas a intervalos regulares, como las farolas, y ecos lejanos de canciones con los *crescendos* típicos de los borrachos. Hacía mucho frío, las calles estaban llenas de esquinas imprevistas... En una de ellas, casi se chocó con dos hombres, y, gracias a que se habían parado a encenderse un pitillo, pudo ver que se trataba de oficiales americanos.

—Disculpe, señora, ¿le apetece un trago?

—No, gracias —respondió, y de repente, sin saber por qué, añadió—: Estoy buscando un taxi.

Entonces, uno de ellos dijo:

—¡Brad! Vamos a buscarle un taxi a la señora.

Y eso hicieron. La acompañaron hasta Green Park, esperaron con ella hasta que pasó uno libre, lo llamaron haciendo una seña y la ayudaron a subir.

—Muchas gracias —dijo Villy.

Tan inesperada amabilidad hizo que le entrasen ganas de llorar.

—Que tenga usted un buen viaje.

Vio que se quedaban mirando mientras se alejaba.

En el taxi rezó para que Hugh se hubiese acostado ya o para que, al ser tan temprano, no hubiese vuelto aún. Pero, por supuesto, allí estaba, deseoso de ofrecerle un trago y preguntarle por la velada, y de hablarle del siguiente paso en la educación de Polly. Ya era más de medianoche cuando, con la excusa de que estaba agotada, pudo escaparse a la cama, donde pensó que, gracias a Dios, después de tanto *whisky* se quedaría sopa. Y así fue, pero por poco tiempo —al despertarse, vio que solo había dormido dos horas—. La

mezcla de *whisky* y champán, y los dos con el estómago vacío, no podía haberle sentado peor: estaba muerta de sed y le dolía la cabeza, y cuando encendió la luz y bajó tambaleándose al cuarto de baño la invadió una oleada de náuseas y empezó a vomitar violentamente. Después de las náuseas vino la humillación, y se quedó sentada en la cama, temblorosa, bebiendo agua a sorbitos y repasando con tristeza cada detalle de la espantosa velada. Pues claro que se culpaba a sí misma por ser tan ingenua, tan confiada, pero más lo culpaba a él por llamar amor a lo que no había sido más que un flirteo; por ser, se dijo, un farsante de tres al cuarto. «Una canita al aire... un ratito divertido, así, de tapadillo... diversión inocente...». ¡Como si hacer el amor con ella no fuese a tener ninguna importancia para ninguno de los dos! Saltaba a la vista que el hombre del que había pensado que tanto la comprendía y la valoraba no la tenía en más estima que a cualquier otra mujer que le pareciese que se le ponía a tiro. Se echó a llorar... con dificultad, porque se le mezclaban la rabia y la humillación. Durante meses había vivido en un mundo de fantasía, disfrutando de una vida secreta tan solo porque desde el principio había descartado que la cosa pudiera ir a más. La íntima convicción que desde siempre la había atribulado —que su vida era una especie de tragedia porque carecía del elemento fundamental— la golpeó de nuevo con toda su fuerza de siempre, tan desmoralizadora, tan familiar. Una cosa era estar enamorados y tener que renunciar a su amor; descubrir que la terrible disparidad de los sentimientos que albergaban el uno por el otro descartaba por completo lo que entendía ella por amor era otra bien distinta. Había quedado claro que lo de él no había sido más que lujuria, una debilidad que veía que era común a muchos hombres pero que para ella jamás había significado nada.

No se le iba de la cabeza, llenándola de una especie de furiosa vergüenza, que Lorenzo hubiese podido pretender que se tumbase en aquella cama, con sus sábanas inmundas y usadas a saber por quién. ¿Por qué no habría adivinado sus intenciones nada más poner el pie en aquel horrible cuartucho? Ciertamente era que él había convenido con ella en que lo que sentían el uno por el otro jamás podría «llegar a nada»; aun así, en su fuero interno runruneaba la bochornosa certidumbre de que no habían sacado el tema más que una sola vez, el día que habían tomado juntos el té en Charing Cross y la había acompañado parte del trayecto de vuelta en el tren; el resto de las alusiones



pertenecían a las conversaciones imaginarias que había sostenido con él. Esto era lo más difícil de soportar, porque la hacía sentirse tonta de remate...

Al menos, se dijo mientras el tren salía con estruendo de Charing Cross y pasaba sobre el río, no tiene por qué enterarse nadie; no era precisamente un episodio que él pudiese querer ir contando por ahí.

—Por mi culpa, anoche te acostaste muy tarde —le había dicho Hugh en el desayuno.

Desayunaron té y unas tostadas (un poco chamuscadas) con la margarina amarillo chillón que, en casa, la señora Cripps solo usaba para cocinar.

—Me temo que no queda mermelada.

En la estación, Hugh se metió uno de los paquetes de ropa bajo el brazo y con la mano buena le llevó la maleta.

—Dile a Sybil que mañana por la tarde voy para allá —había dicho mientras el tren arrancaba.

Después había esbozado su sonrisa dulce y un poco melancólica y había añadido:

—Que Dios te bendiga por cuidarla tanto.

El reconocimiento de Hugh hizo que se le llenasen los ojos de lágrimas. Al menos un poco útil sí que soy, pensó, abrumada por el contraste entre lo que había sentido el día anterior al cruzar ese mismo puente y lo que sentía ahora.

Lydia fue a recibirla con Tonbridge a la estación.

—Quería ser la primera persona en verte. ¡Dios mío, mami! ¡Sí que tienes pinta de cansada! ¿Te lo has pasado requetebién?

—Sí, gracias.

—Pues la verdad es que no parece que divertirse te favorezca. Tenías mucho mejor aspecto antes de ir.

—No digas tonterías, cielo. Es que anoche dormí mal, nada más.

—Bueno, pues estoy contentísima de que hayas vuelto.

Se conmovió. Otra persona más que la necesitaba.

—Y ahora me dirás que en casa nada es igual sin mí.

A lo cual Lydia respondió sin pensárselo dos veces:

—Las cosas, sí. Yo no.

# CLARY

## Verano de 1942

—¿A ti no te parece que los políticos dicen muchas tonterías, Archie? A ver, no hace falta ir aclarando por ahí que los generales no enseñan a sus tropas a jugar al juego de la pulga, y menos aún a millones de americanos adultos; eso lo sabe cualquiera. En general, desconfío de las declaraciones públicas. Es un poco como soltarle un rollo a gritos a un montón de gente que está más sorda que una tapia, ¿no te parece?

Por ahora estaba siendo una auténtica velada adulta, y no quería que se pensase que no sabía mantener una conversación, sobre todo teniendo en cuenta que Polly no estaba ayudando ni pizca: sonreía, elegía plato, comía y para de contar. Estaba preciosa con su vestido amarillo claro con cuello de encaje y lacito negro de tafetán con flecos.

—Aunque, si lo piensas, Harry Hopkins es un nombre muy poco serio para un político, ¿verdad? Pega mucho más para un personaje de vodevil tipo *Ridgeway's Late Joys*.

—Sí, desde luego. Ha estado bien, ¿eh?

—¡Sí! Fenomenal. ¿De veras es igual que el *music hall* de la época victoriana?

—Bueno, ni siquiera yo soy tan viejo como para haberlo conocido, pero sí, seguramente sea una buena imitación. ¿A ti quién te ha gustado más, Poll?

Mientras se lo pensaba, se le cayó una fresa de la cuchara. Pero se le ha caído en el plato y no en la falda, como me habría pasado a mí, pensó Clary.

—Cómo voy a ser monja con lo que me gusta la juerga... —dijo Polly—. Nuna Davey está genial, y la canción era preciosísima.

—Tenemos una prima bastante inaguantable que en tiempos quería ser monja —le informó Clary.

Se le había caído un poco de helado de fresa servido con la fruta en la pechera del vestido; cómo no, justo por encima de la servilleta; y un poco antes, en los entremeses, un pedacito de arenque a la Bismarck se había desprendido del tenedor y había aterrizado en otra zona del vestido de pana azul oscuro que Polly le había aconsejado que se pusiera. «Lo que más te favorece es la ropa de un solo color», le había dicho, pero ahora, por desgracia, ya no era de un solo color. Le costaba mucho pensar, hablar y comer a la vez, y, mientras que en casa podías hacer las tres cosas en cómoda sucesión, le parecía que en un restaurante elegante había que lidiar simultáneamente con todo. Es que no tengo la suficiente práctica, se dijo.

—A mí me ha parecido que Leonard Sachs también lo ha hecho de maravilla. Ha estado improvisando todo el rato, y contestando a la gente; era muy gracioso. Me encantaría ir todas las noches.

—Pero desde que trabaja como enfermera dicen que se ha enamorado de un paciente que está gravemente herido y, claro, si se casa con él es imposible que sea monja.

Lanzó una mirada severa a Polly por cambiar de tema. Esta sonrió como pidiendo disculpas y se acarició el cabello. Las dos se habían hecho la permanente —por primera vez— cuando Archie las había invitado a Londres. La de Polly había quedado muy bien, pensó Clary; se había hecho un corte a lo *garçon*, con un primoroso flequillito que se le rizaba sobre la frente... En cambio, la suya era un revoltijo de ondas feísimas, como de muñeca de tres al cuarto. No le gustaba nada, y le parecía curioso que hasta ahora nunca le hubiesen preocupado ese tipo de cosas. Alzó los ojos del plato y vio que Archie la estaba mirando.

—Supongo que pensarás que he cambiado de tema —dijo—, pero es que no me parecía que te interesase mucho la política americana.

—No hablemos de la guerra, anda —dijo Polly—. La gente no habla de otra cosa, y, total, no sirve de nada. Una de las razones por las que queríamos verte sin los niños era que queríamos tener una conversación seria contigo.

Clary asintió.

—Y con ellos habría sido imposible.

—Simon no es que sea un niño, claro, pero está interno. Además, tiene

otros intereses distintos. Pero Neville y Lydia...

Polly dejó que Archie se imaginase hasta dónde llegaba la incorregible inmadurez de ambos.

—Habría sido una excursión infantil más, y bastantes hacemos ya con ellos —terminó Clary—. Para nosotras no es nada divertido; te lo aseguro.

—Claro —dijo Archie—. Un momento; dejadme que pida el café para que no nos interrumpen. ¿A alguien le apetece un Grand Marnier?

—Sí, por favor —aceptaron las dos.

Aunque, Clary añadió:

—¿Lo ves? Este es un buen ejemplo. Si nos lo hubieras ofrecido delante de ellos, se habría montado un follón de padre y muy señor mío, porque habrían dicho que no era justo y que por qué no podían pedirse uno ellos también, cuando es evidente que son demasiado pequeños.

—Sí, demasiado —asintió Polly.

Después de que les sirvieran el café y los licores y de que Archie les ofreciese un cigarrillo, que ambas rechazaron (Polly porque le había prometido a su padre que no fumaría antes de los veintiún años, y Clary porque había probado uno y no necesitaba volver a intentarlo), Polly dijo:

—Explícaselo tú, Clary. Se te da mucho mejor que a mí.

De manera que le contó que todos pensaban que se estaban haciendo mayores para seguir yendo a clases con la señorita Milliment, pero que, aunque nadie ponía esto en duda, no había ningún tipo de consenso respecto a cuál debía ser la alternativa.

—La Duquesita piensa que nos podríamos quedar en casa tranquilamente ayudando con los niños y estudiando francés con una señora horrible que vive muy cerca y a la que le huele el aliento y se ríe de todo; la tía Villy y la tía Rachel, que deberíamos ir a la misma escuela de economía doméstica a la que fue Louise para aprender a guisar y a llevar la casa, y eso que a ninguna de las dos nos interesan lo más mínimo esas cosas; el padre de Polly dice que aprendamos taquigrafía y mecanografía para que podamos ser útiles cuando nos movilicen; la señorita Milliment, que nos esforcemos por intentar que nos coja alguna universidad (al menos es algo que le gustaría haber hecho a ella, no como los otros, que solo quieren que hagamos cosas que ellos han tenido que hacer a la fuerza), y la tía Dolly piensa que deberíamos casarnos con un hombre como Dios manda... —Soltó una risita nerviosa—. ¡Es de lo que no

hay! Y eso que solo le preguntaron su opinión por cumplir... —Ya no quedaba nadie más—. En fin, eso es lo que piensan ellos.

—Y vosotras ¿qué queréis hacer?

Clary miró a Polly, que dijo inmediatamente:

—Tú primero, Clary.

No era la primera vez aquella tarde que pensaba que ojalá estuviese a solas con Archie, porque le parecía que Polly no quería las mismas cosas que ella. Con todo, hizo lo que pudo.

—Yo lo que quiero es acumular un montón de experiencia. En casa cada vez tengo menos oportunidades de aprender algo nuevo; o sea, todo lo que aprendo viene casi siempre de los libros, y aunque es interesante no es lo mismo, porque si esas cosas me pasaran a mí no sé si las contaría de la misma manera. Polly dice que no sabe qué se le da bien, y yo cada vez estoy más de acuerdo con ella... en lo que a mí respecta, quiero decir. No somos como Louise, ¿sabes? Ella siempre ha querido ser actriz.

—Podrías ser escritora —le recordó Polly—. Antes siempre decías que eso era lo que querías.

—Bueno, pues ahora ya no estoy tan segura. Tengo la incómoda sensación de que ya está todo escrito. Escribo, claro, pero también escribe Louise. Se pasa la vida escribiendo obras de teatro, pero para ella no es lo principal. Así que estoy hecha un lío con todo. Pero el hecho de que no sepa lo que quiero no significa que quiera que me arrastren a la fuerza a cualquier tostón que consideren bueno para mí. Para ellos, «bueno» significa seguro y aburrido, algo que objetivamente no esté mal. Y a mí la seguridad no me interesa mucho que digamos.

—Habíamos pensado —dijo Polly— que podríamos buscar una casita en Londres y vivir juntas.

—¿Y de qué viviríais?

—¡Ah, muy fácil! A las dos nos dan paga. Cuarenta y dos libras al año. Si no nos compramos ropa ni nada, podríamos pagar sin ningún problema la comida, la electricidad y todo eso. Y, si no nos llegase —precisó Clary al ver la expresión de Archie—, podríamos trabajar en alguna tienda.

—Y te recuerdo, Clary, que una vez dijiste que los cobradores de autobús ganan dos libras y diez chelines a la semana, y tal y como va la guerra seguro que acaban cogiendo a mujeres para este trabajo.

—Y Poll dice que quiere ir a fiestas porque desde que somos pequeñas casi no hemos ido a ninguna.

—Bueno, tú también quieres ir.

—Solo para conocer a gente variada.

Más tarde, se dijo que Archie había sabido escucharlas muy bien. Ni interrumpía ni ponía peros a nada. Les hizo analizar las desventajas de cada propuesta.

—Solo me habéis hablado de las ventajas, y puede que solo lo sean porque no os habéis fijado en las desventajas.

De modo que repasaron todo. Llegaron a la conclusión de que no querían quedarse en casa, pero también de que el francés les vendría bien dondequiera que estuviesen. Convinieron en que a lo mejor era útil aprender a guisar, pero claro, guisar no era lo único que se hacía en aquella escuela, también había que aprender a entrevistar a posibles criados y a planchar prendas complicadísimas que ellas jamás llevarían.

—Además, Polly no va a querer criados cuando tenga su casa, y no me extrañaría que yo me acabe haciendo socialista porque ellos son más justos con la gente. Y siempre podremos comer de lata o hacernos sándwiches, que a las dos nos encantan.

Ninguna le veía ventajas a la escuela de economía doméstica. En cuanto a aprender taquigrafía y mecanografía, se mostraban más vacilantes. Archie observó que, cuando al final las movilizaran, este tipo de conocimientos seguramente aumentaría sus posibilidades de conseguir un trabajo interesante.

—Aunque dudo que a las mujeres les dejen hacer trabajos realmente interesantes —había dicho Clary—. En las guerras, les dejan morir, pero no matar. Ya ves, otra injusticia más.

—Sabes perfectamente, Clary, que no soportarías matar a nadie.

—No se trata de eso. Lo que digo es que, si las mujeres tuvieran la misma responsabilidad a la hora de decidir si hay guerras, lo más probable es que no hubiera. Así lo veo yo.

—Clary está pensando en hacerse pacifista, como Christopher, y yo en cierto modo estoy de acuerdo. Pero al mismo tiempo quiere que le permitan pilotar aviones y comandar submarinos, lo cual, Archie, estarás de acuerdo conmigo en que no es que sea muy lógico.

—De todos modos, creo que entiendo a qué se refiere —respondió Archie.

Clary estaba radiante; sí, Archie era la persona más comprensiva que había conocido en su vida.

—Se pueden tener deseos para situaciones contingentes —dijo; estaba intentando chuparse los dedos con disimulo, pero vio que los dos la estaban mirando—. ¡Caramba con el Grand Mernier! Se sale del vaso y lo deja todo pringado. Me sorprende que todavía quede algo dentro.

Archie dijo que, al margen de cómo les gustaría que fuese la vida, tenían que tener en cuenta cómo era, y, dadas las circunstancias, quizá no sería mala idea pensar que un curso de secretariado podría ser útil. El plan de la universidad quedó descartado.

—Ni siquiera nos hemos sacado el certificado escolar —precisó Clary—, y sospecho que nos hemos pasado años y años aprendiendo cosas que no sirven para aprobarlo.

—Lo que pasa es que la señorita Milliment quiere para nosotras lo que habría querido para ella. Es mucho más sesuda que nosotras. Por supuesto que nos ha enseñado cosas —puntualizó—, lo que pasa es que en su mayoría no son de las que sirven para aprobar exámenes.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Clary mientras enfilaban el oscuro callejón del restaurante.

—A casa, ¿no? ¿Se os ocurre algo mejor?

—Yo pensaba que lo mismo... bueno, esperaba que a lo mejor podríamos ir a un club.

—Me temo que esta noche no va a poder ser. No soy miembro de ninguno. Pero, si tantas ganas tenéis, me apuntaré a uno y os llevaré en otro momento.

—Tampoco es que tenga tantas ganas. Es que Louise no hablaba de otra cosa, y una vez, después de *Late Joys*, fue a uno. Además, me imagino que no podrías llevar a dos mujeres a la vez.

—¿Por qué no? Seguro que sería el doble de divertido.

—Sería muy incómodo para la que no estuviese bailando contigo —dijo Polly—. Podrían secuestrarla.

—Esa sería yo —dijo Clary al instante—. Bailar se me da fatal. No le veo

ningún sentido.

«No fuimos a ningún club nocturno», escribió en su diario. «Casi mejor, la verdad, porque tienen fama de ser un muermo. Solo están bien para la gente que quiere emborracharse y enamorarse».

Se quedó un rato mirando lo que había escrito, preguntándose cómo sería eso de emborracharse y enamorarse. Ambas cosas, juntas o por separado, podían hacerse en cualquier sitio, no hacía falta ir a un club, así que algo más tenían que tener los clubs que no se mencionaba. En fin, seguro todo formase parte de la conjura general (en realidad, no dejaba de ser otra modalidad más de club) cuyas puertas, por el motivo que fuera, estaban cerradas para Polly y para ella, y probablemente así seguirían hasta que vivieran alguna de las misteriosas experiencias de las que, como nadie decía ni mu, solo hablaban entre ellas dos. No podía deberse a una mera cuestión de edad, como habían pensado en tiempos —las dos tenían diecisiete años, y, si a esa edad no eran adultas, ¿cuándo demonios lo iban a ser?—.

*El piso de Archie es muy bonito [escribió]. Pasamos allí la noche. Nos cedió muy amablemente su cama, y él durmió en el sofá del cuarto de estar. Pero es demasiado corto, así que el pobre dijo en el desayuno que tenía el cuello como un perchero. Si es que ya sabía yo que Polly y yo deberíamos haber pasado con él dos tardes distintas, y así una de nosotras habría dormido en el sofá y Archie se habría podido quedar en su cama. Aunque es un piso muy pequeño y venía ya amueblado, se las ha apañado para dejarlo agradable y muy a su estilo. Nos enseñó una alacena que hay en el pasillo que sale del hall y que ha llenado de trastos que le repateaban. Había una pantalla de lámpara feísima, de pergamino oscuro con dibujos de barcos marrones a toda vela, y una caja llena de conejos de porcelana azul clarito, cada uno más grande que el anterior pero por lo demás idénticos, y una alfombra con un zigzag de colores chillones que Archie llama pospicassiano... ese tipo de cosas. Pero Archie ha cubierto las mesas más feas con tapetes rojos y ha comprado un cuadro genial de un pintor llamado Matthew Smith (una mujer muy gorda dormida, todo en unos rojos fantásticos y unos azules intensos) que ha colgado sobre la chimenea, y ha pintado de blanco las paredes sin ayuda de nadie, dejándolo todo mucho más luminoso. En el cuarto de baño hay una bañera negra y salmón, que por lo*



visto estuvo de moda en su día. Dice que lo único que cabe hacer es reírse de ella, pero había jabón Morny de geranio rosa, y el agua salía muchísimo más caliente que en casa. Desayunamos tostadas, carne en conserva y té. Después, Archie se tuvo que ir a la oficina, que está en el Almirantazgo, así que Polly y yo fregamos los cacharros del desayuno, recogimos todo y nos fuimos de compras y a hacer tiempo hasta que llegase la hora de ir a comer con el tío Hugh en su club. Otra vez los clubs. El suyo se llama el In and Out porque tiene dos accesos a la entrada de vehículos que hay delante de la puerta principal. Aunque en estos momentos no hay ataques aéreos, Londres está muy polvoriento y, no sé, como cansado. Decidimos ir a Piccadilly Circus, a ver si encontrábamos algo en las galerías Lafayette que pudiésemos permitirnos; Polly se había comprado allí el vestido amarillo limón por cinco chelines, así que a veces no está nada mal. Por el camino hablamos un poco de Archie, pero solo de manera superficial. Por ejemplo, yo dije que no entendía cómo se las apañaba para hacer la compra, teniendo en cuenta que los oficiales de la Marina tienen prohibido llevar paquetes encima, y Polly dijo que seguramente se vestirían de civil o se lo pedirían a sus novias. Le dije que no creía que Archie tuviera novia, y ella dijo que cómo lo sabía, que si me lo había dicho. Ciertamente, Archie nunca ha sacado el tema, pero si la tuviera habría habido indicios, eso seguro. Polly dijo al instante que qué tipo de indicios, y aparte de tarros de crema facial en el cuarto de baño no se me ocurrió ninguno. En cualquier caso, dije, la gente siempre habla de la persona de la que está enamorada (menudo tostón da Louise con ese soso de Michael Hadleigh). Además, observé, ¿quién nos decía a nosotras que Archie no era demasiado viejo para tener líos amorosos? «¡No es demasiado viejo!», gritó Polly. «Todo lo contrario; en realidad es jovencísimo para su edad».

Pero parece que Archie no se nos iba de la cabeza, porque nos pasamos la mañana hablando de él; mejor dicho, creo que fue sobre todo Polly: que cómo cenaba si no tenía cocinera, que qué hacía los fines de semana que no venía a nuestra casa, que qué haría cuando iba al Almirantazgo. Le dije que todo eso se lo podía haber preguntado. No me respondió.

No tuvimos éxito con las compras. En las Galerías Lafayette no encontramos nada; en Huppert, una tienda que hay al final de Regent's Street, había una blusa de seda rosa muy bonita que a Polly le encantó, pero

costaba seis libras, «¡un precio astronómico para una prenda que solo me iba a vestir la mitad del cuerpo!», dijo con tristeza. Me ofrecí a prestarle la mitad del dinero, pero dijo que mejor no, que mejor que ahorrásemos para cuando nos fuéramos a vivir a Londres. Decidimos ir andando al club del tío Hugh, que está enfrente de Green Park. Fue un paseo interesante. Pasamos por delante de una iglesia bombardeada, de una librería de aspecto fastuoso y de Fortnum and Mason. Entre los muros de la iglesia vimos hierba cana y arroyuela, y también por el suelo. Llegamos demasiado temprano para comer, así que Poll sugirió que nos sentásemos en el parque de enfrente para ver cómo le planteábamos a su padre durante la comida lo de irnos a vivir a Londres. Pero yo dije que quería entrar en el Ritz porque es el hotel más elegante que hay y nunca había entrado.

—Solo voy a pasar al servicio —dije— y, si veo que no les hace gracia que solo entre para eso, quizá pida una ginebra con lima.

A Polly se le pusieron los pelos de punta, y se enfadó.

—Menuda idiotez —dijo—. La gente no entra en los hoteles así por las buenas.

—¡Claro que entra! ¡Para eso están!

—A no ser que vaya a alojarse en ellos. Por favor, no lo hagas. Te lo suplico.

De modo que no fui. Fuimos a Green Park y nos sentamos, y, después de estar un rato sin dirigirnos la palabra, nos pusimos a hablar de cómo podríamos conseguir nuestra casa. Yo dije que quizá no fuera mala idea que Polly dijera que quería ir a una escuela de bellas artes, ya que la palabra «escuela» parece que tiene un efecto muy tranquilizador en los agobiados adultos. Polly dijo que el mayor obstáculo sería que el tío Hugh quisiera que viviéramos en su casa con él y con el tío Edward.

En fin, cambiemos de tema. La comida estaba deliciosa: ensalada de cangrejo y un vino que se llama Leebfrowmilk o algo así; como es un nombre alemán, no sé cómo se escribe. El tío Hugh dijo que era un vino de Hochheim, que a saber dónde está. Estuvo muy simpático y nos trató en todo momento como a adultas... hasta que salió el tema de irnos a una casa las dos solas, momento en el cual se puso escurridizo y empezó a decir que ya veríamos, lo cual, en nuestra dilatada experiencia de este tipo de conductas, suele significar que no. Lo que sí que dijo fue que le encantaría que

*viviésemos en su casa, y vi que Polly empezaba a desfallecer; esto me hizo desfallecer también a mí, porque al fin y al cabo no deja de ser su padre, y, si papá me propusiese esto mismo a mí, me iría a vivir con él. Por supuesto que me iría. Aunque no sería lo mismo, claro, porque estaría Zoë. A lo mejor ella se quedaba en el campo con Jules, y entonces solo estaríamos papá y yo. Y entonces Archie podría venirse a vivir con nosotros...*

*Pero si me voy a vivir (con Polly) a casa del tío Hugh, todo sería distinto, y lo que está claro es que nos quitaría libertad, como le dije a Polly cuando volvíamos en el tren. Dijo que ya veríamos, un comentario como de abuela, de lo más repipi, le dije, y tuvo que darme la razón. Pero dijo que podíamos buscar el apoyo de los otros, aunque no tengo muchas esperanzas de que eso pueda producir el resultado deseado: la tía Villy está bastante arisca estos días, y la tía Rach no es partidaria de hacer cosas solo porque puedan ser divertidas, y Zoë no ejerce ninguna influencia sobre nadie excepto Jules y ese pobre hombre de la RAF que, en mi opinión, está enamorado de ella, y la Duquesita (con lo vieja que es, no puede evitar ser anticuada) piensa que no necesitamos ir a ningún sitio ni hacer nada.*

*No tengo intención de tener hijos, pero, si por casualidad los tengo, me haré varios propósitos. Nada de comentarios de abuela del tipo «ya veremos», «depende» o «cada cosa a su debido tiempo». Nada de temas de conversación prohibidos. Y los animaré a que vivan aventuras.*

Releyó lo que llevaba escrito para ver si podía incluirlo en el diario que estaba escribiendo para su padre. En su mayor parte, sí. No metió algunos de los fragmentos sobre Polly, Archie y ella, ni la parte que hablaba de vivir con él en su casa teniendo que incluir a Zoë. Lo que sí metió fue información sobre la familia, para que supiera todo lo posible sobre las cosas que les habían pasado.

*Ellen [escribió] está muy envejecida. Supongo que el reuma hace que la gente parezca más vieja de lo que es, y no sé cuántos años tiene porque me dice que no me meta en lo que no me importa, pero está muy achacosa y se le ha ido todo lo rubio del pelo, que ahora está de un blanco nebuloso. Además, lleva gafas; la tía Villy la acompañó a hacérselas a Hastings, pero no le gusta ponérselas más que para coser. Pasa mucho tiempo cuidando a Wills,*

a Roly y a Jules, pero Eileen la ayuda con la plancha porque las piernas no le aguantan, dice. En su día libre, tiende a tumbarse a la bartola —no es una actividad muy de día libre que digamos—. Hacerse viejísimo debe de ser terrible; asombra pensar que estamos todo el rato envejeciendo sin darnos cuenta. Me pregunto cuánto habré cambiado en estos dos años que hace que no me ves, papá. Aparte de estar más alta (soy al menos un centímetro más alta que Zoë), no tengo la sensación de haber cambiado mucho. Eso sí, la semana pasada me hice la permanente, porque Polly fue a hacérsela y se le ocurrió que podría darle un aspecto más interesante a mi pelo. Pero no. De ser un pelo lacio y de un aburridísimo castaño oscuro pasó a llenarse de unas espantosas ondas ásperas que terminaban en unos tirabuzones birriosos, y cada vez que me lo lavaba tenía que enrollarme unos rulos incomodísimos que están hechos de plomo o algo parecido, van envueltos en una especie de media marrón y —lo mismo da de qué lado duermas— duelen y se te hincan en la cabeza. Así que le pedí a la peluquera de Battle que me lo cortase. Como tuvo que cortar mucho por todas partes, ahora parezco uno de esos muñequitos negros de trapo porque lo tengo de punta. Se conoce que las cosas femeninas no están hechas para mí. El maquillaje, por ejemplo. Polly, que es tremendamente guapa, está de lo más glamurosa cuando se pone sombra de ojos, rímel, pintalabios y todo eso. Yo parezco boba. El rímel se me mete directamente en los ojos y hace que me lloren, y luego se me corre por la cara, y la sombra de ojos se me mete en el pliegue del párpado, y no consigo que el pintalabios me dure ni medio segundo. Polly dice que hay que abrir la boca y meter la comida como si fuera una especie de buzón, pero se me olvida. Y los polvos me dejan la nariz brillante, como luminosa. Creo que tendré que hacer como la tía Rach, no maquillarme. Conque, papá, me temo que aquel disparate que soltaste aquel día que fuimos al manantial a por agua —que yo era guapa— al final no va a ser cierto. No soy como Polly. Estaba a punto de escribir que parece que está superando la muerte de su madre, pero me parece una frase sin sentido. No creo que nadie supere jamás algo tan terrible; simplemente, va dejando de ser lo único, o lo principal, que tienes en la cabeza, pero cuando te acuerdas sigues sintiendo lo mismo. Lo que pasa, claro, es que no sé lo que está sintiendo porque no soy ella. Pero esto es lo que hace que la gente sea tan interesante, ¿verdad, papá? La mayor parte del tiempo no tenemos ni idea de lo que sienten los demás; a veces, tenemos una vaga idea, y supongo que de cuando en cuando

sí que lo sabemos. He hablado de este asunto con la señorita Milliment, y dice que la moralidad, o los principios, del tipo que sean, es lo que tendría que mantenernos a todos unidos. Pero esto no pasa, ¿a que no? El mes pasado hubo un bombardeo tremendo sobre una ciudad alemana llamada Colonia (ahora nos pasamos la vida lanzando bombas a los alemanes, pero este fue un ataque especialmente intenso, con mil bombarderos; y la gente estaba tan contenta, se veía que estaban todos sedientos de sangre). Pero matar está mal en todos los casos o no lo está en ninguno. No entiendo que se puedan hacer excepciones a una regla como esta. Para eso, más vale que digas que no está mal matar. Me resulta de lo más confuso. A veces, cuando estoy a solas con Archie, hablamos de estas cosas; pero, claro, cuando fuimos a Londres y nos quedamos en su casa no hubo oportunidad. Polly no soporta hablar de la guerra, se altera mucho y no hace más que irse por las ramas (por ejemplo, nombrando a toda la gente que conocemos que jamás mataría a nadie). El fin de semana que vino Archie a casa, durante las vacaciones de Pascua, acababa de haber un ataque aéreo sobre un lugar de Francia que se llama St. Nazaire (no muy lejos de donde estabas tú cuando me escribiste). Me pareció que estaba muy triste por algo, y al final me lo contó. Los nuestros habían empotrado un destructor contra la esclusa del dique, y, como no podían escaparse de los alemanes, llenaron el buque de minas para que estallase a una hora determinada. Después invitaron a un montón de oficiales alemanes a subir a bordo a tomar un trago antes de que los hicieran prisioneros (a los ingleses, me refiero... ¡madre mía, mira que es fácil liarse escribiendo!), de manera que, claro, montones de alemanes saltaron por los aires junto con los ingleses. Archie conocía a uno. Casi nadie sobrevivió. Imagínatelos sirviéndose ginebra y festejando y, a la vez, contando los minutos que sabían que faltaban para que se produjese la explosión. Archie dice que este tipo de valentía le hace sentirse insignificante. También, que los alemanes son exactamente igual de valientes... que en realidad no hay ninguna diferencia. Y me lo creo, porque he estado leyendo un libro impresionante titulado Sin novedad en el frente que trata de la Primera Guerra Mundial desde el punto de vista de los alemanes. Digo yo que lo lógico sería que, con la de gente que sabe de primera mano lo terrible, repugnante y aterradora que es la guerra, se pusieran todos de acuerdo para que no hubiese más. Pero supongo que este tipo de libros solo los leen unos pocos, y el resto de los que lo saben se hacen

*viejos y ya nadie los cree. ¿A ti no te parece que hay algo que falla en nuestra esperanza de vida? Si viviéramos ciento cincuenta años y no envejeciéramos demasiado los cien primeros, daría tiempo a que la gente se volviera sensata antes de quedarse como lady Rydal o de atrincherarse en sus malos hábitos.*

*¡Ay, papá, ojalá pudieras responderme! A veces no puedo evitar pensarlo. Por supuesto, preferiría que estuvieras aquí, que fueras a la oficina, volvieras a casa los viernes y contaras chistes. En los últimos tiempos cuentan pocos y cada vez con menos frecuencia, y es porque tú siempre eras el más gracioso. Eres, quiero decir...*

Se le estaba yendo de las manos, pensó. Si papá lee esto cuando vuelva, no quiero que piense que estoy angustiada ni nada por el estilo.

Y en este momento dejó de escribir, porque se dio cuenta de que estaba llorando.

# LA FAMILIA

## Finales de verano-otoño de 1942

—¡Santo cielo! Demasiado joven, ¿no crees?

—Tiene diecinueve años.

—Pero él es mucho mayor, ¿no?

—Tiene treinta y tres años. Lo suficiente para darle estabilidad.

—¿Te cae bien?

—Casi ni lo conozco. Esta noche voy a Portsmouth para ultimar los detalles. Siento no poder cenar contigo, hermanito, pero es que mañana vuelve a hacerse a la mar y no tenemos más oportunidades de quedar.

—No pasa nada. Lo entiendo perfectamente. Buena suerte. ¿Volverás a tiempo para la reunión con la Cámara de Comercio? Porque me gustaría mucho que...

—Cuenta conmigo. A las dos y media, ¿no? Volveré a tiempo para picar algo contigo antes.

—Perfecto. Pásate por mi club. Y luego podemos ir andando a la reunión.

—¡Querida! ¡Qué emoción! Me tiene que dejar que le haga yo el vestido. Estará divina vestida de encaje, y afortunadamente no hacen falta cupones para comprarlo. ¿Cuándo es?

—Dentro de nada. Faltan cuatro semanas, para ser exactos. Michael estará de permiso para esas fechas, así que nos pareció lo más razonable. ¿Me acoges una noche en tu casa? Tengo que quedar con mis consuegros para hacer planes, y la verdad es que me da un poco de miedo.

—¿No están contentos?

—Sí que parecen contentos. Yo dije que ella es un poco joven, pero me dio la impresión de que *lady Zinnia* piensa que eso es bueno.

—Seguro que ve la boda con buenos ojos, querida; no me cabe la menor duda.

—¿Por qué?

—De lo contrario, no habría boda.

—Ah, ya...

—*Lady Zinnia* siente auténtica adoración por Michael. Y en cuanto a él, es un sol... Ya verás, te va a caer de maravilla.

—Si ya lo conozco. Se ha quedado en casa un par de veces.

—No, me refiero al juez, Peter Storey. Su marido. Lo conocí hace años. Es un hombre encantador. ¿Cuándo quieres venir?

—En cuanto te venga bien a ti. Hay mucho que hacer.

—Pero estás contenta, ¿no? No puedo evitar sentirme un poco responsable, teniendo en cuenta que fui yo quien los presenté.

—Creo que sí, pero es que la veo tan joven...

—¡Ay, Kitty, querida, menudo alivio para ti! Parecía que se iba a quedar para vestir santos como una servidora, ¿verdad?

—Dolly, cielo, la que se casa no es Rachel; es Louise.

—¿Louise?

—La hija mayor de Edward.

—¡Esa pobrecita huérfana de madre! Sí, desde luego que es demasiado joven.

—No, Dolly, estás pensando en Polly. Te hablo de la hija de Villy y Edward, Louise.

—Bueno, sigo pensando que es demasiado joven. Y voy a necesitar un sombrero. A Flo se le daban de maravilla los sombreros. Siempre le decía que era capaz de hacer un sombrero con cualquier cosa. «Seguro que si te doy un par de metros de cinta Petersham y una papelerita apañadas algo que me sorprende», le decía. Tenía ese don. La verdad es que espero que el compromiso no sea de los largos. Mamá siempre decía que los compromisos largos eran agotadores.

—No, será corto.



—Aunque, personalmente, siempre he pensado que un compromiso largo tiene que ser comodísimo. Uno siente que el futuro está zanjado pero se ahorra las dificultades del matrimonio, que por lo que dicen pueden ser de lo más latosas. Espero que no vivan en Londres. En los tiempos que corren, los zepelines son una constante fuente de angustia.

—¿Y para qué demonios?

—Porque es lo que hace la gente cuando llega a cierta edad.

—¡A mí no me verás en esas!

—Todavía no has llegado a la edad, vamos, ni de lejos.

—Las bodas son cosa de chicas.

—Eso es imposible. Para una boda hace falta uno de cada. A esta, como primo que eres, tendrás que ir; y desde luego yo, como hermana y seguramente también como dama de honor, no puedo faltar.

—¿Habrá tarta?

—No te gustará, tendrá mazapán.

Neville refunfuñó.

—Me llevaré la navaja.

—La gente no lleva navajas a las bodas, Neville. Podrás ponerte el pantalón largo. Y habrá champán.

—Odio el champán. ¿Habrá cerveza de jengibre?

—No tengo ni la más remota idea —respondió Lydia con el tono más demoledor de los de su madre.

—¿Y después te pidió la mano?

—Sí.

—¿Y dijiste que sí?

—Sí.

—¿Estás ilusionada?

—¿Ilusionada? No sé. Más o menos...

Sonó el teléfono.

—Si son Kit o Freddie, me pongo —dijo Stella mientras Louise se iba a coger el teléfono.

Stella la oyó gritar «¿Diga?» con un perfecto acento *cockney* (la noche

anterior habían estado todos jugando a las imitaciones y Louise había estado descacharrante haciendo de una madre a cuyo hijo se le había quedado atascado un orinal en la cabeza) y continuar después con su voz normal, pero demasiado bajito para que se la oyera. Era sábado, y, como no tenían que ir a la escuela de mecanografía, decidió tomarse otra taza de café antes de apechugar con la engorrosa tarea de fregar los cacharros de la víspera, que abarrotaban toda la pila.

Al volver, Louise tenía la cara roja, pero estaba un poco apagada.

—Eran los del *Times*.

—¿El periódico?

—Sí. Querían que les hablase de mi compromiso con Michael Hadleigh.

—¡Caramba! No sabía que fuera tan famoso.

—Yo tampoco, la verdad. ¿Tienes un pitillo?

—Me temo que no. Nos fumamos todos anoche. Si quieres, voy a comprar.

—No, ya voy yo.

—¿Cuándo os casáis?

—Dentro de cuatro semanas, más o menos. Para que coincida con el permiso de Michael.

—Dentro de cuatro semanas serás la señora de Michael Hadleigh.

—Sí. Es emocionante, la verdad, pero también tengo una sensación... — Se interrumpió porque no estaba segura.

—¿Qué sensación?

Había algo tranquilizador en la familiar curiosidad de Stella que, como siempre, le hizo esforzarse por ser lo más sincera posible.

—No estoy segura. Como de pasmo... y también un poco irreal. Como si fuera dos personas a la vez: una a la que le está pasando todo esto, y otra a la que es imposible que le esté pasando. La verdad es que es increíble que quiera casarse conmigo, ¿no crees?

—No.

—Ah. Pues a mí me lo parece. Es una familia de alto copete, ¿sabes? Conocen a millones de personas famosas... Podría casarse con quien le diera la gana.

—Todo el mundo puede casarse con quien le dé la gana. No creo que las

cosas funcionen así.

—Ya, tienes razón. Dice que me quiere.

—¿Tu familia está contenta?

—Creo que sí. Cuando se lo dije a mi madre, ¡se limitó a preguntarme si no creía que era demasiado joven! Menuda idiotez...

—¿Y tu padre?

—Me da igual lo que piense. Pero, por supuesto, le da el visto bueno a Michael porque su padre fue un héroe en la otra guerra.

—Qué visión más reduccionista.

—¿A que sí?

No era una palabra con la que Louise se hubiese tropezado antes, pero comprendió inmediatamente su significado y se dijo que a su padre le iba como anillo al dedo.

—Eso sí, voy a echar muchísimo de menos nuestra covacha. Y estar contigo.

Miró con afecto el destartalado cuchitril que en tiempos formaba parte de las carboneras y ahora hacía las veces de cocina en el sótano que compartían.

—Enseguida vuelvo.

Salió dando un portazo, y en el silencio que vino a continuación Stella recordó a su madre —marchita, atrapada en un sofá de terciopelo en una habitación sofocante, con la nostalgia y la poesía de su juventud como únicas vías de escape—, y se enjugó unas inesperadas lágrimas de rabia. Ya se ha marchado, pensó, y jamás va a volver.

—Dos kilos de harina de primera (a saber de dónde la saco; hoy en día la harina es la misma en todas partes), kilo y medio de mantequilla fresca (ya puedo darme prisa), dos kilos de pasas... ¿Has oído, Frank? Dos nueces moscadas, macis, clavo (bueno, al menos de esto sí que tengo), dieciséis huevos, medio kilo de almendras dulces y tres cuartos de cáscara caramelizada. Por más que me esfuerzo, no veo el modo... ¡De veras que ya no sé qué hacer!

—¿Y qué tal un bizcocho sencillo, señora Cripps... Mabel?

Le costaba llamarla Mabel cuando llevaba puestas las gafas, que tenían una gruesa montura de acero y le daban un aire enfadado aunque estuviera de

buen humor, lo cual, en estos momentos, no era el caso.

—¿Un bizcocho sencillo? ¿Para la boda de la señorita Louise? ¡Tú no estás en tu sano juicio, menuda ocurrencia! Vamos, que no pienso ni planteármelo. ¿Margarina y huevos deshidratados, cuando todo el mundo va a saber que la tarta viene de esta casa? Va a haber gente importante comiendo de esta tarta, señor Tonbridge, y me niego a que cause mala impresión. O la hago con los debidos ingredientes, o no se hace. No pienso decir ni una palabra más al respecto —añadió.

Sin embargo, no lo cumplió, ya que se pasó el resto del día rumiando con tal furia que ni él ni nadie se atrevieron a hacer más sugerencias.

La vida no había sido fácil en los últimos tiempos. Ciertamente, había llegado a un acuerdo con Frank —al que seguía llamando señor Tonbridge delante de los demás—, pero de eso hacía más de ocho meses, antes de Navidad; y no parecía que su divorcio de «la mujer esa» —Ethyl, se llamaba— estuviese llegando a buen puerto. En parte se debía a que las cartas (pocas y cada vez más infrecuentes) que le enviaba el abogado de Frank a Ethyl nunca, o casi nunca, obtenían respuesta, aunque un tal Sparrowgrass había escrito una vez para decir que su cliente no le había dado instrucciones de ningún tipo y por tanto no podía iniciar un pleito. «Pero si eres tú el que tiene que iniciar el pleito», había dicho la señora Cripps. «Ella es la que se ha marchado, así que la culpa es suya». Entonces él le había venido con la monserga de que quería portarse como un caballero con Ethyl y dejarle a ella la iniciativa de divorciarse de él. Pero ¿y si no quiere?, se había dicho la señora Cripps para sus adentros. ¿Y si la mujer esa quería la casa, al hombre con el que se había largado y, por añadidura, a Frank por si acaso le iban mal las cosas? Esto no se había atrevido a decírselo a él, pero no se le iba de la cabeza. Era tremendamente comedido con ella... ni siquiera la cogía de la cintura, solo cuando estaban solos en la oscuridad, que era de ciento en viento. No tenía ninguna confianza en sí mismo, era evidente... Necesitaba fortalecerse en muchos aspectos, pero le pasaba más o menos lo mismo con la comida: ya podía ella guisarle tres comidas diarias como Dios manda y darle todo tipo de tentempiés entremedias, que no engordaba ni un gramo; seguía tan esmirriado como siempre. Y, entre unas cosas y otras, para ella los años tampoco pasaban en balde, y a veces anhelaba que él se hiciera valer, que cogiera el toro por los cuernos, como los hombres de las películas y se dejase de

aqueellos achuchones vacilantes que le daba en el *pub* cuando llevaba un par de tragos o cuando estaban en el cine, y una vez en el paseo marítimo de Hastings al atardecer. Sí, sabía un montón de la guerra, de historia y de todo eso; sin duda, era muy listo, porque a veces no le entendía ni la mitad de lo que decía. Tenía ideas propias y en los hombres eso a ella le gustaba, y había comprado una radio que ponían por la noche y le contaba lo que pensaba de lo que escuchaban. Pero no parecía que nada de esto los llevase a buen puerto, y como ya una vez, mucho antes de entrar a trabajar con los Cazalet, había estado prometida y aquel novio de entonces la había plantado en el último momento (algo en lo que pensaba que ya no pensaba nunca), se había vuelto recelosa y estaba más preocupada de lo que habría estado en otras circunstancias. La señora Fellows, la cocinera de la que había sido ayudante de cocina en aquella época, le había advertido sobre Norman, pero no le había hecho caso... Era joven, ignorante, una bobalicona; no como ahora, y había hecho cosas con él que solo de pensarlas le salían los colores. Nunca jamás volvería a permitir que un hombre se tomase tantas libertades con ella fuera del matrimonio, se había jurado después de que se le pasara el terrible susto de creerse en estado de buena esperanza. Norman —era mozo de cuadra en la misma casa en la que trabajaba ella— se había echado a la mar un buen día sin decir ni pío. Había sido un duro golpe, agravado por el descubrimiento de que la hija del guarda acariciaba idénticas esperanzas en relación con él. En la sala de los criados dijeron que había demasiados padres de muchachas pisándole los talones y que por eso había embarcado. Pero al padre de la señora Cripps lo habían matado en la otra guerra, de manera que no habría podido andarle a la caza; en cualquier caso, su familia vivía a doscientos kilómetros de distancia. Aquel había sido su primer empleo; no había entrado a servir hasta los catorce años porque su madre, con cinco hijos más y su trabajo de cocinera en el hospital de la comarca, la necesitaba en casa. Aunque la señora Fellows había sido de lo más estricta, le había inculcado unas normas por las que le estaría eternamente agradecida, como no se cansaba de repetirle a la retahíla de chicas a las que había adiestrado, que, por desgracia, ya no eran como las de antes. La última chica —la anterior a Lizzie, una que había traído la señorita Rachel de Londres— había sido toda una señoritinga: no respetaba a sus mayores, se pintaba las uñas y tendía las bragas a la vista de los hombres; ni dos semanas había durado. Ahora, con Lizzie —que era la hermana menor de Edie—, al menos se sentía respetada:

casi no se la oía cuando hablaba y hacía todo lo que se le decía sin rechistar, aunque era muy lenta y no remataba las cosas como había hecho Edie. «Hay que hacer concesiones, señora Cripps», le había dicho la anciana señora Cazalet, lo cual le recordó que tenía que ir a consultar lo de la tarta con la señora de Edward. Dejó a Frank terminándose el pastel de crema y se abrochó las hebillas de los zapatos.

La señora de Edward, que estaba haciendo listas en la salita matinal, entendió el problema al vuelo y dijo que les preguntaría a todos, incluida la familia del teniente Hadleigh, si podían aportar ingredientes para la tarta. A menudo, la gente que prestaba servicio en las fuerzas armadas podía ayudar en semejantes situaciones, dijo, y también pareció entender que la cosa corría prisa, dado que este tipo de tartas necesitaba reposar después de salir del horno.

—Aunque hay bodas en las que sacan una tarta artificial (solo para verla, no para comer) —dijo.

Disimulando el estupor y la indignación que le suscitaba tamaño desvarío, la señora Cripps había dicho que no lo veía bien para la señorita Louise, y al ver que la señora de Edward le daba la razón, se envalentonó para interceder por Frank, que cada vez estaba más entusiasmado con la idea:

—El señor Tonbridge espera que le dejen llevar a la novia a la iglesia.

—¡Ah! No sé, señora Cripps; la boda se va a celebrar en Londres para facilitarles las cosas a los invitados, ¿sabe?

La señora Cripps lo sabía. A la sala del servicio no paraba de llegar información sobre la boda, a menudo contradictoria, y a veces inventada: Eileen, que servía la mesa, aportaba mucha; Ellen también, gracias a lo que le contaba la señora de Rupert; y las criadas, gracias a las alegres conjeturas que Clary y Polly compartían con ellas. Sabía que la boda se iba a celebrar en Chelsea y el banquete en el hotel Claridge's; que una tal *lady* Knebworth estaba confeccionando el vestido y varias prendas más, y que la señora Lugg, de Roberstbridge, estaba haciendo parte de la ropa interior... de tela de visillo, había comentado Eileen, pero ribeteada con encaje de la señora Cazalet. Sabía que las señoritas Lydia, Clary y Polly iban a ser las damas de honor y que la señora de Rupert les estaba haciendo los vestidos, que había cuatrocientos invitados y que habían salido fotos en el *Times*, y que en el periódico que leía el señor Tonbridge había salido un titular que rezaba:

«Hijo de héroe al altar». Dottie había aventurado que lo mismo acudían el rey y la reina, pero, ni corta ni perezosa, la señora Cripps —que tiempo ha, cuando trabajaba de cocinera segunda en una gran casa, había hecho y enrollado la masa quebrada del pastel de carne para el almuerzo de una cacería en la que había participado el padre de Su Majestad, el difunto rey, y a la que por tanto se consideraba toda una autoridad en la materia— le había respondido con aire desdeñoso que Sus Majestades se lo pensarían dos veces antes de ir a una boda en plena guerra, y que haría bien en dejar de pensar en pamplinas impropias de su rango. La noticia de que la boda iba a celebrarse en Londres había sido un mazazo para todos: Dottie se había echado a llorar, Bertha había dejado de adornar los sombreros y a Eileen le había entrado una de sus jaquecas. La señora Cripps, dada su posición, se había sentido obligada a mantenerse impasible, pero no obstante le confesó a Frank que le parecía una lástima porque antes las chicas siempre se casaban en el hogar, y, si este no era el hogar de la señorita Louise, que le explicasen a ella cuál podía serlo. De manera que recibió con inmenso placer y no poca sorpresa la noticia de que todos, también el personal de servicio, iban a ir a la boda. Por la mañana se irían a la ciudad, comerían en el hotel Charing Cross y después un taxi los acercaría a la iglesia.

—Pero esa misma mañana Tonbridge tendrá que llevar a los señores y a la señorita Barlow, así que será usted quien se quede a cargo del resto del personal, señora Cripps. Como la comida es a las doce, les dará tiempo de sobra para llegar a la iglesia antes de las dos y media. Voy a incluir a Ellen y a los dos pequeños en su grupo.

—Sí, señora.

Menos mal; no conocía Londres, pero Ellen sí.

—Después del banquete, volverán todos en tren. Creo que hay uno a las seis, pero aún queda tiempo para organizarlo.

Esto, se dijo, significaba que después de la boda irían todos al festejo.

—Se van a poner muy contentos, estoy segura.

—Cariño, yo en tu lugar estaría agradecida. Es un matrimonio que hasta mamá, pobrecilla, habría aprobado. Y, desde luego, ella no habría considerado demasiado joven a Louise. Te confieso que me gustaría estar en tu lugar. Angela no tiene pinta de ir a comprometerse con nadie y cumplió

veintitrés años el mes pasado. Y, bien mirado, nunca quisiste que Louise se hiciera actriz.

—No, pero él le saca catorce años. ¿A ti no te parece que son muchos?

—Significa que es lo bastante mayor para cuidar de ella, nada más. ¿Qué tal os lleváis con su familia?

—Bastante bien, creo. Hemos tenido que vernos mucho para los preparativos. El Juez quería que fuera una boda sin alcohol. Le parecía más patriótico.

—¡Santo cielo! ¿Qué dijo Edward?

—Se puso blanco como el papel y dijo que se negaba a que una hija suya etcétera. Cómo no, fui yo la que tuvo que transmitírselo a la familia, pero *lady* Zinnia se lo tomó con bastante calma. Para mí que se ha prendado de Edward.

Villy se había pasado a tomar el té después de llevar a Louise a la tienda de Hermione a probarse el traje y de hacer unos cuantos recados más. Había anunciado con tiempo la visita para evitar problemas grotescos como el de la vez anterior, cuando se había presentado sin avisar, pensó Jessica; y a continuación pensó que le parecía raro que no hubiese mencionado a Lorenzo. Llevaba allí más de dos horas; del té habían pasado al jerez mientras se ponían al día de las novedades de la familia, hablando por turnos como tenían por costumbre e intercambiando las consabidas muestras de conmiseración que esperaban la una de la otra. Teddy estaba a punto de terminar la primera fase de instrucción en la RAF y lo más probable era que después lo mandasen a cualquier sitio a seguir adiestrándose.

—Pero lo que se dice volar, volar, lo hacen en el extranjero, en Canadá o en América. Te confieso que me aterra.

—¡Ay, bonita!

Christopher seguía trabajando en el huerto. Se había hecho con una caravana de segunda mano en la que vivía con su perro.

—¡No lo veo nunca! ¡No soporta Londres!

—¡Ay, bonita!

A Lydia le iba muy bien con la señorita Milliment, pero había que ponerle un aparato para los dientes y seguramente sacarle alguno porque los tenía todos apiñados; además era desordenada hasta decir basta, no paraba de hablar y hacía imitaciones de todo el mundo.



—Y ha aprendido unas palabrotas terribles. Yo creo que las saca de Neville... Ah, y los dos tienen una obsesión morbosa con la muerte. Llevan todo el verano jugando a los cementerios y se pasan el día buscando cosas para enterrarlas.

—Cielo, es la edad. ¿Qué tiene, doce más o menos? Bueno, falta poco para que se haga mayor.

Nora estaba trabajando de enfermera y se había enamorado de un aviador que se había roto la espalda al saltar en paracaídas de un avión en llamas.

—Va a pasar el resto de su vida en silla de ruedas, pero ella está empeñada en casarse con él.

—¡Bonita! ¡No me habías dicho nada!

—Bueno, supongo que al principio no le veía ningún futuro, pero ya ves, pronto va a hacer un año. ¡Y fíjate qué cosas... es él quien no quiere casarse con ella!

—¡Caramba! —Villy procuró insuflar a su voz la dosis adecuada de estupefacción—. Bueno, al menos pondría punto final a la idea de meterse monja.

—Ah, eso creo que ya se le ha pasado. Es demasiado mandona para ser monja.

Tras una breve pausa, Villy, que había estado buscando la manera más delicada de formularlo, preguntó:

—Si al final se casara con él, ¿podrían tener descendencia?

—No he querido preguntar. Me imagino que no.

Se quedó callada, y por unos instantes se enfrascaron las dos en un tipo de pensamientos que, naturalmente, por nada del mundo habrían expresado en voz alta. Villy se encendió otro cigarrillo, y Jessica sirvió más jerez.

—¿Qué tal está Raymond?

—Ah, volcado en el trabajo secreto que está haciendo en Woodstock. Y, claro, al ser secreto no puede contarme nada. Pero parece que le dedica muchísimas horas extra, y como viven en una especie de albergue no pasa ni una tarde sin compañía. Ironías del destino: cuando no teníamos dinero, ni se le pasaba por la cabeza dedicarse a un trabajo estable, con un sueldo... no hacía más que montar empresas que se iban al traste. Y ahora, que no nos va tan mal, ahí lo tienes, con empleo fijo y sueldo.

—Estuvo trabajando en aquel colegio.

—Sí, ya, después de que fracasara lo de los champiñones. Pero eso fue sobre todo para que Christopher pudiera matricularse en el colegio, porque así solo teníamos que pagar la mitad. Me da que va a ser de los que lamenten que se acabe la guerra. Al pobre le va a costar mucho volver a Frensham a estar mano sobre mano.

—Me temo que el final de la guerra todavía queda muy lejos —suspiró Villy—. Michael participó en el ataque a Dieppe de la semana pasada.

—Por cierto, ¿se supone que ha sido el principio del desembarco?

—Por lo visto, no. No; Michael le dijo a Edward que lo organizaron para tantear el terreno, pero debió de ser un infierno. En Sussex se oyeron los cañones todo el día... fue horrible, se te ponían los pelos de punta. No paraban de sobrevolarnos los aviones. Louise va a pasar una época muy angustiada, eso está claro. Por lo que se ve, Michael siempre quiere estar en el meollo de las cosas.

Jessica suspiró.

—En realidad, somos bastante afortunadas.

—¿Afortunadas?

—Sí, por habernos librado de todo eso. Nos casamos con hombres que ya habían vuelto de la guerra. No tuvimos que sufrir por si los mataban.

—No puedo decir que me sienta especialmente afortunada —dijo Villy con frialdad.

Y Jessica pensó: «Ya empezamos... Igualita que mamá; siempre tiene que ser la heroína de la tragedia».

—¿Qué tal está Edward? —preguntó con una alegría premeditada.

—Bien. Cansadísimo. —Echó un vistazo al reloj—. ¡Dios mío! Me voy pitando. ¿Puedo llamar a un taxi? Tengo que pasarme por casa de Hugh a cambiarme. Esta noche cenamos en casa de los Storey, Edward y yo... Ya sabes, por lo de la boda. Muchísimas gracias, cielo. Me ha sentado muy bien este ratito de tregua.

¿Tregua?, se preguntó Jessica una vez que Villy se hubo marchado. Sin hacer el menor esfuerzo, Villy había conseguido casar a su hija con un hombre que era un magnífico partido. Era cierto que Louise era muy guapa, pero Angela, aunque quizá no fuera tan llamativa, era preciosa, con rasgos

marcados y bien proporcionados y una figura que quitaba el hipo. Era una chica escultural, y tenía un aire reservado que habría contado con el beneplácito de su abuela, aunque quizá demasiado reservado. Desde aquel penoso incidente con el productor de la BBC, no parecía que hubiese habido novedades en su vida. Al principio había sido un alivio, pero empezaba a ser un poco preocupante. Había dejado la BBC y le había salido un trabajo en el Ministerio de Información, gracias al cual todavía no la habían movilizado para los servicios auxiliares a pesar de haberse ofrecido voluntaria. Compartía piso con otra chica, y Jessica apenas la veía. Su sueño de que debutase en sociedad, hiciese una buena boda, saliese en la portada de *Country Life* y figurase en todas las fiestas de postín se había esfumado. A estas alturas, pensó, sería un alivio que Angela se casara, fuera con quien fuera.

—¿Y bien?

—Si lo que quieres saber es qué me ha parecido la velada, Zee, te diré que amena y provechosa.

—Amena ¿por qué?

—Son una pareja simpática. Los pilares de la sociedad inglesa.

—¡Ah! Tienes razón, claro. Supongo que yo siempre he preferido las partes más decorativas, menos útiles.

—Pero reconocerás que él es un hombre atractivo, ¿no? Y valiente: dos Cruces de Guerra y una recomendación para una Cruz Victoria en la otra guerra.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Y ella es muy agradable.

—Sí, desde luego. Como la mayoría de las esposas. ¡Mira que he tenido que aguantar a esposas agradables! Gracias a Dios que dejaste la política. La cantidad de mujeres con las que se ve una obligada a cenar ha menguado considerablemente.

El juez le pasó la mano con ternura por la espléndida cabellera plateada.

—Pero Zee, cariño, si te salieras con la tuya, ni siquiera habría mujeres a las que invitar a cenar. Solo estarías tú... en un mundo lleno de hombres apuestos, divertidos y audaces. Y unas pocas gallinas cluecas en la sombra, las justas para empollar polluelos.

Zee esbozó una sonrisa vaga, pero le brillaban los ojos.

—Dime, ¿qué ha tenido la velada de provechosa?

—Me ha parecido que hemos llegado a un acuerdo sobre un montón de los preparativos de la boda sin discusiones ni acritud, con lo latosos que son, y por lo que dicen esto no es lo habitual.

—Ha sido un detalle por tu parte ofrecerte a compartir los gastos del banquete.

—Con la de gente que hemos invitado nosotros, me ha parecido lo correcto. Además, es tu hijo del alma. Y tú eres una de las pocas mujeres a las que sería inútil soltarles esa pamema de que se pierde un hijo pero se gana una hija.

Zee indicó con un gesto que quería levantarse del sofá en el que estaba echada.

—Pero ella sí que te cae bien, ¿no, querida?

—¡Mi pequeña Louise! Por supuesto que sí. Estoy encantada con ella. ¡Tan graciosa y tan adorable, y tan tan joven!

Se había puesto de pie, y la cogió del brazo mientras iniciaban la lenta andadura hacia sus respectivos dormitorios.

—Y no pienso perder a mi hijo. Eso solo podría conseguirlo la muerte. Y no tengo la menor intención de morirme. Tengo demasiadas ganas de ver a mi nieto.

# LOUISE

## Invierno de 1942

Cuando estaba sola, que en los últimos tiempos era casi siempre, y cuando no estaba completamente apática, intentaba reunir todos los fragmentos de sí misma y darles una forma reconocible para entender, más o menos, cómo era. En la escuela de interpretación se habían pasado horas hablando de las características de las personas: de las facetas de su personalidad, los aspectos de su naturaleza, las rarezas de conducta o de temperamento. Habían analizado, cómo no, los personajes de las obras, y durante semanas habían condenado las obras «malas», en las que solo salían personajes bidimensionales, recortables de cartulina sin hondura alguna. Más tarde, cuando habló de todo esto con Stella y le soltó la letanía de las teorías que habían barajado, Stella había dicho: «Pues claro; por eso Shakespeare y Chéjov son los únicos dramaturgos de genio. Sus personajes son más bien como huevos: los mires como los mires, nunca son planos; desaparecen misteriosamente por una esquina que ni siquiera es una esquina, pero al mismo tiempo siempre te puedes imaginar su forma completa...».

Sin embargo, ella, aunque no era un mero personaje teatral, no se sentía en absoluto como un huevo; más bien, como un pedacito de un mosaico, o como parte de un rompecabezas. No se sentía como una persona a la que pudiera reconocer; ni siquiera las piezas sueltas del mosaico o del rompecabezas llegaban a pertenecerle, sino que eran más como una serie de papeles cortos a los que se había acostumbrado y que por consiguiente interpretaba con soltura. La señora de Michael Hadleigh era uno de ellos. La afortunada y joven esposa de un hombre fascinante que, según Zee, había destrozado infinidad de corazones. La gente escribía «Señora de Michael

Hadleigh» en los sobres; había sido el pie de la foto de los estudios Harlip publicada en *Country Life* poco después de la boda. Así la llamaban los recepcionistas de los hoteles. Esta persona había pasado por una boda de postín de la que habían salido fotos en casi todos los periódicos. «¡Parezco una patata vestida de encaje blanco!», se había lamentado, a sabiendas de que haría reír a la familia de Michael. Esta persona llevaba el reloj de oro que le había dado el Juez como regalo de bodas, y el anillo de turquesas y diamantes que le había dado Zee con motivo de su compromiso. Tenía un juego de maletas nuevo con las iniciales L. H. grabadas en oro sobre el cuero blanco. En el hotel, le habían reservado una habitación para que se cambiase el vestido de encaje blanco por el traje que le había hecho Hermione para irse de luna de miel, de un bonito *tweed* color crema con un estampado de cuadraditos escarlata muy espaciados: falda corta y recta y chaqueta de media manga con botoncitos escarlata. Al salir del ascensor había cruzado el amplio vestíbulo del hotel, que estaba abarrotado de familiares y gente a la que no había visto en su vida, para subirse al Daimler en el que Crawley, el chófer del Juez, los estaba esperando. Se había dejado el sobretodo, y Zee había mandado a Malcolm Sargent a que fuese a por él. «Ya te lo trae el bueno de Malcolm», había dicho, y así fue. La señora de Michael Hadleigh era la mujer a la que miraban con arrobo los almirantes, algunos de los cuales les habían enviado enormes cajones de embalaje llenos de añicos que en su momento claramente habían sido valiosos objetos de cristal. Había sido difícil agradecersele, ya que, en los peores casos, era imposible adivinar el objeto original a partir de los fragmentos. «Muchísimas gracias por su regalo; el cristal es precioso», le había escrito a uno. Había un montón de personas — muchas de ellas, la mar de distinguidas— encantadas de conocer a la señora de Michael Hadleigh, y no paraban de felicitar a Michael con distintos grados de elegancia y galantería por su encantadora y joven esposa. A veces se sentía un poco como un truco de magia, el conejo blanco que tan hábilmente se había sacado Michael de la chistera. Era como si la señora de Michael Hadleigh solo cobrase vida en presencia de otros.

Y después estaba la novia niña. La cantinela sobre su juventud estaba en boca de todos, desde los altos cargos de la Marina hasta los amigos de Michael, muchos de los cuales eran incluso mayores que él. Lo mismo sucedía en Hatton, donde descubrió que habrían de pasar la mitad de la luna

de miel. «Primero, una semana solos, y luego iremos a quedarnos con mamá», había dicho Michael. Era, en efecto, la niña. Le anunciaban los planes advirtiéndole, con tono descaradamente condescendiente y un poco burlón, que seguro que le parecían bien. Habría sido grosero discrepar, y nunca lo hacía. Interpretar a la novia niña suponía en parte que todo el mundo le diese su aprobación: ¡qué novia niña más buena! Así pues, habían pasado una semana en una casita que les había dejado una madrina de Michael que vivía en Norfolk en una mansión. La casita era una monada, con su tejado de carrizo y un inmenso hogar en la sala de estar que se usaba también de comedor. *Lady Moy*, la madrina, se había encargado de que fuese una mujer a cocinar y a limpiar, de manera que a su llegada fueron recibidos por un estimulante olor a fuego de leña y pollo asado. Crawley metió las maletas, se tocó la gorra y se marchó; y, después de servirles el pollo y de enseñarles el pastel de ciruelas damascenas que estaba en el carrito, la cocinera, que dijo que se llamaba Mary, también se marchó, y se quedaron a solas. Recordó que había pensado: «Este es el principio de mi vida de casada... Aquí empieza eso de “y vivieron felices y comieron perdices”», y que se había preguntado cómo sería. Y Michael estaba encandilado y no hacía más que decirle lo preciosa que había estado vestida de novia y lo preciosa que la gente le había dicho que era. «Tan preciosa como ahora», había dicho, cogiéndole la mano y besándosela. Más tarde, después de servir dos vasos de la botella de vino blanco que les había dejado *lady Moy*, había dicho: «Brindemos por nosotros: por Louise y Michael». Y ella había repetido el brindis y había bebido a sorbitos, y luego habían cenado y se habían quedado hablando de la boda hasta que Michael le había preguntado si quería irse ya a la cama.

Más tarde, cuando se levantó discretamente de la cama para ponerse uno de los camisones que le había regalado su padre cuando tenía catorce años y que seguían siendo los mejores que tenía, se dijo que menos mal que no había sido la primera vez, porque al menos ahora sabía lo que pasaba y estaba más o menos acostumbrada. De hecho, ya se había acostado cuatro veces con Michael. La primera había sido horrible porque le había dolido una barbaridad y no se había atrevido a decírselo, tan entusiasmado lo había visto. Las otras veces habían salido mejor en la medida en que no habían sido dolorosas, y una vez, al principio, incluso había empezado a ser excitante, pero después Michael le había metido la lengua en la boca y a partir de ahí

fue como si se desvaneciera, y no sintió nada. Sin embargo, él no pareció darse cuenta, y, aunque en su momento se había alegrado, después, durante aquella primera semana de la luna de miel, empezó poco a poco a sorprenderle que, a pesar de que le repitiera una y mil veces lo mucho que la quería y de que le detallase todo lo que iba sintiendo y lo que le iba pasando mientras hacían el amor, no parecía que se fijase demasiado en lo que pudiera sentir ella. Al final, dudaba de si realmente habría llegado a sentir aquel dulce estremecimiento —como de algo que empezaba a florecer en su interior— del que tanto había oído hablar.

Aquella primera noche, sin embargo, simplemente se sintió aliviada al ver que no le dolía y que él lo había disfrutado; y también, de golpe, muerta de cansancio. A los pocos segundos de volver a la cama se quedó dormida.

Por la mañana la despertó haciéndole otra vez el amor, y después vino la novedad de bañarse juntos, vestirse y saborear un delicioso desayuno con huevos y miel. Más tarde, salieron a dar un largo paseo por el parque, en el que había un lago con cisnes y otras aves acuáticas y un bosquecillo. Era una perfecta mañana de septiembre, serena y con una cálida brisa. Pasearon de la mano y vieron una garza, un zorro y un enorme búho, y Michael ni siquiera mencionó la guerra. Una de las noches fueron a cenar a la mansión en la que vivía *ladyMoy* con su dama de compañía en una atmósfera de recargada decadencia. Casi toda la casa estaba cerrada y en el resto hacía un frío implacable; era de esas casas, pensó, en las que te dan ganas de salir para entrar en calor. *Lady Moy* le dio a Michael un precioso par de escopetas Purdey que habían pertenecido a su esposo y dos acuarelas de Brabazon.

—Haré que te las envíen. Y en cuanto a ti —le dijo más tarde a Louise—, difícilmente iba a elegir un regalo para una persona a la que no había visto en mi vida. Pero, ahora que te he conocido (y, por cierto, Mike, creo que has elegido muy bien), ya sé qué regalarte.

Rebuscó en una gran bolsa bordada y sacó un relojito de esmalte azul adornado de perlas que colgaba de un broche esmaltado en forma de lazo.

—Me lo dio mi madrina cuando me casé. No es que dé muy bien la hora, pero bonito sí que es.

Durante la cena, *lady Moy* hizo muchas preguntas sobre el buque, y Michael respondió con todo lujo de detalles. En cuanto a ella, primero intentó interesarse y, después, parecer interesada, pero la cantidad de cañones con la



que iban a dotar al nuevo torpedero no era un tema al que pudiese aportar nada.

A punto estaban de marcharse cuando *lady* Moy les preguntó por sus planes. Fue entonces cuando Louise se enteró de que iban a pasar en Hatton la segunda semana del permiso de Michael.

—Mamá no ve la hora de vernos. Y hemos pensado que le gustará que vayamos.

—Seguro que sí.

Louise vio que *lady* Moy la miraba, pero no supo interpretar la expresión de sus ojos.

—Solo me queda besarte a ti también —le dijo después de abrazar a Michael.

Volvieron andando por el camino que llevaba hasta la casita, envueltos en la oscuridad.

—¡No me habías dicho que íbamos a ir a Hatton!

—¿Ah, no? Sí, estoy casi seguro de que te lo dije. De todos modos, no te importa, ¿no?

—No.

No estaba nada segura.

—Cariño, es que mamá no anda muy bien, y estaba tan preocupada por mí que me pareció que... En fin, ya sabes que te quiere mucho, ¿verdad? Me dijo que no se imaginaba mejor madre para su nieto.

Se quedó pasmada.

—No estaremos esperando un hijo tan pronto, ¿no?

Michael se rio y le dio un estrujoncito en el brazo.

—Cariño, la primera en saberlo serás tú. Hombre, siempre cabe la esperanza...

—Pero...

—Me dijiste que querías seis hijos. En algún momento habrá que empezar, digo yo.

Louise abrió la boca para decir que no quería hijos inmediatamente, justo ahora, pero volvió a cerrarla. El tono sonaba burlón. No hablaba en serio.

Pero en Hatton volvió a salir el tema. Le llegó la regla a los cuatro días de llegar, y Zee, aunque no habló con ella directamente, aprovechó para

transmitirle varios mensajes. Louise tuvo fuertes dolores de estómago, y Michael estuvo muy cariñoso con ella; después de comer, la acostó en la cama con una botella de agua caliente y la dejó bien arropada.

—Qué tierno eres conmigo —le dijo cuando se arrodilló para besarla.

—Eres mi preciosa mujercita. Por cierto, Zee me ha dado un consejo muy útil. Cuando te recuperes, ayudará que, después de hacer el amor, te apoyes sobre una almohada y pongas las piernas en alto. Así el espermatozoide tiene más posibilidades de encontrarse con un óvulo.

Tragó saliva. De repente, la sola idea de que hubiese estado hablando de todo eso con su madre le dio asco.

—Michael... No estoy nada segura de que quiera tener un hijo tan pronto. O sea, quiero tener hijos en algún momento, pero antes prefiero acostumbrarme un poco más al matrimonio.

—Claro que sí —dijo efusivamente Michael—. Pero ya verás como no tardas en acostumbrarte, créeme. Y, si por casualidad pasa, la naturaleza se encargará de todo y estarás tan contenta. Ahora échate una siestecita, que ya te despierto yo a la hora del té.

Pero no durmió nada. Se quedó dándole vueltas a por qué estaban tan empeñados en que se quedase embarazada, y se sintió culpable por no sentir lo mismo que ellos.

El resto de la semana transcurrió entre veladas musicales, sesiones de posado para Michael (que además de retratarla empezó un cuadro al óleo), bromas, juegos con los vecinos, un baile y las lecturas que hacía el Juez en voz alta. Todos la trataban con jocosa y tierna indulgencia. Era la novia niña, la preferida, la mimada. Durante las comidas, la conversación era de lo más estimulante; para seguir las bromas familiares había que ser más leído de lo que lo era ella y tener un vocabulario mucho más extenso. Le había pedido al Juez, a quien se había acostumbrado a llamar Pete, que le elaborase una lista de lecturas.

—Le ha encantado —dijo Michael aquella tarde mientras se vestían para bajar a cenar—. Qué bien encajas con mi familia, cariño.

—¿Cómo te has enterado de que se la he pedido?

—Me lo ha dicho mamá. Le ha emocionado mucho que se te ocurriese pedírsela a él.

Cada vez que venían invitados a comer o a cenar le preguntaban a

Michael por su buque y él siempre estaba dispuesto a responder, en general explayándose. Louise se fijó en que, por muy a menudo que encomiase las virtudes de los cañones Oelikon en comparación con los Bofors o los Rolls, Zee escuchaba embelesada como si fuera la primera vez que le oía hablar del tema. En su fuero interno, a Louise estas conversaciones le parecían aburridísimas, peores incluso que cuando hablaban de la guerra más en general, como de la batalla de Estalingrado, de la que todas las noches daban noticias por la radio, o los ataques aéreos sobre Alemania.

Durante todo este tiempo —que en realidad fue muy breve, solo dos semanas—, el entusiasmo, como una calima, había enmascarado casi todos los demás sentimientos: se había casado con su maravilloso y fascinante Michael, que, a pesar de sacarle tantos años y de ser tan famoso y tan valiente, la había escogido a ella. Era emocionante, para alguien que, como ella, nunca había tenido muy buena opinión de su aspecto ni de su inteligencia, para alguien que pensaba (como en estos momentos) que no había recibido una educación como es debido, oír de la mañana a la noche que era hermosa, inteligente, un derroche de talento. Era un cuento de hadas, y ella la afortunada princesa que a los diecinueve años ya había empezado a vivir feliz y a comer perdices.

A finales de la semana se marcharon de Hatton y volvieron a Londres en tren. Michael tenía que ir al Almirantazgo y quedaron en verse más tarde en la estación de Waterloo.

—¿Y tú qué vas a hacer, cariño?

No lo había pensado.

—Ya me las apañaré. A lo mejor intento ver a Stella, aunque en Pitman no les gusta que telefoneen a los estudiantes. Si no doy con ella, me iré a la National Gallery.

—¿Tienes dinero?

—¡Vaya! No... no, me temo que no.

Michael se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un fajo de billetes.

—Toma.

—¡No necesito tanto!

—Nunca se sabe. Puede que sí. Ya me encargo yo del equipaje.

Se besaron. Fue bonito (en aquel momento no vio hasta qué punto lo era)

despedirse de él sabiendo que volverían a verse en muy poco tiempo.

Llamó a Stella desde una cabina, pero no consiguió hablar con ella, así que se fue a la National Gallery, donde Myra Hess e Irene Scharrer estaban interpretando una pieza para dos pianos. En el intermedio, cuando se estaba comprando un sándwich, vio a Sid hablando con un hombre vetusto que tenía una lustrosa cabellera blanca y llevaba un bastón. A punto estaba de acercarse a saludarla cuando, en la otra punta de la mesa de los sándwiches, vio a una mujer bastante joven, más bien una chica (de hecho, no parecía mayor que ella), apoyada contra la pared y mirando a Sid con una devoción tan enfática y embelesada que casi le entró la risa. Será aquello que la tía Jessica llamaba un encaprichamiento, pensó. En ese momento, Sid la vio, sonrió y le hizo una seña para que se acercase.

La presentó al hombre del pelo blanco como Louise Hadleigh, y el hombre dijo que sí, que la reconocía.

—Se casó usted hace unas semanas con el hijo de mi vieja amiga Zinnia Storey. ¿Qué tal está Zee? Ahora que pasa tanto tiempo en el campo, casi ni la veo.

Al ir a darle la mano, se le cayó el bastón. Ni corta ni perezosa, la chica de la pared dio un salto, se agachó y lo recogió.

—¡Qué amable!

La chica se sonrojó —a Louise le pareció que tenía húmeda la frente— mientras Sid decía: «Buenos reflejos, Thelma», y la presentaba como una de sus alumnas. Entonces se acabó el intermedio y todo el mundo empezó a salir del sótano en el que se servía el pisco para seguir oyendo el concierto.

—Por favor, dele recuerdos a Zee de mi parte —dijo el hombre.

Y Louise sonrió y respondió que sí, que se los daría. Pero, como no sabía cuándo iba a volver a ver a Zee y no tenía la menor idea de quién era él, era poco probable que lo hiciera, se dijo para sus adentros.

Cuando acabó el concierto, tras el precioso y consolador bis de «Jesús, alegría de los hombres» que todos esperaban, se preguntó qué podía hacer a continuación. No había nada que ver en el museo. Se habían llevado todos los cuadros a un lugar seguro, o a más de uno. Salió a Trafalgar Square. Hacía sol, pero era un sol que no calentaba, y el cielo, de un azul fresco y sereno, estaba adornado por deslumbrantes globos de barrera que flotaban plácidamente... como juguetes gigantes, pensó. Faltaban dos horas para

que saliese el tren, y no sabía en qué emplearlas. Michael le había dado un fajo de libras, lo menos había diez; se sentía rica, y libre, y... y de pronto, sin previo aviso, aterrorizada. «¿Qué va a ser de mí? ¿Qué hago aquí? ¿Para qué sirvo?», una ráfaga de pequeños interrogantes absurdos que parecían proceder de la nada y que si se ensordecían era solo por mor de su abundancia. Responder a cualquiera de ellos, incluso tenerlos en cuenta, significaba un peligro cabal. No pensaba ni intentarlo siquiera; lo mejor era que se ocupase con algo, que pusiera la cabeza en otra parte. Me iré a una librería y compraré algunos libros, se dijo, y, pertrechada con tan sensato y práctico objetivo, cogió el autobús a Piccadilly que paraba enfrente de Hatchards.

Después de comprar tres libros y de parar un taxi para ir a Waterloo, tenía la moral más alta. Esta vez no iba a volver dócilmente a Sussex para someterse a las críticas de su madre y que el resto de la familia le encargase tareas soporíferas. Iba a coger un tren con su marido y después se irían en barco a la isla de Wight, donde pensaban alojarse en un hotel... algo que no había hecho en su vida. De nuevo era la señora de Michael Hadleigh, y no aquella persona, quienquiera que fuese, que había caído presa de un pánico absurdo en las escaleras de la National Gallery. Habría estado bien localizar a Stella, pero, bueno, ya le escribiría más adelante.

Sin embargo, no tardó en descubrir que la vida en aquel hotel, y posteriormente en otros (en Weymouth, en Lewes), no era en absoluto como se la había imaginado. Michael salía cada mañana a las ocho y ella pasaba el resto del día sola, un día tras otro, sin nada que hacer. El hotel Gloster tenía un inconveniente muy particular, agravado por el hecho de que, al principio, se le había antojado un lujo increíble: tanto el almuerzo como la cena consistían en langosta. De vez en cuando también servían algún plato alternativo, y, aunque en general no es que fuera muy apetitoso, al cabo de una semana empezó a pedirlo, fuera lo que fuese. Pasó de aburrirse de la langosta a aborrecerla. Leía libros y salía a pasear por el pueblo, pero las calles eran un hervidero de soldados, y los silbidos y los comentarios, incomprensibles pero claramente groseros, le metieron el miedo en el cuerpo. Entonces, un buen día, entró en una frutería a comprar unas manzanas y, de repente, sintió como si perdiera el equilibrio, todo se volvió negro y recobró el conocimiento en el suelo, rodeada de sacos de arpillera con olor a tierra.

Había alguien inclinado sobre ella, diciéndole que no pasaba nada y preguntándole dónde vivía, pero era incapaz de pensar. Tenía la cabeza apoyada en un saco de patatas y se había hecho una carrera en la media. Le dieron un poco de agua y se sintió mejor.

—En el hotel Gloster —dijo al fin—. Puedo volver yo sola.

Pero una mujer muy amable la acompañó, pidió la llave de su habitación y la ayudó a subir.

—Yo en su lugar me echaría un ratito —le recomendó cuando Louise le dio las gracias.

Una vez que se hubo marchado, se tumbó en la cama sobre la escurridiza colcha. En el relojito de oro que le había regalado el Juez vio que eran las once y media. Michael no volvería hasta las seis de la tarde. Se sintió aturdida y de repente la invadió una inmensa nostalgia de su casa. Se echó a llorar, y cuando hubo terminado y se hubo sonado con uno de los enormes pañuelos blancos de Michael, volvió a tumbarse. Para qué iba a levantarse.

A partir de entonces pasaba las mañanas en la cama. Veía a Michael afeitarse y vestirse a una velocidad que se le antojaba desalmada, y rezaba para que sucediese cualquier cosa que le impidiera marcharse. El buque que comandaba era un torpedero nuevo que aún no había salido de la grada del río Medina, y estaba entusiasmado con todo lo que tenía que ver con él. Cada tarde volvía con novedades sobre los avances en su construcción; Louise aprendió a hablar del buque como si fuera una persona, pero en su fuero interno seguía siendo un objeto. Cenaban, y después Michael la dibujaba, se iban a la cama y le hacía el amor siempre de la misma manera, y Louise intentaba que no le resultase del todo desagradable. No le hablaba de lo sola y desnortada (aburrida, en realidad) que se sentía, porque eran sentimientos que la avergonzaban. En el hotel no se alojaban más esposas de oficiales, no había más mujeres. La gente estaba de paso, y por lo visto los únicos huéspedes estables eran ellos dos. Cuando le contó lo del desmayo de la frutería, Michael sonrió y dijo:

—¡Cariño mío! ¿Crees que quizá...?

—¿Qué?

Sabía a qué se refería, pero la idea la abrumaba tanto que quería ganar tiempo.

—¡Tesoro! ¡Un bebé! ¡Lo que andábamos buscando!

—No sé. Puede que sí, supongo. Según dicen, los desmayos son un síntoma. Y las náuseas matutinas. Pero yo no he tenido náuseas en ningún momento.

Poco después conoció al fin a otra esposa de un oficial, una señora mucho mayor que ella cuyo marido era comandante de un destructor y que le propuso que la acompañase a echar una mano en la Misión de los Marineros.

—Siempre andamos escasos de voluntarios; seguro que habrá algo que puedas hacer, querida.

A partir de entonces, de nueve a doce de la mañana ayudaba en la cantina o se dedicaba a hacer un sinfín de camas. Esto último implicaba quitar las sábanas viejas; por lo general, sábanas grisáceas que ocultaban botellas de cerveza, calcetines sueltos y desperdicios varios. Fue por esta época cuando empezó a tener náuseas por la mañana. Cuando Marjorie Anstruther la sorprendió delante del fregadero soltando arcadas, la obligó a volver al hotel a acostarse diciendo que se hacía cargo y que Louise había sido muy valiente aguantando como lo había hecho. No podía estar más claro. Estaba embarazada, y poco a poco había llegado a la conclusión de que quizá esto fuera lo más razonable. Si una se casaba y no tenía otra cosa que hacer, lo suyo era que trajese hijos al mundo. Aunque en su fuero interno la perspectiva la seguía aterrorizando, se las apañó para dar la impresión de que se alegraba. No tardó en llegar una carta de Zee en la que le decía cuán feliz le hacía la noticia (Michael había llamado para comunicársela).

Pasaba las mañanas con náuseas y a veces vomitando; por lo demás, apenas salía de la cama. Pero a mediodía, como un reloj, un avión de reconocimiento alemán volaba hasta la isla y de ahí a Portsmouth, y todos los buques que estaban atracados en Cowes se lanzaban a disparar su artillería antiaérea. Aunque nunca le daban, el ruido era tremendo, y Michael le había dicho que en estas ocasiones se quedase siempre en la planta baja. De manera que se ponía el sobretodo y bajaba despacito, plantando cara a los nauseabundos vapores de las langostas en ebullición, y una vez en el *hall* se dedicaba a leer ejemplares antiquísimos del *Illustrated London News* mientras el suelo de baldosas se iba llenando de cachitos de cristal que caían melancólicamente del tejado. Al cabo de quince minutos más o menos, el avión cambiaba de rumbo y ella volvía a su habitación, y a veces cogía sus cosas y bajaba por el pasillo a darse un baño. Los solitarios almuerzos en el

comedor del hotel se habían convertido en un panorama aterrador, así que había cogido la costumbre de irse a una pastelería del pueblo que vendía bollos y unas empanadas de Cornualles de lo más consistentes que sobre todo llevaban patata y cebolla. Enseguida se había quedado sin libros que leer, pero había una librería en la que se pasaba horas buscando cosas; no parecía que les molestase. Leyó novelas de Ethel Mannin, G. B. Stern, Winifred Holtby y Storm Jameson, y de pronto, un día, vio un ejemplar de segunda mano de *Mansfield Park*. Fue como toparse con un viejo amigo, y no pudo resistirse a comprarlo. Más adelante se compró el resto de las novelas de Jane Austen, a pesar de que en Sussex tenía la colección completa. La absorbieron y la consolaron como ninguna otra cosa y las leyó todas dos veces. Cuando escribía a Stella, le hablaba sobre todo de lo que estaba leyendo. «¡Por cierto, estoy embarazada!», añadió al final de una carta. Los signos de exclamación los puso para que sonase emocionante. Pensó en contarle sus sentimientos al respecto y cómo era su vida en estos momentos, pero no se encontró capaz de hacerlo. Ello le habría exigido reflexionar seriamente sobre su situación, y se sentía demasiado confusa e insegura con todo como para intentarlo siquiera. Además, temía que pudiesen aclararse las cosas de una manera que quizá no podría soportar. Mientras siguiera interpretando su papel (y por supuesto que estaba enamorada de Michael, ¡si no soportaba verlo marcharse cada mañana, y casi se pasaba el día contando las horas que faltaban para su regreso!), sería una especie de traición decir que la vida se le estaba haciendo cuesta arriba... o aburrida. «Las personas inteligentes jamás se aburren», había dicho Zee en Hatton, durante la luna de miel. «¿Estás de acuerdo conmigo, Pete?». Y el Juez había respondido que el aburrimiento podía implicar cierta cortedad. Si algo debía evitar, era ser corta.

A mediados de noviembre, el buque de Michael ya estaba listo, y Zee y el Juez fueron a Cowes a pasar una noche porque Zee iba a presidir la botadura. Les reservaron habitaciones en el hotel, y Michael salió temprano del trabajo para ir a recibirlos a su llegada en ferri a Ryde.

La cena fue en el Royal Yacht Squadron, un club de lo más lujoso, porque Zee conocía a un almirante que era miembro y que los invitó a todos.

—¡Querida niña! Estás preciosa, Louise. Pete te ha traído la lista de lecturas.

Para cenar sirvieron la temida langosta, y Michael habló de su buque con



inagotable fervor.

—¡Me muero de ganas de verlo! —exclamó Zee.

Y Louise se fijó en que Michael se regocijaba con el entusiasmo de su madre. Resultó que el almirante, a quien llamaban Bobbie, no tenía pensado asistir a la botadura, pero antes de que terminase la velada Zee había conseguido que aceptase ir.

Pero a la mañana siguiente Louise, aparte de unas náuseas especialmente virulentas, tenía dolor de garganta y fiebre.

—¡Pobrecita mía! Será mejor que guardes cama. No podemos permitir que enfermes. Voy a pedir que te suban el desayuno.

Tras una larga espera le subieron una tetera de metal que estaba ardiendo, dos tostadas de pan duro y una porcioncita de margarina amarillísima. El té sabía a metal, y no fue capaz de probar siquiera las tostadas. Esto ya era demasiado. Para una vez que pasaba algo, no podía ir, sino que estaba condenada a pasar otro día más aburrida y sola, solo que esta vez era peor que de costumbre por lo mal que se encontraba. Se levantó de la cama para ir al baño, un gélido trayecto, dado que no había calefacción en el dormitorio. Se puso una camiseta y unos calcetines y volvió a acostarse después de tomarse una aspirina que lo ayudó a dormir.

Michael volvió por la tarde y dijo que esa noche la iba a pasar a bordo porque el buque iniciaba las maniobras a primera hora de la mañana. Zee y el Juez ya se habían marchado, dijo; su madre había estado maravillosa en la botadura, y habían almorzado estupendamente.

—Pobrecita mía, sigues pachucha. La señora Watson dice que mandó subir a alguien a ver si querías comer, pero que estabas dormida. ¿Les digo que te traigan algo de cenar?

—¿No podrías cenar conmigo?

—Me temo que no. Me esperan a bordo. El comandante de la flotilla cena hoy con nosotros.

—Entonces, ¿cuándo vuelves?

—Mañana por la tarde, supongo. Pero ya te dije, cielo, que mientras duren las maniobras va a haber mucho ajetreo. No siempre voy a poder dormir en tierra. Hemos tenido una suerte increíble, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

Michael había estado cogiendo los bártulos del afeitado y metiéndolos en un flamante maletín de cuero negro.

—Pues claro, cariño. Mi superior lleva sin ver a su prometida desde Navidad. Y nuestro timonel ni siquiera ha llegado a ver a su último hijo, que ya casi tiene seis meses. No digo que no debamos ser afortunados (quiero que seas la chica más afortunada del mundo), pero no está de más reconocer lo que se tiene. La mayoría de los oficiales que conozco no podrían permitirse alojar a sus mujeres en un hotel. ¿Sabes dónde está mi pijama?

—No, lo siento.

La idea de pasar una noche y un día entero completamente sola la amargaba tanto que sonó enfurruñada.

—¡En algún sitio tiene que estar! Venga, cariño, haz un esfuerzo por acordarte.

—Bueno, la camarera lo suele dejar debajo de la almohada cuando hace la cama. Pero esta mañana no ha venido.

—Qué le vamos a hacer, cogeré uno de los que hay guardados.

Pero al sacarlo resultó que le faltaban casi todos los botones.

—¡Maldita sea! Cariño, les podrías haber echado un vistazo cuando volvieron de la tintorería. Al fin y al cabo, tampoco es que tengas tanto que hacer.

—Ahora mismo te los coso, si quieres.

—Imposible, se han perdido. Tendrás que comprar unos.

Cogió el broche con la insignia del Royal Yacht Squadron que el almirante le había regalado a Louise la víspera para celebrar que Michael había sido nombrado miembro honorario.

—Me juego lo que quieras a que soy el único oficial naval que se cierra el pijama con uno de estos. Me voy pitando. —Se inclinó para darle un beso en la frente—. Ánimo; no te me deprimas demasiado. —Desde la puerta, le tiró otro beso—. Tienes un aire muy hogareño.

Cuando se hubo marchado, y cuando ya estaba segura de que no iba a volver, se echó a llorar.

Una vez recuperada, Michael le había sugerido que se fuese a su casa una temporada mientras se terminaban las maniobras.

—Luego, cuando sepa adónde nos mandan, podrás venirte conmigo otra

vez.

No puso ningún tipo de reparos. En los últimos tiempos la venía afligiendo una morriña casi tan intensa como la de su infancia, y cada mañana, después de marcharse Michael, se quedaba en la cama suspirando por su casa, tan familiar, tan destartalada, siempre tan llena; por los ruidos cotidianos de sus numerosos habitantes: el chirrido ahogado de la escoba mecánica, el runrún del gramófono del cuarto de los niños, unas veces con *El baile de los saltamontes* y otras con *El pícnic de los ositos*, el rumor constante del Brigada dictando, el zumbido como de insecto de la máquina de coser de la Duquesita; por los aromas a café, a planchado, a fuegos de leña desganados, a perro húmedo y a cera de abejas. Recorría las distintas habitaciones, dotando a cada una de sus correspondientes moradores. Era como si lo que en tiempos la había aburrido o irritado de ellos ahora solo los volviera más adorables, más queridos, más necesarios. La pasión de la tía Dolly por las bolitas de naftalina, la convicción de la Duquesita de que no había nada para las quemaduras como la cera caliente de parafina, el empeño de Polly y Clary en no dejarse impresionar por el hecho de que ella tuviese una vida mucho más adulta que la suya, la prodigiosa capacidad de Lydia para imitar a cualquiera... y la señorita Milliment, siempre idéntica a sí misma pero, aun así, misteriosamente más vieja; su voz, más dulce; las papadas, cada vez más fofas; la ropa, salpicada aquí y allá de restos dispares de comidas prehistóricas, y los ojillos grises, agrandados por las estrechas gafas de montura de acero, tan sorprendentemente penetrantes como siempre. Y en el polo opuesto, la tía Zoë, que derrochaba *glamour* se pusiera lo que se pusiese y a quien los años transcurridos en el campo no habían restado ni un ápice de elegancia y belleza. Se acordaba también de la querida tía Rach, cuyo mayor elogio de algo era decir que era «práctico»: «un sombrero de lo más práctico», «una madre muy práctica». «Te voy a hacer un regalo de bodas la mar de práctico», le había dicho. «Tres juegos dobles de ropa de cama». Se habían quedado en casa con los demás regalos, a la espera de que Michael y ella tuviesen casa propia, que a saber cuándo sería. Quizá la guerra fuese la única culpable de que la vida fuese tan rara. Marcharse de casa para ir a la escuela de cocina y después a la compañía de repertorio le había parecido normal; formaba parte de hacerse adulta y de prepararse para su gran carrera de actriz. Pero el matrimonio lo había cambiado todo, y en

muchos aspectos que no se había imaginado. Lo de irse de casa era mucho más definitivo cuando te casabas. En cuanto a su carrera, no solo no había ningún indicio de que la guerra fuese a terminar algún día, momento en el que —suponía— podría retomarla, sino que además estaba el problema de los hijos. Su madre había dejado el baile cuando se casó, y jamás había vuelto a bailar. Por primera vez, se preguntó cómo lo habría vivido su madre, si le habría costado o si habría elegido el matrimonio y nada más. Pero, por alguna razón, en su recreación nostálgica de Home Place no podía, o no quería, incluir a sus padres: había algo —y no quería averiguar de qué se trataba— vagamente incómodo. Lo único que sabía era que en las semanas previas a la boda había llegado a sentir casi tanto rechazo a quedarse a solas con su madre como con su padre, aunque no exactamente —mejor dicho, en absoluto— por las mismas razones. Era desconcertante, porque veía que su madre estaba haciendo todo lo posible por que la boda fuera un éxito. Había tenido más paciencia que un santo con las pruebas para el vestido de novia y, para varias prendas (pocas) más, le había regalado sus cupones de ropa; incluso le había preguntado si quería que su amiga Stella fuera dama de honor. Era Stella la que no había querido —se había mostrado dulcemente inflexible al respecto—, así que había habido que elegir entre las chicas; al final, las afortunadas habían sido Lydia, Polly y Clary. Zoë, su madre y la Duquesita les habían hecho los vestidos con una tela de visillo blanco que su madre había teñido de un cálido color crema sumergiéndola en té. En los comercios de Londres todavía quedaba cinta de seda pura. La tía Zoë había elegido los colores —rosa, naranja y carmín— y había cosido las tiras para hacer fajines. Los vestidos habían sido sencillos, de talle alto, con grandes escotes redondos y un amplio volante por la parte de abajo... «Unas pequeñas Gainsboroughs», había dicho el Juez al verlas a la puerta de la iglesia. Había habido muchísimo trabajo que hacer en el breve periodo entre el compromiso y la boda, y casi todo había recaído en su madre. Pero, además de su celo en organizar, escribir cartas, hacer los preparativos y deliberar, había percibido en su madre algo que le resultaba sencillamente insoportable, y ese algo, fuera lo que fuera, la había vuelto distante, malhumorada, irritable; había respondido de malas maneras a preguntas de lo más normales y después se había sentido avergonzada y, aun así, por alguna razón, incapaz de disculparse. Al final había descubierto de qué se trataba: la víspera de la boda, su madre le preguntó «si sabía cómo funcionaban las cosas». Había

respondido al instante que sí, que lo sabía. Su madre había esbozado una sonrisa nerviosa y había dicho que, en fin, ya se imaginaba ella que Louise habría aprendido todo lo que había que saber del tema en aquella espantosa escuela de actores, añadiendo que no le habría gustado que diese el paso del matrimonio «sin estar preparada». Con cada alusión, la cosa se iba volviendo más repugnante; y las alusiones, había comprendido, no eran más que la punta del iceberg. Presa del asco y de la rabia, le había parecido que su madre no había pensado en otra cosa en las últimas semanas; es más, que no había hecho más que fantasear, rumiar, imaginársela en la cama con Michael, dando alas a una malsana curiosidad por algo que no tenía absolutamente nada que ver con ella. (¡Como si uno se casara con una persona solo para llevársela a la cama!). El resto de aquella tarde no hubo nada que dijera su madre a lo que no le atribuyese un asqueante doble sentido: sí, tenía que acostarse temprano, necesitaba dormir bien esa noche porque le esperaba un día muy ajetreado. «Tienes que estar fresca y descansada». Menos mal, se había dicho cuando por fin había conseguido retirarse a su dormitorio, en casa del tío Hugh; dentro de veinticuatro horas estaré a muchos kilómetros de distancia de ella. Jamás habrá que volver a pasar por todo esto.

Hasta el día de la boda se las había apañado para no quedarse ni un momento a solas con su padre. Apareció, justo cuando acababa de vestirse, con media botella de champán.

—He pensado que podríamos bebernos una copa cada uno; solo una — había dicho—. Ya sabes, para tener valor.

Estaba muy apuesto vestido de chaqué con una corbata de seda gris claro y una rosa blanca en el ojal. A estas alturas, Louise estaba nerviosa, y le pareció que el champán no era mala idea.

Su padre sacó el corcho con cuidado y dejó caer la espuma en uno de los vasos. Los había dejado sobre el tocador, y Louise vio que la estaba mirando en el espejo. Al ver que lo veía, su padre apartó la mirada y llenó los dos vasos.

—Toma, cariño. No sabes hasta qué punto te deseo que seas feliz.

Se hizo un pequeño silencio mientras le pasaba el vaso. Después, añadió:

—Estás deslumbrante.

Sonaba humilde, casi tímido.

—¡Ay, papá! —dijo.

Y trató de sonreír, pero notó que empezaban a picarle los ojos. No se atrevió a decir más.

—Por mi hija mayor, en su último día de soltera —dijo, subiendo la copa. Se miraron y sonrieron; entre ambos, como un cuchillo, estaba el pasado.

Fue al volver a Sussex cuando le vinieron a la cabeza estas escenas cuando estaba sola, cuando no estaba representando ninguno de sus papeles.

—¿Te sientes distinta ahora que estás casada? —le había preguntado Clary el primer día.

—No, no especialmente —había respondido, en su papel de altiva prima mayor.

—¿Por qué no?

La sencillez de la pregunta la desconcertó.

—¿Por qué iba a sentirme distinta?

—Bueno... a ver, para empezar ya no eres virgen. Me imagino que no querrás contarme qué se siente, ¿no?

—No.

—Me lo suponía. Entiendo que la necesidad de depender casi siempre de la experiencia directa limite a los escritores. O de leer sobre las cosas, que no tiene punto de comparación con que te las cuente alguien.

—Eres demasiado preguntona; hay algo malsano en ello. Y, además, es un poco desagradable.

Pero Clary, que había perdido la cuenta de las veces que le habían echado en cara su curiosidad, se había vuelto toda una experta en defenderse.

—Para nada. Es solo que, si realmente te interesa la gente y su comportamiento, cualquier cosa te despierta la curiosidad. Por ejemplo...

Pero Louise había visto llegar a Zoë en bicicleta y había bajado a saludarla.

—¡Ya estamos! Estoy harta de que la gente me acuse y luego no escuche nada de lo que digo —se quejó más tarde Clary a Polly en el cuarto de los niños mientras esperaban a que estuviese lista el agua del hervidor de Ellen para llenar las botellas de agua caliente—. No se trata solo de si es virgen o no; siento la misma curiosidad por los prisioneros, las monjas, la realeza, los partos, los asesinatos... por cualquier cosa que o bien no me ha pasado a mí o que no podrá pasarme nunca.

—De todo lo que has dicho, la realeza es la única —señaló Polly, que estaba acostumbrada a estas discusiones.

—No solo. Acuérdate de lo que dice tu canción favorita: «¿Cómo voy a ser monja con lo que me gusta la juerga?».

—No sé hasta qué punto me gusta a mí la juerga —dijo Polly con tristeza—. La verdad es que no nos divertimos lo suficiente como para averiguarlo.

No había querido anunciar su embarazo en casa, pero la primera mañana tuvo tantas náuseas que no pudo levantarse para desayunar. Mandaron subir a Lydia para que viera por qué no había bajado.

—No es nada. Habré comido algo que me haya sentado mal.

—¡Ay, pobrecita! Seguro que fue ese pastel de carne tan horrible que cenamos anoche. ¿Sabes lo que dice Neville? Cree que la señora Cripps le echa ratones y erizos. Dice que lo mismo es una bruja, con ese pelo negro que tiene y con esa cara que parece que brilla en la oscuridad. Hasta sapos puede que meta, dijo, espachurrados, claro. Dice que lo mismo son esa cosa gelatinosa que hay por fuera... baba de sapo.

—Ay, Lydia, cállate ya.

—Perdona. Solo estaba pensando qué podría ser. ¿Te subo un poco de té?

—Gracias, estaría muy bien.

Pero fue su madre la que vino con té y tostadas, y pareció que lo había adivinado de golpe sin que Louise hubiese dicho una sola palabra.

—¡Cariño! ¡Qué emocionante! ¿Lo sabe Michael?

—Sí.

—Seguro que está muy contento.

—Sí... mucho.

—¿Te ha visto algún médico?

—No.

—Pues el doctor Carr es magnífico. Cómete la tostada, aunque no le untes nada. Las tostadas y las galletitas saladas son lo mejor para las náuseas mañaneras. ¿De cuánto...?

Unas cinco semanas, pensó. Se le antojaba una eternidad.

Al final se quedó en casa casi un mes, y para entonces el doctor Carr ya había confirmado el embarazo. Todo el mundo daba por hecho que estaba encantada. La única persona a la que estuvo a punto de confiarse fue Zoë. La

estaba ayudando a acostar a Juliet.

—Tú dale la cena mientras yo recojo —había dicho Zoë.

Estaban las dos solas en el cuarto de los bebés; Ellen estaba bañando a Wills y a Roly.

Jules estaba sentada en la trona. Quería comer sola, empeño harto desastroso que no llegaba a buen puerto.

—No, Jule solita —repetía cada vez que Louise intentaba quitarle la cuchara llena.

—¡Dios mío! Va a haber que bañarla otra vez.

—Bah, ya le quitaré lo más gordo con una esponja. Hay que dejarles que aprendan.

—No sé nada de bebés.

Zoë le dirigió una mirada fugaz y esperó a que dijese algo más, pero no lo hizo. Últimamente, a menudo tenía que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Te diré —dijo Zoë cruzando la habitación y sentándose a la mesa al lado de Louise y de la trona— que yo tampoco. Y da miedo, porque parece que todo el mundo da por hecho que sabes.

—Y que te hace muchísima ilusión —dijo Louise con voz apagada.

—Sí.

—Y a ti, ¿a ti no te la hacía?

—La primera vez, no. No. Y después no hacían más que decirme que tenía que tener otro, y yo no quería.

—Pero lo tuviste.

—No en aquel momento, no inmediatamente. Espera, Jules. Deja que te limpie un poquito primero. Pero cuando finalmente la tuve, fue maravilloso. Fue, bueno, gracias a ella me tomé de otra manera la desaparición de Rupert. Había vivido aterrorizada por la posibilidad de que le pasase algo, no se me ocurría nada peor, y de repente va y pasa... pero al mismo tiempo tenía a Jules.

—¡Cocholate!

—No. Primero, al orinal.

Pero Jules no estaba de acuerdo. Se tiró al suelo, arqueó la espalda y se entregó en cuerpo y alma a una rabieta.



Louise las miró mientras Zoë resolvía la crisis. Jules acabó sentada en el orinal con un pedacito de chocolate.

—Al final, casi siempre es un toma y daca.

—Tía Zoë, yo...

—Preferiría que dejaras lo de «tía». Perdona. ¿Qué me decías?

—Solo quería decirte que no me había dado cuenta de... de lo mal que lo has debido de pasar.

—¿Y por qué ibas a darte cuenta? Eras una chiquilla. Y, además, lo tuyo es mucho más duro. La primera vez, yo llevaba ya unos cinco años casada, y por aquel entonces Rupert aún no se había ido a la guerra. Tú lo estás haciendo todo a la vez.

Si bien en algunos aspectos la conversación le sirvió de consuelo, en otros no. Puede que, al igual que le había pasado a Zoë, sus sentimientos cambiasen una vez que tuviese al bebé delante; por otro lado, y por primera vez, tuvo que habérselas con la terrible posibilidad de que matasen a Michael.

Días después, cuando llamó como hacía de vez en cuando, Michael le dijo que podía librar una noche y que si le parecía bien la pasaría con ella en Sussex.

—Hay un motor que nos está dando problemas, así que me voy un par de días mientras lo arreglan.

Estaba entusiasmada; todo el mundo se alegró mucho por ella, y la familia entera se volcó en los preparativos para recibirlo. La Duquesita consiguió un par de faisanes para la cena, el Brigada se pasó toda la mañana escogiendo el oporto y decantándolo, y Lydia y Polly tuvieron una bronca — a Polly le parecía impropio bajar a cenar con el vestido de dama de honor, pero Lydia, que había intentado ponerse el suyo para ir a clase, para el té de los domingos y a veces, en secreto, después de bañarse, estaba empeñada en que lo lucieran—.

—Son perfectos para una cena, y a Michael le recordarán los viejos tiempos... su preciosa boda y todo eso.

—¡Pero si tú no vas a estar en la cena! —había dicho Polly.

—¡Sí que voy a estar! ¡Louise! ¿A que me dejas? ¡Soy tu hermana!

Pero, antes de que Louise pudiese responder, su madre había dicho que por desgracia era imposible. No había suficientes faisanes para todos; a la tía

Dolly le iban a subir una bandeja a su cuarto, y la tía Rach había dicho que el faisán se le hacía un pelín indigesto y que solo iba a comer verduras.

—¿Y no podría bajar con vosotros y comerme un huevo duro?

—No, no puedes. A la señorita Milliment le van a subir su cena al cuarto de los niños. Puedes cenar con ella.

—Muchas malditas gracias.

—Basta, Lydia. Ya te he dicho que eso no se dice.

—Pero si va a ser una cena normal y corriente —dijo Clary cuando Villy hubo salido de la habitación.

—Para mí, no —dijo Lydia—. A mí, como norma, no me dejan ir a cenas. La mala pata que tengo yo no la tiene nadie. Parece que a nadie se le ha ocurrido pensar que lo mismo nos cae una bomba a todos antes de que cumpla la edad para disfrutar de privilegios. Habré desaprovechado mi vida por completo.

Clary y Polly intercambiaron miradas cansinas, como de mujeres adultas, y se enredaron en un tranquilizador galimatías lleno de palabras de consuelo y conmiseración. Pero Louise había reconocido el tonillo irritado de la voz de su madre y no pudo evitar solidarizarse con su hermana. Lydia solo estaba intentando que cambiasen las reglas, como todos los niños... vaya, si hasta ella lo había intentado hacía siglos. Sin duda, estar en casa le hacía sentirse más mayor, aunque no de la edad de ningún otro miembro de la familia.

Michael llegó aquella tarde y fue a recibirlo a la estación con Tonbridge, que ahora la llamaba *madame*. Conducía tan despacio que pensó que llegarían tarde a Battle, pero se equivocó. Apenas un minuto después de esperar delante de la puerta de la taquilla, el tren entró traqueteando. Estaba todo muy oscuro, pero en el momento en que se abrieron las puertas y varios pasajeros descorrieron tímidamente las cortinas de oscurecimiento en un vano intento de ver adónde habían llegado, salieron del tren hilillos de una luz amarilla oscura. Las estaciones llevaban tanto tiempo sin letreros con su nombre que casi todo el mundo se había acostumbrado y se limitaba a ir contando las paradas, pero siempre había algún que otro forastero angustiado.

—¡Qué sorpresa verte aquí! —dijo Michael nada más verla.

—Bueno, pensé que, si venía a la estación, lo mismo acababa encontrándome con algún conocido entre los pasajeros que se apean de los trenes...

Michael le pasó por el hombro la mano que tenía libre y la abrazó antes de besarla.

—No sabes cuánto me alegro de verte. ¿Qué tal está su señoría?

—¿Quién?

—Nuestro bebé.

—Bien.

—¡Mi niña! ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

Volvió la sensación de euforia, de felicidad. Michael llevaba el gabán, que desprendía un vago aroma a gasoil, a sal y a alcanfor, con el cuello subido; la insignia de la gorra emitió un suave destello en medio de la oscuridad cuando giró la cabeza para mirarla. Subieron al coche, se cogieron de la mano y se embarcaron en una conversación de adultos apta para los oídos de Tonbridge.

—Parece que hay buenas noticias, ¿no? ¡El bueno de Monty!

—¿Tú crees que de verdad vamos a ganar la guerra?

—Bueno —dijo él—, parece que están cambiando las tornas. Los rusos están resistiendo en Estalingrado. Nuestra mayor victoria hasta la fecha es, sin duda, la del norte de África. Pero aún nos queda mucho camino por recorrer.

—¿Qué le pasa a tu buque?

—El motor de babor nos está dando disgustos. Cada vez que creen que lo han arreglado, va y se bloquea. Así que han decidido hacer una revisión a fondo. Y ha habido más cosas, claro. Pero la tripulación se está adaptando de maravilla. El pequeño Turner me ha dado un poco de queso para ti; está en la maleta. También he rapiñado una lata de mantequilla. Así que espero ser bien recibido.

—Lo serías en cualquier caso. Se mueren de ganas de verte. Lydia quería ponerse el vestido de la boda en tu honor. ¿Crees que podrías retratar a Juliet? A Zoë le encantaría.

—Sí, por qué no. Aunque no va a ser fácil, porque a esas edades no paran quietos. Tú eres mi mejor modelo, cariño. ¿Cuál era Juliet?

—Mi prima menor.

—Ah, sí, una monada. Lo intentaré. Aunque no dispongo de mucho tiempo.

—¿Cuándo tienes que volver?

—Mañana por la tarde, por desgracia.

Lo que no le dijo en aquel momento, lo que no salió hasta la hora de la cena —y casi de casualidad, pensó Louise—, fue que al día siguiente no volvía al buque, sino que iba a participar en un ataque aéreo sobre Alemania.

—Me van a recoger en Lympne, que por lo visto es el aeródromo que hay más cerca de aquí, aunque con lo pequeño que es no sé cómo va a aterrizar un Stirling. De todos modos, dicen que se las podrán apañar más o menos. Gracias, estaría muy bien —le dijo a Villy cuando esta se ofreció a acercarlo hasta allí—. Me encantaría que viniese la familia a despedirme.

—¿Por qué demonios vas a subirte a un bombardero? Nadie te obliga, ¿no?

—No. Simplemente, pensé que podría ser divertido. Y justo ahora estoy muy metido en el tema del camuflaje. Les dije que este viaje me sería útil y les pareció bien.

El orgullo impidió a Louise revelar a la familia que la pillaba de nuevas, así que guardó silencio. Pero una vez que se quedaron a solas, mientras se desnudaban para acostarse, dijo:

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensaba decírtelo. Ya lo he hecho.

—No consigo entender por qué quieres ir. Puede que... que te...

—No, cariño, es muy poco probable. Oye, ¿dónde estaba el cuarto de baño? Estoy un poco desorientado.

Le indicó el camino, y una vez sola la asaltaron en tromba retazos de boletines informativos recientes: «Tres aviones desaparecidos», «Dos de nuestros bombarderos no han vuelto». Le parecía demencial que fuera si no estaba obligado; pues claro que era peligroso. No era justo que pusiera su vida en peligro —adrede, por así decirlo— cuando acababa de casarse con ella y tantas ganas tenía de formar una familia.

—¿Lo sabe Zee? —preguntó cuando volvió. (A lo mejor esto lo frenaba: seguro que Zee se opondría).

—Sí. Por supuesto, la idea le hace tan poca gracia como a ti, cariño..., Ella también me quiere, ya lo sabes. Pero se ha limitado a darme un gran abrazo y a decirme: «Tú haz lo que quieras hacer». En realidad —continuó,

sonriendo al acordarse—, lo que dijo fue: «Un hombre debe hacer lo que debe hacer». Es fantástica, realmente fantástica.

—¿La viste anoche? ¿Significa eso que fue a Cowes?

—No. Vino a Londres a pasar la noche. Están poniendo una obra de Jack y quería verla.

—¿Jack?

—Jack Priestley. De manera que fuimos, y es magnífica. Nos acordamos de ti y pensamos que la habrías disfrutado muchísimo.

Esto ya era demasiado. Tenía dos noches de permiso —no, ¡tres!— y había decidido pasar la primera con su madre y la tercera en un bombardeo aéreo sobre Alemania. Se echó a llorar.

—Venga, cariño, no te me disgustes. De veras, no hay motivo. Estamos en guerra, ¿vale? Me va a tocar hacer todo tipo de cosas que entrañan bastante riesgo; la guerra es eso. Has de aprender a ser valiente.

Michael dedicó la mitad de la mañana siguiente a retratar a Juliet, y la otra mitad a enseñarle a Louise un código para que, en el caso de que cayera prisionero, pudiese descifrar mensajes sobre sus planes de fuga en cartas de apariencia inocente que le enviaría. Escribió una muestra del código con su letra hermosa y clara y le dijo que lo guardase a buen recaudo.

—A no ser que puedas aprendértelo de memoria. Eso sería lo mejor, claro.

Después llegó la hora del almuerzo —conejo estofado y crema de grosellas—, pero le costó mucho comer mientras escuchaba aturdida una típica discusión familiar en torno a quién se iba a sumar a la excursión al aeródromo. Lydia estaba empeñada en ir, y Wills quería ver el avión, pero, como de todos modos no habría podido estar a solas con él, no le importaba demasiado. Michael se había traído unos cupones de gasolina (sería que ya contaba con que lo iban a llevar, se dijo Louise); tenía la impresión de que no se enteraba de ninguno de los planes que hacía su marido hasta que se llevaban a cabo. Se sentó con él en el asiento de atrás mientras los niños parloteaban y se revolvían en el de delante. Se había vuelto muy pasiva y se limitaba a asentir a todo, pero por dentro la atenazaban el frío y el miedo. Dentro de una hora, pensó, se habrá marchado, y quién sabe si volveré a verle... y sin embargo él está tan campante, no se da cuenta de lo que esto significa. Qué cosa más rara: quizá fuera la última hora que pasaban juntos y

él la dedicaba a mirar mapas mientras en la parte delantera del coche se jugaba al «veo, veo».

Por fin llegaron a la pista de aterrizaje —que, a pesar del azote del viento, conservaba el verde intenso de la hierba—, y se bajaron todos del coche. Estaba lloviendo, una lluvia suave pero sin tregua. Michael fue recibido con el saludo militar por un hombre muy joven vestido con el uniforme de la RAF y los llevaron al barracón, donde reinaba un fuerte olor al queroseno de la estufa que impedía que el lugar se enfriase del todo.

Había allí un oficial que se presentó como el comandante del puesto, añadiendo que le asombraba que fuese a aterrizar un Stirling en aquella pista:

—La verdad es que dudo que pueda.

Por un momento, Louise se imaginó que la operación fracasaba, que el avión remontaba el vuelo y al final no conseguía recoger a Michael. Pero unos instantes después se oyó el vibrante estruendo de los motores, y, sorprendentemente pronto, allí estaba. Parecía enorme. Los sobrevoló una vez, entró por la punta más lejana de la pista y se detuvo al fin en la otra punta, donde se quedó con el morro chato casi metido en un seto.

—Bueno —dijo Michael—, vamos allá. No debo hacerles esperar.

Besó afectuosamente a su suegra; se agachó a darle un beso en la mejilla a Lydia, que parpadeó y se puso colorada; le hizo un gesto con la cabeza a Wills, que contemplaba fascinado el Stirling, y por último se volvió hacia ella, le puso las manos sobre los hombros y le dio un beso en la boca, de esos que casi se han terminado antes de empezar.

—Ánimo, cariño. Te llamo mañana a lo largo del día. Prometido.

Su madre se llevó a los dos niños al coche; Wills se había puesto a dar alaridos de desesperación al darse cuenta de que no iba a subir al aparato. Louise se quedó mirando mientras Michael subía al bombardero, vio cómo metían la escalerita después de pasar él, y vio cómo la puerta, o la escotilla, o comoquiera que se llamase, se cerraba de golpe y hacía desaparecer a Michael de su vista momentos antes de que el inmenso avión doblase torpemente y echase a rodar.

—Hay viento este —dijo el comandante del puesto—. Saldrán hasta el mar y luego darán la vuelta y pasarán por encima de nosotros. Pueden saludarlos con la mano.

Así que esperó los pocos minutos que faltaban para hacerlo,

preguntándose si él podría verla y si, aun en el caso de que pudiera, estaría mirando.

Su madre estuvo muy cariñosa, y no dijo ni una palabra de más. Dejó bien claro que sabía que era duro, pero no siguió hablando del tema.

Lydia quería tomar el té en un salón de Hastings.

—Ya que hemos venido hasta aquí. Sería el broche de oro.

Villy se dirigió a Louise, que iba en el asiento del copiloto.

—¿Te apetece, cielo?

Louise dijo que no con la cabeza. Como tantas otras veces en los últimos tiempos, estaba peligrosamente a punto de llorar.

—Entonces, a casa.

Hicieron el camino de regreso envueltos en la luz del atardecer, y aquella noche se quedó con la familia a oír el noticiario de las nueve. «La flota francesa ha sido hundida por sus propios tripulantes en el puerto de Tolón», empezaron diciendo, pero al cabo de un rato pasaron a hablar de los intensos bombardeos aéreos de la víspera sobre Kiel y Colonia. Entonces cayó en la cuenta de que no iba a tener noticias del ataque en el que participaba Michael hasta que la llamase. Por tanto, los aviones desaparecidos de los que hablaban no podían tener nada que ver con él. Poco después, incapaz de soportar el ambiente de compasión disimulada, se escapó a la cama, donde se entregó a lo que en su familia se llamaba «una buena llorera». Empezaba a tener miedo de que Michael no la quisiera y de que lo matasen.

# **SEGUNDA PARTE**



# LA FAMILIA

## Día de Año Nuevo de 1943

—De todos modos, feliz Año Nuevo. —Se hizo un silencio tan incómodo que añadió—: Cielo, sabes perfectamente lo decepcionada que estoy. O quizá no lo sepas.

—No, creo que no.

—Bueno, pues lo estoy. Pero no puedo dejar a la pobre Dolly abandonada, sin nadie que la cuide.

¡Nadie!, pensó Sid. Entre la familia y el servicio, la casa está hasta los topes. ¿Cómo que «nadie»? En voz alta, dijo:

—Supongo que si me partiera una pierna vendrías a cuidarme, ¿no?

—¡Cielo! Sabes de sobra que sí.

Si algo le era ajeno a Rachel, era la ironía. La entusiasta dulzura de su respuesta hizo que a Sid se le llenasen los ojos de lágrimas de afecto y resquemor. Los dos días de asueto (ni siquiera cabía llamarlos vacaciones) que iba a pasar Rachel con ella en Londres se habían ido al traste, como tantos otros planes que, con angustia y esperanza, hacían en los últimos tiempos. La mayoría de las veces era el Brigada, ese viejo déspota, el que los frustraba; esta vez era Dolly, que tenía la gripe, pero también podría haber sido la Duquesita. Siempre habrá algún viejecito al que Rachel tenga que cuidar, una serie interminable de ellos, hasta que seamos nosotras las viejecitas...

—¿No hay manera de que vengas tú?

—Sabes muy bien que estoy de guardia. Libré en Navidad, así que me toca en Nochevieja.

—Vale, cariño. Lo entiendo. De todos modos, iré a finales de la semana que viene.

—Siempre dices lo mismo.

—¿De veras? No, me refería a que tengo que ir al dentista. Creo que me está volviendo el absceso de la muela. Así que he pedido cita.

—¿Te duele?

—Va y viene. Nada de lo que preocuparse. La aspirina lo mantiene a raya. Me temo que voy a tener que colgar. Villy está esperando para usar el teléfono. Feliz Año Nuevo otra vez. ¿Por qué no llamas a esa pobre chica y la invitas a cenar?

Cuando hubo colgado, Sid se dijo, ¿y por qué no? Estaba tan harta y tan acostumbrada a las decepciones, tan cansada de que se frustrasen y aplazasen una tras otra todas sus esperanzas, tan exhausta por los celos crónicos que le provocaba la, a su juicio, excesiva generosidad de Rachel —celos que siempre venían acompañados del comecome de que quizá estuviera dejando de ser importante para ella o, en realidad, de no haberlo sido nunca— que la idea de pasar la tarde con alguien que era evidente que la idolatraba fue una especie de bálsamo. Al menos había alguien que quería estar con ella, alguien que comprendería que de repente la llamasen de la estación de ambulancias, esperaría a que volviese y agradecería el modesto festín que había conseguido reunir para disfrutarlo con Rachel y que, desde luego, no habría tenido valor para comerse a solas. Aun así, no tenía del todo claro que llamar a Thelma fuese buena idea. No pasaba nada por darle clases de violín gratis (era lo mínimo que podía hacer por la pobre criatura). Y llevarla a algún que otro concierto también le había parecido un gesto amable que no tenía nada de malo. Pero invitarla a cenar situaría la relación en otro plano distinto, tal vez en uno que no iba a sentirse capaz de mantener. Thelma le daba pena; ¿a quién no se la habría dado? Sus padres habían muerto, el padre, en un convoy en el Atlántico Norte, y su madre en Coventry, en un bombardeo aéreo. Por lo visto no tenía más familia, y malvivía enganchando un trabajito con otro, siempre de media jornada y mal pagados. Sid la había conocido a través de la señora Davenport, aquella señora tan vigorosamente amable que llevaba las cantinas de varias estaciones de ambulancias. La chica había ido a limpiarle la casa, le dijo, pero en realidad tenía un gran talento musical: un día que volvió sin avisar la había sorprendido tocando el piano a las mil maravillas.

Ella, claro, no tenía ni idea de música, pero había sabido al instante que la chica tenía un gran talento. Y la chica le había dicho que en realidad el piano no era su instrumento, que ella lo que se consideraba era violinista.

Cómo no, Sid había accedido a escuchar a la chica, cuyo talento musical resultó no ser nada del otro mundo. Pero estaba tan dispuesta, tan deseosa de aprender, y era tan evidente que cifraba su identidad en la idea de dedicarse profesionalmente a la música, que Sid, que hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que añoraba dar clase, la cogió bajo su ala. Thelma se lo había agradecido de una manera exagerada, conmovedora. No paraba de hacerle regalitos: ramos de violetas, bolsitas de caramelos, cajetillas de cigarrillos, y, con cada obsequio, una tarjeta. Además, entre una lección y otra, el resto de la semana ensayaba sin tregua con el violín. Cuando la sobrina de Rachel se casó y Sid fue a la boda, Thelma reunió un montón de recortes de periódico (relativos al evento) que Sid, cuyo interés por la boda había estribado casi exclusivamente en el placer de ver a Rachel, le había enviado a esta: «De mi infatigable alumna», había escrito. «Seguro que habrá alguien en la familia que quiera verlos». Por supuesto que Thelma le daba lástima, pero quizá no tanta como para pasar la Nochevieja con ella. No, mejor cenaría sola.

Acababa de decidirlo cuando sonó el teléfono. Era Thelma, preguntando si podía llevarle un regalito de Año Nuevo. Segundos después, Sid se encontró con que no solo la había invitado a cenar, sino que además le había propuesto que, ya que iban a despedir juntas el año, haría bien en llevarse algo para pasar la noche. Como Thelma vivía en una habitación de alquiler cerca de Waterloo y no habría podido permitirse un taxi para volver, qué menos que hacerle este pequeño favor. «Esto es lo que habría hecho Rachel, sin duda», se dijo para sus adentros. Estaba cansada y desanimada, se sentía egoísta y amargada, y no tenía ganas de festejos. Cuando el año nuevo cumpliera una semana, ella cumpliría cuarenta y cuatro años, y tenía la sensación de que jamás iba a dejar de vivir con una mano delante y otra detrás, y las dos vacías.

—Cariño, no deberías decir eso. Aún faltan cuatro horas, como poco, para el Año Nuevo.

—Probablemente lo diga cada vez que tome un trago. Y esta noche van a

ser bastantes.

—¿Ha sido una mala semana?

—De lo más puñetera.

—¿Otra vez Hugh?

Asintió con la cabeza.

—No sé qué mosca le ha picado. Siempre ha sido más terco que una mula, pero en los últimos tiempos basta con que yo diga blanco para que él diga negro. Erre que erre, de ahí no le sacas.

Antes de que Diana pudiese decir nada, se oyó un llanto en el piso de arriba.

—Voy a tener que subir. Cariño, tú relájate. Tómate otro *whisky*. Puede que tarde un ratito en dormirlo. Date una cabezadita; hay tiempo de sobra antes de cenar. Echa otro leño al fuego, cielo, haz el favor.

La leña estaba en un gran cesto de mimbre, al lado del enorme hogar. Se levantó de la butaca con cautela —la casita estaba llena de vigas, y lo que le faltaba era partirse la cabeza—. Diana había dejado la casa de lo más acogedora: la habitación en la que estaban, que ocupaba casi toda la planta baja, era sala de estar y comedor todo en uno; había una cocinita con una estufa Raeburn, una pila y un escurridero, y una puerta que daba a una despensa gélida. En la abarrotada sala de estar había un sofá y dos sillones bastante maltrechos, una mesa de madera sin pulir que en este momento estaba puesta para la cena, un aparador en el que se guardaba la porcelana y, al fondo, cerca de la puerta de la calle (sobre la que habían colgado una vieja estera para impedir el paso a las corrientes), un parque infantil con libros de trapo, bloques de construcción y varios peluches recostados contra los barrotes en actitud de estoico desamparo. El triciclo de Jamie estaba aparcado en esa punta de la sala, al lado de sus botas de goma. Además del hogar, una gran lámpara de aceite iluminaba la estancia desde el aparador, contribuyendo al abarrotamiento general con suaves haces de luz dorada y misteriosas geometrías de sombras crepusculares. De día, las ventanitas encastradas en lo más profundo del muro daban un aire muy oscuro a la estancia; era de noche cuando presentaba su mejor cara. Qué bien se está aquí, pensó. En casa estaría Hugh, y acabaríamos discutiendo o, si no, conteniéndonos durante todo el fin de semana.

Se sirvió otro trago. No quería adormilarse; quería repasar todo el asunto

a solas, y tal vez así conseguiría que se le fuese un poco la rabia que le ofuscaba el juicio. A ver: habían tardado siglos en cobrar la indemnización por los daños de guerra sufridos por el muelle; tras meses y meses de tasaciones, inspecciones de inventarios y papeleo de todo tipo, al final les habían pagado un cien por cien por la reparación de las instalaciones y el valor de las existencias almacenadas. Hasta ahí, todo bien, pero luego, al final del ejercicio fiscal, llegó la sorpresa. La compañía tenía que pagar el impuesto de beneficios extraordinarios por todos los bienes, como si los hubiesen vendido, lo cual significaba que, de hecho, no iban a recibir en absoluto el importe de su valor. Habían logrado el beneficio permitido por Hacienda con la venta de madera, pero esto eran existencias, que valían cerca de 200.000 libras. El pago de ese impuesto suponía que no podrían reemplazarlas con el dinero que quedaba. Estaba tan indignado que consultó inmediatamente con abogados, aunque Hugh había dicho que no merecía la pena. No les quedaba más remedio que pagarlo, repetía sin cesar. El abogado había sido poco combativo —decía que si llevaban el caso a los tribunales era inevitable que llegase hasta la Cámara de los Lores, ya que estarían sentando un precedente o, en el mejor de los casos, evitando que se sentase uno—. Había hablado con el Jefe, que había sugerido que se lo contasen a un amigo suyo que estaba en la Cámara de Comercio; «Averiguad si esto les pasa también a otros o si somos una excepción». El amigo, como cabía esperar, había dicho que en realidad él no se encargaba de este tipo de cosas, pero también les había dado a entender que les convenía poner al mal tiempo buena cara. Hugh había hecho gala de un triunfalismo pesimista: «Ya te dije que no iba a servir de nada, que no era más que un gasto de tiempo y de dinero». A él, en cambio, le parecía que se jugaban demasiado como para aceptarlo sin rechistar. Aquel dinero representaba su futuro comercial, y, de todos modos, teniendo en cuenta que las maderas nobles estaban subiendo de precio a un ritmo constante, para cuando se pusieran a renovar las existencias les sería imposible igualar todo lo que se había destruido en el bombardeo. El impuesto de beneficios extraordinarios era la gota que colmaba el vaso. De modo que esa misma mañana había intentado convencer una vez más a Hugh de que había que pelear el asunto. No se trataba solo de que fuera su dinero, había dicho, sino que también era una cuestión de principios. Era una injusticia flagrante que el Gobierno convirtiera la indemnización por bienes dañados en una especie de lucro fraudulento, que la tratase como una venta.

En un primer momento parecía que Hugh había estado de acuerdo, pero después había vuelto a la carga con lo caro que era contratar los servicios de los abogados adecuados, el derroche de tiempo, la escasez de personal y los meses de trastorno que supondría. «Además», había concluido, «no tenemos absolutamente ninguna garantía de éxito. Lo mismo perdemos más dinero todavía y encima hacemos el ridículo».

Mientras hablaba, estaba sentado a su escritorio jugueteando con un pisapapeles, cogiéndolo y dejándolo caer sobre el tablero. Y de repente —y fue esto lo que sacó a Edward de sus casillas— había añadido:

—En cualquier caso, he tenido otra charla con el Jefe y está completamente en contra. Conque me temo que somos dos contra uno.

—¡Pero si antes no estaba en contra!

—Bueno, pues ahora sí lo está.

—Sabes perfectamente que le has pintado las cosas de manera que esté de acuerdo contigo.

—Le dije lo que pensaba, como es lógico.

—Es francamente lamentable que estimes conveniente hablar con él a mis espaldas.

—¡No me digas! Pensaba que eras partidario de hacer cosas a espaldas de la gente.

Esta referencia indirecta pero inconfundible a Diana le había enrabiado tanto que se había levantado y había salido del despacho de Hugh dando un portazo. ¡Maldito faltón! Desde aquella terrible conversación en la que Hugh casi lo convenció para que despachase a Diana (cosa que, por razones obvias, no había hecho), venía notando una condena velada por parte de su hermano que se le hacía muy difícil soportar. Porque claro, desde un punto de vista convencional, Hugh tenía razón. Pero era como si no tuviese en cuenta los sentimientos, ni los suyos ni los de Diana. Estaba enamorado de ella; había dado a luz a una hija suya; no podía abandonarla ahora. Era incapaz de pensar más allá del momento presente. Sin embargo, Hugh no tenía ningún derecho a sacar eso a colación en una charla (mejor dicho, una bronca) de negocios. Al menos en esto él tenía la razón. Deseó, y no por primera vez, que Rupe estuviera con ellos, pero luego, y tampoco por primera vez, recordó que Rupe tendía a adherirse con entusiasmo a lo que dijese su interlocutor, fuera quien fuese. Tendré que hablar con el Jefe, se dijo. En cualquier caso, al día

siguiente tenía que volver; solo se había agenciado esa noche, so pretexto de que le habían invitado a una fiesta de la RAF y no podía negarse. Menos mal que al final Diana había decidido que no iba a vivir en Londres. Esta casita, a medio camino entre el muelle y Sussex, era con creces mejor solución, aunque se figuraba que a veces debía de sentirse un poco sola. Pero la había elegido ella, mejor dicho, uno de los amigos ricos de Angus se la había ofrecido a precio de ganga; en otro tiempo había sido la casita de uno de los guardas de la finca de su familia. Dios santo, menudo berenjenal, se dijo. No quería pelearse con Hugh; lo quería, y le parecía que entendía mejor que nadie el duro golpe que había sido para él la muerte de Sybil. La última vez que se había sentido verdaderamente unido a Hugh había sido cuando se lo llevó de viaje, nada más enviudar. A saber por qué había elegido llevarle a Westmorland. Había pensado que lo mejor sería un destino al que ninguno de los dos hubiese ido nunca, pero no había contado con el clima de la zona. Apenas había habido un día sin lluvia. Habían salido a dar paseos largos y húmedos, llevándose bocadillos que les preparaban en el hotelito en el que se alojaban; por las tardes jugaban a los dados, oían las noticias en la radio del bar, echaban una partida de ajedrez y se acostaban temprano, aunque era evidente que Hugh casi no dormía. Al principio había estado como aturdido, muy callado, aunque de cuando en cuando soltaba cosas como «No sabes lo que te agradezco que me estés ayudando a superar estos momentos», y entonces se le llenaban los ojos de lágrimas y se callaba. Luego, poco a poco, empezó a hablar de Sybil, reflexiones desesperadas, febriles, acerca de si podría haberse salvado: si le hubiesen descubierto antes el cáncer, si le hubiese dicho desde el principio que se encontraba mal, si la hubiesen operado antes...

—Al final, hablamos, ¿sabes? Me enteré de que hacía meses que sabía lo enferma que estaba. Una noche estuvo vomitando mucho. Se había forzado a cenar bien para darme una alegría. Se disgustó mucho porque decía que le fastidiaba que tuviera que limpiarlo yo todo; yo le dije que hacer algo por ella, lo que fuera, era un placer, una bendición, no sé, un alivio, y luego, mientras la ayudaba a ponerse un camisón limpio, me dijo que sabía que se estaba muriendo, y que sabía que yo lo sabía. «No quiero que haya nada que no pueda decirte, porque dentro de poco no voy a poder decir nada».

Hablaron, dijo, como si acabaran de conocerse, destapando capas el uno

del otro como si fueran, había dicho Sybil, pieles de cebolla, y, cuando se cansaba demasiado para seguir hablando, Hugh le leía. Lo que más le gustaba a ella era la poesía, que a él nunca le había llamado demasiado la atención. «La verdad», dijo, «es que muchas veces le leía páginas y páginas sin saber realmente lo que decían. Pero, a medida que me fui acostumbrando, a veces, de repente, comprendía de qué estaba hablando el tipo, y, en efecto, era formidable... muy revelador». Se había traído dos o tres de los libros favoritos de Sybil, dijo, y poco a poco iba avanzando, pero no era lo mismo. Al final, el maldito dolor la había debilitado tanto que lo único que quería era que se quedase sentado a su lado sin apenas hablar. Pero unos días antes de morir —acababan de inyectarle algo y no se encontraba demasiado mal— le había preguntado si se acordaba de cuando estuvieron en St. Moritz y, al responder él que sí, que por supuesto, había sonreído y había dicho «Cuéntamelo», y eso hizo él. Después se había producido un largo silencio. Al recordar la vaga sonrisita evocadora que había asomado al rostro de Hugh y que se había borrado sin llegar a alcanzar sus pobres ojos angustiados, volvió a embargarle el amor, familiar y protector, que siempre había sentido por su hermano. Había en Hugh algo inflexible, rígidamente ingenuo, honorable e inocente que necesitaba protección, pensó. En estos momentos, era a la rigidez a lo que tenía que enfrentarse. En fin, más valía que tuviera un poco de paciencia con su hermano.

—Perdona que haya tardado tanto. Jamie quiere que le des las buenas noches.

Se había puesto una especie de bata de terciopelo azul oscuro que le sentaba muy bien a su tono de piel.

—He conseguido dormir a Susan, así que no le espabiles demasiado y procura que no haga ruido.

Jamie estaba tumbado boca arriba con las sábanas subidas hasta la barbilla.

—Hola, viejales —dijo Edward.

—Hola, viejales. —El niño se quedó pensando unos instantes y añadió—: Yo en realidad no soy un viejales. Soy mayor, pero no tan viejo como tú. Tú tienes que ser muy, muy, muy pero que muy viejo.

—Bueno, sí, supongo que sí.

Desde luego, así se sentía esa noche.



—A ver, ¿tú cuántos años tienes? —preguntó el niño, como si la incógnita llevase mucho tiempo agazapada entre ambos.

—Cuarenta y seis.

—¡Cuarenta y seis! ¡Rediós!

—Jamie, eso no se dice.

—Mi abuelo, que vive en Escocia, siempre lo dice. Hasta lo dijo una vez que vio una avispa en la mermelada del desayuno. Y cuando lee el periódico no para de decirlo. Así que es normal que se me haya pegado. La señora Campbell, que es la que cocina allí, dice que es increíble la de cosas que se me pegan. Uno no puede evitar que se le peguen las cosas —explicó.

—¿Qué te parece tu hermanita nueva?

Jamie hizo como que se lo pensaba.

—No me cae nada bien. Preferiría mil veces que tuviésemos un perro. Es que es fea y tonta; por eso no me cae bien.

—Bueno, qué le vamos a hacer —dijo Edward levantándose de la cama—, supongo que te caerá bien cuando crezca.

—Pues yo no. ¿Me lees un cuento?

—Esta noche no, amiguete. Hala, me voy a cenar.

—Dile a mamá que venga a darme las buenas noches. Ordénaselo.

Mientras salía de la habitación, Jamie gritó:

—¡Tío Edward! Si le pegase un tiro, ¿me cortarían la cabeza?

—Me temo que tendrías todas las papeletas.

—¡Qué horror!

—No se refería a ti, claro; se refería a Susan.

—Eso ya lo sé. Esta celosísimo, pobrecito mío.

—No irá a hacerle nada terrible, espero.

—Podría intentarlo —dijo Diana con voz serena—. Ponte en su pellejo. Supón, solo como ejemplo —continuó con el tono sosegado de la sensatez—, que un buen día vas y me llevas contigo a Home Place y le dices a Villy que, aunque por supuesto que la amas, de ahí en adelante voy a quedarme a vivir con vosotros dos. ¿Cómo crees que se sentiría?

—No seas ridícula. Como es lógico, no le haría ninguna gracia.

—Y seguro que te quedas corto. Tendría unos celos de mil diablos. Yo,

desde luego, los tendría.

En el breve silencio que se hizo a continuación, Diana vio que una mirada pétrea asomaba a sus ojos, que parecían ahora dos canicas azules.

—Me temo que no llego a ver el paralelismo, la verdad —dijo al cabo.

—Solo he querido decir que eso es lo que siente Jamie en relación con Susan. Voy a por el estofado.

No, en absoluto era eso lo único que había querido decir, pensó Edward. Era lo más cerca que se atrevía a llegar de confesarle lo que sentía. Sabía que tenía que coger el toro por los cuernos, pero, como dijo una vez el bueno de Rupe, una vez cogido no convenía olvidar que aún tenías que vértelas con el resto del toro.

—¡Bueno! ¡Feliz Año Nuevo, chiquitina!

—Feliz Año Nuevo.

Tardó unos instantes en saber dónde estaba, pero había aprendido a disimular en estas ocasiones porque sabía que, de un modo u otro, no tardaría mucho en enterarse.

—¡Madre mía! ¡Qué nohecita! ¿Qué tal te encuentras?

Intentó incorporarse; parecía que la cabeza le fuera a estallar, como si un inmenso y aparatoso engranaje le estuviese martilleando por dentro. Volvió a apoyarla en la almohada y cerró los ojos para que la habitación dejase de dar vueltas.

—¡Mi pobre niña! Tú quédate ahí tumbada mientras el tío Earl te prepara una cosa.

¡Eso! Era el tipo aquel al que había conocido en el Astor la semana anterior cuando había discutido con Joe Bronstein porque ella había querido volver a casa y él no. Earl se había acercado a su mesa y de algún modo, como por arte de magia, había arreglado las cosas. En un abrir y cerrar de ojos la estaba llevando a casa en un taxi, y al llegar la había acompañado hasta la puerta de su piso, se había asegurado de que entraba y, sin más, se había marchado. A la mañana siguiente llegó un inmenso ramo de rosas rojas con su tarjeta, en la que, debajo de «Coronel Earl C. Black», había escrito su número de teléfono y le decía que le encantaría volver a verla. Estaba harta de Joe, que había resultado ser tan previsible como los demás en la cama y más pesado que muchos fuera de ella, de modo que aquí estaba, en el piso del

coronel (supuso), aunque no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. ¿Y qué? Así, completamente quieta, con los ojos cerrados, parecía que el martilleo machacón de la cabeza le iba a menos...

—A ver, Angie, encanto, siéntate.

—¿Qué es?

Le estaba ofreciendo un vaso que contenía un líquido parduzco.

—En serio, no puedo. Me encuentro fatal.

—Lo sé, tesoro, pero esto te ayudará a sentirte mejor. Confía en Earl.

Le pasó un brazo por el hombro y la incorporó, y a continuación le acercó el vaso a los labios. Peor que ahora no podía sentirse, se dijo, y se tragó obedientemente la mezcla picante y viscosa a pesar de que le producía arcadas.

—Esta es mi chica.

Dejó el vaso y le tapó los hombros —Angela cayó entonces en que los llevaba desnudos— con la chaqueta a rayas del pijama.

—Quédate ahí tranquila un ratito y ya verás cómo te sientes mejor. Después te das una ducha caliente y te sentirás mejor aún.

—No tendrás un cepillo de dientes que puedas dejarme, ¿no?

—Sí. ¿Quieres ir al baño antes de que me duche?

Sí quería. Salió de la cama y cruzó el cuarto con paso tambaleante arrebujándose con la chaqueta, que le llegaba casi hasta las rodillas.

Al volver, y una vez que se hubo metido de nuevo, agradecida, en la cama, él estaba en calzoncillos. Lo observó mientras trajinaba por el pequeño dormitorio de tonos beis escogiendo la ropa que se iba a poner. Era un hombre fornido, ancho de espaldas y con un vello tieso que se extendía incontroladamente por todo su pecho como una maleza entrecana. Tenía una frente ancha de la que le brotaba el pelo, también entrecano pero abundante, en forma de uve. Las cejas le crecían como pequeñas zarzas de aire belicoso, y los musculosos brazos, de gruesas muñecas, eran hirsutos como las piernas. Debía de tener ya sus años, pensó... lo menos cuarenta. Se preguntó si le habría hecho el amor (seguía utilizando esta expresión), pero no quería preguntárselo a él. Para su sorpresa, sí que se encontraba mejor. Al fondo de la habitación estaba el vestido de la víspera, cuidadosamente doblado sobre una pequeña butaca tapizada con brocado.

El hombre le dijo que ahora le tocaba a ella ducharse y la llevó al pequeño cuarto de baño...; hasta se encargó de abrir el grifo.

—Hay una bata detrás de la puerta; póntela si quieres.

Menuda facha tenía. El espejo del baño, iluminado por una desalmada lucecita (no había ventanas), revelaba una cara pálida con círculos de rímel corrido alrededor de los ojos y manchurrónes de maquillaje por el cuello. El pelo, habitualmente liso y brillante, estaba apelmazado y oscuro, como si se hubiese pasado la noche sudando; las cejas —tan depiladas que tenía que delineárselas con un lápiz— no eran más que dos medias lunas imprecisas. Al lado del lavabo, sobre un toallero, vio su ropa interior: medias, ligero y bragas, todo recién lavado. ¡Dios santo! Los ojos se le llenaron de lágrimas de humillación. Lo único que recordaba era que habían estado en un club nocturno al que jamás había ido antes (oscuro, como todos), sentados a una minúscula mesita coja llena de botellas y vasos. «Feliz Año Nuevo», había dicho él, y después solo recordaba la profunda desesperanza que se había adueñado de ella amenazando con borrar su sonrisa de fiesta, y que había apurado el vaso de un trago para sofocarla. Y nada más. A partir de ahí no se acordaba de nada. Ni siquiera de la sensación, a la vez desagradable y familiar, de estar borracha, pero, en vista de la laguna que tenía ahora, debía de haberlo estado, y mucho. Tengo que parar, se dijo; intentar otra cosa, largarme, encontrar algo diferente..., una nueva vida. No puedo seguir así. Pero todas las alternativas le parecían desalentadoras, y la aterrorizaban por su indefinición —hiciera lo que hiciera, nada iba a cambiar—. Mientras tanto, tenía que salir de algún modo del brete, asearse, volver con él al salón, disculparse y arrastrarse a casa poniendo tierra de por medio con el sórdido episodio. Se quitó la chaqueta del pijama y se metió en la ducha, que, aunque casi la escalda, le proporcionó cierto alivio. En su piso no siempre había agua caliente. Carol, la chica con la que lo compartía, tenía una curiosa habilidad para darse siempre el último baño de agua caliente que permitía la caldera. Mientras se secaba, pensó en el piso. Carol estaría durmiendo, si es que estaba allí (trabajaba en el London Palladium y nunca amanecía antes de las tres de la tarde). El dormitorio de Angela, el más pequeño de los dos, daba a un muro de ladrillo negro que bordeaba un minúsculo patio en el que se dejaban los cubos de basura, llenos a rebosar, de un restaurante. El verano anterior el olor había sido insoportable. Era más o menos el cuarto lugar en el

que había vivido: a sus compañeras de piso las habían movilizado, se habían casado o habían encontrado un empleo fuera de Londres, y, como al final siempre eran ellas las que figuraban en el contrato de alquiler y ella no podía permitirse vivir sola, se había mudado. Todavía trabajaba en la BBC —seis noches seguidas y tres libres—, de manera que, por una cosa o por otra, su vida se desarrollaba por entero después del anochecer. En el piso había una cocina pequeña, pero no se molestaba en cocinar. Cuando trabajaba, comía en la cantina, y las noches que libraba la invitaban a cenar por ahí. Se gastaba el sueldo en ropa, maquillaje, peluquería y taxis. Con la llegada de los americanos a Londres, parecía que siempre había alguien dispuesto a invitarla a salir. Con ellos todo era más fácil que con los ingleses. Casi siempre se sentían solos, no le preguntaban por su familia y eran generosos: le daban unas medias de nailon estupendas, perfume, cigarrillos y alcohol a manta, latas de mantequilla y de carne en conserva (que cambiaba por cupones de ropa en el mercado negro) y, una vez, un magnífico retal de seda verde procedente de Nueva York con el que se había mandado hacer un vestido precioso. Además, solían estar casados o, si no, prometidos con alguna muchacha de su tierra, y, aunque rara vez salía de ellos darle este tipo de información, con el tiempo se había vuelto toda una experta en sonsacársela. Al principio la había preocupado, pero ya no. Estaban a miles de kilómetros de distancia de hogares a los que, posiblemente, no volverían jamás, desconectados de todo cuanto conocían, y lo único que querían era pasar un buen rato. En cuanto a qué pudiera ser esto, las definiciones variaban, pero no demasiado. Tenía la sensación de que también ella se hallaba a miles de kilómetros de su hogar, o más bien de que ni siquiera tenía uno: Frensham estaba transformándose en un sanatorio, y no había vuelto a ir a St. John's Wood desde que su madre se entrometió en el asunto de Brian. Su padre estaba a buen recaudo en Woodstock; Christopher, el único miembro de la familia por el que sentía un cálido afecto, trabajaba como una mula en un vivero de Sussex y odiaba Londres, así que casi no lo veía. En otoño había ido a la boda de su prima, y, sentada en el banco de la iglesia con sus padres, Christopher, Nora y Judy, le había causado una gran impresión estar de nuevo con todos los Cazalet y que la aceptasen sencillamente como un miembro más de su familia. Aquel día, mientras esperaba a que Louise echase a andar hacia el altar cogida del brazo del tío Edward, comprendió hasta qué punto se había aislado de la familia, el espanto que les causaría

enterarse de su vida actual: por la mañana dormía y después mataba el tiempo en su inhóspito cuartucho zurciendo medias, planchando y pintándose las uñas; por la tarde se bañaba, se vestía y salía noche sí y noche también con hombres a los que apenas conocía a bares, restaurantes y clubs nocturnos, para acabar besuqueándose en un taxi y, a veces, llevándose a alguno a su casa, aunque no muy a menudo porque se avergonzaba de su habitación y le incomodaba que la vieran... Cuando tenía intención de acostarse con alguno, prefería que el tipo la llevase a su terreno, hacerlo en el anonimato de una habitación de hotel.

Durante los meses siguientes al abandono de Brian, y después del aborto, se había aferrado a la idea del amor. El amor, por doloroso que hubiera sido en dos ocasiones —primero con Rupert y después con Brian—, jamás dejaría de ser su meta y su salvación; si no cejaba en su búsqueda, seguro que lo acabaría encontrando. Mientras tanto, tenía que seguir adelante, día tras día, y noche tras noche. El suyo era un trabajo solitario. Lo habitual era que apenas hablase con nadie aparte de los jóvenes técnicos de programación que estaban al otro lado de la mampara de cristal del estudio y del personal de la cantina que le servía el desayuno. Bailar le encantaba; creaba una ilusión de intimidad. Estar entre los brazos de un hombre, moviéndose al son de una música lenta en un lugar oscuro, era una especie de droga; gustar, sentirse deseada, la calmaba, le hacía sentirse menos inútil. Aprendió a complacer..., menos a sí misma, a cualquiera. No llegaba hasta el final con todos, ni mucho menos; escogía, pero en su fuero interno pensaba que si quería gustar tenía que pagar por ello, y lo resolvía diciéndose que no era más que una fase transitoria que acabaría cuando conociese a ese hombre maravilloso, hoy por hoy desconocido, que habría de transformar su vida. La culpa la tenía la guerra, se decía a sí misma: hacía que todo fuera distinto, más difícil y, si te descuidabas, tremendamente aburrido. Con el paso de los meses, sin embargo, la idea del amor había ido pasando a un segundo plano; cada vez estaba menos segura de lo que era, mientras que si de algo no dudaba era de que había que seguir enfrentándose a cada nuevo día. Había vivido en el temor a que la movilizaran, pero cuando llegó el momento no superó el examen médico —algo de las vías respiratorias, dijeron; como no era nada que la molestase, no quiso saber más, y solo sintió un profundo alivio—. Después, lo menos durante toda la semana siguiente, le había parecido que

llevaba una vida maravillosamente libre y despreocupada, incluso de lo más chic, pero no tardó en deslizarse de nuevo hacia una especie de limbo en el que nada era lo bastante importante como para ser más que un modo, más o menos aburrido, de pasar el tiempo.

Earl estaba llamando a la puerta del baño.

—El café está listo.

Se había aclarado el pelo bajo la ducha y se lo había peinado. Su cara, sin rastro de maquillaje, seguía un poco colorada por efecto del agua caliente. Peor que antes de la ducha no podía estar, se dijo, y en cualquier caso daba lo mismo. Se tomaría el café, se pondría la húmeda lencería y el exiguo vestidito y le pediría que la acompañase a un taxi. Y ya está.

El café estaba servido en una mesa pequeña y desvencijada de la sala de estar. Se dio cuenta de que aquello era un piso en toda regla, no una habitación ni una *suite* de hotel. El café estaba muy fuerte, y riquísimo. Earl, al ver que rechazaba con un gesto el azucarero que le pasaba, dijo:

—Ponte un poco de azúcar. No tengo nada de comer, y tienes el estómago vacío. No estés cortada, preciosa. Bebiste un poco más de la cuenta, nada más. Menudo asco de mejunje. No volveremos a ese sitio.

—¿Y tú qué? ¿Tú no...?

—Yo tomé *whisky* escocés. Lo malo fue que tú pediste ginebra.

—Lo siento muchísimo.

—No lo sientas. Fue una suerte que no cayéramos los dos. Era un garito infecto.

Pero le venían sin cesar a la cabeza todo tipo de escenas humillantes: se desmayaba, vomitaba, perdía por completo el control... y, a saber por qué, el hecho de que no recordase nada empeoraba con creces la situación...

—Creo que debería irme. ¿Me harías el favor de buscarme un taxi?

—Tengo otro plan mejor. Me han prestado un coche. Te llevo a casa, me espero a que te cambies y te pongas algo de abrigo y luego, si te parece, nos vamos por ahí al campo y comemos como Dios manda. —Y, sin darle tiempo a responder, aclaró—: Por si acaso te preocupa que me haya aprovechado de ti, quiero que sepas que no. —Puso una mano grande y peluda sobre la suya, que estaba apoyada en la mesa—. Que me muera si miento. No pasó nada, ¿vale?

—Vale.

Aunque no se le había pasado la vergüenza, sintió alivio: creía lo que acababa de decirle sobre la víspera, pero esto no significaba que pudiera fiarse de él en todo lo demás.

—Hala, venga, ya nos hemos felicitado bastante el año —dijo Archie—. A ver, ¿qué me decís de los propósitos de Año Nuevo?

Estaban en el salón. Los miembros más mayores de la familia se habían acostado: la Duquesita y la señorita Milliment tenían un catarro de órdago, y Rachel había sucumbido al dolor de muelas justo después de que las campanadas del Big Ben anunciasen el nuevo año («No puedo besaros, tesoros. Más que cara me parece que tengo una calabaza hirviendo», había dicho esforzándose por sonreír, pero, aun así, pensó Clary, se veía que lo estaba pasando fatal). Edward y Villy estaban en Londres celebrando la Nochevieja con Hermione, así que Archie y Hugh se habían quedado con los niños y les habían dado permiso para trasnochar, incluso a Lydia, que había prometido irse a la cama en cuanto Archie se lo dijese. Todos habían besado a todos y se habían deseado un feliz año.

—¿Y no podríamos jugar a las imitaciones?

Lydia pensó que se alargarían más con este juego que contándose los propósitos.

—No, Archie ha dicho que digamos nuestros propósitos. ¿Cuántos tenemos que decir? ¿Uno solo, o los que nos dé la gana?

—Yo creo que tres por barba —dijo Archie—. ¿Tú qué dices, Hugh?

—¿Qué? Ah, tres, sin duda. ¿Un *whisky*?

—Gracias.

Lydia cogió el vaso y se lo acercó a su tío. Estaba emperrada en agradar, y tenía la esperanza de que los propósitos dieran paso después a las imitaciones.

—¿Cómo tienen que ser? —preguntó Neville—. O sea, ¿qué tipo de propósitos?

—Buenos, por supuesto —dijo Polly—. Como tratar bien a tus enemigos.

—Vaya tontería. No serían mis enemigos si me portase bien con ellos.

—Se supone que han de ser propósitos que tú consideres buenos —dijo



Archie—. O sea, constructivos; en fin, que tiendan mínimamente a mejorar las cosas.

Alguien sugirió que los anotasen en un papel, y Lydia se abalanzó sobre la mesa de juego y sacó los viejos cuadernillos de puntuaciones y los lápices que usaban para todo tipo de juegos, desde el *bridge* hasta el manotazo.

—Cinco minutos —dijo Archie—. Y luego, que cada uno lea en alto los suyos.

—O los de otro —dijo Clary—. Sí, eso. Podríamos revolverlos todos y que alguien saque uno y entre todos tenemos que descubrir de quién es. Así se hace mucho más interesante. ¡Venga, porfa, hagámoslo así!

—Vale, tú ganas —dijo Archie—. Echad otro leño al fuego si no queréis que muera congelado delante de vuestros ojos.

Vino a continuación un silencio reconcentrado, con mordisqueo de lápices incluido.

—Yo ya estoy —dijo Lydia—. Los míos son estupendos. Cosas buenas y generosas.

—Eres consciente de que ahora tienes que cumplirlos, ¿no? —dijo Simon.

Estaba acalorado de tanto esforzarse. Por más vueltas que le daba, lo único que se le ocurría era «besar a la señorita Blenkinsopp», un propósito que no creía conveniente revelar. La señorita Blenkinsopp era la profesora de arte del colegio. Era mayor, claro, pero mucho más joven que los demás profesores, y daba gusto verla con su cabello negro, sus labios escarlata y aquel flequillito que no hacía más que retirarse de los magníficos ojos con una larga mano blanca adornada por anillos de turquesas. «Aprender a dibujar», escribió.

A Neville también le estaba costando. Tenía planeado escaparse de aquel infierno de colegio al que iba, pero no acababa de decidir adónde. Si se acababa la guerra, seguramente encontraría trabajo como inventor. Mientras, se estaba planteando vivir con Cicely Courtneidge, cuyo numerito de las dos docenas de servilletas de damasco dobles no dejaba de embelesarlo por mucho que pusiera el disco.

Clary escribió los suyos, que le parecieron mortalmente aburridos, y después se fue a coger un sombrero de la armería para echar los papelitos.

—Daos prisa —apremió a los más lentos.

—Se acabó el tiempo.

Archie echó el papelito y fue pasando el sombrero. Fue el primero en leer.

—«Ser amable con los ancianos» —leyó—. «Regalar todo mi dinero. Salvarle la vida a alguien».

—Es el mío —dijo Lydia, por si alguien no lo había deducido de su cara de satisfacción.

—Menuda idiotez. No querrás salvarle la vida a cualquiera, so mema. ¿A Hitler? ¿Le salvarías la vida a él?

—Esto... No... Pero no es probable que me encuentre con él. Digo la vida de una persona buena, claro.

—O sea, que te acercarías a alguien que se estuviese cayendo de un avión, le preguntarías «¿Eres buena persona?» y, según la respuesta (y es obvio que por muy mala que fuera nunca te iba a decir la verdad), decidirías si la salvabas, ¿no? Es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

—Yo no creo que lo diga en ese sentido —dijo Archie con suavidad.

—Bueno, pues lo del dinero también es una idiotez. Se ha gastado ya todo el dinero que le dieron por Navidad, así que a partir de ahora solo va a tener un chelín a la semana, el de la paga. Si vas dando por ahí todo tu dinero, ¿cómo piensas comprarme un regalo de cumpleaños? A mí o a quien sea —añadió magnánimo.

Lydia intentó contener las lágrimas frunciendo el ceño y mordiéndose el labio inferior.

—Eres demasiado horrible para que te haga un regalo —dijo, y luego, dirigiéndose a los demás, observó—: Ya veis lo difícil que es portarse bien cuando tienes cerca a alguien tan malo y tan retorcido como Neville.

—Va a ser mejor que leamos los papeles y escuchemos sin más. —Archie le pasó el sombrero a Polly.

—«No fumar tanto. Ser más paciente con los demás. Ayudar a la Duquesita con el huerto». Este debe de ser el tuyo, papá. —Tras un breve silencio, añadió—: A mí me parece que tienes muchísima paciencia. En serio.

Archie se fijó en que intercambiaban una sonrisa, Polly, deseosa de consolarlo, y Hugh, agradecido pero inconsolable. Volvió a flotar en el ambiente la misma sensación de dolor que había reinado antes, cuando Clary había propuesto un brindis por los seres queridos que no podían estar

presentes. Se refería a su padre, pero sus palabras habían llegado más lejos de lo que había sido su intención.

—Te toca, Clary —dijo Archie con tono resuelto.

Clary abrió el papelito que había sacado y lo leyó con estudiado desdén.

—«¡Poner fin a la guerra! ¡Dejar el colegio! Almorzar con Cicely Courtneidge». ¡Ya sabemos de quién es esto! Tomando el rábano por las hojas, como siempre. Mira que eres, Neville. No se trata de poner solamente cosas que quieras que pasen. ¡O cosas como «poner fin a la guerra», que no dependen para nada de ti!

—Son mis propósitos. No pienso cambiarlos.

—Para que puedas dejar el colegio todavía te faltan un montón de años —dijo Lydia—. Y como, gracias a Dios, no eres el primer ministro, no puedes poner fin a la guerra. Y Cicely Courtneidge no saldría ni loca a almorzar con un niño desconocido. Estoy de acuerdo con Clary.

—Hemos quedado en que no vamos a hacer comentarios de los propósitos de los demás —dijo Archie—. ¿Hugh?

—«Aprender a dibujar. Aprender a escribir poesía. Inventar algo». Caramba, Polly, ¿son los tuyos?

—Son los míos —dijo Simon.

Estaba rojo como un tomate.

—Madre mía. Qué propósitos más interesantes, Simon —observó Polly.

—Aprender a escribir poesía es muy difícil —comentó Clary—. Me da la impresión de que tienes que haber nacido para ello. Y digo yo que si tuvieras un mínimo rastro de talento ya nos habríamos dado cuenta.

—Clary, vaya comentario más demoledor.

—No era mi intención.

Pero Polly afirmó:

—Sí, sí que lo era.

—Venga, vamos a terminar el juego —dijo Archie—. Ya es hora de que nos vayamos todos a la cama.

—¿Y qué pasa con las imitaciones?

—Tú eres la única que quiere jugar. Venga, te toca leer.

—«Aprender francés. Dejar de morderme las uñas. Zurcirme la ropa antes de que esté para el arrastre» —leyó Lydia—. Este tiene que ser tuyo, Clary.

Eres la única que se muerde las uñas a lo bestia.

—Solo se muerde las tuyas —señaló Neville—. No sé por qué no iba a poder hacerlo. Si mordiera las de los demás sí que podríais prohibírselo.

—Te toca leer, Neville —dijo Archie.

—«Ir a nadar. Aprender ruso. Dibujar un poco». No entiendo que ir a nadar pueda ser un propósito.

A Neville le gustaba nadar: ¿por qué diablos no se le habría ocurrido a él?

—Es tuyo, Archie, ¿no?

—Exacto. Odio nadar en piscinas, pero tengo que hacerlo por la pierna. Me siento como un león enjaulado. Arriba y abajo, de acá para allá.

—Cuando vayamos a Londres, te acompañaré —dijo Clary—. Hablaremos de cosas interesantes y ni te darás cuenta de lo aburrido que es.

—Bueno, yo me voy a la cama —anunció Hugh, como si llevase un rato esperando la ocasión oportuna.

—Oh, ¿es obligatorio?

—El mío no lo ha leído nadie —dijo Polly.

—¡Pol, cariño! —Hugh se volvió a sentar—. Léelo. Tengo mucha curiosidad.

—No debo leerlo yo —dijo Polly—. Además, ¿para qué, si todos vais a saber que es el mío?

—Aun así, queremos enterarnos —dijo Archie.

—Yo no he leído ninguno —dijo Simon, y cogió el papel.

—«Aprender a cocinar. Enseñar a Wills a leer. Decir la verdad».

—¿Lo veis? No tiene ningún interés.

Era evidente que se sentía muy dolida.

—Sí que lo tiene —dijo Simon, con una lealtad bochornosa por lo obvia.

—A la cama —dijo Archie—. Venga, todos a colaborar: poned la pantalla de la chimenea; la gata, fuera; estaos calladitos cuando subáis. Échame una mano, Poll. No, gracias, Lydia; prefiero que lo haga Poll.

—¿Cómo que «la gata»? Flossy se queda en la cocina. No le gustaría que la dejásemos en ningún otro sitio.

—Es un modo de hablar, Lydia —dijo Hugh. Había besado a Polly, y a Simon le puso la mano en el hombro—. Buenas noches, chaval.

Al despedirse de sus hijos le entraron ganas de llorar. El año pasado por

estas fechas, pensó, estaba aquí; era verdad que otra vez se estaba empezando a encontrar fatal, pero estaba aquí.

—¿Usted cree que se cumplirá lo de «feliz Año Nuevo»?

—Bueno, creo que a la fuerza tiene que ser mejor. Ahora los alemanes están huyendo de nosotros. Monty lo está haciendo de maravilla. No me sorprendería nada que resultase que El Alamein haya sido el punto de inflexión. Y en Rusia no están consiguiendo nada. Invadir Rusia significa vérselas con el invierno, y nadie cuenta nunca con eso. Y encima les estamos dando una buena tunda. Sí, creo que podemos decir sin lugar a dudas que 1943 va a ser más feliz. Por nosotros, y que Dios nos ayude. —La miró con una sonrisa afable y dijo—: ¿Su marido está en la guerra?

—Ya no. Pasó una temporada en la RAF, pero luego tuvo que volver para dirigir la empresa familiar. —Y a continuación, sin saber por qué, añadió—: Por supuesto, combatió en la primera guerra... en el quinto ejército.

—¿Con el viejo Goffy? Lo tengo en gran estima. Bueno, estará usted contenta de tener a su marido en casa.

Sí, pensó, lo estaría si fuera verdad. Al ver que Edward no se presentaba a la fiesta de Hermione, primero se había enfadado, después había sentido vergüenza y, por último, angustia. ¿Dónde demonios estaba? En su piso, no, y tampoco estaban allí sus bártulos del afeitado. En casa tampoco, porque había llamado con el pretexto de desearles un feliz Año Nuevo y, si hubiera estado, evidentemente se lo habrían dicho; en cambio, Rachel había dicho: «Que os divirtáis. Los dos os merecéis pasar un buen rato juntos». A la familia no había querido decirle que Edward no estaba con ella, pero, por supuesto, a Hermione se lo tenía que decir. La había telefoneado desde el piso.

—Menudo engorro para ti, querida. Tú tranquila, puede que se pase por aquí directamente. Bah, por eso tú no te preocupes; además, he invitado a un par de hombres que no vienen acompañados.

En estos momentos estaba sentada al lado de uno de ellos. El coronel Chessington-Blair era un hombrecito sonrosado y rechoncho de sesenta y pocos años. Pensó que parecía un corcho, asomando a la superficie de las conversaciones para repetir lo primero que se les había pasado a otros contertulios por la cabeza con un tono enérgico y discreto que casi

transformaba las palabras ajenas en declaraciones de su propia cosecha. Trabajaba en lo que llamaba «la casa de la guerra»; era imposible imaginárselo sin uniforme.

Cuando se retiraron las damas, la mayoría al dormitorio de Hermione, esta, cogiéndola del brazo, le había dicho en un aparte:

—Qué buena has sido con el viejo Piggy; has estado divina. Ya he visto que te adora; está claro. —Y después añadió—: No te preocupes por Edward. Le habrá surgido algo y seguro que ha intentado dar contigo. Ya sabes cómo funcionan los teléfonos últimamente.

—No estoy preocupada.

—¿Qué tal si te quedas a dormir aquí? Más fácil no podría ser, y ya sabes lo complicado que es encontrar un taxi en noches como esta.

Dijo que no, que prefería volver al piso. (¿Qué demonios podría haber «surgido»?).

Era agradable ponerse un traje de noche, estar en Londres, ir a una fiesta, pero, cada vez que empezaba a disfrutar de estas cosas, se interponía la misteriosa ausencia de Edward y sentía rabia y miedo. ¿Y si le había pasado algo malo? Ni siquiera sabía si lo que menos deseaba era que su ausencia fuera voluntaria, o todo lo contrario.

# POLLY Y CLARY

**Primavera de 1943**

Había un ratito mágico entre el sueño profundo y el despertar que había empezado a notar desde que se mudaron a Londres. No tenía una duración fija y siempre la frustraba su brevedad, pues empezaba a esfumarse en el instante mismo en que tomaba conciencia de él. A veces pensaba que era el desenlace de un sueño, porque era como si no solo su corazón y sus pensamientos sino también su cuerpo entero estuviesen envueltos en una luz ingrátida, en una especie de sereno desapego que aún reaccionaba con gozo a algo que misteriosamente empezaba ya a desvanecerse en el pasado, disolviéndose en un brumoso recuerdo lejano hasta que parecía que caía en el olvido o bien que no había sucedido nunca. Los sueños a veces eran así; eso lo sabía. A veces eran como telegramas, o como los versos más importantes de un poema, tan colmados de un fragmento de verdad que por un instante parecían iluminar todo el conjunto. Pero los sueños no siempre contenían mensajes felices: podían transmitir de todo, desde la desazón hasta la angustia. Bien lo sabía ella. Su pesadilla recurrente (que solo había contado una vez, a Clary), en la que la frente de su madre se desintegraba sobre la almohada cuando intentaba besarla, encerraba un horror férreo que no amainaba por más que se repitiera. En cambio, este ratito mañanero era un poco como ir volando a través de un elemento iluminado por el sol antes de posarse sobre su propio cuerpo y entrar en él para descubrir que sus alas habían desaparecido. Era la Polly de siempre, tumbada bocarriba en la cama, en el último piso de la casa de Londres de su padre. En la puerta de al lado estaría Clary, durmiendo tan profundamente que habría que zarandearla para que despertase. Pensó que quizá le pasaba porque dormía sola. En Home

Place siempre había compartido habitación con Clary, y a veces también con Louise. Al menos, Clary tenía un cuarto —un estudio, lo llamaban— para ella sola; aun así, para Polly no era en absoluto lo mismo vivir en casa de su padre, con la cocina tres pisos más abajo, en el sótano, que vivir las dos solas en un apartamento, como habían planeado. Pero cuando llegó la hora de la verdad y descubrió que su padre siempre había pensado que se irían a vivir con él y que él, a su vez, descubriría que planeaban irse a vivir solas, Polly vio cómo su profunda decepción se trocaba en generosa aquiescencia y comprendió que no podía insistir.

—Si quieres, busca tú un piso —le había dicho a Clary—; yo, sencillamente, no puedo. Es la primera vez que he visto a papá mínimamente contento o ilusionado con algo desde que murió mamá. No soporta estar solo en la casa, sin ella. Lo entiendes, ¿no?

Y Clary, mirándola con cara de decepción, exasperación y afecto a partes iguales, había respondido sin pensárselo dos veces:

—Por supuesto que sí. Y jamás se me ocurriría irme a vivir a un piso en el que no estuvieras tú.

Por mucho que se empeñase su voz en ocultar sus sentimientos, su cara siempre los reflejaba.

Papá se había portado de maravilla. Les cedió toda la planta de arriba para ellas solas.

—Podéis haceros unos estudios, porque las habitaciones son bastante grandes. Y tenéis vuestro propio cuarto de baño en el descansillo. Y voy a hacer que os instalen un teléfono en vuestro piso. Me imagino que querréis llamar a vuestros amigos. Y, cuando queráis dar una fiesta, yo me voy y santas pascuas. Solo tenéis que decirme qué muebles queréis. Supongo que también habrá que pintar las habitaciones; cada una que elija los colores que más le apetezcan.

No hablaba de otra cosa, y, cuando Clary preguntó si podía traerse todos sus libros de casa, dijo que por supuesto, y al ver que eran muchos dijo que encargaría unas estanterías a medida. Era como si quisiera que se quedasen a vivir allí para siempre.

Cogieron muebles de aquí y de allá. La tía Rach les sugirió que se llevasen las cortinas de Chester Terrace, porque además de feísimas eran demasiado finas y no servían para el oscurecimiento.



Ahora, cuando apenas habían pasado tres meses, ya tenían su rutina. Asistían al curso de secretariado de la academia Pitman cinco días a la semana; cuatro de ellos, en bicicleta, pero los viernes en autobús porque nada más salir se iban a la estación a coger el tren que había de llevarlas a Sussex. Clary quería pasar los fines de semana en Londres y a veces lo hacía, pero Polly se sentía obligada a volver a casa para ver a Wills. No era que el niño se alegrase especialmente de verla, pero pensaba que si perseveraba en el empeño lo acabaría consiguiendo. Para hacerse querer tenía que hacer todo lo que quería su hermano, de manera que se pasaba las tardes empujándolo en el triciclo muerta de frío, ayudándolo a construir estructuras amorfas con el mecano de la familia y leyéndole los libros de Winnie the Pooh. Se había convertido en un tirano inconsolable, resuelto a conseguir todo tipo de cosas que en realidad no quería, y utilizaba sus innumerables caprichos, que siempre conseguía satisfacer, como hojarasca con la que iba cubriendo el vacío secreto de su pérdida. Insistía en llevar un calcetín rojo y otro azul; se negaba a comerse el puré de patatas si antes no lo pasaba todo a su taza, llenaba la cama de piñas de abeto a las que llamaba con nombres misteriosos, y le daban unos ataques terribles en los que no hacía más que abrir puertas y cerrarlas de golpe. La tía Villy le estaba enseñando a leer, pero él solo se avenía a intentarlo si le dejaba ponerse un sombrero. Aunque ya casi había transcurrido un año, Polly sabía que seguía echando de menos a su madre, por mucho que las tías parecieran convencidas de que lo estaba superando, de manera que iba a Sussex por él. Y también por su padre, al que le encantaba quedar con ella en la estación y comprarle un periódico para el viaje (cuando iba Clary, también le compraba uno a ella). Casi siempre se quedaba dormido a mitad de trayecto mientras ella intentaba memorizar los signos taquigráficos. Los fines de semana eran siempre iguales. Tonbridge los recibía en la estación y los ponía al corriente de cualquier pequeño infortunio que hubiese sucedido durante la semana (a menudo apostaban en el tren a quién le tocaría ser el protagonista esta vez), y después los hacía partícipes de unas cuantas opiniones, formuladas como preguntas, sobre la guerra. Al llegar a casa la asaltaban los olores (tan familiares cuando vivía allí que ni se había fijado) a leña húmeda ardiendo, al humo de la pipa del Brigada y a cera de abeja, además de las vaharadas de guisos que llegaban del otro lado de la puerta batiente de paño verde cada vez que Eileen entraba o salía para preparar el comedor para la cena. En el piso de arriba, los olores eran

diferentes (a lavanda, a jabón de alquitrán de hulla Wright's, a betún, a ropa secándose delante del fuego del cuarto de los niños), y los ruidos eran o bien de niños bañándose, o de adultos intentando que se bañaran. Polly se iba a su habitación y se ponía otro jersey más abrigado: ya no se cambiaban para la cena, salvo los sábados por la noche, cuando se ponía el vestido de brocado verde claro de andar por casa que le habían hecho las tías con unas cortinas el año anterior para su cumpleaños. Después de cenar, oirían las noticias, y luego Clary y ella jugarían al bezique o a cualquier otro juego de cartas. Cuando Clary se quedaba en Londres, la echaba de menos, y, para colmo, no podía evitar que le diese envidia, pues Clary solía ir al cine con Archie y a veces al teatro, y encima la invitaba a comer por ahí. Aparte de lo que tenían de especial estas salidas, estaba sola con Archie, cosa que para Polly ya era especial de por sí. Él, claro, también venía a pasar algún que otro fin de semana al campo, y, cómo no, en esas ocasiones Clary nunca se quedaba en Londres. La consecuencia de todo esto era que ella, Polly, jamás disfrutaba de una velada a solas con Archie; pero claro, se repetía para sus adentros, ella tenía responsabilidades y Clary no. Aun así, siempre le quedaba el comecome de que se trataba de una injusticia; naturalmente, a estas alturas ya sabía que la vida era injusta, pero no por ello dejaba de querer que no lo fuera.

Aquel día era viernes y las dos se iban a ir a Home Place. También iba Archie. El sábado se cumplía un año de la muerte de su madre, y, aunque su padre no lo había mencionado, el resto de la familia lo tenía muy presente. Una especie de anticumplimientos, pensó, un muereños, pero en realidad lo mismo daba que su madre llevase 365 días muerta que 364 o 366. Menos mal que Simon seguía en el colegio.

—Digo que menos mal porque peor sería para él no estar en el colegio; no es que me alegre. La verdad es que no hay nada que me alegre —le dijo a Clary mientras esperaban al autobús para ir a la academia de Pitman.

Clary asintió.

—Ni a mí. La vida me parece de lo más deprimente. Si la mayoría de la gente lo está pasando peor que nosotras, no veo qué sentido tiene.

—Digo yo que será por culpa de la guerra, ¿no?

—¿Y eso cómo se sabe? No tenemos ni idea de cómo serían las cosas si no estuviésemos en guerra.

—Pero nos acordamos. Hace solo tres años y pico, había paz.

—Sí, pero en aquella época éramos niñas. Estábamos sometidas a todo tipo de normas ridículas, normas hechas por ellos. Y ahora que ya casi somos ellos, resulta que hay más normas.

—¿Como cuáles?

—Bueno. —Clary se quedó pensando—. A ver, no es que ninguna de las dos arda en deseos de ser una experta taquimecanógrafa. No pasamos la infancia deseando escribir sesenta palabras por minuto.

—A ti podría serte útil si piensas ser escritora. Mira Bernard Shaw.

—Creo que él se inventa su propia taquigrafía. Y, además, lo hace porque le da la gana. Pero en general a los hombres no se les exige que aprendan mecanografía.

—Se les exige que se alistén y maten a otros —dijo con tristeza—. Lo que nos pasa a ti y a mí es que aún no tenemos claro en qué creemos. Simplemente, vamos tirando hechas un lío, aburridas, descreídas.

En ese momento llegó el autobús. Cuando ya habían subido, Clary dijo:

—No es lo mismo no creer que ser un descreído. ¿En qué no creemos nosotras?

—En la guerra —respondió Polly al instante—. No creo para nada en la guerra.

—¿Y eso de qué te sirve? Total, estamos en guerra.

—Bueno, no haberme preguntado. A ver, piensa tú en algo.

—Dios —dijo Clary—. No creo en Dios. Aunque, para ser exactos, a veces me da por pensar que lo mismo hay un montón de dioses y que por eso hay tanto follón, porque no se ponen de acuerdo en nada.

—Bueno, pues entonces estoy en contra de la guerra —declaró Polly; había estado dándole vueltas—. El hecho de que estemos en guerra no viene al caso. De lo que estoy en contra es de la idea misma de la guerra. Como Christopher.

—No le duró. Intentó alistarse; si al final no lo hizo fue porque tenía no sé qué problema en la vista y no lo cogieron.

—Lo intentó pero sin creer en la guerra, porque le parecía que no estaba bien encasquetarles a otros el trabajo sucio. Fue una cuestión de principios.

—Ah, entonces, ¿crees en los principios? Y, si es que sí, ¿en cuáles?

Pero habían llegado a Lancaster Gate y se hallaban ante las columnas

desconchadas del edificio estucado en el que habrían de pasar las seis horas siguientes aporreando las máquinas al ritmo de lo que Clary llamaba «música del muelle de Hastings», aprendiendo a escribir «Estimado señor: Le agradecemos su carta del 10 del corriente...», con garabatos cabalísticos y bregando con la contabilidad de partida doble, que ambas odiaban con todas sus fuerzas.

—Es de locos —había dicho Clary al acabar la primera clase—. Si no tenemos dinero, no podemos anotar en las columnas, y, si tenemos mucho, ¿para qué vamos a anotar?

—No será nuestro dinero el que tengamos que anotar, so boba, sino el dinero del que nos contrate, que será un poderoso millonario.

Interrumpían la jornada con una pausa en la que almorzaban sándwiches de carne en conserva acompañados de un té amarronado con un regusto al metal de la tetera. En el sótano había una sala donde las alumnas podían pasar la hora del almuerzo y, si querían, comprar sándwiches. Hasta ahora, ninguna de sus compañeras les había parecido especialmente interesante; estaban todas muy volcadas en los estudios, y, además, al ser un curso intensivo, apenas quedaba tiempo para confraternizar. Por lo general, Polly y Clary se las apañaban para salir durante la pausa y se comían el sándwich en el parque. Pero aquella mañana se había incorporado a las clases una alumna nueva que no se parecía en nada a las otras. Para empezar, era mucho mayor, pero también era distinta en casi todo lo demás. Aunque era exageradamente alta —descollaba sobre todas—, tenía unas manos y unos pies largos y finos y unos tobillos elegantes. Tenía el pelo, de color gris metálico, cortado en una despeinada melenita a lo *garçon*, más corta de un lado que del otro, y llevaba un cárdigan negro con bordados un tanto chapuceros de ranúnculos y amapolas. No obstante, era su rostro lo que las tenía a las dos embelesadas. A diferencia de las demás, no llevaba nada de maquillaje; tenía una piel aceitunada, con finísimas cejas oscuras que dibujaban un arco sobre unos ojos de un color increíble sobre el que no acababan de ponerse de acuerdo.

—Es una especie de verde claro grisáceo —decía Clary.

—No, son más azules. ¿Aguamarina, dirías tú?

—Decir, decir, podría decirlo, pero si lo escribiera no serviría de nada. No llega a describirlos bien.

—Yo lo entendería.

Decidieron quedarse a comer en la sala del sótano con la esperanza de conocer a la nueva alumna, pero no estaba. Su ausencia les despertó la curiosidad.

—Yo creo que es extranjera.

—Eso ya lo supimos cuando la oímos darle las gracias a la señorita Halton.

—Bueno, pues seguro que es un miembro menor de la realeza de alguna corte centroeuropea.

—O puede que la haya traído algún general americano. Me juego el pellejo a que les permiten llevarse a sus amantes cuando los destinan al extranjero. Ya sabes, como las cajas de oporto que se llevó Stanley cuando se fue a explorar África.

—Francamente, Clary, eso no tiene nada que ver.

—Puede que sea un miembro de la realeza y también la amante de alguien.

—La verdad es que no tiene pinta de ser la esposa de nadie.

—Seguro que de joven la obligaron a casarse con algún bestia, con un prusiano o qué se yo. Después se le murieron todos los hijos de tuberculosis porque hacía un frío terrible en el castillo, así que se fugó y consiguió escapar.

Clary acababa de encontrar un ejemplar de *Polillas* de Ouida a un penique en un puesto de libros de segunda mano y estaba tan inmersa en el ambiente de la novela que estaba afectando a su manera de ver a la gente.

—Estuvo semanas viajando por tierra disfrazada de campesina y después se metió de polizón en un barco para venir aquí.

—De polizón, lo que se dice de polizón, no sé si podría —dijo Polly—. A ver, es demasiado llamativa como para fundirse con el entorno. Y grandota —señaló, después de pensárselo.

Cuando volvieron al aula para la segunda parte de la clase de mecanografía, todavía no estaba.

—La próxima vez que la veamos podríamos invitarla a cenar a casa.

—Vale. ¿Tú crees que se llevaría bien con papá?

—Dijiste que estaba dispuesto a irse de casa cuando quisiéramos invitar a amigos.

—Ya, pero es que...

—Venga, Polly, tenemos que empezar a tener nuestras propias vidas.

—Vale, de acuerdo. Pero es bastante mayor. Será más o menos como él. Si al final resulta que es majísima, lo mismo le conviene como esposa. —Y al ver que Clary soltaba un bufido exasperado, matizó—: No digo que tenga que estar presente en la primera cena. Lo único que digo es que si nos cae bien podríamos presentarlos.

—No sé para qué. Me da que los dos son demasiado viejos para que les interese el sexo.

—Eso tú no lo sabes. Entonces, ¿te parece que Archie es demasiado viejo para el sexo?

Durante el silencio sepulcral que vino a continuación, se fijó en que a Clary se le ponía colorada la frente antes de responder:

—Archie es distinto.

Sí, pensó Polly, claro que lo era. Era la persona más distinta que había conocido en su vida.

*13 de marzo de 1943*

*Es sábado por la tarde, papá; estoy en Home Place, está lloviendo y además hace mucho frío, así que me he venido a la cama y te estoy escribiendo tapada con el edredón. Qué horror: soy consciente de que no he escrito nada desde antes de Navidad. En parte se debe a que Polly y yo nos hemos mudado a Londres; estamos viviendo en casa del tío Hugh, y nuestras vidas han dado un vuelco tan grande que me ha costado sacar un ratito para escribir. No, no es verdad: tiempo ha habido, lo que no he tenido han sido ganas. Las Navidades estuvieron bien, supongo. Roly, Wills y Jules se lo pasaron de miedo, y Lydia y Neville también, pero creo que a mí me están empezando a aburrir un poco. Neville intentó regalarme una rata que tenía en el colegio y que ya no le hace tanta gracia. ¿Quién diablos iba a querer una rata criada por él? Eso fue lo que le dije. A Polly le dio un rompecabezas al que todos sabíamos que le faltaban cinco piezas. Lo que pasa es que no se quiere gastar los ahorros en regalos; en cuanto a él, lo único que pidió fue dinero. Hubo gente que se lo dio, pero se respiraba la desaprobación en el ambiente.*

Bueno, el caso es que después de Navidad nos fuimos a Londres porque tenemos que hacer un curso intensivo de taquimecanografía en la academia Pitman para ser útiles cuando nos movilicen. Yo estaba deseando que nos fuéramos a vivir solas, pero al final nos tuvimos que ir a casa del tío Hugh porque Poll decía que estaba muy ilusionado con la idea y que además le da la impresión de que se siente muy solo sin la tía Syb. La entiendo; de haber sido tú, papá, me habría pasado lo mismo que a Poll, así que no tuve más remedio que decir que sí. Tenemos una habitación cada una en el último piso y también nuestro propio cuarto de baño; pero tenemos que cocinar en el sótano, así que, para cuando subimos la comida a nuestras madrigueras, ya está fría. De todos modos, podemos hacer té en el cuarto de baño, lo cual ya es algo. El tío Hugh fue muy generoso y nos dejó pintar las habitaciones, y encima encargó que me hicieran unas estanterías que cubren una pared entera... de lo cual me alegro, porque me equivoqué a la hora de elegir el amarillo de las paredes y no me apetece nada volver a pintarlas. La tía Rach nos dijo que, como la tía Syb no llegó a poner cortinas en el último piso, podíamos coger unas de Chester Terrace, y nos llevó allí para que las eligiéramos. Dijo que las arreglaría para que encajasen con las ventanas, todo un detalle por su parte. Se me hizo raro volver allí, papá. Está todo tapado —los muebles, quiero decir—, los postigos están cerrados y casi no hay luces. Al entrar había un olorcillo a húmedo y a oscuro, como a devocionario mojado. Las cortinas estaban todas en el estudio del Brigada, metidas en cajas de embalar con etiquetas que decían cuáles eran, pero yo solo me acordaba de las del salón (las del estampado de enormes rosas de color blanco sobre un fondo de cretona brillante verde oscuro) y de las de color crudo con pájaros azules que estaban en mi dormitorio cuando tenía nueve años y me quedé en Chester Terrace mientras tú te casabas con Zoë. Nunca te lo he dicho, papá, pero la verdad es que fue la época más triste de mi vida. Verás, no me creía que fueras a volver para llevarme contigo; pensaba que me lo decían simplemente para suavizar el golpe. Robé media corona del bolso de la Duquesita para volver a casa en autobús, pero entonces me acordé de que Ellen se había ido a casa de su familia para dejar allí a Neville y que no habría nadie que me abriera la puerta. Todo esto lo pensé en el hall cuando estaba a punto de marcharme... y de repente comprendí que no había ningún sitio adonde pudiera ir. Eso fue lo peor. Me dio tanta rabia que me entraron ganas de destrozarlo todo, así que saqué el

bastón estoque del Brigada de su funda y lo estampé contra la rejilla de hierro de la puerta de entrada para romper el cristal. Y sí, conseguí romper un cachito, pero me eché a llorar y me encontraron. Cuando se me acercó la tía Rach, me puse a darle patadas y a gritar que estaba atrapada y que no tenía adónde ir y que ojalá me muriese. Ahora me doy cuenta de lo bien que reaccionó. No me castigó, y eso que en cierto sentido yo lo habría preferido porque quería simplificar las cosas y que todo me siguiera yendo mal. Me llevó al estudio del Brigada (era la habitación más cercana), me abrazó hasta que dejé de llorar y me habló de lo que significaba que te casaras y dijo que la gente se va de luna de miel para estar una temporadita a solas. Después me dio un calendario (recuerdo que en la parte de arriba ponía «Boletín de las empresas madereras»), marcó el día que era y, a continuación, el día en que ibas a volver, y me dio una tiza roja para que fuese tachando los días que faltaban (¡diez todavía!)... y entonces ya no pude dejar de creerla. Aquella tarde me invitó a una merendola fabulosa en Gunter's, con helados y chocolate caliente, y me compró una bolsa de esos caramelos de limón que son su especialidad para que me la llevase a casa. Me vino a la cabeza todo esto porque las cortinas que teníamos que elegir estaban en el estudio del Brigada, y en la puerta de la entrada, en lugar de cristal, había madera. Aquella tarde —después del festín de Gunter's— la Duquesita me dio un retal de lino para que te bordase una funda para el pijama, pero bordar se me daba fatal y no llegué a terminarla. En fin, el caso es que tenía muy claro que no quería las cortinas de los pájaros azules, y Poll, que eligió las de las rosas blancas, dijo que por qué no me ponía unas de terciopelo azul. Qué curioso, papá; también entonces estabas en Francia, pero volviste. Y acabarás volviendo ahora, lo sé. Aunque la verdad es que esta vez ya llevas mucho tiempo fuera, ¿no te parece? No sirve de nada que lo marque en un calendario porque bien puede ser que tardes más de un año. Si continúo escribiéndote, lo hago tanto por mí como por ti, porque me ayuda a recordarte... quiero decir, a acordarme mejor de ti. Una de las cosas más difíciles de que haya pasado tanto tiempo desde que te fuiste (ya van dos años y nueve meses) es que, aunque, por supuesto, pienso mucho en ti, es como si cada vez recordase menos cosas de ti. Aunque las repaso una y otra vez, no se me va la sensación de que hay otras que se me han olvidado. Es como si caminaras lentamente del revés, alejándote de mí. No lo soporto. Si es esto a lo que se refiere la gente cuando dice que el dolor va amainando, yo



no quiero que me pase. Quiero tener un recuerdo tan completo y nítido como el de la tarde que telefoneó aquel hombre para decir que habías desaparecido; como cuando Pipette trajo aquella nota maravillosa que me escribiste y que guardo en el cajón secreto del escritorio que me regaló Polly. ¿Te acuerdas de aquella vez que me quitaste la nata de la leche caliente y te la comiste? Me viene mucho a la cabeza.

Hoy es domingo. Creo que no te he dicho que Archie ha venido a pasar el fin de semana, lo cual es buena cosa porque se lleva muy bien con todo el mundo y anima a la gente, incluso al pobre tío Hugh, al que sospecho que encontrarías muy cambiado. Está muy callado y no para quieto..., coge cosas y luego las suelta como si le sorprendiera que hubieran acabado en su mano, y ni siquiera cuando sonrío o cuando alguien cuenta un chiste se le va de los ojos la expresión aturdida y como torturada. Creo que tiene el corazón roto, pero Poll dijo el otro día que esperaba que se volviera a casar. Me da que a su edad no es muy probable que lo haga. El problema es que con la guerra casi no conocemos a gente nueva, y desde luego a ninguna mujer buena y ajada, que, a mi modo de ver, sería lo que más le convendría.

Hubo un fin de semana que no fui a casa; bueno, más de uno, la verdad, pero lo que quería decir es que hubo uno que lo pasé enterito con Archie. No estaba planeado; simplemente, salió así. Me invitó a ir con él al cine el sábado por la tarde. Para ser exactos, tampoco es que me invitase. Lo que pasó fue que vino a cenar con el tío Hugh, con Polly y conmigo, y yo dije que tenía pensado probar a quedarme un fin de semana en Londres y también, debo admitirlo, que sería divertido ir con él al cine, y entonces él dijo que vale, que el sábado por la tarde. Pero, cuando volví sola a casa el viernes por la tarde porque Poll había quedado con el tío Hugh en Charing Cross, había demasiado silencio. Estaba un poco tristona porque me había olvidado de comprar pan y solo quedaba un cachito muy duro para acompañar la ración de queso; me recorrí toda la casa a oscuras para poner las cortinas de oscurecimiento, porque las patrullas antiaéreas no pasan una, y a la menor lucecita que ven gritan «¡Apague la luz!» desde la calle y llaman al timbre para repetírtelo. Bueno, como te iba diciendo, sonó el teléfono y fui a cogerlo, y era Archie. Dijo que seguro que me había interrumpido mientras me aviaba para irme a mi fiesta. «¿A qué fiesta?», le pregunté, y dijo: «Me imaginaba que si te quedabas aquí el fin de semana sería porque te habrían

*invitado a alguna fiesta».*

*Le dije que lo veía difícil porque no conocía a nadie, y me dijo: «Pues entonces vente conmigo a una minifiesta. Coge un taxi y pásate por mi casa cuando quieras a partir de las siete». Un detalle la mar de amable y reconfortante, ¿a que sí? Eché de menos a Poll porque tiene mucha más idea que yo de lo que hay que ponerse para salir, aunque en realidad el único vestido presentable que tengo es el de pana verde botella que me regaló Zoë en Navidad y que está a años luz de aquel viejo vestido azul oscuro que me duró siglos. Este tiene el cuello cuadrado y las mangas me llegan justo hasta el codo, así que es un poco más de adulta. Me corté el pelo para librarme de una permanente que no hacía más que encrespase cada vez que llovía; además, no había quien durmiese con esos espantosos rulos de hierro que se te hincan en la cabeza cuando te acuestas. Así que ahora vuelve a estar igual de liso que siempre y me lo cojo con un viejo pasador de carey que me regaló Polly para Navidad. Lo encontré en una tienda de objetos usados y es mucho más bonito de lo que uno se imagina. Como Polly suele echarme una mano con el maquillaje, tuve que hacer varios intentos. Al final solo me puse un poco de su sombra de ojos verde —que, como no le queda bien, sabía que no le molestaría que la cogiera— y el rímel azul oscuro, que es muy difícil de poner sin que se te meta el pincel en los ojos; también un pintalabios que se llama Signal Red y que, desde luego, rojo sí que es, pero que solo con que te comas una galleta ya se borra. Al colorete renuncié porque ya tenía la cara roja de tanto frotármela...; de hecho, tuve que apagar las luces y sacar la cabeza por la ventana para que recuperase su color normal, que si te fijas bien es como de un puré caqui con nata, quiero decir, caqui mezclado con nata...; vamos, muy mal color para una cara. No sabe Poll la suerte que tiene de ser tan guapa.*

*Archie se ha mudado a un piso mucho más bonito. Está en South Kensington, en un edificio muy alto de color rojo oscuro que da a una plaza, pero por dentro es precioso. Tiene un gramófono como el de la Duquesita, con un enorme cuerno negro y dorado hecho, creo, de una especie de papier mâché, y utiliza de esas agujas triangulares de madera que hay que afilar cada vez que oyes un disco. Muy moderno, y seguro que carísimo. El caso es que lo tenía puesto cuando llegué. Nos tomamos una ginebra —la mía, con lima— mientras terminaba de oír ese cuarteto de Schubert que tanto le gusta*

a la Duquesita. Al llegar me dio un abrazo y me dijo que estaba muy elegante, así que por lo menos se fijó en que me había estado arreglando. Me llevó a cenar a un restaurante de la zona que me dijo que era el que solía frecuentar, un chipriota donde sirven chuletas de cordero con arroz, un postre delicioso de bolitas de miel fritas y café turco (hay que ir con cuidado para no beberse la parte fangosa que queda al fondo). Tuvimos una conversación de lo más interesante sobre una idea nueva llamada «el estado del bienestar», inventada por un tal Sir William Beveridge. Gracias a ella todo va a ser mucho más justo y equitativo para todo el mundo, con colegios gratuitos y también con médicos y hospitales gratuitos. Me parece una idea excelente porque la caridad es muy insuficiente, y, aunque nuestra familia sea rica en comparación con muchas otras, la mayoría de la gente no tiene casi nada. Salió el tema porque yo dije que cuando gane dinero pienso darles la mitad a los pobres (la primera vez que lo dije, Neville me oyó y dijo que se lo podía dar a él porque era pobre). Pero Archie dijo que, como con este nuevo sistema todos pagaríamos más impuestos, cada uno estaría aportando su granito de arena. Dijo que después de la guerra hasta los conservadores entenderían que las cosas tenían que ser más justas, y que si hubiera igualdad de oportunidades para todos habría muchas más personas capaces y útiles. Le pregunté si era socialista y dijo que sí, que lo era, pero que no era algo de lo que hablase mucho en Home Place, que definió como «un semillero de tories». Dijo que tenía mucho respeto por el señor Attlee y que esperaba que fuera primer ministro, cosa que veo difícil teniendo en cuenta lo popular que es el señor Churchill. Después de cenar me dijo que ya me acercaba él en taxi a Ladbroke Grove, pero a mitad de camino me preguntó si iba a dormir sola en la casa y, al decirle yo que sí, dijo que no le hacía ninguna gracia y que casi mejor que me quedase en la suya. Naturalmente, me pareció un plan mucho más divertido, así que subí a por un par de cosas mientras él me esperaba en el taxi. Volvimos y preparó chocolate con leche en polvo, que con azúcar no estaba tan mal (bueno, eso lo dijo él, porque a mí me supo a gloria), y me preguntó si me estaba gustando lo de vivir en Londres. Entonces le dije que no era como me lo había imaginado: vivir con el tío Hugh no tiene nada que ver con lo que sería vivir solas. También le dije que vivir en Londres nos había hecho caer en la cuenta de que apenas conocemos a nadie de fuera de la familia, y me entendió de maravilla. Señalé, por ejemplo, que él debía de ser el primer socialista que conocía, lo

*cual, teniendo en cuenta mi edad, es bastante penoso. Entonces me dijo que al día siguiente me llevaría a cenar con una pareja amiga suya, un escultor que vive con una española a la que conoció cuando estaba combatiendo contra Franco en la guerra civil española. Los conocía de antes de la guerra porque vivían en Francia. Pregunté si el hombre te conocía, y me dijo que cree que os visteis una vez cuando te alojabas en su casa, pero que no está seguro. Después dijo que más valía que nos fuéramos a dormir porque al día siguiente nos esperaba un buen tute. Todo esto, el viernes. Fue una de las mejores tardes de mi vida, y lo mejor de todo era que no terminaba ahí la cosa: todavía quedaba todo el día siguiente.*

*Por la mañana desayunamos té con tostadas más bien chamuscadas untadas de extracto de carne Marmite, y me preguntó qué habría estado haciendo si hubiese estado sola. Le dije que habría pasado la mañana en Charing Cross Road, que está hasta los topes de librerías, muchas de ellas de libros usados. A Poll nunca le apetece venir; a ella lo que le gustan son las tiendas que venden un poco de todo. Archie dijo que le parecía una idea estupenda, así que cogimos un autobús y allá que fuimos.*

Al llegar aquí, hizo una pausa. De repente le pareció que había una distancia abismal entre el tipo de día que había pasado con Archie y lo que sentía ahora al respecto. En su momento no se lo había parecido; de lo contrario, ni siquiera se habría explayado tanto en los detalles al describírselo a su padre. Era ahora, sentada en su cama de Home Place, mientras los pensamientos ganaban terreno a las palabras que iba escribiendo rápidamente sobre el papel, cuando había ido más allá de aquellas horas de serena felicidad que habían dedicado a curiosear entre las filas de libros maltrechos que se apiñaban sobre las tambaleantes mesas de las librerías, más allá de la visita a la galería Redfern (donde Archie había querido enseñarle los cuadros de un pintor al que admiraba mucho, Christopher Wood) y más allá del almuerzo (espaguetis en un restaurante italiano en el que los hombres se remetían las servilletas por el cuello de la camisa), hasta llegar al momento en el que Archie abrió una cajetilla nueva de cigarrillos, empezó a sacar uno y dijo, «Perdona, Clary, cielo, ¿quieres?». Y ella había alzado los ojos de la cajetilla para toparse con la cálida mirada de Archie, y había dicho que no con la cabeza:

—El tío Hugh nos ha prometido que nos regalará un reloj de oro a Polly y otro a mí si no fumamos antes de cumplir los veintiuno.

—Pues entonces, no se hable más —había respondido él—. ¿Cuántos años tienes ahora?

—En agosto hago dieciocho.

—Aún te faltan tres años y medio. Se me olvida lo joven que eres.

—¿Diecisiete y medio, joven?

—Nooo... claro que no. Bueno, a mí me parece que te conservas de maravilla para tu edad. —Clary oyó la curiosa risita gutural y contenida que significaba que algo le hacía gracia, pero, antes de que pudiera sentirse dolida, Archie exageró la broma y le tomó el pelo—: De maravilla —repitió—. A ver, recapitulemos: llevas toda la mañana trajinando, conservas la dentadura, tienes el oído en perfectas condiciones, vamos, que para ser un vejstorio estás en plena forma.

Pues bien: si recordaba la escena como una de tantas en las que el Archie de siempre le tomaba el pelo a la Clary de siempre, todo era familiar y sencillo. Pero lo que descubrió fue que se habían incorporado otros elementos, es más, que seguían incorporándose con creciente intensidad cada vez que repasaba la escena. Recuerdos no podían ser, porque en su momento ni se había percatado... debían de ser obra de su imaginación, que estaba transformando algo que realmente había sucedido en otra cosa distinta. «Perdona, Clary, cielo, ¿quieres uno?». Y ella había alzado los ojos de los cigarrillos y se había encontrado con los suyos, grises, afectuosos, absortos en ella. Era esta la parte a la que regresaba sin cesar, y, cada vez, el tono exacto de su voz, la expresión de sus ojos, el modo en que su boca larga y fina se contraía sin llegar a sonreír se le grababan con más nitidez, irradiando una felicidad tan pura, tan luminosa, tan completa, que ofuscaba cualquier otra sensación. Al reponerse, se decía que esta felicidad sin mácula, arrebatada, le era completamente nueva; no recordaba haber sentido nada semejante en toda su vida y, sin embargo, a veces se había creído feliz, o no se había parado a pensar si lo era o no. Entonces se quedaba con ganas de más, y se pasaba otra vez la película. En su momento no había sentido nada especial, o poca cosa; afecto por Archie, gratitud por que la tratase como a una adulta y por que le diese la oportunidad de decidir si quería o no un cigarrillo. Pero a medida que pasaban las semanas empezó a ver que, en

efecto, sí que había notado algo nuevo y extraño en aquella ocasión; como si, por un instante, hubiese presentido que se acercaba algo que la iba a dejar fuera de combate, veloz y poderoso como una gigantesca ola, y mal que bien hubiese conseguido evitarlo.

*Compré unos libros estupendos [escribió], todos de segunda mano, así que puede que los hayas leído. Novelas: Horizontes perdidos, de James Hilton (sobre el Tíbet); La muerte del héroe, de Richard Aldington (sobre la Primera Guerra Mundial); Sparkenbroke, de Charles Morgan, y Evelina, de Fanny Burney. También compré Lobo gris, sobre un tal Mustafá Kemal, las cartas de Keats y un libro muy finito de poemas de Housman. Tuve que parar ahí porque no podía cargar con más, y Archie, que iba de uniforme, dice que hay una ley que prohíbe a los oficiales de la Marina llevar paquetes. Supongo que esto tú ya lo sabrás.*

*Por la tarde, Archie me llevó a cenar con el escultor y su esposa española. En realidad, no es su esposa, pero viven juntos. Es bastante viejo (o sea, más que tú y que Archie), y es judío, que es por lo que salió de Francia. Al principio, tanto él como Teresa se tuvieron que ir a la Isla de Man, por ser extranjeros. Ella es muy morena y no es nada delgada, pero tiene una elegancia de tipo voluptuoso; al verla me vino a la cabeza una cereza madura con pendientes muy largos. La verdad es que me encantan los pendientes; es una pena que no se lleven más a menudo. Nos hizo un guiso maravilloso, una mezcla de mejillones, arroz y pollo —el arroz era amarillo y olía y sabía a gloria—, y bebimos vino. Viven en una habitación enorme en la que hay una estufa acristalada. Él se llama Louis. Louis Kutchinsky. Lo más interesante es que son comunistas; me pareció muy emocionante, porque hasta ahora no había conocido a ninguno. Él es miembro de una organización llamada Unión Compromiso con la Paz, pero aun así está deseoso de que nos aliemos con los rusos. Archie le tomó el pelo diciéndole que claro, que, ahora que estaban los rusos, la guerra ya no le parecía tan mala cosa, y Louis dijo que sus opiniones habían cambiado desde que se enteró de lo que les están haciendo los alemanes a los judíos en Polonia... en Polonia y en todas partes, añadió. También dijo que estaban intentando exterminarlos, pero no puede ser, ¿no? Me refiero a que no puedes matar a toda una raza de personas (debe de haber cientos de miles). ¿Cómo iban a*

*hacerlo, aunque fueran tan malos como para desearlo? Le pregunté si era un judío practicante y respondió que no, pero que no por ello se sentía menos judío, de la misma manera que un inglés no dejaría de sentirse inglés por no ser protestante. De todos modos, los que más hablaban eran Archie y él (y él, infinitamente más que Archie); yo solo escuchaba, y Teresa cosía. Estaba cojo de una pierna, igual que Archie; se había quedado así en España. Archie dijo que podían competir juntos en carreras a tres patas, pero Louis nunca había visto una y no sabía a qué se refería. Archie le preguntó en qué estaba trabajando, y dijo que, como nadie le hacía encargos y era difícil conseguir los materiales, había dejado la escultura y había empezado a dibujar. «Una enciclopedia de manos», dijo. Nos enseñó una colección entera de dibujos de manos, la mayoría al carboncillo: manos cogidas, formando puños, rezando, tocando el piano, apoyadas sin más sobre una mesa, a veces el dorso y a veces la palma, y no siempre de la misma persona sino todo tipo de manos. Las que no eran a carboncillo eran a lápiz o a tinta de distintos colores. Había millones, y a veces había hecho varias pruebas en una misma página. Archie estuvo siglos mirándolas y mientras tanto Louis no dijo esta boca es mía, pero vi que no le quitaba ojo porque quería conocer la opinión de Archie, y también que le importaba. De vez en cuando, Archie le preguntaba de quién eran las manos, y Louis le iba diciendo «de un pianista», «de un cirujano que conocí», «de la mujer de la papelería», «del hijo de una vecina», «de cualquiera que me preste sus manos», concluyó. Cuando acabó de verlas, Archie dijo que le habían causado una profunda admiración y que era un nuevo estilo de retrato. Al irnos (por cierto, a las tantas), el señor Kutchinsky abrazó a Archie, y después lo zarandeó y le dijo: «Deberías venir a cenar al menos un día a la semana. ¡Eres mi mejor y único público!».*

Al llegar aquí se interrumpió de nuevo para recordar cómo la había cogido Archie del brazo mientras caminaban hacia King's Road, en busca de un taxi que no aparecía hasta que llevaban tanto trecho recorrido que, para eso, dijo Archie, mejor que hicieran el resto del camino a pie. Le había hablado de Louis, del que dijo que era húngaro, y de Teresa, de quien dijo que no estaba casada con él porque ya estaba casada cuando Louis la conoció; pero su marido la zurraba, así que Louis la había secuestrado y se la

había llevado a Francia. Habían tenido un hijo, pero se murió y ella ya no podía tener más; aun así, dijo, eran una pareja feliz y bien avenida. Louis podía ser un compañero muy exigente, y a ella le gustaba cuidarlo. Una parte de Clary había estado atenta, y la otra parte se había limitado a disfrutar del paseo por las calles oscuras y vacías con Archie cojeando a su vera.

—Conque ahí los tienes, los primeros comunistas que conoces. Ya ves que no son tan distintos del resto del mundo.

Escribió: «Ah, por cierto, papá, resulta que Louis no te conocía. Dijo que lo lamentaba mucho. Qué le encantaría conocerte cuando acabase la guerra. Me pareció un gesto muy bonito».

No era exactamente eso, se dijo: lo bonito no había sido que quisiera conocer a su padre. Lo que había sido más que bonito era que hubiese dado por hecho que al término de la guerra le sería posible conocerlo porque estaría allí. A veces, cuando pensaba en esto, se desanimaba; parecía que habían pasado mil años desde que desapareció y que faltaban mil años para poder pensar siquiera en el final de la guerra. Hablaban de un segundo frente, es decir, de invadir Francia, pero no acababan de decidirse; además, aun en el caso de que invadieran, no sería el final propiamente dicho de la guerra, aunque sí que podría ser el comienzo del final. ¿Cómo era aquello que había dicho el señor Churchill hacía ya tiempo?, ¿«Este no es el principio del fin, pero puede que sea el fin del principio»? No lo recordaba con exactitud. Lo peor de todo era que últimamente le ponía enferma que la familia escuchase con tanto afán cada boletín informativo, que leyese el periódico de cabo a rabo y hablase después de lo que había oído y leído.

No quería seguir escribiendo. Al día siguiente, Archie y ella se habían ido a Richmond Park y después habían comido en el piso de Archie (pastel de carne y riñones en conserva, una delicia). Más tarde, Archie la llevó a un cine de Oxford Street donde echaban viejas películas francesas y vieron *La fin du jour*, con Jean Gabin, a quien nunca había visto. Le pareció una película maravillosa, y se dijo que ver películas francesas quizá fuera la mejor manera de aprender francés. Cuando llegaron al Corner House, en Marble Arch, con idea de cenar temprano, le preguntó a Archie su opinión al respecto.

—Creo que estaría bien que las dos aprendierais algo además de taquigrafía y mecanografía. Polly debería dibujar. Si se matriculase en una escuela de arte (en el turno de tarde, por ejemplo) conocería a gente de su



edad.

«¿Y yo qué?», había pensado Clary, pero no había dicho nada. En cambio, soltó:

—Con lo guapa que es Polly, seguro que se casa con alguien y ya está. No creo que quiera ser pintora, la verdad.

Y él había respondido:

—Sí, hay que admitir que es preciosa.

Entonces Clary le había preguntado si pensaba que ser bella o bonita era importante, y él había respondido que cierta importancia sí que tenía. Después había hecho una pausa y la había mirado como sopesando lo que iba a decir:

—Pero lo que impide que se convierta en una especie de mortífera vara de medir es que todos tenemos ideas distintas de lo que es bello o bonito, o como quieras llamarlo. Es uno de los pequeños trucos de los que se sirve la naturaleza para conseguir que la gente se empareje, aunque la verdad es que no me veo perdiendo el sentido por una señora con un cuello de jirafa adornado por catorce anillos (habían visto una en el «Aunque usted no lo crea» de Ripley mientras ojeaban el *Sunday Express* durante el desayuno).

—Eso no cuenta. Son cosas que hace la gente porque está de moda, como llevar corsé, o como las chinas que se vendan los pies. Yo me refiero a cómo es la gente antes de hacerse todo eso.

—Pero la gente suele cambiar, ¿no crees? Vale, tienes razón: las mujeres jirafa no son un buen ejemplo. Bien visto, Clary. Pero tú, por poner otro, te hiciste la permanente no hace mucho. Ah, por cierto, te queda mucho mejor el pelo liso. Y, ya que estamos, te diré que no me parece que te favorezca mucho esto de embadurnarte la cara.

—Eso es porque estás en contra del maquillaje.

—No. Creo que hay gente a la que sí que le favorece.

—Polly está preciosa con y sin maquillaje.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero es que no lo necesita.

—Lo que quieres decir —puntualizó, sintiéndose de repente bastante desmoralizada— es que hay dos tipos de personas a las que no les merece la pena retocarse: las que son despampanantes y las que son como yo.

Se hizo un breve silencio. Estaban sentados el uno enfrente del otro,

separados por la encimera de mármol de la mesita; Clary estaba sofocada, alicaída, peligrosamente a punto de llorar.

—Clary, no me gustaría que fueras distinta en ningún aspecto. Me gustas exactamente como eres. Para mí estás bien así.

—Pues entonces es que tienes muy mal gusto —dijo, intentando ser lo más desagradable posible.

—Qué palabras más duras. Permíteme que te recuerde lo que dijo Congreve (como diría la señorita Milliment, porque estoy seguro de que no lo has leído), o más bien lo que puso en boca de uno de sus personajes; en cualquier caso, se lo dijo un hombre a una dama: «Que la dama le admire tanto por la belleza que elogia en ella como si él mismo poseyera esa belleza». Hala, chúpate esa.

Clary estuvo dando vueltas a la frase durante unos instantes.

—¿O sea, que la dama debería admirarlo por tener tan buen criterio? No sé, sospecho que solo estás intentando ser diplomático o algo por el estilo. Papá me dijo una vez que yo era guapísima y por un momento casi casi lo creí, porque, como sabes, tiene muy buen gusto... pero en realidad solo quería que me sintiera menos... menos... feúcha.

Alzó los ojos y vio que Archie la estaba mirando.

—¿Y lo consiguió?

—Ya te lo he dicho, por poco tiempo. Pero no quiero que pienses que envidio a Poll, ni que la tengo tomada con ella por ser tan espectacular. Es solo que a veces me gustaría... —Se encogió de hombros para quitar hierro al asunto—. Bueno, tú ya me entiendes. Me refiero a que la gente tendrá que fijarse en mi forma de ser, ¿no? Que, dicho sea de paso, no es mejor que la de Poll...; de hecho, probablemente sea peor, pero la gente feúcha necesita que su forma de ser sea mejor para compensar. Ya sabes, como aquello que me contaste una vez de que, si quieres ascender a oficial de la Marina y tienes acento *cockney*, tienes que demostrar que vales más que los que no lo tienen. No sé si tengo fuerzas para eso.

Se quedó callada, pero, como Archie seguía escuchando, añadió:

—Una vez, cuando Neville tenía unos seis años, estábamos jugando al juego ese que consiste en decir lo que más te gustaría ser. Yo dije que buena y valiente. Neville abrió los ojos como platos, como si acabase de contarle una mentira cochina, y después se quedó mirando al techo y dijo que a él en

cambio le gustaría ser rico y guapo. Y lo primero que pensé fue que en realidad era eso lo que yo quería, y que lo otro solo me lo había inventado para hacerme la buena.

Y vuelta a las andadas; de nuevo la estaba mirando como si le leyera la mente. Pero esta vez era distinto; esta vez, sus ojos, que parecían ver y decir tantas cosas, estaban clavados en ella con una expresión que se le hizo insoportable (por un terrible instante se le pasó por la cabeza que sentía lástima por ella, una idea tan humillante y detestable que la descartó de un plumazo, sin buscar siquiera una interpretación alternativa). Se limitó a decir:

—Menuda cara más ñoña se te ha puesto. ¿En qué diablos estás pensando?

A lo que, ni corto ni perezoso, Archie había respondido:

—Estaba intentando aguantarme la risa.

Se había sentido tan agradecida (compadecer a una persona era incompatible con intentar no reírse de ella) que pudo cambiar de tema sin turbarse.

—Cuéntame, por favor —había dicho—, todo lo que sepas sobre los burdeles. Por lo que veo, solo salen en libros relativamente antiguos. ¿Sigues habiendo? Ya sabes cómo es mi familia para estas cosas. Se niegan en redondo a hablar de ellas. Así que sigo en la inopia.

Pero en ocasiones, como ahora que estaba sentada en la cama con el edredón echado sobre los hombros, la asaltaba de nuevo aquella fugaz sospecha sobre la expresión de Archie y, presa de la humillación, se ruborizaba. Si en algún momento empezaba a sentir lástima por ella, todo se acabaría. «Sería una impertinencia tan profunda que jamás me recuperaría», escribió en el diario sin poder evitarlo, y acto seguido leyó la frase con alarma. Lo último que quería era que su padre la leyera, porque no pegaba absolutamente nada con todo lo que llevaba escrito hasta entonces; por otro lado, lo cierto era que se le antojaba un comentario bastante interesante y maduro que no merecía ser desechado a la ligera. Al final, lo borró y lo tachó a conciencia, y después lo escribió en el cuaderno que le había regalado Polly en Navidad para que anotase las ideas para sus libros.

# LA FAMILIA

## Verano de 1943

Aguardar algo con ilusión, lo que fuera, no hacía sino poner de relieve el páramo en el que le parecía que se había convertido su vida: salir a comer con su cuñado, que en tiempos no habría sido más que una modesta diversión (muy modesta), asumía en estos momentos las dimensiones de una aventura. Había planeado coger el tren a primera hora para ir a cortarse el pelo a la peluquería del señor Bayley, en Brook Street, y después se pasaría por Liberty's, donde Zoë había comprado recientemente una preciosa colcha de algodón a rayas de la que había sacado un vestido para ella y otro para Juliet. No hacían falta cupones para comprar ropa de cama y tapicería, pero no era fácil encontrar telas adecuadas. También había decidido que no iba a hacer noche en la ciudad. Desde aquella funesta velada en casa de Hermione a la que Edward se había olvidado por completo de ir, odiaba el lóbrego pisito de su marido. No entendía por qué se empeñaba en mantenerlo. Era uno de esos apartamentuchos modernos cutres y angostos; la decoración le recordaba el camarote del capitán de un buque de guerra (aunque a saber de dónde le venía semejante comparación, si jamás había puesto el pie en la cabina de un capitán). El caso es que estaba pintado en distintos tonos de un gris lustroso, y la moqueta del suelo tenía el color y la textura de las gachas. El exiguo mobiliario era «moderno», es decir, el decorador se había empeñado en que se saliera de lo corriente a toda costa. En lugar de tiradores, los cajones tenían unos rebajes tan superficiales que era prácticamente imposible meter los dedos para abrir; del mismo modo, los grifos no tenían una llave fácil de agarrar sino una moldura que no se prestaba a rotar sobre sí misma. Aunque Edward había hecho traer una cama más grande que el diván individual que

había antes, seguía sin dar cómoda cabida a los dos; tenían que pasar toda la noche en contacto, cosa que a Villy nunca le había hecho mucha gracia. De todos modos, Edward estaba fuera —en Southampton, donde acababan de comprar un muelle—, así que tampoco es que tuviera mucho sentido que hiciera noche en Londres. Con todo, había estado, y estaba, deseando salir de Home Place, aunque solo fuese para pasar el día fuera y volver. A pesar de que la casa estaba llena de gente, se sentía sola. Echaba de menos a Sybil mucho más de lo que se había imaginado; echaba de menos a Rupert, a quien, como el resto de la familia, en su fuero interno creía muerto; echaba de menos la vida que tenía en Londres antes de la guerra, por mucho que en su momento le hubiese parecido aburridísima; hasta echaba de menos a su hermana Jessica y las largas visitas estivales que le hacía cuando era más pobre y, de alguna manera, estaba más accesible de lo que parecía estarlo ahora.

De todos modos, en general no quedaba tiempo para la nostalgia ni para la introspección. A consecuencia de la artritis, al señor McAlpine no solo se le había quedado muy ancho el huerto, sino que además se le había agriado tanto el carácter que ninguno de los chicos reclutados en la menguante reserva disponible duraba más de unas pocas semanas. El verano anterior Villy había aprendido por su cuenta a manejar la guadaña y había segado el huerto entero. Se había ganado así el respeto de McAlpine, aunque con reservas: «Podría estar peor». Después de aquello, había empezado a dedicar al menos dos tardes por semana al mantenimiento de los exteriores: había aprendido ella sola a podar los frutales; lijó y dio otra mano de pintura a uno de los invernaderos, y, cómo no, en días lluviosos siempre había leña que cortar y amontonar. «Cuidado, no te agotes», le había dicho la Duquesita, pero eso era exactamente lo que había querido el año anterior desde la primavera, de la que le parecía que habían pasado siglos. Pero, aparte de... de lo de «ese hombre» (no se permitía a sí misma mencionar su nombre), el año pasado había sido duro en otros sentidos. Después de la bronca con Edward por su olvido del sarao de Hermione, en la que le había soltado el sempiterno sermón por su desinterés, habían hecho el amor durante mucho más tiempo del habitual, pero había estado tan tensa y después tan agotada fingiendo que disfrutaba que hasta la mañana siguiente no recordó que no había tomado precauciones. De modo que cuando, al mes siguiente, no le llegó el periodo,

lógicamente pensó que estaba embarazada, y esta vez, a diferencia de cuando se quedó embarazada de Roly, la verdad es que se alegró. Sería su último hijo, podría intercambiar experiencias con Louise, que también estaba encinta. Sin embargo, cuando se lo dijo a Edward notó que la idea no llegaba a entusiasmarle, por mucho que no expresara ninguna objeción. «¡Dios mío! No sé yo. ¿De veras crees que te conviene?», dijo entre otras cosas. Cuando le presionó para que dijera lo que de verdad pensaba, acabó diciendo que, cómo no, él se alegraba, pero que se preguntaba si ella no sería ya un poco mayor para tener más hijos. Si fuese el primero, claro que sí, había respondido ella, pero estaba sanísima y no veía ningún motivo para no tenerlo. Acarició la idea de ir a Londres a ver al doctor Ballater, pero al final acudió al doctor Carr. Fue a verlo a su casa, donde pasaba consulta, porque no quería contar nada a la familia hasta asegurarse del todo, aunque a estas alturas ya habían pasado dos meses y creía que no había duda.

—Estoy segura —le había dicho al doctor Carr—. Solo quería que usted me lo confirmase.

El médico le había dirigido una mirada sagaz presidida por sus tupidas cejas y había señalado que era un poco pronto para estar seguros...

Después de examinarla y de hacerle un montón de preguntas, había dicho que, aunque quizá no le hiciera gracia saberlo, le parecía mucho más probable que se tratase del inicio de la menopausia que de un embarazo. Lo mismo se equivocaba, añadió, pero era evidente que no lo pensaba.

—Al fin y al cabo, señora Cazalet, tiene usted cuarenta y siete años y cuatro hijos estupendos. Sea lo que sea, ¿no le parece que es un pelín tarde para empezar de nuevo?

—¡Pero si todavía es pronto para que se me retire! —Estaba horrorizada.

—Depende de la mujer. Me ha dicho que la menstruación le llegó tarde, y las que empiezan tarde suelen terminar antes.

Notó que se sonrojaba. La mera mención de aquel asunto tan desagradable le daba vergüenza. El médico tomó la repugnancia por decepción y le habló en tono alentador del panorama de ser abuela (Louise había ido dos veces a verlo).

—Es usted lo bastante joven para disfrutar plenamente de los nietos —había dicho.

Pero Villy siempre había considerado cualquier forma de consuelo como

un intento de minimizar la autenticidad de su desdicha y se mostró hostil o, al menos, refractaria a sus palabras.

Naturalmente, poco después de la visita llegó la prueba irrefutable de que no estaba embarazada, y pasó el resto del invierno con el ánimo por los suelos. El alivio de Edward al oír la noticia la había irritado y en varias ocasiones le había dicho que ya podía estar contento, pero no mencionó siquiera la bochornosa alternativa.

Entre unas cosas y otras, se alegraba de tener aquella pequeña excursión en el horizonte. Por supuesto, también se pasaría a ver a Louise, que seguía en la clínica en la que había dado a luz la semana anterior. Michael había llamado para dar la buena nueva (había conseguido rascar unos días de permiso) y se había ofrecido a ir inmediatamente, pero él había dicho que mejor que se esperase a que se le acabase el permiso, cuando quizá Louise se sentiría un poco sola. Y después había recibido una llamada de Raymond. Había muchas interferencias, y sonaba a la vez pomposo y timorato. Necesitaba verla, dijo dos veces. Ella era la única persona que podía aconsejarle... Este comentario, con su doble gancho —le halagaba la vanidad y despertaba su curiosidad—, zanjó la cuestión. Había quedado con él en el Arts Theatre Club, en Great Newport Street, a la una menos cuarto. Se puso el traje azul del año anterior con la blusa de chifón (era un día soleado y caluroso) y cogió el tren.

Llegó antes de tiempo y él todavía no estaba, así que se sentó en la pequeña zona penumbrosa y abarrotada de la planta baja que era medio pasillo, medio sala y se puso a mirar a la gente que estaba comprando entradas para el teatro y que había quedado para comer, hasta que, de repente, apareció Raymond a su lado, encorvándose para acercarle el rostro enorme y blanquecino que a media luz despedía un brillo casi fosforescente.

—¡Querida! El tren ha llegado con retraso. Lo siento de veras. —Tenía la mejilla húmeda, y en vez de un bigote parecía que tuviese abrojos. La cogió del brazo—. ¿Quieres que subamos ya y nos vayamos pidiendo algo de beber?

Villy lo siguió hasta el comedor, que era amplio y agradable.

—Una mesa para dos. Reserva a nombre de Castle —dijo con el tono ceremonioso que reservaba para aquellos a quienes consideraba sus inferiores.

Era algo en lo que Villy no había reparado antes, pero en este momento lo reconoció como un hábito de su cuñado.

—Y desearíamos pedir las bebidas inmediatamente, si fuera usted tan amable.

Les sirvieron las bebidas, le ofreció un cigarrillo y pasó a interesarse diligentemente por la salud de cada miembro de la familia, recibiendo las respuestas como si fueran justo lo que se esperaba. Villy vio que estaba nervioso.

—Supongo que no puedo preguntarte por tu trabajo —dijo.

—Me temo que no. Por supuesto, es agradable sentirse útil, encontrar tu rinconcito. Además, digo yo que alguien de mi familia tendrá que contribuir al esfuerzo bélico.

—¡Venga, Raymond! Christopher está trabajando para un granjero, y si algo necesitamos son cultivos que nos den de comer; y, por lo que me han dicho, Nora es una enfermera maravillosa, y Angela ¿no había dejado la BBC para irse al Ministerio de Información? Y Judy, al fin y al cabo, no es más que una niña. Y...

Pero al llegar aquí ya no supo qué decir. En honor a la verdad, no le venía a la cabeza ni una sola cosa de utilidad que estuviese haciendo Jessica en estos momentos o que hubiese hecho nunca, y fue entonces cuando se dio cuenta de que Raymond ni siquiera la había mencionado.

—Y en cuanto a Jessica —dijo él, como si hubiera oído sus pensamientos—, por lo visto su contribución es el adulterio.

Se hizo un breve silencio; la palabra se había apostado como un escorpión sobre la mesa, entre los dos.

Después, continuó:

—Por un terrible instante he pensado que quizá lo supieras. Que todo el mundo lo sabía menos yo. Pero no tenías ni idea, ¿verdad?

—No —dijo—, no tenía ni idea.

Estaba tan estupefacta —siempre había dado por sentado que Jessica y ella eran de un mismo parecer sobre este tipo de cosas— que, a pesar de que se le pasaban por la cabeza miles de preguntas, tomadas por separado parecían demasiado triviales para formularlas.

—Pero ¿estás seguro? —consiguió preguntar al fin.



—Segurísimo.

Y entonces empezó a responder a las preguntas sin que Villy tuviese que formular ni una sola.

Hacía casi un mes que lo sabía. Nada más enterarse, su primer impulso había sido ir a pedirle cuentas inmediatamente, pero no se había atrevido.

—Quería matarla. Te juro que tenía miedo de lo que pudiese hacerle. No ha hecho más que mentirme, ¿sabes? Me sentía como un mentecato. Además, había cosas que prefería no saber. ¿Y si estaba convencida de que se había enamorado de ese cabrón, por ejemplo? ¿Y si no lo estaba, si no había sido más que un revolcón? No sabía cuál de las dos cosas me sentaría peor. Después me enteré de que la cosa venía ya de lejos...

—¿Desde cuándo?

—Bueno, desde hace más de un año. Bah, yo qué sé, puede que mucho más. Lo conoció cuando todavía vivíamos en Frensham. A estas alturas ya sabrás de quién hablo, supongo.

Empezó a decir que no, que no lo sabía, pero antes de que le salieran las palabras de la boca le asaltó un pensamiento terrible, una duda, una sospecha que tardó un segundo en cuajar en repugnante certeza.

—¡Ay, no!

—¡Querida! Lo siento si te he escandalizado, aunque te entiendo perfectamente. Es escandaloso, sí. Una mujer que se ha criado en una familia respetable, que lleva veintisiete años casada, felizmente casada, pensaba yo...

Villy bebió un trago de agua mientras él seguía disertando, y poco a poco, como a sacudidas, volvió a ver con nitidez el rostro de Raymond, que por unos instantes se había convertido en un manchón borroso. Y pudo ver con idéntica nitidez todo tipo de menudencias: cosas dichas y no dichas, el hecho de que Jessica jamás la invitase a pasar la noche en su casa, su desinterés por ir a Home Place, su negativa a que Louise se quedase con ella, por no hablar de aquella extraña vez en que Villy se había presentado sin avisar en St. John's Wood y Jessica había tenido un comportamiento tan chocante...

Raymond le estaba largando todo lo que pensaba de Clutterworth; de repente, era como si no pudiese dejar de repetir su nombre.

—Si el «señor» Clutterworth se piensa que ser músico le da derecho a portarse así; es más, si se piensa que puede salir de rositas, se va a llevar una buena sorpresa, el señor Laurence Clutterworth. Ganas me dan de ponerme

en contacto con esa pobre infeliz de su esposa para ver si está al corriente de lo que está pasando.

Si la cosa empezó hace más de un año, yo ni siquiera fui su primera opción, se dijo Villy mientras la humillación de aquella espantosa velada de Mayfair, que creía enterrada para siempre, volvía a apoderarse de ella. ¡Ay, Dios! ¡Y lo mismo hasta se lo había contado después a ella!

Pero lo peor aún estaba por llegar.

—Explícamelo tú —dijo Raymond, acodándose sobre la mesa para acercarse más a ella—. Explícamelo: ¿cómo diablos se le puede ocurrir a una mujer respetable (casi digo «señora») enamorarse de un vil gusano como ese? Y no digamos... —al llegar a este punto, un rubor de vergüenza le tiñó el semblante—, ¡no digamos contemplar siquiera la posibilidad de mantener una... una relación física con semejante bicho! ¿Tú lo entiendes? ¿Soy yo el que es corto de entendederas, o qué?

Por fortuna, no parecía que esperase una respuesta: tan entregado estaba a su colérica rumia que las preguntas no podían ser más que retóricas. Lo único que podía hacer ella, pensó, era cruzarse de brazos y soportar hasta el final de la comida aquella tromba de rabia y sufrimiento... pues, más allá de las palabras torpes y tópicas de su cuñado, Villy, gracias a su experiencia en la Cruz Roja, veía que estaba realmente conmocionado. Dejó de esforzarse por comer, se encendió un cigarrillo, clavó la vista en el plato y trató de que le resbalase la humillación suprema de oír cómo describía al hombre al que al menos había creído amar en términos vulgares y de un realismo descarnado. Este ensimismamiento anestesiado, maquinal, terminó de modo abrupto porque le pareció que Raymond le estaba preguntando algo.

—¿Tú qué piensas que debo hacer?

—¿Hacer? ¿A qué te refieres?

—A si conviene que hable con ella. Confieso que no tengo ni idea de cuál sería la mejor manera de plantearlo.

Villy lo miró asombrada. Era como si toda su ira se hubiese desvanecido; ahora tenía un aire nervioso, furtivo, conciliador. Antes de que le diese tiempo a responder, Raymond exclamó, con una espontaneidad nada convincente:

—¡Ya sé! Bueno, claro, solo si se te ves capaz, pero... ¿qué tal si hablas con ella?

Raymond se mantuvo en sus trece pese a las protestas de Villy: ¿qué debía decirle a su hermana? ¿Qué quería él que le dijera? Ya puestos, ¿qué pretendía él? Raymond dijo que a lo mejor ella descubriría lo que de verdad sentía Jessica. Tal vez hasta podría hablar con la esposa del tipejo, conseguir que lo convenciera para se quitase de en medio o algo por el estilo. Por debajo de la rimbombancia inicial, de la que no quedaba ya ni rastro, Villy vio que estaba angustiado, acobardado, y muerto de miedo. Al final, y con objeto de escaparse, dijo que se lo tenía que pensar, y Raymond le anotó su dirección y su número de teléfono de Woodstock para que pudiera ponerse en contacto con él. Para cuando se despidieron en la puerta del Arts Theatre Club, eran las cuatro, y tuvo que correr hasta Charing Cross para no perder el tren.

A Neville y Lydia, que habían sido tan incautos como para quejarse de que no tenían nada que hacer, les habían mandado llenar de agua el abrevadero para caballos que había en el prado. Esto suponía llenar dos cubos, uno por barba, con la manguera que había a la entrada de los establos, pasar mal que bien por el arco del muro, enfilarse la estrecha pista de ceniza pasando por delante del cobertizo del jardinero, la pila de compost y la destartalada perrera, y seguir por un sendero herboso surcado de enormes rodadas endurecidas por el sol hasta llegar al abrevadero, que estaba nada más cruzar la verja que daba al prado de los caballos. En fin, una buena caminata. Llevaban ya cuatro viajes y el abrevadero aún estaba a medio llenar.

—En parte es porque Marigold se lo bebe todo en cuanto nos damos media vuelta —se quejó Neville.

Como siempre, y de manera casi mecánica, nada más serles asignada la tarea se habían puesto a refunfuñar sobre lo injusto que era que los obligasen a trabajar en vacaciones, sobre todo una tarde tan calurosa en la que seguro seguro que nadie más estaba trabajando. Repasaron con desdén las indolentes e irrisorias actividades de los adultos: la Duquesita y su máquina de coser; la tía Zoë leyéndoles a los heridos del sanatorio; la tía Rachel y su costura; la tía Dolly (alias Bully) y sus «siestecitas» —llegados a este punto se miraron arqueando las cejas, en el culmen de su sarcástico regodeo—; la tía Villy yendo a buscar todo tipo de cosas ni más ni menos que en coche...

—¡Y siempre sentadas! —dijo Neville.

—Desde luego, no se puede decir que se agoten —asintió Lydia—. ¿Por qué no se encarga de esto el señor Wren? Espera, que cambio de brazo.

—Lo único que hace es cortar un poco de leña y largarse al *pub* por las tardes. A veces Tonbridge tiene que ir a por él y llevarle a casa porque no se tiene en pie.

—Eso es por culpa del alcohol, que lo sume en un estado de embriaguez —le explicó Lydia.

—Pero ¿a qué se dedica el resto del día? Creo que deberíamos averiguarlo.

—¡Ay, Nev! A veces da mucho miedo, sobre todo si está dormido y vas y lo despiertas.

—Bueno, con esas canillas que tiene no puede correr tan deprisa como nosotros.

Habían llegado de nuevo al prado. La vieja yegua castaña estaba bebiendo del abrevadero. Levantó la cabeza de golpe y volcó el cubo de Lydia; el agua se vertió sobre la tierra endurecida y desapareció al instante.

—¡Ay, señor!

—Deberías haberle apartado la cabeza primero. Encima de que vamos a tener que pasarnos casi toda la tarde haciendo esto, tú tendrás que hacer un viaje de más.

—A lo mejor no.

—Ya veremos —dijo Neville, imitando la voz de Ellen.

Habían emprendido la caminata de vuelta, y, como era más fácil porque los cubos iban vacíos, tenían carta blanca para fijarse tranquilamente en otras cosas: por ejemplo, en el viejo lilo que crecía pegado a la verja del huerto y que estaba plagado de mariposas; en Flossy, que estaba dormida sobre un cachito de muro que parecía de lo más incómodo con el rabo colgando, «igualito que en la aventura de “La banda de lunares”», dijo Neville, que en los últimos tiempos se había vuelto un fanático de Sherlock Holmes. Cuando por fin llegaron a la puerta del establo, a cuyo lado estaba la manguera enrollada sobre el grifo, se fueron derechos al poyo para sentarse a descansar un rato.

—Bueno, después de esta tarde hay una cosa que tengo clara. De mayor

pienso ser un *free lance*.

—¿Y eso qué es?

—Significa que no tienes que hacer nada que no te apetezca.

—Pero ¿qué significa la palabra?

No tenía ni idea, pero antes se habría dejado cortar el cuello que confesárselo.

—En América del Sur —empezó a decir con tono de sermón—, hay una serpiente supervenosa que se llama *fer de lance*. Viene de ahí. La serpiente solo pica a la gente si le apetece. ¿Qué?, ¿lo entiendes ahora?

Lydia sabía que le interesaban muchísimo las serpientes y que leía todo lo que caía en sus manos al respecto, de modo que aceptó su explicación sin rechistar.

—Me imagino que en Francia *free lance* se dirá *fer de lance*. Ya le preguntaré a la señorita Milliment.

—Yo que tú no lo haría. Siempre he pensado que la señorita Milliment no es ninguna lumbrera en cuestión de reptiles.

Estaba poniendo otra voz (debía de ser la de algún profesor de su colegio). Le entraron ganas de decirle que imitar voces no tenía mucha gracia si eran de desconocidos, pero quería estar a buenas con él porque así lo mismo le perdonaba el cubo extra.

—¿Qué piensas de Mussolini?

—Casi no pienso en él, y además, ahora que lo han depuesto, ya no cuenta. Escucha, se me ocurre una idea.

A Lydia se le cayó el alma a los pies. Sospechaba que era algo relacionado con el señor Wren. En efecto, lo era.

—Voy a subir despacio al pajar, y si está dormido le suelto un chorrito de agua de la manguera y le pregunto que por qué no se está encargando él de llevarles el agua a los caballos. Si quieres, te dejo mirar.

—Pero ¿y si no está dormido? Puede que... —El resto de la frase lo articuló para que le leyera los labios—. Puede que nos esté escuchando en este mismo instante.

Se lo imaginó escuchando con su sonrisita forzada y preparándose para abalanzarse sobre Neville en cuanto lo viese asomar por la escalera.

—A ver si te hace perder el equilibrio y te caes.

—Tendré cuidado. Primero lo llamaré. Si responde, dejaré de subir.

—Antes vamos a terminar esto.

Con suerte, les daría la hora del té, y como Neville siempre tenía hambre no se lo querría perder.

—Sigue tú, si quieres.

Neville se levantó del poyo y cogió la manguera. La puerta del establo estaba entreabierta. La abrió de par en par y desapareció en la penumbra.

—¡Señor Wren! ¡Oiga, señor Wren!

Lydia lo oyó llamar. Después, silencio. Se levantó del poyo y le siguió los pasos.

—Desenróllame la manguera, anda, que voy a subir.

Hizo lo que le pedía, y a continuación, presa del miedo, echó un vistazo a los boxes por si acaso el señor Wren estaba escondido en alguno. Pero estaban todos vacíos, salvo por un viejo nido en uno de los pesebres de metal que había empotrados en el muro. Los muros estaban encalados y cubiertos de alambicadas telarañas, grandes como las redes de pescar de Hastings; hacía mucho que no les habían dado una mano de pintura. Echó un vistazo al interior de los cuatro boxes. Todos tenían —en lo más alto del muro, para que no pudieran asomarse los caballos— un ventanuco redondo con el cristal sucio y resquebrajado; reinaba una oscuridad polvorienta. Oyó que Neville había llegado al final de la escalera, y, después, sus pisotones sobre las tablas del altillo.

—No está aquí —gritó—. Habrá salido. Coge la manguera, ¿vale?

Al volver al pie de la escalera, Lydia se fijó en la puerta del cuarto de los arreos. Estaba cerrada. Perfectamente podía estar ahí. Mientras Neville cogía la manguera, le señaló el cuarto en silencio y se arrimó a la puerta del establo para salir corriendo si el señor Wren se abalanzaba sobre ellos. Pero el señor Wren no salió.

Una vez abajo, Neville volvió a coger la manguera.

—Apuesto a que es ahí donde se pasa el día metido.

El pestillo no se abría bien y al subirlo chirrió.

—¡Sí! Está dormido, como siempre.

Lydia se acercó, sin traspasar el umbral. El cuarto de los arreos tenía suelo de ladrillo. Había una pequeña parrilla de hierro, y encima, apoyado en

una repisa, un espejo roto. Por las paredes colindantes había unas escarapelas descoloridas que debía de haber ganado Louise en la época en que participaba en competiciones ecuestres. Sobre la ventana colgaba a modo de cortina un trozo de arpillera sujeto por clavos, pero una parte se había podrido y solo cubría la mitad del vano. El cuarto olía distinto al resto de los establos, a cuero húmedo y ropa vieja y mohosa. El señor Wren estaba echado sobre un catre en el rincón del fondo. Estaba medio tapado por una gualdrapa, pero por debajo, enfundadas en unas polainas marrones de cuero y unas botas oscuras color caramelo, le asomaban las piernas.

—¡Señor Wren! —dijo Neville con tono guasón.

—Neville, no —empezó a decir Lydia.

Pero era demasiado tarde. Neville la miró con ojos indiferentes y chispeantes —un gesto inequívoco, bien lo sabía ella, de desafío—, apretó el pulsador de la manguera y apuntó a la figura yacente. No se movió.

—Pues sí que está dormido —dijo Neville, dejando que Lydia le quitase la manguera.

Lydia se fue derecha a la cama.

—No está dormido. Tiene los ojos abiertos como platos. ¿Tú crees que puede que esté, ya sabes... muerto?

—¡Atiza! ¿Y yo qué sé? No me parece que esté lo bastante pálido. Tócalo.

—Tócalo tú.

Neville se inclinó y puso la mano con cautela sobre la frente del anciano. Le habían caído unas gotitas de agua, pero la piel estaba fría.

—A ver si puedo tomarle el pulso.

Intentó sonar tranquilo, pero le temblaba la voz.

Retiró la manta. Wren yacía con la sucia camisa a rayas y sin cuello, los tirantes enganchados a los pantalones de montar; en la mano derecha tenía un papelito amarillento. Cuando Neville le levantó la muñeca, el papelito se cayó a un lado y vieron que era una vieja fotografía, sacada de un periódico, del Brigada a lomos de un caballo. Un joven con una gorra de *tweed* sostenía la brida. «El señor William Cazalet a lomos de Ebony, con su mozo de cuadra», rezaba el pie. La muñeca, un montón de huesos recubiertos de pellejo, también estaba fría. Al soltarla, cayó tan a plomo sobre la cama que Neville casi pega un bote. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Me da que está muerto.

—¡Ay, pobre señor Wren! Tiene que haberse muerto muy de repente para que ni siquiera le haya dado tiempo a cerrar los ojos.

Lydia se echó a llorar, de lo cual Neville se alegró porque al verla se contuvo.

—Tenemos que ir a decírselo a todos.

—Pues yo creo que primero deberíamos rezar por él. Yo creo que si te encuentras con un muerto tienes la obligación de hacer algo así.

—Bueno, quédate tú a rezar si quieres; yo me voy a buscar a la tía Rach.

—Casi mejor que no —se apresuró a decir Lydia—. Me voy contigo, ya rezaré por el camino.

Encontraron a la tía Rach, se lo dijeron y fue a ver a Wren con Villy. Después llegó el doctor Carr, y más tarde vino una furgoneta negra de Hastings y se llevó al señor Wren, y entretanto les dijeron a Neville y a Lydia que se quitasen de en medio, que se fuesen «a jugar un partidito de tenis o de *squash* o de cualquier cosa». Esto les sacó de quicio.

—¿Cuándo dejarán de tratarnos como si fuéramos unos chiquillos? —exclamó Lydia con el tono de voz más adulto y hastiado que fue capaz de pergeñar.

—De no haber sido por nosotros, lo mismo habría seguido allí durante semanas y meses. Incluso puede que años. Hasta convertirse en un esqueleto con ropa —dijo Neville, preguntándose a continuación qué pasaría con el resto del señor Wren.

—Hombre, se habrían enterado porque Edie le lleva la cena en un plato tapado todos los días. Se habría dado cuenta de que los platos se iban amontonando —dijo Lydia.

Se estaba preguntando qué pasaba con la parte de cuerpo de las personas. Pero no pienso preguntárselo a Neville, se dijo; seguro que no lo sabía y se inventaba cualquier explicación horrible. De mutuo acuerdo, cruzaron la puerta de paño verde y se fueron a la cocina, donde deleitaron al personal de servicio, que no podía haber sido un público más agradecido, con un relato la mar de efectista.

—... y lo que nos preguntábamos los dos —dijo Neville al cabo de un rato, cuando ya no se les ocurría nada más— era: ¿cómo le cierras los ojos a



un muerto?

La señora Cripps dijo que no le parecía una pregunta muy agradable, pero Lizzie, con el susurro ronco al que recurría en las raras ocasiones en que conversaba en presencia de la señora Cripps, dijo que había que ponerles peniques en los ojos.

—Bueno es saberlo —dijo Lydia mientras se lavaban las manos para cenar.

Pero Neville dijo que tampoco lo era tanto porque no era frecuente que se encontrasen con un muerto.

—Tengo trece años, casi, y este es el primero que he visto. Y Clary, nunca. Se va a poner verde de envidia.

Lydia llevaba un rato escandalizada por la actitud tan desalmada que estaba teniendo Neville con el pobre señor Wren, y se lo dijo.

—En realidad no soy un desalmado, pero reconozco que tampoco me compadezco. O sea, lo siento por él porque está muerto, pero no lo siento por mí.

—Te entiendo perfectamente —dijo Lydia—. La verdad es que casi siempre se le veía callado y como de mal genio. Pero mamá dice que se entristeció mucho cuando el Brigada dejó de desplazarse en caballo y empezó a ir en coche. Y sobre todo cuando se quedó demasiado ciego para salir a cabalgar. Entiendo que este tipo de cosas le destrozasen la vida.

El funeral se celebró una semana después, y no faltaron ni el Brigada, ni la Duquesita, ni Rachel ni Villy.

En septiembre, a Zoë le tocó ir de nuevo a ver a su madre a la isla de Wight. Iba cada tres meses y se quedaba tres o cuatro días o, si se veía capaz de soportarlo, una semana. En primavera y en verano se llevaba a Juliet, pero a medida que la niña iba creciendo cada vez era más complicado llevarla. Su madre no podía estar más de media hora con una criatura tan activa, y Jules, a sus tres años, era demasiado pequeña para que la dejase sola, de modo que a Zoë cada vez le costaba más repartirse entre la una y la otra a gusto de ambas.

Esta vez, Ellen había accedido a cuidar de ella, y también estaría Villy para echar un ojo.

—Solo voy para tres días —dijo Zoë.

La Duquesita le había sugerido en tiempos que si quería podía invitar a su madre a Home Place, pero Zoë, horrorizada, se había apresurado a decir que su madre no podía hacer sola un viaje tan largo, y que, como en cualquier caso tendría que ir a buscarla, para eso mejor que se quedase allí con ella. La Duquesita, que entendía perfectamente que por la razón que fuera Zoë no quería que viniese su madre, y que también sabía que a medida que uno envejecía cada vez tenía menos ganas de alejarse de su entorno habitual, no había insistido.

Acababa de hacer la maleta: camisón de invierno, porque en Cotter's End —la casita en la que se quedaba, propiedad de la señora Witting, la amiga de su madre— siempre hacía frío; una botella de agua caliente, porque era como si la cama en la que dormía cada vez que iba estuviese húmeda casi todo el año (aún no se había recuperado de su primera visita, cuando metió la botella en la cama y salió vaho); un paquete de galletas de jengibre porque las comidas no podían ser más frugales, y un chubasquero por si acaso llovía durante alguno de los paseos huracanados que daba cuando la asaltaba la necesidad de huir. También llevaba una caja de nubes, que siempre habían sido los dulces favoritos de su madre. Metió labores de costura y de punto y *Ana Karenina*, una novela que Rupert le había dado a conocer justo antes de que lo llamasen a filas y que, para su sorpresa, le había encantado. En estos viajes siempre se llevaba algún libro que pudiese absorberla durante las largas horas que tenía por delante una vez que su madre y Maud se habían ido a la cama. Para Maud metió una botella de jerez, ya que cada vez que iba daban una copichuela a vecinos y amigos para presumir de ella. La ocasión exigía un vestido y un par de sus preciadas medias... Solo le quedaban dos pares sin estrenar.

Una vez llena, la maleta pesaba una barbaridad, y, como con la guerra apenas había mozos, Tonbridge se la subió al tren que iba a llevarla a Londres.

Fue un alivio estar de camino. Dejar a Jules siempre se le hacía difícil; cuando era más pequeña, la niña casi ni se daba cuenta, y era Zoë la que sufría. Ahora —de hecho, durante todo este año— a Jules le molestaba hasta que se fuese a Londres a pasar el día, aunque Ellen decía que no tardaba nada en calmarse. Y, al estar Wills y Roly, en realidad era como si no fuese hija única. Aunque supongo que mi única hija sí que será, se dijo. La perspectiva

de poder pasar varias horas seguidas a solas, sin interrupciones — prácticamente el único aspecto de aquellas visitas a su madre que aguardaba con ilusión—, acababa de abrirse ante ella: podía permitirse el lujo de pensar solo en sí misma, y en unos términos que algunos miembros de la familia Cazalet tacharían de egoístas, de malsanos o de ambas cosas. ¿Qué iba a ser de ella? Tenía veintiocho años; no podía pasarse el resto de su vida en Home Place, trabajando media jornada como enfermera aficionada, cuidando a Jules, ayudando a la Duquesita, haciendo y zurciendo ropa, lavando, planchando, cuidando a los inválidos de la casa (el Brigada, la tía Dolly), oyendo por la radio los interminables boletines de guerra. La guerra, según decían todos, probablemente llegaría a su fin en un año o dos, y después de que se abriese el segundo frente, aunque nadie contaba con que esto fuese a suceder antes de la próxima primavera; aun así, el final, que en otros tiempos había parecido inconcebible, ya se avistaba. ¿Qué debía hacer ella cuando llegase el momento? Los años dedicados a adaptarse al incesante y cálido latido de la vida en familia, tan natural y necesaria para sus parientes políticos, habían minado su espíritu de iniciativa; solo de pensar en volver a Brook Green a solas con Jules se le caía el alma a los pies. Porque ya no esperaba que Rupert fuese a volver, y, en el tren, pudo decírselo a sí misma con entera libertad. En casa estaba rodeada de personas que, por mucho que en su fuero interno pensarán lo mismo que ella, no podían admitirlo en voz alta, aunque solo fuera porque estaban sometidas a la inquebrantable fe de Clary en que estaba vivo. Era una situación que solo el final de la guerra podía cambiar, cuando, al ver que no regresaba, incluso Clary tendría que aceptar que había muerto. Por supuesto, había sentido un inmenso alivio cuando aquel francés trajo noticias suyas y mensajes para ella y para Clary. Había llorado de alegría y emoción. Pero de aquello habían pasado ya dos años... dos años sin la menor señal de que siguiera vivo. Ese mismo verano, el jefe de la Resistencia francesa había muerto torturado a manos de la Gestapo. Lo había oído en las noticias de las nueve; nadie había dicho ni una palabra, pero el salón se había llenado de temores innombrables. Recordó que se había preguntado durante cuánto tiempo seguirían escondiendo a Rupert si corrían el riesgo de morir torturados. Clary no había estado presente en aquella ocasión.

Desde entonces había intentado, en general con éxito, alejar de sí todo

pensamiento de Rupert. Por nada del mundo se lo habría admitido a nadie de la familia, ya que sabía que o bien no la creerían o pensarían que era insólitamente fría y egoísta. Y puede que lo fuera, se dijo en este momento. Pero no era menos cierto que se hallaba en lo que se le antojaba un limbo interminable. No era ni una viuda ni tampoco lo que la familia, parodiando al Brigada, denominaba «una mujercita estupenda casada con un prisionero de guerra». Sí, podía ser cualquiera de las dos cosas, y por pura lógica tenía que ser una de ellas, pero ¿qué podía hacer o sentir cuando no sabía cuál de las dos cosas era? De manera que se había refugiado en el presente, en las minucias de la vida cotidiana en tiempos de guerra, en la que había problemas de sobra para mantenerla ocupada y fatigarla. Su vía de escape era leer novelas, a poder ser largas y antiguas. En casa las había por doquier, arrumbadas al buen tuntún en estanterías; nunca se habían ordenado y nadie sabía dónde podía estar un libro concreto (excepto las chicas, que tenían sus propias estanterías en su dormitorio), de modo que cada novela que leía era un descubrimiento, a veces de lo más placentero y a veces tan aburrido que le costaba seguir leyendo. Como, al principio, había creído ingenuamente que todos aquellos libros, por ser clásicos, tenían por fuerza que ser buenos, le había desconcertado que tuviese que esforzarse tanto para completar la lectura de algunos de ellos. Pero una charla con la señorita Milliment la sacó de tan drástica generalización. Gracias a ella descubrió que el siglo XIX tenía una buena cosecha de libros «alimenticios», escritos para ganar dinero, libros que la señorita Milliment comparó con «el huevo del cura» (¿no conocía el dicho? Significaba que algo era bueno en parte) y novelas que habían sido elogiadas por su relevancia sociológica; y también obras maestras, «aunque, como ya sabrás, nada quita para que a veces las obras maestras puedan ser aburridas». A partir de entonces, cada vez que encontraba un libro le pedía consejo a la señorita Milliment antes de embarcarse en su lectura. «Y no olvidemos», había señalado esta con su voz dulce y comedida, «que hasta los grandes escritores tienen obras de calidad variable, así que puede que una novela te parezca el no va más y, en cambio, otra del mismo autor te deje indiferente». Si no hubiese habido una guerra y si Rupert no se hubiese marchado al frente, ¿habría descubierto lo mucho que disfrutaba leyendo novelas?, se preguntó. Seguramente no.

Archie le había propuesto que comieran juntos cuando pasara por

Londres, pero tenía que hacer unas compras para su madre y quedaron en que lo dejaban para la vuelta. Qué bien, pensó, disponer de Archie un rato para ella sola, y qué ilusión comer en un restaurante. Para la ocasión había cogido la falda nueva de *tweed* verde y el suéter que se había hecho a juego. Sentía afecto por Archie, aunque no le parecía atractivo..., gracias a Dios, se dijo ahora, porque enamorarse del mejor amigo de tu marido habría sido una flagrante estupidez; además, después de aquel horrendo incidente con Philip Sherlock (con el tiempo se había reducido a eso, a un incidente), había rehuido la sola idea de coquetear con un hombre. No; a estas alturas, Archie era como de la familia. Lo sabía todo de todos porque todos le hacían confidencias. Él y solo él sabía que ella daba por muerto a Rupert, y no le hacía sentirse ni culpable ni insensible.

Para comprar los corpiños y las camisolas que quería su madre, tenía que ir a Ponting's, en Kensington High Street, o a Gayler and Pope, en Marylebone. Su madre le había dicho que, si no encontraba lo que quería en una de las tiendas, en la otra seguro que sí, presentándole la alternativa como si fuese a facilitarle la tarea. Lo cierto era que había tanta distancia entre ambas tiendas que sin coche no daba tiempo de ir a las dos, de modo que eligió Ponting's porque el autobús número nueve la dejaba en la puerta; un trayecto largo que costaba cuatro peniques. Dejó el equipaje en Charing Cross. Sin la cerca de hierro, Kensington Gardens parecía mucho más grande y tenía cierto aire campestre. Le vinieron a la cabeza los aburridísimos paseos que lo habían llevado a dar todas aquellas mujeres, cuyos nombres apenas recordaba, que la habían cuidado mientras su madre estaba trabajando, y después se preguntó si también ella llevaría allí a Jules algún día, a jugar con un barquito en el Round Pond, quizá, o a dar de comer a las aves del lago Serpentine. Pero tendré que trabajar en algo, se dijo. El paralelo entre la vida de su madre y la suya la golpeó con una fuerza inesperada. Aunque ya en otras ocasiones había amagado con dejarse ver, había conseguido esquivarlo; en cambio, esta vez vio con horror que su vida imitaba en todo a la de su madre. Se había quedado viuda en la guerra anterior. Ella, Zoë, había sido la única hija. Cuando su madre por fin se había jubilado de la empresa de cosméticos para la que llevaba casi veinte años trabajando, le habían dado 300 libras y una bandeja de plata para las tarjetas de visita. Recordó sus patéticos intentos por encontrar compañía masculina (sin duda, con el

matrimonio como horizonte), y cómo ella se los había saboteado sin piedad. Desde que tenía uso de razón, su madre —como no se cansaba de repetirle— siempre la había tenido en palmitas: le hacía la ropa, cada noche le pasaba cien veces el cepillo por el pelo, le enseñaba a cuidar su apariencia, la mandaba a colegios que, bien mirado, debía de haberle costado Dios y ayuda pagar, y luego, cuando Zoë se había casado con Rupert, había vendido el pequeño apartamento que había sido el hogar de ambas y se había mudado a otro todavía más pequeño. Había crecido dando por hecho los desvelos de su madre y prendándose de su propio aspecto tanto como se había prendado su madre, que la había educado en la idea de que ella era la importante, el bellezón que iba a llegar muy lejos. Y en el colegio, más de lo mismo. Las otras le envidiaban su preciosa piel clara, el brillante pelo con rizo natural, las largas piernas y los ojos verdes; la habían envidiado, sí, pero también la habían adorado, o, más bien, consentido: le daban los mejores papeles en las obras de fin de curso, la presentaban a los padres que iban a visitar la escuela; hasta había chicas que, enamoriscadas, se habían ofrecido a hacerle los deberes de matemáticas. No debo criar así a Jules, se dijo. Su hija tenía que ir a una escuela donde aprendiera cosas. Cuatro años de convivencia con los Cazalet le habían hecho comprender que no concedían ninguna importancia al aspecto físico; jamás aludían a él, y de la actitud de la Duquesita se deducía que la vanidad en relación con la propia estampa o, de hecho, con cualquier otra cosa, no se podía consentir. Pensó en Jules, que tenía su mismo cabello oscuro y abundante, la misma tez suave, las mismas cejas arqueadas. Tan solo los ojos eran diferentes, azules como los de Rupert y como los de casi todos los Cazalet. Había sido, y era, el bebé más bonito que había visto en su vida, pero para la familia eso no era relevante. Ellen la llamaba «señoritinga» cada vez que le daba una de sus rabietas; la trataban exactamente igual que a Wills y a Roly. «¿A ti te gustaría que viniese alguien y te tirase el osito por la ventana?», había oído que le decía Ellen un día. «Te enfadarías, ¿a que sí?, y te pondrías a llorar. Bueno, pues no debes tratar a los demás como no te gustaría que te trataran a ti». A ella nadie le había dicho nunca nada parecido. De no haber conocido a Rupert y a toda su familia, pensó, quizá jamás me habría hecho adulta. ¡Qué lejos se sentía de aquella chica de diecinueve años mimada, vanidosa y superficial que se había casado con Rupert! Ahora, en dos años, cumpliría treinta, atrás quedaría la juventud y nadie querría casarse con una mujer de mediana edad con una hija, porque siempre había cifrado el

inicio de la mediana edad en los treinta.

Ponting's tenía los corpiños, pero no las camisolas. Quedaban por tanto varios cupones para ropa en la cartilla de su madre, y, al recordar el frío húmedo de Cotter's End, decidió comprarle en su lugar un juboncito de lana rosa claro. Eran las doce y media, hora de volver a Charing Cross, comer algo, recoger el equipaje y dirigirse hacia Waterloo para coger el tren con rumbo a Southampton.

Almorzó en Fuller's, en la calle Strand, dos salchichas grises recubiertas por algo que tenía la textura de un impermeable, una bola de puré de patatas de un gris más claro y zanahorias. El agua tenía un fuerte sabor a cloro. De postre se podía elegir entre rollo de melaza o gelatina, y recordando lo poco que se comía en casa de Maud pidió el rollo de melaza. No estaba acostumbrada a almorzar sola en lugares públicos y lamentó no haber cogido su libro. Pero no se trata de que me divierta, se dijo; estoy haciendo lo mínimo que puedo hacer por mamá, nada más. Y es que, como en tantas otras ocasiones, le dio por pensar que otro tipo de hija habría dejado la casa de su familia política y se habría encargado de darle un hogar a su madre mientras durase la guerra. Pero solo de pensarlo se estremecía de horror. La actitud pasiva y humilde de su madre ante la vida, y sobre todo hacia ella, la sacaba de quicio. Sus expectativas, a la vez anodinas y pretenciosas, se reducían a que las cosas fueran ligeramente mejores de lo que se había imaginado; por ejemplo, que la leche para el té del desayuno no estuviera cortada, o que a la chica de la peluquería del barrio le quedase suficiente solución para hacerle la permanente. Cuando Zoë se traía a Jules, su madre no paraba de exclamar que era preciosa (¡delante de la niña!) y de repetirle a Zoë las veces que convenía que le pasase el cepillo por el pelo o de aconsejarle que le untase las pestañas de vaselina por la noche: «Querrás ser una linda mujercita, ¿verdad que sí, Juliet?». Pero incluso sin estar Jules la situación no podía ser más cargante, porque su madre y Maud se habían acomodado a su convivencia desarrollando una hermandad de admiración mutua, enzarzándose cariñosamente cada vez que la una negaba poseer las cualidades que la otra le atribuía y apelando ambas a Zoë para que apoyase sus respectivos puntos de vista. A la exasperación le sucedía el sentimiento de culpa, y, a las veinticuatro horas de su llegada a Cotter's End, Zoë se veía contando los minutos que faltaban para su liberación.

Lo mismo pasó esta vez. Después del tren, del ferri y, por último, del trenecito regional, fue recibida por Maud en su Baby Austin.

—Espera un segundín a que suba yo primero, corazón. La puerta de atrás solo se abre desde dentro. Tu madre está tan alborotada con tu visita que le dije que se echase una siestecita después del té. Sí, mejor no podía estar, dadas las circunstancias... pero claro, con ella nunca se sabe, porque, como sabes, no suelta ni una queja. Sin ir más lejos, la semana pasada se resbaló al salir de la bañera y le salieron moretones por todas partes, pero jamás me habría enterado si no la hubiese sorprendido buscando la Pommade Divine.

Arrancó, y el Baby Austin dio un respingo antes de que se apagase el motor.

—¡Vaya por Dios! Me he dejado la marcha metida. Hay que ser boba. Me imagino que estarás agotada después de un viaje tan largo. No voy a pedirte que me cuentes todas las novedades porque sé que Cicely está deseando oírlas. Vamos allá.

Para cuando llegaron —después de un trayecto de dos kilómetros escasos —, Maud le había dado el parte de todas las novedades de la zona. El comandante Lawrence se había roto un brazo, el derecho para más inri, lo cual le complicaba mucho las partidas de *bridge*; había habido una grave escasez de patatas y la tienda había tenido que racionarlas; *lady* Harkness había sido tan grosera con la esposa del vicario que este se había negado en redondo a pasarse por la casa solariega a pesar de que se necesitaban urgentemente suscripciones para arreglar la sacristía y *lady* Harkness siempre había sido de lo más rumbosa; Prim, la gata atigrada a la que habían llamado Patrick pensando que era macho, de repente había dado a luz a cuatro gatitos, «así que ahora se llama Primrose, Prim para abreviar», explicó.

—Los trajo al mundo en la cama de tu madre, pobre Cicely, menudo susto se llevó; aunque, cómo no, reaccionó de maravilla. Por lo que a nosotras se refiere, creo que ya no hay más novedades —concluyó—. Ya sabrás que los italianos se han rendido, claro.

Zoë lo había leído en el tablón informativo de un quiosco.

Llegaron, por fin, a Cotter's End; el coche fue sometido a complicadas maniobras y, una vez que Zoë se hubo apeado y su equipaje se hubo extraído a la fuerza del maletero, se quedó aparcado en el minúsculo cobertizo que había al fondo de la casita y que hacía las veces de garaje.



Su madre salió de la sala de estar a recibirlas. Llevaba el vestido de lana rosa grisáceo y el collar de perlas graduadas. Se había maquillado con esmero: sombra azul y rímel, pintalabios clarito y unos polvos color melocotón que se quedaron en la mejilla de Zoë cuando se besaron. Era como besar a una polilla.

—Qué bien que ya hayas llegado —dijo, con una voz tan lánguida que Zoë tuvo la sensación de ser una sorpresa latosa.

Daban por hecho que querría subir sus cosas, deshacer la maleta y «darse una agüita» antes de reunirse con ellas en la sala de estar, de modo que eso hizo. «Estás en tu habitación de siempre», gritó Maud desde el pie de la escalera, como si hubiese más posibilidades. Pero cómo iba a haberlas si no tenían más que tres dormitorios, pensó Zoë mientras levantaba el pestillo — que siempre se atrancaba la primera vez que intentabas abrir— y la embestía una ráfaga de aire frío, húmedo, salado. La ventana estaba abierta de par en par. Al bajar le dirían que habían estado ventilando el cuarto, y cada una diría que pensaba que la otra había cerrado. Mejor ni mencionarlo. La habitación era pequeña y estrecha, con el espacio justo para la cama, una cómoda y una silla. Había unas cortinas azul oscuro que corrió nada más entrar después de cerrar la ventana, y, en un rincón, otra cortina detrás de la cual se podía colgar mal que bien la ropa. Encima de la cama, en la pared, había una gran reproducción a color del cuadro *¿Cuál fue la última vez que viste a tu padre?*, y sobre la cómoda el sempiterno tarrito de flores secas aromáticas. Se fue al cuarto de baño, colgó la ropa y, regalos en mano, bajó a reunirse con ellas.

Mientras se tomaban una copita de jerez delante de un fuegucito remolón, Zoë respondió a las preguntas sobre la salud de Juliet y de todos los Cazalet, y su madre le contó lo de la gata que había dado a luz en su cama. Al cabo de un rato, Maud dijo que tenía que irse a preparar la cena y mantuvo un breve tira y afloja con la madre de Zoë, insistiendo en que se las apañaba perfectamente sin ayuda.

—Quedaos aquí las dos y disfrutad. Yo estoy tan contenta en la cocina.

Al salir cerró la puerta, y se hizo un silencio mientras ambas se devanaban los sesos en busca de algo que decir para romperlo.

—Maud es maravillosa —proclamó su madre antes de que a Zoë se le hubiese ocurrido nada.

—Sí, la verdad es que parece buena persona.

—Siempre ha sido buena. No sé qué habría hecho yo sin ella.

Y a continuación, como dándose cuenta de que podía tomarse como un reproche, añadió:

—Aunque me las habría arreglado, por supuesto. Imagino que esto será demasiado tranquilo para ti —siguió diciendo su madre—. El comandante Lawrence se ha roto un brazo, así que me temo que la partidita de *bridge* no va a estar tan animada como de costumbre. Se lo rompió intentando entrar a su desván.

—Mamá, ya sabes que a mí el *bridge* no se me da muy bien.

—¡Vaya! Pues yo pensaba que a estas alturas, con esa familia tan grande, ya tendrías mucha práctica.

—Apenas juegan.

—Vaya por Dios.

Se produjo otro silencio; se cayó un tronco del cesto de la leña y Zoë fue a cogerlo.

—Zoë, cielo, espero que no te tomes a mal que te lo pregunte, pero es que he estado muy preocupada por ti, claro, y...

—No hay noticias de Rupert —se apresuró a decir—. Nada de nada.

Cada vez que venía, su madre le hacía la misma pregunta, siempre de la misma manera, y era una de las cosas que menos soportaba.

—Si hubiera noticias, ya te lo habría dicho. Te prometí que te llamaría si las había, ¿no te acuerdas? —En su empeño por disimular la exasperación, sonaba histérica.

—Cariño, no te enfades. No quería disgustarte. Es solo que...

—Lo siento, mamá. Es que prefiero no hablar de ello.

—Claro que sí. Lo entiendo perfectamente.

Se hizo otro silencio, que su madre rompió diciendo:

—¿Te acuerdas de *lady* Harkness? Vino una vez a tomarse un jerecito cuando estuviste aquí hace más o menos un año, creo que fue. Una mujer muy alta con una piel preciosa, ¿te acuerdas? Bueno, el caso es que ha tratado al vicario... En fin, que no ha tenido pelos en la lengua. Por desgracia, el vicario no se lo ha tomado muy bien y se ha creado una situación un poco incómoda (en sociedad, quiero decir).

En este momento, la cara curtida de Maud asomó por la puerta para

anunciar que la cena estaba lista.

Pasaron a un cuartito que estaba pegado a la cocina. La cena estaba servida en una mesita inestable de alas abatibles, y consistía en croquetas del tamaño de un ratón amazacotado —una para cada una— acompañadas de puré de patatas y ensalada de repollo. Mientras comían, Maud explicó con todo lujo de detalles cómo se hacían las croquetas: bastaba y sobraba con mitad de cuarto de picadillo, un poco de pan rallado y hierbas, y su madre se admiró de lo bien que se apañaba Maud con el racionamiento. De postre había compota de ciruelas servida en platitos de cristal; no había dónde dejar los huesos. Zoë se había traído la cartilla de racionamiento, después de consultar con la señora Cripps cuál podía ser la contribución adecuada para tres días. Recordó, agradecida, el paquete de galletas de jengibre que la esperaba en el dormitorio. El comedor no tenía hogar, y la humedad había sacado burbujas a las paredes encaladas. Después de cenar se armó un pequeño rifirrafe por ver quién fregaba los cacharros, cuyo desenlace fue que las tres se apelotonaron en la cocina pequeña y oscura, chocándose cada vez que una metía las cosas de la cena y otra sacaba las del desayuno. Maud dijo que le gustaba dejar la mesa puesta para que todo fuera más fácil por la mañana. Cuando volvieron al cuarto de estar, el fuego ya se había apagado. Empezaron a hablar de que ya iba siendo hora de irse a la cama, y de quién debía o podía bañarse —quedaba agua caliente para un solo baño y ambas anfitrionas estaban deseosas de cedérselo a Zoë—. También debatieron si alguien quería beber algo calentito, y, cómo no, había que llenar las botellas de agua caliente. El hervidor era tan viejo y tenía tanta costra que el agua tardó siglos en hervir, y no daba para más de una botella por vez. En resumidas cuentas, el resto de la tarde se les fue en los preparativos para irse a la cama, y para cuando Zoë pudo encerrarse en su dormitorio ya eran bien pasadas las diez. Y solo estaban a miércoles, pensó; queda el jueves entero, y después el viernes y medio sábado, y contó las horas que faltaban mientras masticaba galletas con la botella de agua caliente apretada contra el estómago.

La única diferencia entre esta visita y las anteriores era que no se había traído a Jules; todo era más fácil, pero mucho más aburrido. Salieron a dar lo que su madre llamaba «paseítos»; el comandante, su esposa y su perro labrador vinieron a tomar el té. El labrador atendía educadamente si le

hablabas y meneaba el enorme rabo, tirando al suelo los bollitos que había sobre las mesillas y zampándoselos al instante como si no hubiesen existido nunca. El comandante lo llamó «chico malo», dijo que no solía portarse así, pero que no había lealtad comparable a la de los perros. Llevaba el brazo en cabestrillo, lo cual le hacía sentirse —según dijo después de hacerle un relato pormenorizado a Zoë de las circunstancias en que se había producido la rotura— como Nelson.

Su madre se quedó satisfecha con los corpiños, pero el jubón no la convenció.

—En realidad, necesitaría dos para sacarle provecho. Así (con uno solo) lo mismo me enfrió mientras se está lavando.

Hicieron la visita de siempre a la señorita Fenwick y a su madre, de quien Maud no se cansó de decir que estaba estupenda para su edad. Tenía noventa y dos años. La señorita Fenwick tardaba casi toda la mañana en lavarla, vestirla y plantarla en un butacón que llenaba como un descomunal saco terrero. Estaba prácticamente calva y siempre llevaba un sombrero rojo con una flecha de circonita prendida en un lado. Por debajo de la amplia falda de punto le asomaban los pies, enfundados en unas zapatillas con forma de haba prehistórica, como dirían en Home Place, y apoyados sobre un taburete. Era difícil conversar con ella, pues estaba sorda como una tapia y no recordaba quién era nadie, aunque de vez en cuando interrumpía a los demás para preguntar con tono crispado cuándo se comía. «¡Mamá come que da gusto!», decía en estas ocasiones la señorita Fenwick.

Esta vez, la conversación, cuando no versaba sobre la asombrosa ancianidad de la señora Fenwick, giró en torno a lo que más echaban de menos de los tiempos de paz, que sobre todo resultó ser la comida. Nata fresca, dijo Maud; le encantaban las tartas de nata, ¡y no digamos las fresas con nata! Limones, sugirió Zoë, pero nadie le hizo mucho caso. Hablando de tartas de nata, dijo su madre, si por algo suspiraba era por la tarta de nueces de Fuller's; y la señorita Fenwick hizo saber a todos que, si algo echaba de menos su anciana madre, eran sus plátanos del alma.

La visita llegó a su fin porque la señorita Fenwick dijo que a su madre no le gustaba que se le pasara la hora del almuerzo. Santo cielo, pensó Zoë, ¡qué horrible es hacerse viejo! Preferiría morirme a ser como la señora Fenwick. Pero no lo dijo en voz alta.

Llegó el momento del convite del jerez, al que acudieron los Lawrence y el vicario con su sobrina. Abrieron la botella de Zoë, y Maud preparó tostaditas con paté de pollo y de jamón. Después salieron a comprar con la cartilla de racionamiento de Zoë, y compraron una lata de carne en conserva «por si las moscas». La señora Cripps también había dado el visto bueno a que les cediese su ración de queso; cien gramos de queso, dijo Maud, eran un regalo del cielo, y si se estiraban bien podían dar para tres comidas. Así pasaron el jueves y el viernes. Mañana volveré a casa, y de camino quedaré a almorzar con Archie, pensó. Había dicho que no podía alargar la estancia por Juliet, y dijeron que no podía dejar de traérsela la próxima vez. La última tarde —en la que comieron cachitos de bacalao flotando en una salsa hecha con leche evaporada y nabo espachurrado—, se lamentaron una y mil veces por su partida; Maud, en particular, no hacía más que insistir en lo mucho que agradecía su madre sus visitas, aunque a Zoë, en vista de que no tenían nada que decirse, no se lo parecía.

—Os dejo un ratito a solas; voy a pasarme por el pueblo a por pan — anunció Maud después del temprano desayuno.

—¡Qué atenta es! —exclamó su madre cuando oyeron que se cerraba la puerta de la calle.

La bondad de Maud se había convertido en una especie de andador del que se servían para avanzar por las conversaciones.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti en Londres, mamá? —le preguntó Zoë, desesperada.

—No se me ocurre nada, cielo. A no ser que me compres otro juboncito. Ah, y se me olvidó decírtelo, pero no me vendría nada mal otra reddecilla para el pelo. Para dormir, ya sabes. La marca que más me gusta es Lady Jane. Seguro que la tienen en Ponting's o en Gayler and Pope. Pero solo si te pilla de paso. Sé que andas muy liada.

—Bueno, esta vez no voy a poder, pero la próxima vez que vaya a Londres me acordaré. Podría enviarte las dos cosas por correo.

—Pero volverás pronto, ¿no?

—Bueno, no creo que vuelva hasta después de Navidad. Tengo que trabajar en el sanatorio, ya sabes.

—Bueno, cielo, tú cuídate las manos. Las labores de enfermería no sientan bien a las manos. Y tenías unas manos preciosas. Las sigues teniendo

—se apresuró a añadir.

—Estás contenta aquí, ¿no?

—Sí, desde luego. Muy contenta. Maud es la bondad en persona, como sabes. Y, por supuesto, contribuyo a los gastos de la casa. No quiero ser una carga.

—Vas bien de dinero, ¿no, mamá?

Sabía que Rupert se había encargado de que las ganancias obtenidas por la venta del piso de Londres se invirtieran de manera segura, aunque no creía que los beneficios fueran gran cosa; de todos modos, también tenía la pensión de viudedad.

Pero su madre, a quien el dinero siempre le había parecido un tema de conversación vulgar, dijo a toda prisa:

—No hay nada de lo que preocuparse. Llevamos una vida muy tranquila y nos apañamos estupendamente. Por cierto, acabo de recordar que aún te debo el dinero de la ropa interior.

—No. Es un regalo.

—De eso ni hablar. —Se puso a hurgar en el raído bolso de cuero en busca del monedero.

—En serio, mamá, por favor.

—De veras, prefiero dártelo. Me quedaría mucho más a gusto si te lo pago. ¿Cuánto era? ¿Te acuerdas?

Tan ingrata discusión —menudo tostón, se dijo Zoë, irritándose por momentos sin poder evitarlo; su madre quería saber el precio exacto de cada cosa, ella no se acordaba, su madre no la creyó cuando se lo inventó y al final resultó que solo tenía un billete de cinco libras— duró hasta que volvió Maud. Maud, por supuesto, tenía cambio; su madre dijo que a lo mejor los corpiños conservaban la etiqueta, que si alguien le hacía el favor de subir a su habitación a buscarla, y Maud, que sabía dónde estaba todo, se ofreció voluntaria. Para entonces, su madre se había puesto de lo más testaruda, y Zoë, mohína. Al final, resultó que los corpiños costaban ocho chelines con seis peniques cada uno, así que su madre pidió lápiz y papel para hacer la cuenta.

—Los números nunca han sido mi fuerte. —Y entonces se acordó del jubón—: Eran veinticinco chelines, seis peniques y...

—Treinta chelines —dijo Zoë.

—Así que son...

Se puso a escribir moviendo los labios mientras contaba, y Zoë se fijó en las rayitas de pintalabios que le salían del labio superior mientras Maud, en un aparte como de opereta, dijo que no podían retrasar más la salida.

—¡Dos libras con seis peniques! ¡Maud! ¿Tienes cambio?

—Mamá, voy a tener que irme. No puedo perder el ferri.

—Ya se lo doy yo en la estación, Cicely.

—Voy con vosotras. Me cambio de zapatos y ya está.

—¡Tenemos que irnos ya! —gritó Zoë—. No da tiempo a que te cambies de zapatos.

De modo que al final se quedó, y, con cara resignada, dejó que Zoë le plantase un beso en la empolvada mejilla.

—Voy a tener que ir a todo gas, como dicen en las películas —dijo Maud, maniobrando para sacar el Austin del cobertizo—. Será mejor que cojas el dinero de mi bolso. Cicely no me lo perdonaría si no te lo doy.

—Pero si es que no lo quiero.

—Ya me lo figuro, tesoro. Pero no debemos alterarla... Tiene el corazón un poco fastidiado, ¿sabes?

—¿Por qué no nos dijo antes que quería venir?

—Supongo que se le ocurrió en el último momento. Lleva muy mal que te vayas. Se le pasará cuando yo vuelva. Nos tomaremos una tacita de leche malteada, jugaremos a *pegotty*, repasaremos todo lo que hemos hecho durante tu visita y haré que descanse un poquito. Han sido unos días repletos de emociones. ¡Está tan orgullosa de ti!

En el tren, que iba prácticamente vacío, y en el ferri, que solo iba medio lleno, le vinieron a la cabeza estas palabras una y otra vez, como un soniquete. Había pensado que en cuanto se subiese al tren y dejase atrás la visita se le quitaría un peso de encima, pero resultó que lo único que aligeraba el lastre del hastío y la exasperación era la culpa que sentía al pensar en todas las maneras en que podría haber contentado a su madre, haber sido más amable, más simpática, más paciente. ¿Por qué sería que, a pesar de todos estos años en los que le parecía que había dejado atrás a

aquella niña consentida y egoísta para convertirse en una mujer hecha y derecha, esposa, madre y miembro responsable de una gran familia, bastaban unos minutos con su madre para convertirse en la desagradable Zoë de antaño? Al fin y al cabo, era su conducta la que volvía a su madre tan apocada y conciliadora, la que le hacía ser, en definitiva, todo aquello que más la sacaba de quicio. Mientras esperaba en el vagón vacío a que el tren se pusiera en marcha con rumbo a Londres, pensó de repente: ¿Y si Jules siente lo mismo por mí cuando sea mayor? La sola idea hizo que se le llenasen los ojos de lágrimas. Abrió *Ana Karenina*, pero había llegado al pasaje en el que Anna ve a su hijo cuando este acaba de robar un melocotón y decide llevárselo con ella a Moscú. Sabía que a Anna no le iban a dejar quedarse con Vronsky y también con su hijo, y solo de imaginarse una elección semejante se le volvieron a empañar los ojos y le cayó una lágrima en el libro. Rebuscó en su bolso y sacó un pañuelo. El tren empezó a moverse, y en ese mismo instante se abrió de golpe la puerta del vagón y entró un oficial del Ejército. Se sentó en diagonal a ella después de dejar una maletita muy elegante y la gorra en el portaequipajes. Ahora ni siquiera iba a poder terminar la llorera en paz, pensó. Un segundo después, el oficial había sacado una cajetilla de cigarrillos y le estaba ofreciendo uno.

—No fumo.

—¿Le molesta si fumo yo?

Zoë dijo que no con la cabeza.

—En absoluto.

—Parece que se está acatarrando —dijo con una especie de familiaridad cordial que la desconcertó.

Pero, claro, era americano. Lo supo no solo por su acento sino también por su uniforme, que era una versión en verde claro, mucho más bonita, del caqui inglés.

—No es eso. Es que acabo de leer un pasaje bastante triste, nada más.

La excusa no sonó en absoluto altiva, como se había temido.

—¿Ah, sí?

—No, en realidad no.

—A lo mejor es que ha leído una parte que le recuerda a algo de su propia vida.

Zoë alzó la vista del pañuelo y vio que la estaba mirando. El hombre tenía



unos ojos muy oscuros, casi negros. Se dio lumbre con un mechero de metal grande y abollado. A continuación, dijo:

—¿Se ve usted como una heroína rusa? ¿Como Anna?

—¿Cómo sabe que...?

—Soy tan culto que sé leer del revés.

No supo si se estaba riendo de ella, y se apresuró a decir:

—¿La ha leído?

—Hace mucho, cuando estaba en la universidad. Recuerdo lo suficiente como para advertirla de que Anna acaba mal.

—Lo sé. Es la segunda vez que la leo.

—¡No me diga! ¿Y qué tal es eso de leer una novela cuando ya se sabe lo que va a pasar?

—Cuando ya te sabes la historia, puedes fijarte en otras cosas.

Un breve silencio. Después, el hombre dijo:

—Me llamo Jack, Jack Greenfeldt. Me estaba preguntando si querría usted comer conmigo cuando llegemos a Londres.

—Lo siento, ya he quedado a comer.

—¿Con su marido?

—No, qué va. Con un amigo.

Se miró el anillo de casada. Hace muchas preguntas, pensó, pero debía de ser porque era americano. Era el primero que conocía. Si él pregunta, también puedo hacerlo yo.

—¿Está usted casado?

—Lo estuve. Estoy divorciado. ¿Cuántos hijos tiene?

—¿Cómo sabe que soy madre?

—Bueno, discúlpeme, pero veo que tiene más de dieciocho años y que no va de uniforme, así que lo más probable es que tenga hijos. Claro que también puede que sea una funcionaria pública (como dicen aquí) de alto nivel o de alguna categoría extraña, pero, no sé por qué, no me pega.

—Tengo una hija.

—Enséñeme una foto.

Le pareció raro que quisiera ver la foto de la hija de una completa desconocida, pero ¿por qué no? Sacó del bolso la funda de cuero en la que llevaba sus dos fotos favoritas: Juliet de pie sobre el poyo del patio con uno

de los sombreros de jardinera de la Duquesita (le encantaban los sombreros) y Juliet sentada en la hierba al lado de la pista de tenis con su precioso vestidito de verano de muselina blanca. En la primera foto se estaba riendo, y en la segunda estaba muy seria.

El hombre estuvo un buen rato mirándolas. Después, cerrando la funda y devolviéndosela, dijo:

—Se parece mucho a usted. Gracias por enseñármelas. ¿Dónde está la niña?

—En el campo.

—¿Así que no vive usted en Londres?

Su desilusión era evidente, y le hizo sentirse como una ancianita bondadosa.

—No. ¿Le importa que le pregunte yo algo a usted?

—No creo que tenga derecho a que me importe. ¿Qué quiere saber?

—Veamos. Esto de hacerle tantas preguntas a una perfecta desconocida ¿se debe a que es usted americano?

El hombre se lo pensó unos instantes.

—Creo que no. Siempre he sido preguntón. Soy curioso, en especial en relación con las personas. Como ve, tengo la nariz perfecta para husmear en los asuntos ajenos.

Estas palabras hicieron que Zoë se fijase en su cara. El hombre sonrió; tenía unos dientes blanquísimos que contrastaban con su piel cetrina.

—Qué pena, pensaba que me iba a hacer una pregunta más personal.

Se hizo un silencio nervioso. En otros tiempos, habría pensado que estaba coqueteando con ella y habría sabido exactamente qué hacer, o qué no hacer; no le habría costado nada elegir el siguiente paso. Ahora estaba completamente perdida. No sabía a qué estaban jugando; solo tenía la incómoda sensación de que, fuera cual fuese el juego, él lo conocía mejor.

—Es muy difícil ser feliz en tiempos de guerra.

—¿Por qué lo dice?

—Porque intuyo que se siente usted culpable de no ser feliz. ¿Y por qué diablos iba a serlo? No para de morir gente; hay masacres y asesinatos, a veces precedidos de torturas; las familias se disuelven; todo el mundo anda desaparejado; escasea todo lo que ayuda a que la vida sea más llevadera, hay

una rutina monótona y, en general, todo lo que sea pasarlo bien brilla por su ausencia. ¿Por qué iba usted, ni ningún otro habitante de esta isla, a ser feliz? Puede que lo soporten (me da la impresión de que a los ingleses se les da muy bien), pero ¿por qué iban a disfrutarlo? Ya sé que la famosa flema está muy arraigada en el credo británico, pero ¿es mucho pedir que la mantengan y sonrían a la vez!

Estaba generalizando; Zoë se sintió más segura.

—Nos hemos entrenado. A estas alturas, estamos acostumbrados.

—La experiencia me ha enseñado que es muy peligroso acostumbrarse a las cosas.

—¿A cualquier cosa?

—Sí. Dejas de fijarte en las cosas, y, peor aún, te crees que ya está todo hecho.

—Yo no tengo esa sensación en absoluto —dijo Zoë, pensándolo por primera vez en su vida.

—¿Ah, no?

—Bueno, supongo que depende de lo que quiera usted decir con eso de no fijarse en las cosas o de acostumbrarse a ellas...

—No hay nada relacionado con su vida que dependa de lo que yo pueda querer decir —le interrumpió, pero sin brusquedad.

—Yo creo que te puedes acostumbrar a algo sin dejar de fijarte en ello —dijo. Estaba pensando en Rupert.

—Entonces es que es una cosa muy importante.

—Sí. Supongo que sí. Lo es.

De repente tuvo miedo de que le preguntase de qué cosa se trataba, de que insistiera en conocer los detalles de aquella confidencia involuntaria. Pero no lo hizo. Se levantó y fue a sentarse en el asiento que estaba justo enfrente de ella.

—Sigo sin saber su nombre.

Se lo dijo.

—Zoë Cazalet... —repitió él—. ¿Quiere salir a cenar conmigo esta noche? Veo que está a punto de rechazarme. No lo haga. Es una invitación muy seria.

Se le pasaron por la cabeza miles de razones por las que era mejor decir

que no. ¿Qué le diría a la familia?, ¿«voy a cenar con un americano que he conocido en el tren»? ¿Dónde iba a quedarse en Londres, teniendo en cuenta que después seguramente sería tarde para coger un tren? ¿Adónde iría entre el almuerzo y la cena? ¿Por qué diablos estaba siquiera contemplando la posibilidad?

—No tengo nada que ponerme.

# LOUISE

Octubre de 1943

—¿Todavía no ha terminado?

—Está quedándose dormido todo el rato.

Mary, la jovencísima y competente niñera nueva, frunció el ceño.

—Pellízquele las mejillas.

Louise le dio un pellizquito suave. El bebé se retorció, hundió la cabeza en su pecho y encontró de nuevo el pezón, pero después de chupar un par de veces se rindió.

—Creo que en ese ya no me queda leche.

—Bueno, qué le vamos a hacer. ¿Le ha hecho eructar?

—Lo he intentado, pero me temo que sin éxito.

Mary se inclinó y le quitó al bebé de los brazos.

—Hala, vente con Mary —dijo con otra voz distinta, mucho más cariñosa.

Se lo puso al hombro y le dio unas palmaditas en la región lumbar. El niño eructó varias veces.

—Buen chico. Le he dejado ahí el té, a su lado.

—Gracias, Mary.

—Ea, dile adiós a mamá.

Le acercó al bebé para que pudiese darle un beso en la cara. Tenía la piel pálida, salvo por los dos redondeles colorados de las mejillas; la boca, sonrosada y húmeda, estaba apretada en un mohín, y en el protuberante labio inferior se veía una gotita de leche. Olía a leche y tenía los ojos cerrados. Cuando se fueron, Louise se abotonó el sujetador de lactancia y se puso una

almohadilla nueva sobre los pezones. Le dolían, pero no era nada en comparación con el dolor del principio. Cogió el té y lo bebió agradecida. La primera toma de la mañana era la peor. Mary la despertaba de un sueño profundo; a veces no venía hasta las seis, pero otras venía incluso antes. Además, la toma, que en teoría (si al bebé le diese la gana de tragar bien) no tenía por qué durar más de media hora, siempre duraba el doble. Al acabar estaba cansada, pero espabiladísima. Tardaba siglos en volver a coger el sueño, y, para cuando lo conseguía, tenía que levantarse para desayunar. En casa, se habría quedado en la cama, pero en Hatton, donde estaba ahora, aquello era impensable. Tendría que levantarse, bañarse, vestirse y desayunar con Zee y Pete, y poco después llegaría la hora de la siguiente toma.

Michael la había acercado a Hatton hacía una semana, y le habían dejado bien claro que, aunque, naturalmente, él no podía quedarse, Zee quería ver a su nieto, «conocerlo a fondo». De manera que se iban a quedar allí tres semanas, de las cuales todavía no había pasado ni la primera. Michael no sabía cuándo conseguiría volver, y Zee había empezado a decir que sin duda lo mejor era que Louise y el bebé se quedasen allí hasta que Michael pudiese ir a por ellos. Y esto, bien lo sabía ella, podía significar varias semanas, incluso meses. Eran las siete menos veinte; más le valía intentar dormir un rato. Apagó la luz de la mesita, pero, como de costumbre, la oscuridad no hizo sino espolear todo aquello que, durante el día, en presencia de la gente, no tenía más remedio que reprimir. A veces, como en estos momentos, pensaba que si se dejaba llevar lo entendería todo mejor.

Empezaba siempre con una letanía de su buena fortuna: estaba casada con un hombre famoso que la había elegido a ella cuando, según Zee, podría haberse casado con quien hubiese querido; había tenido un hijo sano, satisfaciendo las expectativas de todo el mundo. Tenía su propia casa en Londres (la de *lady* Rydal, en St. John's Wood, dado que su tía Jessica pensaba volverse a Frensham cuando se casase Nora). Tenía un aya, un lujo que la mayoría de las jóvenes madres no podía permitirse en los tiempos que corrían. ¿Qué más podía pedir? Tenía veinte años y llevaba casada exactamente trece meses, y a Michael, por ahora, ni lo habían matado ni lo habían herido siquiera. Tenía todos los motivos del mundo para estar agradecida. Se puso de lado; así, si las lágrimas se convertían en sollozos, podría sofocarlas con la almohada. Había descubierto que a veces Zee se

paseaba de noche por la casa y que en más de una ocasión había abierto la puerta de su dormitorio y se había quedado en el umbral; una vez, cuando Michael estaba en la cama con ella, y otras dos estando ella sola. Estas visitas nocturnas jamás se mencionaban, pero aparte de atemorizarla violaban la intimidad que, dada su extrema sensación de aislamiento, le era tan esencial. Solo cuando estaba completamente sola podía ponerse siquiera a pensar en sus antinaturales sentimientos; el resto del tiempo, tenía que interpretar el papel de joven y feliz esposa y madre angustiada, cómo no, por que Michael estuviese en la guerra, pero, por lo demás, inmersa en un ambiente sin nubarrones. Porque lo más terrible era que no tenía ni uno solo de los sentimientos que «ellos» daban por sentado que eran los sentimientos naturales de todo el mundo. Debía de ser culpa suya, pero, aunque se avergonzaba y se lamentaba sinceramente de ser así, no tenía ni idea de cómo podía cambiar las cosas para mejor. Había intentado un par de veces, durante el embarazo, hablar con Michael del miedo que le daba tener un hijo. No el parto, sino el hecho de la existencia del niño (todos daban por supuesto que sería varón). Él, después de escucharla, había restado importancia a sus temores y le había dicho que dejaría de sentirse así en cuanto naciera. Al final, se había aferrado a esto. Pero, desde la participación de su marido en bombardeos aéreos sobre Alemania (había habido ya varios), cada vez tenía más miedo cuando este se hacía a la mar y entraba en batalla contra los torpederos alemanes. Otros oficiales de las fuerzas costeras a los que conocía habían muerto, incluidos algunos con mucha experiencia, y cada vez veía menos motivos para pensar que Michael no fuese a correr la misma suerte. Una tarde —llevaban varias semanas viviendo en una casa amueblada que acababan de alquilar en Seaford y Michael volvía allí a dormir cuando no estaba en alta mar—, él había llegado diciendo que a la mañana siguiente iban a trasladar la flotilla a otro lugar. Louise se había echado a llorar.

—¡Entonces tendremos que dejar la casa! —había dicho entre sollozos, incapaz de expresar sus peores temores.

—Tampoco es que sea una casa muy bonita. No nos hemos llegado a encariñar con ella. Algún día viviremos en una casa muchísimo más bonita. Venga, cariño, tienes que ser valiente.

Pero no podía parar.

—Nunca estamos juntos; no hacemos vida de casados. Nunca tenemos

tiempo para hablar.

—¡Pero qué cosas dices, claro que sí! —había respondido él—. Además, no puedo hablar contigo si lloras; no vas a oír ni una palabra de lo que te diga. Las guerras son así. Las personas no están juntas. Todo el mundo está igual.

Entonces había sonado el teléfono y Michael lo había cogido; era su superior, preguntando cuándo volvía a bordo.

—Están cargando los torpedos. Tengo que estar allí para asegurarme de que los estiban como Dios manda. Cuando tengas la casa recogida, te sugiero que te vayas una temporadita con tu familia, cariño. Va a ser lo mejor, hasta que me digan qué destino me toca.

—¿Ni siquiera puedes quedarte a cenar?

—No, ya te lo he dicho. Me tengo que ir. Más vale que vaya preparando mis cosas. Alegra esa cara, cariño, y échame un cable. En media hora viene a recogerme un coche que me envía Sparky.

De manera que se había marchado, y Louise había hecho las maletas, había intentado vaciar la despensa, en la que no quedaba gran cosa, y había telefoneado a Home Place para decir que iba para allá. Y después se había terminado las sobras de una carne en conserva que por lo que fuera nadie se había comido, y se había pasado toda la noche vomitando y con diarrea. Creyó que se moría. Por la mañana llamó a casa y se lo contó a su madre, que dijo que iría a recogerla con el coche. Después de aquello, ella no intentó hablar con Michael de sus temores, de sus agobios ni de las cosas que ella no entendía. Se aferró a la idea de que todo sería distinto una vez que tuviese al bebé. Se había quedado en Home Place y, cuando faltaba más o menos un mes para salir de cuentas, su madre la había ayudado a mudarse a Hamilton Terrace. Le había hecho mucha ilusión; había un montón de muebles que habían pertenecido a sus abuelos, pero la casa estaba muy deslustrada y estaba pidiendo a gritos que la redecorasen. Además, por fin pudo sacar los regalos de boda y llevarse sus cosas, sus libros, de Home Place. Estaba como loca por colocarlo todo antes de que llegase el bebé, y Stella, que, milagrosamente, tenía una semana de permiso, fue a ayudarla a pintar las paredes de la sala de estar y del cuarto del bebé. Al cabo de una semana, su madre tuvo que volver a Home Place, y Stella a Bletchley, donde tenía un trabajo tan secreto que no se podía decir qué era. Había sido maravilloso



tenerla en casa. Después había venido Michael para pasar una semana de permiso. Habían salido al cine y a cenar, y luego, cuando se fueron a la cama, Michael empezó a hacerle el amor.

—¡Estoy demasiado gorda! —había dicho ella.

No quería, y no era solo que, como siempre, no le apeteciera, sino que la mera idea se le hacía insoportable.

—¡Ay, tontuela, me da lo mismo lo gorda que estés!

Y había seguido, y había sido incomodísimo. A la mañana siguiente, Michael había tenido que irse al Almirantazgo, pero dijo que volvería por la tarde. Louise se había puesto de parto a la hora de comer, cuando su madre estaba a punto de llegar con un profesor del Royal College of Music que iba a llevarse los manuscritos de su abuelo que quedaban en la casa. Les había preparado la comida, un esfuerzo ímprobo, pero con la cartilla que le había dejado Michael pudo comprar carne en conserva que metió al horno después de condimentarla con clavo y azúcar. Tendrían que apañarse con eso y una guarnición de patatas hervidas y ensalada. Después de comer, mientras el anciano caballero revisaba las montoneras de papel que había en el estudio de su abuelo, le dijo a su madre que le parecía que estaba pasando algo, aunque no tenía dolores y lo que describió como sacudidas solo le daban de vez en cuando. Su madre dijo que, como aún faltaban tres semanas para que saliese de cuentas, le parecía poco probable que se hubiese puesto de parto y añadió:

—En cualquier caso, Michael volverá enseguida... Si no, me quedaría.

—No, tranquila, no hace falta. Habrá sido una pequeña indigestión.

Cuando su madre y el anciano caballero se marcharon, recogió los cacharros del almuerzo. Una vez recogidos, no sabía qué hacer, y se puso a dar vueltas por la casa como alma en pena. No era grande, y en el último piso estaban las dos pequeñas buhardillas en las que había dormido cuando se quedaba con sus abuelos. En aquel entonces había un papel pintado de nubecitas sobre un cielo azul, y *lady Rydal* tenía gaviotas recortables de distintos tamaños que podías pegar donde quisieras, aunque solo te permitía una gaviota por visita. Debajo de las buhardillas había un cuarto de baño y tres dormitorios. El más grande y soleado iba a ser la habitación del niño, con una cama para la niñera y una cuna, herencia de familia, para el bebé, aunque al principio iba a dormir en un moisés. El otro dormitorio grande era para Michael y ella. Daba al norte y era muy lúgubre. Había sido el estudio de su

abuelo, donde componía. El tercero —muy pequeño; apenas con cabida para una cama y una cómoda— había sido su dormitorio, donde había muerto. La planta baja tenía un gran salón con una cristalera que comunicaba, a través de unos escalones, con un jardincito cuadrado, y puertas de dos hojas que se abrían al comedor; por un pequeño ascensor se subía la comida desde el sótano, donde había una inmensa cocina con un viejo fogón donde se calentaba el agua y una vetusta cocina de gas. Estaban también los dos cuartuchos angostos, húmedos y oscuros como boca de lobo, con ventanucos enrejados, donde habían dormido los infelices criados de *lady Rydal*. Había también una despensa, una trascocina y un retrete. Louise odiaba el sótano, y pasaba allí el menor tiempo posible.

Para cuando hubo terminado la ronda de la casa, le dolía la espalda. El día, un típico día de verano del mes de julio que había amanecido con un límpido cielo azul y un sol radiante, estaba ahora encapotado, gris, húmedo, y hacía un calor sofocante. Pensó en echarse un rato a leer en el sofá, pero el libro que quería estaba en el dormitorio y le daba pereza subir a por él. Las extrañas sacudidas habían comenzado de nuevo; no parecía que se dieran a intervalos regulares y no le dolían. Al final, decidió tocar un rato el piano. Uno de los pianos de su abuelo seguía en el salón y había estanterías llenas de partituras. Pero, como tenía que sentarse tan lejos del teclado por culpa del (a su juicio) monstruoso abombamiento, empezó a dolerle la espalda más que nunca.

Apenas recordaba nada más del resto del día. Había preparado un *kedgeriee* para Michael y ella, pero el arroz estaba pasado y el pescado se había quedado duro y salado. No estaba nada rico, pero Michael había dicho que daba igual, que además estaba demasiado gordo, cosa que Louise tuvo que admitir que era cierta. No recordaba qué hicieron después de cenar, ni de qué hablaron ni nada de nada. Sí recordaba haber dicho que estaba cansada; seguía haciendo calor y le dolía la cabeza, y Michael dijo que se avecinaba una tormenta. Esta vez había logrado decir que no quería que le hiciese el amor. No le contó lo de las sacudidas que llevaba todo el día notando, pero dijo que se sentía fatal y él lo aceptó. Se fueron a dormir, y al cabo de un tiempo indefinido la despertaron unos dolores inconfundibles que empezaron a repetirse cada diez minutos más o menos. Despertó a Michael, que se vistió a velocidad de vértigo y telefoneó a la clínica donde tenían pensado que diese

a luz. Le dijeron que era demasiado pronto para que se pusiera de parto, pero que por si acaso mejor que fuese para allá. Mientras Michael iba a por el coche, se puso la misma falda y la misma camisola que había llevado todo el día, y después intentó hacer la maleta. Lo suyo habría sido que ya estuviese lista, pero su madre había dicho que no tenía sentido hacerla hasta que se acercase más la fecha. Metió dos camisones, la bolsita de aseo y unas zapatillas, pero cada vez que le venían los dolores tenía que parar. A estas alturas, todo le parecía irreal. No estaba ni emocionada, ni asustada, ni nada.

La clínica estaba entre Cromwell Road y Kensington High Street. Era uno de tantos edificios grises inmensamente altos con un tramo de escaleras que subía hasta la puerta principal. Los recibió una enfermera —o puede que fuera una monja— que le hizo sentirse como si estuviese montando un numerito histérico por algo que, sin duda, se iba a quedar en agua de borrajas.

—Será mejor que pase aquí la noche —le había dicho la mujer a Michael— para que la vea el doctor por la mañana; después, ya verá cómo la mandaremos de vuelta a casa.

—De acuerdo. Le dejo aquí la maleta, hermana.

Parecía que no veía el momento de marcharse. De repente, Louise quería con todas sus fuerzas que Michael se quedase, pero este le dio un beso fugaz en la mejilla, le dijo que estaba en buenas manos y desapareció por la puerta de la calle sin darle tiempo a decir nada.

—Vamos a tener que subirla al último piso. No contábamos con usted hasta dentro de tres semanas —le dijo la enfermera a Louise.

Louise subió los cuatro pisos detrás de ella. Tuvo un dolor a medio camino, pero no se atrevió a pararse porque la enfermera le daba un poco de miedo.

La enfermera le dijo que se desnudase y se metiese en la cama.

—Voy a echarle un vistacito. ¿Cuándo le empezaron los dolores?

—Hoy, a la hora de comer.

—Es una pena que no haya llamado antes.

—Lo siento. No pensé que pudiera ser el bebé.

La enfermera no respondió. Se quedó esperando pacientemente a que se acostase y se preparase para que la reconociera; la hostilidad emanaba de ella como una fuga de gas, y a Louise le horrorizó que la tocase.

Cuando le pareció que ya había terminado el reconocimiento, sacó fuerzas de flaqueza y dijo:

—¿Le importaría decirme qué va a pasar ahora? Usted seguro que sabe mucho de esto, y yo no sé nada.

—Lo que va a pasar ahora, jovencita, es que aprovechando que está aquí voy a rasurarla y así nos curamos en salud. Después, le daré algo para que se duerma.

Se fue y volvió con una pequeña jofaina con agua, jabón y una cuchilla de afeitar que resultó estar muy mal afilada y le hizo daño, lo cual enfadó aún más a la enfermera. Louise no se atrevió a preguntar por qué tenía que rasurarse. Después, se tragó una píldora muy gorda con un vaso de agua y la enfermera se fue, apagando la luz al salir.

Lo mejor que podía hacer era dormirse. Así dejaría de ser un incordio, y por la mañana podría volver a casa. Pensó con desasosiego que al final tendría que volver a la clínica, pero enseguida se dijo que no todas las enfermeras iban a ser como aquella. No tardó en caer en un sueño profundo.

De repente, la despertó un dolor. La cama estaba mojada y como pegajosa. Encendió a tientas la lámpara de la mesita para ver qué pasaba. Daba la impresión de que la cama estuviera llena de sangre, y lo primero que pensó fue que el bebé debía de habersele muerto dentro. Llamó con la campanilla que había en la mesita de noche. Quizá esté muerto y yo me esté muriendo, pensó a la vez que le volvía el dolor. No acudió nadie. Llamó dos veces más y durante más tiempo, pero el silencio era total. Estaba aterrorizada. Se levantó haciendo un gran esfuerzo y abrió la puerta de la habitación.

—¡Por favor! ¡Que venga alguien! —gimió.

Al final lo dijo a voz en cuello, y oyó pasos y vio que se encendían las luces de los pasillos. Apareció la enfermera, y, sin darle tiempo a decir nada, Louise señaló la sangre.

—¡Shh! A ver si va a despertar a los otros pacientes. Siéntese en esa silla mientras le hago otra vez la cama.

La enfermera salió al descansillo, abrió un armario y volvió con una sábana limpia.

—Pero ¿qué está pasando?

—Está expulsando el tapón mucoso. Significa que el bebé está de camino.

Los dolores le venían cada cuatro minutos más o menos y no había ninguna duda de que eran dolores de parto. Su madre le había dicho que durante el parto no había que decir ni pío, y en este momento le vinieron sus palabras a la cabeza.

—Voy a llamar a alguien para que le haga compañía. No se preocupe. Todavía le quedan muchas horas por delante.

Volvió a acostarse. Jamás en la vida se había sentido tan sola. ¿Por qué la había abandonado Michael a su suerte en semejante trance?

Consiguió no llorar ni gritar en lo que quedaba de aquella terrible noche. La enfermera volvió acompañada de otra que, entre su avanzada edad y que la habían sacado de la cama, también tenía cara de pocos amigos. Preguntó cuándo iba a venir el doctor y le dijeron que por la mañana como muy pronto, y quizá ni eso. Le dieron un artilugio que llevaba una mascarita de goma que podía ponerse sobre la cara para respirar cuando los dolores se volvieran demasiado fuertes, pero, aunque probó, no sirvió de nada.

—Creo que no funciona.

La matrona, que se había sentado en una silla lo más lejos posible de la cama, se acercó a ver.

—Está roto —dijo, y se lo quitó.

Fuera, un fragor de truenos anunció que la tormenta se estaba desatando. Entre un dolor y otro, Louise luchaba contra el imperioso deseo de dormir que le había provocado la píldora. Cada vez que se sentía a punto de sumirse en el olvido del sueño, el dolor volvía para torturarla y la despertaba. ¡Por favor, que me diga algo; cualquier cosa!, pensó, pero la enfermera seguía enfrascada en su periódico. Cuando vio, a través de una rendija que había en la cortina de oscurecimiento, que el cielo empezaba a aclararse y oyó que los truenos se alejaban, preguntó cuánto quedaba.

La enfermera, que ni siquiera apartó los ojos del periódico, respondió que estaba harta de que todas le preguntasen lo mismo. Después de aquello, se guardó bien de preguntarle nada más.

Finalmente, empezaron a pasar cosas; vino otra enfermera a examinarla, llegó el médico y le dijo que empujase y de repente había al menos tres personas alrededor de la cama. Tenía la boca tan seca que tuvo que hacer un gran esfuerzo para decir que tenía sed; el médico le acercó un vaso de agua a los labios, pero se lo arrebató antes de que pudiera dar un segundo sorbo.

—Venga, un empujón más —dijo—, y después le daré algo para que no se entere de nada.

Y eso fue lo que pasó. El último empujón fue tan doloroso que pensó que iba a empezar a chillar y que el chillido se interrumpió porque el médico le tapó la cara con una mascarilla, y que entonces ella desapareció o al menos esa sensación le había dado —simplemente, que había dejado de existir—. Cuando volvió en sí, la enfermera estaba trajinando a su alrededor, y el doctor sonrió y dijo que era un varoncito precioso. Pero Louise no lo veía por ningún lado. «Lo están bañando», dijeron. Ahora, todos sonreían. Preguntó qué hora era y le dijeron que las doce menos cuarto, y alguien le dio una taza de té. Entonces llegó Michael con el bebé en brazos y se lo ofreció como si fuera un regalo que le hacía, y por la expresión de su cara Louise supo que lo que se esperaba de ella era que estuviese rebotante de felicidad. Miró el blanco fardo arrebujado, con su carita arrugada y coloradota, distante, serio, profundamente dormido, y no sintió nada en absoluto.

—Tres kilos sesenta gramos —dijo Michael, orgulloso—; ¡eres toda una campeona!

Le habían traído otra taza de té, pero dijo que no, que lo único que quería era dormir.

—Antes, bébasela —dijeron—; tiene que beber para que le suba la leche.

De manera que se había bebido el té. Michael dijo que iba a llamar a los padres de ambos, y se llevaron al bebé.

Se despertó hecha un mar de lágrimas. Michael volvió por la tarde y dijo que se iba a acercar a Hatton porque Zee quería que pasase con ella el resto del permiso. La llenaron de líquidos hasta que se le hincharon dolorosamente los pechos de leche, pero el bebé, al ser prematuro, no quería mamar, sino solo dormir. Los primeros días solo lo veía dormido o llorando. Al final le dieron un sacaleches, pero para entonces le dolían tanto los pechos que no soportaba que la tocasen. Le recordaron que era muy afortunada por tener tanta leche; en la clínica había madres que prácticamente no tenían. ¿Y no podría ella amamantar también al bebé de alguna de ellas?, había preguntado Louise, pero pareció que la idea los escandalizaba y le dijeron que no estaría bien. Estuvo tres días llorando sin parar, de agotamiento, de dolor (aparte de por el dolor de los pechos, porque habían tenido que darle puntos), de sed (uno de los métodos que emplearon para reducir la producción de leche fue

negarle la bebida), por una especie de nostalgia de casa (aunque no sabía de qué casa), por la sensación de que Michael la había abandonado (dos veces: una, al dejarla en la clínica en manos de un montón de desconocidos hostiles, y la otra, al decidir pasar el resto del permiso con su madre en lugar de con ella), y, lo peor de todo, por la creciente certeza de que algo raro le pasaba cuando era evidente que no solo no quería a su bebé como se suponía que debía quererlo, sino que ni siquiera sentía nada especial por él aparte de un vago temor. Le dijeron que era una depresión posparto y que pronto se le pasaría, y, al cabo de unos días, que ya era hora de que se calmase y se esforzase por superarla.

Dos semanas después, la enviaron a St. John's Wood con una enfermera puerperal de mediana edad y de lo más parlanchina que le enseñó cómo se usaban los tãmpax y se encargó de que siguiera sin ver al bebé a no ser que estuviese mamando o llorando. «¡Pues conmigo es un ángel!», exclamaba. Se pasaba horas hablándole a Louise de su anterior empleo en una casona de campo, propiedad de una señora con título nobiliario, donde había personal doméstico como Dios manda y no tenía que cargar con bandejas escaleras arriba y escaleras abajo. El personal de Louise se reducía a una proveccta señora a la que Zee había acoquinado para que saliera de su retiro y fuese a cocinar para ella durante un mes. Subía después del desayuno a que Louise le comunicase los menús del día, pero, o bien porque en las tiendas no había los ingredientes necesarios o bien porque —sospechaba Louise— la señora Corcoran no tenía ganas de hacerlo, nunca comían lo que le encargaba. Además de ser una esnob, la enfermera Sanders era una déspota que obligó a Louise a guardar cama durante dos de las cuatro semanas que estuvo con ella, y, las dos restantes, a tomarse soporíferos descansos vespertinos. Tenía también la aterradora costumbre de llevarle al bebé cuando lloraba de hambre y soltarlo en el moisés, en la otra punta de la habitación, para que pasase quince minutos llorando antes de la toma. «Que se agote (así dormirá mejor después)», decía antes de dejarlos a solas en tan triste situación. Para Louise era un suplicio, pero cuando al final se levantaba y lo cogía seguía llorando sin parar (Louise temía demasiado a la enfermera Sanders como para atreverse a amamantarlo antes de su hora). Le daba la impresión de que no le caía muy bien al niño: casi nunca la miraba a los ojos, ni siquiera mientras mamaba, y se revolvió cada vez que (siempre en ausencia de Sanders)

intentaba besarlo. A mitad de cada toma, la enfermera Sanders cogía al bebé y le daba palmetazos en la espalda hasta que daba un cabezazo y, por fin, eructaba.

—¿Y eso no le hará daño en la espalda? —se había atrevido a preguntar la primera vez.

—¿Daño? Pero bueno, ¿por quién me ha tomado? ¿Daño en la espalda, dice? Tenemos que sacarle el aire. Mami no te entiende, ¿a que no? ¡Pobre pequeñín!

Y así sucesivamente. Louise contaba los días que faltaban para que se marchase Sanders. La niñera que iba a venir a sustituirla no podía ser tan horrorosa; para empezar, era joven, y se había formado en el Hotel de los Bebés de la tía Rach. Incluso puede que fuese una grata compañía. No obstante, Mary, al principio, con su discreto aplomo, la había intimidado, y, como eran más o menos de la misma edad, a las dos les costaba saber cómo debían tratarse dadas sus respectivas situaciones. Mary se enamoró del bebé nada más verlo, y parecía que también ella le caía simpática a él, lo cual ya era algo. Y Mary no la trataba con desdén. «¡El niño me ha sonreído!», le dijo a Sanders la mañana en que esta se marchaba. «Gases», dijo Sanders con aspereza. «Son gases, nada más». Se fue después del almuerzo, y, por vez primera desde hacía meses, Louise se sintió más animada. Stella iba a pasar con ella el fin de semana. Mary podría cuidar al bebé y ellas podrían salir entre toma y toma. Le tocaba ya la toma de las dos de la tarde, y por primera vez se la iba a dar a solas.

Recordó, ahora con tristeza, cómo había subido corriendo armada de buenos propósitos —le daría de mamar, hablaría con él y le haría arrumacos, y él, sin la malévola presencia de Sanders, respondería bien—. Estaba dormido, así que desplegó el cambiador de felpa y el pañal para que estuvieran listos cuando lo despertase. Lo había cambiado muy pocas veces. A continuación, lo sacó con cuidado del moisés. Estaba empapado, y se echó a llorar antes de que se lo pusiera sobre el regazo. Quitarle los pañales húmedos fue fácil, pero ponerle los limpios era ya otro cantar. A estas alturas estaba chillando, arqueando la espalda y retorciéndose. Al final lo puso en el suelo sobre el pañal abierto, que tardó siglos en doblar y abrochar por temor a pincharle. Cuando terminó, el bebé tenía la cara roja como un tomate y le pareció que estaba furioso con ella, tanto que se negó a mamar y siguió



bramando mientras se daba de cabezazos contra un pecho. Empezaba ya a albergar la descabellada sospecha de que Sanders, a modo de despedida, se las había apañado para darle la leche en polvo de la lata de Cow and Gate que tanto había insistido en comprar cuando de repente el bebé le agarró el pezón con saña y empezó a mamar, con sus ojos color pizarra mirándola fijamente con aire de reproche. A mitad de la toma sonó el teléfono, y, con el niño al hombro, bajó a cogerlo. Era Michael. Le habían dado un par de noches de permiso, y llegaría a tiempo para la cena.

—Viene Stella —dijo Louise.

—Ah, estupendo —respondió él con sincero entusiasmo—. Me encantará volver a verla. ¿Qué tal Sebastian?

—¿Sebastian? ¡Vaya! ¡Me acaba de vomitar en el hombro!

—¡Pobrecito! Bueno, te veo luego, cariño. ¿Se ha ido ya el dragón?

—Sí, acaba de irse. La niñera nueva llegará a la hora del té.

—Genial. Si quieres, os llevo a las dos a cenar por ahí.

Louise volvió al cuarto del bebé y terminó de darle la toma. Sonaba ridículo llamar Sebastian a alguien tan minúsculo. Por lo demás, tampoco podía decirse que el nombre la entusiasmase, pero Michael decía que era una tradición familiar.

Mary había llegado poco después, y en un abrir y cerrar de ojos se había enfundado el vestido de algodón a rayas blancas y lila y estaba bañando al bebé. Sin embargo, por alguna razón, el fin de semana no tuvo nada de divertido. Fue entonces cuando descubrió que era dos personas distintas, una con Stella y otra con Michael, y, al estar allí los dos, no sabía cuál ser. Además, había esperado reunir el valor para hablarle a Stella de aquella terrible ausencia de sentimiento maternal —era la única persona con la que le parecía que podía arriesgarse a sacar el tema—. Pero no pasó de hablarle de lo horrible que había sido la clínica, y Stella se había mostrado comprensiva y había dicho que, según su padre, las buenas enfermeras estaban todas en grandes hospitales o en el extranjero, y las clínicas privadas se estaban teniendo que apañar con las sobras. Esto le levantó el ánimo —era como si por fin alguien se hubiera dado cuenta de lo mal que lo había pasado—.

—¿Duele tanto como dicen? —había preguntado Stella.

Y había podido responderle con sinceridad que sí, que mucho. Después llegó la hora de la toma, y en esas estaba cuando apareció Michael. Tuvo la

sensación, a lo largo del fin de semana, de que, a pesar de que la buena voluntad era recíproca, en realidad Michael y Stella no tenían nada en común aparte de ella. Michael llamó a su madre la primera tarde y estuvo mucho rato al teléfono.

—Mamá está deseando que lleves a Sebastian a Hatton —le dijo aquella noche en la cama—. Te puedo llevar mañana. Si Stella no tiene inconveniente, claro.

Louise había dicho que bajo ningún concepto podía marcharse tan pronto de la casa nueva; tenía que dejarlo todo encarrilado, y la señora Corcoran pensaba irse pronto; no podía dejar la casa vacía. De modo que habían convenido en esperar un mes más. Y entonces el plazo de un mes acabó de cumplirse, y allí se encontró.

Lo peor era que, mientras que en Hatton todo el mundo —desde Zee y Pete hasta los criados, incluidos Crawley, el chófer y Bateson, el jardinero— adoraba a Sebastian, ella, que, en teoría, al ser la madre, debería ser la que estuviese más embobada, no lo estaba en absoluto. Si al principio había pensado que quería tener hijos —pero solo después de haberse hecho más a la vida de casada—, ahora había llegado a la conclusión de que no debería haberlo tenido, y su incompetencia a este respecto le pesaba cada día más. Se sentía culpable, avergonzada y, a veces, incluso mala persona. Cuando estaba a solas con él sí que se esforzaba por forjar algún tipo de vínculo entre ambos, pero era como si el niño estuviese conchabado con los demás —era evidente que no le gustaba que lo besase ni lo abrazase, y cuando le hablaba se limitaba a mirarla con una especie de remota indiferencia—. Parecía como si supiera que era una mala madre; seguro que entre sus primeros recuerdos estaría el de su madre disculpándose con él. Así pues, Louise se pasaba el día interpretando el papel que se esperaba de ella, y la noche, hasta la madrugada, enfrentándose a su desdichada confusión.

Era viernes, de modo que, como todos los viernes, vendrían invitados a pasar el fin de semana. En Hatton había un incesante trasiego de gente que venía a comer, a cenar y a dormir, a pasar parte de un permiso o a hacer una escapadita desde Londres. Algunos eran viejos y distinguidos; otros muchos eran jóvenes y prometedores, y casi todos eran hombres. Era como si Zee reuniese a hombres a su alrededor sin ningún tipo de esfuerzo, y, gracias a que pasaba discretamente por alto el hecho de que muchos de ellos estaban

casados, casi siempre y de manera misteriosa conseguía que fuesen a verla solos. Buena parte de los más mayores habían estado enamorados de ella en uno u otro momento, y a Louise, visto lo visto, no le habría extrañado que siguieran besando el suelo por donde pisaba.

Se suponía que todo el mundo tenía que hacer algo: tocar un instrumento, cantar, representar charadas o pantomimas rimadas o, a falta de estos talentos, relatar vivencias extraordinarias y entretenidas (en general, esta era la prerrogativa de los muy ancianos y distinguidos, que habían vivido lo bastante, pensaba Louise, como para haber acumulado anécdotas más que sobradas). Los invitados que venían por primera vez, por lo general los más jóvenes, solían estar bastante callados, pero Zee tenía un don para hacerles sentirse cómodos y, al mismo tiempo, especialmente interesantes, y no tardaban en aprenderse los juegos, reírse de los chistes y, en general, participar del excelso espíritu del lugar. El hecho de que Louise se luciera en todos los juegos de interpretación era un punto a su favor. Menos mal, porque se daba cuenta (hasta esta visita no se le había hecho patente, y encima cuando Michael ya se había marchado) de que, por lo demás, le atribuían un montón de defectos. Por ejemplo, cuando llegaron. Habían ido en tren porque Michael no tenía suficiente gasolina para llevar el coche, y el tren se había retrasado siglos por culpa de unas obras que estaban haciendo en las vías. A Sebastian le había entrado hambre, y, como el agua del biberón no le había calmado, al final Louise le había dado de mamar a pesar de que el vagón iba hasta los topes. A Michael le pareció una osadía deliciosa y, cuando lo contó en Hatton, quedó bien claro que Zee no era de su misma opinión.

—¿Dices que había soldados en el vagón? Madre mía, Louise, me imagino que a ti te parecerá de lo más bohemio. En cambio, a mí me habría parecido una situación harto desagradable.

Al decir esto había mirado a Louise y había arrugado la nariz con gesto de fingido desagrado, pero el descontento, la aversión, incluso el desprecio, eran muy evidentes. Además, Louise fumaba, cosa que a Zee, que no fumaba, no le hacía ninguna gracia. Poco podía decir al respecto, sin embargo, ya que prácticamente todos sus invitados fumaban, como también Pete y Michael. Y Louise bebía, no solo vino sino también ginebra, cosa que, como se le hizo saber, no era propio de una joven. A estas alturas, Louise sabía que el verdadero problema era que a Zee no le caían bien las mujeres en general, y

en cierto sentido esto era peor que si solo le fuese antipática su nuera en particular. Vamos, se dijo Louise mientras se cepillaba el pelo, que no hay manera. Haga lo que haga, jamás le caeré bien. Me aguantará por Michael y porque le encantan los bebés. No había ninguna duda de que adoraba a Sebastian. Pasaba horas con él, o bien dándole de comer en su regazo o paseándolo por los desmontes de las inmediaciones en el viejo cochecito de Michael. Michael le había hecho un retrato mientras dormía, y, por su parte, Zee había esculpido en cera una preciosa cabecita del niño, y el Juez, Pete, había pedido disculpas por no saber dibujar y le había escrito un soneto. En estos momentos Zee estaba volcada en uno de sus «cuadros de chismes», que era como llamaba a los cuadros que hacía con apliques y bordados de todo tipo de telas. El de ahora era una especie de bosque al estilo de Rousseau, con animales salvajes acechando en cada esquina. Tenía mucho encanto, y a Louise no se le pasó por alto que era exactamente lo que cualquier niño querría ver colgado en su cuarto de juegos.

Las llamadas de Michael eran otra fuente de tensión, vaga pero inconfundible. Como Zee se pasaba la mayor parte del día sentada en el sofá al lado del teléfono, casi siempre era ella la primera en hablar con él largo y tendido antes de pasárselo a Louise. «Que no cuelgue. Cuando acabéis quiero ponerme otra vez», decía siempre. A Louise le costaba hablar con Michael en presencia de Zee y le parecía que no decía más que necedades y soserías. Sí, el bebé estaba bien y había engordado doscientos gramos desde la última vez que estuvo; sí, estaba contenta con Mary; y, en cuanto a ella, estaba bien, mucho menos cansada. Hacía un tiempo buenísimo, típico de comienzos de octubre, y él, ¿qué tal estaba? Esto daba pie a un largo informe de sus misiones más recientes en el Canal o en el mar del Norte; después, Zee gesticulaba, Louise se despedía y le decía aquello de que no colgase, y Zee se embarcaba con él en una larga conversación sobre su buque y sus compañeros de tripulación, sobre el estado de la guerra en general. Qué buena noticia que hubieran torpedeado el acorazado Tirpitz, ¿verdad? Un tal Jimmy, de la Marina, había pasado el verano metido en un minisubmarino en Welwyn Garden City; ¿sería él el hijo de uno de los admiradores de Zee? En tal caso, tenía que enviarle un telegrama a su padre. Y así sucesivamente. Louise fingía leer, y a veces simplemente salía de la habitación, pero hiciera lo que hiciese siempre se sentía derrotada y excluida. Al menos las cartas le

permitían una mayor intimidad, y le gustaba escribirlas. Le enviaba, como mínimo, dos a la semana, y Michael era un cielo y le escribía más o menos cada quince días, pero una mañana descubrió que ni siquiera por las cartas había respeto. Al bajar a desayunar vio que había una carta de Michael en su plato, pero estaba abierta. No era que la cola de la solapa se hubiese secado, sino que el sobre estaba rasgado por arriba con abrecartas. Zee no había bajado a desayunar; Louise estaba a solas con el Juez.

—¡Alguien ha abierto mi carta!

—¿Cómo dices, cariño? —El Juez alzó la vista del *Times*.

—La carta que me ha escrito Michael. Está abierta.

—Ah, sí. Zee me pidió que te dijera que la abrió por error. Ya sabes, está tan acostumbrada a la letra de Michael que no miró a ver a quién iba dirigida.

Louise volvió a dejar la carta en la mesa. Le temblaban las manos, y estaba tan enfadada que no podía articular palabra.

—Lo siento. Ya veo que te ha disgustado —dijo el Juez. El rostro de moneda romana se suavizó para asumir una expresión preocupada—. Zee se sentirá mal si te ve disgustada, y eso la disgustará a ella, lo que, como tú y yo sabemos, no le conviene a su corazón. Hazme el favor de perdonarla.

Sonrió con dulzura y retomó su apacible expresión de siempre.

Cuando Zee apareció más tarde, no dijo nada de la carta. Louise estaba furiosa, convencida de que la había leído de cabo a rabo, y no se había creído ni por un instante que la hubiese abierto por error. Pero, curiosamente, lo que más la turbó fue el comportamiento del Juez. Parecía —y era— un hombre de una integridad intachable, un hombre al que no se imaginaba capaz de mentir, engañar o traicionar a nadie. Y sin embargo era evidente que había justificado a su mujer hasta el punto de que ni siquiera veía necesario que se disculpase. Louise llegó a la inquietante conclusión de que Hatton era el universo de Zee y de que era ella quien dictaba las normas.

Durante aquella visita hubo otros dos episodios que, como comprendería más adelante, la afectaron mucho más de lo que acertó a ver en su momento. La víspera de su partida, un sábado, organizaron lo que Louise llamaba un «almuerzo para vejstorios distinguidos»: un almirante, un embajador (jubilado), un general (con su esposa) y un viejales temblequeante que, sorprendentemente, había sido explorador. «Pero ya no», le dijo mientras se tomaban la sopa.

—Ahora, hasta me cuesta llegar a mi dormitorio por la noche.

—¿Y a qué se dedica durante el día?

Había aprendido que había que contribuir a la conversación, y no simplemente asentir a lo que le decían.

—Buena pregunta.

Se inclinó hacia ella y susurró en un aparte—: A explorar las profundidades de mi dentadura. De lo que me queda de ella. Todavía no he llegado del todo al «sin nada»<sup>4</sup>, pero sin duda llegaré. ¡Caramba! Es usted un bombón, ¿lo sabía?

Había algo en su manera de mirarla que le hizo sofocarse, y le dio la callada por respuesta.

Mientras iban al salón a tomarse el café, Zee dijo:

—Louise tiene que ir a dar de comer a su precioso bebé. Louise, ¿qué tal si te traes a Sebastian al salón y lo amamantas allí? Seguro que a nuestros invitados les encantará conocerlo, y veros a los dos juntos.

—No, casi mejor que no.

Vio que, al principio, Zee se negaba a creer que estuviese hablando en serio; después la sometió a una especie de burla rabiosa solicitando el apoyo de todos los presentes. Sí, sí, dijeron al unísono, y al ver que el almirante y el explorador no apartaban sus miradas legañosas de sus pechos se levantó de golpe y volcó la taza de café sobre el platito. Mal que bien, consiguió disculparse, limpiar el café y abandonar la estancia.

Mary la esperaba en el dormitorio paseándose con Sebastian, que no paraba de llorar.

—Perdón por el retraso.

Era como si se pasara el día pidiendo disculpas, y eso que todavía no eran más que las dos y cuarto.

Después de que Mary le colocase al niño y saliese de la habitación, se le saltaron las lágrimas que había ido acumulando; caían sobre el bebé, sobre el pecho, por el brazo izquierdo que lo sujetaba. Cuando acabó de mamar de un pecho, lo cogió con ambos brazos y posó los labios a un lado de la redonda cabecita. El bebé dio un respingo y apartó la cabeza. Entre tú y yo no es posible el amor, pensó mientras se lo ponía al hombro para que eructase, pero no sabía por qué y no había nadie a quien preguntárselo.

Después de que Mary se lo llevase, se echó en la cama, abrumada por lo que siempre había llamado nostalgia del hogar, solo que ahora era algo más intangible, ya no era un lugar. Quería que estuviese allí Michael, que se la llevase, que apoyase su negativa a amamantar a su hijo delante de un montón de viejos verdes, que le dijese a su madre que no tenía por qué abrir sus cartas ni plantarse en la puerta de su cuarto por las noches (mejor que ni se preguntase a santo de qué lo hacía). Pero, justo cuando la rabia empezaba a aliviarla (y sí, le pareció raro, pero así era), recordó la expresión de Michael cuando le había traído al bebé recién nacido. Michael esperaba que sintiera por Sebastian lo mismo que su madre, de manera tan evidente, había sentido siempre por él. Cayó presa de la desesperación. Michael no tenía ni idea de lo terriblemente distinta que era; de haberlo sabido, sería el primero en condenarla, y, si a él no se lo podía decir, ¿cómo iba a cometer la deslealtad de contárselo a otra persona? Quizá cambien las cosas, se dijo. Cuando crezca y pueda hablarle y jugar con él; cuando se convierta en una persona. Pero la inercia resultante de su intenso temor le impidió considerar esta posibilidad, y volvió a pensar en Michael y en cómo podía explicarle por qué estaba tan confusa. Aunque ¿cuándo volvería a verlo? ¿Y por cuánto tiempo, y cuánto rato estarían a solas? Y, aun en el caso de que insistiese, de que se negase, por ejemplo, a venir a Hatton cuando le dieran permiso, ¿cómo iba a contarle todas estas cosas tan terribles, tan antinaturales, que tanto la turbaban y que sin duda le horrorizarían si las supiera, cuando a los pocos días tendría que volver a su buque, donde era fácil que muriera? Para los oficiales en activo, los permisos tenían que ser un respiro; lo último que debía hacer una era provocar una marejada en casa, por así decirlo, y sí asegurarles unos días tranquilos y relajados y recuerdos felices que pudieran llevarse al frente. Si ser madre se le daba mal, más aún iba a tener que esforzarse por ser una buena esposa.

El segundo episodio tuvo lugar la mañana de la víspera de su partida. Michael no había vuelto a Hatton, pero ella había insistido en regresar a la casa de Londres al término de las tres semanas. Zee había sugerido de repente que saliesen a dar un paseo por el bosque. Era un precioso día de sol, frío y despejado; el suelo estaba cubierto por una fina capa de escarcha. Michael había telefoneado la noche anterior para decir que le habían concedido una cruz al mérito militar por una de las batallas en las que había participado

aquel verano, y Zee le estaba diciendo que pensaba ir a Gieves a comprar los galones que habría que coser a los uniformes.

—Por supuesto —añadió—, iré a Londres para acompañarlo a Palacio, y lo suyo sería que después organizásemos una fiesta.

Y, antes de que Louise pudiera mediar palabra, continuó—: Ah, cielo, y tú te vendrás con nosotros. Le dejan invitar a dos personas del público. Precisamente el otro día le estaba diciendo que creo que ya va siendo hora de que te presente en sociedad, pero llegamos a la conclusión de que será mejor que lo dejemos para cuando haya nacido el segundo.

—¿Qué?

—Sentémonos, Louise, ya he paseado bastante. —A su lado había un tronco de lo más oportuno—. No se puede decir que seas muy buena madre, ¿no crees? Yo, desde luego, cuando nació Michael estuve meses y meses sin poder pensar en otra cosa más que en él. Pero dice Mary que tú casi ni apareces por el cuarto del niño. Así que es fundamental que tenga un hermano con quien jugar. Estarás de acuerdo conmigo, ¿no?

—No lo he hablado con Michael —consiguió decir, pero tenía la garganta seca y no supo si Zee la había oído.

—Michael desea con toda su alma una familia numerosa. Por eso se casó contigo. Pero eso tú ya lo sabías, ¿no?

—No.

—Yo le dije que eras demasiado joven, pero él no tenía ninguna duda de que eras la esposa perfecta para él, y yo, naturalmente, siempre querré para él aquello que él crea que le va a hacer feliz. —Se puso en pie—. Espero que tú también. Pero, si en algún momento —concluyó— llegase a sospechar que, de la manera que sea, le haces infeliz, no dudaría en matarte a puñaladas. Y lo disfrutaría.

La sonrisa traviesa no consiguió ocultar el escalofriante contenido de su comentario. Por alguna razón, Louise se acordó de una novela histórica de Conan Doyle (¿*Los hugonotes*, se llamaba?) en la que los bosques de Canadá estaban llenos de iroqueses sanguinarios que corrían entre las sombras de los árboles celebrando la muerte. El bosque en el que se hallaba en estos momentos se le antojó igual de peligroso; tenía el corazón en un puño y estaba temblando de frío.

Volvieron hacia la casa y del bosque salieron al prado, en cuya linde



había azafrán silvestre despuntando de la tierra desnuda.

—¿Cómo los describirías? —preguntó Zee.

—Parecen personas vestidas con traje de noche en plena mañana —  
respondió.

—¡Buenísimo! Que no se me olvide repetírselo a Pete.

La escena del bosque ya le parecía irreal, tan rocambolesca que empezaba a pensar que tal vez ni siquiera hubiera sucedido.

# LA FAMILIA

Diciembre de 1943

—¡Ay, tesoro! ¿No tienes más pantalones que estos?

—Más o menos. Tengo los bombachos de ir a trabajar.

—¡Pues estos deben de ser de hace siglos! Te quedan muy cortos, lo menos quince centímetros.

Christopher bajó la mirada y vio, primero, el hueco que había entre el final de la tela de tartán y el comienzo de los calcetines —llenos de agujeros, pero esperaba que su madre no se diese cuenta—, y después los incómodos zapatos que también tenía desde hacía siglos, que apenas se había puesto y que a estas alturas le quedaban demasiado apretados.

—Sí, un poco cortos sí que me están —dijo, esperando que si le daba la razón se zanjase el asunto.

—¡No puedes ir así a la boda de Nora! Y la chaqueta te queda corta de mangas.

—Eso me pasa con todas las mangas —dijo pacientemente.

—En fin, ya es demasiado tarde para comprarte algo. Voy a ver si Hugh tiene algo que te pueda prestar. Sois más o menos de la misma altura.

Aunque era difícil ser más flaco que Christopher, se dijo mientras bajaba a buscar a Hugh.

Estaban en casa de Hugh, que la había puesto generosamente a disposición de la familia Castle para la víspera de la boda (Polly y Clary se habían ido a casa de Louise). Estaban allí todos, es decir, todos menos Raymond, que había llamado para decir que le era imposible ir esa noche pero que cogería un tren a primera hora de la mañana. Angela aún no había

llegado, pero iba a salir con ellos a cenar. También esto lo había organizado el bueno de Hugh. Y menos mal, porque con Villy, visto lo visto, no podría haber contado para nada. Sospechaba que era ella quien había convencido a Raymond de que adoptase la postura radical e insistiese en que debía volver a Frensham en lugar de quedarse en Londres. La excusa de que se necesitaba la casa para Louise era poco menos que absurda —Michael Hadleigh tenía dinero más que de sobra para alquilar o incluso para comprar una casa para Louise y no le hacía ninguna falta—. Pero la casa de los Rydal había pasado a ser propiedad común de las dos hermanas, y Raymond había dicho que, simplemente, no podía permitirse mantener dos casas. Jessica se había preguntado, después de una amarga conversación telefónica con su marido, si se habría enterado de lo de Lorenzo, pero por más vueltas que le daba no se imaginaba cómo. En general, habían tenido bastante cuidado, pensaba, aunque en cierta ocasión Lorenzo había admitido que no soportaba la idea de quemar sus amadas cartas. Después de aquello, Jessica había sido más prudente con lo que escribía, y había guardado todas las notas de Lorenzo (pues nunca pasaban de ser notas) en el compartimento secreto de su caja de costura. Desde su regreso a Frensham, había pasado un montón de tiempo yendo y viniendo de Londres en tren, pero a partir de ahora la cosa se iba a complicar porque Nora y su marido iban a vivir con ella, y Nora tenía planes de convertir la casa en una especie de sanatorio. Tal vez entonces podría alquilar un apartamentito en Londres, lo cual facilitaría las cosas —Lorenzo trabajaba tanto y estaba tan ocupado que a veces, en los últimos tiempos, se había desplazado a Londres en vano—. Le diría a Raymond que lo mejor era que Nora tuviese la casa para ella sola porque, al fin y al cabo, necesariamente le esperaba un matrimonio difícil, aunque la excusa distaba mucho de ser cierta porque Nora estaba empeñada en convertir la casa en una especie de asilo que velase por personas que se hallaban en el mismo estado que el pobre Richard. En caso necesario, podía proponerles a Villy o a Michael Hadleigh que le comprasen su parte de la casa materna, y con eso seguro que le llegaba para alquilar un pisito. Iba a cumplir cuarenta y seis años y llevaba más de veinte viviendo para los demás: criando a los niños, cocinando, fregando, limpiando una tras otra las horribles casitas en las que habían tenido que vivir hasta que murió la tía de Raymond y les dejó la casa de Frensham y una suma de dinero nada desdeñable. No había querido vivir en el campo, y menos aún en aquel museo de la época victoriana que era la

casa de Frensham, pero Raymond había insistido. Tener dinero de repente, poder permitirse criados como otras personas (Villy siempre había tenido), poder comprarse ropa como Dios manda, ir a peinarse a la peluquería, conducir un coche nuevo y no uno de segunda mano. Al principio, todas estas cosas, y tantísimas más, le habían parecido milagrosas. Pero a medida que iba desapareciendo el cansancio crónico (se daba cuenta de que durante todos aquellos años había estado exhausta siempre), y ahora que Raymond se había quitado de en medio y ya no estaba sometida a las tensiones de tener que hacer de parachoques entre él y los niños, algo en su interior se había abierto de golpe, como si de aquella crisálida de domesticidad hubiese salido una mariposa: lo único que quería era divertirse, no tener que resignarse a nada que no le diese satisfacción. Los niños —a excepción de Judy, a quien ahora podían permitirse mandar a un internado— tenían ya sus propias vidas. Sabía que Villy la consideraba una frívola y que todo esto le habría parecido fatal; o, mejor dicho, que lo poco que sabía ya lo desaprobaba. En opinión de Villy, debería estar en Woodstock con Raymond, cuidando del hogar, o aportando su granito de arena al esfuerzo bélico. Si Villy se llegase a enterar de lo de Lorenzo, le daría un soponcio. Se lo había comentado una vez a Lorenzo, y él había respondido que le parecía una mujer muy fría y que se maliciaba que debía de ser la típica inglesa en cuestión de sexo. (Una de las cosas que más le gustaban de él era su perspicacia casi femenina). En fin; cuando acabase la guerra, tendría que retomar su papel de esposa de Raymond, con todo lo que pudiese conllevar en ese momento, pero mientras tanto pensaba aprovechar al máximo lo que llamaba para sus adentros «mi veranillo de San Martín».

Mientras oía las noticias de las seis en el polvoriento salón (en Járkov habían colgado a tres alemanes por crímenes de guerra), Hugh apagó el cigarrillo y dijo que seguro que encontraba algo que le valiese a Christopher, y que mejor que les dejase a ellos dos encargarse de maquearlo y se tomase un trago mientras tanto.

—Eres un ángel. Me encantaría un culito de *whisky*, si tienes.

—Sírvelte tú misma. ¿Dónde está Christopher?

—Arriba del todo, me temo. Pégale un grito y que baje él a tu cuarto.

Pero acababa de servirse un dedito de la media botella de Johnnie Walker cuando oyó un alarido de consternación que sin lugar a dudas provenía de Judy, a quien poco antes había mandado a bañarse.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Por favor, ven, mamá! Estoy aquí. —Abrió la puerta del baño y echó el pestillo nada más entrar Jessica—. No quiero que me vean el tío Hugh y Christopher.

Tenía a medio poner el vestido de dama de honor de tul amarillo, y mientras forcejeaba para bajarse el canesú se oían unos ruidos alarmantes, como de costuras abriéndose.

—Me está pequeño, mami, ¡no me cabe!

—Estate quieta. Mira que eres boba, seguro que no has desabrochado la parte de atrás. ¡Que te estés quieta!

Pero, incluso después de sacárselo a duras penas por la cabeza, desabrochar los corchetes de la espalda y volver a intentarlo, el vestido le quedaba manifiestamente pequeño.

—¡Maldito vestido! ¡No es culpa mía! Además, odio el amarillo.

—Debe de ser el vestido que le hicieron a Lydia, lo que significa que el tuyo lo tendrá ella. No te preocupes. Llamaré a la tía Villy y los cambiaremos. Aunque va a haber que remendarlo. ¡Podías haberte esperado, en vez de intentar embutírtelo!

—Si me hubiese esperado, ya no habría dado tiempo a cambiarlo. Lydia se habría ido a la iglesia con el mío ¡y yo habría tenido que ir con mi horroroso uniforme del colegio! ¡Qué injusto es todo!

Judy hablaba a menudo como si fuera una actriz infantil de un melodrama, pensó Jessica, intentando no enfadarse. Estaba, como le decía su madre a ella, pasando por una etapa difícil. La comida del colegio —hidratos de carbono en su mayor parte, seguramente— la había convertido en una morcilla, y encima llena de granos. Aunque en el último año había crecido mucho, no dejaba de estar gordinflona, y siempre tenía el pelo grasiento; en cuanto a la pelusa del labio superior, que tanto la había amargado aquel verano, su fiel amiga Monica se la había tratado con agua oxigenada, con el resultado de que ahora parecían virutas de latón reluciendo por debajo de un acné desmadrado. Por supuesto, se dijo Jessica, todos estos contratiempos desaparecerían con el paso del tiempo, y mientras tanto era una suerte que, por lo que se veía, en líneas generales no fuese demasiado consciente de ellos.

—Ponte el vestido de los domingos y haz el favor de recoger un poco el baño. Parece un cruce entre una ropavejería y una ciénaga.

—Mamá, me recuerdas a la señorita Blenkinsopp, la del colegio. El vestido de los domingos también me aprieta, por las sisas.

—Intentaré ensancharlo un poco, pero para esta tarde no lo voy a tener. Venga, pasa el mocho y llévate la ropa a tu habitación. Deja el cuarto de baño como te gustaría encontrártelo.

—Ay, vale. ¿Te has acordado de traerme el collar de aljófares?

—Sí.

—¿Y el broche de mi bautizo?

—Sí. Y ahora, venga, en marcha.

Huyó escaleras arriba para cambiarse para la cena perseguida por más preguntas de este tipo.

Pues claro que se alegraba de que Nora fuese a casarse. Durante mucho tiempo le había parecido poco probable. De hecho, había pensado que, de sus cuatro hijos, era Nora la que acabaría siendo una vieja solterona..., enfermera jefe de un hospital, tal vez. Pero ahora, al ver a Christopher después de tanto tiempo (apenas iba a casa, y no había ido a Londres en la época en que ella había vivido allí), se preguntó también por su futuro. Estaba en los huesos y no parecía feliz. No lo habían llamado a filas, en parte debido a la crisis nerviosa y al tratamiento de electrochoques que había recibido, pero también porque le habían descubierto una miopía de consideración y ahora llevaba gafas con lentes muy gruesos. Estaba rojo de tanto trabajar al aire libre, y tenía la cara llena de diminutas cicatrices, de cuando se cortaba afeitándose. Prácticamente lo primero que había preguntado al llegar había sido «¿Está papá?», y, si bien cuando le había dicho que no llegaría hasta el día siguiente se había limitado a asentir con la cabeza, Jessica había visto al instante que los ojos le brillaban con alivio. Raymond no había tenido mucho éxito como padre. Sus tres hijos mayores, a pesar de que albergasen distintos sentimientos hacia él, lo habían desterrado de sus vidas, cada uno a su manera: Angela lo despreciaba y Nora lo trataba con condescendencia, pero a Christopher lo seguía aterrorizando. Tan solo Judy era capaz de verlo como su adorado papáito, que estaba desempeñando un trabajo muy secreto y de gran transcendencia para el desarrollo de la guerra; Jessica se figuraba que en el colegio debía de haber cierta competencia en torno a los padres, y el padre de la mejor amiga de Judy, Monica, era jefe de escuadrón y, de forma indirecta, la fuente de toda la información de Judy sobre la guerra. «El padre

de Monica dice que no tenían que haber soltado a Oswald Mosley de la cárcel», había escrito el trimestre anterior desde el colegio. «Dice que es un escándalo». Seguro que para competir con algo así Judy había convertido a su padre en un agente secreto. Tenía que contárselo a Raymond (le iba a hacer gracia).

A casi cinco kilómetros de distancia, Richard Holt estaba celebrando lo que su mejor amigo, su médico, sus padres y su hermana se empeñaban en llamar su «despedida de soltero». Tan tranquila como esta no creo que haya habido nunca ninguna, pensó con cierto desánimo. Le dolía la espalda; se había pasado el efecto del medicamento que se había tomado antes de cenar y no veía la hora de acostarse, pero estaban a punto de pasar a los postres. Miró a Tony, que estaba sentado enfrente; Tony le devolvió la mirada al instante. Esto le hizo sonreír, y Tony, a su vez, le dedicó la sonrisa más dulce del mundo. Solo con mirarlo, Richard se sentía mejor.

—Para Richard, *mousse* de chocolate —iba diciendo su madre.

—Bueno, pero déjame ver qué más hay —replicó, esforzándose por parecer goloso e interesado.

—Por supuesto que sí, tesoro —accedió su madre, poniéndole delante el menú.

—Arroz con leche, tarta de manzana, galletas y queso —leyó él.

—Y *mousse* de chocolate.

—Eso, y *mousse* de chocolate. Tienes razón. Es mi especialidad.

Su madre se había sentado en la silla de al lado para poder darle de comer. A partir de mañana se encargará Nora, pensó; tres veces al día, para el resto de mi vida. Antes de caer herido disfrutaba comiendo. En Suffolk, sus padres vivían en una granja, y la comida había sido sencilla pero buena. Tenían corderos y él salía a cazar aves; los patos y los gansos formaban parte del menú diario, y, en invierno, liebres, que su madre estofaba, asaba o hacía un pastel con ellas. En el Ejército no había pensado en la comida; no era más que combustible y una excusa para descansar. Pero, después de año y medio de ser alimentado con cuchara (y, encima, todo estaba medio frío para cuando llegaba a su pabellón) por una serie de enfermeras a las que parecía que el oficio les despertaba sentimientos maternos y autoritarios que tenían latentes («venga, una cucharadita más, hazlo por mí», insistían cuando decía que ya tenía bastante), se le había quitado el gusto por comer, y eso que se

suponía que era uno de los acontecimientos más esperados de la rutina de los pacientes. Beber no le costaba porque podía hacerlo con pajita y no tenía que depender de nadie.

Era un grupo pequeño (solo la familia): sus padres, su hermana (que había enviudado al inicio de la guerra y tenía dos gemelos que no estaban presentes) y Tony, que iba a ser testigo de la boda. A Richard no se le habría ocurrido pedírselo, pero Tony se había ofrecido. Aquel gesto había sido la gota dorada que había colmado el vaso de su generosidad y de su amor.

Habían servido la *mousse* de chocolate. Su madre le estaba alisando la servilleta sobre el regazo.

—No tengo mucha hambre —dijo, insinuando que por favor no le insistieran en que se la terminase.

—Come lo que quieras —concedió ella tranquilamente—. No tiene sentido atiborrarte de comida si no te apetece.

Los ojos de su madre, que habían mudado del azul intenso de antaño a un tono un poco más claro que el de los nomeolvides, conservaban la misma expresión que recordaba haberle visto de pequeño, una mezcla de sabiduría e inocencia que combinaba bien con su rostro curtido, surcado de finas arrugas, como una manzana seca. Decía de sí misma, y el padre de Richard le daba la razón, que de joven había sido una especie de marimacho (aunque en aquellos tiempos bastaba con que te negases a cabalgar a lo amazona y a llevar corsé para merecer esta descripción), y, aunque ahora tenía las trazas de una mujer que había aprovechado al máximo todo lo que sabía y lo que había aprendido, su sabiduría siempre había estado a las órdenes de su pura inocencia. A sus sesenta y pocos años, y aquejada de lo que decía que no era más que una pequeña angina de pecho, se estaba retirando poco a poco de una vida muy activa. Richard se sentía incapaz de imponerle su presencia.

—Qué lástima que Nora no haya podido venir —dijo su hermana.

—Venga, Susan, ya sabes que trae mala suerte que la novia y el novio se vean la víspera de la boda.

—Ya, pero de todos modos es una lástima. A ti, papá, te da lo mismo porque ya la conoces... pero yo no.

—Es una chica estupenda —sostuvo su padre, y no era ni mucho menos la primera vez que lo decía.

Es estupenda por casarse con un cacharro como yo, se dijo Richard



cuando por fin lo hubieron metido en la cama. ¡Pero mira que se había empeñado la chica! La había conocido cuando intentaron operarlo de la espalda por primera vez. Nora había estado de guardia una noche en que él, incapaz de dormir, se estaba volviendo loco del dolor y no hacía más que contar los minutos que faltaban para la siguiente dosis (ciento diez). Nada más verlo se dio cuenta de que estaba desesperado, le había llevado un par de pastillas con una bebida caliente y lo había ayudado a incorporarse mientras se la tomaba. Después le había ahuecado las almohadas, así que cuando había vuelto a acostarlo todo estaba distinto, mucho más cómodo. «Volveré cuando termine la ronda», dijo. «Solo para ver si las almohadas siguen en su sitio». Era amable, segura de sí misma, eficiente y, gracias a Dios, nada vivaracha. Una enfermera de primera categoría. A diferencia de la mayoría, jamás daba la impresión de ir con prisas, y nada era demasiada molestia para ella. Así había empezado todo. Varios meses más tarde, Richard le había preguntado cómo se las había apañado para darle una dosis de analgésicos de extranjis, por así decirlo. «No eran analgésicos», respondió ella. «Eran solo pastillas de árnica. Lo único que necesitabas era sentir que alguien estaba haciendo algo por ti».

Para entonces ya se conocían bastante bien. Cuando, varios meses después, llegó el momento de que lo trasladasen a otro hogar —así lo llamaban, pero en realidad era un hospital— y se lo dijo a Nora, esta guardó silencio. Lo había estado paseando en silla de ruedas. Era su día libre y a menudo lo pasaban así. Richard, aunque no la veía porque la tenía detrás, notó que se disgustaba, y cuando llegaron al inmenso árbol que estaba rodeado por un banco de madera Nora le puso el freno a la silla y se sentó, o, más bien, se dejó caer.

—Te voy a echar de menos —dijo él. Era cierto.

—¿De veras, Richard? ¿Lo dices en serio?

—Pues claro. No puedo imaginarme cómo van a ser las cosas sin ti.

Esto no era del todo cierto: podía, pero le parecía que Nora tenía necesidad de oírlo.

—Yo también te voy a echar de menos —dijo ella, tan bajito que casi no la oyó.

Entonces, Nora se le declaró. Era lo que menos se había esperado; en realidad, lo que menos quería. Se quedó conmovido y horrorizado a la vez.

—Nora, bonita, yo no soy de los que se casan. No podría darte lo que necesitas.

—¡Podría cuidarte!

—Lo sé. Pero eso no sería un matrimonio.

Nora arrancó a hablar, pero de repente se llevó las manos a la cara y se echó a llorar. Fue horrible, porque no podía tenderle la mano para consolarla... no podía hacer nada de nada.

—No llores —dijo al cabo de un rato—. Por favor. No soporto verte llorar... quedarme aquí sentado sin poder hacer nada.

Paró al instante.

—Perdona. No es justo, lo sé. No es justo para ti. Pero te lo tenía que decir. Porque podrías haber pensado. Bueno, lo mismo tú sí que querías y podrías haber pensado que sería yo la que no estaría dispuesta. En cualquier caso, quería que supieras que te quiero.

Aquella fue la primera conversación que tuvieron al respecto. Cuando trasladaron a Richard, ella iba a verlo los días que libraba. Lo curioso era que sí que la echaba de menos. Era como si siempre supiera lo que necesitaba: le leía durante horas si era eso lo que él quería; le preguntaba por su infancia, por su familia, y un día conoció a sus padres cuando acababan de llegar del largo viaje que tenían que hacer para verlo. Cuando se marcharon, ella le preguntó quién era Tony. (Sus padres le habían preguntado si Tony había conseguido ir a verlo, y él había dicho que sí, pero que muy pocas veces). Solo era un amigo, había respondido él.

—Pensaba que lo mismo era una antigua novia. Ya sabes, a las Antonias a veces las llaman Tony.

—No.

—Ah, bueno —dijo ella, y notó el esfuerzo que hacía por sonar despreocupada—, entonces no tengo una rival.

Jamás podría contarle lo de Tony. Desde aquel día, Nora sabía que Tony lo visitaba de vez en cuando, y se tomaba la molestia de no coincidir con él. «Mejor para ti si las visitas se reparten», había dicho. De todos modos, Tony apenas podía ir a verlo. Su trabajo le obligaba a recorrer todo el país. Después de que le dieran la baja por invalidez en el Ejército, donde se había formado como ingeniero eléctrico, había conseguido empleo como técnico de mantenimiento de instalaciones industriales. Le había dicho a Tony que

mejor no le escribiera; no merecía la pena porque tenían que leerle las cartas. Pero sí que le mandaba postales y, cuando conseguía venir, lo paseaba en silla de ruedas por los jardines para esconderse de los demás y estar lo más a solas posible. No dejaba de ser una ironía que se hubieran conocido porque, al ser los dos tan buenos atletas, corrían a veces en el mismo equipo líder y otras en equipos contrarios, aunque había diferencias (por ejemplo, que Tony era velocista y él corredor de fondo). En la guerra, a Tony le habían venido mal dadas antes que a él, pero había salido mejor parado. Ahora tenía una cojera pronunciada y problemas de pulmón. Cuando se recuperó un poco, se fueron a pasar juntos el permiso de Richard, diez inolvidables días en Gales del Norte. Había estado lloviendo casi todo el tiempo, y a día de hoy todavía contemplaba la lluvia con cariño.

Poco después, Richard se había estrellado; como decían en la RAF, se había «dado un trastazo». Se había precipitado después de que un bombardero atacase a su avión; le había entrado una bala en la columna y no había podido utilizar el paracaídas. El resto de las heridas se habían debido al impacto; era un milagro que hubiera sobrevivido, dijeron. Había recobrado el conocimiento en una cama de hospital, atiborrado de fármacos, con sensación de incorporeidad; lo primero que había pensado era que estaba muerto y que aquel era el comienzo de otra cosa. Tuvo que pasar un tiempo para que llegara a comprender, y para que le comunicasen, la gravedad de sus heridas, y mucho más para que se le presentase la oportunidad de decírselo a Tony. Fue entonces cuando comprendió hasta qué punto eran importantes las manos para expresar cariño y amor (no pudo tocar a Tony, darle consuelo, tranquilizarlo). Tendido en la cama, no le quedó más remedio que espetárselo sin más. Nada iba a cambiar, había dicho Tony al instante; nada de nada. Richard estaba seguro de que, de haber tenido veintitrés años, como Tony entonces, él habría dicho lo mismo. Pero él tenía diez años más, y ni aun así se había hecho cargo de todo lo que acarreaba su estado. Al principio había podido pensar que cuando se recuperase un poco necesitaría menos cuidados... que, mal que bien, sería más independiente. Tan solo a medida que iban pasando los meses entendió que jamás iba a experimentar una mejora significativa. Aun así, no había sido capaz de destruir las ilusiones de Tony, o, más bien, no había podido soportar la idea de que si las destruía quizá no lo volviese a ver nunca más. Pero, cuando le dieron el alta y lo

trasladaron al segundo hospital, comprendió cuáles eran las alternativas que se le ofrecían. Sus padres querían que volviese a casa; su madre decía que ella lo cuidaría. «Pueden explicarme lo que tengo que hacer», había dicho, «y para cogerte cuento con la ayuda de tu padre». Pero él ya sabía que era imposible. Y tampoco podía esperar, ni quería, que Tony asumiera semejante carga. Ello suponría renunciar a su carrera e incluso a trabajar, a tener amigos, a divertirse y, por último, pero no por ello —en absoluto— menos importante, al sexo. No podía permitir que una persona de veintitrés años se comprometiese a tanto; no podía condenar a aquel corazón tierno y fiel a una traición tan inevitable. Tony era huérfano y se había criado en uno de los hogares del doctor Barnardo. Se había pasado la vida en centros de menores, no había gozado del afecto de una familia, y menos aún del amor..., hasta que conoció a Richard. Era su primer amor; lo acabaría superando. Todos estos propósitos habían coincidido con la declaración de Nora. Al principio, la idea le había parecido un disparate —no la amaba y no estaba en condiciones de entablar ningún tipo de relación con nadie—. Mejor era que siguiera viviendo en centros hospitalarios, donde nadie esperaba nada de él y donde la gente cobraba por velar por su supervivencia. Pero daba lo mismo lo que dijera, lo que opinara, lo que se propusiera: los sentimientos de Nora se mantenían tan firmes como los de Tony. Las visitas de Tony empezaron a estar cortadas todas por el mismo patrón. Tony hablaba de su futuro en común y discutían cuando él le respondía que no iba a haber tal futuro. A punto habían estado en varias ocasiones de enzarzarse en una bronca. Entonces se esforzaba por cambiar de tema; había silencios, silencios inexorablemente llenos de un profundo anhelo, de recuerdos de plenitud, que, comprendió, era lo único que iban a poder tener. Se miraban, y no había nada que decir. Y de repente una tarde, en una de estas ocasiones, Tony dijo:

—Hay una cosa que me gustaría hacer. Solo una vez.

—Tú dirás.

—Podría sacarte de la silla y ponerte en el suelo.

—Sería inútil, mi amor. No puedo...

—Ya lo sé. Pero lo único que quiero es tumbarme contigo, estrecharte entre mis brazos, quererte, que nos demos ternura.

Se había quitado la chaqueta para formar una almohada, y después le había sacado de la silla y le había tendido con la delicadeza de una hoja al

posarse. Después le había abrazado por los hombros, dos miserables muñones que eran lo único que le quedaba de los brazos, y había llorado hasta que Richard sintió que sus corazones estaban a punto de romperse. «Ya está», dijo al acabar. Antes de besarle, secó las lágrimas que se le habían caído sobre el rostro de Richard. Luego, le volvió a sentar en la silla, cogió su chaqueta y le llevó a su habitación. Fue entonces cuando comprendió que al fin Tony había aceptado que no tenían futuro. Un mes más tarde, accedió a casarse con Nora.

Pero ahora, ante la inminencia de la boda, tenía miedo. No por Nora, pues nadie podía saber mejor que ella con quién se iba a casar; era una mujer práctica, llevaba meses cuidándole, no podía hacerse ilusiones con el pronóstico. Decía que le amaba, y él había acabado por creerla. Habían tenido unas cuantas conversaciones, bastante difíciles, sobre la imposibilidad de tener hijos, sobre el sexo, etc., y ella había repetido sin pestañear que lo sabía, que lo entendía, que no le importaba. «Probablemente sea más difícil para ti», había dicho, y él había respondido: «No; parece que tengo la libido bastante aletargada». Lo único que se veía incapaz de contarle era lo que había sentido, lo que seguía sintiendo, por Tony. Nora simplemente pensaba que era un amigo de la universidad, igual que creían sus padres. Casarse con Nora era, esperaba, lo mejor para todos, pero no pensaba traicionar a Tony, que había seguido visitándolo, cuidándolo y queriéndolo y había aceptado la noticia de su matrimonio con tierna generosidad. «Lo entiendo perfectamente», había dicho. «Parece la persona perfecta para ti. Me alegro de que te quiera». Y, sonriendo, había añadido: «Yo tendría que ganar las quinielas para estar a su altura». (Richard ya le había hablado de su familia, de la casa de Frensham y de todo lo demás). Y ni siquiera esto, que habría podido prestarse a ello, lo dijo con amargura. Más tarde, le había preguntado:

—Necesitarás un padrino, ¿no?

—Supongo que sí.

—Yo te acompañaré. Seré tu padrino. Si quieres.

De nuevo sonrió, y Richard se preguntó por enésima vez cuándo era más bello si cuando sonreía o cuando estaba serio.

—Tú siempre me acompañarás —dijo, incapaz de contenerse—. Qué cursi suena, ¿verdad?

Y Tony, con la voz del profesor que peor les había caído en la

universidad, contestó:

—Me temo muy mucho, Richard, que sí.

Tony no se alojaba en el hotel, gracias a Dios. Richard estaba en la cama; sus padres acababan de subirlo y de acostarlo. Esto significaba que iba a tener que pasar la noche entera en la misma postura; solía ir alguien a darle la vuelta, pero no se lo había dicho a sus padres. «Que descanses», le dijeron; sabía que, si hubiera vuelto a casa, jamás habrían vuelto a pasar una buena noche. Estuvo horas, o al menos eso le pareció, diciéndose que lo que tenía que hacer ahora era portarse bien con Nora, pero al final se rindió y volvió a los días de Gales con Tony.

Christopher llevaba unos veinte minutos apostado justo a la entrada de la iglesia, donde el cortante frío de la calle cedía el paso a una oscuridad apenas más cálida, pero sí más atrayente. En la penumbra, las luces de las arañas de latón parecían amarillas. Eran poco más de las dos y el día ya parecía próximo a su fin. Se estaba encargando él solo de acomodar a los asistentes; no era una boda grande, y daba la sensación de que los invitados podrían perderse por el cavernoso espacio de la iglesia. Había sentado al señor y a la señora Holt en primera fila, en el lado que les correspondía. Qué curioso, se dijo; la mayoría de la gente parecía incomodísima cuando lucía sus mejores galas. Hasta él se daba cuenta de que la señora Holt no estaba acostumbrada a llevar sombrero, ni el señor Holt un traje oscuro. Al novio, en silla de ruedas, lo llevó resueltamente hasta el altar un impresionante joven de cabello cobrizo y ojos negros que cojeaba. A su lado, el tipo de la silla de ruedas, su futuro cuñado, era de lo más normalito..., es decir, su cara, porque lo demás era cualquier cosa menos normal. La tía Villy llegó con Wills, Lydia y Neville. Lydia le echó los brazos al cuello: «Llevo perfume», le dijo. «Te dejo que lo huelas». Llevaba un abrigo y debajo un largo vestido amarillo. Neville se había acercado con paso resuelto hasta el altar, y la tía Villy, a la vez que agarraba de la mano a Wills, que intentaba zafarse, lo besó y dijo: «¡Dichosos los ojos, Christopher!». Neville volvió.

—Supongo que Nora ya sabrá que no tiene brazos —dijo—. Lleva la chaqueta medio echada por encima, pero se ve que le faltan los dos.

—Eso es un comentario de carácter personal, Neville —dijo Lydia con su tono de voz más demoledor.

—Niños, niños. Ya basta, callaos.

Wills, al ver que no se podía zafar de la mano de Villy, intentó sentarse en el suelo.

—¿Cuándo nos vamos de este sitio?

—¿Dónde está Roland? —preguntó Christopher.

—Le dolía la garganta, así que me he traído a Wills para descargar un poco a Ellen. Recuerdos de la Duquesita, y también dice que vayas a Home Place en cuanto puedas escaparte. Deja, ya buscamos sitio nosotros; y tú, Lydia, quédate aquí con Christopher.

Sonaron los primeros acordes del órgano, una pieza bastante enrevesada de Bach, y de pronto llegó un montón de gente. Enfermeras que habían cuidado a Richard, su hermana —que estaba gorda y parecía triste— y, después, las tres primas, Louise, Polly y Clary, muy mayores con aquellos sombreros ladeados que les tapaban medio rostro. Se alegró mucho de verlas, y le vinieron recuerdos de los veranos que había pasado en Home Place. Después, su madre con Judy, que llevaba el mismo vestido que Lydia.

—Soy la dama de honor.

—Eres una de las damas de honor, nada más —dijo Lydia.

Se miraron de arriba abajo.

—Me he puesto el collar de aljófares. Y me he hecho la permanente.

—Ya lo veo.

El pelo de Lydia, liso y brillante, del color de la miel oscura, le llegaba hasta por debajo de los hombros, y llevaba la frente despejada por una cinta de terciopelo amarillo. Sobre esta, la pequeña guirnalda de ranúnculos y margaritas descollaba como una corona natural; en cambio, sobre la cabeza de Judy parecía fuera de lugar. Pero tanto los colores como las flores de las guirnaldas habían sido decisión de Nora. Christopher se compadeció de Judy y le dio un abrazo torpe.

—Cuidado con mi vestido —dijo la niña.

Su madre volvió para sacar el ramo de la novia de una caja de cartón.

—Debe de estar al caer.

Llegó Angela. Hacía siglos que no la veía. Llevaba una chaqueta verde esmeralda que le hacía los hombros muy anchos, y una falda ceñida muy corta que dejaba al descubierto sus preciosas piernas largas, enfundadas en

unas medias de estrella de cine. Como ya no se depilaba tanto las cejas, tenía un aire mucho menos desdeñoso; los labios, tan parecidos a los de su madre, los llevaba pintados de un rosa claro en lugar del carmesí de la última vez que la había visto.

—Qué bien hueles —dijo cuando se besaron; era un perfume muy distinto del agua de lavanda de Lydia—. Ojalá hubieras venido anoche.

Al final, Angela no había ido a la cena.

—Lo siento, Chris. Me... me surgió un imprevisto. ¿Dónde me siento?

—A ese lado, donde quieras. Enseguida estoy contigo.

Volvió a la puerta y vio a su padre, y a su lado a Nora con un largo vestido blanco y un velo que le tapaba el rostro casi por completo. Intercambió una incómoda sonrisa de circunstancias con su padre.

—¡Vaya, Nora, estás guapísima!

Nora le hizo un gesto con la cabeza, y a través del velo Christopher vio que los ojos le brillaban de emoción. Se hizo una pausa mientras su madre colocaba a las damas de honor detrás de la novia; después, Nora cogió a su padre del brazo y el órgano atacó la música habitual en estas ocasiones. Vio al sacerdote en las escaleras, enfrente del altar, y a continuación su madre le cogió a Christopher del brazo y se fueron sigilosamente por el pasillo lateral a tomar asiento, él, en segunda fila con Angela, y su madre en la primera.

Durante la ceremonia, se preguntó si Nora sabría lo que estaba haciendo. Recordó la época en la que había querido ser monja, una «esposa de Cristo». Esperaba que no creyese estar haciendo un sacrificio; de menores proporciones, claro, porque, aunque Richard no era Dios, en cualquier caso no dejaba de ser un sacrificio. La idea le inquietó. Él solo se veía capaz de hacer un sacrificio breve y acotado, mientras que el de Nora era todo lo contrario; solo acabaría cuando ella o Richard muriesen. Esto le hizo pensar en Oliver. Debía de rondar los ocho años, y los perros no vivían más de doce o catorce. Mejor no pensarlo. A menudo se había atormentado por cosas que luego no habían sido para tanto, y a veces ni siquiera habían llegado a suceder. Por ejemplo, que lo llamasen a filas. En el momento en que resolvió que su deber era avenirse a ser soldado o lo que fuera, no lo habían aceptado. Tenía mala vista, y encima lo habían sometido al tratamiento aquel de electrochoques. De modo que se había ido a trabajar para un granjero, que en realidad era más bien un hortelano. Cultivaba grandes extensiones de



hortalizas, verduras para ensalada y bayas, y, a cambio de un alquiler muy bajo, el granjero lo dejaba vivir en el remolque que había usado en otros tiempos para irse de vacaciones. Él y su esposa se habían encariñado con Christopher y le habían ofrecido una habitación en su casa, pero él estaba encantado con el remolque, que había convertido en un hogar para él y para Oliver. La granja estaba a las afueras de Worthing, y tenía una bicicleta para ir a comprar comida o cualquier cosa que necesitase. Se alimentaba sobre todo de las verduras de la granja, además de con patatas y pan. Se había hecho vegetariano porque había llegado a la conclusión de que no podía ser que le gustasen tanto los animales y luego se los comiera, de modo que le daba a Oliver su ración de carne. Una vez a la semana cenaba donde los Hurst; los demás días cocinaba en un hornillo de gas. Tenía una lámpara de aceite, una estufa de queroseno y un saco de dormir, así que estaba tan calentito, incluso en invierno, y su madre le había regalado una radio por Navidad —no le faltaba de nada—. Trabajaba duro y no le importaba estar solo, aunque al ver a Polly aquel día se dio cuenta de que la echaba mucho de menos. ¡Dios, qué guapa estaba al entrar en la iglesia! Louise, con la que nunca había hablado demasiado, parecía muy mayor con su abrigo gris de piel de ardilla (la condenó por ello; ¡cuántas ardillas habrían hecho falta para confeccionarlo!), y Clary estaba más o menos como siempre, solo que más alta y un poco ridícula con aquel sombrero. En cambio, Polly, con su abrigo de un azul oscuro como el de los jacintos, su sombrero de paja azul ladeado sobre la blanca frente y su cabello cobrizo, estaba tan elegante y sofisticada que parecía inaccesible. De repente se había hecho tan mayor que temió que no iba a saber de qué hablar con ella.

Su padre acababa de dejar a Nora y estaba volviendo para sentarse con su madre en el primer banco. Debe de ser terrible para Richard, se dijo; sin manos, siempre obligado a sentirse agradecido a los demás. Se miró las manos, extendidas sobre las rodillas para darse calor en las piernas; no tenía costumbre de llevar ropa tan ligera. Al vérselas mientras lo ayudaba a ponerse la ropa del tío Hugh, su madre había soltado una exclamación de horror. Sí, se veía que eran manos que se pasaban todo el día al aire libre y trabajaban mucho. No conseguía sacarse del todo la tierra de las uñas, y le habían salido unos sabañones de aquí te espero, también en los pies, pero a estas alturas ya estaba acostumbrado. En primavera se le curaban; esta era la

peor época. Cuando empezó a trabajar en el campo también le salían ampollas, pero enseguida se le pasaron. En fin, no es que fueran precisamente manos para ir a fiestas.

Los dos habían pronunciado los votos; a Richard apenas se le oyó, pero la voz de Nora sonó clara y firme. Se preguntó si también él acabaría casándose algún día; se inclinaba a pensar que no. No conseguía imaginarse que alguien quisiera casarse con él, pero es que se le daba muy mal imaginarse el futuro. Ni siquiera se le ocurría cómo podrían ser las cosas una vez que acabase la guerra, si es que se acababa. Seguro que estaba mal casarse sin creer en Dios. Y tenía bastante claro que uno no podía casarse con su prima.

Los asistentes se rebullían. A Richard, con Nora a su lado, lo llevaron en su silla a algún lugar del fondo, y los padres de ambos los siguieron. Después se irían todos a un hotel para la recepción, tras la cual Nora y Richard se irían a Frensham, al menos hasta el final de la guerra. Nora iba a ganar dinero cuidando de un par de tipos más que también habían resultado heridos. La casa era muy grande, pero supuso que tendrían que vivir en la planta baja.

Vio que volvían. Ojalá terminase pronto, porque hacía mucho frío y estaba muerto de hambre.

—¿Por qué no ha ido Archie?

—¿Cómo iban a invitarlo? Nora no lo conoce, y la tía Jessica muy poquito.

—Ah.

—¿Tú también estás triste? Es curioso que las bodas lo dejen a una tan triste. Me pasó incluso después de la de Louise, y eso que aquella fue mucho más alegre.

—A mí esta me ha parecido especialmente trágica, si quieres que te diga la verdad.

—Clary, de trágica no ha tenido nada. Nora no estaba obligada a casarse con él. Nunca ha hecho nada que no quisiera hacer, así que está claro que tampoco lo está haciendo ahora.

—Tampoco hace ¿qué?

—Sacrificarse.

—¡Venga, Poll, pues claro que se está sacrificando! Quiere hacerlo y lo

está haciendo. ¿No te acuerdas de que Louise nos contó que Nora quería ser monja?

—Aquello no fue más que una fase, como dicen las tías, el equivalente femenino a querer ser maquinista de tren de mayor.

—Neville se ha portado fatal —dijo Clary, aprovechando el giro de la conversación—. Le ha preguntado a Richard que qué hace cuando le pica algo.

—¡No!

—Sí, te lo juro. Le he dicho que es un desalmado y que no tiene ningún tacto, a lo cual me ha respondido que si fuera como Richard preferiría que la gente le hiciera preguntas a que fingieran que es como el resto del mundo. Pero, claro —concluyó con altivez—, no puede tener ni la más remota idea de lo que significa ser como Richard.

—Pues yo tampoco, la verdad. Si me pongo a pensarlo, me aturullo. No sé si valdría la pena seguir viviendo. ¡Pobre Richard! Madre mía, menos mal que a Archie no le pasó nada por el estilo.

—Yo creo que los accidentes de aviación deben de ser los peores. Acuérdate del pobrecillo aquel al que cuidaba Zoë, en Mill House.

—¿Sigue cuidándolo?

—Creo que no. El hombre debió de irse a su otro hospital. ¿Qué hacemos esta tarde?

—Donde más calentitas estaríamos sería en el cine. Con tanto sándwich y tanta cosa, no tengo hambre. Podríamos llamar a Archie —sugirió, como si se le acabase de ocurrir.

Clary la miró con aire pensativo.

—Sí, podríamos... aunque supongo que estará liado. No sé si merece la pena...

—Al menos podríamos intentarlo —dijo Polly, como sabía Clary que haría.

De manera que telefonearon a Archie, que dijo que hacía demasiado frío para salir pero que en su piso se estaba tan a gusto y que por qué no iban allí a cenar.

—Sé lo mal que se siente uno después de las bodas —dijo—. Se necesita algo que te levante el ánimo para enfrentarte a la vida normal.

—Cielo, lo mejor que puedes hacer es dejar de llorar y contármelo todo.

Le pasó un vaso de *whisky* y un pañuelo.

Se sonó la nariz, agradecida.

—Es que no sé por qué lloro. Al fin y al cabo, era una boda.

—A ver, intenta averiguarlo —dijo él con tono tranquilizador, acomodándose a su lado en el sofá.

—Bueno, es normal llorar en las bodas. Aunque ni siquiera se puede decir que le tenga un especial cariño a Nora. Nunca nos hemos entendido. Ella me tenía a mí por una frívola, y yo a ella por una mojigata. Además, era una mandona insoportable. Una vez me dijo (me pidió que le guardase el secreto) que iba a meterse monja, y lo único que pensé fue que menudo alivio dejar de tenerla todo el santo día encima criticando mi manera de ser. Las únicas veces que hacíamos piña era cuando papá la tomaba con Christopher. Se pasaba la vida metiéndose con él y jorobando a mamá. Mi familia es horrible, te lo aseguro. Son unos esnobs y están obsesionados con guardar las apariencias. Pero mi padre nunca ha ganado demasiado, y mi madre, pobrecita, tenía que encargarse de todo, hasta de cocinar, que no era en absoluto para lo que la habían educado. Y, cuando la anciana tía de mi padre murió y le dejó la casa y un montón de dinero, mi madre ya era demasiado mayor para disfrutarlo. En fin, el caso es que papá esperaba que Christopher fuese un héroe de guerra y que Nora y yo hiciéramos buenos matrimonios.

—¿Y eso qué sería?, ¿casarse con un miembro de vuestra familia real o algo por el estilo?

—No tanto. Pero sí con alguien con un título, o alguien como el marido de mi prima Louise, ya sabes, famoso.

—¡Caramba! Bueno, supongo que los padres siempre ambicionan grandes cosas para sus hijos.

—En nuestro caso, no ha servido de nada. Christopher trabaja en una granja, y Nora se ha casado con un parapléjico.

—Y tú tienes una aventura con un americano que podría ser tu padre.

—¡Eso ellos no lo saben! O sea, lo malo no es que sea americano ni nada de eso; es lo de la aventura lo que no les haría ninguna gracia. La gente de su generación no tiene aventuras, sencillamente. —Empezó a ruborizarse.

—Pues los americanos de su generación a veces sí que las tienen, como bien sabes —dijo él, pasándole un brazo como de oso por los delgados hombros—. Es posible que no lo sepas todo sobre tu familia.

Angela se recostó sobre el cálido apoyo de su hombro.

—Seguro que todo es distinto en América. Y además está la guerra y qué sé yo...

—No me has dicho por qué te ha hecho llorar la boda de Nora.

—¡Ah! Ya. Supongo que, en realidad, por todo lo que no ha sido. Iba de blanco y con velo, y Judy y otra prima nuestra, Lydia, eran las damas de honor, pero al final, cuando volvía del altar, intentó empujar la silla de ruedas y el padrino no se lo permitió. Hizo bien, claro: si lo hubiese empujado ella, habría parecido una enfermera con su paciente. Pero ¡fue tan triste! —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Quiero decir: nunca podrá... nunca podrá tener hijos. Tendrá que pasarse toda la vida cuidando de él.

—A lo mejor lo ama. A lo mejor lo ama y sabe que él la necesita y quiere que alguien la necesite.

—Tú siempre te fijas en el lado bueno de las cosas.

—No. Simplemente, cielo, te hago ver que a lo mejor ese lado bueno existe.

—Pero ¿y si Nora encuentra a otro, en el futuro, cuando sea, y se enamora de él?

—Eso le puede pasar a cualquiera.

—¡Ay, cariño, perdona! No era mi intención.

—Hace ya mucho de eso, y sé que no era tu intención.

Pero el resto de la velada, en las situaciones más variopintas, Marion Black se abrió paso desde el pasado, desafiante: mientras se preparaban para salir a cenar; mientras bailaban (era muy buen bailarín); mientras esperaban en la gélida calle al taxi que había pedido; cuando se quedó dormida en el taxi entre sus brazos; cuando el pequeño ascensor los subió al cuarto piso donde él tenía el apartamento y, al abrir la puerta, les asaltaron los olores (reconfortantes y familiares para él, y deliciosamente exóticos para ella) a los pitillos Chesterfield que fumaba uno tras otro y al perfume White Lilac de Mary Chess, encargado en Nueva York, que le había regalado; cuando se fueron a la cama e hicieron el amor, cuando, después de darle un beso de buenas noches, Earl alargó el brazo para apagar la lamparita que había puesto

en el suelo a fin de crear un ambiente más cálido y romántico, y ella se dio media vuelta para dormirse, arrimándole la espalda suave y huesuda. Angela se la imaginaba como una mujer grande, de ojos negros, cabellos aún más negros y tez blanca y resplandeciente, con pechos grandes y una voz grave y ronca. Y él sabía que era menuda, pelirroja, miope y exasperante. «Parece buena chica», había dicho su madre la primera vez que la llevó a casa. «Una chica bien educada». Fue precisamente su falta de atractivo lo que había conquistado a su madre; desde luego, a juzgar por su aspecto, él jamás habría dicho que le acabaría dejando por otro hombre, un desconocido del que ni siquiera había oído hablar. Su mujer había dado el paso sin avisar, sin la menor señal de insatisfacción con su estado de casada ni con él como marido. Y entonces, dos años después, se había enterado de que había muerto tan de repente que pensó que debía de haber sido un accidente de coche, cuando en realidad la causa había sido una súbita y aguda crisis diabética. Hubo de morir para que él se diera cuenta de que jamás la había amado, y empezó a sentirse culpable. Ocho años habían estado juntos y jamás había sabido qué pensaba o sentía ella realmente acerca de ningún tema en concreto, salvo que le frustraba no poder tener hijos. Durante todos esos años, él se había dejado la piel trabajando, primero, como estudiante en la Facultad de Medicina, y después, con el título en la mano, en aquel hospital tan grande del Bronx. Ella había trabajado como recepcionista de un psiquiatra, pero, aun así, siempre andaban muy escasos de dinero. Después de que Marion lo abandonase, había llegado a la conclusión de que no conocía lo suficiente a las personas, y fue entonces cuando decidió sacarse el título de psiquiatra. El psicoanálisis le había hecho ver hasta qué punto su vida había estado condicionada por el hecho de haber tenido la madre que había tenido, y solo cuando esta murió — justo antes de Pearl Harbor— pudo aceptar que ella había hecho por él todo lo posible desde su punto de vista. Su muerte lo había emancipado de la implacable campaña que había librado por encontrarle otra esposa más adecuada (Marion había perdido puntos de manera drástica cuando había quedado patente que no podía darle nietos). Para entonces, las cosas le iban bastante bien: se había mudado a un apartamento más grande en un barrio de más categoría, compartía recepcionista con dos colegas y tenía alguna aventurilla que otra, todas dignas de olvido (eso sí, nunca con las pacientes).

Pero el abandono de Marion seguía atormentándolo. Si no se hubiera

muerto, habría podido buscarla y hablar con ella, aunque no sabía si habría estado dispuesto a hacer el gran esfuerzo que esto suponía ni si, en caso de encontrarla, ella se habría prestado a hacer tan amistosa disección de lo sucedido entre ambos. Así las cosas, el recuerdo de Marion siempre le producía la sensación de que quedaba un asunto pendiente entre ambos, y esto, por razones que entendía pero que era incapaz de neutralizar, le causaba sentimiento de culpa. Alistarse en el Ejército y partir rumbo a Inglaterra con la perspectiva de participar en la invasión de Francia le había permitido sentirse libre, desvinculado de todo y, en un primer momento, al alejarse del contexto de su trabajo, también irresponsable. Al principio, aunque Londres parecía lleno de chicas, se sentía solo. De noche salía con colegas del Ejército; comían platos repugnantes y veían bailar a las parejas. A veces los otros se traían a chicas y en cierta ocasión trajeron una para él, pero la cosa no cuajó. La chica no hacía más que contarle historias procaces que le hacían sentir vergüenza ajena y lástima por ella. Entonces, una noche, había salido con John Riley, que estaba en su misma unidad, y después de cenar se habían ido al Astor; más tarde comprendería que porque John sabía que iba a estar allí una chica que le interesaba. Y, en efecto, John localizó a su dama y consiguió bailar con ella. Había estado un rato mirándolos, y luego, justo cuando empezaba a pensar en marcharse, se había fijado en que el capullo de Joe Bronstein estaba bailando con una muchacha alta y flaca que llevaba un vestido de seda verde y lucía una melenita estilo paje. A medida que se iban acercando a su mesa por la pista de baile, vio que Joe estaba gritándole a la chica y que ella capeaba el temporal sin rechistar. Joe había venido a Inglaterra en su mismo barco, y le caía mal porque le parecía el típico pendenciero que la tomaba con cualquiera que fuera más débil que él. Cuando estaban a dos metros de distancia más o menos, vio que Joe estaba borracho y que la chica se las veía y se las deseaba para mantenerlo en pie. Por un instante, le pareció que ella lo miraba; su cara, muy blanca, con labios de un carmín intenso y ojos maquilladísimos de negro, traslucía la funesta vulnerabilidad de los payasos. Después la música se detuvo, y Joe, agarrándola por encima del codo, empezó a tirar de ella hacia la mesa en la que habían estado sentados. Una vez allí, la hizo sentarse de un empujón; vio que ella decía algo y se levantaba, momento en el cual él la volvió a coger y la zarandeó con tal violencia que la chica no cayó en la silla sino al suelo. Esto ya era demasiado. Se levantó y se acercó. «Hora de irse a casa,

teniente», había dicho, y no tuvo que hacer mucho más porque llegaron los porteros del local y se lo llevaron. Así fue como conoció a Angela. Le había preguntado si quería tomar un trago, y ella había dicho que no, que lo único que quería era irse a su casa. De cerca, vio que era más joven de lo que había pensado. Empezó a darle las gracias con aquel acento inglés entrecortado tan bonito, pero en mitad de la frase le sobrevino un gigantesco bostezo que apenas pudo disimular con la mano. Se disculpó y dijo que estaba muy cansada. Para entonces, el taxi que había pedido ya había llegado. Al darse cuenta de que la iba a acompañar, la chica se había acurrucado en su rincón dentro del taxi y había dado la dirección con un tono de voz destinado a mantener las distancias, pero que sonó asustado. Solo quería asegurarse de que la dejaba sana y salva en casa, dijo él, y ella volvió a disculparse por el cansancio. (Para cuando llegaron a su apartamento, se había disculpado cuatro veces).

Al día siguiente le había enviado unas rosas con una tarjeta diciendo que esperaba que hubiese dormido bien y que le gustaría que lo llamase. Cuando llamó, la verdad es que le sorprendió un poco. La había invitado a salir en Nochevieja, habían bebido mucho y habían acabado en un club nocturno donde a la chica le habían servido una ginebra que era puro matarratas y había perdido el conocimiento.

La primera vez que le hizo el amor se llevó un chasco: había en ella algo a la vez experto e impersonal que le entristeció, y percibió un sufrimiento que iba mucho más allá de lo de Joe Bronstein. Hacía el amor como alguien que cada mañana tiene que coger el tren de las ocho y diez y sabe que le va a tocar ir de pie durante todo el trayecto. Pero el resto del tiempo, cuando la invitaba a salir y se iban a explorar Londres (que al parecer ella conocía tan poco como él), de excursión al campo si se agenciaba un coche o al cine si hacía malo, o cuando pasaban la tarde entera en su apartamento comiendo latas de pechuga de pavo o filetes que conseguía en el economato militar y le enseñaba a jugar al ajedrez, Angela florecía. Él se mostraba sereno, paciente, siempre tierno: no quería que ella confundiese la gratitud con el amor. Sospechaba que había estado enamorada de un hombre que había muerto en la guerra, pero Angela no le contaba nada y él no se lo preguntó.

Cogió el último tren de vuelta a Oxford, y al llegar, tal y como suponía,



ella lo estaba esperando en el andén. Hacía un frío de mil demonios y el tren llevaba retraso; avanzó renqueando por el andén y casi cayó en sus brazos. Se besaron; tenía la carita helada y olía a menta. Una vez en el interior del abollado MG que le había regalado su familia años atrás al cumplir los veintiuno, se besaron más en serio.

—¡Ah, Raymond! ¡Cuánto te he echado de menos!

Solo se había ausentado veinticuatro horas.

—He vuelto lo antes posible.

—¡Sí, ya lo sé! ¡No te estaba culpando!

Dentro del coche hacía un frío de muerte; el aliento que soltaban estaba empañando las ventanillas.

—En marcha, cariño.

—Sí, vamos. Debes de estar congelado.

Pasó la peluda bufanda por el parabrisas. Le encantaba su manera de decirle «cariño».

—¿Todo bien? —preguntó, esforzándose por sonar lo más alegre y despreocupada posible.

Se moría de ganas por conocer todos los detalles de la boda, y no porque estuviera celosa ni bobadas por el estilo, sino simplemente porque todo lo que tuviera que ver con él le interesaba.

—Muy bien, creo.

—¿La novia iba de blanco?

—Sí, claro. Todo se hizo como es debido. Ya sabes: damas de honor, iglesia; todo eso.

—¡Seguro que ha sido preciosa!

Yo tendré que renunciar a todo eso, pensó. ¡Cuántas veces se había visto a sí misma caminando despacio hasta el altar, con el rostro resplandeciente parcialmente velado por metros y más metros de encaje, como en los finales de todas sus películas favoritas! En cambio, cuando acabase la guerra y Raymond consiguiera dejar a esa horrible mujer que tenía por esposa, tendría que conformarse con el Registro Civil. De todos modos, ¿qué importancia tenía un detalle tan nimio comparado con la relación tan maravillosa, tan especial, que tenían?

—Aunque supongo que habrá sido bastante angustioso para ti —dijo

mucho más tarde, cuando ya habían aparcado el coche a la entrada del enorme caserón eduardiano de ladrillo rojo en el que ambos tenían habitaciones.

Al principio habían estado con todos los demás en Keble College, pero, después de que cuatro hombres irrumpieran en su cuarto con intención de acostarse con ella, Raymond había tenido la genial idea de buscar habitaciones para ambos fuera del campus. Cada día venía a recogerlos un autobús para llevarlos a Blenheim. Entre sus colegas se daba por supuesto que se acostaban; sin embargo, no era el caso. Vivían en un estado de tensión virtuosa, romántica, que, en vista de lo difícil que se le hacía a ella, multiplicaba hasta el infinito su admiración por Raymond. Habían estado a punto de consumar relaciones, pero el valor que atribuía Raymond a su virginidad parecía un obstáculo insalvable. A ella le habría gustado que además de ser tan recto le venciera el deseo. Así él podría arrepentirse, deshacerse en disculpas, y ella se mostraría tierna y magnánima... Había ensayado mil veces la escena con todos sus detalles, sin que hasta ahora, por desgracia, se le hubiese presentado la ocasión de representarla.

—Me refiero a... a la situación en general —siguió diciendo.

Estaban en su habitación y estaba preparando chocolate caliente, ya que la ración de *whisky* que obtenía Raymond del *pub* de la zona se les había acabado. Había encendido la estufita de gas, pero seguían con los abrigos puestos.

—Me imagino que habrás tenido que fingir delante de todos —añadió.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... —Empezó a embarullarse—. O sea, que tendrías que dar sensación de normalidad...

Se lo imaginó al lado de su mujer con una sonrisa hierática, estrechando las manos de sus invitados.

—Ah, eso. Sí.

Le vino a la cabeza el momento en el que el padrino se había inclinado para ponerle el anillo a Nora porque el novio no podía, un momento emotivo que de alguna manera le había hecho ver, con más claridad que nunca, el futuro que le aguardaba a su hija. A su pesar, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí, en efecto —dijo con voz ronca.

—¡Ay, cariño mío! —Se dejó caer de rodillas delante de su silla—. ¡No quería disgustarte! ¡Vamos a cambiar de tema!

—¿Conoces el mecano? —dijo Neville en el tren de vuelta a Home Place.

—Pues claro, so bobo. Solo que nunca me ha llamado la atención.

—Bueno, se podrían montar cachos largos y unírseles a los muñones (porque tiene muñones, se le notaban por la forma de la chaqueta), y se les podría poner un motorcito y hacerle unas manos o algo así; no sé, garras, y de esta manera podría coger cosas. Un poco como una grúa —puntualizó.

Lydia no tenía ni idea de mecánica.

—Me parece que eres muy cruel por hablar así del pobre Richard.

—Estás muy equivocada —respondió él—. Intento que se me ocurran cosas que puedan ayudarlo, cosa que tú no haces. Esa simple lástima tuya no le sirve de nada.

Con esto le calló la boca, y se pasó el resto del viaje barajando la posibilidad de hacerse inventor.

—¡... y papá está tan contento con que vayamos a vivir a Frensham! A saber qué habrían hecho con la casa si la hubieran requisado, y, además, dice que los planes que tenemos nosotros para ella son mucho mejores que los del Gobierno.

Habían vuelto al hotel en el que Richard había pasado la noche, y Nora iba a quedarse en la habitación que habían ocupado sus padres. El hotel había mandado flores, un exuberante ramo de claveles rojos y rosa mezclados con paniculata en un jarrón de vidrio tallado. Había también un plato con uvas, que casi se habían terminado. Al día siguiente los iban a llevar en coche a Frensham.

—Estás cansado —dijo, anticipándose a que lo dijera él—. Venga, que te avío y te acuesto.

Media hora más tarde, cuando hubo terminado, después de frotarle la espalda con alcohol de 90 grados, de lavarle los dientes, de recoger el pis en una botella, de darle la medicina, de ponerle la camisa de dormir de manga corta (mucho más fácil de poner que el pijama, había dicho con toda la razón del mundo cuando se la compró) y de colocarle cómodamente las almohadas,

incluida su almohada especial, se inclinó y lo besó suavemente.

—A las tres vengo a darte la vuelta. Dejo mi puerta abierta por si me llamas. Tú tranquilo, que seguro que te oigo.

Apagó la luz y se fue a la habitación contigua, y de repente, al oírla preparándose para acostarse, Richard se sintió abrumadoramente conmovido por el hecho de que Nora se estuviese portando como si no hubiese pasado nada en absoluto.

Tony esperó a que Richard saliera con Nora del convite, y él mismo se encargó de subirlo a la limusina. Se quedó mirando con el resto de los invitados hasta que el coche dobló una esquina y desapareció de golpe; después, volvió al guardarropa, cogió su abrigo de lana, salió del hotel y se fue a un *pub*, donde se cogió una borrachera descomunal.

# **TERCERA PARTE**

# LA FAMILIA

**Enero de 1944**

La casa estaba terriblemente vacía sin Polly ni Clary. Lo notaba cada mañana en el instante mismo en que sonaba el despertador. Se quedaba un rato en la cama escuchando el silencio; nada de batacazos ni de ruidos de objetos estampándose contra el suelo del piso de arriba, nada de risas ni de maldiciones, nada de pasos ligeros bajando las escaleras a todo correr. Se levantaba en un periquete y se ponía la vieja bata azul (la que le había regalado Sybil la primera Navidad después del estallido de la guerra) y las zapatillas de cuero, pero, aun así, seguía muerto de frío. Había mandado instalar un calentador en el cuarto de baño del descansillo de encima de su dormitorio porque no tenía a nadie que se encargase de alimentar el fuego de la estufa. El calentador le permitía a regañadientes darse un pequeño baño, pero el agua salía tan despacio que en invierno no pasaba de darse un baño tibio. Para afeitarse tenía que hervir agua. Una vez que terminaba de bañarse, de afeitarse y de vestirse, podía apagar las luces, quitar las cortinas de oscurecimiento y dejar que se viera el día gris y desapacible. Entonces bajaba al sótano, haciendo un alto en el camino para coger el cuarto de litro de leche que le repartían día sí, día también y el periódico que llegaba a diario. «2.300 toneladas de bombas sobre Berlín», rezaba el titular de aquella mañana. Intentó imaginarse 2.300 toneladas de bombas, pero la sola idea le desbordaba. Si te ponías a pensar en lo que era capaz de hacer una sola bomba. Desayunaba en la mesa de la cocina. Era más práctico, y después de hacerse las tostadas dejaba puesto el fuego de gas para entrar en calor. Siempre desayunaba té con tostadas, untadas con una margarina de sabor repugnante que la mermelada de la señora Cripps o, en su defecto, el extracto

de carne Marmite, conseguía disimular en parte. En los viejos tiempos, Sybil y él desayunaban en el comedor contiguo melón, huevos duros, a veces arenques ahumados (su desayuno favorito) y cosas por el estilo. Sybil siempre se sentaba de espaldas a la cristalera que daba al jardín, y en las mañanas soleadas los bucles del cabello le resplandecían a contraluz. Los recuerdos de este tipo ya no le atormentaban tanto, pero los necesitaba. Se veía incapaz de llegar al final del día sin pensar en ella, sin contarle algún chascarrillo íntimo, sin acordarse de cosas que Sybil había dicho o pensado, de sus gustos o de sus preocupaciones. En cada ocasión, le asaltaba un arrebató de amor por su mujer que por un instante dejaba de estar contaminado por el dolor de la pérdida. Lo ayudaba a seguir adelante, se decía para sus adentros. Poco más había que lo ayudase. La empresa lo absorbía de la mañana a la noche, sin duda, pero, ahora que el Jefe se había desentendido (no del todo, porque iba dos días a la semana y se sentaba en su despacho a la espera de que la gente se pasase a charlar con él) y que Edward y él estaban picados por el asunto del nuevo muelle de Southampton, no podía decirse que le divirtiera demasiado. Era Edward el que había insistido en comprarlo; el terreno se vendía muy barato, cierto, pero aun así no solo había que reinvertir el dinero de la indemnización de los daños de guerra, sino también gastar hasta el último penique de capital excedente. Edward había dicho que después de la guerra iba a haber un auge de la construcción, y que si tenían más locales estarían en mejores condiciones de almacenar y procesar las maderas nobles que les habían dado fama, pero a Hugh le parecía poco probable que para entonces hubiesen reunido el dinero necesario para comprar la inmensa cantidad de existencias que justificarían la compra de un segundo muelle. Tuvieron una bronca al respecto, en realidad, varias, pero como el Jefe estaba de parte de Edward habían comprado el muelle, y las obras ya estaban en marcha. Y luego estaba la cuestión de la casa, tan grande y en estos momentos tan vacía. Suponía que lo sensato sería venderla, o al menos cerrarla, pero en algún sitio tenía que vivir, y era la casa en la que había vivido con Sybil. ¡Si tan solo Polly se hubiera quedado! Pero había sido él quien había insistido en que se marchase. Louise les había pedido a las dos que se fuesen a vivir con ella. Clary había querido ir; Polly había puesto reparos. «Yo me quedo contigo, papá», había dicho. Pero él había adivinado al instante que no quería, a pesar de que ella le había repetido una y mil veces que sí. Al final la había invitado a cenar por ahí para abordar el tema a solas.

La llevó a su club porque le parecía un buen sitio para hablar, y también un poco porque estaba muy orgulloso de ella y le gustaba presentársela a sus conocidos. «¡Caramba! ¡Tienes una hija despampanante!», decían, y cosas por el estilo. Y sí, era despampanante. Tenía el mismo pelo que había tenido Sybil cuando se conocieron, de un color cobrizo intenso y lustroso; la misma tez blanca, el pequeño labio superior que coronaba la misma boca lisa y curva de Sybil, tan cautivadora. Pero la frente despejada y el azul intenso de los ojos eran cien por cien Cazalet, muy parecidos a los de Rachel, que a su vez se parecía a la Duquesita. Qué curioso, pensó: nadie diría que tenía los ojos de la Duquesita, sino más bien los de su tía Rach, pero a su vez nadie dudaría en atribuirle a esta los ojos de la Duquesita. En cambio, si en algo no se parecía en nada a su madre ni a su tía era en su don para la ropa. Se las ingeniaba para transmutar la pulcritud en elegancia. Se había reunido con él nada más salir del trabajo vestida con un jersey blanco y una falda oscura plisada. El jersey tenía el cuello vuelto, y se había remangado hasta el codo para que la ancha pulsera de plata que le había regalado en Navidad destacase sobre su muñeca. Iba hecha un pincel. Estaba sentada enfrente de él en un butacón de cuero, bebiéndose a sorbitos el jerez Bristol Cream que le había pedido y hablándole de la entrevista que les habían hecho a Clary y a ella para incorporarse a la sección femenina de la Marina Real.

—Qué raro, papá. Todas las cosas que nos pidieron o no las habíamos hecho, como sacarnos el graduado escolar, o era imposible dárselas, como referencias de nuestro último empleo. Cuando Clary dijo que era escritora, ni siquiera tomaron nota. Pero había una cola larguísima y dijeron que de todos modos casi tenían cubierto el cupo de las WRN. La verdad es que menudo alivio. No quería tener que separarme de... de todos.

—Bueno, y ahora ¿qué?

—Clary dice que hay miles de trabajos aburridísimos. Dice que Londres está a rebosar de oficinas, así que supongo que nos cogerán en alguna. Después, si tienes una suerte tremenda, te piden que sustituyas a la secretaria de alguien porque la de siempre tiene la gripe o lo que sea, y, si resulta que lo haces fenomenal, pasas a ser secretaria fija. —Hizo una pausa, y a continuación añadió—: Archie dice que debería intentar ingresar en bellas artes. Tienen horario de tarde. No sería una estudiante a tiempo completo; solo iría por las tardes. Pero todavía no sé si entre los requisitos que piden



está el de vivir en una determinada zona de Londres.

—Suenan bien —dijo Hugh. Pensó que ojalá se lo hubiese propuesto él.

—Solo serían dos tardes o así a la semana. El resto del tiempo estaría contigo en casa.

—De eso quería hablarte.

—¡Ay, papá! Si ya lo hemos hablado.

—Sí, pero no lo suficiente. He estado pensando y he llegado a la conclusión de que no es buena idea. Deberías estar con gente de tu edad. Además, es muy probable que tenga que pasar un par de noches a la semana en Southampton, así que ni siquiera estaría aquí y no me haría ninguna gracia que estuvieras tú sola en casa.

—No pasaría nada.

—Y hay algo más —improvisó—. Estoy barajando muy en serio la posibilidad de cerrarla. Me sobra casa por todas partes, incluso aunque te quedaras. Y si voy todos los fines de semana a Home Place, y dos noches a Southampton, la verdad es que no merece la pena.

—¡Vaya! Pero papá, ¿adónde irías las noches que tuvieras que quedarte en Londres?

—Puedo quedarme aquí, en el club. O alquilar un pequeño apartamento. Pero —añadió en un astuto alarde de valentía—, si tengo que ocuparme de ti, todo se complica más. Haría falta un apartamento más grande. En fin, ya sabes.

Vio que iba ganando; que le estaba permitiendo hacer lo que él sabía que quería hacer sin que ella se sintiese egoísta por ello.

—Papá, he estado pensando —dijo Polly, esforzándose por dar a su voz un tono reflexivo y comedido— que deberías salir más. Conocer a gente de tu edad —concluyó con recato.

Lo que podía deducirse de este último comentario ya se lo habían dicho otras personas, que, en la mayoría de los casos, habían insinuado con más o menos delicadeza que le convenía volver a casarse, y le sobrevino el arrebato de furia que siempre le provocaba esta injerencia —disfrazada, para colmo, de generalización— en su vida privada. Miró a su hija. Carecía de malicia... o, mejor dicho, la malicia con la que intentaba disimular su entusiasmo por irse a vivir con Clary y con Louise era tan transparente que venía a ser lo mismo. No estaba preocupada por él, pensó con una punzada de dolor y, a la

vez, con alivio; solo le decía lo que creía que diría un adulto.

—Era broma. Es que la gente nos suelta cosas así, y Clary dice que a veces deberíamos decírlas nosotras, para variar. Y tú tampoco has hablado en serio, papá, ¿verdad que no?

—Bueno, pero algún día te enamorarás y te casarás, Poll. Y tendrás que conocer a hombres para encontrar al adecuado.

Vio que le afloraba un tenue rubor.

—Venga, vamos a cenar —dijo Hugh.

Mientras bajaban al comedor por la ancha escalinata, Polly dijo:

—A decir verdad, creo que hay muy pocas posibilidades de que yo me case con nadie.

—¿Ah, sí? Pues yo no lo creo.

A la semana siguiente, Clary y ella se habían marchado, y, aunque la casa tenía un aire de lo más inhóspito sin ellas, estaba seguro de que Sybil habría convenido en que había hecho lo correcto. En cierto modo, había sido una de las decisiones más fáciles; la de cerrar o no la casa era mucho más difícil. Seguro que era lo más sensato, pero las posibles alternativas le parecían tan fatigosas e ingratas que no sabía si sería capaz de afrontarlas. Ello suponía cortar otro vínculo más con Sybil, porque estaba prácticamente seguro de que, si dejaba la casa ahora, no querría volver después de la guerra. ¡Cuántas veces se oía esta frase! Durante años, había sido un objetivo anhelado por todos, el comienzo de una vida nueva, la época en que las familias se volverían a unir, la democracia prevalecería y se repararían todas las injusticias sociales de antes de la guerra. Todos los niños, de todas las clases sociales, cursarían estudios, y durante más tiempo; el Sistema Nacional de Salud atendería a la salud de todos, y se construirían casas nuevas por doquier, con instalaciones sanitarias adecuadas. Todo habían sido deseos y esperanzas para cuando al fin se restableciera la paz. Lo malo era que, para él (y era una actitud egoísta, lo admitía), todas estas cosas habían perdido su gracia. Por delante no veía más que años y más años sin Sybil, y no tener a Sybil era como no tener nada. En cierto sentido, se decía, todo esto era absurdo. Tenía un empleo, a su familia, a sus tres hijos del alma que necesitaban más que nunca su cariño responsable... y, sin embargo, por encima de todo esto —o más allá, o dentro—, prevalecía una sensación de futilidad. Era muy parecida a la que había tenido al final de la otra guerra, de

«su» guerra, la que le había arrebatado la salud y una mano. Y entonces la había conocido a ella, y todo había cambiado. Aquello ya era agua pasada, había vivido ya su milagro; en aquel momento, sin saberlo, había estado a la espera del maravilloso azar que la había traído a su vida. Había tenido una suerte increíble. Pero, por decirlo de alguna manera, se le había acabado la buena racha. Durante el resto de su vida se dedicaría, tenía que dedicarse, a hacer todo lo posible por sus hijos, por la empresa y por la familia. Aunque echaba muchísimo de menos a Polly, no dudaba de que había hecho bien en ayudarla a soltar amarras. Vivir con sus primas era un estupendo paso intermedio hacia la independencia total, y seguro que Louise, en su condición de joven esposa, invitaba a casa a los amigos de su marido y le presentaba a gente de su edad. Simon, que después de Semana Santa no iba a volver al colegio, le daba más quebraderos de cabeza. Simon siempre había sido de Sybil, de la misma manera que Polly había sido suya. Desde la muerte de Sybil, había hecho un esfuerzo, pero por alguna razón solo había servido para demostrarle lo poco que conocía a su hijo y lo difícil que iba a ser subsanar este desconocimiento. Simon esquivaba todos sus intentos de aproximarse asintiendo a cualquier cosa que dijera, aceptando con una tremenda docilidad cualquier propuesta que le hiciera sobre actividades que podían hacer juntos y tratándolo con una cortesía distante que no hacía sino subrayar la ausencia de intimidad entre ambos. «Supongo que sí», decía, o «Me da igual; como quieras». Se suponía que ese año lo llamarían a filas porque en septiembre cumplía los dieciocho, pero, cuando Hugh le había preguntado en cuál de las fuerzas le gustaría alistarse, se había limitado a decir: «En realidad, lo mismo da, ¿no te parece? Me refiero a que es igual en todas partes, aprender a matar y cosas por el estilo». Y ¿qué le gustaría hacer después de la guerra?, había seguido preguntando Hugh.

—No sé. Slater, mi amigo, va a ser médico, y creo que a mí también podría gustarme. Eso si no monta un restaurante, que es otra de las cosas que tiene en mente. Le gusta mucho la comida, y cocinar y esas cosas. Y sabe absolutamente todo lo que hay que saber sobre Mozart, así que puede que escriba un par de libros sobre él. La verdad es que sabe hacer de todo.

—Suena interesante.

—Sí, pero no creo que a ti te cayera muy bien. Es partidario del socialismo, tartamudea cosa mala y una vez le dio un ataque con

convulsiones y la enfermera jefe pensó que estaba fingiendo... Típico de ella, y eso que podría haberse muerto. —Se produjo una pausa y a continuación añadió—: Por eso a él no lo van a movilizar, por lo de las convulsiones, quiero decir. Pero, claro, a mí sí, así que no vale la pena que hagamos planes juntos. De todos modos, papá, estaba pensando si podría invitarlo a pasar una semana en Londres, porque vive en Dorset y hay un montón de cosas que quiere hacer en Londres, como ir a conciertos, etc. No hablaría de política. Sabe que eres políticamente inmaduro, pero se hace cargo porque a su familia le pasa lo mismo. Dice que es tanto una cuestión generacional como de clase.

Había dicho que por supuesto, que invitase a su amigo a quedarse todo el tiempo que quisiera. Se alegraba tanto de que Simon tuviese un amigo (hasta ahora nunca había mencionado a ninguno), de que quisiese algo que él, Hugh, podía darle, y, sobre todo, de que tal vez se hubiese roto el hielo entre ellos, que durante varios días estuvo más animado en relación con su hijo. Pero después de aquel arranque de locuacidad, Simon retomó la costumbre de sortear de buenos modos todos los intentos que hacía Hugh por entablar una conversación con él.

Con Wills estaba hecho un lío, pero de otra manera. Simplemente, no lo veía lo suficiente. Un par de tardes a la semana no era mucho, y aunque sí que intentaba jugar con él los fines de semana, Wills siempre tendía hacia las mujeres, hacia Ellen, por supuesto, y también hacia Villy, Rachel y, cuando estaba, Polly. Le daba pavor el Brigada, que en cierta ocasión había fingido que era un león, con resultados catastróficos. Estaba a punto de cumplir seis años y era un niño bastante consentido y tirano. Cuando los otros niños tenían la edad de Wills, y menos, siempre había sido Sybil la que había lidiado con ellos; él había entrado en escena cuando tenían siete u ocho años, aunque siempre había tenido una relación especial con Poll. Villy había sido una santa con Wills. Era ella la que le estaba enseñando a leer, la que se hacía cargo de él los días que libraba Ellen, la que le cortaba el pelo y le compraba o le hacía la ropa. Pero, al pensar en Villy, inevitablemente pasaba a Edward. Siempre había sabido más o menos que su hermano tenía sus devaneos, como los llamaba para sus adentros, pero se quedó consternado cuando se enteró de la envergadura de su relación con Diana Mackintosh, cosa que, como no podía ser de otro modo, sucedió poco a poco. Había estado a punto, creía, de convencer a Edward de que renunciase a ella por el bien de Villy, pero poco

después, para su gran horror, había sabido que Diana esperaba un hijo de Edward. A partir de entonces, no supo ya qué decirle a su hermano. La gratitud y el afecto que sentía por Villy hacían que le disgustase profundamente estar al tanto de lo de Diana. Jamás le iba a contar lo que sabía, pero saberlo y no decírselo le hacía sentirse falso con ella, lo cual no dejaba de ser un mal pago por su generosidad con Wills. Tenía la impresión de que Villy se hundiría si se enteraba, y no se fiaba de que Edward no fuese a cometer algún descuido que expusiera su traición. La vez que había intentado sacarle el tema habían llegado a un grado de tensión que sabía que acabaría en una bronca ociosa. Edward, mirándolo con ojos que parecían un par de canicas azules, la gélida voz temblándole de ira, le dijo a Hugh que se metiese en sus propios asuntos. Después de un par de intentos más de hablar con él, más o menos con idéntico resultado, se rindió, pero el asunto pendiente rezumaba entre ambos y bloqueaba aquella relajada intimidad de antaño que, ahora, añoraba más que nunca. A veces, hasta llegaba a preguntarse si no habrían llegado a un mayor entendimiento sobre el nuevo muelle si sus relaciones hubieran sido menos tensas.

Iba conduciendo en dirección a la oficina; la jornada no había hecho más que empezar y ya estaba cansado. «Estamos todos cansados, amigo mío», le había dicho Bobby Beecham la noche anterior en el club. «Si Adolf estima conveniente iniciar otro bombardeo aéreo sobre Londres, la situación podría ponerse muy complicada. La mayoría de la gente ya no puede más. Todo es deprimente o terrible. Lleva durando ya demasiado tiempo. Nosotros necesitamos ese segundo frente tanto como los rusos. Para mí está claro que hay que cargarse a esos canallas mientras todavía estemos fuertes». Después Bobby había invitado a Hugh a acompañarlo al Bag O’Nails: «Un poco de compañía femenina no te vendría mal. Te distraerías un rato». Pero no había ido. Y no porque tuviese ningún tipo de obligación moral, se dijo; sencillamente, no tenía el menor deseo de meterse en la cama con una desconocida, por muy atractiva que fuera. Se imaginaba perfectamente la escena: él, incapaz de que se le levantase, y la chica tirando de él para que le hablase de su vida. Solo de pensar en las compuertas que podría abrir la frase «mi mujer ha muerto» se estremeció. Por nada del mundo hablaría de Sybil con una completa desconocida.

—Cielo, si lo que quieres decirme es que te gustaría que también viniese Thelma, por supuesto que lo entiendo.

—No, no me refería a eso. —La mera idea le horrorizó—. Me refería nada más a que no es el mejor momento, porque le había prometido que la llevaría unos días a Stratford y lo ha organizado todo para que su permiso coincida con el mío.

—Lo malo es que yo a la semana siguiente no puedo, porque Ellen se va de vacaciones y en casa me necesitan.

—Ya, si lo entiendo. Solo que es una pena que no me lo hayas dicho antes. —Entonces, sin darle tiempo a Rachel de que le explicase por qué no había podido decírselo, Sid añadió—: Seguro que Thelma puede apañar otros planes para su permiso. Hablaré con ella.

—Sí, hazlo, pero por favor ten presente que entenderé de sobra que no pueda, y en ese caso podríamos irnos las tres juntas, que a fin de cuentas quizá sea lo más sencillo.

No, no lo sería en absoluto, pensó Sid después de colgar. Desde luego que no. Thelma y Rachel se habían conocido, pero de eso hacía ya casi un año y la situación había sido muy distinta. Por aquel entonces, Thelma no era más que la protegida de Sid. Reunía todos los requisitos para serlo: era joven, estaba sin blanca y sin amigos y tenía un talento aceptable. Había venido desde Coventry con intención de ingresar en la Academy (para violín, con piano como segundo instrumento), pero tuvo que renunciar a la idea cuando su madre viuda murió en el gran bombardeo aéreo que asoló la ciudad. La casa adosada en la que vivían de alquiler había quedado reducida a escombros, y la pequeña pensión de viudedad con la que su madre vivía y ayudaba a Thelma había muerto con ella. Como tenía problemas de vista, no la habían movilizado, de manera que la única alternativa que se le había ofrecido era buscarse aburridos trabajitos domésticos. Poco después de que Sid la conociera, la estación de ambulancias había organizado un concierto para una organización benéfica de la zona, y Sid le había preguntado si quería acompañarla al piano. Fue entonces cuando se enteró de que Thelma no tenía acceso a ningún instrumento, y le ofreció la llave de su casa para que pudiera ensayar. Al principio, Thelma se había limitado escrupulosamente a ir mientras Sid estaba de servicio, y también había sido escrupulosa en otros aspectos. La primera vez, al volver a casa, Sid se encontró la sala de estar

ordenada, la bandeja con la cena de la víspera, recogida, el polvo, quitado, e incluso había limpiado el cristal mugriento del ventanal que daba al patio de atrás; y también (y era esto lo que más la había conmovido) había cogido del jardín unas margaritas un poco mohosas y las había puesto en un jarrón sobre la repisa de la chimenea. Al día siguiente, cuando vio a Thelma en la cantina y le dio las gracias, esta dijo: «¡Ah! Después me temí que lo mismo te había molestado, que pensaras que había sido un poco insolente», y se ruborizó. «No sabía cómo darte las gracias», logró decir al final. Cuando empezaron a ensayar para el concierto, Thelma ya había hecho suyo el ritual de tributarle todo tipo de pequeñas atenciones domésticas: había limpiado la vieja cocina de gas, y los quemadores ardían como es debido; había arrancado pelos a puñados del limpiamoquetas, que por fin se había avenido a limpiar las alfombras; había puesto una arandela en el grifo del agua caliente del cuarto de baño a fin de que dejase de gotear, y decía que le encantaba planchar. Sid descubrió que era agradable que te hiciera las cosas alguien que no solo insistía en que le gustaba hacerlo, sino también en lo agradecida que estaba por que se lo permitieras. «¡Qué gusto da estar en un hogar de verdad!», repetía Thelma una y otra vez. Y también: «Jamás me había acercado a un piano que fuera ni la mitad de bueno que este».

Cuando venía Rachel, que no era muy a menudo, la chica limpiaba la habitación de los invitados y parecía que cazaba al vuelo que Sid quisiera disponer a solas de la casa mientras su amiga estaba con ella. Rachel siempre preguntaba por ella y le había parecido perfecto que Sid le diera clases y se hubiese hecho su amiga. Y de repente un día, después de exclamar que la cocina estaba como los chorros del oro (estaban terminándose un bol de una deliciosa sopa de verduras que había hecho Thelma), preguntó:

—¿Y cuánto le pagas por todo este trabajo?

—No le pago.

—¿Nada?

—Bueno, le doy una clase gratis a la semana y tiene copia de la llave de casa para que pueda venir a ensayar siempre que quiera.

Se hizo un breve silencio. Rachel estaba sacando un Passing Clouds de la bonita pitillera esmaltada que le había regalado Edward. Se la pasó a Sid, y, al inclinarse sobre la mesa para coger su encendedor, Sid olió el tenue perfume de violetas que Rachel reservaba para las ocasiones especiales.

—¿Crees que debería?

—Bueno. Supongo que un poco de dinero extra no le vendría nada mal. Me dijiste que estaba a dos velas.

—Tienes toda la razón del mundo, claro que sí. Debería haberlo pensado. Todo esto ha ido ocurriendo poco a poco y ni lo pensé. ¡Cielo! ¿Qué haría yo sin ti?

Y Rachel había sonreído y había dicho:

—No hace falta ni que te lo plantees.

—Pues lo hago. Me lo planteo la mayor parte del tiempo.

Le había salido de la boca con más amargura de la que habría deseado; de hecho, no había tenido intención de decirlo.

—Pienso en ti todos los días —dijo Rachel, con aquel tono de voz despreocupado en apariencia, pero ligeramente tembloroso, bajo el cual latía una profunda emoción; y Sid, como si el sol bañase su corazón, experimentó la dicha que le producían siempre este tipo de declaraciones, que ni siquiera se daban cada vez que se veían.

Pero la semana siguiente, cuando le metió a Thelma 1 libra y un billete de 10 chelines en la mano, la reacción distó mucho de ser la que esperaba.

—Y esto ¿por qué?

Sid respondió que era por todo lo que hacía.

—¡No lo quiero!

Sid explicó que no podía permitir que siguiera encargándose de las tareas domésticas a cambio de nada.

—¡Pensaba que éramos amigas! ¿Cómo has podido? —Miró a Sid con expresión herida, consternada—. ¡Pensaba que... pensaba que me tenías cariño!

Sid empezó a decir que por supuesto que le tenía cariño, que no tenía nada que ver con eso.

—Para mí, sí. —Dejó los billetes sobre la mesa de la cocina—. ¡No quiero que se me trate como a una criada!

Sid le pasó el brazo por los hombros, y la chica se echó a llorar.

—Me has cambiado la vida; yo no puedo darte nada y haría lo que fuera por ti, ¡lo que fuera! Pensaba que lo sabías, y como eres una música tan maravillosa es lógico que no pienses en la casa, así que se me ocurrió que lo



menos que...

Sid dijo que lo sentía muchísimo, y era cierto. La invitó a cenar y dijo que saldrían a un restaurante, pero al final no fueron porque se llevó a Thelma al piso de arriba, le dio un poco de ginebra y por primera vez le preguntó por su vida, y para cuando Thelma hubo terminado de hablar ya era tarde y se habían acabado la botella. Al final cenaron tortilla de huevos deshidratados en la cocina, un poco de sidra y, para rematar, té; a estas alturas era ya tan tarde que Sid le sugirió que se quedase a pasar la noche. Le dejó un pijama y la instaló, contenta de nuevo y un poco achispada, en el cuarto de los invitados. Aquella noche estuvo pensando en la triste situación de la pobre muchacha: era obvio que no se había recuperado en absoluto de la muerte de su madre, que tan de golpe había arrasado todo lo que conocía y todo lo que tenía. Pensó también en su soledad —no parecía que hubiese hecho ni un solo amigo en Londres— y, finalmente, en la sorprendente devoción que le profesaba. Esto último, a pesar de que intentaba quitarle hierro diciéndose que era una chifladura de colegiala sensiblera, no dejaba de conmoverla. Sentirse respetada, admirada (sobre todo como música) era una especie de bálsamo que aliviaba en parte el dolor y la soledad que sufría por su amor a Rachel, un amor destinado a no consumarse jamás. También le despertaba un instinto protector que no podía volcar en Rachel, puesto que apenas estaba allí; en cambio, la muchacha respondía agradecida a cualquier muestra de atención o de afecto. Su juventud, además, le parecía atractiva. Aunque no era guapa en términos convencionales (así lo formulaba Sid para sus adentros), había algo cautivador en aquellos ardientes ojos castaños de grandes pupilas que la miraban tan intensamente. Para leer las partituras se ponía gafas, y Sid sospechaba que el resto del tiempo, cuando no las llevaba, apenas veía nada. Tenía una melena morena y lacia con raya al medio, y siempre se estaba apartando mechones de la cara. Era muy pálida, salvo cuando se ruborizaba, cosa que le sucedía a menudo y, cada vez, como si fuera una experiencia nueva y embarazosa. Era menuda, flaca, y tenía una voz aguda y clara que, si no la estabas viendo (como cuando hablaba por el teléfono), podía confundirse con la de una niña.

¡Y no había nada que la muchacha no estuviese dispuesta a hacer por ella! En pocas semanas, la casa, que reconocía que estaba de capa caída por culpa de su dejadez, quedó como nueva. Quitó las cortinas y las lavó o las llevó al

tinte. Abrillantó los muebles, dio otra mano de pintura a las paredes, vació los armarios de la cocina, sacudió las alfombras en el patio de atrás, y hasta remendó con esmero su ropa y las maltrechas partituras; y las comidas, que cuando estaba sola se habían reducido a su mínima expresión —un sándwich, o una lata de lo que fuera—, eran comidas como Dios manda. Ahora, Thelma venía tres tardes a la semana, cocinaba y se quedaba a cenar, tras lo cual tocaban sonatas de violín y piano y a menudo se quedaba a pasar la noche. Sid había visto enseguida que Thelma no tenía madera de concertista de piano, pero se estaba convirtiendo en una acompañante excelente y, con el violín, progresaba a un ritmo constante, aunque no era nada del otro mundo. Ahora que había menos trabajo en la estación de ambulancias, Sid había vuelto a dar clase dos días a la semana en un enorme internado femenino de Surrey. Esto le suponía pasar fuera un par de noches, y Thelma adoptó la costumbre de quedarse en la casa en su ausencia.

Y llegó septiembre. Rachel y ella llevaban tiempo planeando una escapada de tres días a Exmoor, pero, el jueves anterior al fin de semana en que estaba previsto que se reuniese en Londres con Sid, Rachel había llamado para decir que el Brigada tenía bronquitis y no podía dejarlo solo.

—El médico dice que podría degenerar en neumonía si no guarda cama y hace exactamente lo que se le diga, y me temo que yo soy la única persona que puede obligarlo.

La sorpresa, el chasco de no poder disfrutar con Rachel de aquel descanso que llevaba semanas esperando con tanta ilusión, fue tan grande que por unos instantes se quedó sin habla y fue incapaz de responder.

—Cielo, ¿sigues ahí?

—¡Solo son tres días! ¡Digo yo que habrá suficientes personas en la casa para cuidarlo durante tres días!

—Más desilusionada que yo no puedes estar, créeme.

Pero esta vez, a diferencia de tantas otras, ni siquiera la certeza de que sus palabras eran sinceras, de que, en efecto, Rachel estaba muy desilusionada, le sirvió para apaciguarse. Le habían entrado ganas de estallar, de gritar: «¡Sí que puedo! ¡Claro que lo estoy! No sabes lo desilusionada que estoy yo. ¡No tienes ni idea!». En cambio, lo que dijo fue:

—Pero si ya hemos reservado las habitaciones y todo lo demás.

—Bueno, eso ya lo pago yo, por supuesto.

Hubo un silencio, y a continuación Sid oyó su propia voz, que decía:

—No te molestes.

—¡Cielo! Te noto enfadada, y no sabes cuánto lo siento. Pero no puedo hacer nada.

Cuando hubo colgado, se dio cuenta de que estaba llorando. Jamás en la vida se había llevado una decepción tan grande. Comprendió que estaba intentando encajar el chasco, porque le venían a la cabeza recuerdos de situaciones en las que había sentido algo parecido: la vez que Evie le había quitado su adorada muñeca de trapo y la había echado al fuego de la cocina; la vez que su madre le había dicho que al final no les llegaba el dinero para que recibiera las clases de violín que le había prometido; la vez que la rechazaron para el que iba a ser su primer empleo de profesora, que había dado por hecho que conseguiría; la vez que, después de pasarse siglos ahorrando para comprar una entrada para oír a Hubermann, había enfermado de paperas y había ido Evie en su lugar. Sin embargo, nada de aquello era comparable a lo que sentía en ese momento. Jamás llegaría a ser la prioridad de Rachel. Jamás iba a tener a Rachel para ella sola. Incluso aquellos pequeños oasis patéticos que aparecían a cuentagotas y hacia los que avanzaba penosamente durante semanas podían convertirse, en manos de Rachel, en espejismos.

Sonó el teléfono.

—¡Cielo! He estado hablando con la Duquesita. Dice que por qué no vienes tú aquí a pasar estos tres días.

La propuesta pareció iluminar, como nada lo había hecho hasta entonces, el insondable abismo que había entre ambas. Los años de anhelo, de desesperanza, de facilitarle las cosas a Rachel, se acumularon en su garganta formando una amalgama implacable; sintió náuseas.

—Creo que de todos modos voy a ir a Exmoor, necesito que me dé el aire y hacer ejercicio. Dale las gracias de mi parte a la Duquesita por la invitación; es muy amable. —Estaba tan enfadada que tenía ganas de vomitar—. Lo mismo me llevo a Thelma —añadió.

—¡Ah, qué buena idea! Mejor estarás acompañada. Espero que lo pases muy bien y que descanses, cielo. Llámame en cuanto vuelvas.

De manera que se había llevado a Thelma. Había seguido adelante con el plan, sobre todo para demostrarle a Rachel que no estaba dispuesta a que se le

desbaratase continuamente la vida por culpa de sus padres y de la idea que tenía Rachel de su deber para con ellos. Y, sin embargo, se dijo ahora, en tiempos habría recibido la invitación de la Duquesita como agua de mayo, me habría arrastrado hasta allí agradecida por pasar siquiera unos minutos en compañía de Rachel... cuando pudieran prescindir de ella, claro. En tiempos, ni se me habría pasado por la cabeza seguir adelante yo sola con un plan que habíamos planeado para las dos. Aunque me habría quedado desconsolada, no me habría enfadado. Y, desde luego, no habría dedicado ni medio segundo a plantearme la posibilidad de llevarme de vacaciones a una chica a la que le saco más de veinte años. Encima, sabiendo que está enamorada de mí. Porque fue durante aquellas vacaciones cuando Thelma le declaró su amor, y en unos términos que impedían que Sid siguiera negándose a verlo. Llevaba tiempo diciéndose que no era más que una «chifladura», como decían las chicas del internado, o quizá la gratitud de una persona que a todas luces andaba escasa de ayuda y apoyo. Pero aquel cálido día de septiembre, sentadas sobre el brezo, dieron el paso. Llevaba tanto tiempo sedienta que le pareció un milagro que pudiera desearla tanto alguien tan joven, alguien cuya inocencia solo podía parangonarse con su pasión.

Durante aquellos tres días, las cosas no podían haber sido más sencillas. La pensión en la que se alojaban —como únicas huéspedes— les daba unos bocadillos, y, después de caminar durante toda la mañana con un mapa bajo el brazo, buscaban algún lugar recóndito apartado de las veredas por rocas y brezo, comían y se echaban sobre la hierba mullida. En ningún momento vino nadie a molestarlas. Por la tarde, tras una copiosa merienda-cena —los dueños de la pensión también tenían una granja y sacaban todo tipo de exquisiteces (huevos, pollo, beicon ahumado casero y pastel de moras)—, jugaban al bezique, y Sid enseñó a Thelma a jugar al ajedrez, que resultó que se le daba de maravilla. Se retiraban temprano, y Sid se quedaba en la cama esperando a que Thelma pasara sigilosamente a su cuarto en camisón, sin nada debajo. Durante aquellos tres días fue fácil aceptar todo lo que se le ofrecía con tanta avidez, darle a Thelma todas las atenciones que anhelaba y gozar de aquel cuerpo blanco y suave, maravillosamente joven, que se abandonaba al suyo. Era un bálsamo que alguien le dijera lo mucho que la amaba, tener al lado a una persona para quien todo lo que decía y hacía era digno de elogio. «Te adoro, te adoro...», susurraba Thelma en brazos de Sid.

«Soy tan feliz. Ya estar contigo a solas es perfecto». Al principio era fácil confundir el deseo con el amor; en realidad, ni siquiera se daba cuenta de que lo hacía; simplemente se alegraba de que, de alguna manera, el sabor amargo que le había dejado Rachel se hubiera disuelto, de ser capaz de verla como una mujer tristemente atrapada por los deberes que unos padres aferrados a la ética victoriana le imponían a su hija soltera. No dudaba de que Rachel se había llevado una gran desilusión, de que también ella aguardaba con ansia las escasas ocasiones que las circunstancias le permitían compartir con esa persona «con la que preferiría estar antes que con ninguna otra en el mundo». «Más desilusionada que yo no puedes estar», recordó Sid en ese momento; era la última mañana de sus vacaciones con Thelma. Tenían que volverse en el tren de la tarde, y Thelma quería repetir el paseo que habían dado juntas la primera mañana, pero Sid observó que no daba tiempo. Habían tardado casi tres horas en darlo, y era imposible que volvieran a tiempo para coger el tren de las 2:38 h. Thelma había interpretado que Sid no quería ir al lugar. Se habían enzarzado en una pequeña y estéril trifulca que no resolvió nada. «¿Por qué estás tan empeñada en volver precisamente allí?», había preguntado Sid.

Thelma, que había estado mirando por la ventana, de repente se volvió.

—Porque... ¡porque fue ahí donde descubrí que tú también me amabas a mí! Donde dijiste que me amabas.

Empezó a sonrojarse, pero no apartó su penetrante mirada miope del rostro de Sid.

Sid abrió la boca para decir que jamás había dicho que la amaba... pero no pudo hacerlo. Aunque era cierto que no la amaba, decírselo habría sido demasiado cruel. Aquel fue el primer aldabonazo de la realidad.

—Siento de veras que no dé tiempo a ir —fue lo que dijo.

En el tren de vuelta, con Thelma dormida en el asiento de enfrente en un vagón por lo demás vacío, empezó a sentir las primeras punzadas de angustia... y de culpa. No amaba a Thelma. Era a Rachel a quien amaba. Se había portado de una manera tremendamente irresponsable con una persona mucho más joven y vulnerable. La relación no podía continuar en esos términos. Tenía que explicarle como fuera que había sucumbido a una locura que no hacía bien a ninguna de las dos. Podían seguir siendo amigas, volver a la situación anterior a las vacaciones, pero, de seguir acostándose, ni hablar.

En el tren, con Thelma dormida, le había parecido una solución perfectamente posible. Le había sido infiel a Rachel, y eso no había modo de borrarlo; por supuesto, seguiría cuidando de Thelma, dándole clases, tocando con ella, llevándola a conciertos, pero bajo ningún concepto iba a permitir que alimentase esperanzas de una relación amorosa entre ambas.

Ahora, al cabo de un año, enfrentada con el dilema de renunciar a pasar varios días con Rachel o defraudar a Thelma, se preguntó cómo demonios podía haber sido tan ingenua. Hacer planes no era nada fácil cuando estos implicaban a otras personas; solo lo parecía mientras los hacías tú sola, pero, en el momento en que los demás protagonistas entraban en escena, las intenciones más simples quedaban viciadas por el conflicto. No había conseguido ni de lejos regular su relación con Thelma, y no era porque no lo hubiese intentado. Pero la muchacha hacía gala de una especie de resistencia elástica a aceptar nada de lo que pudiera decirle o, mejor dicho, aceptaba cualquier plan que hiciera Sid y después se las apañaba para sacarle provecho. Así, una vez que Sid le hubo dicho todo lo que tenía que decirle sobre la necesidad de poner fin a la relación, basándose sobre todo en la razón, no del todo honesta, de que a la larga sería dañina para Thelma, la muchacha aceptó la situación hecha un mar de lágrimas, pero después volvió y le dijo a Sid que le daba lo mismo lo que fuera de ella siempre y cuando pudieran seguir juntas. Cuando Sid, muy turbada, intentó explicarle que en realidad no la amaba y que no podía aceptar la desigualdad de sentimientos, Thelma, echándose a llorar de nuevo, se mostró de acuerdo en que no estaría bien. A pesar de ello, después volvió diciendo que se lo había replanteado (¡ah, esa maldita manía suya de replantearse las cosas!) y, primero, que le daba lo mismo que Sid no la amase tanto como ella a Sid, y, segundo, que pensaba que Sid, dado que se preocupaba tanto por sus sentimientos, la amaba más de lo que ella misma sospechaba. Estaba dispuesta a hacer lo que quisiera Sid —decía erre que erre—, y mientras tanto la situación se mantenía gracias a una precaria solución intermedia o, mejor dicho, como veía Sid ahora, se iba convirtiendo más o menos en lo que quería Thelma. Una vez a la semana venía a pasar la noche, y a veces se acostaban. Seguía limpiando la casa, atendiendo a todas las necesidades domésticas, ensayando, recibiendo clases y tocando sonatas con Sid. En cierta ocasión, Sid había intentado quitársela de encima diciéndole que aquello tenía que acabar de una vez por

todas. Fue entonces cuando Thelma le preguntó si amaba a otra persona, «¿A tu amiga Rachel Cazalet, por ejemplo?», y Sid había mentido. Su instinto le decía que hablarle de esto a Thelma podía ser muy pero que muy peligroso, y, sin embargo, al mismo tiempo, la mentira debilitaba todavía más su posición. Se encargaba de que no coincidieran nunca, aunque notaba que Rachel despertaba una gran curiosidad en Thelma. Esto se traducía en que era un riesgo que Rachel viniese a pasar unos días. Ya no podía confiar al cien por cien en que Thelma fuese a quitarse de en medio, pues en cierta ocasión en que Rachel estaba allí se había presentado sin avisar; quiso el cielo que Sid la viera cuando estaba cruzando la verja del patio de la entrada. Era por la mañana, y Rachel se estaba bañando. Sid había bajado corriendo y le había salido al paso en la puerta de la calle.

—Como me dijiste que no viniera, no pensaba venir, pero es que me dejé el monedero con todo el dinero en el anaquel de la cocina. Entro un segundo y lo cojo. —Entonces, barruntando el fastidio de Sid, añadió—: De verdad que no pensaba molestarte, pero es que no puedo pasarme tres días enteros sin un céntimo.

Una vez que se hubo marchado, a Sid se le pasó por la cabeza que Thelma se había dejado el monedero a propósito, un pensamiento rastrero, sí, pero en absoluto inverosímil.

No, no había habido ninguna solución fácil y, visto lo visto, seguía sin haberla. A estas alturas, parecía más bien como si la situación hubiese cobrado vida propia, y el único modo de poner fin a su sinuoso avance fuera decirle simplemente a Thelma que se marchase y no volviese nunca. ¿Qué la frenaba? Porque cada vez que se le pasaba por la cabeza decírselo la asaltaba todo tipo de objeciones, y, si bien habría podido lidiar con cualquiera de ellas por separado, juntas formaban una barrera infranqueable. Una era que la culpa de que hubiese empezado todo era suya y solo suya. Bastaba con que hubiese plantado cara a los atractivos de Thelma, con que se hubiese mantenido fiel a Rachel, para que el asunto no se le hubiera ido de las manos; no habría pasado de algo que ya había resuelto con éxito en otras ocasiones —una alumna enamoriscada—. Tampoco podía evitar ponerse en el pellejo de Thelma. Sabía lo que era estar locamente enamorada; conocía, mejor que la mayoría de la gente, la dolorosa frustración de que no te correspondiesen en la misma medida. Por si fuera poco, reconocía horrorizada que, de alguna

manera, su vanidad jugaba un papel en todo aquello —sentirse tan querida y tan deseada le daba a la vez consuelo y confianza en sí misma—. El hecho de vivir con su hermana Evie durante años había espantado a todas las personas con las que habría podido trabar amistad; antes de que apareciera Thelma en escena, estaba acostumbrada a una vida que, a excepción de su trabajo, era en esencia solitaria. En cambio, ahora se había ablandado; la idea de volver noche tras noche a una casa vacía, de renunciar al inestimable placer de interpretar música con una persona con la que podía hablar de todo, desde Schumann hasta las minucias de la vida cotidiana, era de lo más desoladora... Que alguien la cuidase como la cuidaba Thelma era una experiencia nueva y tentadora.

Aun así, se dijo, esta vez pensaba ser implacable: no se iba a llevar a Thelma a Stratford. Iría con Rachel y se limitaría a decir que Rachel necesitaba un descanso. Se mantendría en sus trece; no pensaba cambiar de idea cuando Thelma, como sin duda sucedería, se echase a llorar. Si permitía que Thelma interfiriese en el precioso tiempo que tenía para estar con Rachel, solo le quedaría una opción: Thelma tendría que marcharse. La idea de que esta situación —sustancialmente deshonesto, como no le quedaba más remedio que admitir— encerrase siquiera una brizna de verdad era a la vez angustiada y alentadora. Decidió llamar a Rachel y decirle que estaba todo resuelto, y después, por la tarde, ya se encargaría de Thelma, pero acto seguido pensó: ¡Ay, Dios, otra mentira! No, qué va; no estará todo resuelto con Thelma. El engaño, se dijo, empezaba a ser como una segunda naturaleza suya.

Archie llegó a las siete y media, la hora convenida; una suerte, teniendo en cuenta lo poco fiables que eran los autobuses de los domingos. La caminata desde la parada del 53 de Abbey Road lo había agotado; hacía tiempo que la pierna no mejoraba. Pasó por la desvencijada verja de madera y subió cojeando por el sendero bordeado de vetustos lirios. La puerta principal era de esas que tienen un cristal en medio, y, aunque era un cristal esmerilado y, por tanto, no se veía nada del interior, se oía un gran bullicio: las notas de un piano (tocaban de maravilla, debía de ser un disco de gramófono, pensó); el llanto de un bebé; el agua de la bañera saliendo por el grueso desagüe de hierro que había a un lado de la puerta de la calle; voces; alguien riéndose...



Con semejante barahúnda, dudó de que hubieran oído el timbre. Como había una aldaba, la golpeó.

—¡Archie! ¡Qué bien! —Era Clary—. ¡Sí que eres puntual! —exclamó, como si no hubiera tenido que serlo.

Le dio el abrazo mecánico de siempre.

—¿Quién toca?

—Peter Rose. El hermano de Stella, la amiga de Louise.

Al fondo del pasillo, sentada en la escalera, estaba Louise. Llevaba una bata muy sugerente, de un tejido a rayas. La melena le caía por la espalda y estaba descalza. Lo saludó tirándole un beso.

—Pareces una heroína de ópera —dijo Archie.

—Me he puesto aquí para oír a Peter —explicó—. Como entremos, dejará de tocar.

Apareció una chica en el tramo de escaleras que bajaba al sótano.

—¿Dónde está el abrelatas?

—No tengo ni la más remota idea.

—¡Ah! —dijo Clary—. Lo he cogido yo para abrir la ventana del baño.

—¿De cuál? ¿De este?

La chica señaló la puerta que tenía enfrente.

—No, el de arriba, pero se está bañando Poll.

—Bueno, pues interrúmpela, Clary. No te queda más remedio, si quieres cenar.

Louise dijo:

—¿Piers te está ayudando?

—Bueno, está conmigo. Ayudar, lo que se dice ayudar, no mucho. Es la última persona que me llevaría a una isla desierta.

—Te equivocas. Soy muy buen conversador, y te sorprendería saber lo pronto que empezarías a echar de menos una buena conversación. — Apareció en las escaleras por detrás de Stella.

—Os presento a Archie —dijo Clary—. Piers. Y Stella.

Piers lo miró con una sonrisa cansada.

—Te lo advierto: en esta casa no hay nada de comer aparte de salvamanteles de corcho —dijo.

Clary había subido a recuperar el abrelatas. Archie miró a su alrededor en

busca de una silla. Le dolía la pierna. Louise dio unas palmaditas en el escalón.

—Ven aquí a sentarte, Archie.

—Ni hablar. No podría volver a levantarme. Pasaría a formar parte del mobiliario. Cuando vendieras la casa, yo iría incluido en el lote.

—Tú bebé está llorando —observó Piers, asomándose por la barandilla y acariciándole el pelo a Louise.

—Le están saliendo los dientes, dice Mary. Será mejor que vaya a ver qué está haciendo con él.

—Amor de madre. Es increíble. Si tuviese que elegir lo que menos me gusta entre todas las cosas que hay en esta casa, me costaría mucho decidirme entre Sebastian y esa figurilla tan espantosa de los monos de piedra pómez.

—Era de la abuela de Louise —dijo Stella.

Archie había encontrado una silla sobre la que había unos seis abrigos amontonados. Los dejó en el suelo y se sentó. El piano había parado.

Clary reapareció con el abrelatas y se lo dio a Stella, que dijo:

—¿De veras no queda más que una lata de carne?

—Eso creo, porque con la otra hicimos sándwiches para llevar a Hampstead Heath. Ayer nos fuimos de pícnic —le contó a Archie— y estuvimos en Vale of Health. Es una especie de aldeíta muy mona con la que te topas de repente. Piers conoce a un pintor que vive allí, pero había salido.

—De todos modos, lo pasamos de miedo —dijo Piers—. Fuimos todo el camino cantando. Algo así como un recitativo de Handel con comentarios de carácter muy personal sobre los paseantes.

—Acompañados de unos coros estupendos. Eso sí, nadie se dio por aludido.

—¿Era eso lo que pretendíais? —preguntó Archie.

—Bueno, habría tenido gracia que hubiesen puesto cara de asombro, de escándalo, ya sabes.

Louise volvió con el bebé en brazos.

—Mary quiere cenar ya, así que le he dicho que me lo quedaba yo un rato.

—Venga, vamos a la sala de estar —dijo Piers—. Las escaleras no están hechas para conversaciones de más de dos personas.

—¿Quién va a terminar de hacer la cena? —preguntó Clary—. Louise, en serio, deberías encargarte tú; a ti es a la que mejor se le da.

—No se me da mejor que a Stella; aprendimos exactamente las mismas cosas. Y, además, tengo a Sebastian. Yo ya he pelado las patatas.

—Vale —dijo Stella—. Clary y yo haremos el resto. Tú nada más recuérdame qué era lo que había que hacer.

—Frías la cebolla, espachurras las patatas y después añades la carne.

—¿Habrá para los siete con una lata? Parece un poco miserable.

—Yo he traído un bote de melocotones —dijo Piers—. Desde la soleada Bletchley hasta aquí.

—No, si no lo dudo. Pero me dirás qué pintan en un estofado de carne. Los tomaremos de postre.

—Polly ha hecho su postre de leche evaporada.

—¡Dios mío, suena repugnante!

—Para nada. Es una especie de batido. Jamás dirías que es de leche en conserva.

En la sala de estar no había nadie más que un joven sentado al piano. Al entrar ellos se puso en pie, y Archie vio que llevaba el uniforme de la RAF.

—Te presento al cabo primero Rose —dijo Louise—. Archie Lestrangle, y a Piers ya le conoces, claro.

El bebé, que había estado mirando a Archie con una expresión intensa e imperturbable que empezaba a desorientarlo, de repente se agitó y rompió a llorar.

—Pásamelo —dijo Peter tendiendo los brazos, a la vez que una tierna sonrisa transformaba su tosco y demacrado rostro.

Volvió al piano con el bebé, se lo acopló entre los brazos y empezó a tocar «Baa Baa Black Sheep». Sebastian dejó de llorar.

—Anda, Peter, toca las variaciones —le dijo Louise desde la otra punta de la habitación.

Archie se sentó en el sofá, pequeño y duro, y se preguntó si pensaban ofrecerle un trago. Clary se había retirado a la cocina con Stella, y Piers estaba bajando con Louise al jardín por las escaleritas que salían desde el ventanal.

Entonces apareció Polly, con su pelo cobrizo recién lavado y brillante.

Llevaba la falda oscura plisada y un jersey suelto azul genciana que hacía que sus ojos parecieran del mismo color.

—Perdona que haya tardado tanto en bajar. He tenido que esperar a que Sebastian se bañase, y después el agua ha tardado en calentarse. Ya veo que no te han puesto nada de beber. Voy a ver qué hay y te lo digo.

Pasó por la puerta de dos hojas que daba al comedor.

—Queda un poco de ginebra, pero no parece que haya nada que echarle.

—Me basta con agua.

Volvió con un vaso para cepillos de dientes y la botella de ginebra.

—Sírvelo tú; voy a por agua.

A la vuelta, se sentó grácilmente en el suelo a pocos metros de él.

—¿Soy el único que bebe?

—Esta noche, sí. A ninguno nos vuelve locos, y la botella se acabó hace un par de noches en una fiesta que dio Louise. Es que en la tienda solo nos dan una botella al mes, ¿sabes?

Le dedicó una de sus fugaces sonrisitas de cortesía y después se quedó mirándose las manos, que tenía entrelazadas sobre las rodillas.

—¿Qué tal en la escuela de bellas artes? —preguntó Archie.

—¡Ah! La escuela de bellas artes, sí. Bien. Muy interesante. Viene gente de lo más curiosa para hacer de modelo en las clases de dibujo al natural, aunque, claro, a mí dibujar se me da fatal.

—Todavía es un poco pronto para saberlo, ¿no crees?

—Puede —respondió educadamente.

La música se interrumpió porque el bebé se había echado a llorar de nuevo. Peter se levantó del piano y se puso a dar vueltas con el niño en brazos.

—Mozart no le hace mucha gracia; prefiere la cancioncilla.

—Le están saliendo los dientes —dijo Louise mientras volvía del jardín. Piers la llevaba cogida de la mano—. Voy a subírselo a Mary.

Pasó un buen rato hasta que estuvo lista la cena, que se sirvió en la cocina misma, en el sótano. Cuando terminaron, Peter dijo que tenía que ir pensando en volver a Uxbridge, y Archie, que había decidido coger un taxi a la vuelta, se ofreció a acercarlo hasta la estación. Le habían dado un permiso de cuarenta y ocho horas, dijo Peter, y, aunque Louise le había dicho que podía

pasar allí la noche siempre que quisiera, solo se quedaba cuando libraba Stella, porque a sus padres les gustaba que fuese a casa.

—No les contamos nada de estas veladas, pero, como no los conoces, no pasa nada. Pondrían el grito en el cielo si se enterasen.

—De todos modos, no se lo diría.

La cara pálida y ojerosa se suavizó, igual que cuando había cogido a Sebastian.

—Lo siento, no quería decir eso. Es que sería un desastre que se enterasen, nada más.

Tenía manchas negras alrededor de los ojos, como moratones, y el uniforme parecía un disfraz.

—Louise es maravillosa —dijo después de un silencio—. ¡Ha creado un ambiente tan agradable y relajado! Y me deja ensayar a mi antojo cada vez que voy.

—Estás en la orquesta de la RAF, ¿no?

—Sé que parece una suerte increíble, pero tiene sus inconvenientes. Por lo visto no consideran que sea necesario ensayar. Me paso la vida de la ceca a la meca; llego a cualquier sitio y toco algo que ni he preparado y casi ni he ensayado en un piano por lo general horroroso al que no he podido ni acercarme antes del concierto.

—Supongo que en las guerras no hay más remedio que elegir entre pasar miedo o aburrirse —dijo Archie.

—¿Tú qué has elegido?

—Bueno, después de una temporadita pasando miedo, me han relegado al aburrimiento.

Una vez que hubo dejado a Peter en Uxbridge, se puso a pensar en esas alternativas. Su trabajo, sin duda, entraba en la categoría del aburrimiento. ¡A saber cuántas horas, días y semanas se le habrían ido a estas alturas en reuniones de personal, en la lectura de centenares de informes de acción y del incesante caudal de circulares que le dejaban en la bandeja de entrada de su despacho cada pocos minutos, un día tras otro! En realidad, no era más que una especie de oficinista con ínfulas. Resumía información para sus superiores, tomaba millones de decisiones insignificantes acerca del material que había que seleccionar para remitirlo al departamento correspondiente y a veces tenía que convencer a colegas a los que se les había metido algo entre

ceja y ceja para que cambiasen de idea. Después de que una explosión hiciese añicos la ventana de su despacho, la habían reconstruido, pero mucho más pequeña y, además, no se podía abrir. Tenía la sensación de que llevaba años respirando el mismo aire. Aun así, bien mirado tenía suerte —de estar vivo, de tener una ocupación que se suponía que era útil—. No sufría el tipo de angustia con la que tenía que apechugar Louise —la de que pudieran matar a su marido—. No había tenido que pasar la primera juventud como las otras chicas. Polly tenía un empleo en el Ministerio de Información, y Clary, contra todo pronóstico, trabajaba de secretaria para un obispo muy joven («No me ha preguntado si creo en Dios, así que yo no saco el tema», le había dicho). Pero era evidente que en aquella casa se lo estaban pasando en grande. Tenían un gramófono que no paraba de sonar, y el piano, y salían al cine y de excursión, como la de Hampstead Heath. A pesar de los comistrajos —que encima eran poco abundantes, por lo que había comprobado— y de que la bebida brillaba por su ausencia, estaban todo el rato bromeando, y Louise daba fiestas. «¿Quién suele venir?», le había preguntado. «Bueno, a veces invitamos a gente que nos encontramos en el metro, y los amigos de Michael de la Armada vienen cuando están de permiso y se traen a sus amigos. No sé, un montón de gente», había respondido Clary con tono desenfadado. Al principio tenían una cocinera, una tal señora Weatherby que les había buscado Villy en Sussex, pero, en vista de sus horarios, del desorden y del ruido, no había tardado en marcharse. «Lo pasamos mucho mejor sin ella, y además necesitábamos su cama para cuando viene alguien a dormir». En general, pensó, había sido buena idea que las chicas se hubiesen ido a vivir con Louise, en parte porque ya era hora de que fueran más independientes, y en parte porque se daba cuenta de que ya no tenían una relación tan estrecha como antes. Hacía tiempo que lo venía notando: ya no parecía acertado invitar a las dos juntas a cenar o al cine. Clary se lo había dicho sin rodeos: «La verdad es que preferiría que fuéramos tú y yo solos. Además, Polly tiene miles de moscones a su alrededor. Podría salir todas las noches si quisiera. Otra desventaja de trabajar con el Obispo: está casado, y no me lo imagino llevándome a nada que no sea una fiesta parroquial».

—¿Estás celosa de Polly? —le había preguntado una tarde.

—¿Yo? ¿Celosa? Santo cielo, no. No soportaría a esos pelmazos que andan babeando por ella. Todos, hombres trajeadísimos y más viejos que

Matusalén, muchísimo más viejos que tú —se apresuró a añadir—, que trabajan en su mismo edificio, y también un montón de amigos del marido de Louise, todos caen rendidos a sus pies. Es por su aspecto. La gente se le queda mirando en el metro, y una vez que Michael estaba de permiso fuimos con él y con Louise al Arts Theatre ¡y un hombre llegó a mandar una nota a nuestra mesa! Es imposible que tuviese la más mínima idea de cómo es realmente Polly, ¿no te parece? Solo la había visto desde la otra punta. Como tampoco —dijo, después de pensárselo— podría decir nadie cómo soy yo si me viera desde la otra punta de una habitación. O cómo eres tú, Archie.

Mientras hablaba lo había mirado con aire desafiante, pero Archie no quiso llevarle la contraria. Después de aquello empezó a invitarlas por separado, aunque no le pasó desapercibido que, cada vez que iba a Home Place a pasar el fin de semana, ellas dos también iban. En estas ocasiones, Clary tendía a mostrarse posesiva haciendo todo tipo de alharacas, y Polly se retraía. Pero había siempre tanto ajeteo que ninguna de las dos conseguía acapararlo. Se había convertido en un miembro más de la familia, y como tal le hacían partícipe de sus pequeñas confidencias quejosas. Villy no veía con buenos ojos la frecuencia con que iba Zoë a Londres para quedar con una antigua amiga del colegio que acababa de volver; a Ellen, que ya tenía sus años, esto le suponía un sobreesfuerzo, y encima Wills le daba mucho trabajo. A la pobre Rachel se la rifaban entre la vieja tía Dolly y el Brigada, cada uno con sus exigencias; la una había perdido la memoria, y el otro la vista, y ninguno era capaz de entender por qué no podía dedicarle el día entero excluyendo al otro. Lydia se quejaba de que no la mandasen a un colegio de verdad como a Neville, de que la tratasen como a una niña.

—Al fin y al cabo, tengo trece años, y parece que no se dan cuenta de que cuando me dicen que me vaya a la cama me toca irme sola. La pelma de mi prima Judy, que va a un colegio de verdad, está aprendiendo baile, arte y yo qué sé qué más, y no hace más que hablar del espíritu de equipo... ¡y yo ni siquiera sé qué es! Podrías decirles algo, Archie; a ti te hacen caso. No quiero ir al mismo colegio que Judy, pero me vale cualquier otro.

Una vez, cuando acababa de jugar una enconada partida de memorama con todas las chicas, Lydia había preguntado de repente:

—Archie, cuando acabe la guerra ¿piensas volver a vivir en tu casa de Francia?

—No lo sé. Puede que sí.

—Porque, si te vas, se me ha ocurrido que podría irme contigo. Aunque me gustaría saber qué planes tienes, porque si no vas a ir ni me molesto en seguir con el francés. Por ahora, está resultando ser una pesadez de idioma con el que solo puedo expresar cosas como las que escribe la gente en las postales.

Las otras dos la pusieron a caer de un burro.

—¡De veras, Lydia, eres de lo que no hay! ¡No puedes imponer tu presencia así por las buenas! —dijo Clary.

—Lo mismo no quiere que vaya nadie, ¡pero lo que es seguro es que no querrá que vaya una chiquilla! —comentó Polly.

—Y, si quisiera, sería cosa suya decírtelo, no tuya —le recriminó Clary.

—Además, puede que ni siquiera vuelva a Francia —dijo Polly.

—Y, en cualquier caso, está claro que no iba a querer ir con una persona a la que le saca tantos años —opinó Clary.

—¡Dejad de meteros conmigo! ¿Cuántos años tienes, Archie? Te conocemos tanto que creo que debería saberlo.

—Este año hago treinta y nueve.

—Vamos, que te saca veintiséis años, conque ya ves que no hay nada que hacer.

—¿Nada que hacer de qué? ¡No estaba pensando en casarme con él! Solo quiero ser una aventurera, como en *Bulldog Drummond*. Simplemente viviría con él, y él me compraría vestidos y extraños perfumes exóticos, y yo daría fiestas...

—¡Venga, dejad ya de hablar de mí como si no estuviera! —se quejó Archie con una exagerada cara de espanto que esperaba que quitase hierro a la situación. No lo consiguió.

—¿Cómo va a querer que lo acompañe alguien tan maleducado y con tan poco tacto como tú? —replicó Clary—. Ahora bien, Archie, si quieres a alguien, no sé, para charlar por las tardes, yo no tendría ningún inconveniente en ir y quedarme contigo.

Hubo una pausa.

—¿Y tú qué dices, Poll?

—No sé. —Se encogió de hombros—. No tengo ni idea, la verdad. Ni



siquiera ha terminado la guerra aún. Me parece absurdo hablar de... yo qué sé, de cualquier cosa... hasta que termine.

—Churchill dijo que se acerca la hora del mayor esfuerzo —comentó Clary—. Puede que esté a punto de acabar.

—Solo en Europa —puntualizó Polly—. Pero todavía faltan los japoneses.

Estaba tan pálida que Archie adivinó que antes se había ruborizado. Polly vio que la miraba y se puso a coger las cartas del suelo.

Entonces Clary le pasó un brazo por el hombro y dijo:

—Tú tranquila, Poll. Los japoneses no van a invadirnos nunca, eso seguro.

Pero Polly se limitó a responder con voz aflautada y de pocos amigos:

—Eso ya lo sé. Lo sé de sobra.

Y Archie vio que Clary se lo tomaba como un desplante, y de repente tuvo ganas de abrazarla.

Aquella noche, mientras aguardaba en la cama a que le venciese el sueño, su casa de Francia le vino a la cabeza con claridad meridiana. Se había marchado tan deprisa aquella mañana (un amigo del dueño del café que iba a llevar un cargamento de melocotones a París se había ofrecido a llevarlo al norte, y el instinto le había aconsejado que aprovecharse la oportunidad al vuelo) que no le había dado tiempo más que a meter ropa en una bolsa; hasta había dejado la cama deshecha, cacharros en la pila y pinceles sin limpiar, incluso puede que siguieran allí, amazacotados, tiesos e inservibles, dentro del tarro de mermelada en el que a estas alturas ya no quedaría ni gota de aguarrás. Echó un último vistazo a la cocina, con aquellas ventanas encastradas en gruesos muros que se abrían sobre olivos y albaricoqueros y, justo debajo, sobre la veranda emparrada del café. Los geranios y la albahaca que había dejado en el alféizar no habrían tardado en morir por falta de riego. Hasta se había dejado el libro que estaba leyendo (o, mejor dicho, intentando leer; era un novelón americano —¿cómo se llamaba?—, *El caballero Adverse*) abierto sobre la mesa de madera de peral en la que algún bribonzuelo de otra época, seguramente, había grabado sus iniciales. Había pasado por la amplia puerta que él mismo había ensanchado para unir la cocina con el cuarto grande en el que trabajaba. Daba al norte, al valle que en aquel momento había estado bañado por una luz cálida y dorada. No era

exactamente una casa; se reducía a dos pequeños dormitorios y a la ducha que había instalado en el piso de arriba, además de una empinada escalera que llevaba hasta la puerta que se abría sobre la calle de la aldea. Esta entrada independiente, empero, hacía que pareciera una casa, y le gustaban los sonidos y los aromas que llegaban del café al que solía bajar a comer. Allí se sentía menos solo y, al cabo de diez años más o menos, los lugareños habían terminado considerándolo un forastero de fiar y aceptándolo. Se había dejado la llave en el café, y quizá la vieja señora que iba a limpiar se habría llevado sus plantas, aunque seguro que los pinceles ni los habría tocado. Qué cosas. Echaba de menos todo aquello; comprendió que sentía una inmensa nostalgia, pero, a la vez, se notaba más débil para hacer frente a la soledad. Le costaría mucho, aunque por motivos muy distintos a cuando fue allí por primera vez. En aquella ocasión había ido para olvidar a Rachel; ella era todo lo que deseaba; si no podía estar con ella, era capaz de resistir completamente solo. En cambio, si volviese ahora, lo haría sin tener que renunciar a nada, pero abandonaría a esta familia que lo había acogido y que había pasado a formar parte de su vida. Aquel verano iba a ser el comienzo del fin de la guerra —el desembarco aliado en Europa era inevitable—. Y, una vez liberada Francia, se despejarían todas las dudas sobre la suerte de Rupert. Todavía era posible, aunque muy improbable, que siguiera vivo, pero en caso de que no lo estuviera tendría que encargarse él de Clary. Podría llevársela a Francia para ayudarla a superar su pérdida, al igual que, años atrás, había ayudado a Rupert cuando murió la madre de Clary. Había una especie de simetría en esto. Era lo menos que podía hacer por Rupert, se dijo para justificarse; y después, tumbado en la cama en medio de la oscuridad, le asomó una sonrisa a los labios.

# CLARY

**Mayo-junio de 1944**

*Es fin de semana, y no me voy a casa porque acabo de incorporarme a la vigilancia antiaérea y tengo que ir a un cursillo que suelen dar los fines de semana para que pueda ir la gente que trabaja. Últimamente no han caído bombas, pero por lo que veo nadie duda de que caerán, sobre todo cuando empiece el desembarco aliado, que puede ser en cualquier momento. Louise se ha ido a Hatton porque Michael está de permiso y no le gusta pasarlo en Londres. Se ha llevado al bebé y a Mary, pero Mary no tardará en marcharse porque se va a casar. Todos estamos cruzando los dedos para que Louise consiga otra niñera, porque la vez que Mary se fue de vacaciones la casa estaba manga por hombro, Louise se pasaba el día lavando pañales y esterilizando biberones, y Sebastian no paraba de llorar. Le estaban saliendo los dientes y tenía la cara llena de manchurrónes color tomate. Por lo demás, se parece mucho al señor Churchill, que por lo visto dijo una vez que todos los bebés se le parecen; así que ya ves, el símil no se me ha ocurrido a mí. En fin, el caso es que es sábado por la mañana, y la casa está muy silenciosa porque Polly sigue durmiendo. Últimamente le ha dado por levantarse cada vez más tarde los fines de semana. Así que estoy sentada en los escalones que bajan al patio de atrás bebiendo un té marrón medio frío y escribiéndote el diario. Lo malo, papá, es que cuando vuelvas será tan largo que tardarás una eternidad en leerlo y seguro que te aburres; y, si así fuera, no te lo echaría en cara, aunque me dolería. No te he hablado de mi trabajo, ¡mi primer empleo! En realidad, es un poco decepcionante: trabajo para un obispo que se llama Peter. Se supone que es joven para ser obispo, pero eso no significa que sea jovencísimo. Está casado con una mujer retaquita —*

mejor dicho, rechoncha— que lleva moño, y que a pesar de que siempre está sonriendo no parece muy contenta. Viven en un caserón oscuro lleno de muebles que por lo que veo no utilizan, y siempre huele a guisos y ropa del año de Maricastaña. No para de venir gente y la señora Obispa sirve té para todos, a veces con galletitas pero normalmente sin ellas. Después, como la señora se ha quedado sin teteras, las mesas se quedan llenas de bandejas y tazas hasta que voy yo y las recojo. El jardín está lleno de cardos y arroyuela, y las plantas de hoja perenne están que da pena verlas. No tienen tiempo para el jardín, dicen. Yo trabajo en un extremo de la mesa del comedor; bueno, ahí es donde paso las cartas a máquina, pero el Obispo me las dicta en su estudio. Me siento en una butaca dura que parece como si estuviera tapizada con musgo mientras él va y viene por el cuarto contando chistes malísimos que se me cuelan sin querer en las cartas. Sus chistes favoritos son los trastrueques verbales; ya sabes, tipo «¿Usted no nada nada? Es que no traje traje» o «Yo lo coloco y ella loquita».

Tienen dos hijos, Leonard y Veronica, pero no he llegado a conocerlos porque nunca están. En fin, cada mañana llego allí a las nueve y media, y suelo salir a comer a una cafetería del barrio, donde pido un huevo frito con patatas o unas salchichas asquerosas que, a juzgar por su sabor, cualquiera diría que están hechas de algún animal que ha muerto en el zoo; después vuelvo, trabajo hasta las cinco, cojo la bici y me voy a casa. También tengo que coger el teléfono, que en vez de estar al lado de la máquina de escribir está en el vestíbulo. Aun así, al menos tengo trabajo y cobro 2 libras a la semana. Cada vez que el Obispo habla de alguno de sus conocidos, dice que es un santo, que es un tipo estupendo o que a pesar de estar un poco majara es interesantísimo, pero cuando vienen a verlo no me parece que sean ninguna de estas cosas, de manera que no estoy aprendiendo gran cosa sobre la naturaleza humana, lo cual es una lástima.

Esta casa tiene algo raro, y creo que sobre todo es porque no da la sensación de tener dueño. Al montón de muebles y cosas de lady Rydal, Louise añadió sus regalos de boda, y después Polly y yo nos trajimos unas cuantas cosas nuestras. Los fines de semana, cuando viene gente a quedarse, tienen que poner camas en el comedor, porque solo hay cinco dormitorios, y entre Louise, el bebé y la niñera ocupan dos. Poll y yo tenemos una buhardillita cada una en el último piso.

*El matrimonio no parece que haya cambiado mucho a Louise. Pero, claro, tampoco es que haga mucha vida de casada, teniendo en cuenta que Michael casi nunca está. Muchos de los hombres que vienen están un poco enamorados de ella, y para mí que eso le gusta.*

*Poll me preocupa bastante. Cada vez es más difícil hablar con ella. Sé que se aburre como una ostra con su trabajo, pero me da que hay algo más. Se siente culpable por haber dejado solo al tío Hugh en su casa, pero tampoco se trata solo de esto. Sospecho que está enamorada, pero se pone hecha un basilisco si tocas el tema, cosa que he intentado seis o siete veces y siempre con un tacto infinito. Va a una academia de bellas artes dos tardes a la semana, y me huelo que es alguien que ha conocido allí. Si no me lo cuenta, será porque esté casado y la relación esté condenada al fracaso. Antes Poll me hablaba de todo, y su silencio de ahora la enfada mucho más a ella que a mí... Vaya, han llamado a la puerta; supongo que será alguno de los devotos admiradores de Louise, pero de todos modos tengo que ir a abrir.*

*Me pongo a escribirte varios días después porque no era uno de los moscones de Louise; ¡era Neville! Llevaba el uniforme del colegio (ya te conté que era demasiado mayor para seguir en la escuela preparatoria y que lo mandaron a Tonbridge). Yo ya sabía que no le gustaba nada estar allí, así que, aunque dijo que solo había venido a desayunar, supe que se había escapado. Llevaba una maletita que vi que no era suya, pero pensé que lo mejor que podía hacer era darle de desayunar (se ha quedado bastante flacucho y últimamente parece que está muerto de hambre a todas horas, incluso nada más comer) y no le hice ningún comentario sobre la maleta. Bajó conmigo a la cocina, le hice tostadas y las untó de margarina y extracto de carne; luego se comió los restos de los macarrones gratinados que habíamos cenado Poll y yo la noche anterior y un poco de compota de manzana, y después vio una lata de sardinas que yo ni siquiera sabía que teníamos y dijo que también la quería. Mientras comía, hablaba sin parar de Laurel y Hardy y de las películas de los hermanos Marx. Pero al cabo de un rato se quedó sin nada que decir (¡Neville sin nada que decir!) y siguió bebiendo té en silencio. Después dijo: «¿Sabías que ya no se puede ir a Irlanda? Lo han prohibido. Menuda estupidez. No me enteré hasta que llegué a Londres». Me acordé de que ya una vez, cuando se escapó, había dicho que se iba a ir a vivir a Irlanda, así que ahora vi que había vuelto a escaparse. Se*

lo dije, y lo admitió. «¡Lo odio! ¡Es lo que más odio en el mundo! ¡Lo odio con todas mis fuerzas! Es de idiotas seguir en un lugar que odias tanto». Después, para mi sorpresa, me miró con una expresión encantadora y dijo: «Tú lo has pasado mal en la vida, así que pensé que lo entenderías. Por eso he venido aquí».

Pero si hubieras podido irte a Irlanda, pensé, te habrías ido sin pensártelo dos veces. Desplegó todos sus encantos, y te aseguro, papá, que tiene una capacidad inquietante para ser tremendamente encantador. Le dije:

—Imagínate que yo no hubiese estado aquí. ¿Qué habrías hecho entonces?

—Habría esperado —respondió—. En la maleta tengo caramelos, y un poco de avena de la que le da un chico del cole a su rata secreta. Le cogí un puñado.

—En casa seguro que no has dicho nada, claro.

—Hombre, claro. Me obligarían a volver. He venido aquí porque suponía que tú eras distinta. ¿O no será —y me miró entornando los ojos, aunque lo dijo con tono amable— que te has convertido en uno de «ellos»?

Me pareció una pregunta difícilísima. Y es que, por más vueltas que le daba, no se me ocurría qué iba a hacer Neville si no volvía al colegio. Por otro lado, la verdad es que no me parecía bien traicionarlo. Al final dije que no lo sabía, pero le prometí que no haría nada a sus espaldas.

—Pues entonces voy a estar dándote la espalda todo el rato —dijo.

Pero parecía aliviado, y fue entonces cuando me di cuenta de que en los últimos tiempos tiene una expresión recelosa, un poco como si lo estuvieran persiguiendo.

Entonces me acordé de Archie. Seguro que él sabría qué hacer. Al principio, Neville no quería que lo llamase, pero, cuando le garanticé que Archie no tendría un comportamiento rastrero, dijo que de acuerdo.

Archie vino en taxi. Mientras lo esperábamos, Neville estuvo pensando todo tipo de trabajos disparatados que podría hacer: taxista (dijo que Tonbridge le había enseñado a conducir pero que, claro, aún es demasiado joven), guarda del zoo (sabe mucho de serpientes, pero no creo que eso pueda servirle de nada), camarero en un restaurante o cobrador de autobús, que durante un tiempo no estaría mal, dijo. Vamos, empleos imposibles para

*un chico de... él dice que de catorce años, pero ni siquiera los ha cumplido todavía.*

*Cuando llegó Archie, me abrazó como siempre y me dio un beso, y luego hizo lo mismo con Neville, que dio una especie de respingo como los caballos cuando se asustan. Después frunció el ceño y vi que estaba muy disgustado y que se esforzaba por no llorar. Archie, que creo que no se dio cuenta, sacó un paquetito y me dijo que era café y que si hacía el favor de hacer un poco. Mientras lo estaba preparando, apareció Polly, que iba en bata y llevaba puestos los rulos. Al ver a Archie y a Neville se detuvo en el umbral y dijo que mejor subía a vestirse. Creo que no quería que Archie se fijase demasiado en ella con los rulos puestos. Pero Archie dijo que primero desayunase, que él lo que quería era hablar con Neville y para eso podían irse al piso de arriba. Neville dijo que no quería que le dijeran lo que tenía que hacer, a lo que Archie respondió: «No quiero decirte nada; solo quiero escucharte». Y se conoce que a Neville le pareció bien, porque se fueron al piso de arriba.*

*—¿Por qué no me has dicho que estaba aquí?*

*—No quería dejarlo solo. Se ha escapado.*

*—No me refiero a Neville; me refiero a Archie.*

*—Acaba de llegar ahora mismo. Le pedí que viniera porque no sé qué hacer.*

*Después le dije que me costaba mucho saber de parte de quién debía ponerme, y se mostró muy comprensiva y dijo que a ella le pasaría exactamente lo mismo.*

*—A mí me pasaba igual con Simon; ¡se le veía tan solo!*

*—Pues si crees que Simon estaba solo, ¿cómo crees que debe de sentirse Neville? No tiene a nadie. Papá no... no está aquí; con Zoë no se puede contar como madre, y a mí no creo que me tenga en cuenta.*

*Cuando acabé de hacer el café, cogió una taza y se la llevó para tomársela mientras se vestía. Preparé una bandeja para Archie y Neville y se la subí a la sala de estar, pero la puerta estaba cerrada. Tuve que dejar la bandeja en el suelo para abrir, y oí la voz de Archie, que preguntaba algo muy bajito; después se quedaron callados, y de repente, mientras me agachaba para coger la bandeja, Neville estalló en sollozos; jamás le había oído hacer un sonido tan triste. Archie me vio y me hizo un gesto para que*

*dejase la bandeja y cerrase la puerta al salir, cosa que hice.*

*Estuvieron mil horas ahí arriba. Volví a la cocina y fregué los cacharros, y después me puse a limpiar cosas que llevaban siglos sin limpiarse porque estaba muy nerviosa y no sabía qué hacer. No se me iba de la cabeza que Neville debía de ser muy infeliz, y me parecía que no había sido buena hermana..., sino demasiado egoísta, siempre pensando en mí misma, sin hacer ningún esfuerzo por ponerme en su pellejo. Lo que he descubierto, papá, es que este tipo de reflexiones son completamente estériles. Lo único que consigo diciéndome a mí misma lo mal que he hecho algo es sentirme fatal y que el algo en cuestión me parezca más difícil que nunca. Lo que tengo que hacer es intentar pensar qué otra cosa podría haber hecho, lo cual a veces significa, para empezar, imaginar que he hecho algo. En este caso, no he cuidado a Neville lo suficiente... En realidad, ni siquiera lo he querido demasiado. Antes lo odiaba en secreto porque le echaba la culpa de la muerte de tu mujer [aquí Clary tachó «mujer» y escribió «primera mujer»]. Al fin y al cabo, era mi madre, y a él no pudo afectarle ni la milésima parte que a mí porque no llegó a conocerla. Después supongo que acabé tolerándolo, y cuando te abandonaron en Francia (y tengo que decirte, papá, que si yo hubiese sido Pipette no te habría abandonado; confieso que me importa más una sola persona, y esa persona eres tú, que todo ese país entero) estaba tan preocupada por ti y te echaba tanto de menos que no pensaba en cómo lo estaría pasando Neville. Porque, al desaparecer tú, Neville se quedó solo; no tenía a ningún chico de su edad como tengo yo a Poll. Así que tengo un plan: a partir de ahora voy a quererlo. Como tú no estás aquí, voy a cumplirlo por lo menos hasta que vuelvas. Lo malo es que se está volviendo un excéntrico, y en mi experiencia los excéntricos solo caen bien cuando ya se han muerto o si se los mantiene a distancia. Son personas que a los demás les gusta que existan (como las jirafas y los gorilas), pero casi nadie quiere tener uno en casa, por así decirlo. («Nuestra preciosa casa»..., así la llamamos, sobre todo cuando está patas arriba porque nadie se encarga de las tareas domésticas y tampoco tenemos criadas). Así que, a partir de ahora, voy a cambiar de táctica con Neville.*

*En fin, el caso es que Archie estuvo formidable. Llamó al colegio para decir que el domingo por la tarde llevaría a Neville, y se conoce que les pareció bien. Ni siquiera se habían dado cuenta de que no estaba, así que no*



habían llamado a Home Place, menos mal. Dijo que nos invitaba a todos a comer y que podíamos ir al cine, pero que después se llevaría a Neville a dormir a su piso. Y dijo que ya me había dicho que en su opinión Neville no iba a un colegio adecuado para él, y que le iba a buscar uno mejor. Fuimos a ver dos películas de Laurel y Hardy, y Neville se rio tanto que la gente se daba la vuelta para mirarlo, y más tarde, mientras merendábamos en Lyons', imitó para Archie las voces de todos los personajes de It's That Man Again. Tuvo bastante gracia; mejor dicho, fue la monda —me recordó a ti, papá, cuando imitas a la gente—. Después tuvo que irse a vomitar; una lástima, la verdad, porque la merienda había costado un ojo de la cara. No me habría importado acompañarlo, pero no pude porque se fue al servicio de caballeros. Pero Archie sí que fue, y cuando volvieron Neville estaba muy pálido pero de buen humor y merendó otra vez, incluyendo alubias y tarta Battenberg (ya sabes, esa tarta tan horrorosa a cuadros de color crema y rosa). Después nos despedimos en Tottenham Court Road, y Polly y yo cogimos el 53, y Archie se llevó a Neville a su piso. Me dijo que me llamaría el domingo por la tarde. Y así fue. Me contó que Neville estaba sufriendo un terrible acoso en el colegio y que la gota que había colmado el vaso era que su amigo de la escuela preparatoria, que se había cambiado al mismo colegio que él, se había sumado a la banda de abusones. Dijo que había informado al colegio de que iba a sacar a Neville al final del trimestre; por lo visto conoce a alguien que conoce al director de un colegio buenísimo llamado Stowe, que en su opinión sería perfecto para Neville, y va a ir a hablar con ellos. Aunque no suelen admitir a nadie con tan poca antelación, al parecer el amigo de Archie creía que a lo mejor hacían una excepción en el caso de Neville. Archie ha quedado a comer con el tío Hugh para hablar de todo esto y que la familia le dé el visto bueno, pero como todos confían en él está convencido de que se lo van a dar. Le dije a Archie que me gustaría ayudar a Neville de alguna manera, y me dijo que le escribiera y que le invitase a pasar una temporada en casa por vacaciones. Me pregunto qué haríamos sin Archie. También se lo pregunté a Poll en el autobús de vuelta a casa, y dijo: «Pero tú, precisamente tú, no hace falta que te hagas esa pregunta, ¿no?». Justo en ese momento nos estábamos bajando del autobús y se me cayó el monedero; y, aunque me quedé pensando por qué habría dicho «tú» de aquella manera y se lo pregunté, me dijo que no lo había dicho de ninguna manera. Sí que lo había dicho, pero no quise discutir con ella.

6 de junio

*Esta mañana ha empezado el desembarco. ¡Ay, papá!, ojalá lleguen hasta ti, estés donde estés, y te liberen. Todo el mundo está emocionadísimo; hasta el Obispo deja la radio puesta para oír los boletines informativos. No se han acercado al último sitio en el que se supo que estabas, pero llegarán, papá, estoy segura. Los desembarcos son en Normandía, pero está claro que eso solo es el principio. Ha vuelto Louise, que está preocupadísima porque Michael participa en las operaciones; la noche anterior al desembarco se fue a una fiesta y no volvió en toda la noche. Dijo que no sabía que la fiesta no era en Londres y que había perdido la oportunidad de volver con alguien en coche y se había tenido que quedar a dormir. Esa noche, el señor Churchill dijo en el Parlamento que las cosas iban bien, pero Archie nos dijo que les está haciendo muy mal tiempo. Dijo que debió de ser horrible ir en las lanchas de asalto, que son bastante pequeñas, porque pasaron horas allí metidos antes de zarpar y debió de marearse un montón de gente. No me imagino nada peor que tener que irte a la orilla a luchar estando mareado. (En realidad, no me lo he imaginado yo, sino que lo hizo Archie por mí). Michael está en una fragata. La noche anterior sospechamos que algo pasaba, porque no paramos de oír aviones. ¡Ay, papá!, estés donde estés, espero que sepas lo que está pasando, porque así seguro que te animas.*

Después, estuvo mucho tiempo sin escribir el diario. Tan segura había estado de que una vez que los Aliados entrasen en Francia liberarían a su padre que, al ver que no pasaba nada por el estilo, simplemente no soportaba la idea de escribir. Seguía habiendo un silencio total; ni una noticia de su padre. Aquel verano empezaron a flaquearle las fuerzas, y tener que enfrentarse a la posibilidad de que quizá llevase todos esos años muerto hizo que escribirle le pareciera inútil y macabro. No se lo dijo a nadie, ni siquiera a Polly. Cada mañana se despertaba con esperanza, una esperanza que a lo largo del día iba menguando hasta que, al caer la tarde, tenía la insoportable certeza de que jamás volvería. Por la noche, a solas, se preparaba para acostumbrarse a la idea de que estaba muerto y lloraba por él. Y luego, por la mañana, se despertaba y se decía que era absurdo y que estaba mal pensar

semejante cosa, y se imaginaba que aparecía de repente. A veces deseaba hablar con alguien, con Poll, por ejemplo, o con Archie, pero le aterrorizaba que —con dulzura, con cariño— le confirmasen su mayor miedo, y, como poco a poco había terminado por comprender que ella era la única persona que creía que seguía vivo, expresar sus dudas a otros se le antojaba una especie de traición.

Aquel verano se quedó sin empleo. El motivo era perfectamente razonable: la prima de la mujer del Obispo se había quedado viuda el primer día del desembarco y querían que se fuera a vivir con ellos. El Obispo pensaba que el trabajo de secretaria la ayudaría a tener las manos ocupadas. No le importó lo más mínimo. Mantuvo su promesa de escribir a Neville.

Los misiles V1 empezaron a caer poco después del desembarco. La primera vez que vio uno estaba en el jardín de atrás con Polly, quitando de mala gana los hierbajos. Acababa de sonar la alarma cuando oyeron a lo lejos los estallidos de la artillería antiaérea, que sonaban como botellas descorchándose. Entonces vieron algo que parecía un avión minúsculo volando a velocidad de vértigo, y, cosa rara, iba completamente solo.

—Está incendiándose —dijo Polly al ver que salían llamas por la cola—. No puede ser un bombardero, es demasiado pequeño.

Había algo extraño, algo que no era humano, en la constancia de la trayectoria. Pasó de largo hasta que desapareció de su vista, y el ruido de los motores se fue debilitando hasta que dejaron de oírlo. Pero a los pocos instantes se oyó una explosión.

—Debía de llevar por lo menos una bomba —dijo Polly.

Los días siguientes vinieron muchos aviones más que no llevaban piloto, «bombas volantes» los llamaban, y todo el mundo acabó acostumbrándose a su pequeño rugido mecánico y temiendo el momento en que se parase el motor, porque significaba que estaban a punto de estrellarse con su carga de explosivos.

*Querido Neville [escribió]:*

*Supongo que habrás visto los V1 sobrevolando tu colegio. Como voluntaria de protección antiaérea que soy, me encargo de que todo el mundo se vaya a los refugios cuando suena la alarma, lo cual significa que*

tengo que ir contando a la gente y, si hay menos de la que debería haber, preguntar a los que están quiénes creen que faltan. Si alguien lo sabe, me toca ir a la casa o al piso de los ausentes y traerlos. Los ancianos están mucho más dispuestos que los jóvenes a ir a los refugios. Lo lógico sería lo contrario, ¿no te parece? El puesto de los vigilantes está en una habitación de un sótano de Abbey Road (la calle por la que pasa el autobús). Hace un calor asfixiante, por el oscurecimiento y porque las ventanas no se abren nunca; huele a coque, y bebemos té mientras esperamos a que empiecen los ataques. Cuando estamos de servicio llevamos pantalón y chaqueta azul marino muy rasposos y un casco de acero con un elástico que se sujeta por debajo de la barbilla. A veces nos dan charlas. En otoño dieron una en la que nos preguntaron si nos habíamos fijado en que habían pintado la parte de arriba de los buzones de color verde lima; por supuesto, nos habíamos fijado. Pues por lo visto era porque que los alemanes iban a usar un gas nuevo, un gas terrible, y nos dijeron que sabríamos cuándo lo habían echado porque los buzones cambiarían de color. Todos escuchamos sin decir palabra, y, cuando el que daba la charla se calló, levanté la mano y pregunté qué se suponía que teníamos que hacer cuando nos enterásemos de que habían echado el gas, a lo cual el hombre, bastante malhumorado, dijo que no había nada que hacer, que era letal y que las máscaras de gas no nos servirían de nada. A Polly no se lo he contado porque le tiene especial terror al gas, pero sé que puedo fiarme de ti y que no le vas a decir nada. Polly está pensando en ofrecerse voluntaria para protección antiaérea, y eso que intento disuadirla. Louise ha llevado al bebé a Home Place por miedo a los V1. Desde que dejé de trabajar para el Obispo, no hago casi nada. Eso sí, pasé a máquina una obra de teatro de un amigo de Louise; no me pareció gran cosa, pero se supone que las mecanógrafas no deben tener opiniones sobre lo que pasan a máquina. Esto de ser vigilante me lleva más tiempo ahora. Hemos empezado a dormir en el sótano, en colchones que hemos colocado en filas; es muy divertido, menos por las tijeretas que salen por la noche. Voy a llevarte a ver montones de pelis cuando vengas a casa en vacaciones. Además, los domingos solemos ir de pícnic a Hampstead Heath o a Richmond Park y lo pasamos muy bien. A veces nos acompaña Archie. Dice que lo de tu colegio nuevo ya está resuelto y que te va a llevar a verlo. Me gustaría acompañaros, pero si prefieres que no vaya no le diré nada. Louise conoce a un antiguo alumno de Stowe que dice que es un lugar

*civilizado y mucho más agradable que la mayoría de los colegios, y, en cualquier caso, estoy segura de que Archie sabe mucho mejor que nuestra familia si un colegio es soportable o no. Tengo que admitir que no parece que nuestra familia se fije en estas cosas. A menudo me pregunto si papá y los tíos lo pasarían tan mal que simplemente piensan que todo el mundo lo pasa mal y que no hay más que hablar. Archie es más moderno. Esta es una de las cosas buenas que tiene. Suena otra alarma; tengo que parar. Por favor, escíbeme. No sé si tu idea de abrir una tienda de venta de serpientes después de la guerra tiene muchas posibilidades de éxito, porque hay mucha gente a la que no le hacen tanta gracia como a ti. [Pensó que no quería desanimarle, así que añadió]: Pero puede que la gente que ha estado en el Ejército en tierras extranjeras las vea de otra manera y que incluso las eche de menos, así que lo mismo tienes razón.*

Entonces, un buen día, Archie llamó y la invitó a cenar a su casa. Llevaba varias semanas sin verlo porque se había ausentado de Londres por motivos de trabajo.

—¿Yo sola, quieres decir, o Poll y yo?

—Creo que será mejor que en esta ocasión vengas tú sola. Además, la semana pasada cené con Poll.

—¿Ah, sí? Pues no me ha dicho nada.

Cuando Polly volvió de trabajar, Clary le pidió que le prestase una camisa.

—Vale, pero, en serio, Clary, deberías intentar que no se te ensucien tanto las camisas.

—No es eso. La mayoría han llegado a un punto en el que por mucho que las lave, no parecen limpias, así que siempre llevo la misma.

—Bueno, te dejo la de cuadros azules y verdes.

—¿No me dejarías la de color crema? Voy a tener que ponerme el vestido de lino sin mangas; es la única cosa presentable y fresquita que tengo.

—¿Adónde vas? —preguntó Polly, pensándose lo.

—A casa de Archie. Me ha invitado a cenar.

—Qué calladito te lo tenías.

—Si es que ha llamado hace nada, después de comer. Además, la semana

pasada cenaste tú con él y no me dijiste ni pío. —Y luego, mientras subía detrás de Polly a los dormitorios, dijo—: Te la devolveré lavada y planchada.

—Planchas de pena; tendría que volver a hacerlo yo. Santo cielo, menudo calor hace aquí arriba.

Era un horno. La ola de calor azotaba desde comienzos de la semana. Al principio todo el mundo decía que qué maravilla que hiciera tan bueno, pero, después de varios días, cosas como esperar al autobús a pleno sol, trabajar en oficinas sofocantes, que la leche se cortase e incluso que el agua no saliera fresca del grifo empezaron a soliviantar los ánimos. Los cobradores de los autobuses respondían de mala manera, la gente se tostaba al sol cuando salía al parque a comerse el bocadillo del almuerzo sobre la hierba quemada, los taxistas insultaban a los peatones, los *pubs* se quedaban sin bloques de hielo y las bebidas estaban tibias, y desde lo alto, desde un cielo plomizo y asfixiante, montones de avioncitos robotizados sembraban el pánico con su imparcial reparto de muerte y destrucción. A veces, instantes antes de que los motores se parasen, se sudaba no solo de calor sino también de miedo.

—Menos mal que no tenemos que dormir aquí arriba —dijo Clary.

Intentaba que a Polly se le pasase el mal genio por lo de la camisa. Pero fue inútil.

—Si lo malo es que vas a sudar y la camisa ya nunca va a volver a quedarse como antes.

—Sí, supongo que sí —se lamentó Clary.

—¿Y no podrías llevar el vestido sin nada debajo? Más fresquita irías.

—¿Me lo pruebo y me das tu opinión?

—Pero tienes que depilarte las axilas —dijo Polly después de que Clary desfilase ante ella—. Por lo demás, te queda perfecto.

De manera que le pidió prestada la cuchilla a Polly, se calzó sus mejores sandalias, se cepilló las uñas —últimamente parecía que se las mordía un poco menos— y salió con rumbo a South Kensington, para lo cual tuvo que hacer transbordo en Baker Street. Cuando llegó al piso de Archie desde la estación de South Kensington, sabía que tenía la cara como un tomate, lo cual, reflexionó con tristeza mientras esperaba a que le abriese la puerta, quedaba fatal con el color teja del vestido.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Archie al abrir.

Y Clary se sonrojó de satisfacción; por suerte, tenía tanto calor que sabía

que no se le notaría.

Archie había sacado un par de sillas al balconcito que daba al jardín cuadrado y le trajo una ginebra con lima. A decir verdad, a Clary no le gustaba, pero era la bebida de moda.

—Bueno, a ver —dijo Archie—, cuéntame las novedades. ¿Te ha salido otro trabajo?

—No. Le pasé una cosa a máquina a un amigo de Louise. Una obra de teatro bastante mala, aunque, por supuesto, no se lo dije.

—Seguro que tú podrías hacerlo mejor, ¿a que sí? ¿Por qué no lo haces?

—¿Yo? ¿Escribir una obra de teatro?

—Bueno, ¿qué estás escribiendo ahora?

—Nada.

—Vaya.

—Estaba escribiendo algo, pero he parado. ¿Tú qué piensas del socialismo? —dijo, en parte para cambiar de tema y en parte porque era una pregunta que tenía pensado hacerle.

—Creo que cuando termine la guerra se va a extender con creces.

—¿Ah, sí?

—Se ve venir. La guerra tiene un efecto nivelador, ¿sabes? Cuando prácticamente todo el mundo ha estado en peligro de muerte, no es muy probable que nadie vuelva de buena gana a un sistema de clases en el que la vida de unas personas vale más que la de otras.

—Pero no es así, ¿verdad que no? Quiero decir que no puede ser que valga más la vida de unas que la de otras. ¿Tú crees que después de la guerra se tomará más en serio a las mujeres?

—No tengo ni idea. ¿Ahora no se las toma en serio?

—Pues claro que no. Si te fijas, a las mujeres les endilgan los trabajos más soporíferos, y no creo que ni siquiera cobren lo mismo que los hombres (si los hombres hicieran esos trabajos, claro).

—¿Te vas a hacer feminista, Clary?

—Puede. El socialismo lo que pretende es que las cosas sean más justas, y yo estoy a favor de eso.

—La vida no es justa.

—Sé que no lo es... en algunos aspectos. Pero no por eso vamos a dejar

de intentar que sea más justa en los aspectos que están a nuestro alcance. Sí, creo que lo voy a ser.

—¿Socialista o feminista?

—Podría ser ambas cosas perfectamente. Querer que las cosas sean más justas para las mujeres forma parte de querer que las cosas sean más justas para todo el mundo, ¿no te parece? Archie, ¿me estás dando la razón o simplemente te estás riendo de mí?

—Tengo la incómoda sensación de que te estoy dando la razón. Por supuesto, preferiría mil veces reírme. Ya me conoces.

Clary lo miró. Estaba sentado en la otra punta del balcón, con las piernas rígidamente estiradas cuan largas eran; los brazos, también largos y con la camisa remangada, los tenía cruzados, y la miraba con su habitual expresión de regodeo contenido. Pero, además, en sus ojos había una mirada inteligente, como si la estuviera viendo de verdad, sin criticar ni juzgarla.

—En realidad, no —dijo Clary—. Ahora que caigo, me asombra lo poco que te conozco.

—Lo malo —continuó mucho después, mientras comían salmón en conserva y una ensalada que había preparado Archie— es que me temo que te he dado por supuesto. Creo que le pasa a toda la familia. Es decir, fíjate en cómo has solucionado el problema de Neville. No sé quién más habría podido hacerlo. El tío Edward se habría limitado a decir que todos los colegios son un horror y que no le quedaba otra que aguantarse. El tío Hugh habría ido al colegio y habría conseguido que le asegurasen que iban a encargarse de que dejasen de acosarlo; y, evidentemente, la cosa habría seguido. La tía Rach le habría invitado a hacer algo especial durante las vacaciones.

—¿Y qué me dices de Zoë? ¿Qué habría hecho ella?

—Nada de nada. Últimamente le ha dado por ir a Londres cada vez más, y entre viaje y viaje se pasa el día con Jules o arreglándose la ropa. Neville y yo no contamos con ella.

—Bueno, ¿y tú qué piensas hacer ahora? Es decir, aparte de abrazar ideas nuevas.

—No lo sé. Buscar otro muermo de trabajo, supongo.

—¿Y por qué no puedes buscar trabajo a la vez que escribes?

—Ya no sé qué escribir.



—¿Y qué pasa con el diario?

Sabía de su existencia, aunque Clary nunca se lo había enseñado.

—Lo he dejado, más o menos.

Sabía que él sabía que lo había estado escribiendo para su padre.

Después de una pausa, Archie dijo:

—Bueno... La gracia de un diario, entre otras cosas, está en que dure, en que sea completo. Podrías cubrir toda la guerra, hasta que se acabe.

—No me apetece.

—¡Vaya! En fin, por si no lo sabes, te diré que una de las diferencias entre los aficionados y los profesionales es que los aficionados solo trabajan cuando les apetece, y los profesionales trabajan se sientan como se sientan.

—Pues será que no soy una profesional, ¿no? Así de sencillo. —Lo dijo con el tono más agresivo que pudo poner—. Voy un momento al baño —añadió, para escaparse.

Una vez en el baño, se echó a llorar. «Si le hablo de papá, me va a mentir amablemente sobre lo que piensa de verdad. Archie no cree que papá vaya a volver, y no quiero oír cómo me dice lo que no piensa».

Tuvo que sonarse con papel de estraza, que, como sabía por experiencia, era duro y no se adecuaba bien a tal empeño.

Cuando volvió, Archie había recogido del balcón los cacharros de la cena y había encendido una lámpara en la sala de estar. La invitó a sentarse en el sofá y se sentó en el reposabrazos del otro extremo.

—Escucha, Clary. Sé por qué has dejado de escribir el diario, o al menos creo que lo sé. Pensabas que volvería en el preciso instante en que empezara el desembarco. Creo que yo en tu lugar habría pensado lo mismo, pero, si lo miras desde fuera, era muy poco probable. Los Aliados ni siquiera han llegado al lugar en el que lo dejó Pipette, y, además, a saber adónde habrá ido desde entonces. Mientras tanto, las comunicaciones en Francia no habrán mejorado, sino que habrán empeorado. No intento consolarte —dijo con rotundidad—, así que no tienes por qué ponerte de morros. Te estoy diciendo lo que pienso, no lo que siento. De manera que, si todos estos años has estado segura de que estaba vivo, lo que digo es que no tienes ningún motivo para dejar de estarlo por el hecho de que hayamos entrado en Francia. Pobre país; todavía no lo hemos liberado, e incluso cuando lo hagamos habrá un caos descomunal.

—Tú lo que quieres es alimentar mis esperanzas.

—Lo que quiero es que entiendas que no hay ningún motivo en particular para que dejes de tenerlas.

—Pero ¿no podía simplemente ir adonde estén los ejércitos y sumarse a ellos? ¡Cómo no va a saber que los Aliados han desembarcado, si ya han pasado varias semanas! La mujer aquella que los ayudó... seguro que formaba parte de la Resistencia. Se supone que algo haría por ayudar, ¿no?

Archie se levantó y se fue a coger la pipa de la repisa de la chimenea.

—Bueno, aparte de que lo más seguro es que sepa lo del desembarco, la respuesta a lo demás es que no, o casi seguro que no. El desembarco ha tenido que darle mucho trabajo a la Resistencia; no es el momento para preocuparse por individuos concretos. Lo mejor que puede hacer tu padre es quedarse quietecito hasta que las cosas se calmen.

—¡Así que tienes esperanzas! Archie querido, piensas lo mismo que yo, ¿verdad que sí? ¡Sí!

—No... —empezó a decir.

Pero al verle la cara se interrumpió. Clary no podía verlo porque estaba cegada por las lágrimas. Se acercó a ella y le dio una palmadita en los hombros temblorosos.

—Clary. Da exactamente igual lo que yo piense. Con la de tiempo que llevas esperando, no te rindas ahora.

—Sería una floja.

—Pues sí, la verdad.

—Y tampoco sería justo para papá.

—Ya estamos. La justicia no tiene nada que ver con esto. Estamos hablando de fe, no de política. ¿Te apetece un té?

—Aunque, en realidad —dijo más tarde mientras ayudaba a Archie a recoger los cacharros—, creo que en la vida hay todo tipo de cosas que quizá sean más justas de lo que la gente se cree. Mira la tragedia griega. Tarde o temprano, las malas acciones se pagan. Incluso personajes con defectos de carácter como el rey Lear acaban pagando. A mí lo que me preocupa es el caso contrario. Es decir, si echas tu pan al agua<sup>5</sup>, ¿se te devolverá en forma de pastel?

—Bueno, puede que sí, solo que no te darías cuenta de que es un pastel

—respondió, alegrándose de que se hubiese recuperado tan pronto—. Venga, vamos, que te acompañe a coger un taxi.

—¿Llevas la llave de casa? —le preguntó mientras la dejaba en el taxi.

—Pues claro, Archie. Tengo diecinueve años; no soy ninguna niña.

—Era por si acaso. Ya sé que no eres una niña.

Al día siguiente, Clary retomó el diario.

# LA FAMILIA

**Abril-agosto de 1944**

—¡Ay, Dios mío! ¡Ojalá no respondiese al teléfono!

Rachel miró a su madre con cara de consternación. Estaba francamente disgustada, retorciendo el pañuelito de encaje entre los suaves dedos violáceos (siempre había tenido mala circulación).

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Ha invitado a cenar al general de brigada Anderson y a su mujer ¡otra vez!

—¡Pero si no hará más de diez días que vinieron!

—Eso no les ha impedido aceptar. La señora Anderson se ha quedado sin cocinera, así que, como es lógico, está loca por salir.

—Y, teniendo en cuenta lo pelmaza que es, supongo que él también. Tú tranquila, mamá. Podemos poner conejo otra vez, y hay un montón de verduras en el huerto.

—¿Tú crees que podríamos cambiar el teléfono de sitio? ¿Se daría cuenta? Porque, si lo sacamos de su estudio, este tipo de cosas dejarían de pasar. Bastante tiene ya la señora Cripps.

—Le molestaría mucho. Se piensa que el teléfono es suyo. No sé, podríamos conseguir otro aparato y ponerlo en otro sitio distinto.

—Bueno, no creo que tengamos que llegar hasta ese punto.

La Duquesita siempre había considerado el teléfono un lujo decadente, y al principio había hecho campaña a favor de instalarlo en el pasillo del fondo, el que llevaba a la bodega. Así, cualquiera que lo utilizase se vería obligado a estar en medio de la que probablemente era la corriente más fría de toda la

casa. Pero al final había prevalecido la opinión del Brigada, y ahora que estaba ciego se pasaba el día a la espera de que sonase.

—En fin, qué le vamos a hacer, me tocará hacerle frente a la señora Cripps. No solo es que haya dos comensales más, sino que habrá que apañárselas para servir al menos otro plato.

—¿Quieres que te eche las cartas al buzón?

—No son mías. Son de Dolly. Le ha dado por escribir a todas sus amigas de la infancia; algunas se casaron, aunque no recuerdo con quién, y la mayoría ha muerto. ¡Mira! Mabel Green, Constance Renishawe, Maud Pemberton, ¡y a veces ni siquiera pone la dirección!

—Así se mantiene ocupada y de buen humor.

—¡Pero nadie le responde! Y me pregunta —varias veces al día— si le ha llegado alguna carta. Me da tanta pena que pienso que debería escribirle yo alguna. Ojalá, tesoro, la senilidad no se cebe conmigo y que yo no te llegue a dar este tipo de preocupaciones.

Rachel la tranquilizó, porque, naturalmente —se dijo mientras bajaba por el camino y enfilaba la cuesta en dirección al buzón—, no podía hacer nada más. Pero lo cierto era que la proporción de habitantes ancianos de la casa estaba empezando a superar a la de los jóvenes y sanos. Todo el mundo estaba en la cuerda floja: Ellen cada vez estaba peor del reuma, hasta el punto de que le costaba subir y bajar las escaleras y, en general, le faltaba agilidad para ocuparse de los niños a su cargo. A la señora Cripps le estaban dando guerra las piernas; las medias de compresión que usaba ahora le mantenían las varices a raya a duras penas, y la Duquesita vivía atemorizada por la posibilidad de que una buena mañana, en medio de las tareas domésticas, anunciase que ya no podía más. McAlpine no solo era víctima de la artritis, sino que además se le habían caído casi todos los dientes y, como se negaba a ponerse la dentadura que le habían hecho y a hacer concesiones de ningún tipo en relación con la comida, padecía frecuentes episodios de indigestión aguda que le volvían aún más irascible. El Brigada, además de estar ciego, tenía cada vez más problemas respiratorios que no podía decirse que mejorasen con los puros que se negaba a dejar de fumar; había pasado buena parte del invierno postrado en la cama con bronquitis, y llevaba ya dos neumonías de las que le había salvado aquel nuevo medicamento milagroso, la sulfapiridina. La Duquesita se mantenía milagrosamente. A pesar de sus

años —setenta y cuatro iba a cumplir—, conservaba el gris oscuro del cabello y tenía la espalda tan recta como siempre, aunque Rachel se había fijado en que se agobiaba antes con los pequeños inconvenientes y los reveses de la vida doméstica en tiempos de guerra. La señorita Milliment —cuya edad era una incógnita, aunque Rachel y Villy sospechaban que andaría por los ochenta y tantos— se había quedado, al parecer casi de repente, bastante sorda, circunstancia que se empeñaba en ocultar a toda costa. De lo que no cabía duda era de que se entregaba en cuerpo y alma: por la mañana daba clase a los más pequeños, y por la tarde le leía en voz alta al Brigada. Pero se iba a la cama inmediatamente después de cenar, y muchos domingos no se levantaba en toda la mañana. Seguía correteando de un lado a otro como sin rumbo fijo, pero a Rachel no le había pasado desapercibido que a veces, si se chocaba con algún mueble, hacía una mueca, como si algo —¿los pies, quizá?— le doliera de antes. Todavía había cuatro niños en casa: por un lado, Wills, Roly y Juliet, de los que, a sus seis, cinco y cuatro años, respectivamente, no se podía esperar que ayudasen en los quehaceres domésticos (aunque Ellen les asignaba pequeñas tareas); y luego estaba Lydia, que había cumplido los trece y durante el curso estaba bastante sola, aunque seguía jugando con Neville cuando este volvía a casa por vacaciones. Era imposible contar con que Lydia fuese a dedicar dos días seguidos a una misma tarea. Entre ambos polos estaban Villy, que se había vuelto completamente indispensable, y Tonbridge, que había asumido varios trabajitos en principio ajenos a las competencias de un chófer (no tenía ningún inconveniente en encalarle la despensa a la señora Cripps, pero detestaba hacer nada que tuviera que ver con los caballos, que saltaba a la vista que le aterraban; ahora que el pobre Wren había muerto, había que darles comida y agua o bien sacrificarlos, y de esto último el Brigada no quería ni oír hablar). Zoë no es que fuera muy útil; a Rachel siempre le había dado pena, allí encerrada en medio del campo con la terrible incertidumbre sobre Rupert. Había estado trabajando una temporada en el sanatorio de la carretera, pero por el motivo que fuera lo había dejado, y en los últimos tiempos iba con frecuencia a Londres a ver a una amiga casada que se había mudado allí, y dejaba a Juliet con Ellen. Rachel no podía evitar pensar que esto era un poco egoísta, aunque intentaba justificar a Zoë por todos los medios —aún no había cumplido los treinta, se había divertido muy poco y tenía todo el derecho del mundo a tener sus propios amigos al margen de la

familia—. Aun así, para Ellen era una trabajera cuidar a solas de Juliet; encima, cada vez que Zoë volvía de Londres se levantaba aún más tarde por las mañanas y decía que estaba demasiado cansada para sacar a los niños a dar el paseo vespertino.

En fin, todavía podían contar con la impagable Eileen, y con Lizzie, a la que le tocaba echar una mano con las tareas domésticas cuando no estaba ocupada con la señora Cripps. A decir verdad, las cosas les iban mucho mejor que a otros. Y yo hago lo que puedo, pensó, y podría hacer mucho más si no fuera por esta maldita espalda. De hecho, aunque la espalda no le hubiese dado problemas, le habría sido complicado abarcar más tareas en su jornada. Cuidaba de la tía Dolly, a cuya movilidad sin merma se sumaba ahora una pérdida casi total de memoria que la convertía en una constante fuente de preocupación para los demás y en un grave peligro para sí misma. Últimamente le había dado por levantarse en mitad de la noche y dar vueltas por la casa. En cierta ocasión había tocado el gong pidiendo el desayuno a las cuatro de la mañana porque decía que los criados no habían acudido cuando los había llamado y que tenía hambre. En esta época del año era propensa a enfilar el camino de la entrada y alejarse sin rumbo. Había quedado con alguien, decía, pero no se había presentado nadie. Entonces se le saltaban las lágrimas, pero la consolaban con un caramelo. Rachel y Villy se turnaban para levantarla por las mañanas, y bajarla a la salita matinal era, en palabras de Villy, como desplazar a todo un regimiento. Exigía bajar con un cárdigan de sobra, con el libro que decía que estaba leyendo, el plumier, las zapatillas por si acaso empezaban a apretarle los zapatos, un sombrero por si se ponía al sol y las gafas. Había que desatar las tijeras de costura de su silla del dormitorio y atarlas a la silla correspondiente del piso de abajo. Si dejabas las tijeras atadas —no se cansaba de explicar—, no las perdías. Cuando terminaba de leer las necrológicas del *Times*, con un poco de suerte se enfrascaba en la costura y se la podía dejar sola un rato. En días malos le daba por pasear al buen tuntún, y, para ser una anciana de movimientos lentos y temblorosos, se las apañaba para llegar muy lejos. Los niños estaban todos advertidos de que si se la encontraban tenían que decirle que Kitty quería verla inmediatamente, y después acompañarla a casa.

Mientras volvía, subiendo la cuesta a paso más lento, Rachel pensó que Dolly debía de estar ya muy cerca del final de su vida, en parte porque,

muerta Flo, apenas le quedaba nada por lo que vivir. Era dos años mayor que la Duquesita y cinco menor que el Brigada. Pero, en uno u otro orden, en los próximos años los tres morirán, se dijo. Y me quedaré yo sola. Y podré irme a vivir con Sid. Era vagamente consciente de que esta perspectiva había dejado de ser un objetivo para convertirse en un mero consuelo, y achacó al desánimo la ligera inquietud que esto le causaba. Era un día caluroso y de mucho viento; no parecía que fuera junio. Los lunes eran siempre un poco deprimentes, ya que Edward y Hugh se marchaban a trabajar a Londres muy temprano. En el camino se encontró con Tonbridge, que se dirigía al manantial con una carretilla llena de botellas vacías para llenarlas de agua potable. Llevaba las polainas de cuero (que por alguna razón le resaltaban las piernecitas arqueadas), los bombachos grises de chófer y una camisa sin cuello remangada. En otros tiempos jamás se le habría ocurrido presentarse ante ningún miembro de la familia de semejante facha, y tampoco hoy en día llevaría a ninguno en coche sin el uniforme completo; pero, en vista de todo lo que se veía obligado a hacer ahora, cosas que, sin duda, no le correspondían, no pensaba desperdiciar su chaqueta buena. En este momento, después de que Rachel le diera los buenos días, devolvió el saludo con una sonrisa avergonzada, como si lo hubiesen pillado haciendo algo degradante. «¡Qué haríamos sin usted, Tonbridge!», le gritó, y vio que la frente, pálida y húmeda, se ponía roja de satisfacción. Me da que su madre no debía de tratarlo bien, pensó, y encima va y se casa con esa mujer tan espantosa. Circulaba el rumor de que se iban a divorciar, y Lydia decía que daba toda la impresión de que la señora Cripps le hacía tilín («Vi cómo le pasaba el brazo por la cintura. Bueno, por toda la cintura, no; eso sería imposible, pero sí por un buen trozo»).

Nada más llegar a casa la abordó el Brigada desde la posición estratégica de su estudio.

—¿Eres tú, Rachel? Entra un segundito, ¿quieres? Precisamente a ti quería yo verte.

Estaba sentado detrás del inmenso escritorio, sin nada que hacer.

—Qué cosa más rara. Lllaman al teléfono y una mujer llamada Eileen o «Isla» (sonaba a eso, vaya nombre más absurdo) dice que quiere hablar con el señor Cazalet. «Ha habido un incendio en casa de Diana», me dice. Yo le he dicho que me parecía que se había confundido de número, pero estaba segura.



Resulta que era a Edward al que buscaba. Vive en Wadhurst y dijo que iba a ir a rescatar a la tal Diana. No veo qué pueda tener esto que ver con Edward. He estado llamando a Villy, pero no parece que ande por aquí cerca.

Rachel dijo:

—No creo que tenga nada que ver con Villy. Ya telefono yo a Edward, si quieres.

—Bueno, tú díselo, aunque no me explico qué diablos se supone que debe hacer Edward si hay un incendio en casa de una desconocida. ¡Menuda caradura! Hala, venga, llámalo.

Deseando desembarazarse de su padre mientras llamaba a Edward, pero consciente de que no había ni la más mínima posibilidad al respecto, Rachel telefoneó. Respondió la señorita Seafang, que dijo que el señor Edward no se hallaba en su despacho en ese momento, pero que se encargaría de localizarlo y que volviese a llamar en un rato.

—Espero que todos estén bien en casa —añadió con un tono de voz que delataba una remota esperanza de que alguien no lo estuviera.

—Bien, gracias, señorita Seafang —contestó Rachel; y luego, preocupada por si acaso no se estaba haciendo entender, insistió—: Pero necesito que me llame lo antes posible. ¿Puede decirle que es urgente?

La señorita Seafang podía, por supuesto.

—Creo que lo mejor será que no le mencionemos nada de esto a Villy, ¿de acuerdo, Brigada?

—¿Tú crees? ¡De acuerdo! —Y se puso en pie trabajosamente—. Dame el maldito bastón. Me vendrá bien tomar un poco el aire.

Cuando llamó Edward, cosa que hizo casi inmediatamente, Rachel se oyó a sí misma diciéndole que el asunto sonaba como una tormenta en un vaso de agua. Pero enseguida comprendió que no lo era en absoluto. Edward guardó silencio unos instantes y después dijo:

—¿Se lo ha contado a Villy? El Brigada, quiero decir.

—No. Le he pedido que no diga nada.

—Bien. ¡Vaya cagada! A saber qué se le habrá pasado por la cabeza a la condenada cuñadita. Villy conoce a Diana, claro, pero solo se han visto una vez, hace años, y lo más probable es que ni se acuerde de ella. Su marido murió en la guerra; pobrecita, está muy sola.

—Edward, casi prefiero no saber nada más de este tema.

No soportaba oír cómo intentaba borrar sus huellas.

—Vale. Bueno, gracias por decírmelo.

Y colgó.

Edward siempre ha coqueteado con cualquier mujer atractiva que se le pusiera delante, pensó Rachel, no sin cierta desazón. En realidad, lo que sabía de la actitud de Edward con las mujeres se remontaba a antes de su matrimonio, cuando, al volver de la guerra, se pasaba la vida de fiesta en fiesta, jugando al tenis y comprando baratijas y chocolatinas para una patulea de muchachas. Cuando se casó, todo el mundo pensó que había sentado la cabeza; pero ahora, al pensar en su propia reacción instintiva a las palabras del que no lo había hecho. No era nada serio, eso seguro. Aun así, era evidente que le había inquietado que Villy se enterase de la llamada. De repente, el hecho de que no siempre volviese a casa a pasar el fin de semana cobró relevancia. Más o menos uno de cada cuatro, algo se lo impedía. Por motivos que a Rachel no le habían quedado claros, había dejado de vivir con Hugh en Londres. En su momento no le había parecido extraño porque Clary y Poll se habían ido a casa de Hugh, pero ahora que ya no estaban. Por otro lado, Villy se había quedado en el pisito que tenía Edward en Londres; decía que era una caja de zapatos, feo y anónimo, pero aun así se había quedado, un par de veces por lo menos. Aunque Villy nunca le había parecido una persona de trato fácil, Rachel le había cogido mucho afecto y admiraba que valiera lo mismo para un roto que para un descosido. Estaba segura de que Villy se llevaría un disgusto tremendo si se enteraba de que Edward estaba coqueteando con otra. A lo mejor no sería mala idea pedirle a Hugh que hablase con él. Mientras se iba a buscar a la Duquesita para ver si había sobrevivido a la planificación doméstica que hacía todas las mañanas con la señora Cripps, de repente cayó en que no había dedicado ni medio segundo a pensar en la tal Diana cuyo marido había muerto en la guerra y cuya casita se había incendiado. La cuñada debía de haber estado preocupadísima; si no, no habría llamado a Edward. Al fin y al cabo, Diana, quienquiera que fuese, lo mismo era la viuda de algún compañero de Edward de la RAF. Sería típico de él decir que cuidaría de ella. Y quizá Edward simplemente tenía miedo de que Villy pudiera ponerse celosa, aunque no tuviera motivos. La idea de alguien cuidando de otra persona le hizo ver el asunto desde una perspectiva mucho

más halagüeña.

—Eso me han dicho.

—¿A qué te refieres?

—Tu cuñada ha llamado a Home Place esta mañana para informarlos.

—¡No puede ser!

—Te aseguro que sí. Lo cogió mi padre, que, por suerte, no se lo dijo a mi mujer sino a mi hermana. Me llamó Rachel.

—¿Qué mosca le habrá picado para que haga semejante cosa?

—¿Y cómo se las habrá apañado? Debes de haberle dado tú el número de teléfono.

—Edward, por supuesto que no. Habrá llamado a información.

—Pues lo del incendio se lo has tenido que contar tú.

—Pues claro. No tuve más remedio. La casa está manga por hombro y tuve que pedirle que se quedase con los niños mientras intentaba adecentarla.

—Se hizo una pausa, y después dijo—: Los bomberos han dejado la sala de estar inundada, lo menos hay medio metro de agua.

—Y ¿qué pasó, si se puede saber? —preguntó; todavía sonaba enfadado.

—Empezó en la chimenea; se prendió un larguero muy grande, mejor dicho, se puso a arder sin llama. Subí al piso de arriba porque me pareció oír a Susan y me encontré con que las habitaciones de los niños estaban llenas de humo. Gracias a Dios que subí (podrían haber muerto).

—¡Santo cielo! ¡Qué desastre! ¿Dónde estás ahora?

—En el *pub* del pueblo. No me funciona el teléfono. Isla vino y se llevó a los niños, gracias a Dios.

—Espero que le hayas dicho que deje de llamar a mi casa.

—¿Cómo iba a decírselo? Para empezar, no sabía que había llamado, y, si le dijese algo ahora, sospecharía.

—Seguro que ya sospecha; si no, no habría intentado crear problemas. Vas a tener que decírselo. Al fin y al cabo, no puede hacerte nada.

—Edward, anoche no pegué ojo. Estoy molida, los niños podrían haber muerto y no te puedes hacer una idea de cómo está la casa. La verdad, podrías ser un poco más...

Y se cortó la comunicación. No puede haber cortado aposta, pensó ella.

Esperó unos instantes a ver si la volvía a llamar y de repente cayó en la cuenta de que era imposible (Edward no se sabía el número del *pub*). Pero, por algún motivo, el orgullo le impedía llamarlo, y tenía miedo de que Edward pudiese decirle algo que le haría enfadarse aún más con él. «Y eso sí que me superaría», pensó con desaliento mientras volvía a la casita en bicicleta, con el viento de frente.

La casita desprendía un fuerte olor a leña quemada. Aunque parte del agua ya se había filtrado, la planta baja estaba llena de residuos inmundos, en la sala de estar, en la pequeña cocina y en el cuarto de baño. Cogió cubo y fregona y se puso manos a la obra.

Pasó la fregona mil veces, corrió los muebles, vació cubos y más cubos de agua sucia yendo de acá para allá en vacilante equilibrio. El resquemor hacia Edward le daba fuerzas. Se dijo que todas y cada una de las ventajas (ventajas para Edward: intimidad, discreción, etc.) que habían hecho de la casita un lugar ideal eran en estos momentos desventajas. No había ni un solo vecino cerca y, por tanto, no podía contar con que nadie se ofreciese a ayudarla; en la aldea, a unos dos kilómetros de distancia, tampoco había nadie a quien conociera lo bastante como para pedírselo, ni siquiera para pedir que le dejaran usar el teléfono. La casita, construida en su momento para un guarda, estaba al final de un camino carretero que daba a un bosque. No había electricidad, y si había agua era gracias a un tenaz y ruidoso motorcito que la bombeaba de un pozo; pero el alquiler era irrisorio, y esa era la principal razón de que hubiese accedido a quedársela. Por mucho que los padres de Angus cubriesen la mitad de los gastos escolares de los mayores, también había ropa que comprar (el uniforme, las prendas deportivas), por no hablar del dentista, de la paga semanal y de los billetes de tren para ir a Escocia en vacaciones, y todo esto sin incluir sus propios gastos y los de Jamie y Susan. Andaba con el agua al cuello, y nada permitía pensar que las cosas fueran a mejorar. Y, aunque ahora sí que parecía que la guerra se acercaba a su fin, la posibilidad de casarse con Edward seguía siendo tan remota como el día que se conocieron. Tenía cuarenta y cuatro años y estaba atrapada en aquel escondrijo incomunicado, mientras que él, con cuarenta y ocho años (para los hombres era muy distinto), estaba prácticamente separado de Villy, vivía a solas en Londres y tenía muchas papeletas para encontrar a otra mujer más joven y con menos compromisos. Cierto era que Edward se

pasaba a verla cada semana de camino a Home Place, y se las arreglaba para que pasaran juntos un fin de semana al mes, más o menos. Pero saltaba a la vista, en estas ocasiones, que la casita le parecía incómoda y aburrida, y lo que quería era que fuese ella a Londres. Diana solo podía ir cuando encontraba a alguien dispuesto a quedarse con los niños —de vez en cuando Isla, si le daba suficiente coba, y en un par de ocasiones una vieja niñera que había cuidado a los mayores cuando eran bebés—. Pero estos planes se solían ir al garete, y Edward tenía que tragar con la casita, con que Diana se pasara el día cocinando y con que los momentos de intimidad solo se dieran una vez acostados los niños. Esto le hizo pensar que Isla se habría coscado de la situación por boca de Jamie, que habría contado que Edward iba a verlos, un comentario de lo más normal, pero inoportuno.

Para cuando acabó de achicar el agua y vio que el suelo necesitaba un buen fregado, ya era por la tarde, y la cabeza le daba vueltas del esfuerzo y de la falta de comida. Abrió todas las ventanas, la puerta de la calle y la de atrás para ventilar, y se fue a la despensa en busca de algo de comer. Apenas había nada (había pensado ir esa misma mañana a hacer la compra semanal); solo la punta de una hogaza de pan y los restos de un paquete de cereales, pero leche no quedaba porque se la había dado a Jamie y a Susan para desayunar. Se preparó una taza de té y se comió los cereales con agua, una mezcla bastante desagradable. Tendría que salir a comprar si quería cenar algo, pero se había obsesionado con la idea de dejar el suelo limpio. En esas estaba cuando se cortó el agua del grifo de la cocina, y al ir a darle a la bomba para que saliera más se encontró con que no funcionaba. Habrá entrado agua en la batería, se dijo, pero en cualquier caso lo que significaba era que no podía acabar de fregar el suelo. Ni tampoco bañarse, y estaba asquerosa. Y ya eran casi las seis y las tiendas habrían cerrado hace rato. Fue a por el trapo del suelo y el cepillo de cerdas que se había dejado en la sala de estar, se resbaló con lo que quedaba de la pastilla de jabón que había estado usando y se torció el tobillo. Era el colmo. Se desplomó y rompió a llorar.

Fue así como se la encontró Edward (Diana no había oído el coche en el camino por culpa de los aviones, que no paraban de sobrevolar la casita).

—¡Tesoro mío! ¡Diana! ¿Qué pasa?

Se llevó tal impresión al verlo aparecer así, de repente, que se puso a llorar todavía más. Edward se agachó para ayudarla, pero al ir a levantarse

Diana sintió un fuerte dolor en el tobillo y soltó un grito. La cogió y la llevó al sofá.

—Te has torcido el tobillo —dijo.

Y Diana asintió con la cabeza; le castañeteaban los dientes.

—Me he quedado sin agua. No he podido terminar de fregar el suelo.

Tan triste le parecía todo que siguió llorando.

Edward le trajo el abrigo, que estaba colgado de un gancho en la entrada, y se lo echó por encima.

—¿Tienes *whisky*?

Diana dijo que no con la cabeza.

—Nos lo acabamos la última vez.

—He traído un poco. Está en el coche. Tú no te muevas.

A la vez que iba a por el *whisky*, buscaba un vaso, le daba a Diana el pañuelo de seda verde oscuro y arrimaba una silla para sentarse a su lado, le iba dedicando palabras de ánimo, de consuelo: «Cielo mío, qué mal trago. He venido lo antes posible. Para cuando conseguí el teléfono del dichoso *pub* — no me venía el nombre a la cabeza—, ya te habías ido. No sé qué pasó para que se cortase la comunicación. He sido un bruto... ¡Con todo lo que te ha pasado! No has dormido nada, y seguro que tampoco has comido. Cuando te bebas esto, lo que necesitas es un buen baño calentito. Y luego te llevaré por ahí a cenar».

Pero Diana respondió, casi con irritación:

—¡No puedo! No podría ni meterme en la bañera. Además, no queda agua. Ni una gota.

—Bueno, pues entonces te subo al coche y te llevo a un hotel.

El resquemor, que al ver a Edward se había disuelto en puro alivio, empezó a cristalizar. Para él, todo se resolvía con tres o cuatro comodidades materiales pasajeras. La invitaría a cenar y después la dejaría otra vez en aquel andurrial, donde seguiría viviendo sin cruzar palabra con un solo adulto aparte de los tenderos y del hombre que, con un poco de suerte, se acercaría a reparar o a cambiar la batería de la bomba. Todo seguiría igual que antes. Seguiría sola, pobre, cada vez más angustiada por el futuro a medida que fuera envejeciendo, y un buen día, estaba segura, la abandonaría. Quiso decir: «Y, después, ¿qué?», pero cierta cautela innata la frenó. Tenía la sensación de

que estaba luchando por su vida, y decidió, en ese momento y lugar, soltar una falsedad antes que dar un paso en falso.

Lo miró, con sus ojos azul jacinto bañados todavía en lágrimas, y dijo:  
—¡Ah, cielo, qué delicia; no sabes lo bien que suena eso!

Desde aquel primer encuentro en el tren, Zoë tenía la sensación de que su vida se había dividido en dos; y no en dos mitades, sino en dos partes desiguales. Por un lado, Juliet y la vida familiar con los Cazalet, con sus privaciones, su rutina, sus obligaciones y sus afectos, y, por otro, Jack. A Jack le dedicaba muchísimo menos tiempo, días y noches robados, pero tan rebosantes de emoción, romanticismo y placeres desconocidos que la absorbían casi por completo... Irrumpían en sus pensamientos cuando menos se lo esperaba, hasta el punto de excluir todo lo demás. Al principio, claro, no había sido así; desde luego, cambiar de idea y renunciar a volver directamente a casa para quedarse en Londres y salir a cenar con él, un atractivo desconocido que había dado tan claras muestras de interés, había sido de lo más emocionante; además —se había dicho a sí misma—, sería divertido. Hacía años que no iba a un restaurante con un hombre, y se lo había tomado como un divertimento ligeramente picarón. Nada más. De repente, la cita que tenía con Archie para almorzar —algo que había esperado con ilusión más o menos por el mismo motivo— perdió interés. Sí, almorzaron juntos, pero después de resistirse a un deseo pasajero de confiarle lo del desconocido, se quedó como abstraída y apenas se le ocurría nada que decir. Archie había sido la amabilidad en persona (le había traído un regalo para Juliet y se había mostrado comprensivo cuando le contó la aburrida visita a su madre). Mientras se tomaban unas tacitas de café amargo en la salita de su club, se había hecho un largo silencio que Archie había interrumpido para decir: «¡Pobre Zoë! Estás viviendo en una especie de limbo terrible, ¿no? ¿Quieres que hablemos de ello? Porque está claro que en casa no puedes».

—No sé qué decir. Solo que... tú en realidad no crees que Rupert siga vivo, ¿a que no?

—No, no lo creo. Ha pasado ya demasiado tiempo. Por supuesto, puede que lo esté... —Dejó la frase en el aire.

—Supongo que tengo la sensación de que debería creer que sigue vivo. Y

no puedo. ¡Ojalá supiera la verdad! Me hace sentir bastante..., no sé. ¡Yo qué sé!

—Enfadada, me imagino —lo ayudó él—. Siento que el café esté tan malo. ¿Te apetece un brandi para que pase mejor?

De nuevo le vino la tentación de contárselo. Dijo que sí, que gracias.

Esperó a que el camarero trajera las bebidas antes de contárselo.

—Me apetecía salir a cenar con él —concluyó—. Ya sabes, una aventurilla sin importancia.

—Sí.

—¿Crees que he hecho mal?

—No.

—Lo malo es que perderé el último tren.

Archie rebuscó en su bolsillo y sacó una llave.

—Puedes quedarte conmigo, si quieres. Si resulta que al final lo necesitas.

—Archie, qué bueno eres. No se lo dirás... no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—Ni loco.

Al salir del club, en las escaleras, preguntó:

—¿Qué vas a hacer hasta la hora de la cena?

—Ah, esto..., pensaba ir a buscar un vestido. No me llevé ninguno a casa de mi madre, ningún vestido adecuado, quiero decir. —Notó que empezaba a sonrojarse.

—¿Y el equipaje?

—Lo he dejado en el guardarropa de Charing Cross, menos esta maletita.

La había preparado en el baño de señoras de la estación; así, al menos, llevaría el maquillaje y su mejor par de zapatos.

—Bueno, si quieres cambiarte en mi casa, serás bienvenida. Por cierto, ¿sabes dónde vivo?

—Menos mal que se te ha ocurrido. No, ni idea.

Archie sacó su agenda, la apoyó contra una columna del pórtico y le anotó la dirección.

—Elm Park Gardens. Está cerca de South Kensington. Ojo con la llave, que no se pierda, ¿vale? No hace falta que me avises por teléfono. Tú ven y



ya está, o no vengas, según se den las cosas. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. En cualquier caso, pásalo bien.

Después, mientras se dirigía en taxi a la tienda de Hermione, se preguntó por qué pensaría Archie que lo mismo no iba. ¿Acaso la tomaba por una de esas que pasan la noche con un perfecto desconocido con el que simplemente han quedado a cenar? La mera idea la indignó.

Resultó que cualquier duda que hubiese albergado Archie estaba bien fundada. Zoë pasó la noche —o lo que quedaba de ella— en un estudio de Knightsbridge. «Mis intenciones», había dicho él durante la cena, «no pueden ser más honestas: quiero seducirte».

Durante la cena, estas palabras le habían parecido una insensatez, aunque halagadora; no tenía la menor intención de dejarse seducir.

—No tengo costumbre de acostarme con un hombre nada más conocerlo —le había espetado.

—Y yo no quiero hacer contigo nada de lo que acostumbres hacer con otros hombres —había contestado él con tono ecuánime.

Después de cenar, la había llevado al Astor, donde siguieron bebiendo champán y bailaron. El modelito que se había comprado en la tienda de Hermione resultó ser un acierto, un vestido recto de suave seda negra que le llegaba justo hasta las rodillas, con un amplio escote cuadrado y tirantes anchos, fresco y sofisticado; hasta el último penique de las 22 libras que le había costado estaba bien invertido. Había aprovechado la oferta de Archie y se había cambiado en su piso, donde había disfrutado de una hora y media deliciosa, bañándose, vistiéndose, maquillándose, recogiendo el pelo y soltándose después para acabar recogidoselo en un moño alto con la sarta de perlas, las únicas joyas que había cogido. No tenía perfume ni tampoco bolso de fiesta, y para llevar encima del vestido solo tenía el abrigo. En fin, tendría que conformarse. En estos momentos, más que nada estaba disfrutando de aviarse para salir, y cuando apareció Archie desfiló ante él como si fuera su padre y esperase su aprobación antes de partir a su primer baile.

—¡Caramba! ¡Menudo vestido! O vaya vestido más menudo, mejor dicho... Sea como sea, estás preciosa con él. ¿Te apetece un trago antes de irte?

Pero no le apetecía. Había quedado a las siete. Dejó la maletita en casa de

Archie y cogió un taxi para ir al Ritz.

La estaba esperando. Se levantó del sofá y la saludó con una sonrisita nerviosa.

—Empezaba a pensar que no ibas a venir.

—Dijiste a las siete.

—Y aquí estás, en efecto.

La cogió del brazo y la llevó al bar a tomar algo.

Durante el aperitivo, y después mientras cenaban, le hizo todo tipo de preguntas: sobre su familia, sobre su infancia, sus amigos, sus intereses; qué países conocía, qué había querido ser de mayor cuando era pequeña. Colaba estas preguntas entre otras: ¿qué pedían de cenar? ¿Qué tal se comía en Inglaterra en tiempos de guerra? ¿Qué pensaba ella de la guerra? ¿Le habían dado miedo los bombardeos? No, había respondido, mucho más miedo les tenía a las arañas, y él se había reído. Sus ojos, que eran casi negros y brillaban cuando la miraba (cosa que hacía casi todo el rato), se suavizaron, y se quedó callado y por un instante Zoë percibió una ternura que le llegó directa al corazón. Esto sucedió en varias ocasiones, produciendo cada vez una pequeña descarga de renovada intimidad.

Cuando acabaron de cenar le ofreció un cigarrillo y, al ver que lo rechazaba, dijo:

—No sé si es que no fumas o si simplemente es que no aceptas cigarrillos de desconocidos.

—Un poco desconocido sí que eres. No me hablas mucho de ti.

—Respondo a todo lo que me preguntas.

—Sí, pero...

Zoë ya sabía que era periodista, al parecer también fotógrafo; que estaba agregado a una sección, no se enteró bien de cuál, del Ejército americano; que se había criado en Nueva York; que había estado casado y ahora estaba divorciado (esto se lo había contado en el tren), y que sus padres también estaban divorciados.

—... en realidad, no me hablas de ti.

—¿Qué quieres saber?

Pero no se le ocurrió nada. O, más bien, le parecía mal preguntarle a un hombre al que apenas conocía el tipo de cosas que despertaban su curiosidad.

Notó que empezaba a ruborizarse y se encogió de hombros.

Cuando vino el camarero con el café, el americano le pidió una taza grande y un poco de leche caliente y le preguntó si le apetecía un licor.

—Ahora —dijo cuando el camarero se hubo marchado otra vez y estaban a solas—, tengo que preguntarte una cosa. ¿Tu marido está prisionero?

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sé. Es una sensación que tengo, nada más. No hablas nada de él. Es raro. En todo el rato que has estado hablando de tu familia, a él ni lo has mencionado.

—Es porque no sé qué decir.

Se hizo un breve silencio, y a continuación dijo él, como si tal cosa:

—Supongo que basta con que digas cómo están las cosas.

De manera que se lo contó: Dunkerque, la desaparición en Francia, las esperanzas de la familia de que estuviera prisionero, los dos años de silencio, las esperanzas que se desvanecían, y ella que empezaba a darlo por muerto, y, de repente, la llegada del francés con noticias suyas y el júbilo general. Y ahora, otros dos años sin una sola palabra, sin dar señales de vida, nada.

—Ni siquiera conoce a su hija. Si no se hubiera torcido el tobillo al saltar a la zanja para esconderse del camión alemán, la habría conocido. Conque no sé nada. Nada. Supongo que ya me he acostumbrado, más o menos.

Alzó los ojos y volvió a encontrarse con aquella mirada silenciosa y expresiva. Él no dijo nada.

—Pero, si soy sincera conmigo misma, supongo que a estas alturas creo que ha muerto.

El hombre guardó silencio por unos instantes y dijo a continuación:

—Ahora entiendo a qué te referías con eso de que uno puede acostumbrarse a algo sin dejar de fijarse en ello.

—¿Eso he dicho yo?

—En el tren, esta mañana. Es como si no se hubiera cerrado, ¿no? No puedes llorar la pérdida y me imagino que tampoco puedes sentirte libre, una especie de limbo diabólico.

Sí, había dicho ella. Le llamó la atención que hubiese utilizado la misma palabra que Archie cuando en todos aquellos años nadie la había pronunciado. Por lo que fuera, nunca se había hablado de la situación, y aún

menos la había definido nadie.

Entonces se inclinó hacia ella.

—¡Zoë! ¿Te vienes conmigo a bailar? —Y, sin darle tiempo a responder, la había cogido de la mano y había dicho—: Venga, vamos.

Aquella noche, mucho más tarde, dijo que la única estrategia legítima que se le había ocurrido para abrazarla era llevarla a un club nocturno.

Bailaron durante horas. Apenas hablaron; a los pocos segundos, Zoë descubrió que era un bailarín estupendo y se dejó llevar, y después empezó a anticipar cada uno de sus movimientos. Casi había olvidado lo mucho que le gustaba bailar —no había bailado con nadie desde antes de que naciera Juliet—. Solo era un poco más alto que ella; de vez en cuando notaba el roce de su aliento en la cara. Si se les cruzaban las miradas, esbozaba una sonrisa ausente, soñadora. Cuando la orquesta hizo un descanso, volvieron a la mesa y se bebieron el champán, que mientras tanto se había entibiado en el cubo lleno de hielos derretidos. En la mesa, en todas las mesas, había una lamparita con una pantalla roja oscura; alumbraba lo suficiente como para que se vieran el uno al otro pero no distinguieran los rasgos de las personas que estaban en las otras mesas; creaba una especie de intimidad romántica, como si estuvieran sentados en la orilla de una isla minúscula. En la pista, los focos del techo, de intensidad variable, tornaban lívidos los rostros de los bailarines y los hombros desnudos de las mujeres; los ojos relucían, los diamantes y las medallas militares centelleaban cada vez que los bailarines entraban en los brumosos círculos de luz, y se apagaban cuando salían.

La música empezó a sonar de nuevo. Zoë se volvió hacia él, dispuesta a levantarse, pero él levantó la mano para que se sentase.

—Ahora me toca cortejarte —dijo—. No te he dicho lo preciosa que eres porque seguro que lo sabes. Me deslumbras, me ciegas, pero todo esto ya lo habrás oído mil veces. Llevo enamorándome de ti más o menos desde las once de esta mañana, y de eso hace ya siglos. Tu aspecto pasó a un segundo plano hace horas, en el restaurante, cuando me hablaste de Rupert. Pareces del tipo de chicas que se andan con juegos, que intentan volver locos a los hombres para satisfacer su vanidad. Pero no es así. Llevo toda la tarde esperando a que lo hagas y, sencillamente, no lo haces.

—Antes, sí —dijo ella, de repente consciente del cambio—. Antes, sí.

Se interrumpió; el recuerdo la golpeó con una violencia desconcertante.

En otros tiempos —recordó—, el placer de la velada habría dependido por completo de las reacciones de su acompañante a su belleza. Si no eran lo bastante frecuentes como para satisfacer su vanidad, habría lanzado pequeños anzuelos para pescar más cumplidos, cuanto más efusivos mejor. Ahora, solo de pensarlo se le revolvía el estómago.

—... entonces, ¿quieres? No pensaba preguntártelo así, pero es que tengo que saberlo.

Empezó a decir que no sabía lo que sentía, si estaba o no enamorada, que se acababan de conocer, pero las palabras se desmenuzaban, perdían sentido a medida que las iba pronunciando. Guardó silencio y le dio la mano.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, ya era de día, el teléfono estaba sonando y no veía a Jack por ningún sitio. Estaba adormilada y le dolían los brazos y las piernas de tanto bailar y hacer el amor. Al volverse hacia la almohada vacía, vio una nota: «Cuando suene el teléfono, seré yo. He tenido que irme a trabajar». Al salir de la cama para cogerlo se dio cuenta de que estaba desnuda, pero Jack le había dejado su bata al lado del teléfono, sobre la silla.

—Siento muchísimo despertarte, pero pensaba que igual tenías que saber la hora.

—¿Y qué hora es?

—Acaban de dar las diez. Escucha, ¿te puedo llamar a tu casa?

—Lo veo difícil. Solo hay un teléfono y está en el estudio de mi suegro, que casi no sale de allí.

—¿Me puedes llamar tú, entonces?

—A lo mejor sí. Hay un teléfono en el *pub*, pero no es que haya mucha intimidad allí.

—¿Podemos pasar juntos el próximo fin de semana? Y ya haremos planes entonces para seguir comunicados. ¿Podrás?, ¿crees?

—Puedo intentarlo. En cuanto sepa algo, te lo digo.

—Este es el número del trabajo. Sonaré muy formal. Soy el capitán Greenfeldt, por si tienes que preguntar por mí. Qué cosa más absurda, ¿no? Que tengamos que portarnos como si fuéramos espías o niños malos.

—Ya, pero no hay más remedio.

—¿Te has puesto mi bata? Te la he dejado ahí para que te la pongas.

—Sí, me la he echado por los hombros.

—Por favor, ven. No es muy frecuente que libre un fin de semana.

—Lo intentaré. No sé cómo, pero algo se me ocurrirá.

—Sí, no hay duda de que eres la única chica que hay en el mundo<sup>6</sup> —dijo él, y luego—: Tengo que irme.

Este fue el comienzo. El comienzo de las mentiras, de las fabulaciones (se inventó una antigua compañera de escuela con tres hijos que no paraba de invitarla). La Duquesita la miraba con afecto y le decía que el cambio le estaba sentando bien. Fue el comienzo de los telegramas en clave, de las llamadas a la oficina; y, aunque a veces sonaba frío y formal, ya le había dicho después de la primera llamada que cuando hubiera gente delante se dirigiría a ella con el nombre de John. Zoë le escribía cartas al estudio cuando los intervalos entre las citas se le hacían insoportables; él solo respondió una vez. Tenía una energía que la asombraba. Trabajaba mucho; a menudo iba en avión a ver a las tropas americanas dispersas por el país. Los poquísimos fines de semana que se veían se iban a la cama sedientos el uno del otro. Se dio cuenta de lo privada que había estado no solo de sexo, sino también de amor. Después se daban un baño, se vestían y la llevaba, de vez en cuando, al teatro, y las más de las veces a cenar, y de ahí a bailar hasta las tres o las cuatro de la madrugada. De vuelta en el estudio, un cuarto casi sin muebles, con un piano, un diván bajo y desvencijado, una mesa y dos sillas, y un enorme ventanal que daba al norte y que siempre estaba medio tapado por la cortina de oscurecimiento, la desnudaba poco a poco, le quitaba las horquillas del pelo, la acariciaba y le hablaba de cómo le iba a hacer el amor hasta que Zoë enloquecía de deseo. Había olvidado, o quizá, se decía, jamás había conocido, aquellos momentos de después en los que el cuerpo estaba encalmado, con su peso disperso de manera tan uniforme sobre la cama que parecía ingrávido, y el sueño, taimado, sigiloso, se la llevaba sin que pudiera darse cuenta siquiera. Despertarse el sábado por la mañana era pura voluptuosidad; el primero en amanecer contemplaba al durmiente con una intensidad tan tierna que este no podía dejar de percatarse. Aquellas mañanas, el amor tenía otra cualidad distinta: alegre, juguetón, colmado de esos gestos de intimidad que nacen del cariño... La perspectiva de compartir dos días enteros les hacía sentirse ricos. Era entonces cuando la embargaba la más pura felicidad. A medida que el otoño iba dando paso al invierno, cada vez

hacía más frío en el estudio. Había una estufa, pero no combustible. Jack se quejaba alegremente de que no hubiese calefacción, de que no pudieran ducharse; había una pequeña bañera con un calentador que, a regañadientes y a intervalos inciertos, proporcionaba cantidades mínimas de agua caliente. Comían lo que traía Jack del economato militar: latas de estofado de vaca, cecina, fiambre de pavo, chocolatinas Hershey. Cuando hacía bueno salían a pasear por Londres y Jack sacaba fotos a iglesias bombardeadas, casas bombardeadas, tiendas abandonadas con ventanas protegidas por sacos terreros, refugios antiaéreos, solares con artillería antiaérea camuflada, la caseta gótica de Hyde Park Corner, donde, le contó, se reunían los cocheros para jugar a las cartas. Era una mina de información para este tipo de cosas. «Cuando quieren comer bien, van a Warwick Avenue», le explicó, «pero, si lo que quieren es jugar, vienen aquí». Y le hacía fotos, millones de fotos; y una vez, como Zoë decía que quería una foto suya, le dejó que se la hiciera. No era una buena foto; no tenía el pulso lo bastante firme y Jack salía arrugando la frente porque le daba el sol, pero cuando la reveló Zoë la metió en un sobre y se la guardó en el bolso. Por las tardes iban al cine, «a ver una peli», como decía él, y se cogían de la mano en la oscuridad. Los fines de semana, de día, vestía de paisano, pero al caer la tarde se ponía el uniforme. Poco a poco, Zoë fue trayendo ropa de Home Place para dejarla en el estudio. La mañana del domingo la pasaban en la cama leyendo periódicos y Jack hacía café; como tantas otras cosas, siempre se las apañaba para conseguirlo. Pero los domingos estaban ensombrecidos por la inminente separación, que provocaba tensiones inevitables. Jack tenía momentos de profunda melancolía en los que se quedaba callado y le daba la razón en todo, pero era como si se encerrase en sí mismo y se alejase de ella. En cierta ocasión, tuvieron una bronca; fue por la hija de Zoë. Jack quería que la llevase a pasar un fin de semana con ellos, pero Zoë se negaba. «Es demasiado mayor. Hablaría de ti; no podría impedirselo».

—¿Y tan malo sería?

—Creo que sería complicado. No puedo hablarles de ti. Sería un duro golpe para ellos.

—No les haría ninguna gracia que te hayas enamorado de un judío, ¿verdad?

Era la primera vez que aludía a su raza.

—Jack, por supuesto que no. No es eso.

Jack se calló. Estaban paseando por la orilla del Serpentine. Era una gélida tarde de domingo, y de repente Jack se dejó caer en uno de los bancos de hierro que miraban hacia el lago.

—Siéntate. Hay algo que necesito que me quede claro. ¿Puedes decirme sinceramente que si yo fuera un..., no sé, un *lord* inglés, o un conde, o lo que sea que tengáis aquí, no me llevarías a tu casa a presentarme a tu familia? ¿Que a estas alturas no me habrías llevado ya? Hace casi tres meses que nos conocemos y no me lo has propuesto ni una sola vez.

—No tiene nada que ver con eso. Es porque estoy casada con Rupert.

—Pensaba que me amabas.

—Y así es. Precisamente por eso. Se darían cuenta nada más verte, y... (¿no te das cuenta?) pensarían que estoy traicionando a Rupert, que debería esperar por si acaso vuelve.

—Ya veo. Y, si vuelve, se acabó lo nuestro, ¿no? Tú lo que quieres es dejar todas las puertas abiertas.

—No haces ningún esfuerzo por entenderme...

—Me da miedo. O se trata, en efecto, de eso (y, si tuvieras que elegir, te quedarías con tu vida de clase alta en una enorme casa de campo llena de criados antes que probar suerte con un judío de clase media cuya única fortuna es una cámara fotográfica de primera), o es que ya tienes pensada alguna alternativa. Te casarías con ese amigo suyo, Archie como se llame, con la bendición de tu querida familia. Él sí que va a la casa, ¿no? Eso me dijiste, y también que ya es uno más de la familia.

Zoë temblaba de frío, y de miedo. Jamás lo había visto así, tan enfadado, tan cortante, tan implacable y, a su modo de ver, tan equivocado.

Dijo:

—Cuando te hablé de Rupert aquella primera tarde, me pareció que lo entendías. Que te hacías cargo de lo que pasaba, de la situación en la que me encuentro. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Jack se volvió hacia ella y le apretó las manos con tanta fuerza que le hizo daño.

—Te voy a decir lo que ha cambiado. O lo que creía que había cambiado. Nos hemos enamorado. Eso pensaba yo. Que nos habíamos enamorado hasta



el tuétano. Eso significa que no es una cosa de ahora, de hoy, sino que afecta al resto de nuestras vidas. Eso pensaba yo. Quiero casarme contigo. Quiero tener hijos contigo. Quiero vivir contigo, que seas mía. No soporto la idea de que pueda tocarte otro. No eres una niña, Zoë. Eres una mujer adulta; puedes decidir por ti misma. No tienes por qué ir por la vida haciendo lo que los demás esperen de ti. ¿O quizá nada de lo que te acabo de decir es verdad para ti? Necesito saberlo.

Fue tal su perplejidad ante aquella rabia y aquella andanada súbita y feroz de agravios, tal su confusión ante aquel ataque que le exigía rendir cuentas de un futuro que —comprendió en ese momento— había evitado cuidadosamente plantearse, que por unos instantes se limitó a mirarlo, incapaz de articular palabra.

—Te amo, sí —dijo al fin—. Lo sabes de sobra, seguro. Y es cierto que no he pensado en el futuro. Nada. Lo que no es cierto es que... —Como le temblaba la voz, volvió a intentarlo—. No he barajado alternativas secretas, como dices. Te amo. Es la única certeza que tengo. Supongo que contigo he estado viviendo en una especie de isla... No he pensado en nadie más. —Se calló un momento, y después, con voz apenas audible, continuó—: Pero lo haré. A partir de ahora, lo haré.

Jack le soltó las manos y Zoë se tapó la cara para llorar como si estuviera con un desconocido. No podía parar. Era como si de repente diese rienda suelta en su interior a años y años de dolor contenido, de incertidumbre, de angustia sin paliativos; como si un mundo hubiese llegado a su fin y no hubiese ningún otro que ocupase su lugar. La abrazó y esperó a que se le pasara. Después, estuvo amable, tierno y arrepentido: le apartó las manos de la cara, le pasó los dedos por las lágrimas, la besó, le pidió que le perdonase. Hicieron las paces. Perdonar fue fácil, pero la plena felicidad, sin mácula, que había conocido, se volvió fugitiva, incierta, con su presente resbalándose hacia el pasado e infectándose del futuro. La riña le había hecho comprender a la vez lo mucho que lo amaba y lo poco que lo conocía.

En Navidad se sintió especialmente dividida; no se veía capaz de dejar a la familia, pero sabía que él iba a estar solo.

—¿No tienes amigos militares con los que pasarla? —preguntó.

Y él respondió que sí, que los tenía, pero que no le apetecía irse con ellos.

—Además, tampoco es que la Navidad signifique mucho para mí.

Pero le compró un regalo a Juliet, una cadena con un corazoncito turquesa. Celebraron juntos la llegada del Año Nuevo y la colmó de regalos: medias, un bolso de fiesta negro, un perfume llamado Beige, de Hattie Carnegie, que había pedido a Nueva York, un ramo de rosas rojas, una bata de seda de corte masculino que Zoë sospechaba que debía de haberle costado una fortuna y dos novelas de Scott Fitzgerald. Ella se había pasado semanas haciéndole una camisa. Tardó tanto, en parte, porque le resultó sorprendentemente difícil, y en parte porque tenía que hacerla más o menos a escondidas de la familia. «¿La has hecho tú?», dijo él, asombrado. «¿Me estás diciendo que la has cosido con tus propias manos?». Conmovido hasta la médula, se la puso al instante.

A Zoë le pareció el momento perfecto para sugerirle que fuesen a ver a Archie. Se dijo que lo hacía para neutralizar los celos que pudiera tener Jack de él, pero también le movía el deseo de presentarle a su amante a alguien. Archie era de confianza y discreto, y, en cualquier caso, el único que sabía de la existencia de Jack.

De manera que, unas horas más tarde, estaban en el piso de Archie (donde solo había estado una vez, cuando fue a arreglarse para su primera cita con Jack. Parecía que habían pasado años de aquello), y Jack y Archie se estaban llevando a las mil maravillas. No prestó oídos a lo que decían porque le sonaba a la típica conversación sobre la guerra. En cambio, echó un buen vistazo a la habitación, a las paredes blanquísimas, al enorme cuadro de una mujer medio desnuda reclinada en un sofá junto a un jarrón de rosas. La mujer era fea, pero los colores eran una maravilla. Sobre una mesa había una maceta de jacintos y una lámpara hecha con una vieja botella de vidrio negro. Las estanterías que había a ambos lados de la chimenea estaban combadas por el peso de los libros, y al lado de la puerta había un tabique ocupado por la cómoda de roble carcomida donde le había dicho que se guardaba la ropa de cama. La parte de arriba estaba cubierta por un retal de seda morado y verde con bordados y cristalitos cosidos. Enfrente, unas cortinas —bastante sucias— con un estampado de franjas muy anchas en rojo y crema enmarcaban un balconcito que daba a un jardín cuadrado. La tarde que había ido a ponerse el vestido negro no se había fijado en nada de esto.

El encuentro tuvo que interrumpirse porque Archie había quedado a comer en Chelsea.

—Se come muy tarde porque la anfitriona es española, pero con esto y con todo puede hacerse tarde incluso para ella.

La había besado en la mejilla y les había dado las gracias por la visita, y en ese momento Zoë se había fijado en que ni una sola vez había aludido a la vida familiar de los Cazalet ni a Home Place, ni, de hecho, a nada que hubiese podido hacer que Jack se sintiese excluido.

Una vez en la calle, Jack la cogió del brazo y le dijo:

—Me alegro de haberlo conocido. Está bien ver a alguien de tu familia.

—En realidad no es de la familia.

—Es la sensación que da. De todos modos, es bueno que lo tengas como amigo.

El nuevo año empezó suave, seco, luminoso; parecía que no iba a caer ni una gota de agua. Más tarde, Zoë no conseguiría recordar cuándo habían tenido la primera conversación sobre la guerra; casi nunca hablaban de ella, pero el inminente desembarco aliado en Francia, el segundo frente, era un tema recurrente en Home Place, en los periódicos, en los trenes.

—¿Cuándo crees que será? —le había preguntado un día con aire distraído.

—Pronto, espero, aunque vamos a necesitar que haga buen tiempo. Y eso, aquí, parece que solo pasa en verano. No te preocupes, cariño, no va a ser ya mismo.

—¿Que no me preocupe? ¿Por qué? ¿Acaso vas a ir?

—Sí.

—¿A Francia?

—Cariño: sí.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó tontamente.

—El que haga falta —respondió él—. No te preocupes. Solo soy un periodista, una especie de testigo, nada más. No voy a combatir.

—Pero lo mismo te... —Lo invadió el terror; no pudo seguir.

—Fui a Italia en enero, a sacar fotos de los desembarcos.

—¡No me dijiste nada!

—No. Pero volví sano y salvo. Es mi trabajo. No nos habríamos conocido si no trabajase en esto. —La cogió por los hombros y le dio un estrujoncito—. Venga, ya basta.

—¿Pero me... me lo dirás, me avisarás... antes de marcharte?

Silencio.

—¡Jack! ¿Me lo dirás? ¡Por favor!

—No —dijo secamente—. No te lo diré —y añadió—: Como no tengamos cuidado, acabaremos discutiendo por esto, así que es mejor que no hablemos más del tema.

Pasaron dos meses, tres, y empezó el verano. En el campo había rosas silvestres, y en la ciudad empezaron a florecer las adelfas entre los escombros. Al cruzar el río para entrar en la estación, el tren, como tantas otras veces, desaceleró sobre el puente, y Zoë se quedó mirando los globos de barrera plateados que se mecían bruscamente en el cielo, abarrotado también por largos bancos de nubes que arrojaban presurosas sombras sobre el río color peltre. El tren llegó a las seis de la tarde; le daba tiempo a coger el autobús número 9 para ir a Knightsbridge y llegar al estudio antes que él. Era lunes, un día en el que no solían quedar, pero los planes para el fin de semana se habían malogrado. Últimamente, Jack trabajaba más y viajaba a menudo al sur, a la costa, y hacía quince días el fin de semana se había interrumpido por una llamada que le ordenaba presentarse para el servicio. Pero ese lunes Zoë tenía que ir a Londres porque al día siguiente temprano tenía cita con el dentista, y cuando hablaron por teléfono entre semana hicieron planes para que pasara la noche de la víspera con él.

En la parada del autobús había la cola de siempre, y, cuando por fin llegó el autobús y una repentina ráfaga de viento se llevó el sombrero de la anciana que tenía delante, Zoë tuvo que apearse para cogerlo. Pero el cobrador la esperó: «No puedo permitir que se quede usted sin su casquete», dijo, y, mientras se preguntaba a qué demonios se estaría refiriendo, un hombre viejo y gordo que iba sentado enfrente de ella dijo: «Casquete... Tiene gracia. ¿Lo pillas?», y le dedicó una sonrisa que dejó al descubierto unas brillantes encías artificiales color albaricoque. Después bajó la mirada a las piernas de Zoë, donde permaneció durante el resto del trayecto.

El estudio olía a polvo. El ventanal no se abría; tuvo que abrir los ventanucos de la cocina y del baño para que entrase el aire. Jack jamás los abría. Le gustaban las casas calientes, decía, y las bebidas frías. Le costaba resignarse a que no hubiera hielo ni neveras. Abrió las ventanas para ventilar. Estaba todo muy ordenado, la cama hecha, no se veían tazas con restos de

café, aunque había una botella medio llena de leche cortada en la pequeña fresquera que hacía las veces de despensa. Se preparó una taza de té poco cargado. Después decidió darse un baño y mudarse antes de que Jack volviese a casa. Porque, a estas alturas, era su casa, pensó. Ya no estaba tan vacía como al principio. Estaban los libros que Jack había ido acumulando, la ropa que había ido llevando ella, un par de pósteres de la Shell —uno de Ted McKnight Kauffer y otro de Barnett Freedman— que había comprado él...

Para cuando terminó de cambiarse eran casi las siete y media, y dejó la puerta entornada para oírlo cuando subiera. Había una montonera de ejemplares de la revista *New Yorker* que Jack había pedido que le enviaran, y trató de distraerse con ellos. Pero se iba poniendo cada vez más nerviosa. Esperó hasta las ocho y lo llamó al trabajo. Era una línea directa que no tenía que pasar por la operadora, pero dejó sonar la llamada una y mil veces y no hubo respuesta. Está de camino, se dijo, pero había empezado ya a dejar de creerlo.

Estuvo mucho rato esperando y no venía. A las ocho y media se sirvió un gran vaso de *whisky* con agua, encontró la manoseada cajetilla de Lucky Strike que Jack tenía siempre guardada en el bolsillo de la bata y se fumó uno porque el olor era reconfortante. Debían de haberlo llamado... No iba a venir. El cielo se tiñó de color lavanda y daba la impresión de que el viento había amainado, aunque todavía se veían nubes. Se sentó junto a la ventana y vio cómo iba mermando la luz hasta que se hizo de noche. Solo cuando oyó las campanadas del Big Ben en una radio lejana mientras se servía un segundo *whisky* ante la ventana de la cocina le vino a la cabeza que quizá hubiera comenzado el desembarco. Solo de pensar que fuera eso y que hubiese podido marcharse sin despedirse siquiera de ella, que se hubiese ido a saber para cuánto tiempo a enfrentarse a saber a qué peligros. A este respecto, no se hacía ilusiones: ¿cómo iban a desembarcar miles de hombres y echar a andar por playas en las que los esperaban los alemanes sin que los recibiera una muerte horrible? Y, por mucho que Jack hubiera dicho que él no era más que un testigo, si estaba allí le dispararían lo mismo que a los demás. No podía pasarse toda la noche sola en el estudio, sin saber nada. Se iría al *pub* que había al final de la callejuela, pediría algo de beber y preguntaría si había noticias —seguro que encontraba a algún parroquiano informado—. Jamás había ido sola a un *pub*, y en circunstancias normales habría sido un calvario,

pero en estos momentos estaba demasiado desesperada para preocuparse por eso, y, cuando todos y cada uno de los hombres del pequeño bar cargado de humo la miraron con aquella mezcla de curiosidad y condena que reservaban para las mujeres que acudían a estos lugares sin un acompañante, no les hizo caso, se fue directa a la barra, pidió un *whisky* pequeño y, después de pagar, le preguntó al camarero si había noticias. Noticias, lo que se dice noticias, no, dijo él; porque seguro que ella ya sabía que habían entrado en Roma. El rey Víctor Manuel, o comoquiera que lo llamasen en su casa, había abdicado a favor de alguien cuyo nombre no recordaba. «No puedo decir que me quite el sueño. A mí todo lo que tenga que ver con reyes extranjeros me suena a chino».

Ninguna noticia. De buena gana habría besado al camarero. Apuró el vaso y se marchó. Al volver al estudio, se quitó la ropa, se arrebujó con la bata de Jack y se durmió.

Fue en el sillón del dentista, con la boca llena de bolitas de algodón, donde se enteró de que, en efecto, el desembarco había empezado esa madrugada. Cerró los ojos para evitar que se le saltasen las lágrimas, pero en vano.

—Venga venga, señora Cazalet, que esto no duele, y además ni siquiera he empezado todavía. Hala, un pinchacito y no sentirá nada.

# LOUISE

## Invierno de 1944-1945

—Tú quédate ahí. No tiene ningún sentido que te levantes. Me afeito, me visto y me voy.

—¿No quieres que vaya a despedirte?

—Casi mejor que no. Lo mismo van conocidos en el tren.

Desapareció y Louise oyó el agua saliendo del grifo; el piso estaba sacado de un enorme local y habían puesto unos tabiques muy finos. Sonó el despertador —eran las cinco y media; tenía claro que no quería arriesgarse a perder el tren—. Lo cogió a tientas para apagarlo. Esperaré a que se vaya, se dijo, y luego me levantaré, me lavaré y me vestiré... y me iré.

Cuando volvió, medio vestido —con calcetines negros, con agujeros por la zona del dedo gordo; el pantalón, lustroso por el desgaste—, Louise le preguntó:

—¿Cuándo volveré a verte?

—No muy pronto, me temo. Me huelo que durante una temporada la guerra va a ser una locura. —Cogió la camisa blanca, no muy limpia, metió los brazos y empezó a abotonársela—. Y supongo que dependerá un poco de tu marido.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Es mi jefe. Al menos, durante los próximos meses. No deja de haber cierta ironía en ello, ¿no crees? ¿Dónde demonios está mi corbata?

—En el suelo.

Era un trozo de tela negro y pringoso, raído por la zona del nudo, que llevaba demasiado tiempo sin deshacerse. La raspó un poco con la uña del

pulgar.

—¡Maldita sea! Parece que me haya caído algo. Qué curioso, ¿no? Que las manchas siempre parezcan de huevo cuando no hay ni un solo huevo a la vista. —Se acercó a la cama—. ¡Cariño! Espero que me mirará usted siempre así, sobre todo cuando haya gente delante<sup>7</sup>.

A menudo se decían frases de la obra de teatro que había sido el tema de su primera conversación.

—Bueno —dijo ella, intentando estar a la altura—, esta incertidumbre es terrible. Espero que no dure mucho.

Se estaba poniendo la chaqueta, gastada y brillante como el resto del uniforme y cargada de galones en la parte izquierda de la pechera. Tenía una cruz al mérito militar y una barra, y llevaba acumuladas cinco menciones en partes de guerra. Abrió el baqueteado maletín, desapareció y volvió con una bolsa de aseo, que guardó junto con un tarro de gomina.

—Tu despertador.

—Chica lista.

Se palpó el bolsillo superior y sacó un peine roto que se pasó por el engominadísimo pelo. Louise no soportaba el olor, pero no se lo había querido decir. Después, se acercó a la cama y se sentó al borde para besarla. Se había cortado al afeitarse; le dijo que tenía un arco de perlitas de sangre en la mejilla, como un troquelado.

—Eso es por afeitarme con agua fría. De todos modos, la cuchilla ya no da para más.

Le puso las manos sobre los hombros desnudos y le apartó la larga melena sin dejar de mirarla con aquellos ojos grises tan hermosos, tan grandes, tan inteligentes.

—Ha estado bien, ¿a que sí? Cuídate.

—¿Me...?

—Pues claro que sí. Pensaba que después de lo de anoche ya te habrías dado cuenta. —Volvió a besarla. La boca ya no le olía a *whiskysino* a menta—. Me temo que no me queda más remedio que irme ya a ganar la guerra.

—Gánala —dijo ella.

De repente le entraron unas peligrosas ganas de llorar, pero se le pasaron.

—En el tren pensaré en ti, aquí tumbada... pura voluptuosidad, como una



modelo de Renoir pero delgada. Preciosa, sí.

Se enderezó, se retiró el cabello rebelde de la frente, cogió el maletín y se marchó.

Había pensado que tal vez lloraría una vez que se hubiese ido, pero resultó que no tenía ganas de llorar. Se sentía, simplemente, triste y desinflada. La noche anterior, después de llamar Rory, se había preparado con entusiasmo para ir a verlo. Se sintió temeraria, intrépida, emocionada por el plan de verse con su amante y pasar la noche con él en un piso desconocido. A pesar de sus intentos, todavía no disfrutaba haciendo el amor, pero había llegado a la conclusión de que solo era una cosa más a añadir a la creciente lista de sus defectos: pésima madre, esposa desagradecida, actriz fallida, la mujer peleada con las tareas del hogar y rematadamente inútil en la que parecía haberse convertido en los dos últimos años. Tenía la sensación de que malgastaba todas sus energías en interpretar siempre el consabido papel de la señora de Michael Hadleigh, en soportar los dolores de garganta (cada vez más y más fuertes) y, en general, en hacer maquinalmente todo lo que se esperaba de una joven y feliz esposa. Sin embargo, de puertas para adentro, con Michael, hacía mucho tiempo que las cosas iban mal.

Todo había empezado, veía ahora, poco después del día en que llamaron a la puerta de su casa de Londres y al abrir se encontró con un joven moreno y larguirucho vestido de uniforme.

—Disculpa. ¿Vive aquí Michael Hadleigh?

—Bueno, sí, cuando está de permiso.

—¿Y cuándo va a estar de permiso?

—No estoy segura.

—Bueno, da igual. Esperaré —lo interrumpió a la vez que entraba y dejaba la bolsa en el suelo—. Tú debes de ser Louise Hadleigh. Vi una foto de vuestra boda en el *Times*. Me pilló en el extranjero; si no, me habría presentado allí como una bala. —Le dedicó una sonrisa de lo más atractiva y observó—: La analogía de la bala está un poco manida en los tiempos que corren, ¿no? ¡Por cierto! ¿Me darías algo de comer? En el tren me zampé un pastel venenoso o qué se yo pensando que tenía muy buena pinta, pero parece que mi estómago no era de la misma opinión. Por cierto, soy una especie de primo..., Hugo Wentworth.

Louise estaba encantada. Bajaron a la cocina y le preparó tostadas con

extracto de carne y varias tazas de té. Hugo hablaba sin parar, capaz, por lo visto, de seguir el hilo de tres conversaciones a la vez, entremezclando el relato de su viaje desde lo que definió como un bastión católico en el norte con imitaciones de boletines informativos sobre la guerra y comentarios harto personales sobre Louise.

—Últimamente los trenes son o un horno o una nevera, ¿te has fijado? Caramba, eres tan guapa que me distraigo. Supongo que si tuviera un cuerpo más fornido habría conseguido digerirlo, el pastel ese. —Y puso cara de gordo, una cara espantosa y graciosísima, a la vez que decía—: Goering con una ligera indigestión. Lo del extracto Bovril es un misterio, ¿no te parece? ¿Tú qué crees, que lo hacen con el buey entero o solo con esa cara tan de confianza que sale en la etiqueta? Nadie diría que acabas de tener un hijo. A lo mejor es que era un bebé minúsculo. ¿Quedan tostadas? Aunque lo que de veras me apetecería sería comer langosta. En Yorkshire la comida se reducía a los bollitos que hacía mi madre, y, como no empezó a cocinar hasta que estalló la guerra, parecían granadas de mano de lo duros que estaban. No te molesta que me quede una temporadita, ¿no? Puedo dormir en el suelo; por desgracia estoy acostumbrado a las incomodidades. No sabes cuánto me alegro de que Michael se haya casado contigo. Me temía que no se fuese a casar nunca...

—Te hizo un retrato, ¿no? Acabo de acordarme.

—Me hizo varios. Me quedaba a menudo en Hatton cuando estudiaba en Oxford. El Juez ha sido un padrino espléndido. ¿Tenéis un piano? Podríamos cantar dúos sentimentales; lo mismo te alegran. Ya sabes, cosas como «Mi amor tiene mi corazón, y el suyo lo tengo yo», ñoñeces empalagosas, para mi gusto.

—Contigo es difícil meter baza.

—¡Ah! Eso es por mi temperamento latino. Mi madre es francesa, una viudita negra, diminuta. Cómo no, le llamo *maman*. Pero mi padre era inglés; era primo del Juez o algo parecido. Lo hirieron de gravedad en la primera guerra y murió cuando nací yo, así que siempre he sido el típico hijo único precoz. Tú no eres hija única, ¿no? Me dijeron que tienes una familia muy extensa.

—Solo somos cuatro hermanos, pero tenemos un montón de primos.

—Entonces ni notarás que haya uno más en casa, ¿no? ¿Quieres que vaya

a ver a tu bebé?

—No está aquí. Está en el campo, con mi familia. Por los V2.

—Ah, bueno, entonces nada. En realidad, no es que me vuelvan loco los bebés. Casi siempre están mojados y tienen una pinta de lo más deprimente. Me pasma que a la gente se le caiga la baba con ellos.

—A mí no se me cae especialmente —dijo Louise, sintiéndose al instante un poquito más aliviada por haber sido capaz de decirlo.

—¡No me digas! ¡Qué interesante! —Le cogió la mano—. Pues vaya, pobrecita, qué faena que tengas uno.

Aunque casi siempre hablaba él, sobre todo de tonterías, Louise no tardó en descubrir que era muy observador y no tan atolondrado como daba a entender. Para cuando Polly y Clary volvieron del trabajo tenía la sensación de que hacía años que lo conocía, y esperaba que se quedase en su casa cuanto más mejor. También a ellas les cayó simpático inmediatamente, y después de una cena divertidísima pasaron la velada representando el noticiario de Gaumont British con música y acción, sin palabras. Hugo se lucía en este juego: hacía de comentarista de carreras, de la reina María, de reportero de guerra, hasta del señor Churchill soplando las setenta velas de su tarta de cumpleaños; el resto del tiempo, tocaba la música de fondo —atlética, heroica— con papel higiénico y un peine.

La primera vez se quedó más o menos una semana, pero a partir de entonces empezó a presentarse cada cierto tiempo y se convirtió en uno más de la familia, y sobre todo en el infatigable acompañante de Louise. Iban al New Theatre a ver a la compañía del Old Vic, y solía ser ella quien compraba las entradas; él nunca parecía que tuviera dinero, en gran medida, pensó Louise más adelante, porque no paraba de hacerle regalos. Tenía buen ojo para encontrar cosas que merecían la pena en las tiendas de objetos usados, y una vez apareció con una mesa Pembroke que había trasladado a rastras durante varios kilómetros. «Ha costado nueve libras, y la verdad es que es bastante bonita, más que aquella mesa de cartas tan espantosa, con el tapete verde apolillado», dijo. Otra vez se presentó con el pelo engominado hacia delante y un bigotito negro.

—*Heil, mein Eva!* —gritó, abrazándola—. Solo quería ver qué pasaba. Pero en el autobús se han limitado a mirarme, y luego, muertos de vergüenza, apartaban la vista. Qué cosas, pensaba que las damas se pondrían a chillar y

que los hombres intentarían arrestarme. —En esta ocasión iba de paisano—. Seguro que la norma número mil setecientos sesenta y cuatro barra cinco nueve dice que está prohibido disfrazarse del enemigo.

Cuando Michael telefoneó la primera vez que Hugo se quedó y Louise le dijo que estaba allí, se lo tomó con una cordialidad que sonó un tanto artificial.

—¡Estupendo! Qué lástima que no vayamos a vernos. Dile que se porte bien y dale muchos recuerdos de mi parte.

Con el tiempo, acabaron coincidiendo, aunque solo una tarde. Louise vio, más claramente que nunca, que las bromas privadas que circulaban por la casa languidecían en presencia de Michael, o bien se quedaba callado mirándolos con una amable sonrisa forzada o —y esto sí que daba vergüenza ajena— intentaba decir algo aún más gracioso, momento en el cual los demás se reían por cumplir o alguien cambiaba de tema. Hugo y él parecían incómodos el uno con el otro; Hugo intentaba tomarle el pelo, y Michael respondía con desdén y a continuación se mostraba conciliador.

—¿Por qué pasas tanto tiempo en Londres? —le preguntó a Hugo.

Y este respondió que le habían asignado una temporada al Ministerio de Guerra.

—Entonces, ¿estás viviendo aquí en casa?

—Bueno, sí; solo mientras dure el trabajo. Louise, muy amablemente, me dijo que podía quedarme.

Aquella noche, mientras se acostaban, Michael dijo:

—Creo que podrías haberme preguntado por lo de Hugo. Puede ser un poco parásito.

—Lo siento. Pensé que te alegrarías. Además, de parásito no tiene nada; no para de traer cosas bonitas. Los vasos esos que hemos usado en la cena los trajo él, y ese cuenco de cristal con flores tan bonito. Se le da de miedo encontrar cosas y siempre me las da, nos las da —se corrigió.

—Bueno, tú ten cuidado, a ver si te va a encontrar a ti.

—Menuda idiotez —había respondido con aspereza.

En aquella ocasión se había sentido ofendida y, también, inocente.

Aquello fue más o menos por Navidad. Los dolores de garganta no se le iban; en invierno siempre empeoraban y venían acompañados de depresiones

que cada vez le costaba más disimular.

Una tarde, Hugo volvió temprano de la oficina y se la encontró hecha un mar de lágrimas. Había estado intentando untarse en la garganta un asqueroso potingue marrón que hacía daño, y además se había metido demasiado el cepillito y había vomitado. Se la encontró doblada sobre el lavabo del cuarto de baño, febril y llorando. La acostó, le trajo una bebida caliente con una aspirina y se sentó a su lado.

—Te voy a leer algo en voz alta. Así no forzarás la garganta hablando.

Lo dijo como lo más normal del mundo, y tan amable fue y tan bien le leyó que Louise no solo empezó a sentirse mejor sino también feliz, y se durmió pacíficamente.

Cuando despertó, Hugo seguía allí.

—¿Qué hora es?

—Ya ha pasado la hora de las brujas. Has dormido como un lirón.

Le tomó la temperatura, que era casi normal.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Casi todo. Polly me trajo un sándwich. He estado leyendo. Pero no he hecho trampa, no he seguido leyendo *Adriano*. He leído otra cosa.

—Hugo, eres la persona más buena que he conocido en mi vida.

—Y tú la persona que más amo en este mundo —respondió él.

Se hizo un silencio absoluto, palpitante.

No la pilló de sorpresa; le pareció lo más natural del mundo. Era lo mismo que sentía ella, y se lo dijo.

Las siguientes semanas transcurrieron en un estado de despreocupada felicidad que se le antojaba enteramente nuevo. Cada mañana, cuando Hugo se iba a trabajar, la certeza de que volvería por la tarde la sostenía durante toda la jornada. Recuperó las fuerzas: decoró la casa, se esmeró por preparar cenas ricas (Hugo tenía un apetito voraz; se comía todo lo que le pusieran y aun así seguía en los huesos). De vez en cuando, Louise cogía la bicicleta y se iba a almorzar con él al centro, y a la vuelta subía la cuesta de Edgware Road enganchándose a algún camión. Los fines de semana iban a tiendas de objetos usados a buscar cosas para la casa, como cuando recorría Church Street con Polly antes de la guerra. De repente era como si se hubiese vuelto mucho más joven, como si ni siquiera se hubiese hecho mayor; él era su

hermano, su amigo, la mejor compañía del mundo, y lo amaba. Un fin de semana lo llevó a Sussex; el éxito fue inmediato. Había adoptado la costumbre de ir cada dos o tres semanas a ver a Sebastian, que estaba dando sus primeros pasos y era la viva imagen de Michael. Estas visitas le solían causar gran dolor, la dejaban angustiada y con sentimiento de culpa. Sabía que lo que se esperaba de ella era que no soportase separarse del niño, y sabía, también, que en realidad no había ninguna necesidad de hacerlo. No tenía ninguna obligación de vivir en Londres; para Michael era lo más cómodo, pero en su fuero interno ella sabía que, si hubiese dicho que tenía que quedarse en Sussex con su hijo, él habría accedido. Esto, a su vez, habría comportado visitas prolongadas y habituales a Hatton, y con eso sí que no podía.

No hablaron de amor durante aquellas semanas; simplemente, lo daban por hecho. De lo que sí le habló un poco Louise fue del pavor que le daba la animosidad de Zee. Hugo escuchó; sabía que a Zee no le caían bien las mujeres, de modo que, al menos en parte, ni siquiera era una cuestión personal, dijo.

—Y supongo que, cuando acabe la guerra, tendrás a Michael para que te proteja de Zee —había concluido.

Al ver que se quedaba callada, se le escapó de repente:

—Pero no lo hará, ¿verdad? Hace todo lo que ella quiere.

Louise se le quedó mirando, consciente de la amarga verdad que encerraban sus palabras.

—Sí, ¿verdad? Sí, así es.

—¡Louise! Hasta ahora nunca te lo había preguntado. Me había prometido a mí mismo que no lo haría, pero, ya ves, te lo pregunto. ¿Lo amas?

—¡No lo sé! Pensaba que sí, pero no lo sé. Es como si todos mis sentimientos estuvieran descaminados, como si no debiera sentir lo que siento. Intento no sentir nada, pero la cosa va de mal en peor. La última vez que vino no podía soportar la idea de... —El pudor le impidió terminar la frase.

Hugo la miró con amor.

—Más o menos me lo imaginaba. Lo digo en serio. Desde la primera vez que te vi... —Había en su voz una especie de desgarramiento contenido. Carraspeó

—. Bueno, en cualquier caso, me tienes a mí.

—En realidad, no te tengo, ¿no? —gimió antes de arrojarle en sus brazos.

Aquella fue la primera vez que la besó. Empezó a besarla y no podía parar; se aferraban el uno al otro buscando consuelo, seguridad y, después, dando rienda suelta a la pasión, que la sorprendió como una sacudida gozosa, como si su cuerpo entero estuviese descubriendo el amor por primera vez en su vida.

—¡Conque en esto consiste! —dijo durante un respiro—: Han de quererlo los dos.

—Pobrecita mía. Los dos.

Pero no se acostaron. Estuvieron varias noches encontrándose en el salón cuando las chicas ya se habían ido a la cama, y, tumbados en el suelo delante de la chimenea, fundidos en un abrazo, se besaban hasta acabar con la boca dolorida y consumidos por el deseo. Pero por una especie de acuerdo tácito no iban más allá, y al final subían sigilosos las escaleras, descalzos, de la mano, y se separaban sin decir palabra antes de retirarse a sus respectivos dormitorios.

El fin de semana, mientras paseaban, Hugo dijo que no podían continuar así, y que la única salida honesta era que él hablase con Michael. Al principio, solo de pensarlo se quedó horrorizada. Estaba segura de que no podía llevar a nada bueno, pero Hugo se mostró firme y, poco a poco, aunque estaba muerta de miedo, Louise empezó a pensar que quizá tuviera razón. Al fin y al cabo, ella casi siempre se equivocaba en todo lo que pensaba y sentía; confiaba en él, y estaba de acuerdo en que no podían seguir así. Lo amaba, y seguro que él sabía mejor que ella qué era lo más conveniente.

A la semana siguiente, Michael apareció. Tenía un permiso de cuarenta y ocho horas. Louise había quedado con Hugo en que bajaría a la cocina a preparar el almuerzo mientras él hablaba con Michael.

Aquel día —el día del regreso de Michael—, lo pasó sumida en una especie de euforia nerviosa. Era incapaz de adivinar cómo iba a reaccionar su marido, y tenía miedo; por otro lado, le parecía que, mientras estuviese allí Hugo, al final todo saldría bien.

No tardó mucho en oír a Michael llamándola desde lo alto de las escaleras. Al entrar en el salón se los encontró a los dos de pie; Hugo estaba delante de la ventana, y al volverse hacia ella vio que estaba muy pálido.

Michael estaba al lado de la chimenea, con el antebrazo apoyado en una esquina; tenía la cara roja, y en cuanto abrió la boca Louise se dio cuenta de que estaba muy enfadado. Habló con tono despreocupado, condescendiente, desdeñoso. Que jamás había oído nada tan absurdo, que parecían un par de niños consentidos, aunque de Hugo, al menos, se habría esperado que a su edad tuviese más conocimiento (tenía un año más que ella, es decir, veintitrés). ¿Qué demonios querían que respondiera a una propuesta tan estúpida? Etcétera, etcétera. Qué cosas: se iba uno a la guerra —porque, claro, lo mismo no se habían enterado de que seguían en guerra— y a la vuelta se encontraba con que su primo, al que su familia siempre había acogido con los brazos abiertos, había estado enredando con su mujer, que, sorprendentemente, al parecer, se había olvidado de su condición...

Al llegar a este punto, Hugo lo interrumpió:

—¡Por el amor de Dios, deja de hablar de Louise como si no estuviera presente!

No tenía intención de seguir hablando del tema, dijo Michael. Simplemente, no merecía ni que se mencionase. Tenía que irse si no quería llegar tarde al almuerzo.

¿A qué almuerzo?, se le había escapado a Louise.

Con mamá y con el Juez. Creía que se lo había dicho; al enterarse de lo breve que iba a ser el permiso, su madre se había ofrecido a ir a pasar el día a Londres con el fin de verlo. Ahora, en vista de las circunstancias, no le apetecía llevarse a Louise. Terminó diciéndole a Hugo que aquella era su casa y que después de lo que había oído esperaba, lógicamente, que se marchase de inmediato.

—Espero que te hayas ido para cuando yo vuelva. Y que ni se te pase por la cabeza volver a esta casa. Jamás.

Cuando Michael se hubo marchado, empezaron a ver con claridad algunas de las consecuencias de lo que habían hecho. Tendría que irse, dijo él. Era imposible seguir en casa de Michael después de lo sucedido. ¿Y si se iba con él?, dijo ella. No, le dijo. No tenía suficiente dinero para mantenerla, no tenían donde vivir, estaba atado al Ejército. «Y tengo que mandarle dinero a la viudita negra», dijo. «No pensaba decírtelo, pero no tiene nada y con lo que le mando no me queda más que calderilla».

Michael se estaba portando como un auténtico monstruo, dijo ella; la



sinceridad que le habían demostrado habría merecido algún tipo de recompensa.

—Porque al fin y al cabo le contamos la verdad —repetía sin cesar—. Al menos, tú sí.

—La verdad no siempre es agradable. Él también te ama. No lo olvides.

—¿Cómo sabes que me ama?

—No se habría enfadado tanto si no.

—Pues entonces no se lo deberíamos haber contado —dijo Louise más tarde.

—Ah, cariño, claro que sí. Cualquier otra cosa habría sido un cúmulo de mentiras, de engaños, un horror...

Entretanto, bajaron a comer a la cocina, pero ninguno de los dos tenía apetito. Hugo dijo que tenía que empezar a recoger sus bártulos, y, mientras buscaban sus cosas y algo en donde meterlas, surgió la pregunta de adónde demonios iba a ir. No lo había pensado, dijo; ya encontraría algo, que no se preocupase por eso. ¿¿Cómo no iba a preocuparse?! ¿A casa del tío Hugh? Pero ¿qué explicación darían a las chicas? Menos mal que ese fin de semana no estaban. Una vez hechas las maletas, Louise pensó en Archie. Hugo lo había conocido, y parecía que se habían caído bien. «Pero no lo conozco tanto como para plantarme en su casa así, por las buenas», dijo Hugo. Ella dijo que ella sí. Sin embargo, cuando lo llamó no estaba. Para entonces ya eran casi las tres, y Hugo dijo que más valía que se fuera.

—Siempre están los baños turcos. Y el lunes alguien habrá en el trabajo que sepa de algún sitio. En serio, no te preocupes.

—Pero ¿me llamarás para decirme dónde te vas a quedar al final?

—Te llamaré el lunes por la tarde, cuando ya no esté Michael. Te lo prometo.

La certeza de que no podían retrasar más el momento de la separación se abatió sobre ellos. El equipaje estaba en el pasillo; no sabían exactamente cuándo volvía Michael, y Hugo dijo que no quería arriesgarse a que le repitiese que se fuera. La estrechó entre sus brazos y la besó suavemente en los labios.

—Menudo lío, ¿no? —dijo Hugo. Tenía los ojos empañados.

—¿Te acompaño al autobús?

—Mejor no; prefiero decirte adiós aquí.

—¡Te quiero tanto!

—Y tú eres la persona que más amo en este mundo —dijo él. Le apartó el pelo de la frente y volvió a besarla—. Adiós, Louise, mi cielo, mi amor.

Cuando se hubo cerrado la puerta de la calle, oyó el clic de la reja del jardín. No le llegó el sonido de sus pasos alejándose, y la casa quedó en silencio. Subió al que había sido el cuartito de Hugo, se tiró en la cama y lloró hasta que empezó a dolerle la garganta.

Pero aquello solo fue el principio de la que resultó ser la época más oscura de su vida.

Cuando Michael volvió, Louise supo sin necesidad de que se lo dijera que había hablado del asunto con su familia, con Zee. Tenía un empaque como de maestro de escuela, frío, resuelto. Louise había de acompañarlo al puerto en el que iba a asumir el mando de un nuevo destructor. Se alojaría en un hotel de la zona, y él también dormiría en tierra. Se irían el domingo por la tarde. Solo le exigía que le garantizase una cosa: que no iba a escribir a Hugo ni a comunicarse con él por ningún medio. Y no había más que hablar. Se quedó tan anonadada al oír los planes que asintió, antes de caer en la cuenta de que, cuando la llamase Hugo el lunes por la tarde, no estaría en casa. Preguntó si podía escribirle una carta, solo una, para explicarle lo que iba a pasar, pero Michael dijo que no.

—Ya le dejaré bien claro el Juez lo que está pasando. No hay ninguna necesidad de que te encargues tú.

Por consiguiente, poco más de veinticuatro horas después, Louise se encontró con que estaba en el cavernoso vestíbulo del hotel Station de Holyhead, esperando con apática paciencia ante el mostrador de recepción mientras Michael firmaba el registro y buscaban la llave de su habitación. Después, el botones los acompañó al ascensor, al segundo piso y por un pasillo ancho y oscuro tachonado de puertas, hasta que al fin se detuvo delante de una de ellas, metió la llave a tuestas y abrió. Una vez que hubo soltado las maletas y recibido el chelín que le dio Michael, se marchó. De nuevo estaban solos, más aún que en el tren, donde había habido otros pasajeros y ruido.

—Te dejo para que deshagas las maletas —dijo Michael después de asearse (sonó como una concesión)—. Nos vemos dentro de media hora en el

restaurante.

La puerta se cerró con un golpecito seco y firme. Louise simplemente se sentó al borde de su cama. El lugar ya le parecía una cárcel. Le dolía la cabeza del largo viaje en un vagón sofocante y cargado de humo; había dormido parte del trayecto porque la noche anterior la había pasado en vela. Michael había insistido en que saliesen a cenar con otro oficial de la Marina y su esposa. Durante la cena, los hombres habían hablado de asuntos navales, y la señora había hablado de bebés y de la suerte que tenía Louise de poder quedarse en un hotel y tener a su lado a su marido todas las noches, sano y salvo. Después se habían pasado horas, o eso le pareció, bailando. Había pensado que se alegraría de que aquel día interminable, horrible, llegase a su fin, pero, cuando Michael, con silenciosa y mecánica presteza, terminó de hacerle el amor (¿por qué lo llamarían así?), fue incapaz de abandonarse al sueño, algo que había estado anhelando toda la velada. Rodeada de oscuridad, rígida, desvelada, seguía pensando en Hugo; no había dejado de pensar en él desde el instante en que se marchó, pero era como si la súbita separación le hubiese congelado el corazón y paralizado los pensamientos hasta el punto de que durante todo aquel día, durante toda la velada, le había parecido que el dolor estaba muy lejos... Sabía que estaba ahí, pero, por así decirlo, era tanta la distancia que no llegaba a oírlo. Sin embargo, al dormirse Michael, comenzó el deshielo, el sufrimiento. Lo echaba de menos, lo amaba, no se imaginaba cómo iba a poder soportar la vida sin él. Era una sensación muy parecida a la arrolladora nostalgia del hogar que había presidido su infancia. Si pudiera estar con él, solo eso, todo lo demás me daría igual, pensaba. Aquel día, y también el siguiente, Michael se las apañó para hacerle sentirse culpable por lo que él llamaba «su comportamiento», pero, cuando se quedaba sola, el sufrimiento eclipsaba con facilidad la culpa. Le parecía a la vez increíble y espantoso haber descubierto lo que era el amor cuando ya era demasiado tarde.

Cenaron en el comedor, que tenía unos ventanales tan grandes y un techo tan alto que no había modo de calentarlo. Se sentaron a una mesa adornada por un clavel y culantrillo, y les sirvieron sopa de tomate de lata, fiambre de jamón con patatas y remolacha en vinagre; de postre se podía elegir entre pastel de manzana y tarrina de ciruelas pasas. Michael dijo que lo mejor eran

los desayunos. El comedor estaba medio lleno; había oficiales de la Marina y gente, dijo Michael, que iba a embarcar en el ferri de medianoche. Después de cenar, pasaron a otra sala enorme en la que, tras una larga espera, te servían café, té o *gin-tonics*. Pidieron café y Michael habló de su nueva nave mientras ella no paraba de pensar en que Hugo llamaría a Hamilton Terrace y se encontraría con que no estaba. Había conseguido dejarles una nota a Polly y a Clary diciendo que de repente Michael había insistido en que se marchase con él ese mismo domingo y que Hugo también había tenido que irse pero que llamaría, y pidiéndole a la que cogiera el teléfono que le explicase dónde estaba. Mejor era eso que nada. Estaba segura de que Hugo sabría que no había querido marcharse, y, si conocía su paradero, tal vez le escribiera una carta, una sola, aunque ella no pudiera responderle.

Aguantó la velada fingiendo que estaba interpretando un papel en una aburridísima obra de teatro, y se fijó, con una especie de interés objetivo, en que Michael respondía a su actuación como si esta no lo fuera en absoluto. Daba por hecho que estaba tan interesada como él en todo lo relacionado con el buque, y Louise pensó que se habría sorprendido mucho de haber sabido que se aburría. Cuando llegó la hora de acostarse ya no tenía tanto aire de maestrillo, y en general estaba más cordial y expansivo. En la cama hizo lo de siempre, pero, una vez vencida la repugnancia inicial, Louise decidió seguir actuando y descubrió que de esta manera no se veía obligada a sentir nada. Pero luego, cuando Michael se durmió y por fin pudo sentir que estaba sola, la asaltaron la añoranza del hogar y el anhelo de Hugo: recuerdos de su voz desde el primer día («Caramba, eres tan guapa que me distraigo...»); «Aunque lo que de veras me apetecería sería comer langosta...»); recuerdos del día que trajo la mesa y se pasaron toda la tarde puliéndola con cera de abejas de verdad; del día que encontró la cúpula de cristal («¡El ramo de flores de la boda de la señorita Havisham<sup>8</sup>! ¡Tenemos que comprarlo!»); de sus tiernos cuidados cuando se pasó con el pincel del ungüento para la garganta y vomitó y se sentía fatal... Nadie la había tratado nunca con tanta dulzura. Su madre siempre se había encargado de que alguien la atendiese, pero dándole a entender que si hubiera sido más prudente no habría pillado lo que fuera que la aquejaba; su padre siempre se había pasado a verla cuando estaba enferma en la cama, pero, hasta donde le llegaba la memoria, no solo no se había sentido agradecida, sino que incluso se había sentido incómoda. En cambio,

cuando se despertó en medio de la noche, Hugo seguía allí después de haberle leído durante horas aquel libro tan increíble sobre un hombre corriente que acababa siendo papa... Una exposición muy interesante de la fantasía personal del autor, había observado al hablarle del extraño escritor que se hacía llamar barón Corvo. Había encontrado *Adriano Séptimo* en un puesto de segunda mano; no paraba de encontrar libros —títulos de los que Louise nunca había oído hablar—, y se los traía a casa y le leía fragmentos. Y después, cuando le dijo que la amaba: «Y tú la persona que más amo en este mundo» —dos veces lo había dicho, la segunda durante los últimos instantes que habían pasado juntos—. Y también: «Menudo lío, ¿no?». Nunca había estado enamorado, le confesó una vez mientras la ayudaba a lavarse el pelo. «Ha habido chicas que me han gustado; a veces hasta me parecía que no estaban nada mal, pero nunca llegué a sentir nada profundo por ellas».

«Hueles a manzana», le había dicho Louise una tarde que estaban tumbados en la cama; y recordó que, después de que Hugo se marchase definitivamente, se había tirado en su cama, y la almohada conservaba restos de aquel aroma. Todas las noches, durante varias horas, vivía con él, y cuando al fin se dormía se cogía una mano con la otra y se imaginaba que era la de Hugo.

No tardó en implantarse la rutina monótona y desnortada de todo aquel que vive en un hotel sin nada que hacer. Salía a dar paseos solitarios y casi siempre pasados por agua, comía sola con un libro y, a veces (porque, aunque no hacía nada, estaba siempre cansada), subía a su habitación, se echaba en la cama, lloraba y se quedaba dormida. Antes de cenar, solían invitarles a cócteles a bordo de un barco o de otro. Bajaba a duras penas por las resbaladizas escalerillas de hierro encastradas en los muros de los muelles y de ahí pasaba a las cubiertas, mecidas por un suave bamboleo, de los cañoneros, del viejo destructor recién reparado de Michael o de cualquiera de las fragatas que también atracaban allí. Otras escaleras la llevaban a salones, a veces más grandes y a veces más pequeños, pero siempre con olor a combustible, cigarrillos y chaquetas húmedas. Y luego, de vuelta al hotel para la cena; no tardó en aprenderse los menús de memoria. Después de cenar, Michael dibujaba (a colegas de la Marina, a veces sus esposas si se quedaban un par de días, y, a falta de otra cosa, a ella). Y noche tras noche dejaba bien claro que ella era de su propiedad, sin dar muestras de sentir

ningún placer especial; más bien, como un ritual necesario.

Enero llegó a su fin, y Hugo seguía sin escribir. Los fines de semana, cuando no se hacía a la mar, Michael cazaba en una finca cercana. El dueño, un antiguo compañero de escuela, estaba en el frente, pero había dado instrucciones a su apoderado para que atendiese a Michael si quería salir a cazar. Louise conoció al apoderado, Arthur Hammond, una tarde en la que trajo a Michael después de un día de caza. Era un hombre de aire delicado, moreno, melancólico, con un bigote caído a la antigua usanza. A Louise le caía bien; su mujer estaba esperando un bebé, dijo, cosa que le sorprendió porque le pareció que él tenía lo menos cincuenta años. Después se dijo que era una bobada de lo más infantil, pero este tipo de ocurrencias le venían a menudo a la cabeza. Era como si las semanas que llevaba viviendo con Michael en el hotel la hubiesen convertido en una niña que vivía con un adulto (también él parecía cambiado, o puede que lo estuviera viendo por primera vez) cuya conducta y conversación eran incomprensibles y, por tanto, aburridas; era como si Michael estuviese al mando de su vida, y ella estaba demasiado triste para cuestionárselo o para oponer resistencia.

De modo que cuando Michael volvió una tarde de una intensa jornada de caza diciendo que Arthur se tenía que ir a Londres a ver a su patrón (que no podía acercarse a Anglesey porque el permiso que le habían dado era muy breve) y que, preocupado por que su mujer tuviera que pasar la noche sola, había preguntado si Louise tendría la amabilidad de ir a hacerle compañía, lo primero que hizo ella fue preguntarle a Michael si pensaba que debía ir.

—Sí, deberías. El pobrecillo está que no le cabe la camisa en el cuerpo. Su mujer ya ha dado a luz, pero parece que no se encuentra nada bien.

—De acuerdo. Por supuesto que iré.

Empezó a decir que no se le daban muy bien los bebés, pero se mordió la lengua.

—¡Estupendo! Pues hala, cariño, sube a coger lo que necesites para pasar la noche y yo mientras se lo digo. Está llamando a una vecina de su suegra para que la avise; si lo consigue, vendrá mañana con toda seguridad. Pero no tardes, porque tiene que llevarte en coche y luego volver para coger el tren.

Diez minutos después estaba en el coche, recorriendo carreteras oscuras, estrechas y tortuosas al lado de Arthur.

—El bebé ha sido prematuro y mi mujer ha tenido un poco de fiebre. Está

muy baja de moral. No sé qué le pasa. Pero mañana vendrá el médico, y su madre también, así que solo es para esta noche. Es usted muy amable, la verdad.

—No sé gran cosa de bebés.

—Pues yo no sé nada. Me casé ya mayor. Mi mujer es primeriza.

—¿Cómo se llama?

—Myfanwy.

Detuvo el coche al lado de unas grandes verjas de hierro que se abrían a un camino. Sin las luces, todo estaba negro como boca de lobo, y la cogió del brazo para ayudarla a cruzar una cancela que daba paso a la casita. La puerta principal se abría directamente a una sala en la que había un hogar; los leños casi se habían consumido, pero sobre un taburete había una lamparita que daba un poco de luz. Al entrar oyeron un zumbidito procedente de un enorme reloj de pie que llegaba casi hasta el techo y que acto seguido dio majestuosamente el cuarto de hora.

—Está arriba —dijo él.

Louise lo siguió por unas escaleritas angostas que daban a un rellano cuadrado en el que apenas cabían los dos. A la izquierda había una puerta abierta, y después de que Arthur llamase suavemente pasaron a un dormitorio ocupado casi por entero por una vieja cama de matrimonio con cabecero de latón. La estancia estaba iluminada por una lámpara colocada al lado de la cama, en el suelo.

—Myfanwy, he venido con Louise. Se va a quedar contigo.

La chica, que estaba de espaldas a la puerta, dio un respingo y se volvió.

—¡Dijiste que ibas a traer a mi madre!

Tenía la cara roja, y los ojos, llenos de lágrimas, le brillaban. Intentó incorporarse, pero se dejó caer otra vez sobre la almohada.

—¡Quiero que venga, ya te lo dije!

Arthur se acercó a la cama y le acarició la melena morena y enredada.

—Vendrá. Llegará mañana por la mañana. Esta noche te cuidará Louise. ¿Te acuerdas? Te dije que tenía que irme a Londres hasta mañana.

—Claro, a ver a su señoría —dijo ella.

Apartó las sábanas de golpe y se le deslizó un tirante del camisón sobre el blanquísimo brazo, dejando ver un pecho redondo y henchido de leche y, a su

lado, silencioso e inmóvil como una muñeca, un bebé minúsculo envuelto en un chal.

No va a poder respirar debajo de las sábanas, pensó Louise, y le vino a la cabeza la terrible sospecha de que lo mismo ya estaba muerto.

Pareció entonces que la chica se fijaba por primera vez en Louise.

—Se niega a mamar. No quiere nada conmigo —dijo, con lágrimas resbalándole despacio por las mejillas.

—El médico dejó una medicina esta mañana. Se la tiene que tomar cada cuatro horas. —Alfred señaló un frasco que había junto a la cama—. ¿Podría encargarse usted, por favor? Tiene fiebre; quizá no se acuerde. Bueno, me tengo que ir —dijo más alto, pero su mujer no dio muestras de oírlo.

Al agacharse para besarla, se volvió a apartar bruscamente.

—Quizá sea mejor separarla un rato del bebé —dijo en voz baja—. Aunque usted sabrá lo que conviene, por supuesto.

Y se fue. Le oyó cerrar la puerta y, segundos después, arrancar el coche y alejarse. Vivió unos instantes de pánico al imaginarse al bebé muerto y a la madre febril y loca de dolor. Miró a Myfanwy, que no paraba de toquetearse el camisón y gimoteaba cada vez que se rozaba los pechos con los torpes dedos. Poco a poco se había ido percatando de que la pobre muchacha no era mucho mayor que ella. Por favor, Dios, ayúdame a hacer bien las cosas, se dijo espontáneamente. Se fue al otro lado de la cama y cogió al bebé. Era minúsculo, mucho más pequeño que Sebastian al nacer, pero no estaba muerto. Los párpados, hinchados y casi transparentes, se agitaron con un leve temblor antes de relajarse de nuevo.

—Owen —dijo Myfanwy—. Se va a morir. Lo sé —añadió, llorando y meciéndose de un lado a otro de la cama.

—No. Le voy a dar la medicina y va a dormir como un angelito.

—Si me duermo, el bebé se morirá —declaró, con una certeza tan desgarradora que de repente Louise, que hasta ese momento había estado paralizada por la compasión, cobró fuerza.

—Ya me encargo yo de cuidarlo mientras usted duerme, y así no se morirá —dijo con todo el aplomo que pudo inyectar a tan descabellada promesa.

Pero pareció que Myfanwy lo aceptaba. Asintió, sin apartar los confiados ojos del rostro de Louise.



—¿Hay por ahí una cuchara para la medicina? —preguntó Louise.

—La tengo que tomar diluida en agua. El baño está aquí al lado.

Louise cogió el vaso pegajoso y sobeteado, se lo llevó al cuarto de baño, lo enjuagó y midió la dosis. «Dos cucharaditas», leyó, «cada cuatro horas». Al volver, Myfanwy estaba intentando que el bebé mamase, pero este no hacía más que apartar la cabeza del pezón y empezó a lloriquear débilmente. Louise lo cogió con cuidado y lo dejó en un extremo de la cama. Seguía llorando, pero lo primero era darle la medicina a la madre. La ayudó a incorporarse, le retiró los largos mechones de la cara y de la frente ardorosa y le dio el vaso. Una vez que se hubo tomado la medicina, ahuecó las almohadas, que abrasaban, y dobló la sábana sobre las mantas.

—El cuarto de Owen está al lado del baño. Sus cosas están todas ahí; mi madre y yo le hicimos toda la ropita, y, si quiere usted un té, hay un hervidor de agua. Pero no se quedará dormida, ¿no? Lo cuidará por mí, ¿verdad?

—Sí, no se preocupe. Me quedaré despierta si usted me promete que se duerme.

Myfanwy casi consiguió sonreír, y Louise vio que era hermosa.

—Voy a dejar un poco de agua en la mesita, por si tiene sed —dijo.

Pero cuando volvió con el vaso, ya estaba dormida.

Entonces empezó su noche a solas con el bebé. Hirvió agua y mezcló un poco en un biberón con una cucharadita de glucosa. El resto lo echó en un cuenco de porcelana en el que metió el biberón, tapándolo con un pañal para mantenerlo caliente. La habitación era diminuta. Había un catre, un moisés para el bebé y una mesa con polvos de talco e imperdibles. Lo tocó para ver si estaba mojado, y, en efecto, lo estaba, así que lo tumbó en el catre y se arrodilló a su lado para cambiarlo. Daba pena de tan minúsculo que era, y tuvo miedo de hacerle daño. Mientras lo cambiaba, el bebé empezó con su llanto cansino, y cerró la puerta con la esperanza de que Myfanwy no lo oyera. Pensó en meterlo en el moisés, pero tenía la cara tan pálida y las manos y los pies tan fríos que cambió de idea. Se quitó el jersey y se metió en la cama, valiéndose de la almohada y del abrigo para recostarse. Después le quitó el chal a él y se lo colocó en los brazos, piel con piel. Pero hacía tanto frío en el cuarto que pensó que no bastaría para hacerle entrar en calor, de manera que volvió a levantarse y se fue al cuarto de baño, donde recordaba haber visto una botella de agua caliente. Una vez llena, la envolvió con el

chal, y luego, como le daba terror quemarlo, con su jersey. Al volver a la cama, encajó al bebé entre su cuerpo y la botella. Hecho todo esto, quieta ya en la cama, lo único que rompía el silencio eran las lejanas campanadas del reloj de abajo cada cuarto de hora. Dejó puesta la luz para verlo bien. La habitación parecía una nevera —se veía salir el aliento en vaharadas—. Louise se quedó mirando la carita arrugada, intentando insuflarle vida, deseando que viviera, y al cabo de un rato, a medida que iba entrando en calor y su piel sonrosándose, el niño abrió los ojos. Vagaron erráticos y desenfocados por unos segundos antes de posarse en los suyos, y fue entonces, mientras se miraban, cuando le habló, diciéndole palabras de cariño, de ánimo, de admiración por su fortaleza, a las que el bebé parecía atender con gesto severo. Notó que el cuerpecillo se movía; el pie le dio una patadita vacilante en las costillas, los dedos de la mano libre se abrieron y después volvieron a cerrarse, apretados como un capullo. Al ver que hacía experimentos con la boca, relamiéndose y chasqueando la lengua, intentó darle el agua azucarada. Ni chupaba ni se agarraba siquiera a la tetina, pero si Louise se la exprimía sobre la boca parecía que aceptaba las gotitas, aunque el sabor le hacía fruncir el ceño y le arrancaba mohínes quejicosos. Solo tomó unas gotas, pero ya era algo. Después, cuando volvió a abrir la manita, Louise le ofreció el dedo y se vio recompensada, pues se lo agarró al instante y no se soltó hasta que se quedó dormido.

Y así transcurrió la noche. Llevaba la cuenta de las horas con las campanadas del reloj (las dos, las tres, las cuatro). En una ocasión se levantó para comprobar si Myfanwy seguía dormida, pero no dejó solo al bebé, sino que lo cogió y lo llevó consigo; en otra, volvió a hervir agua, llenó la botella de agua caliente y le calentó el biberón. Dos veces más consintió el niño en tomar unas pocas gotas; cuando estaba despierto no paraba de mirarla, pero casi siempre estaba dormido.

A medida que avanzaba la noche, cada vez le costaba más no quedarse dormida, pero lo conseguía gracias a su tesón y a que sabía que el bebé se quedaba frío con facilidad; no se atrevía a acostarse, a pesar de que le dolía la espalda de llevar tanto tiempo sentada en la misma postura. Pero sobre todo la ayudaba la creciente certeza de que la vida del pequeño pendía de un hilo, de que necesitaba no solo su calor y sus cuidados sino también su firme empeño en que viviera. Para entonces, ya lo quería.

Pasadas las siete oyó que Myfanwy se levantaba para ir al baño. Después apareció en el umbral y preguntó por su hijo.

—¡Ah, qué buen aspecto tiene! Y yo he dormido muy bien gracias a usted. Me muero por una taza de té. Voy a bajar a prepararlo.

—Vuelva a la cama y tómese la medicina. Después le llevaré al bebé y prepararé yo el té.

—Vale.

El niño siguió dormido mientras lo envolvía con el chal; en cierto modo quería que se despertase para que pudieran mirarse otra vez a los ojos, pero no lo hizo. Se lo llevó a su madre y se lo colocó entre los brazos. «La madre es ella», se dijo para sus adentros mientras bajaba a hacer el té. Aún no había amanecido, y se oía el repiqueteo de la lluvia sobre las pequeñas y apuntadas ventanas góticas.

A las ocho llegó en bicicleta la enfermera de la zona. Louise bajó a abrir y se la encontró despojándose de la capa impermeable y la capucha.

—Está lloviendo a cántaros, sí señor. —Por su manera de hablar, no parecía que el inglés fuera su lengua materna—. El doctor Jones me dijo que viniera lo antes posible. Fiebre puerperal, dice que es. La madre está arriba, ¿no? No se preocupe, ya subo yo sola.

Y poco más. Louise aceptó las muestras de gratitud, y también la bicicleta que le ofrecieron para volver. Al ir a inclinarse sobre el bebé para besarlo, la enfermera le advirtió que no lo despertase, así que renunció a hacerlo.

—¡Le estoy tan agradecida! —dijo Myfanwy, pero desde la llegada de la enfermera estaba más tímida.

—No ha sido nada —le aseguró Louise.

Pero, mientras volvía pedaleando bajo la lluvia —con la cabeza envuelta en la bufanda, que enseguida se quedó empapada—, se sentía, además de mareada por el agotamiento, en cierto modo eufórica. La mirada del bebé, tan confiada, tan digna, la acompañó durante los ocho agotadores kilómetros del trayecto de vuelta. Lo volveré a ver, pensó. Además, tendré que devolver la bici. Entonces se le ocurrió que nunca había sentido nada semejante por Sebastian, pero era un pensamiento doloroso y estaba demasiado cansada para considerarlo.

Aunque había pensado en irse directamente a la cama, el olor del desayuno la hizo detenerse y cayó en la cuenta de que tenía un hambre

canina. Se acordó de que la noche anterior no había cenado.

En el comedor, el capitán de uno de los torpederos de la flotilla de Michael estaba desayunando con su mujer, que siempre llevaba recatados vestiditos con cuello babero y venía una vez al mes; a Louise nunca le había caído bien.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer desde la otra punta—. ¡Vaya pinta! ¡Se diría que llevas toda la noche de juerga! Ya me extrañaba a mí que tu marido estuviera desayunando tan solo, el pobre.

—Ha dicho que te digamos que ha tenido que irse temprano a una reunión —dijo el marido.

—Ah, gracias.

Había colgado el abrigo empapado sobre el respaldo de la silla libre y estaba untando con margarina una tostada que se había dejado Michael. El pan estaba duro y la margarina sabía a rayos, pero tenía tanta hambre que le daba igual.

—Bueno, y entonces, ¿de dónde vienes? ¿O es que no nos lo puedes contar?

Resistiéndose al impulso de inventarse una noche loca de baile y desenfreno, dijo que se había quedado en casa de una amiga que acababa de dar a luz. Esto acalló a Barbara, que murmuró que no pensaba que Louise fuese muy de bebés, o algo por el estilo.

Cuando hubo desayunado todo lo que venía en el menú, subió con intención de darse un baño caliente y echarse a dormir. Pero en la cama había una nota de Michael. «Cariño: Espero que todo haya salido bien. Arthur estaba preocupadísimo, pero estoy seguro de que con tu ayuda todo ha ido sobre ruedas. Volveré a la hora de la cena. Un beso, Michael». Mientras se quitaba la ropa húmeda, notó que su confianza en que había sido útil la reconfortaba. La bata de Michael era más gorda que la suya y decidió ponérsela mientras se llenaba la bañera, porque estaba empezando a destemplarse. Hasta las manos las tenía frías. Se las metió en los bolsillos y tocó un papel. Al sacarlo, reconoció la letra de Zee. Sabía que Michael escribía a su madre con frecuencia, pero como las de esta llegaban directamente al barco Louise no las veía nunca. Le picó la curiosidad.

Tras comentar en detalle las actividades navales de su hijo y varias novedades sobre personas a las que Louise casi ni conocía, se despedía

diciendo: «Con todo mi amor, cielo, como bien sabes. Mamá». Pero había otro papel más.

*Acabo de recibir tu carta del día 10, y creo que te alegrará saber que han mandado a Hugo a Alemania para que se incorpore a su regimiento (un problema menos). Espero de corazón, cariño mío, que esto te tranquilice, pues, a pesar de que Pete le arrancase la promesa de que no se pondría en contacto con Louise por ningún medio, supongo que pensarás que no se puede confiar del todo en ninguno de los dos. Pete se quedó horrorizado cuando supo que Hugo le había escrito a pesar de lo prometido. ¡Menos mal que pudiste interceptar la carta! Pues claro que pienso que hiciste bien; sé lo doloroso que ha tenido que ser todo esto para ti, como también lo ha sido para mí. Y es que cualquier problema tuyo, cielo, es mío también. Con todo mi amor, como siempre, Mamá.*

La leyó dos veces, pero el tumulto de emociones que le desencadenaba no disminuyó en la segunda lectura: angustia por que se hubiese ido al extranjero sin ella saberlo; miedo a que lo matasen; alivio al comprobar que había desobedecido el mandato de la familia y le había escrito; una infinita impaciencia por encontrar y leer la carta de Hugo, y, entreverada con todo esto, la rabia de descubrir un complot tan horrible. Se puso a buscar la carta —en la cómoda, en los bolsillos de la ropa colgada en el armario—, pero no la encontró. Se le pasó por la cabeza que quizá Michael la hubiera destruido, pero la sola idea le resultaba insoportable. Tanto deseaba aquella carta que por fuerza tenía que estar en algún sitio. Cuando ya no supo dónde más mirar, se tiró en la cama y estuvo llorando hasta que se quedó sin lágrimas y el agotamiento la envolvió como una niebla.

Al despertarse se encontró a Michael al lado de la cama, diciéndole que era la hora de cenar.

—Debes de llevar horas durmiendo.

Así comenzó su primera pelea, una pelea terrible. Había leído la carta de su madre, dijo Louise.

No debería haberlo hecho.

¿Por qué no? Su madre leía las cartas ajenas.

Silencio.

Sabía lo de Hugo. Quería la carta.

Imposible. La había destruido.

Después de leerla, claro.

No. Eso habría sido una indecencia. Simplemente, la había destruido; al fin y al cabo, una promesa era una promesa.

A ella la habían obligado a prometer que no escribiría, no que no recibiría cartas. Solo era una, había alegado. (Jamás había recibido una carta de Hugo; al menos así tendría algo suyo, un pequeño consuelo cuando, por lo demás, no había consuelo posible).

Lo mejor era cortar por lo sano. Así tardaría menos en superarlo.

¿Y qué le hacía pensar que quería superarlo? Amaba a Hugo. Por lo visto, en todo ese tiempo, a Michael no se le había pasado por la cabeza que lo amara.

¿Y cómo pensaba ella que le hacía sentirse todo esto? Al fin y al cabo, lo había amado lo suficiente como para casarse y tener un hijo con él. ¿Eso no se lo tomaba en serio? Las últimas semanas tampoco habían sido fáciles para él. Había intentado ser comprensivo; al fin y al cabo, era muy jovencita, y el matrimonio era difícil cuando uno de los dos tenía que pasar tanto tiempo fuera. Acabaría olvidando a Hugo, pero tardaría mucho menos si se esforzase un poco y no se dejase llevar por todo con tanta facilidad.

¿De veras había destruido la carta?

Por el amor de Dios, ¡sí! A estas alturas debería saber ya que no era un mentiroso.

En efecto, mentiroso no era, dijo ella, pero faltaba a la verdad.

Una frase muy ingeniosa; no sabía a qué se refería.

Simplemente, a que no le decía las cosas.

¿Qué cosas?

No tenía ganas de decirle cuáles.

Silencio.

Louise lo miró como si jamás lo hubiese visto hasta entonces.

—Jamás te perdonaré que hayas destruido la carta.

La bronca, como todas sus grandes broncas, no terminó aquí ni, en realidad, en ningún otro momento en particular; Louise descubrió que el frío rencor con que le había dicho que jamás lo perdonaría le había hecho más

mella que todas sus súplicas, que todos sus intentos de hacerle comprender la importancia que tenía aquella carta para ella. La había tratado como a una chiquilla, como a una chiquilla maleducada, castigándola por su desliz, descartando cualquier motivo o sentimiento que hubiese podido ocasionarlo. Pensó entonces que incluso el que se la llevase a la cama noche tras noche era una forma de castigo, dado que él tampoco parecía disfrutar. Se negó a bajar a cenar con él, y cuando él volvió mucho después fingió que estaba dormida.

A la mañana siguiente se despertó con jaqueca, un fuerte dolor de garganta y fiebre, y durante varios días las secuelas de la bronca quedaron tapadas por la enfermedad y por los esfuerzos que hacía Michael por cuidarla cuando no estaba de servicio. Llamó a un médico, que además de aspirina le recetó aquella horrible tintura de siempre y le mandó que bebiese mucho líquido. También le diagnosticó una infección muy fuerte de anginas, y dijo que, a su juicio, haría bien en quitárselas. Michael le trajo libros y flores. «Te quiero, ¿sabes?», dijo. También sugirió que, mientras siguiera encontrándose fatal y hasta que se pasase el periodo de contagio, quizá fuera mejor que él durmiese a bordo. De manera que durante tres días tuvo la cama para ella sola, aunque se sentía tan mal que los días y las noches se agolpaban en un intervalo de tiempo infinito en el que gracias a Dios estaba inconsciente o, si no, sumida en una especie de estupor en el que se preguntaba por Hugo: ¿dónde estaba? ¿Cuándo volvería a verlo? ¿La echaría de menos? ¿Seguía amándola? Pero ¿y qué, si así fuera? Estaba casada con Michael y tenía un hijo, de modo que, en realidad, nada podía cambiar. La mayor parte del tiempo estaba demasiado débil para pensar en estas cosas, y cuando lloraba era por no tener su carta... Era como si ya no tuviese ninguna esperanza de verlo a él.

Michael volvía cada tarde antes de la cena con noticias variadas: «Los Aliados están cercando Berlín», o «He llamado a Home Place y tu madre dice que a Sebastian le han salido dos dientes más y que la nueva niñera es una maravilla. Te manda un beso, cariño, y dice que espera que no tardes en recuperarte».

La cuarta tarde, le sugirió que se levantase para bajar a cenar.

—Le he dicho al nuevo capitán del barco de Martin que se venga a cenar. Te hará bien tener un poco de compañía, cariño. Si quieres, nada más acabar te puedes volver a la cama.

Así fue como conoció a Rory. Tuvieron una larga conversación sobre Oscar Wilde, y le cayó bien al instante.



# POLLY

1945

A lo largo del año —quizá un poco más— que llevaba viviendo en casa de Louise, había conseguido darle más o menos el aspecto deseado a su pequeña habitación del desván. Se había librado del papel, con sus nubes y gaviotas pegadas, y había pintado las paredes de un verde intenso. Después había pintado los muebles de blanco. El efecto era luminoso y refrescante, aunque en verano, como el tejado estaba justo encima y solo había una ventanita gótica en forma de as de tréboles, se hacía un poco sofocante; tenía que dormir con la puerta abierta para formar un poco de corriente. Y en invierno, cómo no, sucedía lo contrario: no tardaba en ser la primera habitación de la casa en quedarse fría (sin contar la de Clary, contigua a la suya e idéntica). Fue Hugo el que sugirió que buscarse un viejo kilim y lo colgase en una de las largas paredes para caldear un poco el ambiente. Había ido a uno de los grandes mercados y al final había encontrado justo lo que necesitaba: un kilim raído por varias zonas pero con una preciosa mezcla de tonos naranja, rosa y marrón. A partir de ese momento no paró de encontrar cosas y de cambiar la habitación hasta que le pareció que estaba en su punto. A Hugo se le daba de miedo crear ambientes agradables, y hasta parecía que había conseguido despertar el interés de Louise, porque el salón dejó de tener un aire tan impersonal. También fue Hugo quien la ayudó a hacer una sencilla estantería para la otra pared, en la que puso los candelabros Delft y la porcelana que había ido acumulando con el paso de los años.

—Me da que te estás enamorando de él —dijo Clary con un tonillo acusador cuando fue a echar un vistazo a la estantería.

—No. Eso es lo bueno. Es como si fuera una de nosotras, entre él y yo no

hay esas pamplinas tan incómodas.

Se refería a la desconcertante regularidad con que se enamoraban de ella los hombres que iba conociendo. Aquel año se había visto obligada (o eso le había parecido) a cambiar de trabajo tres veces a fin de evitar encontrarse a diario con hombres que le habían declarado su amor eterno. Siempre empezaban por invitarla a salir, y, hasta la fecha, siempre se había dejado engañar por sus maneras falsamente despreocupadas. Aunque no le apeteciera de modo especial, nunca tenía valor para negarse. En general, la primera tarde —o el primer almuerzo, o paseo, o película o lo que fuera— no estaba mal; no paraban de hablarle de sí mismos y terminaban diciendo que les había encantado hablar con ella. Pero, en el tercer encuentro —una vez, incluso en el segundo—, el clima cambiaba; se volvía tormentoso, se llenaba de emociones contenidas hasta que caía el chaparrón de las declaraciones. Para colmo, después tenía que enfrentarse al tercer grado de Clary, que la presionaba de este modo:

—Como a mí no se me declara nadie, tienes que contármelo. En todas las novelas hay escenas con proposiciones de matrimonio. Necesito toda la información posible.

Y como no sabía decir que no, ni a Clary ni a nadie, repasaba pacientemente las declaraciones, las propuestas, las vidas supuestamente arruinadas de sus pretendientes.

—En serio, Poll, eres un peligro. Ya sé que no es tu intención, pero el caso es que lo eres. No puede ser solo porque seas tan guapa; tiene que haber alguna debilidad abominable en tu naturaleza.

—Sí, ya lo sé. Y te aseguro que es un problema muy grande. Y, a veces, un poco aburrido.

—No sería aburrido si tú también te enamorases de ellos.

Polly no pudo evitar decir:

—Eso nunca me va a pasar.

—Bueno, ¿y por qué no te inventas un prometido? Podrías ponerte el anillo de esmeraldas en el dedo izquierdo a modo de señal.

—¿Tú crees que serviría de algo?

—Menos con los sinvergüenzas redomados, sí. Y hasta tú deberías ser capaz de detectarlos.

—Qué va —dijo con tristeza—. No tengo ni idea de cómo se los

distingue. Venga, invéntate tú a mi prometido.

Sabía que a Clary le encantaban estas cosas.

—De acuerdo. A ver. Tiene unos veinticinco años y una preciosa mata de cabello rizado, y aunque tira a lo artístico también se le dan bien los deportes y está locamente enamorado de ti desde la primera vez que te vio... Ah, sí: al igual que Dante, te conoció cuando tenías nueve años (eso demuestra lo enamorado que está) y, cuando cumpliste los dieciocho, le pidió tu mano a tu padre y, como es lógico, desde entonces estáis prometidos.

—Digo yo que a estas alturas ya nos habríamos casado, ¿no?

—No, por culpa de la guerra. Tu padre dijo que teníais que esperar al final de la guerra. ¿Qué te parece?

—Me da igual que se le den bien los deportes; para mí eso no añade nada.

—¿Y lo de que tire a lo artístico no te parece mal?

—No, eso no. Y no me gustaría que tuviese el pelo rubio y rizado. Prefiero los hombres morenos.

—Yo no he dicho que fuera rubio.

—Bueno, pues no me gustan los rizos. Y debería ser más mayor.

—Vale, treinta entonces.

—Más.

—¿Cuánto más?

—No sé, cerca de los cuarenta.

—No seas boba, Poll. ¡Cómo vas a estar prometida con un cuarentón!

—No veo por qué no. Fíjate en Rochester, en Knightley —dijo a modo de ejemplo.

—Jane y Emma eran mayores que tú. Te has cargado a mi personaje. Está completamente cambiado. No sé ni por qué me lo has pedido.

—Bueno, lo de que sea pintor no ha cambiado.

—¡Yo no he dicho que fuera un pintor! He dicho que tiraba a lo artístico. ¡Por lo que dices, cada vez se parece más a Archie!

—¡Eso no es verdad!

—Cuarenta años, moreno, nada deportista, pintor. Suena clavado.

—Bueno, ¿y qué, si lo fuera? Es de mentirijillas.

—Pues yo creo que sí que importa. —Se quedó pensando unos instantes y añadió—: Puede que a Archie no le hiciera ninguna gracia.

Poll no respondió. De repente solo quería estar sola, cosa difícil porque estaban cocinando una cena especial para darle la bienvenida a Louise, que volvía de Anglesey. Terminó de cortar las manzanas y las colocó en el molde, listas para recibir la masa que estaba preparando Clary (en cuestión de masas era la mejor). Entonces recordó que Clary se volvía susceptible cuando no seguías sus consejos al pie de la letra.

—Vale —dijo—. Sí, supongo que tienes razón. Conque tiene veinticinco años y pelo rizado, y lo conozco desde hace siglos y siempre ha estado enamorado de mí.

—Y tú de él. Si no, sería igualito que los demás.

—Y yo de él. ¿Cómo se llama?

—Henry Ascot —dijo Clary, recuperando el buen humor.

Llegó Louise. Estaba pálida y como avejentada, pensó Polly. Apenas tenía nada que contar de su viaje; solamente que los hoteles eran un aburrimiento y que no había casi nada que hacer. Se alegraba de haber vuelto. Iba a buscar trabajo en la BBC, leyendo poesía o cualquier cosa, y ahora que parecía que los V2 habían remitido estaba pensando en traerse de nuevo a Sebastian y a la niñera. Si no, a este paso el niño no la iba a conocer cuando la viera, dijo.

Polly tuvo que esperar a que se acostasen para quedarse sola, y para entonces ya estaba nerviosa pensando en lo que podría destapar si se examinase a sí misma a fondo. Llevaba ya meses, casi desde que se mudó a casa de Louise, viviendo una doble vida secreta: por un lado, con su familia, con la gente que iba conociendo y con los compañeros de trabajo, y, por otro, ella sola... sola con él. De esta segunda vida no podía decirse que fuera una vida, ya que no tenía ningún tipo de continuidad; era más bien como si se pasara sin cesar una selección de fragmentos de una película. Al principio habían sido recuerdos de escenas de la vida real, como la primera vez que la había invitado a cenar con él a solas, sin Clary. «No os aprovecho bien cuando estáis las dos», había dicho. Poco había tardado Polly en suprimir el «os» de este recuerdo. También, cuando le había aconsejado ir a una escuela de bellas artes. «Tienes talento», había dicho. «Todavía no sé hacia dónde puede llevarte, pero, si no te lanzas y tratas de averiguarlo, tú tampoco lo sabrás. No quiero que desaproveches tu talento». La primera vez, Polly le había contado lo de su compañero de trabajo, el señor Fairburn, que le había

propuesto matrimonio. «Bueno, Poll, hay que reconocer que eres tremendamente guapa y atractiva, así que más vale que cuentes con que te van a seguir pasando estas cosas». «Hay personas que no parece que tengan tantos problemas», había dicho ella, insistente. «Bueno, seguramente esas personas no son tan guapas como tú». No obstante, como era ella la que le había arrancado el cumplido, este no tenía tanto valor como los espontáneos.

En otra ocasión —poco después de que Clary le pidiera prestada la blusa de seda y se la manchase con el aliño de la ensalada—, se había quejado de la afición de Clary a pedirle prestadas cosas que luego le estropeaba, «sobre todo cuando va a pasar la tarde contigo», había dicho. Archie había soltado su típica risita nasal y le había explicado que Clary lo veía como una especie de padre suplente, y que por eso quería lucir su mejor aspecto cuando quedaba con él. «Mientras que tú, como tienes un padre estupendo y está aquí, me puedes ver como una especie de tío, y con los tíos no hace falta tomarse tantas molestias».

Después, dejó los recuerdos y empezó a inventarse cosas.

Las fantasías, que empezaron tímidamente (¿qué sentiría si la abrazase, si le dijera que anhelaba verla más a menudo, si le pedía que por favor le zurciera la camisa?), se fueron volviendo cada vez más audaces, pero descubrió que se inhibían ante la creciente disparidad entre lo que pensaba de él cuando no estaba presente y lo que de hecho sucedía cuando lo estaba. Así, después de disfrutar de una tarde tensa y romántica en compañía de Archie en la soledad de su dormitorio verde y blanco, donde él confesaba que no hacía más que pensar en ella, la besaba (habían llegado a la fase de los besos) y se abandonaban con gozosa desesperación a analizar lo que les impedía estar juntos (no estaba segura de qué podía ser, pero alguna razón habría, teniendo en cuenta que la corriente del amor verdadero no se desliza exenta de borrascas y todo eso<sup>9</sup>), le resultaba muy difícil quedar con él a la salida del metro de Tottenham Court Road y que, tras saludarla con un alegre besito en la mejilla, le preguntase por las novedades de la familia y le dijera, mientras se alejaba cojeando enérgicamente por la calle ventosa: «Date prisa, Polly, no vayamos a perdernos el avance informativo». A veces notaba que se ruborizaba, por mucho que él no hubiese hecho nada que pudiera darle motivos. La última vez que lo había visto, Archie no había parado de hablar del hundimiento del mayor acorazado japonés a manos de los americanos, y,

al preguntarle ella por qué tenía tanta importancia, le había explicado que en cuanto terminase la guerra en Europa todo se iba a trasladar al Pacífico. «Al menos, la Marina. Lo de Yamamoto es un poco como poner en jaque a la reina en una partida de ajedrez».

—Pero tú no te irías, ¿no?

—Ya me gustaría a mí, pero lo dudo. No se lo digas a Clary. No quiero darle un disgusto innecesario.

En su momento, le había sentado mal, pero más adelante la frase se había transmutado en «Sé que puedo confiarte un secreto; de hecho, eres la única persona en la que puedo confiar».

Y después le había preguntado:

—¿Me echarías de menos si me fuera, Poll?

Cuando estaba sola, esto se convertía en: «No soporto pensar siquiera en que pueda tener que irme. ¡Te iba a echar tanto de menos!». Y se quedaba dormida acurrucada entre sus brazos.

Lo que dijo sobre la guerra la inquietó. Era cierto que se empezaba a hablar del inminente final de la guerra, pero para ella no se trataba solo de que se terminase en Europa, y la idea de que continuaría, por mucho que fuese a miles de kilómetros de distancia, era de lo más deprimente. A estas alturas tenía la sensación de que la guerra llevaba durando casi toda su vida. Era difícil recordar con claridad cómo eran antes las cosas. No había más que un batiburrillo de veranos maravillosos transcurridos en Home Place, y su gato todavía vivía, y Wills ni siquiera había nacido. Clary tenía la misma sensación.

—Aunque a veces me pregunto si tu vida y la mía habrían sido muy distintas de no haber habido guerra. Me refiero a lo que estamos haciendo, no a lo que sentimos. Supongo que tú habrías tenido que presentarte en sociedad, y en ese sentido todo habría sido distinto para ti, pero yo seguramente tendría el mismo tipo de empleo que tengo ahora y, también como ahora, a la vez escribiría.

Hacía poco que había empezado a trabajar de secretaria para un agente literario que dirigía una pequeña firma con su mujer, y estaba encantada.

—¡Me tratan como a una adulta! —había dicho al término de la primera semana—. Él es pacifista y ella vegetariana, pero, aparte de esas horribles chuletas de nueces que nos pone a veces para comer, todo es interesantísimo.

Es una pena que no encuentres nada que te entusiasme.

—No se me ocurre qué podría ser —respondió Polly con sinceridad—. O sea, si lo único que hago es pasar cartas a máquina, coger el teléfono y concertar citas, ¿qué más me da trabajar para unos o para otros?

Estaba trabajando para un médico en Harley Street, y se pasaba el día sentada en una habitación oscura con un techo muy alto, reproducciones de cuadros flamencos y una mesa de comedor de imitación antigua cubierta de vetustas revistas.

—¿Estás segura de que no quieres ser pintora?

—Segurísima. Solo pintaría cuadros muy monos y esmerados para gente a la que no le gusta la pintura.

—Ay, Poll, ándate con ojo. Si no, caerás en la trampa del matrimonio. Mira Louise.

Las dos se quedaron calladas. Habían hablado de Louise poco después de que volviera y no habían llegado a conclusiones muy alentadoras. Clary decía que Louise estaba deprimida; Polly, que era desdichada. Y estaban de acuerdo en que no era fácil hablar con Michael: «No hace más que hablar de las cosas que hace, y a estas alturas Louise debe de sabérselo de memoria».

—Yo creo que el matrimonio le sienta mal a la mayoría de las mujeres —dijo Clary.

—¿Eso quién te lo ha dicho?

—Noël.

Noël era su jefe.

—Pues él está casado —señaló Polly.

—Solo para evitar que llamaran a filas a su mujer. Fue un acuerdo completamente adulto. En circunstancias normales, no es partidario en absoluto.

—¿Tú no crees —preguntó Polly con tono vacilante— que a lo mejor Louise se enamoró un poquito de Hugo? ¿Y que se puso tan triste cuando tuvo que marcharse tan de repente que ya no soportaba seguir aquí?

—Yo creo que fue al revés. Creo que Hugo se enamoró de ella, y, como estaba todo tan embrollado, Louise decidió irse con Michael, y después Hugo ya no quiso seguir aquí.

—¿Por qué piensas que es así y no como digo yo?

—Por cómo sonaba Hugo al teléfono la tarde que volvimos de Home Place. Cuando le dije que Louise se había marchado, me pareció que se quedaba como anonadado.

—Fue ella la que le dejó un mensaje a él.

—Sí, es verdad —reconoció Clary—. Supongo que era una situación terrible y que los dos estaban enamorados. Debe de ser bastante frecuente, porque anda que no hay novelas sobre el tema. Ojalá pudiera preguntárselo a Louise.

—Por el amor de Dios, ¡ni se te ocurra!

—No seas boba, claro que no. En fin, todo esto sirve para demostrar que el matrimonio es un asunto muy peliagudo, y tú, sobre todo tú, deberías tener cuidado, Poll.

—Supongo que no estará mal si encuentras a la persona adecuada.

—Si la encuentras. Y luego puede que la encuentres y no quiera saber nada de ti. Y encima los hombres eligen a mujeres mucho más jóvenes que ellos.

—Nosotras somos jóvenes...

—Lo somos ahora.

—Quizá —dijo Polly como de pasada—, lo mejor sea casarse con un hombre mucho mayor mientras una es joven.

—Eso hizo Louise.

Polly no supo qué decir.

En los últimos tiempos venía notando que Clary la hacía callar con más facilidad; algo tenía que ver con el hecho de que ya no le hacía confidencias. Se sentía incapaz, aunque no acababa de entender por qué. No sabía de qué manera podía darle a Clary por expresar su desaprobación —ridiculizándola, con rencor, o incluso con incredulidad—, pero, fuera cual fuera, no se veía capaz de soportarlo; era como si contárselo a Clary se fuese a disolver todo, y (esto era casi igual de terrible) como si no fuese a poder volver a mirar a Archie a los ojos en la vida real. Y, si no se lo contaba a Clary, no podía contárselo a nadie más. Pero este ocultamiento le creaba una especie de actitud conciliatoria hacia Clary que, de alguna manera, minaba las cosas entre ambas.

Entonces, un viernes por la mañana de mediados de abril, mientras Louise



seguía en la cama y Clary y ella, medio dormidas, estaban en la cocina haciendo tostadas para el desayuno, sonó el teléfono.

—Cógelo tú. Ya les echo yo un ojo a las tostadas.

—Seguro que es para Louise. —Clary subió al *hall* con paso pesado.

—Viernes 13 tenía que ser —dijo a la vuelta.

—¿Qué pasa?

—Zoë quiere que vaya a cuidar a Jules. No tiene más remedio que venir a Londres a cuidar a los hijos de su amiga, que se ha puesto enferma o qué se yo.

—¿No se las puede apañar sola Ellen?

—Por lo visto Wills lleva toda la semana con dolor de oídos y no le ha dejado pegar ojo, así que está agotada. Vaya por Dios: el sábado por la tarde Noël me iba a llevar a una lectura de una obra en verso interesantísima, de un autor comunista. Le va a sentar fatal, no soporta los cambios de planes.

—¿Y Zoë no podría traer aquí a Jules? Así la niñera ayudaría a cuidarla.

—La niñera se va con Louise a Hatton este fin de semana; ya sabes, van una vez al mes. ¡Buf, qué rollo! ¡Para una vez que me invitan a ir a una lectura de una obra comunista!

—¿Quieres que vaya contigo?

—Eres un cielo, pero no. Ya fuiste el fin de semana pasado.

Polly, en efecto, iba cada dos fines de semana para ver a su padre y a Wills.

—Vale, pero que conste que me he ofrecido. ¿Y qué me dices de Anna?

Habían planeado ir a cenar al piso nuevo de Anna. Clary dijo que Polly tendría que ir sola, y la perspectiva la inquietó un poco.

Anna Heisig era la señora que por poco tiempo había sido compañera de estudios de ambas en la academia Pitman. Al final se habían decidido a abordarla y les había parecido que era simpática y que se alegraba de conocerlas, como si le pareciera divertido. Aparte de ser extranjera (y esto en sí mismo ya era emocionante, porque no conocían a más extranjeros), tenía algo de misterioso. Había nacido en Viena, pero había vivido durante un tiempo en el Lejano Oriente, en Malasia, donde se había casado; al parecer, el matrimonio había durado poco. Tenían la impresión de que le habían pasado un montón de cosas y que ninguna había durado demasiado. Estaban

fascinadas por su aspecto, por su aire de nobleza desaliñada y por su voz, que pasaba de un tono de acariciadora y casi maliciosa confianza cuando les contaba alguna historia increíble a una especie de voz abaritonada, profunda y casi burlona cuando insistía en que no debían asombrarse por sus relatos. «¡Que sí, que sí!», exclamaba con campechana impaciencia al ver la incredulidad de las chicas («Pero Anna, ¿no es posible que todas esas mujeres se fueran desde Holanda a Kuala Lumpur solo para casarse con el primero que las eligiera!»). «¡Que sí, que sí!»). Parecía que disfrutaba escandalizándolas.

—Debías de ser guapísima de joven —le había dicho Clary en cierta ocasión.

—Era despampanante. Podría haberme quedado con quien hubiera querido. Estaba muy muy consentida —dijo, esbozando una sonrisa evocadora y sensual.

—Parece como si todas las cosas verdaderamente emocionantes fueran secretas —se había quejado Clary mientras volvían paseando a casa después de una de estas veladas.

Anna había estado aprendiendo mecanografía porque quería escribir un libro. Necesitaba ganar dinero, decía, porque estaba casi sin blanca. Aun así, parecía que siempre hubiera alguien dispuesto a dejarle un piso, o a alquilárselo a precio de ganga, y siempre iba vestida de maravilla con un estilo completamente personal. A veces iba ella a Hamilton Terrace y otras iban ellas a verla, y siempre les preparaba comidas la mar de interesantes que nunca habían probado: yogur, pepinillos en vinagre, extrañas salchichas y un pan casi negro. Una vez, Polly había organizado una cena con Anna en el club de su padre, pero la velada no había sido lo que se dice un éxito. Su padre había sido escrupulosamente correcto y le había hecho preguntas bastante forzadas a las que Anna había respondido con aire altanero a la vez que enigmático, de modo que la conversación no hacía más que entrar en callejones sin salida. Después, él dijo de ella que era «poco convencional», y ella de él que era «muy normal», veredictos ambos que cerraron el paso a posibles encuentros posteriores.

—De todos modos —había dicho Clary—, no consigo imaginármelos casados. Los socialistas y los conservadores no se casan entre sí. ¡Figúrate la de broncas que tendrían cada vez que abrieran el periódico! Y los dos son

demasiado mayores para cambiar en nada, pobrecillos. Cuando Noël se casó con Fenella, ella tuvo que volverse conservadora porque si no él se habría negado.

Aquel sábado, dado que iba a pasar la velada a solas con Anna, Polly decidió que intentaría enterarse de cosas de las que no podría enterarse cuando también estaba Clary.

Llevó un ramo de narcisos y unas chocolatinas. A Anna le encantaba que le regalasen flores y dulces, y les había contado que una vez su casa había estado tan llena de flores que le habían regalado sus pretendientes después de un baile que su madre y ella habían tenido que alquilar un taxi para llevarlas al hospital más cercano. «¡Que sí, que sí! Había centenares de flores: lilas, rosas, claveles, gardenias, violetas... Cualquiera flor que se os ocurra allí estaba».

—Clary no ha podido venir —dijo mientras subía detrás de Anna por las escaleras de la pequeña casita de la callejuela.

—¡Vaya!

—Dijo que te llamaría para decírtelo.

—Llevo casi todo el día fuera.

En el suelo había una pieza enorme de tela de arpillera, y a su lado un montoncito de ovillos de lana y retales.

—Estoy haciendo uno de mis famosísimos cuadros —dijo Anna.

—¿Puedo ayudarte? Se me da bastante bien coser.

—Podrías tejerme una pieza de siete u ocho centímetros con esto, si quieres. Para hacer el campo labrado.

Le pasó un ovillo de lana basta y moteada y un par de agujas muy largas.

Tenía una gramola a la que había que darle cuerda, y estuvo poniendo discos mientras preparaba la cena.

—A Mahler no se le valora como merece en este país. Hasta puede que ni siquiera conozcas esta pieza.

Al final, Polly se lanzó a hacerle la pregunta que tenía pensada. Si había una persona a la que solías confiarle todos tus secretos, pero le habías ocultado un tema muy importante por miedo a lo que pudiera decir, ¿debías contárselo?

Anna se interesó inmediatamente.

—¿Te refieres a contarle algo que guarda relación con ella?

—No, en realidad, no. Es sobre otra persona.

—¿Y esa otra persona lo sabe?

—No, no lo sabe. Estoy segura.

—Y, entonces, ¿por qué no hablas con esa otra persona?

—No puedo.

Notó que se sofocaba solo de pensarlo.

Se hizo un breve silencio. A continuación, Anna se encendió un cigarrillo y dijo tranquilamente:

—Siempre que me he enamorado de alguien, se lo he dicho. Y siempre ha sido un éxito.

—¿De veras?

—De veras. ¡Que sí, que sí! Muchas veces, lo que pasaba era que habían tenido miedo de decírmelo ellos, así que les quitaba un peso de encima. No deberías ser tan inglesa en las cosas del amor, Polly.

Siguió hablando de esta guisa durante un rato, intercalando numerosas anécdotas destinadas a demostrar que tenía razón. Pero no fisgoneó ni le tendió trampas para que confesara nada, cosa que Polly le agradeció; y esta gratitud, en cierto modo, daba un peso añadido a la opinión de Anna. Aquella tarde, volvió caminando desde Swiss Cottage llena de determinación, y también nerviosa.

Al principio parecía que todo jugaba a su favor. Le telefoneó por la mañana; estaba en casa, no tenía ningún compromiso y fue él quien propuso ir de pícnic al río. «Eso sí, tráete ropa de abrigo, Poll, seguramente haga frío».

Hablaron de lo que aportaría cada uno al pícnic y quedaron en encontrarse en la estación de Paddington. Se vistió con esmero: el pantalón verde de lino Daks que había comprado en las rebajas de Simpson, el jersey añil con una camisa blanca debajo (por si cambiaba el tiempo y tenía calor) y la trenca. Era una bonita mañana de sol, con nubecillas blancas, el día perfecto, se dijo, para una excursión así.

La estaba esperando en la taquilla. Iba vestido con el viejo jersey azul marino de cuello de cisne, el pantalón de franela gris y una viejísima chaqueta de *tweed*, y en la mano llevaba una enorme cesta de mimbre repleta

de cosas.

—He traído los bártulos de dibujar, por si nos apetece.

En el tren con rumbo a Maidenhead intercambiaron noticias sobre la familia, y él, como de costumbre, le tomó el pelo por su desconocimiento acerca del desarrollo de la guerra. ¿Sabía siquiera que Roosevelt había muerto, por ejemplo?

—Claro que lo sabía.

Lo había visto hacía dos noches en todos los letreros anunciadores de los periódicos vespertinos, pero tenía que admitir que Clary y ella no habían hablado del tema.

—A ver, ¿y quién va a ser el próximo presidente?

—Truman. Pero no sé nada más de él.

—No creo que seas la única. Pobre Roosevelt, qué mala pata; después de abrir el segundo frente y todo eso, va y se pierde por los pelos lo mejor, la alegría de la victoria.

—¿Tan poco falta para la victoria?

—Muy poco, Poll. Pero se tardará mucho en volver a la normalidad.

—Creo que no tengo ni idea de cómo va a ser.

—Es mejor eso que tener un montón de ideas preconcebidas al respecto.

—De todos modos, a nadie le parece que su vida sea del todo normal, ¿no?

—¿Y eso?

—Las vidas normales son siempre las de los demás. Aunque supongo que, si les preguntas a los demás, te dirán que las tuyas no lo son.

—¿Como esos pelmazos que parece que siempre tienen alguna experiencia extraordinaria que contar?

—Si son unos pelmazos es porque cuentan las cosas de una manera muy aburrida. Hay personas —estaba pensando en Hugo— que se ponen a contarte cómo han perdido la pastilla de jabón en la bañera y no quieres que paren. El tío Rupert era así.

—Y tú —dijo él después del silencio breve y triste que había seguido a su última frase—, ¿identificas la diversión con la normalidad?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque, si es así, quizá se deba a que por culpa de la guerra no te has

divertido lo suficiente. En cuyo caso, querida niña, te espera un sinfín de deliciosas sorpresas.

Solo de pensar que le esperaba algo delicioso, a Polly se le iluminó el rostro... y la idea de que pudiera ser una sorpresa le hizo sonreír para sus adentros.

Fueron caminando desde la estación hasta el río, y una vez allí eligieron una batea.

—Mejor que cojamos remos también. No estoy para darle mucho a la pértiga —dijo él.

Y emprendieron la excursión río arriba. Archie dijo que se pondría un rato con la pértiga, hasta que se le cansara la pierna.

—Te propongo que busquemos un lugar especialmente bonito para amarrar, y luego podemos comer y dibujar.

A Polly le pareció bien.

Encontraron el lugar perfecto, un pequeño promontorio herboso con un sauce llorón cuyas tiernas hojas rozaban el agua verde oliva.

A punto estaban de terminar de comer cuando Polly encauzó la conversación hacia los planes que tenía Archie para después de la guerra. Archie había estado hablando de Neville (que estaba cursando su tercer trimestre en Stowe) y de lo interesante que le parecía que una persona pudiera cambiar tanto en menos de un año, teniendo en cuenta la de cosas que le gustaba hacer ahora.

—La verdad es que pasa de un interés a otro muy deprisa —dijo ella—. Sé que eso a Clary le preocupa. Teme que para cuando cumpla los veinte años ya no le quede nada por probar. La primera vez que vino de vacaciones era la trompeta. Quería tocar a todas horas, y la Duquesita tuvo que obligarlo a tocar en la cancha de *squash*. Ahora le ha dado por el piano, pero solo quiere tocar de oído; se niega a aprender solfeo. Y está como loco con los edificios. También dice que cuando no esté por ahí explorando quiere ser actor. Y las pasadas vacaciones se trajo a casa a un amigo que solo piensa en Bach justo cuando acababa de entrarle la manía de las polillas, así que se pasaban el día entero con Bach y dedicaban la tarde a las polillas. Lydia está muy dolida. Desde que le ha cambiado la voz, Neville apenas le hace caso.

—Volverán a estrechar la relación cuando Neville sea un poco mayor. Y está muy bien que le haya dado por probar tantas cosas. Para cuando cumpla

los veinte, sabrá lo que quiere hacer.

Se hizo una pausa, y después dijo Polly:

—Neville te quiere mucho. Se lo dijo a Clary. Por si no lo sabías.

Archie estaba rellenando los vasos de sidra. Mientras le pasaba el suyo, dijo con tono relajado:

—Bueno, me he convertido en una especie de sustituto de su padre.

Una vez que se hubo encendido el cigarrillo, se recostó sobre los maltrechos cojines de felpa. Estaban el uno enfrente del otro, y, entre ambos, las sobras del pícnic.

—¿Y tú qué planes tienes?

—No estoy muy segura. Estoy hecha un lío.

—Bueno, tú no te preocupes, Poll. Vendrá el príncipe azul y se te llevará a lomos de un caballo blanco.

—¿Tú crees? ¿Cómo lo sabes?

—Saber saber no lo sé. Y, además, puede que no aspire simplemente a casarte. A lo mejor te apetece hacer algo por tu cuenta. Hasta que aparezca tu príncipe, claro.

El corazón estaba a punto de estallarle. Se incorporó; ahora o nunca.

—Bueno, la verdad es que me gustaría mucho casarme.

—¡Ajá! ¿Y ya has elegido al afortunado?

—Sí. —Le clavó la mirada en un punto indefinido de la cabeza—. Eres tú. El único hombre con el que me gustaría casarme eres tú. —Para impedir que respondiera, arrancó a hablar a borbotones—: De verdad, lo he pensado con mucho detenimiento. Lo digo completamente en serio. Ya sé que soy bastante más joven que tú, pero hay gente que se casa con mucha diferencia de edad y estoy segura de que les sale bien. Solo tengo veinte años menos, y para cuando yo tenga cuarenta y tú sesenta, la diferencia no se notará nada... nada de nada. Ni se me pasa por la cabeza casarme con ningún otro, y además tú me conoces muy bien, y alguna vez has dicho que te gusta mi aspecto. He estado practicando con la cocina y no tendría ningún inconveniente en vivir en Francia o donde fuera... ni en nada...

Después no supo qué más decir, y se obligó a sí misma a mirarle.

No se estaba riendo, lo cual ya era algo. Pero por su manera de cogerle la mano y besársela, Polly supo que no había nada que hacer.

—¡Ay, Poll! Menudo cumplido. Jamás, en toda mi vida, me han hecho un cumplido tan grande y tan serio. No creas que voy a parapetarme detrás de todas esas zarandajas de la diferencia de edad, aunque también hay algo de verdad en ello. Te quiero mucho, te considero una gran amiga; pero no eres el amor de mi vida, y lo terrible es que, así, no habría ninguna posibilidad de que la cosa saliera bien.

—¿Y no crees que podría llegar a serlo algún día?

Archie negó con la cabeza.

—Es de esas cosas que se saben.

—Ya.

—Mi querida Poll. Tienes toda la vida por delante.

—Eso estaba pensando —respondió; el panorama era desolador, pero no dijo nada—. Supongo que pensarás que no debería habértelo dicho.

—En absoluto. Lo que pienso es que has sido tremendamente valiente.

—Pero no ha servido de nada, ¿no?

—Bueno, querías enterarte de una cosa y has preguntado.

Y he pasado de tener esperanzas a dejar de tenerlas, pensó, pero tampoco esta vez dijo nada. No sabía cómo iba a poder estar el resto de su vida sin él, y tampoco sabía cómo estar con él en estos momentos, atrapada en la maldita batea a varios kilómetros de distancia de cualquier sitio.

Un súbito chaparrón acudió en su rescate. El cielo se había ido cerrando cada vez más, y un rato antes (le parecía que hacía siglos de eso) se habían preguntado si llovería. Ahora fue la excusa perfecta para volcarse en recoger los restos del almuerzo, ponerse la trenca y desatar la amarra del sauce, mientras Archie maniobraba con la pértiga. Para cuando llegaron al embarcadero, estaban calados. Salió el sol, pero era un sol más vistoso que cálido. Archie quería ir a un *pub* para entrar en calor con un *whisky*, pero los *pubs* estaban todos cerrados. No había más remedio que volver a la estación y esperar el próximo tren.

En el andén, Polly dijo:

—No se lo he contado a nadie. Lo que te he dicho a ti, quiero decir. Ni siquiera a Clary.

—Jamás se me ocurriría decírselo a Clary; ni a Clary ni a nadie.

Se subieron a un vagón vacío del lento tren dominical, que paraba en



todas las estaciones. Archie no paró de hablar —de los dibujos de Polly, de pintura en general, de la vida en Hamilton Terrace—, de todo menos de su confesión y de lo que pudiera sentir Polly al respecto. A Polly le pareció que estaba intentando fortalecer su dignidad y no le hizo ninguna gracia —la obligaba a hacer esfuerzos en el mismo sentido—.

—Creo que lo que voy a hacer (después de la guerra, claro) es buscar a alguien que se dedique a construir casas y encargarme de los interiores. No me refiero solo a la pintura o al papel pintado, sino a la arquitectura interior (puertas, suelos, hogares). —Pero de repente notó que se le saltaban las lágrimas, así que fingió que estornudaba y se puso a mirar por la ventanilla —. ¡Ay, madre! Me temo que me estoy acatarrando.

Una vez en Paddington, Archie le preguntó qué quería hacer, y le dijo que casi lo que más le apetecía era volver a casa.

—¿Habrán alguien? —preguntó él.

Y ella dijo que sí, que seguro.

En realidad, estaba convencida de que no habría nadie, pero se equivocaba. Vio el abrigo de Louise tirado de mala manera en la mesa del *hall* en el mismo momento en que la oyó sollozando en el piso de arriba. Michael ha muerto, pensó, y subió corriendo.

La encontró en el cuartito de los invitados, echada boca abajo sobre la cama.

Al principio no hacía más que balbucear incoherencias, presa del dolor, ¿o quizá de la rabia? Polly no lo sabía.

—¡Lo soltó así, por las buenas! Uno de los invitados fue y lo dijo durante la comida con una especie de falso tonillo de pena, ¡sin avisar! Y ellos... ellos lo sabían y no me habían dicho nada. ¡Cómo no iba a saber ella, precisamente ella, el golpe que iba a ser para mí! No podía quedarme después de eso. Me levanté de la mesa y salí corriendo. ¡Ay, Polly! ¿Cómo voy a soportarlo? ¡Justo cuando empezaban a decir que la guerra está a punto de acabar!

Y de nuevo prorrumpió en sollozos.

Polly se sentó al borde de la cama y le tocó tímidamente el brazo. Poco a poco Louise se fue tranquilizando, y después se dio media vuelta y se incorporó, abrazándose las rodillas.

—Fue hace diez días. Salió en el *Times*, dijeron, pero ella... ella sabía

que yo no lo sabía.

—¿A quién te refieres? —preguntó con el tono más suave posible.

—¡A Zee! Me odia por lo que pasó.

Polly comprendió en ese momento que no se trataba de Michael.

—¿Te refieres a Hugo?

Al oír su nombre, Louise se estremeció como si le hubiese dado una bofetada.

—¡Lo amaba tanto! Con toda mi alma. Y ahora voy a tener que pasarme el resto de mi vida sin él. No sé cómo me las voy a arreglar. —Alzó la mirada—. ¡Ay, Poll! ¡Cómo me consuelas, si hasta lloras conmigo!

# LA FAMILIA

**Abril-mayo de 1945**

Tonbridge volvió de recoger a la señora de Rupert de la estación a tiempo para tomarse el tentempié de media mañana con la que llamaba para sus adentros «mi prometida». Había intentado hacer algún que otro comentario interesante mientras volvían de Battle, pero no parecía que la señora tuviera ganas de charla. Había mencionado el fallecimiento del presidente de los Estados Unidos y la liberación de Viena por los Aliados. En fin, tampoco es que fueran noticias de especial interés para los ingleses, había dicho, antes de añadir que, en su modesta opinión, la guerra no podía durar mucho más. Pero la señora de Rupert no había llegado a conversar con él sobre ninguno de estos temas. En los últimos tiempos estaba muy pálida (paliducha, había dicho Mabel) y se preguntó si estaría indispuesta, pero, naturalmente, se abstuvo de hacer comentarios a este respecto.

En cualquier caso, una vez que le hubo llevado la maleta a casa y hubo metido el coche en el garaje, cruzó el patio, entró por la puerta de atrás y pasó por la cocina al cuarto del servicio, pero, aunque vio una bandeja con tortitas, dos rebanadas de pan de jengibre y la minúscula jarrita *toby* con forma de hombre llena de nata, ella no estaba. Le pareció raro, porque al pasar por la cocina tampoco la había visto.

Volvió a la cocina, donde se encontró a Lizzie enfrascada en lavar verduras en el fregadero. Era de ese tipo de chicas que cuando se les habla dan un respingo y después responden tan bajito que casi ni se las oye. No, no tenía ni idea de dónde estaba la señora Cripps. Era una faena, porque tenía algo muy importante que contarle y se lo había estado reservando para esos momentos de paz y té calentito que disfrutaban todas las mañanas. Volvió a

la sala de estar y se sentó en su silla de costumbre a esperarla.

La señora Cripps llevaba una mañana de lo más insólita. El doctor Carr, antes de subir a hacerle la visita semanal a la pobre señorita Barlow, les había echado un vistazo a sus piernas. De un tiempo a esta parte le dolían un horror, y las cosas habían llegado a un punto crítico después de una de las reuniones matinales. Ahora las hacía con la señorita Rachel, porque la anciana señora Cazalet no estaba muy católica; había permanecido de pie, como hacía siempre con la señora, mientras preparaban los menús del día, y, aunque no es que hubiera mucho donde elegir en los últimos tiempos, la señora siempre había decidido qué se comía y las normas eran las normas. Para descargar el peso de los pies había apoyado el codo en el respaldo de una de las sillas de la cocina, pero aquella mañana, al cambiar de postura para dar un respiro a la otra pierna, el respaldo de la silla se había desplomado; se había hecho astillas, así sin más, y se había caído al suelo, y ella con él. Tanto daño se había hecho que no había podido contener un grito, y, entre eso y que en un primer momento no había sido capaz de levantarse siquiera, se había derrumbado. Había... ¡Había llorado, y delante de la señorita Cazalet, que, como siempre, había sido un dechado de bondad! La había ayudado a levantarse y se la había llevado a la salita, donde le había hecho sentarse con los pies en alto a la vez que le decía a Lizzie que le preparase una tacita de té. Fue entonces, una vez que hubo apoyado los pies sobre el cojín del taburete, cuando la señorita se había fijado en ellos. Le daba vergüenza que se los vieran, y se dijo que menos mal que Frank había tenido que llevar el coche al taller esa mañana y no había peligro de que apareciera.

En fin, el caso es que la señorita Rachel dijo que se los tenía que ver el doctor Carr, y mientras tanto se había ido a Battle y le había comprado unas gruesas medias elásticas que habían sido una bendición del cielo. El doctor Carr la había examinado en su propio dormitorio, porque ya se había encargado ella de decirle a la señorita Rachel que los hombres podían entrar a la sala del servicio en el momento menos pensado y no estaría bien. El doctor Carr había dicho que debería haber acudido antes a él y que tenía que operarse sin falta, y en un primer momento no se había agobiado porque su único seguro era la mutua local y no creía que ofrecieran ese tipo de operaciones. Pero después entró la señorita Rachel y dijo que ella correría con los gastos, y entonces sí que le había entrado miedo, porque la única vez

en su vida que había ido a un hospital había sido cuando su padre se estaba muriendo. Y después el doctor Carr le había preguntado la edad, y al decírselo (en junio cumplía cincuenta y seis) había sentido vergüenza y remordimientos porque no era esto, ni por asomo, lo que le había dicho a Frank. A su pregunta había respondido que tenía cuarenta y dos, y desde entonces no se había bajado del burro. Frank la había creído, por supuesto, y eso que se había quitado más de diez años. Naturalmente, a un médico no le iba a mentir, pero de repente, al decirle la verdad, le pareció que estaba muy mal ocultársela a Frank. Había temido que no quisiera casarse con ella si se enteraba. Ni siquiera estaba segura de si él quería tener hijos o no, pero al decirle que tenía cuarenta y dos años su respuesta había sido: «Bueno, quebraderos de cabeza por unos mocosos no parece que vayamos a tener». Se había puesto rojo como un tomate y habían cambiado de tema. En fin, lo mismo la operaban y se moría en el hospital, pero lo que tenía claro era que antes quería estar casada, y no quería morir con una mentira a su marido en los labios. De manera que tendría que decírselo.

La estaba esperando en la sala del servicio, preguntándose dónde se habría metido, dijo. Entonces, justo cuando se lo iba a confesar, Lizzie trajo el té, y luego, después de dejarlo reposar y mientras lo servía, Frank se sacó un sobre marrón del bolsillo y dijo que le había llegado una carta de los abogados anunciándole que le habían concedido una sentencia provisional, fuera lo que fuera eso. Tenía que ver con el divorcio, pero la cosa no acababa ahí; qué va. Después de la provisional había que esperar a lo que llamaban «la absoluta». Y entonces sí. Pero solo era cuestión de semanas...

Cuando ella abrió la boca para hablar, él volvió a interrumpirla; esta vez, sacando una cajita y dándole a un botoncito que había en la tapa, que se abrió de golpe y dejó ver ¡un anillo! Eran dos diamantes, o eso parecían; no eran grandes, claro (de los diamantes no podía esperarse que lo fueran), y estaban montados a ambos lados de una piedra oscura más pequeña.

—Rubís y diamantes —dijo él—, y oro de nueve quilates.

Se quedó sin habla. Era un auténtico anillo de compromiso, pero cuando Frank intentó ponérselo en el dedo resultó que no le entraba; no pasaba del segundo nudillo.

—Lo llevaré a que lo agranden —dijo él, pero ella vio que se había desilusionado.

—Es precioso. Frank, no deberías haberlo hecho. Los anillos de compromiso son para las señoras.

—Y eso eres tú: una señora de tomo y lomo.

¿Y si lo intentaba con el meñique?, sugirió ella. Solo por el momento. Pero ni siquiera ahí le entraba. Le dijo que no lo guardase, que quería mirarlo, y se lo puso en la palma de la mano. Los diamantes parpadeaban cuando les daba directamente la luz.

—¿Así que son de verdad? —preguntó; no creía que pudieran serlo, pero Frank dijo que por supuesto que sí—. ¡Pues serán de mucho valor!

—Bueno, no es que sean precisamente... baratos —había respondido con un tono de voz que daba a entender que le daba la razón.

Estaba extasiada. Era el objeto más valioso que había tocado en toda su vida, ¡y Frank, ni corto ni perezoso, se lo había comprado!

—¡Ay, Frank! ¡Ay, Frank! —Tenía lágrimas en los ojos y se sorbió varias veces la nariz entrecortadamente—. ¡Estoy tan contenta! No podría estar más contenta. ¡De verdad que sí!

Y entonces se lo dijo, a matacaballo, aprovechando que Frank seguía en el podio de la gratitud que le había demostrado.

No le importó lo más mínimo.

—En realidad, ya lo sabía. Que quizá no tenías los años que confesabas, quiero decir. Una señora que se precie no le dice a un caballero su edad exacta. —La miró con sus tristes ojos castaños, que ahora estaban mucho menos tristes que de costumbre. Casi hasta brillaban de satisfacción por su propia generosidad—. Para mí, siempre serás joven.

Cogió el anillo y volvió a depositarlo en la cajita.

—No es más que un pequeño detalle en señal de mi aprecio.

Después de todos los esfuerzos que había hecho ella por escaparse a Londres con tan poca antelación, Jack solo se había quedado la noche del sábado; el domingo por la mañana, muy temprano, había partido en avión con rumbo a Alemania. No había nada nuevo en esto. La situación llevaba repitiéndose más o menos desde el Día D, hacía ya casi un año. Jack estaba fuera casi siempre y solo volvía para pasar alguna que otra noche suelta o, a lo sumo, dos o tres días; en general, avisaba con poco tiempo, pero no tanto

como esta última vez, que había llamado el viernes a media tarde para pedirle que fuese a Londres esa misma noche. A pesar de que había sobrevivido ileso a los últimos meses, Zoë no conseguía quitarse de encima ni rebajar en lo más mínimo la preocupación por su suerte, de manera que cada despedida estaba teñida por una especie de angustia de doble filo. Sus encuentros seguían colmados de emoción y alegría, y durante las primeras horas estaban completamente absortos el uno en el otro; era como si el mundo y la guerra casi ni existieran, pero por una razón o por otra siempre sucedía algo —con frecuencia insignificante— que irrumpía en su círculo mágico y los devolvía a una realidad sombría y, para ella, agobiante. Durante el invierno posterior al desembarco, a veces habían sido los V2. Ni siquiera cuando caían a varios kilómetros de distancia, se podía pasar por alto la explosión... Te sacudía el estómago más que la de ninguna otra bomba, aunque Zoë no había tenido mucha experiencia en esta materia. Su relación con Jack la obligaba a confrontarse con la guerra como nada lo había hecho hasta entonces, a excepción de la desaparición de Rupert, pero hacía tanto tiempo de aquello que a estas alturas ya era como un triste fragmento de historia. A veces Jack le decía: «Tengo que llamar a la oficina», y, al oírle hablar con personas que él a todas luces conocía bien pero que para ella eran perfectas desconocidas, se daba cuenta de que no sabía nada de las dos terceras partes de su vida.

No obstante, poco a poco fue descubriendo más cosas sobre él. Una vez, a las pocas semanas del desembarco, le trajo una caja que contenía un exquisito conjunto de ropa interior de seda bordada: camisola, enaguas y culote de seda turquesa claro con encaje beis. Zoë no veía nada semejante desde antes de la guerra. «Las tiendas las habían escondido», le explicó Jack. «Las tenían guardadas para cuando llegásemos nosotros». Pero ese mismo día, mientras estaban cenando, le había preguntado por París, si había sido divertido ir, y él había dicho que no, que de divertido no había tenido nada.

Jack estaba cortando la carne para llevársela a la boca, y, al notar su atención, alzó la mirada. Por un instante fugaz Zoë vio la profunda desesperación que anidaba en sus ojos, dos pozos oscuros e insondables. Tan rápidamente desapareció que se preguntó si no se la habría imaginado. Jack —mejor dicho, su boca— esbozó una sonrisa, y cogió el vaso y bebió.

—Olvídalo —dijo—. No había nada que yo pudiese hacer.

En la cama, totalmente a oscuras, Zoë lo cogió entre sus brazos.

—¿Qué pasó en París? En serio, quiero saberlo.

Guardó silencio, pero, justo cuando Zoë empezaba a pensar que no debería habérselo preguntado, dijo:

—Mi mejor amigo de Nueva York, un judío polaco, me pidió que si alguna vez iba a París buscara a sus padres, que llevaban viviendo allí desde 1938. A él lo habían mandado a América porque tenía un tío allí, pero su hermana se había quedado con sus padres. Me escribió la dirección y me la guardé, aunque no sabía si alguna vez tendría la oportunidad de comprobarlo. Bueno, el caso es que encontré la calle, la casa en la que vivían, y no estaban. Estuve preguntando por la zona y descubrí que se los habían llevado a un campo unos meses antes del desembarco. A los tres. Los cogieron una noche y nadie volvió a saber nada de ellos.

—Pero, si se los llevaron a un campo de Alemania, todavía puede que des con ellos, ¿no? Es decir, estamos acercándonos a Berlín.

Era extraño. No conseguía recordar lo que había respondido Jack, pero al día siguiente había estado taciturno, sumido en uno de aquellos estados de ánimo sombríos e inaccesibles que Zoë no comprendía y que le causaban un vago temor.

Llegó a haber una suerte de censura tácita de los temas de conversación. En cierta ocasión Zoë había intentado saber algo de su matrimonio, pero él se había limitado a decir: «Quería que la chulease, que tomase yo todas las decisiones, que la mangonease. Mejor dicho: lo que quería era un chulo rico, y eso sí que me fastidiaba. Sacábamos lo peor el uno del otro. ¿Te vale con esto?». Y a partir de entonces jamás volvió a hablarse de Elaine —así se llamaba—. Nunca hablaban de Rupert, aunque siempre le preguntaba por Juliet. Hablaban de su breve pasado en común, pero nunca, desde el día del banco del lago Serpentine, del futuro. Hablaban de libros que él le había recomendado, y de películas que veían, analizando los personajes como si fueran los amigos comunes que, por lo demás, no tenían. La cama se convirtió en el lugar más seguro. Allí no había censura. La familiaridad intensificaba el placer, y el más mínimo descubrimiento sobre la sensualidad del otro pasaba a ser un gozo añadido. El sexo no consistía tanto en quitarse la ropa como en pasar a formar parte del cuerpo del otro, le había dicho Zoë una noche.

Por segunda vez iban a pasar la Navidad separados.



—Ah. Ojalá pudiera invitarte a casa —había dicho ella.

Y a continuación había tenido miedo de que le preguntase: «¿Y por qué no me invitas?». Pero no lo hizo. De todos modos, dijo, tenía trabajo; «tengo que enviar fotos de los muchachos celebrando la Navidad a las familias».

Después de aquello, estuvo casi un mes sin verlo. Y, después, sus encuentros se fueron espaciando cada vez más. Por consiguiente, a pesar de la poca antelación con que la había avisado, Zoë se las había apañado para que Clary fuese a cuidar a Jules y se había ido a Londres el sábado por la mañana en el primer tren que le había sido posible coger, y habían pasado el día y la noche juntos. Jack no le había dicho que se marchaba el domingo por la mañana hasta después de que hicieran el amor la primera vez.

—Lo siento, pero me tengo que ir.

—¿Adónde? ¿Adónde te vas?

—A un lugar al este de Bremen. Belsen se llama.

En realidad, lo de menos era adónde se iba, dijo Zoë entre lágrimas. Lo malo era que tuviese que irse. ¿Por qué no se lo había dicho antes?

No lo había sabido con seguridad hasta ahora; le habían encargado que sustituyese a alguien en el último momento; había movido cielo y tierra para retrasar el viaje y poder verla. Volvería. La guerra estaba a punto de acabar y, en cualquier caso, volvería.

Salió a las cinco de la madrugada para coger un avión. A Zoë se le hacía insoportable el piso sin él. Se levantó y puso todo en orden mientras se preguntaba qué demonios debía hacer. No podía volver a Sussex tan pronto (se suponía que volvía el lunes). De repente se acordó de Archie y lo llamó, pero no hubo respuesta. Era terrible que no se le ocurriera nadie, ni una sola persona, a quien pudiera ir a ver. Se pasó el día paseando por las calles como hacía a veces con Jack, fue a comer espaguetis al pequeño restaurante italiano al que iban juntos y después volvió al piso y se tumbó en la cama a leer, pero cayó dormida casi al instante.

Cuando se despertó, eran casi las siete de la tarde. No tenía mucho sentido levantarse, dado que no tenía adónde ir. Anhelaba poder hablar de Jack con alguien y empezó a marcar el número de Archie, pero cambió de idea. Al fin y al cabo, era el mejor amigo de Rupert. Se levantó a buscar comida. Había medio paquete de galletas y restos del zumo de naranja en polvo que tomaba Jack por las mañanas. Se preparó un vaso y se comió las

galletas, y después se volvió a la cama y estuvo varias horas en vela, dándole vueltas a su paradero, preguntándose si sería un lugar seguro y cuándo volvería.

El lunes por la mañana, temprano, llamó a Home Place y anunció que iba a coger el primer tren para que Tonbridge fuese a recogerla a la estación.

Aquella semana no tuvo noticias suyas, pero de repente, al siguiente viernes, llamó a la hora del almuerzo. Menos mal, porque a esa hora el Brigada nunca estaba en el estudio. Había cogido el teléfono Rachel. No dijo quién preguntaba por ella, pero por alguna razón Zoë adivinó que se trataba de Jack.

—Perdona que te llame a la hora de comer. ¿Crees que podrías escaparte esta noche?

—¡Ay, Jack! ¿Por qué no me avisas con más tiempo? Acabo de decir que me voy a encargar yo de los niños para que la niñera pueda librar el fin de semana.

—No sería para todo el fin de semana. Solo esta noche. —Hubo una pausa, y a continuación dijo—: Me gustaría muchísimo verte.

—¡Qué difícil me lo pones! Ya sabes que quiero ir, pero no puedo. De verdad, no puedo.

—Vale. Pues nada.

Se oyó un clic, y comprendió que había colgado. Llamó a su oficina, pero le dijeron que no estaba; que llevaba varios días sin ir. Llamó al piso, y no hubo respuesta. Volvió al comedor e hizo como que terminaba de comer.

Aquella tarde, después de la siesta de los niños, mientras se los llevaba de paseo hasta la tienda de Watlington, estuvo enferma de angustia. Si en aquel momento Jack se lo hubiera podido pedir, lo habría dejado todo y habría cogido el primer tren sin pensárselo. Hasta se habría ido andando a la estación, si hubiera hecho falta. ¿Por qué había colgado así? No era propio de Jack. Había sonado raro, como si supiera algo, o como si estuviera ocultando algo... o enfadado... ¿con ella, tal vez? ¡Ay, Dios! ¿Por qué habría colgado así?

—Queremos volver por los prados —dijo Wills.

Habían llegado a la verja que separaba el camino del prado en el que empezaban las tierras de Home Place.

—No, hoy vamos por el camino.

—¿Por qué? ¿Por qué, mamá? ¿Qué vamos a ganar con eso?

—Queremos volver al prado donde está el árbol autobús.

El niño se refería a un pino caído cuyas ramas servían de asiento a los pasajeros mientras el conductor cogía las raíces a modo de volante y el revisor recorría precariamente el tronco despachando billetes (hojas de roble).

—Clary nos dio permiso el fin de semana pasado —dijo Roly.

—Sí, y jugó con nosotros. No como Ellen, que se queda ahí plantada hablando de manos limpias y comidas.

—¡Adultos! —se mofó Wills—. Yo no me voy a hacer adulto. Son superaburridos.

—Cuando tengas cien años, serás un niño viejísimo.

Uno de los niños estaba subiéndose a la verja. O cedía o se ponía firme, se dijo Zoë.

—Sí, seré el niño más viejo del mundo. La gente vendrá de muy lejos a verme. Seré muy chiquitito pero tendré millones de arrugas y gafas. Y también una barba blanca.

—Entonces serás un duende —dijo Roly.

—No, un duende no. Los odio. Odio esos gorros rojos de punta que llevan.

Zoë cedió. En aquel momento le pareció más fácil.

—Tenéis diez minutos para jugar al autobús —dijo mientras se metían por la hierba larga, húmeda, brillante.

—¡Diez minutos, dice! Queremos diez horas.

—Diez días.

—Diez semanas.

—Mil años —dijo Juliet, poniendo fin al *crescendo*.

Miró a su hija. Era preciosa. Llevaba un abrigo de *tweed* que había desechado años atrás Lydia porque le quedaba pequeño, katiuskas negras y una boina color escarlata que en los últimos tiempos era su prenda favorita, y, por primera vez, Zoë acarició la idea de que en algún futuro impreciso pudieran estar los tres juntos en los Estados Unidos. Era descabellado, y sin embargo ¿qué otra cosa podía suceder? Algún día, pensó, esta casa y la familia serán para mí recuerdos lejanos. En fin, como ya lo era Rupert, suponía. Entonces pensó en la familia, y sobre todo en la Duquesita. La

habían acogido sin reservas como un miembro más, y aquella casa (¡con lo que le aburría antes el campo!) había pasado a ser su hogar como no lo había sido ninguno de los lugares en los que había vivido con su pobre madre. También a ella tendría que abandonarla, y, curiosamente, aunque había soportado tres visitas más a la isla de Wight desde aquella a cuya vuelta había conocido a Jack («Si coincides con algún hombre desconocido en el tren, ni se te ocurra hablar con él», le había advertido la primera vez que volvió a la isla después de que se hicieran amantes), se le hacía difícil porque sabía lo duro que iba a ser para su madre, mientras que dejar Home Place iba a ser más duro para ella que para ninguno de los Cazalet. Llevaría a Jack a conocer a su madre; lo haría por ella. Y, naturalmente, de vez en cuando volverían a Inglaterra de visita.

—¿Dónde se apea, señora?

—En América —dijo sin pensar.

—¿América? ¿América? Tan lejos no llegamos, señora. Paramos en Hastings y de ahí vamos a Bexhill. A cualquiera de los dos puede ir, si quiere.

Uno de los niños le metió una hoja húmeda en la palma de la mano.

Cuando le pareció que todos habían tenido ocasión de ser conductor, revisor y pasajero a secas, anunció que era la hora del té. La señora conductora —Juliet— dijo que no era justo, que no había conducido ni la mitad de tiempo que los otros dos; y los otros dos, como ya habían disfrutado de su turno, se pusieron de parte de Zoë.

—Sí, has estado el mismo tiempo —dijeron con tono despiadado—, más que de sobra para lo pequeña que eres.

Para cuando volvieron, el té ya había empezado. Lo servían en el *hall*; la larga mesa se cubría con un mantel, y la Duquesita se sentaba a presidir en un extremo, con las teteras a mano.

A la derecha de la Duquesita estaba Jack.

—Aquí está —oyó decir a la Duquesita mientras entraba con los niños, que empezaron a quitarse botas y abrigos a todo correr para sentarse a merendar—. Ha venido a vernos el capitán Greenfeldt, cariño. Tu amiga Margaret le dijo dónde vivíamos y, como pasaba por aquí, se le ha ocurrido hacernos una visita. Qué amable, ¿verdad?

Y, al ver la mirada franca y penetrante de su suegra, supo que lo sabía.

Jack se había puesto de pie al verla entrar.

—Nada, solo una visita rápida —dijo—. Espero no molestar.

—Por supuesto que no.

Tenía la boca seca, y al ir a sentarse enfrente de él casi se desploma.

—Si fuera usted un americano de verdad —dijo Lydia— habría ido corriendo a sacarle la silla. Eso es lo que hacen en las películas. Pero aquí no lo hacemos. A lo mejor es que ya lo sabía.

—Mami, las botas se me han comido los calcetines, ¿puedo merendar descalza?

—Sí que es americano —dijo Wills—. Se ve por el uniforme.

Tenía ocho años y le interesaban mucho los soldados.

—No se habla de la gente que está delante como si no estuviera —dijo Rachel. Estaba sirviendo tazones de leche.

—¿Es su hija? —Por supuesto, sabía que lo era.

—Sí.

Juliet se había sentado sigilosamente al lado de Zoë y miraba a Jack sin pestañear.

—El capitán Greenfeldt nos estaba contando que acaba de volver de Alemania —dijo la Duquesita pasándole una taza de té a Zoë.

De repente lo recordó diciendo que se iba a un lugar llamado Belsen, del que llevaban diez días hablando mucho y de manera escalofriante en las noticias.

—¿Ha ido a sacar fotografías del campo de Belsen?

—Sí.

—Dios mío —dijo Villy—. Ha tenido que ser horroroso. ¡Esa pobre gente!

—Esto... —dijo la Duquesita—. Creo que quizá *pas devant les enfants*.

—Delante de los niños, no —tradujo Lydia—. Hace siglos que sabemos lo que significa.

Wills, que solía citar a Tonbridge, dijo:

—Tonbridge dice que era un campo de exterminio. Y que sobre todo había judíos. ¿Qué son los judíos?

Jack dijo:

—Yo soy un judío.

Wills le miró con gravedad.

—No parece usted distinto. No entiendo cómo los diferenciaban.

Lydia, que no leía los periódicos ni hablaba con Tonbridge, dijo en ese momento:

—¿Te refieres a que es un campo donde matan a la gente? ¿Y qué pasa con sus hijos?

Villy, con voz de gélida autoridad, dijo:

—Lydia, ¿podrías llevarte a los tres niños al cuarto de juegos? ¡Ahora mismo!

A Lydia le bastó echar un vistazo al rostro de su madre para obedecer, mientras los otros la seguían con una docilidad sorprendente. El ambiente se distendió, pero no mucho. Villy le ofreció un cigarrillo a Jack, y, mientras este le daba lumbre y se encendía el suyo, Zoë, que descubrió que había estado apretando las palmas de las manos en la taracea de la silla con tanta fuerza que casi se había abierto la piel, lanzó una mirada muda a Jack, como implorándole que hiciera algo para que pudieran escaparse.

La Duquesita dijo:

—Zoë, ¿qué tal si acompañas al capitán Greenfeldt a la salita matinal, que es más tranquila?

—Tu hija se parece mucho a ti.

En la salita había una mesa de alas abatibles y cuatro sillas pegadas a las paredes. Jack se había sentado en una de ellas. Ahora que podía mirarlo bien, se quedó impresionada. Quería arrojarse a sus brazos, decirle lo mucho que lamentaba no haber respondido inmediatamente que sí, que iría a Londres, pero lo que hizo fue dejarse caer en la silla que estaba enfrente de él. Jack se estaba hurgando el bolsillo, y sacó la cajetilla de cigarrillos para encenderse uno de los Gold Flake que le había dado Villy. Se fijó en que le temblaban las manos.

—Estaba todo allí mismo, a la vista de los niños —dijo—. Jugaban alrededor de una fosa enorme —de setenta metros de largo por diez de ancho— en la que yacían los cuerpos de sus madres, de sus abuelas, de sus tías, esqueletos desnudos, uno encima de otro; un montón de más de un metro de altura.

Zoë lo miró horrorizada, intentando, en vano, imaginarse la escena.

—¿Quieres que vuelva a Londres contigo?

Jack dijo que no con la cabeza.

—Mañana por la mañana tengo que irme otra vez, muy temprano. No merecería la pena.

—¿Otra vez a ese campo?

—No, a otro. A Buchenwald. Nuestras tropas están allí. Ya he ido una vez, pero tengo que volver.

Apagó el cigarrillo.

—Pero cuando me llamaste desde Londres querías que fuera en ese momento.

—Ya, bueno. De repente me entraron ganas de verte. Después pensé que prefería verte en tu casa, con tu familia, antes de irme.

—¿Cuándo vuelves?

Se encogió de hombros. Después, intentó sonreír.

—Tu suegra es una estupenda persona. Estás en buenas manos. —Se encendió otro cigarrillo—. Pero gracias por ofrecerte a venir.

En su tono había una cortesía lúgubre que la asustó. Esforzándose por decir algo, cualquier cosa, que pudiese servir de consuelo al menos a uno de los dos, Zoë observó:

—Pero a partir de ahora toda esa pobre gente va a estar bien, ¿no? Me refiero a que ahora están a salvo, y los cuidarán y les darán de comer.

—Algunos, sí. En Belsen, cada día mueren y son enterradas seiscientas personas. Y dicen que en Buchenwald van a morir más de dos mil (es demasiado tarde). Y no son los únicos campos, ¿sabes? Todavía no hemos llegado a todos, pero serán iguales que estos. Y ya van varios millones de muertos.

No. No había ningún consuelo posible.

Jack miró su reloj y se puso en pie.

—Mi taxi debe de haber llegado ya. No puedo perder ese tren. Me alegro de haber visto a Juliet, por fin.

—¿De veras vas a estar mucho tiempo fuera?

—Sí. Es mejor que te hagas a la idea.

También ella se había levantado, y estaba entre Jack y la puerta,

mirándolo.

—¡Jack! No estarás enfadado conmigo, ¿verdad que no?

—¿Qué te hace pensar eso?

Quería gritar «¡Todo!», pero se limitó a decir:

—No me has besado. Ni siquiera me has tocado.

Por primera vez, sus ojos negros y melancólicos se suavizaron como antaño; dio un paso hacia ella y le puso las manos en los hombros.

—No estoy enfadado contigo —dijo, besándola con dulzura en los labios—. He perdido el contacto con el amor. Vas a tener que ser paciente conmigo.

—¡Lo seré; claro que lo seré! Pero el amor volverá, ¿no?

Sin soltarla de los hombros, la separó un poco.

—Seguro que sí. ¿Te importa despedirte de ellos por mí? ¿Y darles las gracias por todo? No llores. —Era una orden más que un ruego—. Me he dejado la gorra en el recibidor.

—Ya te la traigo yo.

Quería evitar que se tropezase con alguien que pudiera importunarlos, pero no había nadie en el recibidor. Vio la gorra en la mesa y la cogió. Cuando volvió con ella, Jack se había ido en sentido contrario a la puerta principal y la había abierto. Cogió la gorra y se la puso.

—Me alegro de haber venido.

Él le acarició la mejilla con dos dedos.

—Cuídate, y cuida de... de Jules. Así la llamas, ¿no?

Se inclinó y besó la mejilla que había rozado; tenía los labios tan fríos como los dedos. Después se apartó, echó a andar muy deprisa hacia la verja y desapareció de su vista. Zoë se quedó escuchando. El motor arrancó, la puerta se cerró de golpe y el taxi se alejó por el camino hasta que dejó de oírlo.

Villy, que había ido a pasar un día y una noche a Londres, estaba comiendo con Jessica en la casita que esta había alquilado en Paradise Walk, en el barrio de Chelsea. Habían vuelto a reconciliarse ahora que todo el mundo sabía que Laurence (ya no lo llamaban Lorenzo) había abandonado a su mujer para irse a vivir con una joven cantante de ópera. Hasta habían hablado con prudente conmiseración de la pobre Mercedes y de qué iba a ser



ahora de ella, llegando a la incómoda conclusión de que, a pesar de su enorme tristeza, seguro que estaba mejor sin él. (Era evidente que Jessica no sabía nada de aquella espantosa velada, se dijo Villy).

Era lunes. Villy había pasado la mañana en la casa de Lansdowne Road y se disculpó por presentarse tan desaliñada.

—Con lo bien que pintan las noticias, pronto volveréis, ¿no? —dijo Jessica mientras la acompañaba al pequeño cuarto de baño.

—Edward dice que es demasiado grande para nosotros ahora que Louise se ha casado y Teddy ha soltado amarras, por así decirlo. Me voy a quedar muy triste. —Se había quitado el reloj y se estaba remangando—. Estoy hecha un asco, debería darme un baño.

—Pues adelante, cielo. El almuerzo puede esperar; no es más que una especie de empanada.

—Mejor me doy un agua y ya está.

—¡Qué casa más bonita! —exclamó poco después mientras bajaba por las escaleras a la sala de estar.

—Es una casa de muñecas, pero me viene de maravilla. ¡Es tan fácil de mantener! Me basta con que venga una asistenta un ratito cada día.

—¿Ya la ha visto Raymond?

—Todavía no. Parece que cada vez le cuesta más escaparse. Pero le encanta sentirse importante y por lo visto ha hecho amigos en Oxford; y, claro, los fines de semana yo me voy a Frensham a ayudar a Nora.

—¿Cómo va eso?

—Muy bien, creo. Él me parece una persona difícil de conocer, pero se ve que Nora lo adora. Esta ginebra es un poco aguachirle, me temo. Se me ha acabado y el tendero del barrio las raciona (una botella al mes).

Cogió su vaso y fue a sentarse a la otra butaca.

—Las noticias son francamente buenas, ¿no? —dijo Villy—. El día menos pensado entramos en Berlín.

—Si no fuera por esos campos tan horribles... ¡No daba crédito! ¡Es espantoso!

—Parece increíble que pudiera estar pasando todo eso y nadie lo supiera.

—Seguro que lo sabían. Siempre he odiado a los alemanes.

—Pero mira lo a gusto que estuvo allí papá en su época de estudiante. ¿Te

acuerdas? Siempre decía que era una maravilla de país. Que hasta la más pequeña ciudad de provincias tenía su programación de conciertos.

—Estoy de acuerdo con Churchill. No hay palabras para expresar el horror.

—Sí.

A ninguna se le ocurría nada más que decir sobre los campos, y se hizo un breve silencio mientras Villy fumaba y Jessica la observaba. Estaba muy envejecida —tenía el pelo casi blanco del todo; la piel, curtida y seca; las venas azul pizarra mucho más destacadas sobre el dorso de las manos, el cuello de una anciana—. Solo me saca un año, pensó Jessica; solo tiene cuarenta y nueve, pero parece mucho mayor. La guerra le ha pasado factura, se dijo, mientras que para mí ha significado el momento en el que de repente he tenido más dinero y menos tareas domésticas. Y, por supuesto, la aventura con Lorenzo (seguía llamándolo así para sus adentros), a pesar de que al final se portó un poco mal, fue de lo más divertida mientras duró. De hecho, no quería ni imaginarse la paz, con Raymond todo el día en casa, exigiendo comer a sus horas y sin nada que hacer. Estando sola, casi nunca cocinaba —incluso la empanada que estaba en ese momento en el horno era comprada—, y cuando Judy venía en vacaciones se quedaba en casa de compañeras del colegio o en Frensham. Nora estaba ocupadísima, y por lo visto a Christopher le gustaba su extraña vida de ermitaño. En cuanto a Angela. Era la razón por la que había querido invitar a Villy a comer, para tener la oportunidad de dar rienda suelta a algunos de sus temores en relación con su hija. No obstante, esperó a que estuviesen las dos sentadas a la mesita que estaba puesta para el almuerzo en la otra punta de la sala.

Empezó preguntando por Louise; al parecer, según le dijo Villy, estaba un poco pachucha. El doctor Ballater, al que la había obligado a ir, había insistido en que debía quitarse las amígdalas; de hecho, esa misma semana iba a ingresar en el hospital. Teddy estaba en Arizona y había terminado el periodo de instrucción para ser piloto de combate, pero, gracias a Dios, lo habían retenido allí más tiempo («Con un poco de suerte, no tendrá que ir al frente, y Lydia...»). Y entonces, al ver por su expresión que su hermana estaba que reventaba por contarle algo, se interrumpió y dijo:

—Venga, Jess. ¿Qué pasa? Tienes cara de tragedia.

—Esa sensación tengo. Necesito urgentemente que me aconsejes. ¡No sé

qué hacer!

—¿De qué se trata, cielo? Por supuesto que te ayudaré en todo lo que pueda.

—Se trata de Angela. Me llamó la semana pasada y me dijo que se iba a casar.

—Bueno, cielo, eso está...

—¡Espera! ¡Es un americano!

—Bueno, me parece perfecto.

—Y le saca casi veinte años, y encima ya ha estado casado. Y, cuando le pregunté a Angela a qué se dedicaba en tiempo de paz, ¡me dijo que era psiquiatra!

—¿Lo has conocido?

—Lo traje aquí la semana pasada a tomar una copa. Es un hombrecillo de aspecto cómico, fuertote, con la cara aplastada y muy peludo. A Angela la llama «encanto». Y ella a él, Earl.

—¿Y eso por qué<sup>10</sup>?

—¡Es que se llama así! Earl C. Black. Angela quiere convertirse en la señora de Earl C. Black. ¡La segunda!

Tan melodramática era su aflicción y tanto le recordaba a su madre que a punto estuvo Villy de soltar una carcajada.

—¡Cielo! ¿No crees que eres un poquitín estrecha de miras? —En realidad, una esnob, le habría gustado decir—. ¿Angela lo quiere?

—Eso dice —repuso Jessica, como si no por ello tuviera más visos de ser cierto.

—Pues entonces no sé qué es lo que te preocupa. O sea, por supuesto que será una pena que viva tan lejos, pero irás a verla. Y siempre te ha inquietado que pudiera no llegar a casarse siquiera.

—Ay, Villy, venga, ¡ya sabes a lo que me refiero! ¡Si es que era una niña preciosa! Confieso que tenía cifradas mis esperanzas en que se casara con lo que mamá habría llamado «un buen partido». Ya sabes, como tu Louise. No sé, me parece una pena semejante desperdicio. ¡A mamá le habría horrorizado!

—Cielo, no podemos elegir con quién se casen nuestros hijos, y, por si no te acuerdas, a mamá ya le horrorizaron nuestros maridos, tanto el tuyo como

el mío. Creo que deberías dejar de preocuparte y alegrarte por Angela. ¿Para cuándo es la boda?

—Ella quiere que sea ya, pero él quiere esperar a ver si, una vez que la guerra se termine aquí, lo destinan al Pacífico a rematar a los japoneses.

—Bueno, es muy considerado por su parte.

Continuó de esta guisa hasta que a Jessica se le agotaron las objeciones. En su fuero interno, pensaba que Jessica debería dar gracias al cielo. Había habido rumores sobre Angela. Edward decía que un amigo suyo de la RAF «se la había ligado» en un bar, pero que ella, al ver a su tío, había salido por patas. Estaba claro que había llevado una vida bastante disoluta, y, aunque, naturalmente, Villy no pensaba contárselo a Jessica por nada del mundo, el hecho de saberlo lo ayudó a dar consejos más contundentes.

—Estoy convencida de que todo va a salir bien —dijo después de comer, mientras se despedía para ir a hacer unas compras antes de pasarse por el club a cenar con Edward—. Gracias por el almuerzo, estaba delicioso. Seguimos en contacto. Y por favor, cielo, mira el lado positivo de lo de Angela.

Más tarde, cuando se encontró con Edward en la cafetería del club para tomar un aperitivo antes de cenar, tuvo un buen motivo para recordar esta última recomendación con cierta amargura. Nada más verlo se dio cuenta de que le pasaba algo, de que tenía algo —algo malo— que contarle, y por un terrible instante temió que se tratase de Teddy...

—Se trata de Teddy —dijo él—. No, no; está perfectamente. Ay, cariño, lo siento, no quería asustarte. Es que ha enviado esto. —Sacó una carta y se la dio—. Tómame un chupito de ginebra antes de leerla.

*Queridos mamá y papá:*

*Esta es una carta muy seria y espero de veras que no sea un duro golpe para vosotros, pero es que he conocido a una chica fantástica y nos queremos casar. Se llama Bernadine Heavens y tuvo que renunciar a su carrera en Hollywood para casarse con un bestia que al poco tiempo la abandonó con dos hijos, y lo pasó fatal hasta que nos conocimos. Es una persona maravillosa, muy graciosa y alegre, pero también muy profunda y, en realidad, muy seria. Os caería bien si la conocierais. El caso es que, debido a mi edad, necesitamos vuestro permiso para casarnos. Ella quería*

*que os escribiera nada más prometernos (que fue en nuestra segunda cita), pero me pareció que lo mismo era un mazazo demasiado fuerte. Es la persona más maravillosa que he conocido en mi vida. La verdad es que jamás había pensado en casarme hasta que la conocí y, entonces..., ¡zas!, me colé por ella, y ella por mí. Ha tenido una vida muy triste, ya que su padre abandonó a su madre cuando ella era muy pequeña, y su madre la llevó a vivir con una tía porque no quería tomarse la molestia de ocuparse de ella. Pero Bernadine ha superado todo esto magníficamente. No le guarda rencor a nadie, dice. Dice que os escribiría ella misma si no fuera porque no se le dan bien las cartas.*

*El caso es que en realidad nos casamos la semana pasada, solo que Bernadine no puede sacarse el pasaporte hasta que nos hayamos vuelto a casar con vuestro permiso. Es increíble, ¿no? Si no me hubieran pedido que me quedase más tiempo para ayudar a instruir a otros pilotos, no la habría conocido. Trabaja en la cantina de aquí, pero solo lleva un mes, así que perfectamente podría haberme vuelto a Inglaterra y jamás nos habríamos conocido. Cada vez que lo pensamos, se nos ponen los pelos de punta, pero, como dice ella, debía de estar escrito en los astros... ¿Veis a lo que me refería? Es una persona que le da mucho a la cabeza, muy profunda... No es nada superficial. Espero de veras que seáis comprensivos y no tardéis en responderme.*

*Vuestro hijo, que os quiere,*

**TEDDY**

—¡Dios santo!

—Ya. —Los ojos de Edward parecían dos canicas azules, y Villy comprendió que estaba muy pero que muy enfadado—. ¿En qué estaría pensando su comandante, por el amor de Dios? Se supone que tuvo que darle permiso para casarse.

—Puede que ni siquiera lo supiese. Quizá se escabulleron a algún sitio. En los Estados Unidos es mucho más fácil casarse, ¿no? En las películas, la gente se pasa la vida despertando al juez de paz a medianoche o casándose en el salón de casa. ¡Ah, Teddy! ¿Cómo ha podido?

—No se puede ser más irresponsable. Ya tiene edad para saber lo que hace.

—Seguro que fue la chica. Seguro que le ha tendido una trampa. Es evidente que es mayor que él.

—¿Cuántos años crees que le saca?

—No dice la edad de los hijos.

—Me imagino que Teddy se pondría a hablarle de Home Place y de la casa de Londres, y la chica pensará que le ha tocado la lotería. Bueno, no tardará en descubrir la verdad. Ya verá qué gracia, cuando tengan que vivir de su sueldo; y, cuando acabe la guerra y se incorpore a la empresa, tendrá que abrirse camino con esfuerzo, como cualquier hijo de vecino.

Villy había estado releendo la carta mientras Edward hablaba.

—Está encaprichadísimo. Y, aun así, nada de lo que cuenta evita que suene horrorosa.

—Seguro que lo es. ¿Y si simplemente nos negamos a darle permiso?

—En octubre cumple los veintiuno. Solo tiene que esperar hasta entonces. Chasqueó los dedos y vino el camarero.

—Dos martinis grandes, George, si hace el favor. Muy grandes.

Mientras cenaban, Villy dijo:

—¿Era esto de lo que decías esta mañana que me querías hablar?

—¿Qué? Ah, sí... sí, esto era.

—No entiendo cómo pudiste contenerte por teléfono.

—Bueno. Quería que vieras la carta. Y, aparte de estropearte el día, no habría conseguido nada. ¿Qué tal Jessica, por cierto?

—Tiene gracia, la verdad. Estaba preocupada porque Angela se va a casar con un americano, y yo no hacía más que decirle que mire el lado positivo de las cosas. Me lo tengo bien merecido. Creo que prefiero a Earl C. Black antes que a Bernadine Heavens.

—¡Santo cielo! ¿Así se llama? Qué lástima que no podamos emparejarlos.

—De todos modos, cariño, también puede que sea agradable. No se puede uno basar en los nombres.

—No nos estamos basando en un nombre. Yo en lo que me baso es en el hecho de que, a pesar de ser mayor que él (probablemente mucho mayor), se ha casado con un simple muchacho a espaldas de sus padres. En el mejor de los casos, es una asaltacunas. En el peor, una cazafortunas. Seguramente,

ambas cosas —concluyó con tono pesimista.

—Es curioso, ¿no? En realidad, no conocemos a un solo americano. Al menos, yo. Quizá tú sí.

Entonces le vino a la cabeza el capitán Greenfeldt, que, en su estilo atormentado, le había parecido encantador, pero decidió no mencionarlo.

Durante el café, Edward sacó de nuevo el asunto de la mudanza. Pensaba que Villy debía volver unos días a Londres para empezar a buscar algo más pequeño y adecuado.

—Podemos almacenar los muebles en el muelle y poner la casa en venta.

—De acuerdo, lo haré. —Por alguna razón, la idea le infundía un vago temor, pero se calló—. No es... —dijo mientras volvía a servir café para los dos—. No es por que sea americana, en absoluto. Es el hecho de que se case con la primera chica con la que tiene una relación.

—Tiene gracia que digas eso. Justo ahora me estaba preguntando cuántos padres estarán de sobremesa en los Estados Unidos leyendo cartas de sus hijos veinteañeros que les dicen que se han enamorado de una tal Grizelda Wickham-Painswick-Wickham o de una tal Queenie Bloggs y que se mueren de ganas de presentárselas a la familia. Seguro que no estamos solos, si te sirve de consuelo.

Villy le sonrió. No era típico de Edward dejar volar la imaginación; era un comentario del estilo de los que hacía Rupert en otros tiempos...

—Veamos. ¿Por dónde vas a buscar?

—¿Buscar?

—Tu casa. Ahora es buen momento para comprar, aunque vamos a necesitar un perito de primera. Calculo que al menos un tercio de las casas de Londres han sufrido algún tipo de daños en la guerra.

—Edward, no entiendo por qué nos tenemos que mudar. Lansdowne Road no es tan tan grande. Lydia podría quedarse con el antiguo dormitorio de Louise, y Roly y una niñera (tendré que buscar una, por cierto) pueden compartir el último piso con el servicio. Y el dormitorio de Teddy se puede convertir en cuarto de invitados.

Pero se mantuvo inflexible, y al final Villy cedió. Después vino un amigo de Edward a invitarlos a un trago para celebrar que Hitler se había pegado un tiro, una noticia que en cualquier otra circunstancia habría presidido la velada.

Michael llevó a Louise al hospital el domingo por la tarde, antes de coger el tren de vuelta a Portsmouth. Eso suponía dejarla allí mucho antes de lo que estaba planeado, pero quería acompañarla y, a la vez, no podía perder el tren.

—¿Quieres que salgamos a comer? —le había dicho esa misma mañana.

—Si tú quieres...

No sonaba entusiasmada, precisamente, pero, por otra parte, en los últimos tiempos no parecía que se entusiasmase por nada. Zee le había escrito dos cartas larguísimas para contarle cómo se había escapado Louise de Hatton en pleno fin de semana. En ambas había insistido en que por supuesto que no había tenido ni idea de que Louise no estuviese al tanto de la muerte de Hugo, y estaba seguro de que mamá no lo diría si no fuera verdad, aunque Louise dijo: «Me odia y sabía perfectamente que yo no lo sabía». Después, había añadido: «¡Por nada del mundo habría ido a Hatton de haberlo sabido!», pero él lo achacó todo a la histeria de Louise. Pues claro, ¿cómo no iba a afectarle la noticia? ¿A quién no le afectaba la muerte de una persona a la que había conocido? Si hasta él estaba triste, aunque de una manera complicada. En efecto, cada vez que se acordaba de Hugo, que era con más frecuencia de lo que habría deseado porque le despertaba un montón de sentimientos contradictorios en los que no quería profundizar, se le mezclaban celos, tristeza, nostalgia de una época dorada de su vida, antes de la guerra, cuando Hugo venía a pasar largas temporadas con ellos en vacaciones y mamá lo trataba como a un hijo más, animándolos a hacerlo todo juntos. Habían jugado al tenis y a las raquetas, habían salido de caza, a cabalgar, a dar paseos en bote por el lago, y le había hecho uno de los mejores retratos de su vida. Y mamá, ¡qué cielo!, nunca se entrometía; como mucho, una vez a la semana (más o menos) invitaba a comer o a pasar un par de días a hijas de amigos, y cuando se marchaban circulaba la consabida broma familiar sobre lo feas y lo sosas que eran, sin excepción. La verdad es que se le quitaban las ganas de tratar con chicas, pero mamá, siempre tan generosa, decía que había que compadecerse de ellas, pobrecitas. A Hugo y a él los llamaba «griegos antiguos». Se había portado muy bien con la pobre madre de Hugo, enviándole dinero con bastante frecuencia. Esto a Hugo le había llegado al corazón; también él quería mucho a Zee. La verdad es que Michael se había enamorado de Hugo y, aunque estuvo mucho tiempo sin



decírselo a nadie, al final la cosa salió a la luz. Hugo no sentía lo mismo que él, cosa que en su momento le había hecho sufrir mucho, y a punto habían estado de discutir. Por supuesto, su madre lo sabía: no se le escapaba nada que tuviera importancia para él. «Vaya, cariño, qué mala suerte», había dicho; era asombrosamente tolerante. La mayoría de las madres habrían puesto el grito en el cielo, pero mamá no era así. Después de aquello, Hugo había estado una temporada sin ir a Hatton. Solo cuando conoció a Rowena y se encaprichó de ella dejó de importarle que apareciese por allí, pero la relación entre ambos jamás volvió a ser la de antes. Y, luego, Hugo se había instalado en su casa y había seducido a su mujer, menuda jugarreta. Y Louise se negaba a tener más hijos, y eso que mamá decía que era necesario (otro hijo, un hermano para Sebastian). Pero, últimamente, Louise había puesto pegos incluso a acostarse, decía que no tenía ganas y que estaba cansada. Seguro que era por lo de la garganta, que la había debilitado mucho, pobrecilla. Después de la operación, ya se encargaría él de que disfrutase de unas buenas vacaciones. Las islas Sorlingas podrían sentarle bien. Aire de mar y vida tranquila, y quizá su amiga Stella podría acompañarla. Lo que más quería era que recuperase la salud y la alegría.

Entretanto, también él tenía sus problemas. Lo más probable era que le ofrecieran el mando de uno de los nuevos destructores y que tuviera que llevárselo al Pacífico, una perspectiva harto emocionante. Sería la culminación triunfal de su carrera en la Marina. Pocos oficiales voluntarios habían llegado tan lejos. Pero mamá, que confesó que le había dado muchas vueltas al asunto (y, por supuesto, lo había hablado con el Juez), decía que esta era su oportunidad para meterse en política. Una vez que se acabase la guerra en Europa, habría elecciones, y por lo visto el primer ministro tenía mucho interés en presentar candidatos conservadores procedentes de las fuerzas armadas; y, evidentemente, como ya tenía cierto renombre, había muchas posibilidades de que lo cogieran. No tenía muy claro que quisiera ser parlamentario, pero podría ser divertido intentarlo, a ver qué pasaba. De todo esto le había hablado a Louise durante la cena; buscar un restaurante había sido un poco deprimente porque muchos cerraban la noche del domingo, pero al final habían ido al Savoy.

—Si te quedaras en la Marina, ¿hasta cuándo estarías en el extranjero? — había preguntado Louise.

—Cariño, ¿cómo quieres que lo sepa? Hasta que se rindan los japoneses. Ahora mismo nos está yendo todo bastante bien allí, con la toma de Rangún y todo eso, pero puede que todavía quede año y medio o por ahí, creo yo.

—¿Y si te metieras en política?

—Me saldría de la Marina, nos compraríamos una preciosa casa en Londres y, con un poco de suerte, pasarías a ser la mujer de un parlamentario.

—Ah.

—¿Qué te parece?

—Pensaba que querías ser pintor.

—Cariño, yo jamás dejaré de pintar. Pero, como sabes, soy un tipo vulgar al que también le gusta distinguirse en otros terrenos.

—No sé. Tendrás que decidirlo tú. Al fin y al cabo, es tu vida.

—Nuestras vidas, la tuya y la mía —dijo, pensando que ojalá estas palabras hubieran salido de la boca de Louise—. Lo primero es que te recuperes.

En el tren él se puso a recordar su cara y lo hizo con todo detalle, aunque, curiosamente, era incapaz de dibujarla de memoria. Pero conocía bien el bonito arco que trazaban los pliegues de los párpados sobre sus ojos (y también lo distintos que eran estos entre sí), la línea que unía los pómulos con la punta de las orejas y daba a su rostro una forma casi ojival, el ángulo agudo de las cejas, que parecían un par de tejaditos sobre los ojos, el pico que formaban las entradas del cabello en la frente y que, para gran disgusto de Louise, estaba descentrado (aunque, como había observado él, esto solo habría tenido importancia si hubiera vivido en el siglo xvi), su manera de morderse el labio inferior por dentro cuando estaba pensando y, sobre todo, el increíble contraste que había entre su cara vista de frente y su perfil, dominado por la nariz larga y un poco picuda. De frente, nadie habría sospechado hasta qué punto era prominente su nariz (Louise odiaba su perfil), pero precisamente por eso era tan interesante retratarla en postura de tres cuartos. A Michael le encantaba su aspecto, y, aunque estaba resultando ser una criatura más complicada de lo que le había parecido al principio, se alegraba de haberse casado con ella.

Cuando la dejó en el hospital, Louise se puso bastante nerviosa. La otra vez que la había dejado en un hospital todo el mundo había sido de lo más desagradable, y se lo habían hecho pasar casi tan mal como los dolores. Pero

este hospital era distinto. La llevaron a un cuartito sin más muebles que una cama alta, una palangana con una mesita al lado, una silla y un armarito para su ropa. Le pidieron que se desnudase y se metiese en la cama. A partir de ese momento, vino a verla una persona tras otra (una enfermera para ponerle el termómetro y tomarle la tensión, el anestesista, que le preguntó si tenía algún diente postizo, y por último la enfermera jefe, que, a la vez que imponía, transmitía tranquilidad).

—Lo siento, pero esta noche le vamos a hacer pasar hambre. Es que el doctor Farquhar la va a operar a las ocho de la mañana. Ahora lo que hace falta es que duerma como un lirón. Ahí tiene un timbre, por si necesita algo.

—¿Es una operación larga?

—No, qué va. Dura muy poco. Después se le quedará la garganta un poco irritada, pero enseguida se pasa.

Cuando se hubo marchado, Louise se quedó escuchando el lejano tráfico de Tottenham Court Road. Se le habían pasado los nervios. Las enfermeras parecían amables y eficientes, y, en cuanto a la operación, le daba lo mismo. Ni siquiera le importaría demasiado morir en el quirófano. Desde que se enteró de la muerte de Hugo, tenía la sensación de que se había vuelto un poco loca, como si fuera sencillamente incapaz de responsabilizarse de sí misma, de manera que, si un médico carísimo la mataba por error, no haría más que librarla del esfuerzo ímprobo de fingir que tenía intereses, opiniones y sentimientos. Se le daba bastante bien la simulación; al fin y al cabo, solo se trataba de actuar, algo que empezaba a formar parte de su naturaleza, y no le daba mucha importancia. Pero no dejaba de suponer un esfuerzo, y siempre estaba cansada.

No había perdonado a Michael por haber destruido la carta de Hugo, pero, a medida que iban transcurriendo las semanas en el hotel Station, se iba dando cuenta de que su marido no tenía ni idea del significado que había tenido para ella ni de hasta qué punto la atrocidad que había cometido era, en efecto, una atrocidad, lo cual, en cierto modo, le eximía a él de responsabilidad, y a ella le hacía pensar que el rencor que albergaba era irracional. Sin embargo, cuando supo que jamás iba a volver a ver a Hugo, que jamás habría más cartas, se encerró en la impotencia de su dolor y, convencida de que la destrucción de la carta no era sino un acto de malevolencia, se puso hecha una furia con Michael. Nada de esto se veía. Era

su vida secreta, y, total, tampoco él le contaba nada a ella... No le había dicho lo de Hugo y al final se había sabido que sí que había visto el periódico, aunque no en el momento mismo en que salió publicada la noticia. A Louise le habían repugnado sus intentos de exculpar a Zee, y el día que Michael empezó a decir que sentía no haber sido él quien le comunicase lo de Hugo, lo había interrumpido diciéndole que no quería volver a hablar de Hugo con él en la vida. Además, no pensaba volver a Hatton. Michael había aceptado estos reproches con una docilidad sorprendente, pero en la cama había ido a lo suyo como si nada hubiera cambiado.

Cuando se enteró de que Hugo había muerto, al principio pasó unos días terribles (Polly y Clary habían estado cariñosísimas; de hecho, la primera tarde Polly había llorado casi tanto como ella), y después fue como si no sintiera nada, como si literalmente se hubiese descorazonado. Todo se le antojaba más o menos lo mismo. Más allá de pasar una velada divertida o de que los hombres flirteasen con ella, era incapaz de dar valor a nada. Así pues, cuando Rory se presentó en su casa durante un permiso y le dejó bien claro lo mucho que la deseaba desde el día en que se conocieron (poco después de que a Louise se le pasara la gripe), no dudó en irse a la cama con él. Descubrió asimismo que, ahora que nada tenía importancia aparte de la pequeña satisfacción que obtenía de los elogios y las atenciones, se le daba mejor «todo eso de la cama», como decía ella. Rory tenía el atractivo añadido de que no sabía nada de Hugo; es más, apenas sabía nada de ella. Y tampoco parecía que se diera cuenta de que estaba actuando. Durante varios meses, Louise estuvo interpretando el papel de una mujer inmersa en una excitante aventura con un joven apuesto y valiente que la divertía mucho. Se veían poco y, en general, por poco tiempo; hasta que de repente, poco después de aquella noche que había pasado en el piso del amigo de Rory, conoció a una chica en el Arts Theatre Club que le preguntó si, como tenía entendido, conocía a Rory Anderson.

—Te lo pregunto solo porque mi compañera de piso está loquita por él. Se la va a llevar a Escocia en el próximo permiso. Me da la sensación de que es un poco mujeriego, ¡y la pobre va tan en serio! ¿Tú qué piensas?

Y se acabó. Rory ni siquiera le escribió, pero no le importó demasiado. Tenía la vanidad herida, pero, por otro lado, no consideraba que tuviera muchos motivos para ser vanidosa. Ella había estado disponible y él lo había

aprovechado. «Ni a un amante consigo retener», se dijo a sí misma con el tono burlón y sofisticado que reservaba ahora para los diálogos interiores.

Por la mañana le pusieron una inyección, y no tardó en sentirse maravillosamente libre de preocupaciones y todavía más irresponsable que de costumbre. Para cuando la llevaron en silla de ruedas al quirófano y la sentaron en una especie de sillón reclinable, tenía la sensación de que iba a una fiesta.

El doctor Farquhar se inclinó sobre ella; tenía la parte inferior de la cara tapada por la mascarilla, pero sus ojos delataban una alegre bonhomía. Más anestesia... Notó que se adormilaba... Le costaba distinguir el rostro que se cernía sobre ella... y, de repente, un aterrador fogonazo de intenso dolor... y después nada.

Cuando volvió en sí estaba otra vez en la cama y le dolía tanto la garganta que lo único que quería era volver a desmayarse. Por la tarde se pasaron a verla Polly y Clary y le llevaron un ejemplar del *Diario de un don nadie* y un racimo de uvas.

—Es un librito fácil y divertido que puedes leer en la cama —dijo Clary.

Le contaron que se había firmado la paz.

—La ha firmado Eisenhower. Qué quieres que te diga, a mí me parece que la debería haber firmado Churchill, pero ya ves —comentó Clary—. El caso es que los alemanes se han rendido. Incondicionalmente.

—Bueno, no les quedaba más remedio —opinó Polly—. Y mañana se celebrará la victoria. En la calle la gente está de lo más alegre y amable, como si fuera el cumpleaños de todo el mundo.

—Pobre Louise, qué mala pata que estés en el hospital.

Como casi no podía hablar, se fueron enseguida, pero dijeron que volverían dos días después.

—Ah, sí. Te han llamado el señor y la señora Hammond; querían ir a verte a casa. Les dije dónde estabas y dijeron que vendrían mañana y que esperaban que estuvieras lo bastante recuperada para verlos.

—¿Hammond? —susurró.

Y entonces se acordó del apoderado, de Myfanwy y del bebé. Casi se había olvidado de ellos, porque la madre de Myfanwy se había llevado a su hija y al bebé al día siguiente y no había vuelto a verlos. Se preguntó por qué querían verla.

—Bueno, si te encuentras muy pachucha seguro que lo entenderán.

Una vez que se hubieron marchado, entró la enfermera jefe y dijo que el comandante Hadleigh había llamado para preguntar por ella y que le mandaba un beso.

—Le he dicho que todo va muy bien. Si quiere puede comer un poco de gelatina o de helado.

De nuevo sola, y sin fuerzas para leer, se sintió febril y deprimidísima. Durante años, el final de la guerra había sido un momento esperado con ansia, un porvenir en el que todo iba a ser mejor y, sin duda, maravilloso. Ahora, ante su inminencia, le pareció que se le ofrecían dos alternativas nada halagüeñas: convertirse en la esposa de un parlamentario (lo cual implicaba horas y horas de reuniones sentada en sillas incómodas oyendo hablar de prospecciones mineras, o bien té interminables y comedidos con gente a la que no conocía de nada) o vivir sola en una casa con Sebastian y una niñera y esperar a que Michael volviese de la guerra que continuaba en Japón. Comprendió que no quería ninguna de estas dos cosas. Por vez primera, se enfrentó a la inquietante posibilidad de no estar casada con Michael. No era la esposa adecuada para él. No, esa era una manera pusilánime de decirlo. En realidad, no estaba en condiciones de ser la esposa de nadie. No lo amaba; era como si fuese demasiado viejo y a la vez demasiado joven para ella, y la relación que él tenía con su madre le parecía a la vez despreciable y aterradora. ¿Y si lo que pasaba era que ella no sabía amar? Pero la sospecha le tocaba en un punto tan doloroso que le impedía seguir pensando. No sabía ni cómo ni cuándo, pero algo había hecho mal; había liado las cosas y ya no podía ni desdecirse ni repararlas...

Al día siguiente, después de comer (el almuerzo consistió en helado), llegaron los Hammond. La enfermera que los acompañó se fue a buscar otra silla y un jarrón para el ramo de tulipanes rosa que dejó Myfanwy sobre la cama. Myfanwy estaba muy guapa; llevaba un vestido marrón de cuello blanco adornado por un camafeo, y se había recogido la melena —que Louise recordaba suelta y despeinada sobre las almohadas— con un tocado alto.

—Hemos venido a pasar unos días a Londres y no podíamos irnos sin verla —dijo él.

Se llamaba Arthur, pero le sacaba tantos años a Myfanwy que para Louise era el señor Hammond.

—Myfanwy nunca había venido a Londres —prosiguió—. Y le había prometido que vendríamos. Desde luego, no podíamos haber elegido mejor momento. Qué mala suerte, tener que guardar reposo el día de la victoria.

Myfanwy parecía muy tímida, aunque sonreía cada vez que se le cruzaba la mirada con la de Louise. El señor Hammond preguntó por Michael, y después por el niño. Entonces, Myfanwy dijo:

—No sabía que tuviera usted un bebé. No me extraña que cuidara tan bien a Owen.

—¿Cómo está? ¿Lo han traído?

—Está bien. Lo hemos dejado con mi madre (solo estos días, hasta que volvamos).

Su marido dijo:

—A Myfanwy le dio mucha pena no volver a verla, pero su madre se la llevó a su casa para cuidar de ella y del bebé y no hubo oportunidad. Pero quería darle las gracias.

Hizo una pausa y miró a su mujer, que se sonrojó y, de repente, cogió la mano de Louise.

—Se lo agradezco de corazón. ¡Fue tan buena conmigo! Y el médico dijo que probablemente le salvó la vida a Owen. Por lo visto estaba muy malito, según me dijo. Jamás se lo podré agradecer lo suficiente.

Poco después, se despidieron.

—Es mejor que no hable; veo que le cansa —dijo él—. Jamás la olvidaremos.

—Jamás. Nos alegramos mucho de haberla visto. —Myfanwy volvió a cogerle la mano—. Gracias por su generosidad.

Una vez que se hubieron marchado, Louise se quedó mirando las dos sillas vacías. Era ella la que estaba agradecida, porque si no hubiesen ido se habría seguido sintiendo completamente inútil.

Después de asegurarse de que Clary estaba bien arropada y de que ya se había dormido, Archie volvió cojeando dolorosamente a la sala y se quitó los zapatos. Había llevado a Clary a los festejos que se habían improvisado frente al palacio de Buckingham; Polly había ido con su padre.

—No entiendo por qué no podemos ir todos juntos —había dicho Clary

—, pero Poll no quería.

—Tendrás que conformarte conmigo.

Y Clary había respondido:

—De conformarme, nada. Tú no eres alguien con quien la gente se conforme, Archie; eres la primera opción de todo el mundo.

Y este comentario, al venir de Clary, le había producido un placer desmedido.

Apagó la luz de arriba. Después se sirvió un *whisky* y decidió tomárselo en el balcón, donde había dos sillas. En una pondría las posaderas, y en la otra los pies. Estaba rendido; en realidad, no tenía nada de raro, teniendo en cuenta la de kilómetros que habían recorrido aquella tarde, primero hasta el palacio, y, más tarde, de vuelta a casa. Y los días pasados... Por unas cosas o por otras, llevaba sin parar desde el viernes, que a estas alturas se le antojaba la prehistoria. El viernes por la mañana había estado sentado ante su escritorio de la oficina, donde no se hablaba de otra cosa que de la noticia de la inminente rendición de los alemanes en Holanda, Dinamarca y el norte de Alemania, cuando la WRN que solía traerle el correo había entrado con el sobre.

—Y esto lo acaban de entregar ahora mismo en mano —dijo.

Dentro del sobre había algo que abultaba —dinero, o tal vez una llave, pensó mientras lo rasgaba—. Antes de leer la carta, que estaba escrita a lápiz, echó un vistazo a la firma. Jack Greenfeldt. ¿Greenfeldt? Ah, sí, el americano, el amigo de Zoë. Se había pasado una vez con él por su piso a tomar una copa; un tipo saturnino, de aire atormentado, pero le había caído bien. El objeto, envuelto en papel, resultó ser una llave. Vaya por Dios, se dijo, ahora que se acerca el final seguro que se vuelve con su mujercita y los niños y no tiene agallas para decírselo a Zoë.

El encabezamiento de la carta rezaba: «Dachau, 2 de mayo».

A continuación, la leyó. Era corta, y la leyó dos veces.

*Perdona que te moleste con esto [empezaba], pero no sé a quién más puedo pedírselo. He intentado escribir a Zoë varias veces, pero no he conseguido dar con la manera de decírselo.*

*En fin, para cuando te llegue esta carta yo ya habré muerto. Voy a estar aquí dos días más sacando fotografías; después, el jueves por la mañana,*



*enviaré el carrete y esta carta por avión y volveré aquí a pegarme un tiro en la sien. Zoë te preguntará por qué. Dile que me era imposible vivir después de haber visto lo que he visto en las dos últimas semanas. No puedo ser un superviviente de lo que ha sido, literalmente, un holocausto. Me volvería loco, me desquiciaría no haber compartido la suerte de todos ellos. Son, eran, mi pueblo. No habría podido hacer feliz a Zoë después de lo que he visto aquí, en Buchenwald y en Belsen. La llave es la del estudio que alquilé; quizá quiera llevarse cosas de allí. El alquiler está pagado hasta fin de mes, y si puedes te agradecería que le devolvieras la llave a la agencia; está en Sloane Street, creo que se llama Chesterton. Dile a Zoë que la amé y que le doy las gracias por eso. ¡Dile lo que mejor te parezca! Sé que la ayudarás a superarlo... y, quién sabe, al final puede que vuelva su marido.*

Y, después, la firma.

Cuando hubo leído la carta por segunda vez, la plegó y, de forma automática, volvió a guardarla en el sobre. Estaba anonadado, y en un primer momento no sintió absolutamente nada. Muy al principio de la guerra había tenido que enfrentarse a la posibilidad de perder la vida, pero la idea de quitársela le resultaba tan ajena que era incapaz de imaginarse el estado de ánimo que podía llevar a algo así. Después, pensó: ¿y si escribió la carta y luego, al volver al campo, cambió de idea, o alguien le encontró a tiempo para quitársela de la cabeza? Bastante terrible era darle la noticia a Zoë, pero dársela y descubrir después que no era cierta sería todavía peor. ¿O tal vez no? Quizá debería intentar averiguarlo. Sacó la carta del sobre y la volvió a leer. Esta vez le suscitó, primero, antipatía, después respeto y, por último, compasión; todo a partes iguales. ¡Qué terrible desperdicio, y también qué egoísta! ¡Qué valor había que tener para hacer algo así a sangre fría! Pobrecillo, ¡qué no habría visto, oído y sufrido para verse abocado a un acto semejante! Pero no lo dudó: cogió el teléfono y pidió que le dieran línea...

Preguntó por la Duquesita, y después de mantener un tira y afloja con el Brigada, que ni lo reconocía ni entendía por qué demonios podía querer un desconocido hablar con su mujer («hay un tipo al teléfono que por lo visto quiere decirte algo»), consiguió que se pusiera. Le preguntó si podía ir el fin de semana. Él siempre era bienvenido, dijo la Duquesita, siempre que no

fuera quisquilloso con dónde le tocase dormir. Y Zoë ¿iba a estar? Sí, dijo ella, y acto seguido, con el tono de voz más sereno que pudo poner, le preguntó si tenía malas noticias. Sobre Rupert, no, respondió, y tras una breve pausa la Duquesita dijo: «Ah, ya», y añadió que si cogía el tren de las cuatro y veinte podrían recogerlos a él y a las chicas.

Conque eso había hecho. Había esperado hasta después de la cena para decírselo a Zoë, porque hasta ese momento no había tenido la oportunidad de estar con ella a solas. Se la llevó a la salita matinal y le hizo sentarse. Zoë se sentó muy tiesa, con las manos sobre la mesa, temblando.

—¿Qué pasa? ¿Se trata de... de Rupert?

—No, de Jack.

—¿De Jack? ¿Cómo... cómo te has...?

—Me escribió una carta.

Zoë lo miró, enmudecida.

—Ha muerto.

Por unos instantes se le quedó mirando como si no lo hubiera oído; después, dijo:

—¿Te ha escrito... para decirte que se ha muerto?

Archie notó que de repente se le secaba la boca. Llevaba todo el día porfiando con lo que debía decirle, cuánto y cómo. «Dile lo que mejor te parezca», había escrito Jack. Antes de cenar, nada más lavarse las manos, se había enderezado para peinarse delante del espejito y, al verse la cara, extenuada por la indecisión y por las posibles evasivas, se había dado cuenta de golpe de que lo único que podía hacer era contarle la verdad. De manera que eso hizo, y con toda la delicadeza posible. Pero no había nada delicado en su relato.

Zoë permaneció rígida y callada hasta que Archie dijo: «Me pedía que te dijera que te amaba y que te daba las gracias por ello», y en ese momento le asomó al rostro una expresión de infinito dolor. Tragó saliva y a continuación preguntó si podía ver la carta, y Archie se la dio a la vez que le decía que iba a por algo de beber para los dos y que enseguida volvía.

En la mesa del *hall* había una bandeja con dos vasos, *whisky* y agua. Bendijo para sus adentros a la Duquesita y esperó unos minutos para darle tiempo. Al volver se la encontró sentada exactamente igual a como la había dejado, y la carta estaba sobre la mesa; había pensado que quizá se la

encontraría llorando, pero no. Sirvió el *whisky* y le dejó el vaso al lado de la mano.

—Sé que es un golpe terrible, pero me ha parecido que tenía que decirte la verdad.

—Sí. Gracias. Lo curioso es que más o menos sabía que... no que pasaría esto, concretamente, pero sí que, por alguna razón, era el final. Apareció por aquí hace dos semanas, sin avisar, y después del té nos sentamos en esta misma habitación. Y después se fue y pensé que no iba a volverlo a ver nunca más.

Archie le puso el vaso en la mano.

—Mi pobre Jack —dijo, echándose a llorar.

Mucho más tarde, había dicho:

—Supongo que pensarás mal de mí... por escaparme así... por tener una... una aventura.

Y él había respondido que no, que no pensaba mal de ella, que le parecía muy comprensible.

—Comprensible, puede, pero bueno, no. El caso es que no creo que Rupert vaya a volver. A estas alturas ya lo habría hecho.

Y más tarde:

—Creo que Jack vino a asegurarse de que yo iba a estar bien.

—Toda una demostración de amor.

—Sí, ¿verdad?

Lloró un poco más, y luego le preguntó a qué atribuía que lo hubiera hecho.

Y él le había respondido despacio, no tanto eligiendo las palabras como intentando imaginarse que era Jack:

—Quizá pensó que era lo único que podía darles a esas personas... para demostrar que las quería y que le importaban...

—¿Su propia vida?

—No se puede dar más.

Cuando se despidieron para irse a dormir, la casa estaba oscura y en silencio.

Eran las dos y media y la guerra había terminado oficialmente hacía dos horas. A lo lejos aún se oía jolgorio en las calles, también a la entrada del *pub*

más cercano..., gente cantando, soltando vivas, riéndose. Se levantó, por partes, de las dos sillas y volvió a la sala de estar. Le dolía la pierna, como sospechaba que habría de sucederle en lo sucesivo cada vez que se esforzase más de la cuenta. En los últimos meses había tenido tantos huéspedes —sobre todo los niños— que había convertido el sofá en una cama provisional y se había comprado un diván para dormir él. Se desnudó, cogió el pijama del cuarto de baño y se acostó.

Estuvo un largo rato sin poder dormir. Se sentía abrumado por la cantidad de confianzas que le hacían todos los miembros de la familia... siempre, aduciendo que él era uno de ellos o que había llegado a serlo, pero, en realidad, porque no lo era, porque jamás lo sería del todo. Le tocaba ser desde catalizador hasta depositario. Por ejemplo, Hugh, que le había pedido que lo acompañase a Battle a por unas cajas de cerveza. Nada más subir al coche había adivinado que se trataba de un pretexto, y había cruzado los dedos para que no quisiera hablarle de Polly. Pero no; era de Edward de quien quería hablar. Estaba preocupado por él. Últimamente no se llevaban nada bien, y la razón principal, a juicio de Hugh, era que Edward sabía que veía con muy malos ojos lo que estaba pasando. Hacía mucho tiempo que Archie se había dado cuenta de que Edward tenía sus amoríos por ahí, y de vez en cuando se preguntaba en vano si alguien de la familia estaría al tanto.

—Siempre ha sido un poco... aventurero —dijo Hugh—. Pero esta vez la cosa es más seria. En realidad, eres uno más de la familia, así que sé que puedo confiar en ti. El caso es que ha tenido una niña con la mujer esa. Y, aunque decía que iba a poner fin a esta historia, no lo ha hecho. Y ahora habla de vender su casa de Londres para comprar una más pequeña. En fin, que me pongo a atar cabos y me da mala espina.

¿Por qué —había seguido diciendo Hugh— iba a vender una casa estupenda, con la que sabía que Villy estaba encariñada, solo para comprarse una más pequeña, a no ser que tuviese la intención de vivir él en ella? Era eso lo que le tenía preocupado. Resultó que Hugh quería que él, Archie, hablase con Edward.

—Es inútil que lo siga intentando yo. Lo único que consigo es que pierda los estribos y que se compliquen las cosas en la oficina. Pero he pensado que quizá tú podrías...

Dijo que se lo pensaría, pero que no creía que nada de lo que dijera él

pudiese servir de mucho.

Después, cuando ya habían recogido las cajas de cerveza —encargadas por el Brigada para los criados, para que celebrasen la paz cuando la anunciaran— y se dirigían a casa bajo la lluvia, Hugh había dicho de repente:

—¿Qué crees tú que le pasa a Poll?

—¿A qué te refieres?

—No sé, la noto rara. Me pregunto si no se habrá enamorado.

No había dicho nada; le había prometido a Polly guardarle el secreto y no podía faltar a su palabra, por muchas mentiras que esto acarrease.

—Le pregunté qué le pasaba, y dijo que nada con esa voz que pone siempre cuando, en efecto, pasa algo. Si no me equivoco, salta a la vista que las cosas no le van muy bien, y no tiene a Syb para hablar; Syb habría sabido ayudarla de maravilla. Pensaba que a lo mejor se te habría confiado a ti. O que a lo mejor se lo habrías preguntado.

—No, es mejor no hacer preguntas.

—En fin. No hay nada que desee más que su felicidad, y es horrible tener que mantenerme al margen y sentirme tan impotente.

—Espero que no sea el maldito doctor para el que trabaja —dijo luego, mientras doblaban por la entrada—. Para empezar, es extranjero, y encima es mucho mayor que ella, y casi seguro que está casado. Y desde luego, si no lo está, debería estarlo. Quería preguntártelo; sé que te quiere mucho.

—¿Eh? —Esto último le sobresaltó.

—Amigo mío, todos te queremos. Eres uno más de la familia, podría decirse.

En cuanto a Edward, no veía qué podía decirle que pudiese influirle en lo más mínimo. Era mejor que no se metiera.

Zoë no se había presentado a comer. Tenía una jaqueca tremenda, había dicho la Duquesita, que, después del almuerzo, lo había cogido del brazo y le había pedido que la acompañase a ver su jardín de rocalla.

—En realidad, lo que quería era darte las gracias por haberle dado la terrible noticia a la pobre Zoë. Me temo que está muy triste. Yo ya sabía que había alguien, claro (tantas visitas a Londres de repente). Es muy joven y lo ha pasado muy mal. Creo que habría que hacer algo con respecto a su situación.

—¿Se refiere a...?

—Me refiero a que no puede seguir así, ni viuda ni casada, hasta sabe Dios cuándo. Naturalmente, aquí tendrá su hogar durante todo el tiempo que quiera... —Se interrumpió, hizo un alto y se volvió para mirarlo—. ¿O crees... —titubeó, con una voz que le recordó con nitidez la de Rachel cuando se emocionaba— o crees que todavía hay alguna posibilidad de que Rupert vuelva con nosotros?

La miró, incapaz de decir lo que quería oír. La Duquesita mantuvo firme la mirada.

—No hay nada que desee más en este mundo. Fui tan afortunada en la otra guerra, cuando volvieron los dos mayores...

Le dijo que haría todo lo posible por enterarse de lo que había que hacer o averiguar.

Después lo habían dejado un ratito en paz, pero Lydia lo había acorralado nada más acabar el té.

—Archie, tengo una cosa importantísima que pedirte. En realidad, es poca cosa (para ti, quiero decir), pero para mí puede ser cuestión de vida o muerte.

—A ver, ¿de qué se trata?

—Lo dices como si me pasara la vida pidiéndote cosas. Se trata de esto: ¿podrías explicarles a mis padres que es absolutamente imprescindible que me envíen a un buen colegio? De hecho, había pensado en el colegio de Judy. Ya sé que ella es horrorosa, pero no creo que sea por culpa del colegio. Aprende deportes interesantes como *lacrosse* y *hockey*, y bailes de salón, y todos los años prepararan una obra de teatro para Navidad. Y está loquita por la profesora de geografía (dice que es sencillamente maravillosa); ya sé que su madre le dijo que solo es una fase y que se le pasará, pero yo ni siquiera tengo la oportunidad de que se me pase, porque ya me dirás tú si es posible sentir algo así por la señorita Milliment.

—¿Por qué no se lo pides tú?

—Ya lo he hecho, pero papá solo dice «Habla con mamá», y ella dice cosas como «Ya veremos», o sea, que no vamos a ver nada. Podrías decirles que te has quedado horrorizado al ver lo ignorante que soy —sugirió.

—Podría, pero no sé yo si es verdad...

—Además, he estado hojeando un montón de *Who's Who* (es una especie

de listín telefónico, solo que lleno de gente famosa de la que nadie ha oído hablar) y siempre siempre pone «estudió en tal o cual colegio».

—¿Estás pensando en ser famosa?

—No quisiera descartarlo. ¡Ay, Archie, habla con ellos! Eres uno más de la familia; a ti te escucharán...

Y así sucesivamente.

Y luego, hoy mismo y con un tono que distaba mucho de ser despreocupado, Clary. Habían pasado la tarde juntos; primero habían comido en un restaurante chipriota cerca de Piccadilly que a ella le pirraba porque siempre tenían chuletitas de cordero, unas riquísimas bolitas de masa frita con miel de postre y un café cargado y muy dulce. Habían quedado directamente en el restaurante, y Clary, para su sorpresa, se había presentado de punta en blanco (falda negra, una camisa de hombre sin cuello, sandalias rojo oscuro y el cabello brillante).

—Tengo el pelo mojado, me temo —dijo cuando se saludaron con un beso en la mejilla—. Me pareció que lo suyo era que me lo lavase en honor de la paz, y no me ha dado tiempo a secármelo.

—Me gusta tu camisa.

—Me la ha dado Zoë este fin de semana. El cuello y los puños están deshilachados del todo, así que papá no podría ponérsela; pero así, remangada, ni se nota.

—Estás muy guapa. Muy atractiva.

—¿De veras? No tanto como Poll, eso seguro. Tiene un vestido nuevo, amarillo, de un color como de corteza de limón. Le va fenomenal con el pelo. Ha ido al Reform Club con el tío Hugh.

Le había lanzado una mirada escrutadora que apartó cuando sus ojos se cruzaron. Le ofreció algo de beber y ella dijo que si podía pedir otra cosa que no fuera ginebra con lima.

—Ya sé que es lo que se supone que deben beber las chicas, pero nunca me ha gustado, así que he decidido cambiar.

—¿A qué?

—¿Qué me aconsejas? El *whisky* me sabe a goma, y la única vez que probé el vodka fue como si me dieran una descarga eléctrica, y no sé qué más hay. Ah, ya sé. Me gusta el jerez marrón oscuro. Me encanta.

—¿Has ido a trabajar hoy?

—¡Cómo no! Para Noël, el día de hoy no tiene nada de especial. Ni siquiera lo están celebrando. Van a pasar la tarde leyendo a un tal H. L. Mencken en voz alta. Es una manera muy madura de entender la paz, ¿no te parece?

—También un poco aburrida, diría yo.

—Y yo. ¿De verdad vamos a ir al palacio de Buckingham a esperar a que salgan los reyes? ¿Tú crees que saldrán? Nunca los he visto en persona; solo en los noticiarios.

—Sí, ¿por qué no? Es una noche para recordar.

Pero, para cuando hubieron terminado de cenar (y eso que pensaba que habían cenado bastante temprano), el gentío era tal que tardaron una eternidad en llegar a las inmediaciones del palacio, a pesar de que todo el mundo estaba de tan buen humor que no les costó abrirse paso. Los cohetes soltaban una lluvia de estrellas doradas en el cielo color malva, y el palacio estaba todo iluminado; alrededor de la estatua de la reina Victoria, una enorme serpiente humana bailaba en círculo entonando canciones y dando taconazos, y detrás, cerca de la verja, la gente coreaba el nombre del rey y pedía a gritos que saliera. Había miles de personas, tantas y en algunos tramos tan apretujadas que Clary y él habían tenido que ir de la mano toda la tarde para no separarse; a veces tenían que hablarse a voz en cuello para hacerse oír, y por lo demás se limitaban a cantar lo que estuvieran cantando los demás: *Tierra de esperanza y gloria*, *Dios salve al rey* y fragmentos sueltos de las canciones populares. Después de ver a la familia real saludando desde el balcón, Archie dijo que quizá conviniese ir pensando en volver a casa; pero Clary quería esperar a que volvieran a salir, y al verla tan entusiasmada no tuvo valor para negárselo. Al final, mucho después del anochecer, salieron de nuevo; esta vez, solo el rey y la reina, sin las princesas.

—Las habrán mandado a la cama, pobrecillas —dijo Clary.

Después, dijo que ya era hora de emprender el camino de vuelta.

—Será mejor que te vengas a mi casa —había dicho él—. Vivo más cerca que tú, y es imposible que pillemos un taxi.

Al llegar a Hyde Park Corner dijo que necesitaba sentarse un ratito, así que fueron a la zona del parque que bajaba hasta Knightsbridge y buscaron



un banco vacío. Se encendió un cigarrillo, y fue entonces cuando Clary le dijo que sabía lo de Polly.

—Salió el tema porque le dije que no entendía por qué no podíamos pasar la tarde todos juntos —había dicho—. Pobre Poll, me hizo prometerle que no me iba a reír. Jamás lo haría, tratándose de algo importante para ella. Está bien que me lo haya contado, porque hacía mucho tiempo que sabía que las cosas no le iban bien, y hoy le he recordado que hace siglos pactamos que nos contaríamos las cosas importantes. Y claro, cuando se acordó, tuvo que contármelo. Qué curioso, ¿no? A veces sabes que algo es completamente ridículo, pero, si ves que no lo es para la otra persona, casi parece que no lo es.

—¿Eso fue lo que te pareció?

—Bueno... A ver, no es que de ti no se pueda enamorar nadie, pero debería ser alguien más de tu edad, ¿no crees?

Había abierto la boca para soltar un chorro de palabras, pero se limitó a decir:

—Supongo que te parezco tremendamente viejo.

—No. Tremendamente, no, en absoluto. De hecho, desde que te conozco no parece que hayas envejecido nada.

—Vaya, se agradece.

Había oscurecido del todo y, como la farola más cercana estaba a varios metros, no se veían las caras. Después de un breve silencio, Clary dijo:

—Lo siento.

—¿Por?

—No sé cómo, pero tengo la sensación de que acabo de hacerte daño. Ah, y otra cosa: le dije a Poll que no me parecía que fueras de los que se casan.

—¿Ah, no?

—Bueno, aquí estás, soltero y sin compromiso. Se lo dije para ayudarla a superarlo. Lo conseguirá, por supuesto, pero en estos momentos cree que no. La gente supera estas cosas, ¿verdad que sí?

—¿El enamoramiento, dices?

—Cuando no hay ninguna esperanza.

—Sí, claro; en general se supera. Lo siento muchísimo por Poll. Le tengo mucho cariño, ya lo sabes.

—Ella también lo sabe, pero dice que no es el tipo de cariño adecuado. Entiendo a qué se refiere. Entiendo que el conflicto apasionado pueda ser mejor punto de partida.

Pasados unos instantes, dijo:

—Tienes una risa muy graciosa, Archie; parece un graznido.

Sin pensárselo, dijo él:

—Pues tú sí.

—Yo sí ¿qué?

—Tú sí que te has hecho mayor desde que te conozco.

—Vaya —había dicho Clary al instante—. Ahora entiendo qué es lo que te ha molestado. Pensabas que estaba insinuando que eres viejo, cuando lo único que quería decir es que eres muy viejo para Polly en particular.

Llegados a este punto, él había sugerido que más valía que se levantasen y siguiesen renqueando.

Cuando —por fin— llegaron a casa, Clary había querido hacer un chocolate caliente, y él le había dicho que se fuese a la cama y que ya se lo llevaba él.

Estaba sentada en la cama con la chaqueta del pijama; parecía que se hubiera restregado la cara con agua y jabón.

—Te he cogido un poco de pasta para lavarme los dientes con el dedo. No te importa, ¿verdad?

Le pasó el tazón y se sentó al borde de la cama para descansar los pies.

—¿Sabes a qué me recuerda esto?

—Claro que no. ¿A qué?

—Cuando era muy pequeña (bueno, tendría unos trece años), a Neville le dio un ataque de asma porque —según dijo— tuve una pesadilla y lo desperté, y se fue a dormir con Ellen. Bueno. El caso es que papá me trajo un tazón de leche caliente y yo no me lo quería beber porque tenía nata, así que la cogió y se la comió. Fue un gesto de amor, ¿verdad?

Echó un vistazo a la capa rugosa que flotaba en el tazón, metió dos dedos, la cogió y se la comió.

—Ya está. Otro gesto de amor.

—Copión —dijo ella.

Pero los ojos le brillaban de afecto y gusto. Tomó un poco de chocolate y

dejó el tazón en la mesilla.

—Hay algo... —dijo muy despacio, casi como si no supiera del todo de qué se trataba—, algo relacionado con papá que quería decirte. Más bien... más bien, quiero hablarlo a fondo contigo, ¿sabes?

Subió las rodillas y se las abrazó —para evitar desmoronarse, pensó él, cada vez más inquieto—.

—Vale —dijo, esforzándose por sonar animado y tranquilo.

—No tienes por qué inquietarte, Archie. Se trata de lo siguiente. —Respiró hondo y dijo atropelladamente—: El año pasado, después del desembarco, pensé que volvería de todas todas. Ya no habría alemanes para impedirselo. Y luego, al ver que no volvía, pensé que seguramente estaría metido en alguna misión de guerra —no sé en qué, pero en algo— y que tendría que quedarse allí hasta que llegase la paz. Y ahora, la paz ha llegado. Así que se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era fijarme una fecha y, si para entonces no ha vuelto, tendré que aceptar que jamás volverá. Llevo mucho tiempo pensando en esto, y el fin de semana pasado, cuando Zoë intentó darme todas las camisas de papá, solo cogí las que estaban completamente raídas, porque aceptar las otras habría sido como rendirme. Y pensé que lo más sensato sería hacer una especie de pacto contigo y que pusiéramos una fecha. —Al decir «lo más sensato» se le llenaron los ojos de lágrimas. Carraspeó—. Como el día de hoy será una fecha que los dos recordaremos fácilmente, ¿qué tal si nos damos un año a partir de ahora?

Archie hizo un gesto de asentimiento.

—Buena idea.

—Es curioso. Antes estaba preocupada por él porque estaba preocupada por mí misma. Por lo mucho que yo lo echaba de menos. Pero ahora la sensación es distinta. Sí, lo echo de menos, por supuesto, pero me preocupo más por él, porque me habría gustado que tuviera una buena vida y que la viviese entera... que no se le hubiese truncado. No es que ya no lo quiera.

—Lo sé. Sé que no es eso. Yo creo —le costaba encontrar algo que decir, pero continuó— que lo que ha pasado es que te has hecho mayor, y tu amor se ha hecho mayor contigo.

—¿Más adulto, quieres decir?

—Más maduro —dijo él, sonriendo al pronunciar la palabra favorita de Clary—. Conozco a unos cuantos adultos que no destacan precisamente por

su madurez.

—¿Ah, sí?

Vio que se quedaba paladeando esta idea nueva y, a todas luces, grata.

Recordó en este momento lo que había dicho Clary después de que le dijera que ya era hora de que se retirase y la dejase dormir:

—Al fin y al cabo, Archie querido, te tengo a ti.

Y le había ofrecido la mejilla para que le diese un beso de buenas noches, como si tuviera poco más de trece años.

Le dolía la pierna, ¿y si era verdad que se estaba haciendo viejo? Una vez terminada la guerra, podía volver al sol, a Francia, a pintar... ¿lo haría? Durante mucho tiempo había pensado (como todo el mundo, suponía) que el final de la guerra daría paso a una vida nueva y maravillosa, o al menos a la reanudación de la cómoda vida de antes. Ahora, se preguntó si sería así para la mayoría de la gente. Pensó en lo que había dicho Hugh de Edward y trató de imaginarse cómo se enfrentaría Villy al abandono de su marido, si es que ocurría; pensó en la Duquesita, que tendría que renunciar a su amado jardín si se volvían a Londres —la casa, ciertamente, se les quedaría grande una vez que los descendientes se hubiesen ido cada uno a su casa—. Pensó en Zoë, que había tenido que asimilar tanto la muerte de su marido como la de su amante. Su valor le había conmovido, aunque en realidad, se dijo, todos eran unos valientes: la Duquesita, por su estoica aceptación de la pérdida de Rupert; el Brigada, por su tenaz empeño en no dejarse vencer por la ceguera; Polly, por atreverse a decirle que lo amaba y por su manera de encajar el rechazo... y, por último, dormida en el cuarto contiguo, Clary, cuyo amor, que ni el paso del tiempo ni la razón habían enfriado, había dejado de ser fruto de la necesidad y la fantasía para convertirse en una sustancia más pura y duradera que a su vez solo podía inspirar admiración... y amor.

Tumbado en la oscuridad, hizo un pacto consigo mismo. Si Rupert no volvía, se comprometería a sustituirlo en la medida de lo posible. Pero, si volvía, quizá se adentrara por muy distintos derroteros...

Había rechazado la oferta de una litera en uno de los dos camarotes, estrechos y abarrotados, de abajo, y estaba sentado mirando a proa con la espalda apoyada en la cabina del timón, que lo protegía del viento de popa. Habían zarpado de Guernsey totalmente a oscuras (menos mal, porque no

tenía documentación de ningún tipo), y subir a bordo con el marinero con el que había trabado amistad había sido coser y cantar. «Tú mantén la cabeza agachada y haz lo que yo te diga», le había advertido antes de estibarlo en la bodega a la espera de que zarpase el barco. El ambiente no podía ser más sofocante en el camarote, que estaba oscuro como boca de lobo y apestaba a gasóleo, lana engrasada mojada y cigarrillos ingleses; se había sentado en la litera, que estaba cubierta por una manta pesada y húmeda. Habían zarpado a las cuatro de la madrugada, y cuando ya estaban bien lejos del puerto su amigo dio unos golpecitos en la puerta y le dijo que tenía vía libre. Le sentó bien que le diera el aire fresco y salobre, ver cómo la lucecita amarilla de la caseta del capitán de puerto parpadeaba, se alejaba y se extinguía a medida que aumentaba la distancia. Al cabo de una hora más o menos, uno de ellos repartió unos contundentes tazones blancos de té con leche y azúcar... Llevaba casi cinco años sin probar el té. Cuando lo dijo, sonrieron. Desde el mismo instante en que mencionó Dunkerque, lo habían tratado con una especie de condescendencia paternalista; no acababa de saber si lo creían, si les daba lástima o si lo tomaban por loco. La mar los embestía de lleno en la aleta con olas fuertes pero no demasiado altas, y el barquito cabeceaba y resoplaba, avanzando sin tregua. Poco después del alba, cayó en un estado de estupor. Apenas había dormido desde que se marchó, hacía ya treinta y seis horas; le picaba la piel por el cansancio. A mediodía lo despertaron para comer —una especie de guiso en el que destacaban unos guisantes espachurrados y una gruesa rebanada de pan parduzco—. Aunque el cielo estaba encapotado, el mar centelleaba en lontananza bajo la luz del sol. Volvió a dormirse y se despertó a media tarde bajo un sol débil y con un viento más fresco. Le habían echado un chubasquero por encima, y vio que había estado lloviendo porque tenía el pelo mojado. Tenía un hambre canina, y aceptó agradecido otra taza de té y un enorme bocadillo de una especie de carne en conserva. También le dieron una cajetilla de Weights. Le miraron mientras se encendía el primer cigarrillo, y uno de ellos dijo: «Se ve que este ya ha estado en la mar; se las apaña con una sola cerilla». Después le habían dejado solo y también esto lo había agradecido. Se dijo que quería pensar, imaginarse qué se iba a encontrar a su regreso, vislumbrar un pedacito de futuro, pero se sentía incapaz de pensar y su imaginación se empecinaba en columpiarse entre la cara que pondría Zoë cuando lo viera llegar y la cara que había tenido ella cuando la había dejado: recostada en la vieja cama alta de

madera tallada sobre grandes almohadones cuadrados con fundas de algodón blanco y basto, con su larga melena morena peinada después del parto, con el bebé bien enfajadito a su lado. Había intentado sonreírle al verlo vacilar en la puerta, y aquel esfuerzo le había traído un recuerdo tan conmovedor de Isobel en su lecho de muerte después de haber dado a luz a Neville que había vuelto a entrar para abrazarla de nuevo, por última vez. Había sido ella, después de besarla, la que lo había apartado suavemente, empujándolo hacia el futuro en el que se embarcaba en aquel momento. Había mantenido su palabra, no había intentado convencerlo para que se quedase; simplemente, había querido que viese al bebé. Partir no había sido fácil, y volver, a pesar de que tenía todos los ingredientes de los finales felices, significaría reencontrarse con un montón de personas muy queridas, algunas de las cuales serían a estas alturas perfectas desconocidas. Clary, por ejemplo. Lo menos tendría ya diecinueve años. ¡No, casi veinte! Toda una mujer, nada que ver con la niña que tan apasionadamente le había necesitado. Y Neville debía de estar ya en algún colegio, lo habría cambiado la voz, hasta puede que se hubiera curado del asma con el paso del tiempo. Pero Zoë, ¿cómo estaría? ¿Lo habría esperado todos estos años, o habría sucumbido a otro hombre? Era mejor que no esperase demasiado de ella, se dijo, y recordó que era esto lo que siempre se había dicho en relación con Zoë. Seguiría siendo hermosa, de eso no le cabía ninguna duda, pero él había aprendido a descubrir la belleza en otras cosas. Y sus padres ¿vivirían aún? Y él ¿sería capaz de soportar la vuelta a la empresa maderera, a la casa de Londres, a los saraos, a las cenas de negocios en casa, a los fines de semana en familia, a las vacaciones en el extranjero de vez en cuando...?, ¿sería capaz de soportar la renuncia, por segunda vez en su vida, a la pintura? Ella le había conseguido materiales para dibujar, al menos, y una vez le trajo una cajita de acuarelas que había utilizado hasta que se le gastaron. De no haber tenido la posibilidad de dibujar, aquellos primeros años se habría vuelto loco, escondido siempre en su casa sin poder salir ni hablar con nadie.

Pero entre todas estas especulaciones caprichosas era a Zoë a quien volvía una y otra vez y con más angustia, porque veía que de todo lo que le aguardaba a su regreso era la parte que más iba a exigir de él y, a la vez, la parte a la que se temía que tenía menos que ofrecer. Habría, por supuesto, otro hijo, no sabía si niño o niña... siempre y cuando todo hubiera salido

bien, cosa que no había pasado la vez anterior. Era extraño, pero cuando murió el primer bebé no se había quedado tan abatido como pensaba que debería quedarse, aunque, por otro lado, ella tampoco. Fue entonces cuando más le había costado amarla. Daba igual lo que hiciera, lo que dijera, cómo la tratase... parecía que no acertaba nunca y que lo único que avivaba en ella eran las ascuas de su crispación. No le había sido fácil asumir la maternidad, había pensado en aquel entonces; quizá es que no estaba hecha para tener hijos. Más adelante, cuando se quedó encinta del segundo, la cosa cambió: parecía entusiasmada, soportaba sin queja los síntomas del embarazo de los que tanto se había lamentado la vez anterior. Pero él no había llegado a enterarse del desenlace, y en las notas que les había enviado a ella y a Clary a través de Pipette (notas que, evidentemente, no sabía si habían llegado a recibir) no se había atrevido a mencionar al bebé por si acaso lo hubiera perdido.

Ya no había sol, la brisa había amainado y una suave penumbra teñía el mar y el cielo; caía una llovizna tan ligera que era casi una bruma, y se puso el chubasquero. Uno de los tripulantes pasó de largo hacia la proa para vaciar un cubo de mondas de patata; el viento, el poco que había, seguía soplando en dirección favorable. Formalmente, se dijo, supongo que todavía estoy en la Marina, y se preguntó cuánto tiempo tardaría en dejar de estarlo. Después se preguntó si considerarían que en los diez últimos meses, más o menos, había sido un desertor, idea esta desconcertante. En realidad, le parecía que no era de la Marina de lo que había desertado durante aquellos meses, sino de Zoë. Y ahora, a medida que el barco se alejaba, era de ella de quien estaba desertando, y para siempre. Tan incapaz era de recordarla sin sumirse en una abrumadora sensación de pérdida y de nostalgia que sabía que lo mejor que podía hacer era no pensar en ella en absoluto, y con ese fin se abandonó de nuevo al sueño, un sueño roto y agitado.

Al alba lo despertó una rociada de espuma. Soplaban ahora un viento del noreste, pero el mar, de un peltre lívido bajo el sol naciente, se mecía con más calma, su superficie interrumpida tan solo por los lametazos de las olas a estribor.

Le trajeron un tazón de chocolate y le dijeron que no tardarían en avistar tierra. Se encendió el último cigarrillo, la mirada fija en el horizonte. El banco de nubes bajas que parecía que separaba el cielo del mar se transformó

en una franja más blanquecina de bruma. La bruma fue cristalizándose en ringleras de un verde parduzco sobre el blanco calizo de los acantilados; después, los pequeños bloques alineados en filas más oscuras y detalladas se presentaron de repente como edificios que iban aclarándose poco a poco a medida que salía el sol, para acabar semejándose al decorado de un lejanísimo escenario. Estaba agarrotado de llevar tanto tiempo en la misma postura, y entre los chubascos y la espuma no se le iba la humedad del cuerpo. Siguió mirando, con el corazón frío como la ceniza de un fuego sofocado a conciencia. Sofocarlo era posible, pensó; era reavivarlo lo que parecía inalcanzable. De todos modos, se dijo, bastaba con haber conocido un poco el amor para saber que debería ser posible. Cogió el tazón. ¡Dios, mira que odiaba la nata de la leche caliente! La quitó con los dedos y a continuación, sin saber por qué, se la comió antes de apurar el tazón. De alguna manera, pensó, he de sacar fuerzas para comenzar de nuevo.



# NOTAS

<sup>1</sup> Juan 11, 25. (*Todas las notas son de la traductora*).

<sup>2</sup> William Shakespeare, *Hamlet*, acto III, escena 1. Traducción de Manuel Ángel Conejero y Jenaro Talens, Cátedra, 1992.

<sup>3</sup> *Ibídem*, acto V, escena 2.

<sup>4</sup> William Shakespeare, *Como gustéis*, acto II, escena VII.

<sup>5</sup> Eclesiastés 11, 1: «Echa tu pan al agua, que al cabo de mucho tiempo lo encontrarás».

<sup>6</sup> Alusión a la popular canción *If You Were the Only Girl (In the World)*, de Nat D. Ayer y Clifford Grey.

<sup>7</sup> Esta frase y la réplica de Louise son de *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde. Traducción de Julio Gómez de la Serna, Ed. Simancas, 2009.

<sup>8</sup> Personaje de *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens.

<sup>9</sup> Referencia a William Shakespeare, *Sueño de una noche de verano*, acto I, escena 1. Traducción de Luis Astrana Marín, Aguilar, 1951.

<sup>10</sup> «Earl», aparte de significar «conde» —de ahí la sorpresa de Jessica—, es también un nombre propio bastante común en los Estados Unidos.